

El padre Slavko Barbaric bautizó a Julijana Ebert el 19 de mayo de 1984 en Međugorje.



(J) Julijana frente a su casa en la Selva Negra – En 2014



Diario de Julijana Ebert



Heiliges Kreuz und das Blutzzeichen
von Rodalben; Ein Geschenk von
Pater Gebhard Maria Heyder OCD
- Regensburg

Explicación

Según el decreto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, emitido por el Papa Pablo VI el 14 de octubre de 1966, se abolieron los artículos 1399 y 2318 del Derecho Canónico.

Ahora, los fieles pueden leer y distribuir textos religiosos incluso sin la aprobación eclesiástica explícita, siempre que se observe la moral cristiana general.

Comentario:

El Santo Señor y Dios también es Dios vivo en la Sagrada Hostia. Incluso en las partículas más pequeñas, el Santo Dios está presente (visible en la Santa Señal de Rodalben: un pequeño punto rojo, situado a la izquierda de la Marca de Sangre). Por lo tanto, se debe usar una patena al distribuir la Sagrada Comunión.

Según la voluntad del Todopoderoso Dios Santo y Trino,
† el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo,
yo, Julijana Ebert, escribí
este diario.

(Gratis)

Aquí puedes descargar gratis el diario, todas las oraciones, milagros y CDs:

www.gnadenvolle-gebete.de

www.vater-unser.net

www.wertvolle-gebete-und-erlebte-wunder.de

D-Forbach, Erbersbronn - Deidesheim - Niederkirchen - USA

Listo para imprimir: März 2026

Autor: El Todopoderoso Dios Santo y Trino, Julijana Ebert
Transcrito del diario original: Bernhard Koppenhagen
Revisión de errores tipográficos por Hermano en Cristo, Samuel



Deinen Tod, o Herr, verkünden wir
und deine Auferstehung preisen wir
bis du kommst in Herrlichkeit.

Aus unserer Pfarrgemeinde verstarb

Julijana Ebert

Trauerfeier mit Beerdigung

Donnerstag 18.12.2025

Friedhof Forbach

Der Herr schenke der Verstorbenen ewigen Frieden.

Unsere Anteilnahme gilt den Angehörigen.

Julijana Ebert, calle
Kolpingstraße, 19
68789 - St. Leon-Rot (*dirección anterior*)

Abril de 1991:

Durante unos siete años dudé en escribir lo que había vivido desde el día de mi bautismo, el 19 de mayo de 1984. Había tenido visiones y ahora oigo voces: la voz del Señor Jesucristo, o las voces de los ángeles, o la voz del espíritu impuro, y siento los ataques del diablo. Por eso dudaba una y otra vez, porque no sabía si serviría de algo. Hay tantas cosas similares, como cintas y libros sobre este tema. Además, antes daba por sentado que todo católico oye esta voz y siente esta paz profunda al unirse con el Señor Jesucristo en la

Hola. Sentía la comunión. No sabía que eso fuera un carisma especial y una gracia de Dios. Otra razón de mi vacilación era mi escaso dominio del alemán. Y lo más importante: pensaba que las personas que no rezan, no ayunan, no hacen penitencia y no viven según los Diez Mandamientos no pueden creer en Dios de todos modos, salvo aquellas a quienes Dios concede la gracia de la fe. Yo también recibí esta gran gracia, no porque fuera buena, sino porque era pecadora. El Dios misericordioso concede la gracia a quien quiere, cuando quiere, donde quiere y en la medida que quiere. Porque Él conoce mi alma mejor que todos los cardenales, obispos y sacerdotes de toda la tierra.

He comprendido que el Dios Trino es mi mejor Padre y la Virgen María

Lo mejor que me ha enseñado mi madre es que lo más importante es «el amor verdadero», que nadie más que ustedes puede dar. Porque también existe el amor falso, que encubre su maldad bajo una apariencia de virtud.

Durante toda mi vida he buscado a alguien que no solo me amara a mí, sino a quien yo también amara. Tras una larga búsqueda, lo he encontrado. Pero no he encontrado a «alguien», sino al verdadero Dios vivo, con quien me uno espiritualmente varias veces al día y a quien recibo una vez al día en la Sagrada Comunión.

Me uno a Él especialmente en el Santísimo Sacramento, al recibir la Sagrada Hostia, donde está presente como verdadero Dios y verdadero hombre de carne y hueso.

Gracias a María, la Madre celestial, que en Medjugorje se hace llamar Reina de la Paz, pude dar el primer paso hacia Dios.

Antes de mi bautismo, estaba ciega y sorda. Por aquel entonces aún no conocía la verdadera paz. Una y otra vez me invadía esa inquietud interior y pasé innumerables noches sin poder dormir. Ahora soy testigo de la verdadera paz, que solo el Dios Trino puede dar y ningún otro ser humano en esta tierra.

Por eso quiero decir siempre, cuando me uno a Él en la Sagrada Comunión: «Tú eres mi Rey de la Paz». No somos nosotros, los seres humanos, quienes hacemos la paz, sino que debemos pedirla a Dios y aceptarla como un don y una gracia de Dios.

24/04/91

Recé en la capilla de 12:05 a 12:40. A este respecto, debo decir que no me gusta el aspecto exterior de la capilla. Delante de la capilla hay unas figuras feas y, dentro, el sagrario parece un horno. Por lo tanto, tiene una decoración muy moderna. Al principio lloraba a menudo cuando estaba en la capilla rezando, porque lo consideraba una ofensa a Dios. Sin embargo, me sentía atraída una y otra vez hacia allí para rezar, porque sentía que el Dios vivo también está presente en esta capilla.

Y, sin embargo, tantas personas —médicos, enfermeras y pacientes— pasan cada día por delante de esta capilla sin rendir homenaje a Nuestro Señor.

Como todos los días durante la pausa del mediodía, estaba profundamente absorto en la oración con el Salvador. Por primera vez oí: «Yo soy tu guía espiritual»:

Me asusté un poco; en realidad, estaba más asombrada que asustada. Al cabo de un rato, se repitió. Entonces le pregunté al Salvador qué debía hacer primero, si él era mi guía espiritual. El Salvador me dijo: «Primero debes consagrarte a mí».

Mi primer pensamiento fue: «Otra vez una de esas palabras que me cuesta entender».

Aunque ya había oído hablar de la palabra «consagrar», aún no conocía su significado más profundo. Le dije a Jesús que ya le había dado todo: mi corazón, mi vida, mi alma, mi cuerpo. Pero el Salvador me dijo: «Quiero tu futuro».

Y yo respondí que también podía quedárselo.

Entonces le pregunté a Jesús si debía decirles esto a los sacerdotes, y pensé en el párroco Dochat, el padre Johannes, el párroco Vogt y el padre Gebhard Heyder, que actualmente son mis directores espirituales. El Salvador dijo: «Sí».

Durante todo el día fui más feliz que nunca en mi vida. El Salvador me concedió tantas gracias que no puedo describirlas con palabras, y por las que no puedo agradecerle lo suficiente. Era simplemente indescriptible sentir esa alegría interior. Era simplemente otra persona.

Por la noche fui a la capilla de San Roque en Mingolsheim. Allí me confesé.

Aunque el párroco decía que no eran pecados, yo quería estar completamente pura. Tras la Sagrada Comunión recibí aún más gracias. Casi no podía soportarlo. Mi corazón ardía de amor. Al salir de la capilla, lloré por la inmensa gracia que se me había concedido. Allí me encontré con mis amigas del grupo de oración, Hilde y Hedwig, a quienes les conté mi experiencia. Se alegraron conmigo. De camino a casa me encontré con un hombre negro ciego, al que guiaba una mujer. Le regalé al hombre ciego un rosario y a la mujer una imagen de la Virgen María consagrada, y le pedí al Salvador que también concediera a estas personas las gracias que yo había recibido. El hombre ciego se alegró mucho y luego me fui a casa. En casa no pude comer nada porque tenía visita. Rezamos juntos una serie del rosario, que luego regalé a la Virgen.

Por la noche, hacia las 23:30, la tentación no se hizo esperar. Estaba en la cama y, de repente, sentí como alguien se abalanzaba sobre mí y me sacudía. Solo dije «Jesús» y todo desapareció. Luego seguí durmiendo.

25/04/91 - Jueves

Por la tarde, en Rot. En la iglesia, antes de la Santa Misa, recé el rosario doloroso. Después de la Sagrada Comunión, me uní a Jesús. Jesús me dijo: «Calla». Tras unos minutos de silencio, le pregunté al Salvador qué debía hacer, pues ya le había entregado mi voluntad. Recibí la respuesta del Salvador: «Debes permanecer siempre fiel a mí». Luego volvió a haber silencio, hasta que oí: «No te vayas sin mí». Reflexioné sobre lo que el Salvador quería decir y pensé para mis adentros que debía unirme espiritualmente al Salvador antes de marcharme. Pero me propuse preguntárselo al confesor después. En casa, después de la

Durante la Santa Misa, me llamó el padre Johannes Ordinski. Me bendijo por teléfono. Unos minutos más tarde, mi marido me volvió a pasar el auricular. Esta vez era el padre Gebhard Heyder, de Ratisbona, quien estaba al otro lado de la línea. Acordamos que iría a visitarlo el domingo siguiente a las 11:00. Él también me bendijo por teléfono. Esta bendición fue diferente a la del padre Johannes. Sentí tanto amor y fuerza en la bendición del padre Gebhard Heyder que, inmediatamente después de la conversación, recé tres Padrenuestros por él.

Desde mi bautismo hablo con los pacientes, no con todos, solo con aquellos que me son recomendados por la guía del Espíritu Santo. Así ocurrió también hoy, cuando una paciente me contó que llevaba tres días con dolores en las mejillas que no desaparecían. Le respondí espontáneamente: «Los de poca fe deben sufrir más tiempo». (Son palabras que me ha dado el Espíritu Santo). Ella sonrió y dijo que eso estaba bien.

26/04/91 - Viernes

En el trabajo, un paciente se quejaba ante mí mientras le hacían las radiografías. Le habían operado hacía 14 días y no había servido de nada, y ahora tenía que volver a operarse. Al principio pensé: «No diré nada». Pero cuando terminamos las radiografías, de repente le pregunté: «¿Reza ahora más o menos?». Lleno de orgullo, dijo que era una persona libre, que no creía en Dios y que Dios no existía.

Le respondí: «Si cree que tienen cerebro, entonces también cree que hay un Dios». Lleno de alegría, me contestó: «Vaya, eso está muy bien, nunca lo había oído antes». Por la tarde, en Rot, en la iglesia antes de la Primera Comunión, vi a la hermana (monja).

Me costó mucho, desde lo más profundo de mi corazón, ir a comulgar con la monja y le pregunté a Jesús: «Te he entregado mi voluntad». Jesús dijo: «Ve al sacerdote». Y la hermana pasó junto a mí sin ofrecerme el Cuerpo de Cristo para recibirlo.

Recibí el Santísimo Cuerpo de Cristo del sacerdote.

27/04/91 - Sábado

Esa mañana me costó mucho levantarme. Sin embargo, tenía un gran deseo de asistir a la Santa Misa. En la iglesia de peregrinación de Waghäusel, esta comenzó a las 7:15. Ya de camino a Waghäusel y antes de la Santa Misa en la iglesia, recé por el sacerdote que iba a celebrar la misa. Un padre mayor, el padre Alanus, oficiaba la misa y yo sentí y vi también que el padre Alanus tenía dificultades para officiar la misa. Se le interrumpía en su recogimiento. Antes de la consagración tuve una visión. Vi al padre Alanus de pie ante el altar, en la oscuridad, celebrando la misa. Me sorprendió mucho y pensé en qué significaría aquello. Al distribuir la Sagrada Comunión, sentí su renuencia a darme la Sagrada Comunión de rodillas. Como no hay banco de comunión en la iglesia, tuve que arrodillarme en el suelo. Solo puedo recibir la Sagrada Comunión de rodillas, ya que siento un gran respeto por la Santísima Trinidad.

Él dudó y mantuvo la Santísima Hostia a unos diez centímetros de mi boca. Abrí la boca y la Santísima Hostia voló por sí sola desde esa distancia hasta mi boca. No es la primera vez que experimento esto aquí; también con otros sacerdotes el Santísimo Cuerpo de Cristo vino a mí por sí solo.

Hacia las 10:30 h fui a Speyer, al convento de las Carmelitas. Allí quería recoger las velas que llevan el símbolo de la Preciosa Sangre de Rodalben.

A continuación, visité al prelado Bruno Tiebes, en la Engalgasse 4, la residencia de ancianos de Espira. Era alrededor del mediodía y, como tenía que esperarle, recé un rosario por él en la capilla. Aproximadamente un año antes había conocido al prelado Tiebes en Mingolsheim, en la capilla de San Rochus. Con el padre Zeitler, de los misioneros de St.

Agustín, hablamos entonces de Rodalben, y también del milagro de la sangre de Rodalben. El prelado Tiebes no creía en ello en aquel entonces y se pronunció expresamente en contra.

Durante ese año recé por él y le pedí a Jesús que no le dejara morir sin que se le iluminara sobre los acontecimientos de Rodalben. El prelado Bruno Tiebes me reconoció enseguida durante mi visita. Le regalé un ramo de rosas rojas y una vela con el símbolo del

«La Preciosa Sangre de Rodalben», así como un libro del padre Gebhard Heyder sobre los acontecimientos de Rodalben. Se alegró mucho por ello y me encargó que saludara al padre Gebhard Heyder y le dijera que se había informado bien sobre los acontecimientos de Rodalben.

Tampoco se mostró tan contrario al respecto como un año antes. Antes de esa visita, estuve en el mercado de Espira y no sabía qué flores comprar para el prelado. Le pregunté al Salvador, y él me respondió: «Lo que le has dado a un sacerdote, me lo has dado a mí». Por eso me decidí por un ramo de rosas rojas.

Es simplemente hermoso ver a Jesús en cada sacerdote.

28 de abril de 1991 — Domingo

Hoy he asistido a la Santa Misa en el convento de los Carmelitas de Ratisbona. Allí también pasé unas cuatro horas y media con el padre Gebhard Heyder. Doy gracias a Dios por tener a padres como él. Durante nuestra conversación, le hice más de veinte preguntas, que él me respondió con paz, serenidad y amor. Fue como si hubiera pasado ese tiempo con Jesús. Tiene 86 años, un oído muy bueno para su avanzada edad y es muy preciso en sus respuestas. La fidelidad a Dios que tiene el padre Gebhard debería ser un ejemplo para muchos sacerdotes. Tras nuestra conversación, me bendijo velas, imágenes y agua. Recibí muchas gracias a través de él y me costó mucho despedirme de él. Le entregué el dinero que habíamos recaudado en nuestro grupo de oración para él, con el fin de que se publique un nuevo libro sobre Rodalben. El padre Gebhard Heyder fue testigo del milagro de la sangre de 1952, que tuvo lugar en Rodalben. Siempre que he tenido el privilegio de recibir grandes gracias, siento después los ataques del diablo con mayor intensidad. Así ocurrió también en el viaje de regreso de Ratisbona a St. Leon-Rot. Mientras mi marido conducía el coche, noté cómo cambiaba, se sentía mal. Pero en mi alma sentía la presencia del espíritu impuro. A mi marido se le enrojeció la cara y tenía náuseas. Le pedí que se detuviera en el arcén de la autopista, pero él me respondió que eso no estaba permitido. En ese momento me di cuenta de inmediato de que se trataba de una excusa del espíritu impuro, rocié a mi marido con agua bendita y dije en voz alta: «Te lo ordeno en nombre de Dios, ve inmediatamente al arcén y detente». Y así lo hizo de inmediato. Intercambiamos los asientos; en una mano sostenía el rosario y en la otra el volante, y conduje tranquilamente hasta casa. Mi marido se quedó dormido de inmediato y, tras unos cien kilómetros, se despertó y todo había pasado. Mientras mi marido dormía, recé fervientemente por él. No era la primera vez que experimentaba un ataque así del demonio.

29 de abril de 1991 - Lunes

Ya había oído que nuestro párroco había encontrado a dos nuevas ayudantes para la comunión. Después de la Santa Comunión, le pregunté a Jesús si realmente dos mujeres iban a repartir la Santa Comunión. Jesús dijo: «Sí. Vienen cosas peores».

Por la noche, hacia las 20:00 horas, comenzó de nuevo nuestro grupo de oración. El párroco Dochat también había venido y traía consigo la Sagrada Comunión, que repartió a los fieles tras la adoración. Adoramos al Salvador; yo me arrodillé a un metro de distancia de él. Durante el rezo del rosario, oí al Salvador decir: «Solo pueden recibir la Sagrada Comunión los enfermos y aquellos que no han tenido la posibilidad de asistir a la misa». Una vez terminada la oración, me confesé con el padre Dochat y le conté que Jesús es mi director espiritual. Él dijo que ya lo sabía desde hacía tiempo. Ese día sentí que estaba siendo atacada interiormente, también por la presencia del padre Dochat. Sin embargo, no dejé que se notara. Casi pierdo mi confianza en él. De ahí me di cuenta de que tenía que rezar más por él. Esa noche, mi marido volvió a ser atacado por el espíritu impuro.

Una de las personas que oran, Marga, también se dio cuenta de ello. Lo que más le apetecía era romperlo todo. Pero durante la oración en nuestro grupo de oración se quedó dormido.

En el grupo de oración, tras la distribución de la comunión, el párroco Dochat tomó el cuenco en el que había guardado al Salvador durante el traslado y vertió el resto —las pequeñas partículas o migajas de la Sagrada Comunión— en la agua bendita. Para mí fue como un shock. Pensé que eso no estaba bien. Pero luego me fui a dormir.

30 de abril de 1991 — Martes

A primera hora de la mañana, cuando me desperté, corrí inmediatamente hacia el agua bendita en la que el párroco Dochat había echado las migajas de la Sagrada Comunión. Tomé el cuenco de agua bendita en la mano y dije: «Bebo el cáliz contigo, Jesús». Luego bebí todo el cuenco de agua bendita, porque creía que Jesucristo estaba presente.

Por la tarde, después de la Sagrada Comunión, le pregunté a Jesús si lo que había hecho el padre Dochat estaba bien. Jesús dijo: «Eso no está bien». Le pregunté al Salvador si debía decírselo al padre Dochat. El Salvador dijo: «Sí». Pensé en lo que me diría el sacerdote, si me regañaría. Jesús dijo: «El sacerdote lo aceptará».

Durante ese tiempo, en la iglesia se cantaba el himno «Wahrer Leib oh sei gegrüßet». Lloré y pedí perdón al Salvador por todos los sacerdotes que no creen que el Salvador esté presente incluso en las partículas más pequeñas de la Sagrada Hostia.

Tengo que volver al lunes **29 de abril de 1991**:

Al mediodía, en la capilla de mi lugar de trabajo, tras el Ángel del Señor, me uní al Salvador y le pregunté por el padre Alanus, a quien había visto el sábado anterior en la oscuridad y de quien aún no sabía qué significaba aquello. Jesús me dijo:

«Así es como se ve un sacerdote sin gracia. El Salvador me permitió ir a ver al padre Aemilian, también en Waghäusel, para hablar con él sobre ello. Así que el martes, el

El 30 de abril de 1991 fui a ver al padre Aemilian. Mi párroco local, el padre Vogt, también lo sabía, ya que se lo había contado.

Cuando llegué al monasterio de Waghäusel, el hermano Alois me presentó al padre Aemilian.

Mientras lo esperaba, llegó el hermano Blasisus, con quien recé dos decenas del rosario hasta que llegó el padre Aemilian. Durante la conversación con el padre Aemilian sentí que no estaba sola, pues antes le había pedido a Jesús que me acompañara para no decir nada incorrecto. Me sentí fuerte, serena y tranquila, e incluso hablé de la comunión en la boca y de rodillas, y también le hablé del padre Alanus y de lo que había vivido el sábado por la mañana. En nuestra conversación le pedí que rezara por el padre Alanus, y prometí también rezar por el padre Alanus y por él.

El padre Aemilian me bendijo y me sentí feliz de haber cumplido la voluntad de Dios cuando me fui a casa.

04/05/91 - Sábado

Volví a Waghäusel a la Santa Misa de las 7:15. De nuevo, el padre Alanus celebró la misa y volví a verlo en esa oscuridad.

06/05/91 — Lunes

Por la noche, en la iglesia de Rot. Después tuvo lugar la reunión del grupo de oración. A continuación, hablé con el párroco Dochat y le pedí que dejara de echar los restos y las migajas de la Sagrada Hostia en el agua bendita. Le dije que el Salvador me había dicho que eso no estaba bien, y le conté que la semana anterior me había bebido toda el agua bendita, pues Jesucristo estaba presente incluso en las partes más pequeñas, y que esa es mi fe.

Me prometió que, en el futuro, se llevaría a casa las migajas de la Santísima Hostia.

07/05/91 — Martes

En la capilla de mi lugar de trabajo me uní al Salvador. Le dije al Salvador que yo no era nada.

Además, le dije: «Salvador, ya te lo he dado todo. Tú también tienes mi voluntad. ¿Qué más te puedo dar?». El Salvador respondió: «Quiero tu movimiento». No pude entenderlo.

Más tarde, durante la sesión de rayos X, una paciente privada preguntó por qué no le ponían un delantal de plomo para protegerse de los rayos X, aunque el delantal ya estaba colgado en la silla en la que ella estaba sentada y tenía suficiente protección. Le respondí de forma espontánea: «Debe rezar para que pueda verlo y oírlo todo». Ella se rió y dijo que eso estaba bien, y siguió su camino.

08/05/91 — Miércoles

El miércoles asistí a la misa de la víspera de la Ascensión en Mingolsheim,

09/05/91 — Jueves — Ascensión

El día festivo fui a Rot a la misa en la iglesia y después también participé en la procesión del pueblo. Fue muy bonito.

10/05/91 — Viernes

Por la noche, en la iglesia de Rot, cuando me uní al Salvador en la Sagrada Comunión, Jesús me dijo que le dijera al padre Johannes que sus libros no eran correctos, y que el sábado fuera a verle y se lo dijera.

11/05/91 — Sábado

Me había quedado dormida y me había perdido la misa matutina, pero enseguida recé durante una hora para compensarlo. Hacia las 11:00, el señor Deris, de Zeutern, vino a verme y me contó que Roland había llegado bien a Rusia con los libros del padre Johannes. Eso supuso un duro golpe para mí, pues sabía que esos libros no eran buenos.

Hacia las 15:30 h fui a ver a nuestro párroco Vogt en Rot y le dije que ahora quería ir a ver al padre Johannes, y le informé de lo que el Salvador me había dicho sobre el padre Johannes.

Al final, pedí la bendición al párroco Vogt y luego me fui a casa. Una vez allí, recé un rosario por el padre Johannes antes de ponerme en camino hacia él. En mi oración íntima y personal, le pedí a Jesús que me acompañara hasta el padre Johannes. Cuando llegué, él me recibió con un beso. En un primer momento pensé en el beso de Judas y no pude corresponderle. Nada más entrar en la casa, me dijo que hoy estaba muy diferente. Me dijo: «No está como de costumbre». Estaba muy inquieto. Le dije: «Sí, no estoy sola». Sorprendido, respondió: «Ah, ya veo». Y realmente no estaba sola, sentía una paz especial en mi interior, así como fuerza y ninguna preocupación en absoluto sobre lo que debía decirle ahora al padre Johannes. Durante nuestra conversación, le conté lo que Jesús me había dicho sobre sus libros.

Enseguida empezó a sufrir atormentas. Mostró su inseguridad y yo sentí que estaba siendo atormentado por varios espíritus impuros, que, sin embargo, no podían hacerme nada, pues él sentía respeto por mí y por mi acompañante (Jesús). Irradiaba amor y paz, y me mostraba humilde. Me enseñó varios libros e intentó justificarse. Entonces dijo: «Ahora vuelvo a estar enfermo y tengo que morir». Además, era muy impulsivo. Le respondí: «Eso es solo una gota en comparación con la eternidad». Le di ánimos y le dije además que había venido para ayudarlo. Me preguntó qué debía hacer ahora, y le respondí que dejara de publicar los libros y que no permitiera que se distribuyeran. Más tarde, el padre Johannes me contó que el **7 de mayo de 1991** había llamado su obispo, el obispo Gorniliak Platon, y que este le había comunicado que sus libros contenían herejías. El padre Johannes llamó psicópata a este obispo y lo consideraba loco. No quiso hacerle caso. Como regalo, le había llevado al padre Johannes un ramo de rosas rojas con fresias, como muestra de que le tenía cariño y de que quería ayudarlo. El padre Johannes me prohibió hablar con el obispo Gorniliak Platon y quería invitarme en alguna ocasión para hablar de sus libros con otros obispos. Además, me dijo que ahora lo había puesto muy enfermo y que no me creería, pero que, a pesar de todo, confiaría en mí. Mi respuesta fue: «Con corazones tan dispersos no se puede creer».

Me alegré de haber mantenido esta conversación con el padre Johannes. Al principio le pregunté a Jesús si podía decirle esto, pues sabía que era un hombre enfermo. Pero el Salvador dijo: «La verdad está por encima de la enfermedad».

12/05/91 - Domingo

Mi marido ha cumplido hoy 50 años. No lo hemos celebrado, porque hemos pensado en las personas que pasan hambre en el mundo.

En la Santa Misa en Rot: este domingo predicó la Srta. Wennebusch. No me gustó, ya que el párroco Vogt también estaba presente y rezó un rosario por esta intención.

Por la noche le pregunté al Salvador si debía ir a ver al obispo Gorniliak a Múnich. Jesús dijo: «Tan pronto como sea posible». Esperaba poder ir el sábado.

La devoción mariana de la tarde fue muy bonita. El párroco Vogt la había dirigido muy bien.

13/05/91 - Lunes

Hacia las 10:00 de la mañana en la clínica: Le pregunté al Salvador qué señal segura me daría si me oponía a las herejías. El Salvador me dijo: «Te daré mi entendimiento». Yo dije: «Oh, pero eso es mucho». A las 12:00 en la capilla de la clínica: Sentí que la visita al obispo en Múnich era urgente, que había prisa. Le pregunté al Salvador cuándo debía ir a ver al obispo, y él respondió: «El viernes». Le pregunté además por qué debía visitar al obispo Gorniliak. El Salvador dijo: «Por la Iglesia católica». A mi siguiente pregunta, si el obispo hablaría siquiera conmigo, el Salvador dijo: «Sí». Mi siguiente preocupación fue: «Jesús, habrá mucho tráfico el viernes, ¡porque es Pentecostés!». Pero Jesús respondió: «Por la mañana no». Salí de la capilla con alegría y paz. Entre las 16:30 y las 17:00 hablé por teléfono con el obispo Gorniliak Platon en Múnich. Antes de hablar con él, recé varios rosarios por él. Luego le expliqué al obispo el motivo por el que quería visitarlo. Me dio una cita para el viernes a las 15:00.

Acepté.

Durante esa conversación, en realidad no tuve la impresión de que el obispo Platon Gorniliak fuera un psicópata, como lo había descrito el padre Johannes. Al contrario, se mostró objetivo, correcto y entregado a la voluntad de Dios. Ya estaba deseando que llegara el viernes, porque así podría conocerlo mejor.

A las 19:00 h asistí a la devoción mariana en Rot y a las 20:00 h comenzó nuestra reunión de oración. Según una tal señora Nuncia, de Mannheim, ese día iba a tener una aparición de la Virgen. Sin embargo, el Salvador ya me había dicho que no debía creer a esa mujer. Durante la oración, el demonio se hizo notar. Me empujaban y me daban codazos, lo que me molestaba mucho en mi devoción. Entonces rocié mi asiento con agua bendita. Pensé para mis adentros que ahora podría abofetearlo. Pero no quería que alguien que estuviera arrodillado a mi lado recibiera una bofetada. Al tener estos pensamientos, de repente me eché a reír. Al final de la oración había recibido tantas gracias que esas molestias no me habían importado en absoluto.

14/05/91 - Martes

Mi marido fue molestado por un espíritu impuro durante la noche, al igual que yo. Rara vez sueño, o no recuerdo los sueños, pero esta mañana he conservado el sueño.

El sueño fue interesante y me gustaría escribirlo:

Vi muchísimos pájaros, innumerables pájaros que en realidad no existen en la Tierra. Parecían gorriones, pero estaban como hinchados y eran tan grandes como palomas. De repente se transformaron en personas que tenían un aspecto sucio, asqueroso y lamentable. Suplicaban ayuda, y uno no podía evitar sentir compasión por ellos. Los bendije y, en ese momento, oí desde el otro lado a personas muy diferentes gritar: «Aléjate de ellos, tienen sida y lepra». No tuve miedo, me arrodillé y grité con todas mis fuerzas: «Jesús, ayuda a estas personas». Las personas sucias también se arrodillaron y pidieron ayuda. De repente, una de ellas me golpeó en la mano derecha. En ese momento, mi mano ardió como el fuego. Entonces supe de inmediato que eran demonios. Luego me desperté; sentí el ardor en mi mano durante unos minutos más y luego todo se desvaneció. Ese día nos quedamos dormidos y llegué tarde al trabajo. No me había pasado desde el día de mi bautismo, en 1984.

Al diablo le hubiera gustado presentarse ayer como la Virgen María. Pero gracias a nuestras oraciones, nuestra fidelidad y nuestro amor a Jesús y a la Virgen María, no tuvo permiso.

Porque el diablo solo puede hacer algo así si es la voluntad de Dios y si tiene el permiso de Dios.

Entre las 10:00 y las 10:30 en la sala de estar de la clínica:

Le pregunté a Jesús por los demonios del día anterior. Jesús dijo: «Habrán más casos como esos».

Con «casos» se refería a los ataques de los demonios. Luego le pregunté: «Querido Dios, si uno reza mucho, ¿recibe aún más ataques?». Jesús respondió: «Sí, ¡les quitas muchas almas!».

Mi siguiente pregunta fue: «¿Sabe el padre Johannes que los libros no son correctos?». Jesús respondió: «¡Sí!».

Entonces pensé: «¿Por qué no se detienen los libros?», y con ello quería decir que los libros deberían desaparecer. Jesús respondió:

«Satanás tiene poder sobre él».

Hacia las 14:30, mi marido me llamó a la clínica y me dijo que se tomaría un día libre para acompañarme a Múnich a ver al obispo Platon Gorniliak, aunque por la mañana ya me había dicho que tendría que ir sola. Y esta mañana había rezado para que, si era la voluntad de Dios que fuera a ver al obispo, todo saliera bien. Hacia las 16:30, mi marido y yo nos dirigimos a casa desde el trabajo. Durante el trayecto, mi marido me contó cómo le había atormentado el diablo durante la noche. Había tenido una visión del infierno y el diablo le había dicho: «¿Ves? La Virgen no se le ha aparecido a tu mujer. Todo era mentira y engaño. Y en Medjugorje tampoco tuvo ninguna aparición de la Virgen». Eso fue por la noche, hacia las 2:30. Entonces se levantó, mojó los dedos en agua bendita y rezó 30 Ave Marías sin sacar los dedos del agua bendita. Después se calmó y volvió a dormirse.

A las 19:00 estaba en la devoción mariana que oficiaba el párroco Vogt. Fue muy bonito. Rezó la letanía a la Virgen. Eso me alegró mucho, porque rara vez se reza. Ya delante de la iglesia me encontré con una anciana de Lituania. Me contó que había estado atormentada toda la noche y no había podido dormir, y que esto le pasaba a menudo. Me acompañó a casa y le di agua bendita, sal bendita y velas benditas. Cuando se fue a casa, recibí de nuevo la visita de una mujer de Rot (Hedwig H.). Lloraba y me pidió ayuda, porque tenía problemas con su marido. Rezamos juntas el rosario doloroso.

15/05/91 Miércoles

A primera hora de la mañana, mi marido me contó que había soñado que veía muchos pájaros negros del tamaño de palomas.

Hacia las 10:00 de la mañana, en la consulta del médico, le pregunté a Jesús: «Jesús, si mi marido está tan atormentado por los demonios, ¿cómo voy a irme con él a Polonia?».

Jesús respondió: «¡Yo estoy contigo!».

Durante la pausa del mediodía fui a la capilla, me uní a Jesús y recé. Entonces le pregunté a Jesús qué significaban los pájaros negros. Recibí la respuesta: «Son demonios de la impureza». Entonces le pregunté al Salvador: «Querido Jesús, ¿es tu voluntad que me comprometa contra las herejías de la Iglesia católica?». Jesús me respondió: «Sí, es mi voluntad». Le pregunté al Salvador si debía contárselo todo al señor párroco Vogt y el Salvador respondió: «Sí». Después, Jesús me preguntó: «¿Sientes también ahora la paz?». Respondí que «sí» y oí a Jesús decir: «El espíritu impuro no puede dar la verdadera paz».

A las 14:15 llegó un paciente para hacerse una radiografía (del cuello) que solo tenía un brazo. Me contó que lo había perdido durante la guerra en Francia. Hablé con él y le dije que estaba recorriendo un duro vía crucis sin brazo. Él respondió entonces que uno se acostumbra a todo.

Entonces le respondí de inmediato:

«Sería bueno que todas las personas se acostumbraran a Dios».

A las 19:30 asistí a la Santa Misa en la capilla de San Roque en Mingolsheim. El sacerdote había celebrado la Santa Misa a un ritmo muy rápido. No fue agradable y la gente tampoco cantó bien. Después me acerqué al sacerdote y mantuvimos una conversación de unos 20 minutos

. El sacerdote estaba bastante inquieto interiormente. En mi corazón había una paz profunda y sentía que no estaba solo, Jesús estaba conmigo.

Cuando el sacerdote dejó de hablar, le dije: «Eso era sabiduría terrenal». Quería recibir la absolución y el sacerdote me dijo: «Usted no tiene pecado».

Entonces le pedí la bendición y me fui. Afuera ya me esperaba Julchen, de Malchenberg. Me contó que hoy se iba a dar una conferencia sobre monseñor Lefebvre en Kronau. Me alegré y me fui enseguida con Julchen. Habló el párroco de Mingolsheim. Pero no dijo la verdad. Habló tan mal de Lefebvre que pensé qué gran pecado querría ocultar en la Iglesia católica. Veía la paja en el ojo de Lefebvre, pero no veía la viga en el suyo propio.

Al final de la conferencia le hice dos preguntas: **1.** «Usted habla de la desobediencia de Lefebvre, y sobre eso me gustaría comentar: “No conozco bien a Lefebvre, pero mi alma siente lo que es bueno y lo que es malo. Y ahora me gustaría preguntar: ¿cuántos sacerdotes hay en este mundo que son desobedientes porque han quitado los bancos de comunión de la iglesia?»

Pero aún hay iglesias sensatas en las que los bancos de comunión siguen estando dentro. Cada uno tiene libertad para decidir si quiere recibir la comunión de pie o de rodillas, o si quiere comulgar con la boca o con la mano. Pero a aquellos que deseen recibir la comunión en la boca de rodillas, hay que darles la posibilidad de hacerlo, y hay que poner a su disposición el banco de comunión. Porque en la Sagrada Hostia está presente el verdadero Dios y el verdadero hombre de carne y hueso, por eso me arrodillo al recibir al Dios vivo».

Las personas que me rodeaban parecían poseídas por un espíritu impuro. Me gritaban y me decían: «Vete de aquí, ¿quién te ha invitado? Si quieres, puedes estar de rodillas todo el día en tu casa».

En ese momento pensé en la Biblia y en que a Jesús tampoco le fue mejor. Entonces le pregunté interiormente al Espíritu Santo si debía hacer la segunda pregunta. Recibí la respuesta: «SÍ». Le di gracias a Dios por la profunda paz que sentía; y formulé la segunda pregunta: «Señor párroco, ¿no puede comparar a Uta Ranke-Heinemann con Lefebvre!». Él dudó un poco antes de responder y dijo: «Quizás por la desobediencia».

Me fui a casa con Julchen y recibí muchas gracias.

Hacia las 22:30 h, en casa, me acerqué a la estatua de Nuestra Señora, encendí una vela por Lefebvre y recé por él, porque había sido tan ofendido. Entonces le pregunté a Nuestra Señora con toda mi alma: «¿Por qué fue excomulgado Lefebvre?». Recibí la respuesta: «Jesús estaba con él». Luego me fui a dormir.

16/05/91 Jueves

Casi siempre que me levanto por la mañana, dedico a alguien las indulgencias que pediría ese día. Hoy he dedicado todas las indulgencias a Lefebvre. A las 12:00 h fui a la capilla de la clínica. Al principio, dos personas hablaban muy alto entre ellas y, después, alguien tocó el órgano a todo volumen. Pensé en rezar el Ángel del Señor, seguramente esa sería la voluntad de Dios, pues eran las 12:00. Primero recé varios Ave Marías y la oración al arcángel Miguel por los dos señores. Luego se unió un tercer hombre, que se unió a la conversación, y recé también por él. Mi oración fue escuchada, pues todos salieron. Di gracias a Dios y pude seguir rezando en paz.

Hacia las 15:30 h estaba en la abadía de Neuburg. Durante aproximadamente media hora conversé con el hermano Johannes. Después recé ante el sagrario unas dos horas. Luego me dirigí a Rot. Como allí no había Santa Misa, fui a Malsch y ofrecí la Santa Misa por el obispo Platon Gorniliak.

17/05/91 — Viernes

A primera hora de la mañana, mi marido y yo fuimos a Múnich a visitar al obispo Gorniliak. Fue tal y como Jesús había dicho. No había tráfico en las calles, ni atascos, y todo salió de maravilla.

El señor obispo nos recibió a las 15:00 horas. Me sorprendió el amor y la serenidad que irradiaba el obispo Gorniliak. El obispo me contó que el padre Johannes ya había sido suspendido de sus funciones en otra ocasión por haber escrito muchas cosas erróneas sobre las enseñanzas de Jesús. Además, me dijo que ya había amonestado por escrito a muchos sacerdotes, advirtiéndoles de que los artículos del padre Johannes no eran correctos, pero que nadie quiso hacerle caso. Como se puede ver, el padre Johannes desobedeció a su obispo. Estuve aproximadamente una hora con el obispo y doy gracias a Dios por haber podido hablar con él. De camino a casa, nos desviamos para visitar al padre Gebhard Heyder en Ratisbona. Cuando cambiamos a la autopista en dirección a Ratisbona, oímos un canto maravilloso. Durante unos 20 minutos escuchamos cantar a los coros de ángeles; no era un canto terrenal. Sentimos un gran temor reverencial y, en nuestros pensamientos, cada uno de nosotros rezó con mucha devoción. Doy gracias a Dios porque mi marido también pudo oírlo, pues yo ya había tenido la oportunidad de vivirlo hace unos años. Para cuando llegamos a casa, habíamos rezado siete rosarios y otras oraciones. — Estuvimos con el padre Gebhard aproximadamente una hora.—

18/05/91 — Sábado

Asistí a la misa matutina de las 6:30 en Waghäusel. La Santa Misa se celebró por mis difuntos padres y mis hermanos. Ese día se cumplían también siete años desde que se me había aparecido la Virgen María.

Por la tarde me uní al Salvador y le pregunté: «Jesús, si estabas con el obispo Lefebvre, ¿por qué permitiste que fuera excomulgado?». Jesús respondió: «Para que se salven muchas almas». Esta respuesta no me quedó del todo clara, entonces Jesús añadió: «Con su sufrimiento se salvaron muchas almas».

19/05/91 — Domingo de Pentecostés

10:00 h — Asistí a la Santa Misa en Rot.

Hacia las 13:00 me llamó el padre Buran desde Mannheim. Me contó que el padre Johannes se encontraba bien y que tenía que ir a Francia a ver al obispo. El padre Buran elogió a Johannes, pero yo no dije nada al respecto, porque sabía que no decía la verdad. Tenía la impresión de que el padre Buran había llamado porque el padre Johannes tenía remordimientos y había buscado contacto con él.

Por la tarde recé un rosario con Hedwig, de Rot. A las 19:00 h fui a la devoción mariana en la iglesia.

Hacia las 20:00 horas vino a visitarme Zita, de Rot, y rezamos juntas un rosario. Zita me contó que el párroco de Mingolsheim había dado un mal sermón. Habló de que la gente no debía peregrinar a los lugares de peregrinación. (Este párroco también dio la conferencia contra Lefebvre. En esos días ya había rezado mucho por este sacerdote.

Fue un día muy bonito, porque hoy hace siete años que fui bautizada y me mantuve fiel a Jesús y a María. Doy gracias a Dios por esta gran gracia que me ha concedido. ¡Qué bonito es estar con Jesús y María! Ya no podría imaginarme vivir sin Dios. Sería terrible, porque no hay mayor mal que separarse de Dios.

20/05/91 — Lunes de Pentecostés

A las 7:00 h asistí a la Santa Misa en Waghäusel, que se celebró por mis difuntos padres y mis hermanos. Fue muy bonito. Me uní a Jesús y a María. Jesús dijo: «Sigue rezando así, hija mía». Después fuimos a casa de la familia Hamsch, en Wiesental, y desayunamos allí. Ella me regaló un precioso ramo de rosas rojas para la Virgen María. Era el ramo que le había regalado su marido por su aniversario de boda.

Cuando llegué a casa, recé inmediatamente un rosario por esta familia.

Por la tarde tuve una tentación. Me sentí mal y vomité.

Me tumbé un rato y me atormentaban las palabras: «No vayas a la iglesia, estás enferma, ya has estado en la iglesia hoy, etc.».

Miré una imagen de Jesús y oí: «¡Reza!». Inmediatamente me levanté y recé el rosario doloroso y, después, el rosario de la misericordia.

Entonces, de repente, las plagas desaparecieron.

Fui a la iglesia a la devoción mariana. Un joven sacerdote dirigía la devoción. Apenas llevaba cinco minutos en casa y la habitación ya estaba llena de gente. Y eso que antes pensaba que el lunes de Pentecostés nadie vendría al grupo de oración. Pero recé mucho por nuestro grupo de oración. Ese día rezamos especialmente por los sacerdotes.

21/05/91 - Martes

De 9:00 a 10:00 estuve en el dentista. Ofrecí los dolores para mayor gloria de Dios. Recé mentalmente durante todo el tratamiento. Como sabía que la señorita...

Al enterarme de que Bennebusch celebraría una liturgia de la palabra por la tarde y que después distribuiría la Sagrada Comunión, le pregunté a Jesús qué haría él en mi lugar. El Salvador dijo: «No vayas allí». Recé en casa durante aproximadamente una hora y comulgué espiritualmente.

22/05/91 - Miércoles

Asistí a la Santa Misa en la capilla de San Roque en Mingolsheim. Ofrecí la Santa Misa y la Sagrada Comunión por la joven de la RDA. Le di folletos de oración, medallas consagradas y una imagen consagrada de la Virgen María. Había recibido una educación comunista y se alegró mucho por los objetos consagrados. Apenas pensé en que mi marido y yo nos casamos por la Iglesia católica hace hoy 26 años en Waghäusel, sin que yo hubiera sido bautizada previamente. Como en aquel entonces solo hablaba unas pocas palabras de alemán, no entendía nada de lo que decía el padre. Hoy lo considero un pecado del que ya me he arrepentido muchas veces.

23/05/91 - Jueves

Estaba en la capilla de la clínica y le pregunté al Salvador si debía ir a la celebración de la Palabra de la señorita Bennebusch. El Salvador dijo: «No». Entonces le pregunté al Salvador si Calugiero y Wendi, de Kronau, debían ser sacerdotes. El Salvador dijo «Sí» para ambos.

Por la tarde fui primero a la iglesia de Malsch. Como allí no había misa, me dirigí a Mühlhausen y asistí a la devoción mariana.

24/05/91 - Viernes

Como en Rot no había misa, fui a Malsch. Pero allí tampoco la había. Entonces le dije al Salvador: «Si quieres que me una a ti, ayúdame a llegar a tiempo a Mühlhausen, porque son las siete menos dos minutos». Con la ayuda de Dios, logré llegar puntualmente a Mühlhausen para la Santa Misa. Fue como un milagro. Fue muy bonito, recibí muchas gracias y pude unirme profundamente con el Salvador. Te doy las gracias, Señor mío y Dios mío.

25/05/91 — Sábado

Por la mañana fui a las 7:15 a la misa de la HI en Waghäusel. Por la tarde vinieron Beate y Marion Hamsch, de Wiesental, y trajeron una tarta. Después llegó también el señor Dieter Erben. Con él recé tres decenas del rosario por su intención.

26/05/91 — Domingo

A las 10:00 h asistí a la misa solemne en Rot, en la iglesia. Ese día sufría fuertes dolores de cabeza, por lo que me acosté de 13:30 a 15:00 h. Luego vino Hedwig, de Rot. Los tres rezamos el rosario doloroso; mi marido también rezó con nosotros. A partir de las 15:00 h ya no me dolía la cabeza.

Ofrendé los sufrimientos por la conversión de los pecadores. Por la tarde fui a Rot a la devoción mariana.

27/05/91 - Lunes

Fue un día difícil. Sentí la presencia de un espíritu impuro en varios pacientes. En la capilla del trabajo me encontré con una mujer rumana que me dio las gracias por las oraciones.

Por la noche fui a la misa de la HI en Rot. A las 20:00 h comenzó nuestro grupo de oración. Había muchísima gente, también muchos niños. Adoramos al Salvador y muchas personas se confesaron con el padre Dochart. Fue muy bonito y recibí muchas gracias.

28/05/91 — Martes

¡Una buena pesca!

Una mujer católica, de unos 30 años, vino a verme como paciente y sentí muy claramente que estaba «poseída».

El demonio le había deformado totalmente la nariz y la boca. La nariz estaba completamente torcida. Estaba llena de odio hacia Dios y muy inquieta.

Luego vino una paciente de Rumanía, que estaba sometida a su marido como una esclava. Él tenía 58 años y ella 32. Le di una imagen de la Virgen, medallas y oraciones. Fue interesante, porque ella no sabía alemán, pero entendió lo que le hablé sobre Dios.

Luego vino un judío, al que también le regalé una imagen de la Virgen.

La siguiente paciente era una polaca, con la que también hablé de Dios. En la capilla recé por todos. De 15:00 a 15:30, Verónica, una compañera de trabajo y yo rezamos el Rosario Doloroso.

Mientras rezaba sola en la capilla, me uní al Salvador, me comuniqué espiritualmente con él y le pregunté si debía ir también a la RDA y a Polonia. La respuesta fue: «Salva las almas». Le dije que, sin Jesús, no podría salvar las almas. El Salvador dijo: «Siempre estoy contigo». Le pregunté al Salvador cómo podía ayudar a los pacientes y él respondió: «Reza por ellos». Luego le pregunté si debía ayunar por ellos. Jesús respondió: «Si puedes». Entonces intercedí por la paciente rumana a la que le había hecho una radiografía por la mañana y a la que había bendecido con agua bendita y por la que había rezado. Recé por ella para que su marido no le quitara las notas de oración, pues su marido era malvado y le prohibía todo. Ella estaba demacrada y enferma, como una esclava y atormentada por el diablo. Le pedí a la Virgen María que la protegiera.

Le pedí de nuevo a Jesús que su marido no pudiera quitarle las hojas de oración, y entonces Jesús me dijo: «¿Tan poca confianza tienes?». Le pedí inmediatamente a Jesús que me concediera más confianza.

Después de la oración en la capilla me sentí muy feliz, ni siquiera estaba cansada, aunque no me había acostado hasta la una de la madrugada. El Salvador me dio mucha gracia y fuerza.

Un médico, el Dr. Wenig, entró en la sala de rayos X. Durante una conversación conmigo, insultó al Salvador. Le pregunté a Verónica qué significaban sus palabras. Ella me dijo que había maldecido a Dios. Luego se marchó riendo. Justo después oí una voz: «No echéis perlas delante de los cerdos». En mi interior, respondí de inmediato: «Salvador, no sabía que él fuera un cerdo». Me asusté de mis propios pensamientos. Cuando el médico regresó media hora después, le conté lo que me había dicho el Salvador y lo que se me había ocurrido de repente. Se sonrojó y dijo que lo había dicho en broma. Le respondí que no debemos bromear con Dios y que ambos debíamos ir a confesarnos.

Hacia las 16:15 salí de la clínica y fui a recoger a mi marido al trabajo. Pasé por la estación. Tras el primer cruce en dirección a Römerkreis, me detuve porque tenía que ceder el paso a otro vehículo. Mientras estaba parada, un coche negro chocó contra mi vehículo. Mi parachoques quedó abollado. Sentí inmediatamente que en aquella alma había un demonio.

No quería llamar a la policía. Le dije: «Hace mucho que no se confiesa». Él respondió que nunca se confesaba. Le dije que los daños ascendían al menos a 500 marcos alemanes. Él dijo que me daría 200. Le dije que estaba bien.

Abrió la cartera, pero solo llevaba 130 marcos alemanes. Cogí los 130 marcos y le dije: «El resto lo ofrezco por su conversión». Él se resistió y dijo que no necesitaba a Dios, que estaba bien.

Respondió: «¡Pero si tiene miedo!».

Entonces le dije que en la eternidad tendría miedo.

Él respondió que cuando uno muere, ya no hay nada más.

Le dije: «Sí que hay», y le mostré el rosario que aún tenía en la mano y le dije que rezaría por él. Se resistió y respondió enfadado que no hacía falta que rezara por él. Fui a buscar a mi marido y, hasta que llegamos a casa, recé el rosario doloroso por ese hombre.

A las 18:20 fui a la iglesia de Rot, recé allí el rosario y ofrecí la Sagrada Comunión por los pacientes a los que hoy les había hecho radiografías.

Así como hoy ha sido una buena jornada de pesca, también el diablo se ha resistido. Creo que para Jesús era importante esta alma con el accidente, por lo que seguiré rezando por este hombre.

29/05/91 — Miércoles

No fui a la iglesia, ni a la Santa Misa. Recé en la capilla y me dio pena no haber asistido a la Santa Misa.

30/05/91 — Jueves — Corpus Christi

Fui a la procesión en Rot. Fue precioso. Antes de la procesión fui atacada por el maligno. Después de la procesión recibí muchas gracias. Hacía buen tiempo, no había ni una nube en el cielo y se podía rezar con devoción durante la procesión. El párroco Vogt lo organizó muy bien.

01/06/91 — Sábado

Por la mañana fui a la iglesia en Waghäusel. La Santa Misa la ofició el padre Reinhold, que acababa de llegar a Waghäusel. Antes de la consagración, el padre Reinhold me miró fijamente a los ojos, y yo a él también, pues rezaba para que me diera la Sagrada Comunión de rodillas, ya que estaba sentada en el primer banco y algunos sacerdotes llevan la Sagrada Comunión a los fieles que están en el primer banco, para que puedan recibir al Salvador de rodillas. Los días anteriores, según me contaron los feligreses que asistían a la misa matutina, él no había ido al primer banco. Me quedé arrodillada en el banco y el padre Reinhold se acercó y nos dio la Sagrada Comunión a mí y a los demás fieles. Los demás se sorprendieron.

02/06/91 Domingo

Asistí a la Santa Misa en Rot y también a la devoción de la tarde, antes de la cual se rezó el rosario. Por la noche, tras la oración del «Ángel del Señor», entré en comunicación espiritual. A continuación, le dije al Salvador: «Nunca encontraré paz si no aclaro el problema de la comunión en la mano». Sentí una profunda paz al unirme con el Salvador. De repente, oí unas voces. «¿Me creerás si te digo algo?». Le respondí: «Salvador, si tú me lo dices, te creeré». Él dijo: «A aquellos que extienden la mano, les retiro las gracias». En ese momento se me cortó la respiración. Pensé inmediatamente en las personas de nuestra comunidad de Rot que, aunque reciben la Sagrada Comunión de rodillas, comulgan con la mano. El Salvador me dijo: «Se lo tengo en cuenta». A continuación, recé el Rosario Glorioso y el Rosario de la Misericordia.

03/06/91 - Lunes

En la capilla de mi lugar de trabajo recé el Ángel del Señor. A continuación, me uní al Salvador y sentí una profunda paz. Le pregunté al Salvador: ¿Debo decírselo al párroco?

¿Acaso el padre Dochart y el párroco Vogt dicen que privas a las personas de la gracia al recibir el Cuerpo de Cristo con la mano? Oí: «Sí, hija mía, díselo, es importante».

Le respondí al Salvador: «¿Y qué pasa si dicen que obedecen al obispo?». El Salvador respondió: «Entonces pregúntales si obedecen todo lo que dice el obispo».

A las 15:30 recé con mi compañera de trabajo Verónica el Rosario Doloroso por los sacerdotes y por la conversión de los pecadores.

Hacia las 14:00 h me uní al Salvador, me comuniqué espiritualmente. Le pregunté al Salvador por una experiencia con el párroco Dochart. Cuando él impartía la bendición, vi detrás de él a una persona de su misma estatura y complexión, igual que el párroco Dochart, con las manos extendidas para bendecir, que se encontraba envuelta en una luz brillante. Se lo pregunté por segunda vez, ya que la primera vez no lo había entendido bien. El Salvador me dijo: «Era el espíritu impuro». Yo había pensado que era Jesús. El Salvador me dijo: «Me encuentro en el corazón de los sacerdotes y no fuera de él».

Me costaba entenderlo, porque el padre Dochart es un carismático. Pero pensé para mis adentros que quizá tuviera que impartir la bendición tal y como prescribe la Iglesia.

A continuación llegó una paciente a la que una inyección le había sentado muy mal.

Cogí agua bendita, la rocié con ella y recé inmediatamente un Ave María con ella. Se sintió mejor al instante. Esa misma paciente ya había estado con nosotros en Radiología esa misma mañana. Le había dicho que tenía que ir a confesarse, porque blasfemaba contra Dios.

A las 19:00 h asistí a la Santa Misa en Rot. Ofrecí la Sagrada Comunión por el señor Wermuth, que había tenido un accidente y estaba gravemente enfermo.

A las 20:00 horas comenzó nuestro grupo de oración. El padre Dochart también vino y trajo consigo la Santísima Hostia, el Salvador. Realizamos la adoración. Me costó un poco, porque me dolían las rodillas, ya que había estado arrodillada sin parar durante unas dos horas.

Luego fui la última en confesarme con el padre Dochart. No me quedó claro lo que me dijo, pero me propuse preguntarle al Salvador después si era cierto.

04/06/91 — Martes

Por la tarde vino a verme una paciente de Rumanía, Monika Gorcea. Ya se había hecho varias radiografías. Le di una vez sal consagrada. En realidad, se la había dado para que la esparciera mientras rezaba, pues me había contado que sentía una gran inquietud al hacerlo. Esa sal había sido consagrada por el padre Gebhard Heyder, quien también recitó sobre ella oraciones de sanación y el exorcismo. Me confesó que solía tomar esa sal con frecuencia. Se puso unos granos de la sal bendita en la lengua durante unos días y se curó rápidamente de una enfermedad crónica. El doctor Maran, de la clínica EBO, se sorprendió de que se hubiera curado tan rápido.

La señora Gorcea me contó que no se había atrevido a decirle nada al Dr. Maran sobre la sal bendita, porque él no es católico, sino musulmán. Le di algunas folletas de oración y se marchó.

Monika Corcea es una mujer piadosa y trabaja en la universidad como profesora de alemán e inglés en la ciudad de Cluj-Napoca, en Rumanía. Había venido a Alemania por su enfermedad. Se despidió de mí muy contenta. También me dijo que ahora rezaría más que antes, y dimos gracias a Dios por su curación.

Por la noche asistí a la Santa Misa en Rot.

05/06/91 - Miércoles

Recé en la capilla del trabajo. El Salvador me dio más claridad sobre la comunión en la mano. Hay varios factores que influyen. Debemos comulgar realmente con la boca y arrodillarnos al hacerlo. Debemos preguntarnos: ¿por qué se llama el «Santísimo Sacramento del Altar»? O bien, ¿para qué existe la ordenación sacerdotal y cuán grande es nuestro amor a Jesús? ¡Cuán importante es el respeto a Dios, y luego la pureza y la obediencia!

Jesús retira la gracia a quienes extienden la mano en la Sagrada Comunión, pero Jesús sufre al hacerlo, porque no puede dar la gracia a esas personas.

Cuando Jesús me dijo que sufre con la comunión en la mano, también se me encogió el corazón. Me pregunté cómo se lo diría a los sacerdotes. Creo que debo rezar mucho por esta intención.

Por la noche estuve en la capilla de San Roque en Mingolsheim. Un misionero de Colonia, que realiza su labor misionera en Paraguay, celebró la Santa Misa y predicó. Durante la homilía hablaba muy rápido. Inmediatamente le pedí al Salvador: «Querido Jesús, concédele amor y paz, dale fuerzas para predicar lo que debemos saber. Por favor, haz que predique muy despacio».

De inmediato, predicó con más calma y lleno de amor. Se transformó al instante. Tras la Sagrada Comunión, pude unirme profundamente con el Salvador.

Hoy le pregunté al Salvador si me convertiría en santa. La respuesta fue: «Sí, hija mía, serás santa».

Le dije: «Moldeame como quieras, pues te lo he dado todo, o dime qué debo hacer». El Salvador dijo:

«Difunde mis palabras». Le dije: «Sí, lo haré. Porque tú siempre estarás conmigo». Le pregunté a

Jesús si debía darle al misionero el libro de Rodalben y la vela consagrada de Rodalben. El Salvador

dijo: «Sí». Después de la Santa Misa fui a ver al misionero a la sacristía y hablé con él unos 20

minutos. Se alegró mucho.

Me contó que ese mismo día había visitado al padre Johannes. Me enteré por él de que el padre Johannes había escrito a muchos obispos porque necesitaba dinero para sus libros. Le informé al misionero de que Jesús me había dicho que los libros del padre Johannes no eran correctos. Al final, el misionero me bendijo y me besó la mano. Espero volver a verlo.

06/06/91 — Jueves

Mi deseo era volver a escuchar la homilía del padre Josef, el misionero de Paraguay. Por eso, hoy volví a asistir a la misa del Sagrado Corazón en la capilla de San Roque, en Mingolsheim. Fue una buena homilía.

07/06/91 — Viernes del Sagrado Corazón

Le pregunté al Salvador si no podía decirme algo más sobre las personas que comulgan y viven en pecado grave, ya que alguien me había dicho que el Salvador no puede permanecer en esos corazones. Quería saber más sobre ello del Salvador. Jesús respondió: «No se puede servir a dos señores». Por la tarde fui a Rot a la Santa Misa. Después nos dirigimos a Grombach, cerca de Sinsheim. Esa es la parroquia del párroco Dochart, quien celebraba una noche de expiación en su iglesia los Viernes del Sagrado Corazón.

Mientras esperaba para confesarme, recé el Rosario de las Alegrías. Durante la oración, la Virgen María me obsequió con un aroma a rosas. Unos minutos más tarde, la señora Rita Knoch, una mujer de mi grupo de oración, también percibió ese aroma. A unos dos metros de nosotros había una gruta de Lourdes con la Virgen María.

08/06/91 - Sábado

El padre Josef, de Paraguay, tenía el deseo de reunirse conmigo. En aquel momento aún se encontraba en Mingolsheim, donde estaba haciendo una cura. Quedamos en que vendría a visitarme el sábado a las 20:00 horas. Hablamos durante unas dos horas. Ambos sentimos que habíamos recibido muchas gracias. Nuestro encuentro fue obra de Dios. Le entregué una Biblia del padre Gebhard Heyder, que él quería.

09/06/91 - Domingo

Asistí a la Santa Misa en Rot. Después me dirigí a Mingolsheim, a la capilla de San Roque, donde volví a encontrarme con el padre Josef. Jesús me había dicho durante la comunión que fuera a verle y le dijera que hablara con el obispo Platon. El padre Josef me prometió que le llamaría. Luego, el padre Josef me regaló un icono de la Virgen María y el Niño Jesús.

10/06/91 — Lunes

Hacia las 19:00 horas, mi marido y yo nos pusimos en camino hacia nuestras vacaciones. Tras recorrer unos 20 km, mi marido se sintió tan mal que ya no pudo seguir conduciendo la autocaravana. Cogí el rosario y me puse al volante. Entonces se quedó dormido. Al comenzar el segundo rosario, ya se encontraba bien de nuevo. Dormimos en la autocaravana, pero pasamos una noche inquieta. Mi marido tenía inquietudes, dormía mal y también hablaba en sueños. El Maligno quería evitar que visitáramos al padre Gebhard Heyder.

11/06/91 — Martes

Hacia las 10:00 llegamos al padre Gebhard Heyder sin haber avisado previamente. Era importante que yo estuviera allí. Me dio buenos libros para que los distribuyera y me pidió que rezara por su intención. Quería publicar un libro sobre Rodalben, pero no pudo porque las hermanas de Anneliese Wafzik se oponían.

Por la tarde visitamos Mettenbuch, un lugar de peregrinación dedicado a Nuestra Señora de los Afligidos. Era un lugar muy bonito. Era ya la tercera vez que iba a Mettenbuch y allí me encontré con Annemarie, que se encarga del lugar de peregrinación. Hacia las 17:30 ya estábamos en Austria. Doy gracias a Dios, porque pudimos rezar mucho durante el trayecto. Sentimos que de Mettenbuch emanaban muchas gracias.

12/06/91 — Miércoles

Llegamos a Sintawa, una localidad de Checoslovaquia. Allí visité a la familia Markuskova, a la que había conocido en el santuario de Turzovka en 1985. En Turzovka se había producido una aparición de la Virgen María en 1958.

13/06/91 — Jueves

Hoy di una conferencia en eslovaco sobre mi conversión a la fe católica en Medjugorje.

14/06/91 — Viernes

Por la mañana visité al párroco Daniel en Sintawa. Le entregué libros del padre Gebhard Heyder. Hablamos durante aproximadamente una hora. Le conté mi conversión a la fe católica y cómo vivo ahora mi vida en la fe.

Por la tarde llegamos a Litmanova, un lugar donde la Virgen se aparece actualmente a dos niños. Al llegar allí, fui inmediatamente a la iglesia y conocí enseguida a los niños. Después de la Santa Misa fuimos a ver al párroco Jan, en cuya casa nos alojamos mi marido y yo. Ya el primer día me di cuenta de que las apariciones son auténticas y de que los niños no mienten. Los niños y también el sacerdote irradian un gran amor, y se nota que están guiados por el Espíritu Santo.

Por la noche tuve pesadillas; el demonio quería disuadirme de creer en esas apariciones. Soñé con una de las videntes. La vi delante de mí con unos colmillos enormes, lo que me hizo sentir miedo de ella.

Pero conozco las obras del diablo y su astucia. Me estaba engañando para que sintiera aversión hacia los videntes. Pero no lo ha conseguido.

15/06/91 — Sábado

Me sentí como en casa con el párroco Jan. Era como si lo conociéramos desde hacía 100 años. Rara vez se encuentra un alma tan bondadosa. Un verdadero regalo de Dios.

Por la mañana rezamos todos juntos el rosario en latín.

A las 11:00 horas debía llegar una comisión enviada por el obispo para investigar los hechos.

Mientras la hermana del párroco Jan preparaba el almuerzo, recé el rosario del Espíritu Santo por la comisión, que ya se encontraba en la habitación contigua.

Además, recé el rosario doloroso, la letanía de la Virgen María, la letanía de Jesús y cinco Padrenuestros en honor a la Preciosa Sangre.

Ya eran las 13:00 y los niños seguían con la comisión. Dos sacerdotes llegaron a Litmanova mucho antes que los demás examinadores. Hablé con ellos durante casi una hora sobre mi conversión y mi vida. También les conté las apariciones de la Virgen María que tuve el privilegio de vivir en Medjugorje. Uno de los dos sacerdotes lloró. En la comisión también había un psiquiatra. Por la tarde hablé con él. Era muy amable y también conocía bien la Biblia. Más tarde me encontré con las dos videntes, Katharina e Iveta, a quienes enseñé el Pater noster, el Ave María y el Gloria Patri. Ambas aprendieron muy rápido las oraciones en latín.

16/06/91 - Domingo

Hoy he cocinado en casa del padre Jan Zavacky. Fuimos a la Santa Misa a las 7:30. El párroco Jan predicó muy bien. Por la tarde fuimos al lugar de las apariciones, que se llama Maidan. Había unos cuantos miles de peregrinos y las niñas videntes rezaron el rosario. Por la noche, una mujer de Bratislava nos proyectó una película sobre las apariciones en Litmanova. Después visitamos a la madre del párroco Jan, que vivía a unos 40 km de distancia.

17/06/91 - Lunes

Junto con el padre Jan hicimos una excursión al Hohen Tatre, una cordillera.

Después de la Santa Misa de la tarde, mucha gente se reunió en casa del párroco Jan, y yo les conté cómo llegué a la fe. El Espíritu Santo me iluminó durante mi discurso, y el párroco Jan incorporó gran parte de él a su homilía del día siguiente.

Dios nos regaló una velada hermosa y alegre.

18/06/91 - Martes

Por la noche, a las 19:00 h, asistimos a la Santa Misa en Litmanova. Después de la Sagrada Comunión, le pregunté al Salvador si debía decirle algo al párroco Jan.

Jesús respondió en eslovaco: «Povedz mu, že ho lúbim». En español significa: «Dile que lo amo». Se lo conté al padre Jan después de la misa de la Hora Santa. El padre Jan sonrió. Por la tarde, sobre las 16:00, estuve en Cracovia, en el convento donde vivió la hermana Faustina. La imagen «Jesús, en ti confío», que cuelga allí, es tan hermosa y viva que lloré durante media hora y recé ante ella. Hacia las 16:45 h conocí a la hermana María Ruth, de Alemania. Me contó que ella había pintado la imagen que cuelga en la capilla de Mettenbuch. Me regaló un rosario de la Misericordia. He llegado a conocer mejor a la hermana María Ruth; ella posee una falsa humildad. En varias ocasiones me ha interrumpido mientras rezaba en silencio.

19/06/91 — Miércoles

Hoy estuvimos en Auschwitz. El mismo día fuimos también a Czestochowa, a ver a la Reina de Polonia.

20/06/91 — Jueves

Por la noche asistimos a la Santa Misa, después de que por la tarde, hacia las 15:30, sonara la banda de trombones y se abriera el telón ante la imagen de la Virgen Negra de Czestochowa. Hacia las 22:30 de la noche, durante un paseo, nos encontramos con una anciana de Varsovia que no tenía alojamiento ni dinero. Le pagamos el alojamiento en la casa de peregrinos y luego seguimos nuestro camino.

21/06/91 — Viernes

Por la noche llegamos a Turzovka, en Checoslovaquia. Nos dirigimos inmediatamente a la iglesia. Tras la Santa Misa, el vidente Latus Matus nos proporcionó un lugar donde pasar la noche en el patio de un vecino.

22/06/91 — Sábado

Asistimos a la misa matutina en Visia, una aldea de Turzovka. Desde allí, el camino sube hasta el lugar de las apariciones. Un joven sacerdote llamado Balaž había celebrado la Santa Misa. Había predicado muy bien. La misa se celebró al aire libre, porque había tanta gente que no cabía en la capilla. Después de la Sagrada Comunión, le pregunté al Salvador dónde se debía construir una iglesia en Turzovka. Porque los niños de Litmanova habían contado que la Virgen María lo deseaba. El Salvador me respondió: «Tu».

El Salvador volvió a hablar en eslovaco; «Hazlo» significa aquí.

Inmediatamente se lo conté al sacerdote, el párroco Michael Balaž. Me dijo que ya se habían construido dos iglesias, pero que, por desgracia, en el lugar equivocado.

Por la tarde, en el lugar de las apariciones, hablé ante mucha gente de mi conversión y de Litmanova. Aproximadamente una hora y media más tarde, me pidieron que hablara ante los pasajeros de tres autocares sobre mi conversión y sobre Litmanova. Uno de ellos ya me había oído hablar en lo alto de la montaña.

Esa misma noche volvimos a Litmanova, a casa del párroco Jan.

23/06/91 — Domingo

Asistimos a la misa matutina en Litmanova. Por la tarde estuvimos en la montaña de las apariciones y rezamos.

24/06/91 — Lunes — Día de San Juan

Por la mañana asistí a la Santa Misa. Por la tarde hablé en la montaña de las apariciones ante cientos de personas. Con el padre Jan, mi marido y otras tres mujeres hicimos una excursión al campo y hicimos una barbacoa.

Después fuimos a ver a un pastor, al que le compramos queso de oveja. Por la noche volvió a venir mucha gente y hablé de mi conversión y de mi vida actual en la fe. Hoy se cumplían exactamente diez años desde que la Virgen se apareció en Medjugorje, en Yugoslavia.

25/06/91 — Martes

De vuelta en Sintawa, visitamos la iglesia. Por la noche di una charla a la que acudió de nuevo mucha gente.

26/06/91 — Miércoles

Estuvimos con el párroco Daniel en Sintawa, le llevamos comida y le dimos algo de dinero. A primera hora de la mañana se celebró la Santa Misa frente a la iglesia, ya que esta se estaba renovando.

Inmediatamente después de la misa, me invitaron a casa de Jozco, que estaba a punto de celebrar su primera misa como sacerdote. Hablé y recé con él durante unas dos horas.

Por la tarde nos acompañó a visitar una capilla. Allí volvimos a rezar. Por la noche se había reunido de nuevo gente y volví a hablar de mi fe.

27/06/91 — Jueves

Austria

28/06/91 — Viernes

Por la noche volvimos a casa, en Rot.

30/06/91 — Domingo

Fuimos a Rot a la misa de la HI. Invité a un sacerdote polaco, el padre Stanislav, a que nos acompañara a Rodalben.

01/07/91 — Lunes

Hoy se veneró en Rodalben la Preciosísima Sangre.

Por la mañana fui a Rot a la Santa Misa. Hacia las 12:30 llegó el párroco Dochart a comer. También vino el padre Josef, de Paraguay, y comió con nosotros. Para mí fue una gran sorpresa que dos sacerdotes y otras 20 personas vinieran con nosotros a Rodalben.

05/07/91 — Viernes del Sagrado Corazón

Fui a la Noche de la Expiación en Grombach y allí me confesé. Al final me sentí muy triste. Había cuatro sacerdotes presentes y, aun así, el párroco Dochart se dirigió hacia el fondo de la iglesia y repartió la Sagrada

Comunión a la gente de pie, aunque solo había unas 8 o 10 personas atrás. Para mí fue como una bofetada. Al recibir la Sagrada Comunión, me arrodillé en el suelo. Pero pensé en las personas que no pueden arrodillarse en el suelo sin apoyo o ayuda. Me pregunté para qué servían los bancos de comunión. La gente no tiene la culpa, el sacerdote no tuvo paciencia y solo quería que todo fuera más rápido. Después de la Sagrada Comunión le pregunté a Jesús si eso estaba bien.

Jesús respondió con bastante severidad: **«No estuvo bien»**.

08/07/91 - Lunes

Por la tarde le pregunté al Salvador por la carta que me habían escrito las hermanas (las tres) de Anneliese Wafzig. En la carta, las tres hermanas se oponían a que se publicara el libro sobre Rodalben. Como motivo, las tres hermanas alegaban que Anneliese Wafzig acabó volviéndose adicta a la morfina. Jesús me respondió que escuchara lo que me diría el padre Gebhard. Así que tengo que volver a Regensburg a ver al padre Gebhard.

09/07/91 — Martes

Recé en la capilla de mi lugar de trabajo. Le pregunté a Jesús si, en mi lugar, construiría una sala de oración. Jesús dijo: «Sí».

Le dije a Jesús que no tenía dinero. Jesús me dijo: «Reza por este asunto». Recibí muchas gracias y se las agradecí a Jesús.

Por la mañana, mi compañera Veronika se desmayó. En estos momentos se encuentra en la sala de urgencias de neurología.

10/07/91 — Miércoles

Estuve en la capilla rezando, pero hoy no asistí a la Santa Misa.

11/07/91 — Jueves

Fui a Rot a la misa de la Santísima Trinidad. A las 16:30 h fui al monasterio de Stift-Neuburg a confesarme. Me confesó un padre mayor. No quedé satisfecho.

Habló muy mal de quienes practican la comunión en la boca.

Le parecía antiestético y añadió que a algunos les huele mal el aliento. Le dije que Jesús había lavado los pies a los discípulos, a lo que él respondió que ellos también se lavaban los pies. Después le dije que a Jesús no le había dado asco lavar los pies a los discípulos, pero decidí no volver a acudir a ese sacerdote.

A las 23:00 llegó Bernd con su mujer desde Ladenburg. Me trajo cinco libros de María Agreda para leer.

13/07/91 — Sábado

Mi marido y yo fuimos a Ratisbona a ver al padre Gebhard Heyder.

14/07/91 — Domingo

A las 10:00 asistimos a la Santa Misa en el convento de las Carmelitas. De 11:30 a 17:00 pasé la tarde con el padre Gebhard. Para mí, este padre es un Jesús viviente. De él solo se pueden aprender cosas buenas. Doy gracias a Dios por haber podido estar con él. Al final, nos bendijo, bendijo nuestra autocaravana y todo lo que llevábamos para la consagración: sal, agua, rosarios, imágenes, etc. Consagró las cosas maravillosamente, en latín, con la antigua fórmula de bendición y el exorcismo. Durante el viaje de vuelta a casa rezamos mucho.

Lunes, 15 de julio de 1991

Estuve con Fridolin en la iglesia de Malsch. Después de la Santa Comunión le pregunté al Salvador por el libro sobre Rodalben y la Preciosa Sangre. Jesús me respondió: «Sí, hija mía, ese libro debe escribirse». Esa cuestión seguía preocupándome mucho, ya que el padre Gebhard también había recibido una carta de las tres hermanas de Anneliese Wafzig. También se lo conté todo enseguida a Fridolin, que es originario de Rodalben.

Por la noche, el Señor estuvo de nuevo con nosotros en el grupo de oración. Vinieron muchos a rezar. El padre Dochart escuchó las confesiones. Adoramos al Señor.

Fue muy bonito. Doy gracias a Dios por esta gran gracia. Me acosté a las 3:00 de la madrugada.

16/07/91 - Martes

Sentí las muchas gracias que se me habían concedido, pues me sentía animada y feliz, a pesar de haberme acostado tan tarde. Como mi compañera Verónica aún estaba enferma, tuve que hacer todas las radiografías yo sola.

17/07/91 - Miércoles

Asistí a la Santa Misa en la capilla de San Roque en Mingolsheim. Allí también me confesé.

18/07/91 — Jueves

Fridolin me llamó y me pidió que le preguntara al Salvador si, ahora que hay guerra en Yugoslavia, debían ir a Medjugorje y si Claude, de Luxemburgo, iría con ellos. Por la tarde, en la capilla, le pregunté a Jesús sobre ello. Jesús me dijo: «Deben ir. Claude, de L., no irá con ellos».

19/07/91 — Viernes

Fridolin me volvió a llamar y quiso saber qué había dicho el Salvador. Se lo conté.

20/07/91 - Sábado

Fuimos a Heidelberg para buscarle un trabajo a mi sobrina, que estaba de visita aquí. Consiguió un trabajo como ayudante de cocina.

21/07/91 - Domingo

Fui a la misa de la HI en Rot y, a las 13:00, al rezo del rosario en la iglesia y a la devoción. Por la tarde, mi marido y yo hicimos una excursión, dimos una vuelta en barco por el Neckar y dimos un paseo. Fue muy bonito. A mi marido también le gustó mucho.

22/07/91 - Lunes

Fui a la iglesia de Rot. El párroco Vogt predicó sobre María Magdalena. Cuando dijo que María Magdalena era una prostituta, me quedé muy impactada y sentí un dolor en el corazón. Ofrecí ese dolor inmediatamente por la conversión de los pecadores. Esa afirmación me afectó mucho, porque sentí que eso no era cierto.

Después de la Primera Comunión, le pregunté al Señor: «¿Quién era María Magdalena?». Jesús respondió: «Era una pecadora». Entonces le pregunté al Señor por qué el padre Vogt había dicho eso.

Jesús respondió: «Porque le gustaba más así».

A las 20:00 h hubo de nuevo reunión del grupo de oración. Recé mucho por el párroco Vogt. Hoy la reunión del grupo de oración se alargó un poco más, fue muy bonito.

23/07/91 - Martes

Hacia las 18:00 horas llamó Fridolin y me comunicó que Claude no iría a Medjugorje. Fridolin me contó que Claude tenía miedo de ir a Yugoslavia por la guerra. Durante nuestra conversación me di cuenta de que Fridolin también tenía miedo. Incluso dudaba de ir a Medjugorje. Le dije: «¡Hombres de poca fe! ¿Cómo podéis tener miedo si Jesús os ha dicho que vayáis?».

Por la noche asistí a la Santa Misa en Rot. Después de la Sagrada Comunión le pregunté al Salvador si debía hablar con el párroco Vogt sobre la comunión en la mano y sobre María Magdalena. El Salvador me dijo: «Sí, el sábado».

24/07/91 - Miércoles

Después de haber rezado ya varios rosarios ese día, me uní al Salvador en la capilla de mi lugar de trabajo. Le pregunté si el padre Vogt cambiaría de actitud si hablaba con él el sábado sobre la comunión en la mano. Jesús dijo que no cambiaría. Le dije a Jesús que entonces no tenía por qué hablar con él. Pero Jesús respondió: «Sí. Haz lo que él te dice».

Pensé que no sería fácil hacer lo que dice el párroco Vogt, si el párroco Vogt no hace lo que dice Jesús.

Pero le dije a Jesús: «Lo haré».

Más tarde le pregunté al Salvador si mi hijo debía ser sacerdote o casarse. Jesús respondió: «Sí, debe ser sacerdote».

No fue fácil para mí, porque sabía que mi hijo no quería ser sacerdote.

Después le pregunté al Salvador si debía decírselo y Jesús respondió: «No, yo le daré la iluminación, él mismo lo descubrirá».

Ahora sé que debo rezar mucho por mi hijo. Señor mío y Dios mío, te doy gracias por saber que mi hijo debe ser sacerdote.

Señor, hágase tu voluntad.

Sí, señor, es mi único hijo y, sin embargo, no es mío, pues ambos te pertenecemos.

25/07/91 — Jueves

Fui a la iglesia de Rot a la Santa Misa. Después de la Santa Comunión le pregunté a Jesús cuándo debía ir a ver al párroco Vogt. Él dijo: «El sábado».

26/07/91 — Viernes

Después de la Santa Misa en Rot, le pregunté al párroco Vogt si podía hablar con él el sábado. Él accedió y acordamos una cita para el sábado a las 16:00.

27/07/91 — Sábado

A las 7:15 de la mañana asistí a la Santa Misa en Waghäusel con mi sobrina. Durante la transubstanciación, vi al sacerdote y a la iglesia envueltos en una penumbra, pero no en completa oscuridad. Cuando recibí la Sagrada Comunión, le dije a Jesús: «Tú estás conmigo».

Todos estaban de pie al recibir la Sagrada Hostia. Yo me arrodillé en el suelo. El padre dudó en darme la Sagrada Comunión. Temblaba, como si Satanás le estuviera retirando la mano. Después de la Santa Misa, recé de rodillas ante el sagrario por ese padre. Luego le pregunté a alguien cómo se llamaba el padre y supe que era el padre Florin.

Había mujeres de mi grupo de oración a las que conocía y les pedí que rezaran por mi intención y les conté que hoy tendría una conversación con el párroco Vogt.

Luego también le pedí a la señora Vetter y a mi sobrina que rezaran por mi intención entre las 16:00 y las 17:00 horas.

Cuando llegué a las 16:00 h a casa del párroco Vogt, me recibió amablemente y estuvimos hablando unos 50 minutos. Hablamos sobre la comunión en la mano y en la boca, y sobre María Magdalena. Le dije que María Magdalena no era una ramera, sino una pecadora.

De las 17:45 a las 22:30 recibí la visita de Nicol y Adriana, dos eslovacas.

Hablé sobre Dios y sobre mi conversión. A continuación, leímos los mensajes de la Virgen María en Litmanowa (Checoslovaquia). Les enseñé a rezar el rosario.

Después vinieron otras dos mujeres de Yugoslavia que viven en Alemania.

28/07/91 — Domingo

Asistí a la Santa Misa en Rot. Recé un rosario con mi sobrina Jaquлина. Durante un paseo por el bosque, rezamos otros dos rosarios.

29/07/91 — Lunes

Grupo de oración a las 20:00 h. El párroco Dochart también había acudido.

12/08/91 — Lunes

En los últimos días he rezado casi a diario para que la Virgen me enviara muchos fieles al grupo de oración de esta noche. La Virgen María no me ha decepcionado, nunca lo ha hecho. Al contrario, en Malschenberg, en la capilla donde el párroco Dochart celebró una Santa Misa, también a las 20:00 h de la tarde, había poca gente presente. Hubiera sido mejor que el párroco Dochart hubiera elegido otra hora para ello.

Ese día, en el grupo de oración, leímos los mensajes de la Virgen María que ella dio en Litmanowa.

19/08/91 — Lunes

Ayer me llamó el párroco Dochart y me preguntó si podía venir hoy. Dos días antes había recibido la visita del padre Buran, de Mannheim. Me transmitió saludos del padre Johannes. Me di cuenta de que el padre Buran no era sincero y me volví cautelosa. Había muchas cosas que no me gustaban de él; por ejemplo, prefiere la comunión en la mano y así no se ve que es sacerdote, no lleva cruz, ni vestimenta sacerdotal ni ningún otro signo. Me dio la impresión de que el padre Johannes lo había enviado como detective. También noté que era orgulloso. Dijo: «Nadie tiene tanto poder como un sacerdote en la transustanciación». Le respondí: «Sí, tiene razón, pero nadie tiene tanta responsabilidad como un sacerdote». No le gustó mucho que le dijera eso.

Este lunes por la noche, el padre Dochart dijo en el grupo de oración que la comunión en la mano era tan humilde como la comunión en la boca. Para mí fue como si me hubieran dado una bofetada y me dolió mucho.

20/08/91 - Martes

Ingrid Bauer estuvo once días con nosotros. Hoy mi marido la ha llevado de vuelta a Pirmansens. Se alojaba aquí gratis y quería fortalecer su fe.

21/08/91 — Miércoles

Tuve tentaciones. Satanás intentó susurrarme que no era Jesús quien me hablaba, sino el diablo. Aunque me había confesado el 14 y el 19 de agosto, las tentaciones seguían apareciendo una y otra vez.

Después de la Sagrada Comunión le pregunté a Jesús: «Te pido iluminación. Si Satanás me habla, dímelo. Seré más cautelosa».

Apenas había terminado de decirlo cuando Jesús me dijo: «Te he hablado». También lo pregunté porque el párroco Vogt opinaba que había malinterpretado a Jesús hacía unas semanas. Doy gracias a Dios por haber recibido esta confirmación de que es Jesús quien me habla y no el diablo.

23/08/91 - Viernes

Después de la misa, mi marido y yo nos pusimos en marcha. Queríamos ir a Chevremont, en Bélgica.

24/08/91 — Sábado

Estuvimos en Banneaux, en la «Madre de los Pobres».

25/08/91 — Domingo

En Chevremont se celebra cada año el «Encuentro Internacional de las Pequeñas Almas». Poco antes de la Santa Misa fui a confesarme. Quería deshacerme de mis pecados veniales y estar completamente limpia. Durante el rezo del rosario oí una voz que me pedía que rezara en croata ante todos los peregrinos. Una serie del rosario, como el año pasado en Lourdes. Pensé que, si era la voluntad de Dios y la Virgen lo deseaba, también rezaría. Hacia las 15:00 de la tarde me tocó a mí. Invité a la Virgen y a Jesús a rezar conmigo y le pedí al Salvador que estuviera conmigo. Recé con gran fervor, desde el corazón y con claridad, y no sentí miedo de rezar ante tantos miles de personas. Al contrario, sentí una fuerza en la oración como nunca antes. Doy gracias a Dios y a la Virgen María por la confianza que tengo en ellos.

26/08/91 — Lunes

Por la mañana le hice una radiografía a un hombre, Thomas Henze. Alguien le había pegado; era una persona sin hogar y estaba herida. Los médicos lo examinaron y lo dieron de alta por estar enfermo. Le dije que podía quedarse en mi casa hasta que se recuperara. En este paciente vi a Jesús, cómo sufría y estaba indefenso. Llamé a mi marido y le conté que iba a llevarme a casa a un sin techo. Se enfadó bastante. Pero como antes había rezado por este asunto en la capilla, mi marido tuvo que hacer la voluntad de Dios.

Hago esto por un gran amor a Jesús y a María, porque creo que, si se ama a Jesús de todo corazón, también se ama a los demás.

Hacia las 16:00 llegó el paciente Thomas. Me lo llevé a casa. En el coche recé el rosario doloroso. El olor de Thomas era insoportable. Apestaba terriblemente. En casa le busqué ropa y zapatos limpios y luego se dio una ducha. Por la noche cenamos gulasch con arroz y ensalada. Nuestro invitado comió muchísimo.

Después de comer, le pedí que regara el jardín y yo me fui a la iglesia. Ofrecí la Sagrada Comunión por él.

Thomas también estuvo presente por la noche, durante el grupo de oración, y rezó con nosotros. El párroco Dochart ha traído hoy un pequeño banco de comunión. Espero que la próxima vez traiga también la patena, para que el Salvador ya no se caiga al suelo. Eso me dolió mucho. El párroco Dochart me prometió traer la patena la próxima vez.

27/08/91 — Martes

Volví a llevar al paciente Thomas a la clínica; le recolocaron la nariz.

28/08/91 — Miércoles

Fui con Adriane, de Emmertsgrund, a la capilla de San Roque en Mingolsheim, y allí me confesé.

29/08/91 - Jueves

Fui a la iglesia de Rot con Ratko, mi sobrino.

30/08/91 — Viernes

Ayudé a Ratko a buscar trabajo y volví con él a la iglesia de Rot. Rezó el rosario conmigo.

31/08/91 - Sábado

Por la mañana fui a la iglesia de Waghäusel con Jaquлина. Después fuimos a hacer la compra al Globus. Por la tarde, Erich trajo un cuadro que representa la undécima estación del Vía Crucis.

01/09/91 — Domingo

Asistimos a la Santa Misa en Rot.

02/09/91 - Lunes

En la capilla de la clínica, le pregunté al Señor por la conversación que había mantenido ayer con el padre Johannes. El padre Johannes quería saber qué había dicho el obispo Platon.

Pero no revelé nada sobre la conversación que mantuve con el obispo Platon Gorniliak.

Al parecer, el padre Johannes Ortynskyj tenía remordimientos por sus libros. El

Salvador me dijo en la capilla que había hecho lo correcto.

Deo gratias.

Por la tarde, grupo de oración: el párroco Dochart repartió la Sagrada Comunión, por primera vez con comulgatorio y patena. Noté que todas las personas estaban especialmente felices y habían recibido la gracia.

06/09/91 — Viernes del Sagrado Corazón

Por la noche asistí a la Noche de la Expiación en Grombach. Después de la Santa Misa se Adoraba al Salvador. Miré la custodia y lloré amargamente. El obispo Ratzinger había dicho que Medjugorje no era sobrenatural, así lo decía el Bildpost.

Lloré unos quince minutos.

Entonces Jesús me habló. La voz interior era clara y nítida como nunca antes.

Jesús dijo: «Mira mi cruz». La cruz colgaba sobre el altar y sobre la custodia. Miré la cruz y seguí escuchando: «¿Me han creído?».

En ese momento dejé de llorar inmediatamente.

Creo que Jesús me quitó las lágrimas. Para mí fue una confirmación de que Medjugorje es auténtico, solo que la Iglesia no quiere creerlo.

En la primera semana de septiembre le pregunté al Salvador por Litmanová, en Checoslovaquia, y recibí la respuesta: «Las apariciones en Checoslovaquia son sobrenaturales».

Entonces dije que, por lo tanto, los niños no mienten. Luego fui a la capilla de la clínica y volví a preguntar, porque recordaba los ojos fijos de Ivetka, una vidente, y esos ojos me hicieron reflexionar.

Le pregunté al Salvador si también el diablo podría provocar esa mirada. El Salvador dijo: «Sí».

Luego repitió: «Las apariciones son sobrenaturales».

Yo aún no entendía mucho de eso. Solo puedo decir lo que dice San Pablo: Examinadlo todo y quedaos con lo bueno.

12/09/91 — Jueves

Fui a confesarme a la abadía de Neuburg. El sacerdote me impuso como penitencia que dejara que el Salvador me mirara. Ningún sacerdote me había dicho eso antes y me sentí feliz de que el Salvador quisiera mirarme.

13/09/91 — Viernes

Misa vespertina en Rot. Para la «Misa de San Huberto», la iglesia estaba decorada con abetos. No me gustó, porque parecía Navidad y no pegaba.

14/09/91 - Sábado

Fui a la misa de la Hora Santa en Malschenberg. Mi cruz, que normalmente está en nuestro dormitorio junto a mi cama, fue llevada a la iglesia.

La misa fue organizada por jóvenes. Sin embargo, faltó reverencia. Hay que mantener la tradición y no convertir la iglesia en un teatro.

16/09/91 - Lunes

Fui a la capilla de la clínica. Por la noche asistí a la Santa Misa en Rot. Después hubo un grupo de oración; el párroco Dochart también había venido.

Octubre de 1991

Después de mucho buscar, volví a encontrar mi diario.

En el funeral de nuestro antiguo párroco, el padre Köstel, había mucha gente presente, entre ellos muchos sacerdotes. Me dio la impresión de que se honraba más al padre Köstel que a Dios. Los sacerdotes instaron a los fieles a recibir la Sagrada Comunión de pie, a pesar de que había un comulgatorio. Cuando recibí la Sagrada Hostia, me arrodillé en el suelo. Sentí muchos espíritus impuros y me di cuenta de que, si hubieran podido, me habrían destrozado. Cuando, tras la Sagrada Comunión, me uní a Jesús, le dije al Salvador: «Ahora tenemos tantos sacerdotes y, sin embargo, reparten la Sagrada Comunión de tal manera que la gente permanece de pie». Entonces oí: «Sigue arrodillada, hija mía». En ese momento me quedó claro muchas cosas.

Unos días después se lo conté al párroco Vogt. El párroco Vogt opinó que eso solo se aplicaba a mí y no a los demás.

23/11/91

Fui a la capilla de San Roque en Mingolsheim a la Santa Misa. Allí me confesé con un misionero.

25/11/91 - Lunes - Día de Santa Catalina

Fui a la Santa Misa en Rot. Durante la unión con Jesús tras la Sagrada Comunión, Jesús me dijo: **«Reza, reza mucho, hija mía, ¡se avecina una guerra desde Rusia!».**

Al principio me asusté mucho y luego lloré. Le pregunté si debía ir a ver al padre Vogt. Jesús dijo: «No, él no te creará». Entonces le pregunté si debía contárselo al grupo de oración. Jesús asintió. Me extrañó, porque en el grupo de oración también estaba presente un sacerdote.

Salí de la iglesia con un gran dolor en el alma y lloré amargamente.

Delante de la iglesia ya me esperaban Rita y otras dos mujeres de Pimasens, que querían ir conmigo al grupo de oración.

Antes de mencionar nada de esto en el grupo de oración, le pedí al padre Dochart que me bendijera.

El padre Dochart había traído la imagen del Salvador y la adoramos. Pero yo no podía dejar de pensar en las palabras del Salvador y lloraba y sollozaba.

26/11/91 - Martes

No dejaba de pensar en la guerra y le pregunté al Salvador cuándo sería eso. El Salvador dijo: **«Pronto».**

27/11/91 - Miércoles

Le pregunté al Salvador si esas palabras solo eran importantes para mí. El Salvador dijo: **«¡Díselo a todos!».**

29/11/91 - Viernes

En la capilla del trabajo. Quería estar segura y volví a preguntar por la guerra. Lo oí de nuevo: «**Habrà una guerra en Rusia**».

02/12/91 - Lunes

A las 11:15 en la capilla de la clínica. Me alegré de poder arrodillarme de nuevo ante el sagrario. Me comuniqué espiritualmente y le pregunté al Salvador dónde se encontraba cuando me hablaba. Jesús respondió: «**En lo más profundo del corazón**».

Luego le pregunté cómo debía explicarles a los demás que lo oía. Jesús dijo: «Eso es sobrenatural; de lo contrario, no vendría de mí». Le pregunté además si podría ser que estuviera hipnotizada.

Jesús dijo: «Quien se une a mi corazón no puede hipnotizarse».

Pensé en la guerra en Yugoslavia y en que los videntes Iván y Jakov habían viajado al extranjero. Le pregunté si yo también debía abandonar Alemania, debido a la guerra que aún está por venir. Pero Jesús dijo: «No me gustan los cobardes».

Entonces me vino a la mente Santa Juana de Orleans, que luchó contra los ingleses y liberó a Francia. Le conté a Jesús también lo de mi hijo, que no podía imaginar que una guerra viniera de Rusia. Jesús me dijo: «Que vaya a confesarse urgentemente».

Por la noche, en el grupo de oración, tras la tercera decena del rosario, guardamos como siempre unos minutos de silencio, para que cada uno pudiera rezar con el corazón y pedir por los demás. Le pregunté al Salvador si debía transmitir algún mensaje al grupo de oración.

Jesús dijo: «Diles a todos que los amo».

Esa fue la primera vez que oí al Salvador en el grupo de oración.

03/12/91 - Martes

En la capilla de la clínica oí la voz de Jesús:
«Escúchame, hija mía, reza, reza mucho».

Por la noche, en la iglesia de Rot, sonaba música de discos durante la Primera Comunión; no pude abrirme al Salvador, la música me molestaba.

04/12/91 — Miércoles

En la sala de médicos de la clínica, hacia las 10:45 h: Me uní al Salvador y oí la voz: «Eres mi sierva, haz todo lo que te diga. Ten mucha confianza en mí».

Mantente firme. Te queda una vida corta por delante. Te llevaré conmigo. La prueba de ello es tu fe». Justo después de haberlo escrito, le pregunté al Salvador si lo había escrito correctamente. Jesús respondió: «Sí, hija mía».

Por la noche: Cada día rezaba más por el padre Vogt y por su iluminación, y le pedía a Jesús que me diera permiso para hablar con él. Jesús me dijo: «Ve».

De 18:00 a 18:45 hablé con el párroco Vogt. Tras esta conversación, el párroco Vogt me dijo que me admiraba y que debía seguir así.

Cuando le pregunté qué significaban las palabras de Jesús «la prueba de ello es tu fe», me respondió: «¿Tienes que entenderlo todo?».

05/12/91 — Jueves

A las 9:00 de la mañana le pregunté al Salvador si realmente no tenía que entenderlo todo, tal y como había dicho el pastor Vogt. El Salvador dijo: «Sí, no tienes que entenderlo todo. Todo llegará a su debido tiempo. Lo que no entiendas, devuélvemelo a mí».

Además, le pregunté al Salvador si debía enviar la advertencia sobre la guerra de Rusia al redactor jefe de *Bild am Sonntag*.

El Salvador respondió que debía hacerlo hoy mismo.

06/12/91 - Viernes

Fui a la capilla de la clínica sobre las 8:25 y recé allí con la intención de que se publicara la carta. Durante la oración, le pregunté al Salvador si la carta era buena. Respuesta: «Tu carta es buena». Recibí la gracia y lloré de alegría por amar al Salvador.

El Salvador me dijo al respecto: «Te amo mucho, vete en paz».

Por la tarde, en la iglesia de Rot: le pregunté al Salvador cómo se podía evitar la guerra. El Salvador respondió: «Solo con ayuno y oración».

También le pregunté al Salvador por qué se dirigía precisamente a mí, si yo era una pecadora. El Salvador respondió: «Todos son pecadores».

A pesar de ello, seguí preguntándome por qué me hablaba y oí su voz: «Entro donde quiero».

07/12/91 — Sábado

Por la mañana temprano asistí a la Santa Misa en Mingolsheim, en la capilla de San Roque. Después de la Santa Comunión, el Salvador me dijo: «Habla con el misionero».

Hablé con el misionero sobre mi conversión y sobre la guerra. Él lloró mientras hablábamos.

Por la tarde recé con Fridolin Keilhauer, estudiante de teología en Lantershofen.

08/12/91 — Domingo

Por la mañana asistí a la Santa Misa en Rot. De las 12:00 a las 13:00 también estuve en la iglesia rezando; esa es la hora de gracia del día de la Inmaculada Concepción de María. Después hubo un momento de recogimiento hasta aproximadamente las 14:00.

Por la tarde, durante una conversación con Fridolin, me preguntó:

«¿Qué tienes que no hayas recibido de Dios?»

Respondí, tras pensarlo un momento: «No tengo nada y todo lo que tengo es de Dios».

09/12/91 - Lunes

Hace unos días, el Salvador me dijo: «Dame todo tu ser».

No lo entendí y se lo devolví a Jesús, tal y como él había dicho. Entonces el Salvador continuó diciendo: «Debes preguntarlo todo».

Así que hoy, sobre las 9:45, le pregunté: «Salvador, ¿qué debo darte?». Jesús respondió: «Dame todo».

Después le pregunté si debía transmitir algo a nuestro grupo de oración. Él dijo que multiplicaran las oraciones y ayunaran.

Por la noche me confesé con el párroco Dochart.

10/12/91 — Martes

10:10 h, consulta del médico: Me uní al Salvador y entonces oí: «Escribe: Amo a mis ovejas y quiero recuperar a todas las que se han perdido. Búscalas. Ayúdame. Por cada oveja encontrada hay una gran recompensa en el cielo. Tu objetivo es buscar una y otra vez. No te detengas nunca. El Maligno acecha».

Yo dije: «Señor, soy tan débil».

El Salvador respondió: «Pero conmigo tienes fuerzas».

Por la tarde, en la iglesia de Rot: no sabía qué pasaje del Evangelio se iba a leer ese día. Me sorprendió que se leyera el Evangelio de Mateo sobre la oveja perdida. Me extrañó que el Salvador ya me hubiera hablado de ello por la mañana. Hoy recé por el señor párroco Vogt más de lo habitual. Me comulgué y, apenas me había unido al Salvador, oí la voz muy lentamente y con claridad: «¿Me oyes?». Dije: «Sí». Se hizo un profundo silencio. Entonces oí: «Ve a ver al sacerdote».

De nuevo, silencio. «Díselo» —silencio— «que hablo en serio sobre la guerra». Me impactó como un golpe. Lo repetí para mí misma y pregunté si lo había entendido bien y cuándo debía ir a ver al sacerdote. Él dijo: «Después de la Santa Misa».

El Salvador me confirmó que había oído bien. Entonces empecé a llorar amargamente. Zita se acercó a mí y me preguntó qué me pasaba. A continuación, también se acercó la señora Speckart y me preguntó lo mismo. Ellas lo confirmaron y dijeron: «No es nada nuevo, ya lo conocemos de las noches de expiación». (Se referían a la guerra de Rusia). Entonces fui inmediatamente a ver al señor párroco Vogt. El párroco Vogt me escuchó y luego dijo: «No se puede hacer más que rezar». Había pasado apenas una semana desde que le había hablado por primera vez de la guerra de Rusia, tal y como me lo había encomendado el Salvador.

Le pedí su bendición y luego me fui a casa.

11/12/91 — Miércoles

Poco después de las 10:00 h en la sala de médicos: me uní al Salvador. Entonces me rodeó una agradable calma y silencio. Sentí un calor, pero no oí nada.

A las 12:30 h en la capilla de la clínica: recé el «Ángel del Señor», me uní al Salvador y sentí una agradable sensación de calor, paz y silencio. Durante un rato no oí nada y, de repente, escuché: «Descanso en tu corazón». Fue tan bonito y me alegré tanto que no puedo describirlo con palabras. Por desgracia, no pude alargar el descanso, ya que mi compañera seguía enferma y tuve que hacerlo todo yo sola.

Saber que el Salvador descansa en el corazón es una sensación especialmente hermosa y se siente una paz que solo nuestro Señor puede dar.

Por la tarde, en la capilla de San Roque: le pregunté al Salvador cuánto tiempo no se debía comer antes de recibir la Sagrada Comunión, porque Rita, de Würzburg, me lo había pedido.

El Salvador dijo: «Varias horas antes de la Sagrada Comunión está bien». Le pregunté qué diría el sacerdote si se lo contara. El Salvador respondió: «Yo hablaré por ti. Ve en paz».

12/12/91 — Jueves

10:15 h en la sala de médicos: Le pregunté al Salvador si era una falsa profeta, porque había leído algo en la Biblia sobre el fin de los tiempos. El Salvador me dijo: «No eres una falsa profeta, eres mi sierva. Haz todo lo que te diga. Vendrá una guerra. Yo soy tu Señor y Dios. Serás tentada una y otra vez».

Le pregunté al Salvador si no podría recibir alguna señal. Salvador: «Te daré una señal cuando llegue el momento».

Le pregunté si esa señal era para mí. El Salvador: «Para todos».

12:15 h en la capilla de la clínica: recé el Ángel del Señor.

Le pregunté al Salvador si esa señal estaría en el aire o en mí. El Salvador me respondió: «¿Estás de acuerdo?».

Sin dudar, respondí: «Sí».

Pero luego le dije a Jesús: «No me separes nunca de ti, porque te amo mucho». Le pregunté al Salvador si las oraciones que rezamos en el grupo de oración eran buenas o si debía cambiar algo. El Salvador dijo: «Reza mucho; duplica las oraciones. Todas las oraciones son buenas».

13/12/91 Viernes

Consultorio médico: Recé, luego me uní al Salvador y le oí decir: «Escucha bien, hija mía. Ve a los sacerdotes, díselo.

Lo de la guerra lo digo en serio».

Le pregunté al Salvador cómo debía decirlo. El Salvador respondió: «Yo hablaré por ti».

Le dije al Salvador que no me creerían, pero el Salvador me respondió: «Déjame eso a mí». Salvador: «No comprendes lo sobrenatural. Nadie puede comprender lo sobrenatural excepto yo». Sentí una calidez y una paz en mi interior y le dije a Jesús: «Creo que estás conmigo». Jesús: «¡Lo crees! Entonces cree también lo demás». Por la tarde, en la iglesia de Rot. Le pregunté al Salvador si lo que había escrito hasta ahora era correcto. Jesús asintió con la cabeza y dijo: «Vete en paz, hija mía».

14/12/91 - Sábado

A las 7:00 de la mañana estaba en la capilla de San Roque en Mingolsheim. Recé por la paz y lloré. Entonces oí: «Vete en paz, hija mía».

15/12/91 — Domingo

Fuimos a Ratisbona y asistimos a la Santa Misa en el convento de los Carmelitas a las 10:00. Durante la unión con el Salvador, Jesús dijo:

«¿Quieres escuchar mi voz?»

Asentí y el Salvador me dijo: «Entonces cree en ello».

Yo dije: «Dame, por favor, el grano de mostaza, porque si no, no podré mover las montañas». Entonces hubo un silencio.

Entonces el Salvador dijo: «Te amo».

Después de la Santa Misa, hablé con el padre Gebhard Heyder. Él revisó las reflexiones que había anotado en mi diario. Doy gracias a Dios por que siga entre nosotros, pues ya tiene 86 años. No es sabio en el sentido terrenal, sino en el sentido divino.

A alguien como él hay que buscarlo con lupa. No me importa tener que recorrer más de 600 km en total para hablar con él. Me ha ayudado mucho. Al final, me confirmó que para él no es nada nuevo que vaya a venir una guerra desde Rusia. Mencionó a Teresa Neumann (mística alemana — estigmatizada), quien dijo una vez que 30 años después de su muerte los rusos pisotearían su tumba. Ella murió en 1962. El padre Gebhard también mencionó Heroldsbach, Mettenbuch y otros lugares en los que se hace referencia a esta guerra.

Además, bendijo los objetos que habíamos traído, como agua, velas, imágenes, etc. El padre Gebhard bendijo estos objetos de manera muy especial. Así debería bendecir todo sacerdote.

Cuando llegué a casa, me puse a cocinar enseguida, porque teníamos un invitado hambriento. Yo no comí nada y me fui a la iglesia de Waghäusel. Ofrecí la Santa Misa por las almas de los difuntos. Ese día recé mucho. Pero en Waghäusel, en la iglesia, sentí que el infierno me rodeaba. Me atacaron. Fue muy terrible cuando recibí la Sagrada Comunión de rodillas. Sentí cómo el padre se negaba a darme la Sagrada

Comunión de rodillas. Solo tras el tercer Ave María me dio la Sagrada Hostia. Sentí en mi alma ataques muy fuertes. No lo olvidaré tan pronto. Pero el Salvador siempre será el vencedor. Tras la unión con Jesús sentí en mi interior una paz que solo Dios puede dar.

Salvador: «Te amo, hija mía». A continuación, recé por ese sacerdote.

16/12/91 - Lunes

Como sentía que el reconocimiento de Croacia y Eslovenia como Estados independientes no era bueno, le pregunté al Salvador si eso era correcto.

El Salvador dijo al respecto: «No necesito fronteras, amo a todas las personas». A las 17:00 horas celebramos una fiesta de Navidad en nuestra clínica.

El profesor Weidauer, director de nuestra clínica, pronunció unas palabras y repartió regalos. Después me fui inmediatamente a la iglesia, porque prefería recibir la Sagrada Comunión antes que asistir a todas las fiestas de Navidad que se celebraban en los lugares de trabajo de todo el mundo. Que Dios les perdone por llamar a eso «fiesta de Navidad». Para mí, son fiestas de Navidad fariseas. Así que fui a la iglesia de Rot. De camino a Rot, recé por los compañeros que se habían quedado en la fiesta. Ofrendé la Sagrada Comunión por los moribundos y por las pobres almas del purgatorio. Después de la Sagrada Comunión, le pregunté al Salvador si había hecho bien lo que había hecho esa noche. Salvador: «Sí, es correcto, te lo agradezco». El Salvador nunca había dicho eso. Le dije al Salvador que tenía que darle las gracias por ello. Por la mañana, en la capilla del trabajo, le pregunté al Salvador por lo ocurrido la noche anterior en la iglesia de Waghäusel, ya que el padre Werner Egon se había negado al principio a darme la Sagrada Comunión de rodillas y yo había sentido fuertes ataques en mi corazón. Fue un ataque como nunca antes había sentido. Le pregunté al Salvador: «¿Cuántos demonios había a mi alrededor?». El Salvador dijo: «Si los hubieras visto, habrías muerto». Este padre no vive en la gracia de Dios. Le pregunté al Salvador si debía decírselo, pues pedí perdón por este padre. El Salvador dijo: «Díselo». Pensé para mis adentros que iría a ver al padre Aemilian para hablar con él sobre ello.

18/12/91 - Miércoles

Fui con mi sobrina a la capilla de San Roque en Mingolsheim. Cuando se repartía la comunión, me arrodillé en el banco de comunión. Otros permanecían de pie al recibir la Santísima Hostia o se arrodillaban en las escaleras delante del sacerdote. Doy gracias a Dios por haberme dado tanto valor para arrodillarme sola en el banco de comunión. Esperé y recé por el sacerdote hasta que se acercó a mí. Tras repartir la Santísima Comunión, el sacerdote se dio la vuelta y dio unos dos pasos hacia el altar. Una fuerza se retiró. Se acercó a mí y me dio la Sagrada Comunión. Le pregunté al Salvador si eso estaba bien. Salvador: «Sigue así, hija mía. Te doy las gracias por este valor». Le dije al Salvador: «Te doy las gracias, porque este valor viene de ti y no de mí». Por la mañana, en la capilla de la clínica: le pregunté al Salvador si alguien que muere repentinamente tiene tiempo para arrepentirse. Se lo pregunté porque unos días antes se había debatido sobre ello. Un sacerdote llegó incluso a decir que ya no habría tiempo. Salvador: «Hay un tiempo determinado para arrepentirse de los pecados. Ese tiempo depende de Dios». Entonces le pregunté al Salvador cuántas veces al día se puede comulgar sacramentalmente. Salvador: «Solo una vez al día y espiritualmente tantas veces como se quiera». El Salvador continuó diciendo: «Si uno comulga varias veces al día, no tiene suficiente confianza en Dios. Porque si se comulga con el corazón impuro, ni siquiera la décima comunión es suficiente».

19/12/91 - Jueves

No dejaba de darme vueltas en la cabeza la llamada que me hizo ayer el hermano Alois. Me contó que el padre Werner Egon había recibido una carta anónima y que, posiblemente, yo era uno de los sospechosos. Cuando le dije al hermano Alois le dije que, de todos modos, tenía pensado ir a ver a los sacerdotes a Waghäusel, se asustó y me dijo que no lo hiciera, porque si no lo expulsarían del monasterio. Debo mencionar que nunca escribiría cartas anónimas a nadie. Porque acudo personalmente a los sacerdotes cuando siento que se está vulnerando la verdadera doctrina de Cristo.

Por eso le pregunté al Salvador si debía ir a ver a los sacerdotes de Waghäusel, por lo que había vivido allí el 15 de diciembre de 1991. Salvador: «Ve a ver a los padres y díselo». Me atrevo a ir allí si es la voluntad de Dios. A continuación, el Salvador me dijo además: «Reza mucho cada día».

20 de diciembre de 1991 - Viernes

En la capilla de la clínica: El Salvador me dijo: «Reza mucho, hija mía, la guerra está cerca». Le pregunté al Salvador cuándo llegaría la inflación.

Salvador: «Antes de la guerra».

Además, le pregunté al Salvador cuánto tiempo no se debía comer antes de la Sagrada Comunión.

Salvador: «¡No comer ni beber nada varias horas antes de la Sagrada Comunión es una expiación para los no creyentes!».

Le pregunté si debía transmitir algún mensaje.

Salvador: «El párroco Vogt debe rezar con los fieles mucho más ante el Santísimo que hasta ahora».

Por la noche estuve en la iglesia de Rot.

21/12/91 – Sábado

Misa a las 7:15 h en Waghäusel.

Antes de la Santa Misa, recé por el sacerdote que iba a celebrarla. Era el padre Alanus. Al principio vi la iglesia en la oscuridad; no veía al padre, aunque él estaba celebrando la Santa Misa. Recé fervientemente por el padre. Entonces también vi al padre, pero también en la oscuridad. Tras la consagración, toda la iglesia se iluminó un poco. No sabía qué significaba eso, y tampoco recibí ninguna respuesta. Después de la Santa Misa estuve con la familia Hamsch.

Por la noche, el señor Zank vino a verme y me contó que había enviado una carta a un padre en Waghäusel. Dijo que le había escrito que su homilía le parecía estúpida y que en la carta también había mencionado algo sobre Medjugorje. Le pregunté al señor Zank si había recibido respuesta del padre. Me dijo que no esperaba ninguna respuesta. Le critiqué y le pregunté por qué no había ido personalmente a ver al sacerdote. Sentí que este hombre no era sincero y que mentía. Me pareció un cobarde. Ahora me ha quedado algo claro, y pensé en la carta anónima al padre Werner Egon, de la que me había hablado el hermano Alois. Pero no se lo delataré a los padres de Waghäusel. Seguro que los sacerdotes de Waghäusel sospecharán de mí, ya por segunda vez. No me va mejor que a Jesús. La culpa se echa sobre los inocentes.

22/12/91 – Domingo

Antes de asistir a la misa en Rot:

El domingo por la mañana recé durante aproximadamente una hora y media especialmente por el párroco Vogt y

los padres de Waghäusel. Le pregunté al Salvador sobre el aplauso con las manos en la iglesia.

Salvador: «Mi iglesia no es un teatro, hay que confiar más en el “Dios te bendiga”». Recé mucho por los sacerdotes y las personas que estaban en la iglesia. Le pregunté al Salvador cuándo me llevaría a mi hogar (el cielo).

Él dijo: «Pronto». Entonces el Salvador me preguntó si tenía miedo.

Le respondí: «No, si tú estás conmigo».

Al mediodía estuve en la iglesia para rezar el rosario y para la devoción.

Por la tarde recé dos rosarios con Erich. Sentí una gran necesidad de rezar, como si alguien me hubiera dicho que debía hacerlo. Por la noche oí en la radio que, justo a la hora en que yo había rezado, se había estrellado un avión cerca de Heidelberg y que había habido 26 muertos. Hacia las 20:00 h, durante la unión con Él, le pregunté al Salvador si mi muerte sería un martirio. Una mujer de Mannheim me contó que había visto mi muerte en una visión; me habló de un duro martirio, de quemaduras.

Como sentía que el demonio estaba actuando, quise saberlo por mí misma del Salvador, si eso era cierto.

A mi pregunta, el Salvador respondió: «Sí, será un martirio breve y yo estaré contigo».

23/12/91 - Lunes

Primero recé todo el Salterio y otras oraciones en casa. Después me comuniqué espiritualmente; estuve unido al Salvador durante unos veinte minutos. Reinaba un silencio especial y sentía una profunda paz en mi interior.

Solo anoto las cosas importantes que el Salvador me permite escribir. La verdad debe salir a la luz, aunque resulte difícil escribirla. Le pregunté al Salvador cuántos morirían en la guerra.

El Salvador dijo: «Casi todos. Los que sigan con vida desearían estar muertos. El pecado es grave». Pensé en la bomba atómica.

Salvador: «También las centrales nucleares contaminarán la Tierra».

Le dije al Salvador que dijera algo por mí.

Salvador: «Te quiero muchísimo, mantente fiel a mí, sé firme y no me abandones».

Entonces le pedí al Salvador que nos diera una señal en el grupo de oración, para que nos mantuviéramos firmes en la fe. Dije: «Sé que no somos dignos de recibir esta señal, pero lo dejo en manos del Señor, nuestro Dios».

Después de eso, sentí una profunda calma y una paz profunda, como nunca antes había sentido. Solo puede ser así: que el Salvador estaba en mí y yo en él.

No hay nada más hermoso que ser uno con el Salvador. Sí, el Salvador solo basta. Al mediodía, pasadas las 11:00, fui al bosque con mi sobrina Jaquelina. Rezamos el rosario de la Inmaculada. A continuación, cantamos el Salve Regina en latín. Mientras cantábamos en medio del bosque, de repente llegaron muchos pájaros y se unieron a nuestro canto y silbidos. Antes había soplado un fuerte viento y, de repente, se hizo la calma, el viento dejó de soplar. Mientras cantábamos, nos invadió un sentimiento de reverencia. Cuando terminamos de cantar el Salve Regina, los pájaros se marcharon volando y el viento volvió a soplar. Era la tercera vez que me pasaba lo de los pájaros y la segunda vez que el viento dejaba de soplar.

Por la noche: grupo de oración. Me he confesado con el padre Dochart. Hoy se han confesado muchos en el grupo de oración. Hemos adorado al Salvador y, como siempre, hemos rezado el rosario y otras oraciones.

24. 12/91 — Martes — Nochebuena

Asistí a la misa de medianoche y lloré mucho.

25. 12.91 — Navidad

Antes de la Santa Misa recé el salterio y, después, comulgué espiritualmente. Estuve unida al Salvador durante unos 20 minutos.

Salvador: «Siempre estoy contigo».

Le pregunté a Jesús sobre cosas de las que había hablado con el párroco Dochart.

Salvador: «Lo que te digo es para ti, para los sacerdotes y para todos».

Jesús me dijo que fuera a ver al sacerdote cuando Él me lo dijera, no cuando yo quisiera, sino cuando llegara el momento adecuado.

26. 12/92 - Segundo día de Navidad

La asociación musical colaboró en la celebración de la Santa Misa. No me gustó. Mientras sonaba la música, recé la letanía del Santísimo Sacramento y la letanía del Sagrado Corazón.

Pude unirme bien al Salvador y recibí muchas gracias.

27.12.91 - Viernes

Por la noche asistí a la Santa Misa en Rot.

28.12.91 — Sábado

Recé todo el salterio.

29.12/91 — Domingo

De las 6:30 a las 8:30 recé el Salterio antes de la Santa Misa. Me uní espiritualmente al Salvador y le pregunté por primera vez por mi familia. Le pregunté cómo estaba mi familia. El Salvador: «Todos están en el camino ancho. Aún pueden volver si así lo desean». Pregunté por mi marido y por Jaquelina. No obtuve respuesta.

Cuando pregunté por mi familia, pensé en mis hermanos y hermanas que aún viven en Francia, Yugoslavia y aquí en Alemania. Luego pregunté también por mi hijo. Salvador: «Él también».

30.12.91 - Lunes

El señor Erben me ha pedido que le pregunte al Salvador si lo que está haciendo ahora es correcto. Salvador: «El camino que ha tomado no es bueno».

Le pregunté al Salvador si la circular de Maria Itten (Rasenkreuz) era correcta.

Heiland: «La carta es correcta. Haz muchas copias. A quien no lo crea, déjalo en mis manos».

Me he confesado con el párroco Dochart.

31.12.91 — Martes

En la clínica: le pregunté al Salvador qué le pasaba a mi marido. Salvador:

«Reza mucho por él, hija mía. Es una lucha contra los espíritus impuros». Pero le dije al Salvador que ayer se había confesado.

Salvador: «Ha vuelto a pecar».

Le conté al Salvador que mi marido decía que el sacerdote no le había ayudado. Salvador: «No se ha arrepentido profundamente de su pecado».

Le pregunté si era correcto que el párroco Dochart celebrara la Santa Misa en la casa particular del señor Deris, de Zeutern.

Salvador: «No está bien por parte del párroco Dochart, porque necesita un permiso».

«Esto significa que la Iglesia se niega a hacer algo injusto. En mi Iglesia siempre se puede rezar».

Le pregunté al Salvador si las oraciones de ayer habían sido

buenas. Salvador: «Estuvo bien, me gustó».

12:00 h en la capilla de la clínica: Fue especialmente bonito estar conectada con el Salvador. Le dije al Salvador: «Oh, Salvador, ahora no tengo dudas, es tan bonito y lo creo todo».

El Salvador respondió: «Tu alma está ahora pura». Le

dije además que ahora le oía mejor.

Salvador: «Porque te has abierto más a mí».

Le pregunté al Salvador qué quería decirme al final del año. Salvador:

«Sigue adelante, hija mía. Me gusta todo lo que haces». Le pregunté si

debía construir la sala de oración.

Salvador: «Constrúyela».

Entonces le pregunté qué debía hacer si mi marido no estaba de acuerdo. El Salvador dijo: «Él estará de acuerdo».

Nochevieja:

Por la noche estaba triste, lloraba amargamente; no me gustaban los disparos de las 24:00 horas, porque hay tanta gente que pasa hambre. A esa hora recé.

01/01/92 - Miércoles

Misa en rojo. Después de la misa, hablé con la señora Speckart sobre la copia de Eisenberg que se había leído en el grupo de oración. Mientras estábamos allí en la calle, el diablo desprendió un hedor infernal durante unos cinco minutos, por lo que rocié agua bendita. El hedor desapareció al instante. De 16:00 a 19:00 mantuve una conversación con Artur Wagner, estudiante de Teología. Durante la misma, también rezamos en latín.

Le pregunté al Salvador sobre ello, porque el señor Ziegler había cambiado el título del libro «Medjugorje: la oferta de paz de Dios al mundo», que él había escrito, había cambiado el nombre. Salvador: «No está bien falsificar los nombres».

Luego le pregunté también por el vidente Iván. Iván está a menudo en Alemania, en el pueblo vecino. Le pregunté al Salvador por qué no venía a visitarme, ya que yo solía estar con él en Medjugorje. El Salvador respondió: «Déjame eso a mí».

12:10 h:

Le pregunté al Salvador por el titular que aparecía en la revista «Medjugorje—Aktuell», en la página 12, en una entrevista con el profesor Max Thürkauf. El titular decía: «Debemos lograr vivir de tal manera que se nos crea que creemos».

El Salvador dijo al respecto: «Hay que pedir la fe».

A continuación, le pregunté si debía leer esta revista «Medjugorje—Aktuell».

Salvador: «No necesitas leer esa revista; el libro de las Pequeñas Almas es más importante que millones de revistas como esa».

Después le pregunté por mi marido, porque lo atacan con demasiada frecuencia. Pensé en el demonio.

Salvador: «Sí, hija mía, hay muchos demonios. Ese es su vía crucis. Es una obsesión. Con ello, tú me ayudas a salvar las almas».

Le conté a Jesús que mucha gente cree lo malo que mi marido dice de mí. Salvador: «La gente cree mucho más en lo que dice el diablo. La verdad es poco aceptada. De lo contrario, no me habrían crucificado».

Por la tarde, en la iglesia de Rot:

Después de la Santa Comunión, le pregunté al Salvador si había hecho bien en contarle a mi marido a las 17:20 h por el tema de la posesión.

Salvador: «Estuvo bien. No tienes por qué tener miedo. Yo estoy contigo».

Estaba llena de alegría y sentía una profunda paz en mi interior.

3 de enero de 1992 — Viernes del Sagrado Corazón

Asistí a la Santa Misa en la iglesia de Rot.

04/01/92 — Sábado

Visité al padre Müller, que estaba enfermo, en Mingolsheim. Hablé con él unos 45 minutos. Más tarde le pregunté al Salvador si había hablado bien.

Salvador: «No fuiste tú, sino yo quien habló por ti». Esta conversación fue querida por Dios.

Después de nuestra conversación, me confesé con él.

05/01/92 — Domingo

Antes de la Santa Misa, el diablo quemó la copia de la circular de Maria Itten (Eisenberg). Casi se incendia mi dormitorio.

06/01/92 — Lunes, Epifanía

Asistí a la Santa Misa en Rot y a la devoción. Por la noche: grupo de oración, había acudido mucha gente.

07/01/92 — Martes

10:00 h, sala de médicos: Como el día anterior sentí el deseo de comulgar sacramentalmente por segunda vez en el día, pero no lo hice, le pregunté al Salvador si es correcto recibir la Sagrada Comunión sacramentalmente solo una vez al día.

Salvador: «Una vez al día está bien».

Entonces le pregunté al Salvador si debía decírselo a los sacerdotes.

Salvador: «Lo que te digo es para ti, para los sacerdotes y para los demás».

Entonces le pregunté al Salvador si, al decirle al grupo de oración que solo se puede comulgar sacramentalmente una vez al día, perdería al grupo de oración.

Salvador: «Aunque los pierdas a todos, la verdad sigue siendo válida». Entonces le pregunté al Salvador si había casos excepcionales.

Salvador: «Solo una vez».

Le pregunté al Salvador si lo había escrito bien.

Salvador: «Lo has escrito bien, no dejes que los demás te influyan».

Recordé que el párroco Vogt había dado las gracias en Nochevieja a los laicos que reparten la Sagrada Comunión. Le pregunté al Salvador si era correcto que el párroco Vogt les diera las gracias por ello.

Salvador: «Con eso me ha hecho daño».

Entonces le pregunté al Salvador si llegaría a ver el día en que los laicos ya no distribuyeran la comunión.

Salvador: «Sí, lo verás. Reza por esta intención».

Entonces le pregunté al Salvador (hacia las 12:00 en la clínica) si la Santísima...

La misa del sábado por la noche es una misa dominical, porque mucha gente va a la iglesia el sábado.

Salvador: «El domingo es un día santo, no debe ser profanado».

08/01/92 - Miércoles

Por la tarde en Mingolsheim, en la capilla de San Roque:

Me arrodillé ante el comulgatorio, aunque nadie más lo hiciera. Le pregunté al Salvador si la Cena del Señor y la Sagrada Comunión eran lo mismo, porque una hermana de una orden protestante me lo había dicho.

Salvador: «Un sacerdote evangélico no tiene el poder de la transubstanciación. Lo que era válido para Pedro entonces, lo es también hoy».

09/01/92 — Jueves

10:15 h en la sala de médicos: Durante la oración le prometí al Salvador que creería y que haría lo que Él me dijera, pero también le pedí que, antes de decirme nada, me quitara las dudas que aún tenía, que revistiera mi humanidad con la divinidad y que me concediera pureza y paz. Luego le pregunté cuándo debía acudir al sacerdote, el señor párroco Vogt.

Salvador: «¡Lo antes posible! Se avecina una guerra desde Rusia. El sacerdote debe rezar más ante el Santísimo Sacramento y, antes de la Santa Misa,

».

Le pregunté al Salvador si él rezaría conmigo si se lo decía. Salvador: «Sí, él rezará conmigo. Tardará un tiempo».

Le pregunté además al Salvador cómo debía rezar el rosario, si ante el Salvador expuesto o no.

Salvador: «Como el sacerdote quiera».

Mi siguiente pregunta fue si debía rezarlo una vez a la semana o todos los días. Salvador: «Todos los días».

Cuando le pregunté si el Salvador estaría conmigo cuando fuera a ver al sacerdote, él respondió: «Sí, estaré contigo».

12.20 Capilla de la clínica: Estaba rezando en la capilla. Cuando me uní al Salvador, le pregunté cómo se lo debía decir al señor párroco Vogt. Me refería a la forma, es decir, no sabía exactamente qué palabras elegir, «debería» o «debo».

Salvador: «Escucha, hija mía. Que rece el rosario todos los días con los fieles». Después del trabajo, volví a rezar. De tanto rezar, se me olvidó ir a recoger a mi marido a Bauhaus. Llegué 30 minutos tarde. De camino a buscar a mi marido, recé el segundo rosario en el coche y luego, junto con mi marido, el tercero. Recé especialmente por el padre Vogt.

Cuando llegué a casa, me acerqué a la estatua de la Virgen María y recé para que me ayudara a hacer lo que Dios quiere de mí y para saber cuándo debía ir a ver al padre Vogt.

Algo me impulsaba y no me dejaba tranquila, preguntándome si debía ir a ver al padre Vogt.

Entonces me arrodillé ante el crucifijo, recé ante las cinco llagas de Jesús y le pregunté cuándo debía ir a ver al reverendo Vogt. El Salvador: «Ve después de la Santa Misa».

Le pregunté también si el sacerdote tendría tiempo para atenderme. El Salvador: «Sí».

A lo que respondí: «Si es la voluntad de Dios, entonces iré a verlo».

Después de la Santa Misa, pedí a algunas personas del grupo de oración que aún estaban en la iglesia que rezaran por mí, porque tenía que ir a ver al P. Vogt. Me encontré con el P. Vogt en la puerta de la casa parroquial y le pregunté si podía hablar con él.

Él dijo: «Ahora mismo», pero no estaba tan amable como de costumbre, y añadió: «Solo unos minutos».

Cuando estuvimos en la consulta, intenté contárselo todo brevemente. Cuando le dije que había ofendido al Salvador al dar las gracias a los laicos que reparten la Sagrada Comunión, me dijo que no me creía. Además, le dije al párroco Vogt que el Salvador ya me había dicho que la distribución de la Sagrada Comunión era tarea del sacerdote. Después le dije también que el Salvador deseaba que rezara el rosario con los fieles antes de la Santa Misa.

Entonces se inquietó y dijo que el Salvador debería darle sacerdotes, que ya tenía bastante con los monaguillos.

Entonces el padre Vogt añadió que, al fin y al cabo, el rosario ya se rezaba antes de la Santa Misa.

Yo le dije entonces que quizá más gente se uniría a la oración si él también rezara.

Le pedí la bendición y luego me fui a casa. Estuve con él unos 30 minutos.

Al llegar a casa, recé inmediatamente al Salvador y le pregunté si le había dicho algo incorrecto al sacerdote, debido a su dolor por los ministros de la comunión.

Salvador: «Lo has dicho bien, hija mía, él conoce mi dolor». Le dije al Salvador que el párroco no me creería.

Salvador: «Déjame eso a mí».

Luego le dije al Salvador que él no quería rezar el rosario antes de la Santa Misa. Salvador: «Hija mía, aún llegará el momento en que él rezará».

10/01/92 — Viernes

A las 10.15 h en la sala de médicos: Había rezado mucho y le dije al Salvador que el párroco Vogt quería tener sacerdotes.

Salvador: «Si tuviera más sacerdotes, ¿seguiría repartiendo la comunión en la mano?»

Volví a comprobar si lo había escrito bien. Salvador: «Sí, hija mía, lo has escrito bien».

14:15 h: Le dije al Salvador que si es la voluntad de Dios que el sacerdote haga todo esto, es decir, rezar el rosario antes de la Santísima Misa, no dar más la comunión en la mano, solo la comunión en la boca de rodillas y, de ese modo, convertir a muchas almas, entonces estaría dispuesta a sufrir las llagas abiertas por ello, si me mantuviera fiel al Salvador, nunca me apartara de él y si pudiera soportar este sufrimiento hasta el final, y si es la voluntad de Dios.

Salvador: «Te doy las gracias por esta oferta. Ve en paz». Volví a comprobar si lo había escrito correctamente.

Salvador: «Sí, lo has escrito bien».

PD: Soy consciente de que las llagas abiertas causan un dolor atroz. Pero estoy dispuesto a sufrir con el Salvador, si esa es la voluntad de Dios y así puedo salvar almas junto con Él. Señor, hágase Tu voluntad.

11/01/92 - Sábado

Asistí a la misa matutina en Waghäusel. Durante la consagración, vi al padre Benedikt de pie en la oscuridad. A su alrededor había penumbra. Lo vi con los ojos cerrados y le pregunté al Salvador qué significaba eso.

Salvador: «Ves a Jesús sufriendo». A continuación, recé mucho por el padre.

A las 11:00 recé con mi sobrina Jaquelina para que el movimiento New Age no se extendiera y para que no pudiera causar ningún mal.

A las 17:00 fui a confesarme a la capilla de San Roque en Mingolsheim. Por la noche, hacia las 20:00, acudió mucha gente y volvimos a rezar para que el movimiento New Age no causara ningún mal, y contra la misa satánica. Rezamos hasta las 23:00 aproximadamente. Les conté lo que me dice el Salvador y animé a los fieles.

12/01/92 — Domingo

Ya antes de la Santa Misa había rezado dos rosarios y la letanía de Jesús. Hacia las 11:40, el párroco Vogt estaba en casa de mi suegra y la felicitaba por su 80.º cumpleaños. Se marchó enseguida y, cuando se fue, lloré, porque llevaba ya ocho años rezando por él y ni siquiera había subido un minuto.

Eso me dolió mucho; entonces abracé la gran cruz que había en mi dormitorio y lloré. De repente dejé de llorar, como si me hubieran quitado las lágrimas, y entonces oí hablar al Salvador:

«No llores, el padre Vogt tiene dudas y reverencia. Reza por él, se pondrá mejor».

Después me alegré y fui a la iglesia a las 13:00, recé el rosario por el señor párroco Vogt y me quedé para la oración.

A las 17:00 horas, Marga F. vino a verme con su marido. Más tarde se unió a nosotros Erich. Rezamos juntos el rosario doloroso con mi marido.

A las 19:00 h asistí a la Santa Misa en la capilla de San Roque, en Mingolsheim, y comulgué espiritualmente. Le pregunté al Salvador si podía contar con una donación para nuestra sala de oración.

Salvador: «El señor Müller te ayudará un poco».

Después, durante nuestra conversación interior, el Salvador dijo:

«Te quiero mucho».

Regresé a casa feliz, pero el maligno se apoderó rápidamente de mi marido.

Estaba poseído de nuevo. Recé inmediatamente la letanía de la Preciosa Sangre, la letanía del Sagrado Corazón, la letanía lauretana y otras oraciones. Después volvió la calma.

13/01/92 - Lunes

Como cada mañana, mi marido y yo rezábamos durante el trayecto a Heidelberg una decena del rosario, el «Ángel del Señor», el «Magnificat», el «Salve Regina», dos oraciones al Espíritu Santo, la letanía a la Virgen María, la oración de Fátima, la oración al arcángel Miguel, la oración al ángel de la guarda, la oración al Sagrado Corazón de Jesús, el Sanctus, el Gloria y el Cor Jesu Sacratissimum. Luego dejé a mi marido en el Bauhaus y seguí rezando. En el trabajo sigo rezando hasta que llegan los pacientes. Hacia las 10:00 h voy a la sala de médicos para anotar a los pacientes en un libro. Mientras otros se toman un descanso para fumar, yo sigo rezando en la sala de médicos, rocío agua bendita por las almas de los difuntos y bendigo a los pacientes, a los médicos, a las enfermeras y al resto del personal con la cruz de San Benito.

Luego me comunico espiritualmente con el Salvador.

Hoy estuve en la sala de médicos sobre las 10.10. Volví a comprobar si el Salvador me confirmaba de nuevo lo que me había dicho el 10 de enero de 1992, porque el párroco Vogt quería tener más sacerdotes. Le pregunté al Salvador si lo había anotado correctamente.

Salvador: «¿Me oyes, hija mía?» Yo:

«Sí, Señor».

Salvador: «Si tuviera más sacerdotes, ¿seguiría repartiendo la comunión en la mano?»

Eran las mismas palabras que tres días antes.

Salvador: «Puedes decírselo. No tienes por qué tener miedo, yo estaré contigo». Le pregunté al Salvador qué pasaría si me excomulgaban por eso.

Salvador: «¿Me amas?» Le

respondí: «Sí».

Salvador: «Mantente fiel a mí».

Le pregunté de nuevo: «Eso significa que me excomulgarán».

Salvador: «Te excomulgarán».

Le pregunté de nuevo, porque pensaba que hoy en día ya nadie es excomulgado.

Salvador: «Hija mía, serás excomulgada». Yo: «Eso será un gran dolor».

Salvador: «Pero no estarás excomulgada de mí. Yo estaré contigo». Le pregunté al Salvador si el motivo de la excomunión eran los laicos y la comunión en la mano.

Salvador: «Sí, por lo de los laicos y la comunión en la mano; ese será el motivo, lo has adivinado».

Le pregunté al Salvador si lo había anotado bien y si debía ir a ver al señor párroco Vogt.

Salvador: «Lo has anotado correctamente. Haz lo que te digo. Ve a verlo».

Antes de mi conversación con el Salvador hoy, le dije que creería todo lo que me dijera. Le rogué: «Creeré lo que me digas, pero antes quítame la duda, purifica mi alma, quita mi humanidad y revísteme de tu divinidad».

El Salvador me dijo: «Quiero tus posesiones».

Pero yo no entendí bien esas palabras y dije: «Pero si te lo he dado todo. No tengo nada, todo te pertenece, pues yo tampoco soy nada».

Le pregunté al Salvador si la gente vendría a mí a rezar si me excomulgaran.

Salvador: «Sí, incluso muchas».

Le dije al Salvador: «Gracias, Señor, por lo que me has dicho. Yo también digo Sí a ello, si de esta manera se pueden salvar almas y si siempre estaré contigo».

Le pregunté al Salvador si le gustaba cómo lo había escrito. Salvador: «Tú lo sabes, hija mía».

Después le pregunté si podía contarle en el grupo de oración, y al padre Dochart sobre la excomunión. Salvador: «Puedes decirlo todo. Yo soy tu Señor y Dios. Todo lo que te revelo es verdad. Ve en paz». Yo: «Te doy las gracias, mi Señor y Dios».

12:10 h. En la capilla de la clínica: durante el Ángelus, en la unión con el Salvador, pregunté: «Señor, ¿cómo debo entender que tú quieras mis bienes?».

El Salvador dijo: «Siempre debo preguntar antes de una nueva tarea. Posesiones: todo. Tu alma, tu cuerpo».

Examiné mi alma para ver en qué estado se encontraba y sentí una paz, un amor y una tranquilidad especiales en mi corazón, como si no hubiera ninguna mancha en él.

Pensé que ahora podría volar.

Por la noche, en la iglesia, durante la Santa Comunión, le pregunté al Salvador si podía contar en el grupo de oración lo que me había dicho hoy.

Salvador: «Puedes hacerlo, ya me alegro por ello».

Por la noche, en el grupo de oración: primero rezamos, cantamos y luego conté lo que me había dicho el Salvador.

Aunque ya había hablado con el Sr. Müller, de Würzburg, durante una buena hora a última hora de la tarde (el Sr. Müller lo grabó todo en cinta), por la noche, en el grupo de oración, también conté mis conversaciones con el Salvador.

14/01/92 - Martes

A las 10:10 h en la sala de médicos: Le pregunté al Salvador si debía ir a ver al Papa, ya que se trataba de asuntos importantes que me esperaban, y si debía escribirle al Santo Padre o si sería mejor acudir a él personalmente.

El Salvador dijo: «Ve a verlo, hija mía. Será bueno que vayas a verlo. Yo te acompañaré».

Yo: «No entiendo qué quieres decir con “acompañar”».

Salvador: «Estaré contigo».

Yo continué diciendo: «Salvador, será difícil hablar con él». Salvador: «Hija mía, él hablará contigo».

Yo dije: «Gracias, Señor mío y Dios mío. Me prepararé para ir a verlo con muchas oraciones».

Salvador: «Gracias, hija mía. Vete en paz».

A las 12:00 h en la capilla, tras el Ángelus: Le pregunté si debía ir a ver a mi director espiritual, el padre Gebhard Heyder.

Salvador: «Todavía no. Todo lo que haces está bien, sigue así. Tampoco vayas todavía al señor párroco Vogt, reza primero por él».

Por la tarde, en Rot, en la iglesia: el párroco Vogt me introdujo la Sagrada Hostia en la Sagrada Comunión con tal fuerza contra el labio y los dientes que pensé que se me romperían. Eso no me había pasado antes con el párroco Vogt.

Me dolió y lloré, porque ese día había rezado mucho por él.

15/01/92 - Miércoles

10:10 h, consulta del médico: Volví a preguntarle al Salvador por el P. Vogt, porque ayer no me había dado bien la Sagrada Comunión.

Salvador: «El espíritu impuro no le dio tiempo, le presionó para que administrara la Sagrada Comunión rápidamente». Como también rezo por la Sra. Vennebusch, la ayudante de comunión, le pregunté al Salvador si la Sra. Vennebusch no sentía que eso de repartir la comunión no estaba bien.

Salvador: «Hija mía, todos saben que eso no está bien».

Yo: «Pero, Señor, si sé que dar la Sagrada Comunión no está bien, entonces no lo haré».

Salvador: «Hija mía, tienes miedo de Satanás».

No lo entendí muy bien y quise que el Salvador me lo explicara con más claridad.

Salvador: «Si tuvieran reverencia hacia Dios, no distribuirían la Sagrada Comunión».

Le pregunté al Salvador qué significaba que un sacerdote obligara a los fieles a comulgar en la mano.

Salvador: «No está haciendo las obras de Dios».

Entonces pregunté qué pasa si un sacerdote obliga a los fieles a levantarse cuando ya están arrodillados. Salvador: «Oye las órdenes del diablo e intenta obligarlos a levantarse».

14:30 h. Sala de rayos X: Recé y me comuniqué espiritualmente. Pregunté qué significaba que yo recibiera la Sagrada Comunión de manos de un laico.

Salvador: «Si la recibes, le haces un favor al diablo».

¿Y si me quedo sentado y no comulgo porque el laico está repartiendo la Sagrada Comunión en el lado donde estoy sentado?

Salvador: «Entonces eres cobarde y le haces un favor al diablo».

Continué diciendo: «Entonces puedo ir a la Sagrada Comunión, y cuando el laico se acerque a mí, puedo inclinarme ante el Salvador, pero no tomar la Sagrada Comunión, sino comulgar espiritualmente y volver a mi sitio».

Salvador: «Sí, eso puedes hacer».

Entonces añadí que los obispos habían autorizado que los laicos repartieran la comunión. Salvador: «Ellos tienen la mayor responsabilidad».

Le pregunté al Salvador si, al contar esto a los fieles, uno se quedaría solo. El Salvador: «Solo ante los hombres, pero no estás sola. Hija mía, yo estoy contigo». Por la tarde cometí un pecado.

Me sentí arrepentida. Por la noche fui a Mingolsheim, a la capilla de San Roque. Antes de la Santa Misa recé las seis estaciones del Vía Crucis.

Aunque solo hacía cuatro días que me había confesado, sentí la necesidad de volver a hacerlo.

Después de la confesión, le di las gracias a Dios, me sentí feliz y dije que no hay nada más hermoso que tener el alma limpia. A continuación, ofrecí la Sagrada Comunión por el Santo Padre, que tanto sufre.

16/01/92 - Jueves

10:10 h - Consultorio: Llevaba ya varios días rezando especialmente por el P. Vogt, tal y como me había recomendado el Salvador.

Durante la oración y la unión con el Salvador, le pregunté cuándo debía ir a ver al padre Vogt.

Salvador: «Escucha, hija mía, ve a verlo hoy mismo. Él te recibirá». Yo pregunté:

«Señor, pero ¿qué le voy a decir?».

Salvador: «Siempre te preocupas por lo que vas a decir. Yo hablaré por ti».

Le pregunté si debía llevarme el diario. Salvador:

«Puedes llevártelo».

Después hubo un silencio; no oí al Salvador durante un rato.

Entonces dijo el Salvador: «Debes mantener siempre el silencio, el Maligno acecha, pues él también quiere entrometerse y hablarte».

Yo: «Gracias, Señor y Dios mío, por estas palabras que me has dicho. Solo tengo que guardarlas como una perla, que es tan hermosa que hay que cuidarla para no perderla».

Salvador: «Lo has dicho muy bien».

Le pregunté al Salvador: «Señor, ¿hay alguna señal especial cuando el espíritu impuro se entromete?».

Salvador: «Trae consigo la duda de inmediato».

Yo: «Mi querido Jesús, ahora siento una paz, una tranquilidad y un calor tan maravillosos. No tengo dudas».

Salvador: «Y en este estado me encuentro siempre contigo, hija mía». «Creo que mi alma debe de estar ahora bella y pura».

Me llamaron a la sala de rayos X. El señor Pflaiderer, un ingeniero de la empresa Müller, quería hablar conmigo sobre los aparatos. Hablé poco del aparato de rayos X, pero mucho de Dios. Porque el señor Pflaiderer es un gran escéptico y critica terriblemente al Papa. El Salvador me dio las palabras adecuadas y se marchó satisfecho.

12:00, después del Ángelus: Tras la oración, le pregunté al Salvador por más señales para reconocer al espíritu impuro. También le dije que tenía miedo de ir a ver al párroco Vogt.

Salvador: «¿Ves, hija mía, el miedo? Pero tú no tienes miedo». Le dije: «En realidad, no».

Salvador: «Así es. El espíritu impuro susurra miedo».

Repetí: «¿Entonces la segunda característica, después de la duda, es el miedo?». El

Salvador: «Sí, y luego la inquietud».

Salvador: «Las personas en este estado a veces no pueden controlarse». Yo:

«Entonces, en este estado, no se puede hablar con la gente». Salvador: «No mucho; todo con humildad».

Por la tarde llamé al señor párroco Vogt y le pregunté si tendría tiempo para que pudiera hablar con él. Al principio dijo que no. Sin embargo, cuando le dije que solo quería hablar con él brevemente para contarle lo que el Salvador me había dicho para él.

Entonces me dijo que podía ir a las 17:30.

De camino a casa recé el Rosario Doloroso por el P. Vogt; una vez en casa, recé el exorcismo, oraciones a la Virgen María y las estaciones 7.^a, 8.^a, 9.^a, 10.^a y 11.^a del Vía Crucis.

Rezé en silencio por el padre Vogt. Luego entré en la iglesia y, ante el belén, volví a rezar por el padre Vogt.

A las 17:30 en punto estaba con el reverendo Vogt.

Me recibió amablemente. Sentí paz y amor por el reverendo Vogt.

Sabía que no estaba sola, porque el Salvador me había dicho que estaría conmigo, y eso es lo que creo.

Cuando le conté al sacerdote estas cosas, me dijo que solo decía lo que me gustaba. Así que Dios habla a través de mí lo que me gusta.

Sacerdote: «Y yo les digo que ahora van a estallar. Tienen conocimientos psicológicos y teológicos y se lo han inventado ustedes mismos, como les da la gana».

Yo dije: «Pero yo no entiendo de teología». Sacerdote: «Sí, sí».

Pensé en que nunca había recibido clases de religión católica.

Le pregunté al reverendo: «¿Qué hay de lo que les he contado hasta ahora que sea falso o incorrecto?».

No respondió.

Le mencioné que el 12 de diciembre estuvo en nuestra casa cuando vino a visitarnos mi suegra y le dije que había llorado amargamente porque ni siquiera había subido un minuto a donde yo vivo. Le conté que había abrazado la cruz de Jesús con todo mi corazón y que había llorado, y que le había preguntado al Salvador por qué el sacerdote no había venido a verme, ya que yo rezaba tanto por él. De repente dejé de llorar y el Salvador me dijo: «No llores, hija mía, él tiene dudas y reverencia. Reza por él».

Ante este suceso, que le conté al párroco, él guardó silencio. Más tarde dijo: «No se lo pueden haber inventado todo, por ejemplo, la guerra».

Le dije que seguramente no recorrería el Vía Crucis que Jesús desea de mí, y que ya lo había insinuado en el grupo de oración.

Le dije además que, como no tenía tiempo para mí, no hacía falta que le contara nada de eso ahora, quizá en otra ocasión, según la voluntad de Dios.

Le pedí también una bendición. Me arrodillé en el suelo. Él me bendijo.

Estuve con él unos 25 minutos, aunque solo quería hablar con él unos 2 minutos. Después fui a la iglesia. Ofrecí la Sagrada Comunión por el reverendo párroco y recé por él el rosario de la alegría.

Al comienzo de la misa oí una voz: «¿Le crees?». Pensé en el sacerdote y respondí de inmediato: «No».

En la unión con el Salvador, le pregunté: «Salvador, dime si el sacerdote tiene razón, puede ser que me haya equivocado».

Salvador: «Ya has respondido que no le crees». Yo: «Pero, Salvador, eso no me basta».

El Salvador habló entonces con algo más de energía, pues normalmente habla con dulzura: «Lo has dicho todo correctamente, hija mía».

«Pero el párroco me dijo que yo había dicho todo eso por mí misma», le dije al Salvador.

Salvador: «Nadie puede hacer nada por sí mismo».

Sentía paz en mi interior, pero también un dolor profundo, pues percibía que el Salvador se sentía profundamente ofendido por el señor pastor Vogt. Seguí rezando en casa por el señor pastor Vogt.

Habían pasado exactamente siete días desde la última vez que había hablado con él.

17/01/92 - Viernes

Mi cumpleaños... Sin embargo, tenía que trabajar:

Un paciente, un soldado de la OTAN, Martin Wolfgang Sp., vino a hacerse una radiografía. Le pregunté qué opinaba de la relación entre Alemania y Rusia. Me dijo que ellos tenían sus propios problemas.

Entonces le pregunté qué pensaba de la hambruna en Rusia.

Estaba muy inquieto y sentí el espíritu impuro que había en él, pero no dejé que se notara. Entonces le mostré mi diario, en el que pone: «Reza, reza, hija mía, viene una guerra desde Rusia».

Entonces se inquietó aún más y preguntó con toda la energía de un general quién había dicho eso. Le respondí: «Jesús». Con el mismo tono, él continuó: «Jesús no existe. Soy ateo». Luego me preguntó si podía demostrar que Dios existe.

Le respondí: «Pero si está vivo». Él dijo: «¿Quién dice que estoy vivo?», aunque mantuvo el tono severo.

Le dije: «¿Sabe qué? Se lo he dicho para que ante el juicio de Dios no puedan decir que no sabían nada».

Él: «¿Quién dice que existe el juicio de Dios? ¡No hay ningún Dios! ¿Quién te ha dicho eso?». Le pregunté: «¿Y si Dios te llama en la próxima hora?».

Entonces dejé de hablar con él y le pedí que esperara fuera junto a su radiografía, porque vi que no tenía sentido hablar con él.

Por dentro sentí como si tuviera a todo un ejército de demonios a su lado. Cuando se marchó, rocié todo con agua bendita.

Aproximadamente una hora y media más tarde, en la sala de médicos, hacia las 10:10: recé y pedí como regalo de cumpleaños que este paciente, el soldado de la OTAN, se convirtiera. Como sentía que había un demonio en esa persona, le pregunté al Salvador quiénes eran.

Salvador: «Hija mía, piensa: quien niega a Dios, ese es el demonio Lucifer. Esa alma está muerta. No puedo concederte ese deseo».

Entonces dije que tenía un segundo deseo:

«Deseo serte siempre fiel, permanecer firme, amarte cada vez más y cumplir tus deseos, y decirte “SÍ” hasta mi último aliento, y que tú estés siempre conmigo».

Salvador: «Lo confirmo».

Como yo no lo entendía, el Salvador continuó diciendo:

«Te concederé ese deseo».

Yo dije: «Gracias, Señor mío y Dios mío. Ha sido el regalo más bonito que jamás he recibido».

Salvador: «Te amo, hija mía. Créelo». Yo: «Te doy las gracias por este ramo de rosas rojas».

Por la tarde, en la iglesia, vestida de rojo: la hermana, una monja, repartía la Sagrada Comunión. Antes había rezado para que no me diera la Sagrada Comunión un laico. Cuando me tocó, la hermana pasó de largo. Sentí como si me desgarraran el alma. Mi corazón se llenó de una gran inquietud. Entonces llegó el sacerdote y recibí de él la Sagrada Comunión.

Durante la comunión, mientras me unía al Salvador, le pregunté qué era eso, cuando sentí esa fuerte inquietud.

Salvador: «Era Satanás, quería destruir tu alma, pero no pudo, porque yo estoy contigo».

Cuando llegué a casa, recibí una visita inesperada y me alegré mucho. Me regalaron un gran ramo de rosas rojas, que me recordaron al Salvador y la conversación de esta mañana.

18/01/92 - Sábado

Misa matutina en Waghäusel: vi al padre Aemilian y a otro sacerdote de pie en la oscuridad. Tuvo un problema durante la consagración. Tras la consagración, volvió a haber más luz y solo vi a un sacerdote. Entonces abrí los ojos y vi que el padre Aemilian no tenía pelo. Volví a cerrar los ojos y vi a Jesús en lugar del padre Aemilian, pero en cierta penumbra, aunque se podía reconocer que era Jesús. Jesús tenía el pelo hasta los hombros.

En casa le pregunté al Salvador si era cierto lo que había visto, después de haber revisado la situación una vez más.

Salvador: «Sí, has visto a Jesús sufriente».

19/01/92 – Domingo

Misa en rojo

Rosario y devoción en rojo.

Mi marido no se creía que me fueran a excomulgar. Decía que eso ya no pasa hoy en día. Decía que hoy en día lo que pasa es que te suspenden.

Por eso le pregunté al Salvador:

Salvador: «El dolor es el mismo, ya sea suspensión o excomunió n». Recé cinco rosarios por los sacerdotes y los padres.

Tenía una aflicción y por eso le pregunté al Salvador.

Salvador: «Había muchos espíritus impuros allí».

Yo: «Entonces tengo que tener miedo».

Salvador: «Te he quitado el miedo».

20/01/92 — Lunes

Clínica — Consultorio: El hermano Alois me había dicho que no debía difundir tanto lo que experimento con el Salvador. Por eso le pregunté al Salvador.

Él dijo: «Di todo lo que yo te inspire. — Es lo que exige el momento». Y continuó: «No hay que hacer caso a la gente que tiene miedo».

Pregunté por el párroco Dochart.

Salvador: «También puedes decírselo a él. No te irá mejor que con el párroco Vogt». Me preocupaba si los sacerdotes harían algo cuando les transmitiera el mensaje.

Salvador: «Si los sacerdotes hacen algo o no después de que hayas hablado con ellos, déjame eso a mí. De lo contrario, no cumplirás ni un tercio de lo que te inspire».

Yo dije: «Regala a Waghäusel los bancos de comunión».

Salvador: «Si les regalo los bancos de comunión, los fieles volverán a recibir la comunión en la mano».

Grupo de oración por la tarde: Había mucha gente. Hubo confesión y se adoró al Salvador. Después del grupo de oración, mi marido me enfadó mucho. Él no cree que el Salvador me hable. Luego, el padre Dochart le confirmó a mi marido que la comunión en la mano también era correcta.

21/01/92 Martes

La noche anterior estuve en la iglesia de Rot. Cuando me arrodillé en el banco de la comunión, se me acercó el señor Anton, un ministro de la comunión, y quiso darme la Sagrada Hostia. Me incliné ante el Salvador, pero no recibí la Sagrada Hostia y volví a mi sitio. Me comuniqué espiritualmente y el Salvador vino a mí; recibí gracias muy especiales durante la unión espiritual.

Al mediodía, en la capilla de la clínica, le pregunté al Salvador si lo había hecho bien el día anterior.

Salvador: «Sí, está bien, muy bien».

Por la noche, en la iglesia de Rot: antes de la Santa Misa, la luz perenne volvía a estar apagada.

Cuando lo vi, salí corriendo de inmediato, vi a un monaguillo y le dije que se lo comunicara al sacerdote. Como al cabo de un rato todavía no había llegado nadie, en lugar del rosario recé sin parar el Sanctus. Luego invoqué a mi ángel de la guarda, a los santos arcángeles Miguel, Rafael y Gabriel, a la Virgen María y a San José, para que trajeran al sacerdote y encendiera la luz eterna.

El sacerdote llegó, se acercó a los abetos y volvió a salir sin haber encendido la Luz Eterna. Seguí rezando el Sanctus durante toda una serie del rosario. Y entonces llegó la señora del sacristán y encendió la Luz Eterna. Debo mencionar que me invade una inquietud interior cuando la Luz Eterna no está encendida.

22/01/92 - Miércoles

A primera hora de la mañana, mi marido me contó que por la noche había tenido una pesadilla y que había gemido en voz alta.

10:10 h, consulta del médico: Le pregunté al Salvador si por la noche habían estado espíritus impuros conmigo. Salvador: «Sí, hija mía, había varios. Quieren destruir tu alma, pero no pueden, porque yo estoy contigo».

Repetí lo que había escrito para asegurarme de que lo había anotado correctamente. Salvador: «Sí, hija mía, así es».

12:30 h en la capilla: Tras la oración, el Salvador me dijo:

«Es la voluntad de Dios que des testimonio».

Como el P. Dochart me había dicho una vez que lo que el Salvador me dice está destinado solo a mí, volví a preguntar.

Salvador: «Es para ti, para los sacerdotes y para todas las personas».

Entonces le pregunté al Salvador qué otros signos delatan la presencia del espíritu impuro.

Salvador: «Confusión, falta de fe y falta de amor a Dios».

Hace unos días, el Salvador ya me había dicho que el espíritu impuro trae consigo dudas, inquietud y miedo.

De 16:30 a 18:00 estuve en el monasterio de Neuburg. Le confié mi diario al padre Swidbert. Es muy amable. Me confesé con él y me hizo el exorcismo. Cuando salí del monasterio, ya me esperaba un hombre que quería llevarme de vuelta a la ciudad. Le pregunté si ya había rezado el salterio hoy. Me respondió alegremente que «sí». Entonces le pregunté si también había rezado ya la oración «Alienta en mí, Espíritu Santo». Me dijo que «sí».

Lo llevé en el coche. En cuanto se sentó en el coche, me di cuenta enseguida de que tenía un espíritu impuro. En broma, le dije: «¿Sabe que tiene un espíritu impuro?».

Él: «Sí, tengo muchos. —¿Y cómo se llama ese?» Le dije que se lo preguntaría al Salvador.

Este hombre estuvo frunciendo la nariz de forma extraña sin parar durante todo el trayecto. Por la noche fui a la capilla de San Roque en Mingolsheim a la Santa Misa.

Después de la Sagrada Comunión sentí una paz, una calidez y una tranquilidad en mi interior. Le pregunté al Salvador por el hombre al que había llevado en el coche. Durante un rato no oí nada. Luego oí: «Yo santifico tu alma».

Como llevaba varios días luchando contra el espíritu impuro, le dije al Salvador: «Seguro que mi alma parece un pollo desplumado». Y me eché a reír.

Llegué a casa y allí me esperaba un hombre que pertenece a mi familia y que ahora está en proceso de divorcio, pero que en toda su vida solo ha ido a la iglesia unas pocas veces. Se mordía las uñas sin parar y estaba muy inquieto. Ve culpa en todas partes, menos en sí mismo. Cuando vi eso, me fui a otra habitación y recé el exorcismo por él y por mi marido.

23/01/92 - Jueves

Le pregunté al Salvador una vez más por el hombre al que había llevado en el coche, qué demonios eran, porque los sentía en él.

Salvador: «El principal es Lucifer. Eran varios. El principal es el que más sufre. Cuando están a tu alrededor, siempre son varios».

Le pregunté al Salvador si ya había luchado contra Lucifer. El Salvador: «Sí, hija mía, ya has luchado contra él en numerosas ocasiones». Pero yo le dije que no podía luchar contra él.

Salvador: «Por eso te digo que siempre estoy contigo».

Lucifer puede estar en todas partes, es libre y puede tentar a cualquiera.

Entonces le pregunté al Salvador por qué el párroco Vogt no había encendido la luz eterna el martes, si bien estaba en la iglesia y la señora Messner llegó más tarde y encendió la luz eterna.

Salvador: «Ya ves; tú estás vivo».

No lo entendí bien y por eso pregunté. Salvador: «Hay muchos que ya están muertos. Ya no viven y ya no ven».

Después pregunté por la televisión.

El Salvador: «Todo el que la ve es un idólatra».

Le pregunté si debía romperla. El Salvador me lo permitió.

Cuando llegué a casa, lo primero que hice fue bajar el televisor y destrozarlo, para que nadie pudiera volver a verlo. No quise venderlo, aunque solo tenía dos años, porque no quería que nadie más se dejara seducir por él.

Por la noche: Hl. Misa en rojo:

Le pregunté al Salvador por lo de la televisión.

Salvador: «Has hecho lo correcto. Es un paso adelante para acercarte a mí».

A continuación, le pregunté al Salvador por la pátina. Le pregunté qué iba a hacer haría si estuviera en mi lugar. Si preferiría recibir la Sagrada Comunión con pátina o sin ella.

Salvador: «Hija mía, a mí sí me importaría. Siempre recomendaría a los sacerdotes que utilizaran una patena. Le pregunté si podía decírselo al párroco Vogt.

Salvador: «Sí, puedes decirle todo con amor».

El hombre por el que ayer recé el exorcismo me ha visitado hoy en la clínica y me ha contado que no pudo dormir en toda la noche y que estaba empapado en sudor. Le he dicho muchas veces que rezara y se confesara, pero no lo hace.

24/01/92 - Viernes

Misa en rojo.

Una pareja joven que convive sin estar casada me ha llamado ya varias veces para invitarme a ver una película sobre un lugar de apariciones en Suiza, cerca de San Galo. También me han insistido mucho para que vaya allí.

El Salvador ya me había dicho al respecto: «No necesitas ver la película».

25/01/92 - Sábado

Misa de las 7:15 h en Waghäusel:

Volví a ver al padre de pie en la oscuridad antes de la consagración. Era el padre Werner Egon.

Después de la consagración, había algo más de luz. Recé por él. Estaba en el primer banco. Sin embargo, el padre Werner Egon no podía mirarme a los ojos, como los otros padres. Me sorprendió mucho que no rezara las intercesiones.

A las 12.15 h, en casa, tras el «Ángel del Señor», comulgué espiritualmente. Le pregunté al Salvador por qué el padre Werner Egon no había rezado las intercesiones.

Salvador: «No pudo».

Yo dije: «No lo entiendo, ¿no podrías explicármelo con más claridad?». El Salvador:

«Satanás no le ha dejado hablar».

Este es ya el cuarto padre que he visto en la oscuridad.

Aunque hoy no quería ir a Waghäusel para no ver eso.

Prefería ir a la capilla de San Roque en Mingolsheim. Pero mi hijo había aparcado el coche de tal manera que no podía salir. Por eso me retrasé, y ya no me habría dado tiempo a llegar a Mingolsheim a las 7:00, cuando empieza la misa.

Pero es la voluntad de Dios que vaya a Waghäusel.

17:15 h: Lloraba amargamente y pensaba para quién debía escribir el diario, si es que alguien lo leería. Le pregunté al Salvador si debía escribirlo o no.

Salvador: «Debes escribir, hija mía, le servirá de ayuda a alguien».

Le pregunté por Marion, de W., si estaba bien que ella escribiera el diario a máquina. Salvador: «Sí, también le he concedido la gracia para ello».

26/01/92 – Domingo

El padre Vogt estaba enfermo el domingo y no pudo celebrar la misa.

Me levanté a las 5:00 de la mañana, recé el rosario y otras oraciones.

He encendido velas por las almas de los difuntos y por los sacerdotes y religiosos que aún se encuentran en el purgatorio, y he rociado agua bendita sobre ellos. Tras la oración, me uní al Salvador. Le pregunté al Salvador acerca de la señorita Bennebusch, ya que hoy ella celebra la liturgia de la palabra, si eso es correcto o incorrecto.

Salvador: «Sí, hija mía, es una herejía total.

Le dije al Salvador que el sacerdote lo había aprobado. Salvador: «Él tendrá que responder por ello».

Yo: «¿Puedo decir eso en el grupo de oración?» Pensé en la señora Hamsch, que había dicho que no se debe hablar mal de los sacerdotes.

Salvador: «No escuches a la gente cuando contradiga lo que yo te enseño. Le pregunté por qué los laicos hacían algo así, y me refería a la distribución de la comunión. Salvador: «No me tienen respeto, no escuchan mi voz. Los hombres son cómplices».

Yo: «¿Por qué la gente?»

Salvador: «Porque no rezan lo suficiente por ellos (por los laicos)».

Yo: «Pero hay mucha gente que está contenta con eso, como por ejemplo mi suegra».

Salvador: «Están ciegos».

(No quería escribir «ciegos», pero el Salvador me dijo: «Escríbelo»). Entonces el Salvador continuó diciendo: «Los corazones endurecidos son difíciles de educar». Yo: «Mi Salvador, ¿qué debo hacer?»

Salvador: «Reza por estas intenciones».

Yo: «Mi Salvador, entonces te profanan y te deshonran tanto».

Salvador: «Sí, ya lo soy desde hace mucho tiempo».

Yo: «¿Por qué lo permites?»

Salvador: «Porque sigo amando a las personas».

Yo: «¿Puedes decirme algo más al respecto?».

Salvador: «Sigo siendo el Jesús que sufre».

Por la tarde asistí a la Santa Misa en la capilla de San Roque. 🙏

Hoy hemos empezado a escribir el diario a máquina.

27/01/92 - Lunes

Le pregunté al Salvador por las celebraciones de la Palabra y le conté que los obispos están a favor.

Salvador: «A los obispos que están a favor, no les hagas caso bajo ningún concepto».

Salvador: «Escúchame a mí, hija mía».

Yo: «Siempre creeré que estás conmigo y a mi lado». Salvador: «Así es, cree en ello, hija mía».

Yo: «¿Qué debo saber cuando se me presente algo?»

Salvador: «Satanás te pondrá a prueba. También hablarás con el obispo. Yo intercederé por ti. Mantente fiel a mí y sé firme. Satanás te reprochará muchos errores. Esos no son tus errores. Son los errores que comete la Iglesia. Recibirás muchas amenazas. No aceptes esas amenazas. Mantente fiel a la verdad, porque al final la verdad vencerá. No te precipites. Ten paciencia».

Yo: «Te doy las gracias por estas amables palabras».

Por la tarde, en la iglesia de Rot, hubo una misa de difuntos. El párroco Vogt estaba enfermo. El señor párroco Vetter celebró la Santa Misa.

A continuación, a las 20:00 h: grupo de oración. Había mucha gente. El padre Dochart escuchó confesiones. Holger, que ya había rezado varias veces conmigo el «Ángel del Señor» a mediodía en la capilla de mi trabajo, vino hoy por primera vez conmigo al grupo de oración. Vino aquí con Christoph, de Hirschhorn.

Tengo gripe y estoy de baja por enfermedad.

28/01/92 — Martes

Me quedé en la cama y recé. Ayer por la noche me llamó Fridolin y me preguntó si podía preguntarle al Salvador si en el lugar donde vive Claude, en Luxemburgo, había habido apariciones marianas en el pasado. Le dije a Fridolin que me daría vergüenza preguntarle al Salvador algo así y que no estaba segura de si lo haría, porque me parecía una curiosidad y eso no me gusta. Pero hoy, después de la oración y durante la unión con el Salvador en la comunión espiritual, se lo pregunté.

Salvador: «Sí, hija mía, es cierto. Hubo una aparición mariana allí». Le pregunté si había sido solo una.

Salvador: «Varias».

Alguien llamó tres veces al timbre, pero cuando fui a abrir ya no había nadie. Seguí rezando y volví a unirme al Salvador. Pregunté por el padre Vetter, el sustituto del padre Vogt. Distribuyó la Sagrada Comunión tan rápido que casi se me cae de la boca. Le pregunté al Salvador si era culpa mía. Salvador: «El sacerdote distribuye la Sagrada Comunión sin reverencia».

A las 9:25 me volvieron a interrumpir. Fridolin volvió a llamar y preguntó por las apariciones en Luxemburgo. Le conté lo que había dicho el Salvador.

Después me uní por tercera vez al Salvador y le pregunté: «Salvador, ¿por qué el sacerdote ha repartido la Sagrada Comunión tan rápido, si tenía tiempo?». Le pregunté además si era por la gran cantidad de gente y porque no había ayudantes de comunión.

Salvador: «Sí, eso es el temor a los hombres. El espíritu impuro intenta, en primer lugar, infundirle al sacerdote el temor a los hombres».

Le dije que a Erich le gustaba cómo lo hacía el párroco Vetter.

Salvador: «No todo el mundo lo ve igual. Tú siempre ves más que los demás».

Cuando, al recibir la Santísima Hostia, esta se me quedó medio colgando de la boca, estaba a punto de meterla en la boca con el dedo. Entonces oí una voz: «No la toques con el dedo». No lo hice y, en ese mismo instante, la Santísima Hostia entró en mi boca. Hoy le pregunté al Salvador quién me había hablado así ayer, pues en ese momento, cuando oí la voz, aún no estaba unida al Salvador.

Salvador: «Era tu ángel de la guarda. Él te habla a menudo».

Yo: «Qué bien que venero al ángel de la guarda y le rezo. Ayer por la noche, en el grupo de oración:

Mientras los demás comulgaban sacramentalmente, yo me uní al Salvador, ya que había comulgado sacramentalmente en la iglesia de Rot. Me sentía inquieta y solo pude unirme al Salvador al cabo de unos minutos. Le pregunté al Salvador qué era eso.

Salvador: «El espíritu impuro intenta colarse y ocupar mi lugar, pero cuando yo estoy allí, siente mi cercanía y se aleja. Cada alma debe prestar atención a quién está en su morada. Solo cuando la morada está limpia y libre, entro en ella».

Después estaba tan unida al Salvador que no quería separarme de él en absoluto, pero la gente esperaba que siguiera rezando con ellos, aunque el sacerdote, el párroco Dochart, estaba a mi lado. Le pregunté al Salvador si había hecho bien en interrumpir mi unión con él. El Salvador: «Cada uno es libre de hacer lo que quiera; nadie puede separarte de mí salvo tu propia voluntad».

Cuando ayer abrí los ojos, todos me miraron, porque probablemente estuve unida al Salvador más tiempo que los demás. Ay, si los demás supieran lo hermoso que es eso, también estarían unidos a él más tiempo. A continuación, recé con todo el grupo de oración la oración «Alma de Cristo, santifícame».

El Salvador me ha dicho hoy que soy una espina clavada para el espíritu impuro, pero aún no lo entiendo lo suficiente. Me quedo con una frase. Lc 21,36: «Velad y orad en todo momento, para que podáis escapar de todo lo que va a suceder y presentaros ante el Hijo del hombre».

A las 15:00 h recé en casa a la Virgen María para que me condujera al Salvador.

Le pregunté al Salvador por Claude de Luxemburgo, a quien, aunque todavía no conozco personalmente, ya he rezado mucho por él.

Salvador: «Él es el elegido. Debe ser sacerdote. Hay que rezar mucho por él». Yo dije: «Está tan afligido».

Salvador: «Todos los elegidos están expuestos a fuertes tentaciones». Le pregunté por qué.

Salvador: «Hija mía, Satanás quiere ser el vencedor». Yo: «¿Hay esperanza para Claude?».

Salvador: «Satanás será derrotado pronto».

Yo: «Entonces hay esperanza».

Salvador: «Sí, podéis tener esperanza».

Yo: «Sí, Salvador, pero ahora está trabajando».

Salvador: «No estará satisfecho con este trabajo».

Entonces le pregunté al Salvador por el nuevo estudiante de Landershofen, Andreas.

Fridolin me había recomendado que rezara por él.

Salvador: «Son tentaciones que él debe soportar». Yo:

«¿Por tu parte o por parte del espíritu impuro?».

Salvador: «Del espíritu impuro. Porque al espíritu impuro nada le gusta más que obligar a los sacerdotes a dar la comunión en la mano».

Le pregunté por qué.

Salvador: «Porque falta el respeto. Satanás conoce las debilidades de los hombres». Yo: «¿Puedo decírselo a Fridolin?».

Salvador: «Para eso te lo he dicho».

Yo: «Gracias, Señor y Dios mío, se lo diré».

Llamé enseguida a Fridolin y le conté todo. Él se lo anotó. Luego dijo: «Qué curioso. Ayer no me atreví a preguntarte si podías preguntarle al Salvador si Claude era el elegido.

Quería saberlo y tú se lo has preguntado al Salvador. Le dije que para mí eso era una confirmación de que había sido lo correcto.

29/01/92 — Miércoles

Recé en la cama. Tras una larga oración, le dije al Salvador que soy un gran pecador. Cuanto más me acerco al Salvador, más me siento un gran pecador. Lloré y al principio no me atrevía a preguntarle nada al Salvador. Pero luego le pregunté por mi hijo, si aún tenía una oportunidad de ser sacerdote.

Salvador: «Déjalo en mis manos».

Entonces pregunté si debía seguir adelante, si debía rechazar a los ministros de la comunión. El

Salvador: «Haz, hija mía, lo que te he dicho hasta ahora».

Pregunté si debía permanecer en silencio como la hermana

Faustina. Salvador: «No necesitas estar en silencio, el tiempo lo

exige». Yo: «No lo entiendo, que el tiempo lo exija».

Salvador: «Hija mía, tenemos muy poco tiempo.

Eso me volvió a quedar poco claro y pregunté si era algo así como cuando voy al trabajo y me esfuerzo por ir más rápido para no llegar tarde.

Salvador: «Y quiero teneros donde os necesito». Yo: «Pero el tiempo es eterno».

Salvador: «Para mí».

Yo: «Entonces tenemos un tiempo muy limitado.

Salvador: «Sí, hija mía».

Yo: «¿Quién puede salvarse entonces?» Salvador:

«Muy pocos. Todos saben lo que hacen».

Yo: «Pero tú dijiste en la cruz: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”.» Salvador: «Todos han tenido tiempo para darse cuenta de lo que hacen.»

Yo: «Tanta abominación y falta de respeto. Veo al mundo sumido en un gran pecado».

Salvador: «Y ya no puedo levantarlo».

Yo: «Señor, dices que tienes la eternidad para castigar».

Salvador: «Oh, hija mía, está repleta de atrocidades».

Me resultaba tan difícil que ya no podía seguir preguntando ni hablando con el Salvador. Primero tengo que asimilarlo.

Yo: «Oh, Señor, ¿debería ir a ver a un sacerdote?»

Salvador: «¿Puedes ir ahora?» Yo dije: «No».

El Salvador: «Déjalo en mis manos».

Estuve unos 30 minutos en comunión con el Salvador. Pero no pude escribir mucho, como me hubiera gustado. No es fácil, hay que estar siempre muy concentrado y mantener la calma para poder seguir escuchando al Salvador.

Esta mañana he rezado de las 6:40 a las 9:50.

A las 11:00 h fui a la iglesia de Rot. Justo delante del altar de la Virgen María encendí dos velas. Recé el rosario de la Misericordia por todo el mundo. El rosario doloroso ya lo había rezado en casa.

Por la tarde fui a dar un paseo por el bosque y, mientras tanto, recé varios rosarios por muchas intenciones. Hacía buen tiempo y brillaba el sol. Entonces me detuve, canté el Ave de Lourdes y, de repente, volvieron a aparecer muchos pájaros que silbaban y cantaban conmigo.

Fue muy bonito. Como de todos modos pasaba por el cementerio, fui a la tumba del P. Köstl y recé allí.

Por la noche asistí a la Santa Misa en la capilla de San Roque en Mingolsheim. Lloré durante el rosario antes de la Santa Misa, durante la Santa Misa y después. No pude contener las lágrimas, como si alguien llorara conmigo.

30/01/92 — Jueves

Recé durante aproximadamente una hora en la cama. Luego me uní al Salvador y volví a llorar. Por eso le pregunté al Salvador por lo de ayer, cuando lloré tanto en la capilla de San Roque.

Salvador: «Tu Jesús llora contigo por la situación del mundo». Se hizo el silencio y reinó una profunda paz. Le dije al Salvador:

«Me hablas muy poco».

Salvador: «Un Dios que ama habla poco».

Yo: «Pero no te oigo muy bien». Salvador:

«Pero lo has entendido». Yo: «Sí».

Ayer estaba arrodillado solo en el banco de la comunión y pregunté por las personas que reciben la Sagrada Comunión de pie.

Salvador: «Con el estar de pie y arrodillarse en la Sagrada Comunión, es como cada uno me honra». Yo: «Si los fieles están de pie, ¿te honran entonces?»

Salvador: «No. Eso es soberbia».

Yo: «Pero los sacerdotes, cuando se dan la Sagrada Comunión entre ellos, se ponen de pie.

Salvador: «Un sacerdote es un segundo Cristo, hay que rendirle honor. Un sacerdote que está en la gracia de Dios no obligará a nadie a ponerse de pie al recibir la Sagrada Comunión».

Salvador: «El espíritu impuro no puede obligar a nadie, solo si la persona le entrega su voluntad».

Salvador: «Dile a la gente que rece todos los días: “Señor, líbranos del temor a los hombres. Porque casi todos han caído en él”».

Yo: «¿Qué es lo importante que debo saber sobre el temor a los hombres?»

Salvador: «El temor a los hombres siempre es causado por Satanás».

Yo: «Pero si somos hijos de Dios, no hijos de Satanás».

Salvador: «Por eso hay que tener reverencia hacia Dios y no hacia Satanás».

Salvador: «¡Qué poco rezan las personas: “Señor, danos el don del discernimiento de los espíritus”».

Yo: «Entonces hay que pedirlo todo».

Salvador: «Sí, hija mía. El temor a los hombres es un gran mal que puede afectar a las personas».

Yo: «¿Puede el temor a los hombres llevar a las personas al infierno?» Salvador: «Sí.»

Yo: «¿Lo creerán los sacerdotes?»

Salvador: «Solo unos pocos».

Durante todo ese tiempo sentí una calidez y una paz, una tranquilidad especial en mi interior. Es una sensación muy hermosa y uno piensa que está separado de todo lo mundano. Te doy las gracias, Señor. En momentos así, mi fe es especialmente profunda. En estos momentos de unión no tengo ni una pizca de duda ni la sensación de que algo pueda ir mal en mí. «¿Por qué no puede ser siempre así? ¿Por qué siempre me asaltan estas tentaciones constantes?», le dije al Salvador.

Salvador: «De eso solo te liberarás en el cielo». Yo:

«¿Te refieres al paraíso?».

Salvador: «Sí, sí, lo has adivinado».

Yo: «Te amo, Señor mío y Dios mío, con todo mi corazón, con todo mi ser». Salvador: «Yo también te amo, hija mía, vete en paz».

De 9:00 a 11:00 recé muchas oraciones y el rosario del Espíritu Santo. Luego estuve unida al Salvador durante unos 30 minutos. Debo mencionar también que esta noche, entre

De las 2:00 a las 3:00 de la madrugada recé el Rosario Doloroso, el Rosario de las Llagas y la Letanía de la Preciosa Sangre.

Por la tarde, en el bosque, recé otros dos rosarios en latín y otras oraciones. Tras el primer rosario, los pájaros volvieron a cantar conmigo el Ave de Lourdes.

Llevo ya varios días rezando por el padre Lesch, a quien conocí en la capilla de San Roque. Una fuerza me impulsó a ir hacia él y a hablar con él. Cuando regresé del bosque, me acerqué a la estatua de la Virgen María y recé allí; luego fui a la cruz de Jesús y recé brevemente. Después me uní al Salvador. Estaba un poco impaciente y no presté mucha atención a mi alma.

Aunque también encontré silencio en mi interior, sucedió lo siguiente:

Le pregunté al Salvador si debía ir a ver al padre Lesch, si era la voluntad del Salvador y si el padre hablaría conmigo.

Entonces se oyó la voz: «¿Qué quieres del sacerdote?».

Dije vacilante: «Confesar y hablar de lo que me has contado estos últimos días».

La voz: «No hace falta que vayas a verlo. Quédate hoy en casa».

Al principio me sorprendió, lo medité y repetí para mis adentros las palabras («quédate hoy en casa»), y pensé: «¿Qué significa esto? El Salvador quiere que vaya a la iglesia hoy».

Me invadió la duda y me santigué. Entonces me uní de nuevo al Salvador. Entonces oí:

«¿Reconoces ahora mi voz?».

En mi interior me dije: «No del todo».

Entonces oí: «Ve a ver al sacerdote. Él hablará contigo».

Le dije al Salvador: «Tengo que estar atento a si el espíritu impuro me ha hablado, y entonces lo he anotado en el diario».

Salvador: «Hasta ahora todo está bien. Si no, ya te lo habría señalado».

Después fui tranquila a ver al padre Lesch. Hablé con él aproximadamente de las 17:30 a las 18:30.

Me dijo lo que tenía que saber y eso también me ayudó. El padre Lesch es del Sarre y es misionero en África; actualmente está de cura en Mingolsheim. Me escuchó con atención y me dijo que siguiera escuchando la voz y que lo anotara todo sin falta, porque el Salvador quiere repetir algunas cosas. Al final me confesé con él. Le dije que, aunque fueran pecados veniales, me pesaban y quería estar completamente limpia. Luego fui a la capilla, recé cuatro estaciones del Vía Crucis y después el rosario con los fieles: el padre Lesch celebró la Santa Misa. Fue muy bonito.

31/01/92 — Viernes

Recé más de una hora en la cama. Cuando terminé de rezar el rosario doloroso, comulgué espiritualmente. Le pregunté al Salvador: «¿Era ayer un demonio el que me habló primero?».

Salvador: «Sí».

Yo: «¿Y cuál fue?»

Salvador: «El demonio Lucifer. He permitido que seas tentado». Salvador: «Así engaña a casi todos los hombres».

Volví a pensar en el día de ayer y en la voz del demonio. No había dulzura en esa voz, como en la del Salvador, sino que era una voz autoritaria y aguda.

Entonces le dije al Salvador: «Pero si me dirigí a ti, ¿por qué puede él hablarme?»

Salvador: «Lo he permitido; de lo contrario, no podría hacerlo».

Hay que permanecer siempre alerta, pues, como ha dicho el Salvador, así engaña a casi todos los hombres.

Yo: «Ayer estuve hablando con el padre Lesch durante aproximadamente una hora. ¿Ha servido de algo?». El Salvador: «Sí, ha servido de algo, de mucho para él».

Ahora mismo tengo dolor en la mano derecha y en el pie derecho, en los lugares donde el Salvador fue traspasado por los clavos. Esto ya me ha pasado varias veces, a veces menos, a veces más. A veces podría gritar del dolor.

Le pregunté al Salvador qué significaba eso.

Salvador: «Es Satanás. Pero te quitaré el dolor intenso».

Cuando, ante este dolor, rezo «Ofrezco este dolor por la salvación de muchas almas» o «Que muchas almas se conviertan», el dolor a menudo desaparece. Lo mismo ocurre con mis dolores de cabeza: cuando rezo y uno mis dolores de cabeza con los sufrimientos de Jesús por la conversión de los pecadores, los dolores de cabeza desaparecen. Desde mi bautismo, hace ocho años, no he vuelto a necesitar pastillas. En su lugar, ahora utilizo mucha agua bendita bien bendecida, sal bendita para cocinar y velas benditas. Bien bendecida significa: bendecida según el rito antiguo en latín para la salvación del cuerpo y del alma.

En el rito antiguo también se reza el exorcismo sobre los objetos consagrados. Esta oración es especialmente importante en nuestros días. Además, al agua bendita se le añade sal consagrada, algo que los sacerdotes modernos ya no hacen.

El padre Gebhard Heyder consagra como es debido. Se toma el tiempo necesario para la consagración. Doy gracias a Dios por haber podido presenciarlo.

Tras una hora de oración, me uní al Salvador y le pregunté qué almas se encontraban en el fango. Porque me había venido a la mente que el Salvador me había dicho antes que rezara por aquellos que están en el fango. Ya le había preguntado a cinco sacerdotes qué significaba eso, y cada uno me dijo algo diferente.

Salvador: «Escríbelo. Las almas que comulgan indignamente están en el fango». (El fango es el pecado.)

Salvador: «El fango me repugna».

Yo: «¿Qué almas comulgan indignamente?» Salvador:

«¡Las que desprecian la gloria de Dios!»

Salvador: «Están en el fango aquellos que solo acuden a la devoción penitencial una o dos veces al año y no se confiesan. Todos los sacerdotes que (solo) reparten la comunión en la mano están en el fango. Los fieles reciben la Santísima Hostia en la mano; son cómplices, porque no tienen reverencia hacia Dios».

Yo: «Entonces el padre Gebhard Heyder tenía razón, él me dijo que están en el fango aquellos que comulgan indignamente; los otros sacerdotes han dicho otra cosa. Mi párroco local, el señor Vogt, no creyó lo que dijo el padre Gebhard Heyder». Salvador: «¿Me han creído?».

Tengo que escribir: es interesante que los otros cuatro sacerdotes a los que también pregunté administran la comunión en la mano, además de la comunión en la boca.

El padre Gebhard Heyder nunca ha dado la Sagrada Comunión en la mano, es decir, solo ha repartido la comunión en la boca, como debe ser. Conozco a más sacerdotes que solo reparten la comunión en la boca. Gracias a Dios que todavía existen estos sacerdotes que no reparten la comunión en la mano.

Salvador: «Reza para que se elimine este fango de la Iglesia». Yo: «Ay, Salvador, ¡qué pocos reciben la comunión en la boca!

Salvador: «Y qué pocos están en el camino estrecho que conduce a mí.

El camino ancho está abarrotado. En este momento hay más pecadores dentro de la Iglesia que fuera». Señor mío y Dios mío, ya no puedo seguir escribiendo.

Me resulta demasiado pesado y me parece como si este pecado pesara sobre mí. Lloro, me resulta amargamente difícil.

Yo: «¿Quién me creará?»

Salvador: «No te preocupes por quién te creará. Ese es mi problema».

Yo: «Gracias, Señor y Dios mío, haré lo que me has dicho y todo lo que esté en mi mano».

Después recé por todos los que reciben la comunión en la mano, para que Dios les perdone y les conceda un profundo arrepentimiento y despierte en ellos el temor de Dios. Recé por las personas, para que todos reciban la luz y comprendan que eso es una ofensa a Dios.

Después de eso, recibí muchas gracias. Sentí una calidez en mi corazón, una paz profunda, y la carga que tenía antes había desaparecido.

Yo: «Te doy las gracias, Señor mío y Dios mío. Tú das y tú quitas». Luego recé un poco más con fervor,

y el Salvador dijo: «Vete en paz».

Con gran alegría, me pasé otra hora leyendo un buen libro.

11:50 h: Fui al médico. Mientras estaba sentada en la sala de espera, oí una voz interior que me decía: «Reza». Primero percibí el espíritu impuro en una mujer, y luego en otros dos hombres. Sufrí ataques internos y recé por ellos. Luego me dio un dolor de cabeza que se fue intensificando. La asistente del médico se había olvidado de mí y había atendido primero a otros pacientes. Ofrecí esa paciencia por los sacerdotes que reparten rápidamente la Sagrada Comunión. Pasaron unos 45 minutos y entonces vino la asistente del médico y se disculpó por haberse olvidado de mí.

Le dije: «No, no se ha olvidado de mí, fue la voluntad de Dios. Porque he rezado por los pacientes, que tenían demonios dentro».

Cuando estaba sentada con el médico, empezamos a hablar de Dios. Mi dolor de cabeza se intensificó y pensé que mi cabeza iba a estallar en cualquier momento. Le dije al médico que eran sufrimientos expiatorios y que los ofrecía por la conversión de los pecadores y la salvación de las almas.

El médico dijo que él no haría algo así. Me tomó la tensión arterial y dijo: «No me atrevo a decirlo».

Le pregunté: «¿Cuánto?».

Mi presión arterial era de 180/90.

Tenía la cara toda roja y un dolor de cabeza muy fuerte.

El médico me recetó algo para la hipertensión. Me fui a casa y me acosté.

En casa, los dolores se hicieron aún más fuertes. Con ese dolor de cabeza recé el Vía Crucis y, después, la devoción de las últimas siete palabras de Jesús.

A las 15:00 h, los dolores desaparecieron. Sin embargo, no había tomado ningún medicamento.

Después me sentí bastante débil, y a las 15:30 h me levanté de nuevo, como si nada hubiera pasado. Los dolores habían desaparecido por completo.

Por la tarde asistí a la Santa Misa en Rot. Tras la Santa Comunión, le pregunté al Salvador: «Por favor, Salvador, dime: ¿fueron esos sufrimientos que me has dado hoy al mediodía, entre las 12:00 y las 15:00 horas, un sufrimiento expiatorio que tú me has dado?» Salvador: «Sí».

Le dije, con tono interrogativo, que no era la primera vez. Salvador: «No. ¿Quieres volver a tenerlos?»

Yo: «Sí, si con ello se pueden salvar las almas. Pero, Salvador, tú sabes cuánto puedo soportar.»

01/02/92 — Sábado

7:15 h en la Santa Misa en Waghäusel.

Por la tarde me uní al Salvador y le pregunté por la «Luz Eterna», porque se había apagado en Rot, en la iglesia. Estaba en Rot, en la iglesia, y no podía soportar que la Luz Eterna se hubiera apagado. Esto me causaba tormentos internos y no podía rezar. Le pregunté al Salvador si era correcto llamar a alguien para que la encendiera.

Salvador: «Lo has hecho muy bien».

Le pregunté al Salvador si debía ir a ver al señor párroco Vogt para hablar con él sobre los deseos de Jesús.

Salvador: «Espera un poco más».

Yo: «Eso significa que debo rezar por él».

Salvador: «Así es».

17:10 h: Llegué a casa y enseguida recé por el señor pastor Vogt durante unos 30 minutos.

Inmediatamente después, sufrí ataques contra mi alma. Entonces seguí rezando sin interrupción durante otra hora. Mi marido estaba a mi lado, pero se sentía insatisfecho, inquieto y enfadado por dentro. Todo le molestaba.

Sabía que los espíritus impuros habían vuelto y recé aún más.

Después vino una visita. Esa persona ni siquiera sabía si estaba bautizada, ya que su padre formaba parte de la alta jerarquía militar del ejército comunista serbio.

Me resultaba muy difícil, a menudo me humillaba a mí misma e intentaba ayudarle con sus problemas. En mi interior pensaba que todo el ejército serbio se había cebado conmigo. En aquella época tampoco podía hablar con mi marido, así que seguí rezando hasta que el ejército de espíritus impuros se marchó y el ambiente mejoró.

02/02/92 - Domingo — La Candelaria

Recé durante aproximadamente una hora. Le conté al Salvador que me había dado cuenta de que, cuando rezo por los sacerdotes, me atacan especialmente.

Salvador: «Tener un buen sacerdote requiere mucha fuerza para luchar contra el diablo. Has rezado mucho por tu sacerdote. No olvides que un buen sacerdote es un segundo Jesús. Y por un segundo Jesús hay que rezar mucho».

Yo: «Siento que los espíritus impuros también se apoderan de mi marido para tentarme.»

Salvador: «Él debe rezar más».

Yo: «Pero ayer esa lucha con mi marido duró unas tres horas seguidas. Salvador: «Satanás está furioso porque le quitas muchas almas».

Yo: «No tengo miedo de luchar contra él». Salvador: «Yo te he quitado ese miedo».

Yo: «No voy a dejar de luchar porque te amo, pues todas las almas te pertenecen». Salvador: «Así es. Pero Satanás también las quiere».

Yo: «¿Entonces la lucha será constante?»

Salvador: «Sí, hasta que se haya pagado hasta el último centavo». Yo: «No entiendo nada de esto».

Salvador: «Hasta que se haya expiado el último pecado».

Yo: «Ay, Salvador, ¿ya no debo escribir nada más?»

Salvador: «Sí, escribe, la gente debe rezar mucho, sin cesar. El pecado prevalece sobre el bien. La gente se encuentra sumida en un gran fango. El fango amenaza con asfixiar a la humanidad».

Ya no puedo seguir escribiendo, porque me cuesta mucho poner todo esto por escrito.

Te doy gracias, Señor y Dios mío, te amo y te amo también por aquellos que no te aman. Quiero adorarte y alabarte siempre por aquellos que no lo hacen.

Señor mío, pongo en tus manos, a través del Inmaculado Corazón de María, todo lo que me sobreviene.

03/02/92 - Lunes

Le pregunté al Salvador si estaba escribiendo mi diario correctamente.

Salvador: «Ten la certeza de que lo que has escrito es correcto. El espíritu impuro siempre intentará alejarte de la verdad».

Yo: «Concede también misericordia a

los demás». Salvador: «Si la aceptan».

(Pensé en mi marido y en las personas que sufren aflicciones). Yo: «¿Qué es lo que no te gusta de nuestro grupo de oración?»

Salvador: «Falta humildad, todavía hay mucho orgullo». Yo: «¿Y se lo digo?».

Salvador: «Tienes que decírselo. No deben cerrar sus corazones, de lo contrario no podré darles la gracia».

Yo: «¿A qué se debe eso?»

Salvador: «Hay que rezar con devoción. La oración debe salir del corazón y no solo de la boca».

Yo: «¿Qué nos puedes decir sobre la confesión?»

Salvador: «Debe haber más arrepentimiento. La mayoría de las veces falta la intención.

Manteneos fieles a mí. Salvador: «Orad más que hasta ahora».

Yo: «Salvador, seguro que habrá algunos que no crean lo que les he dicho». Salvador: «Tú lo has dicho, eso basta».

Yo: «¿Cómo debo entender eso de que basta?»

Salvador: «El que tenga oídos, que oiga».

Seguí rezando con fervor, especialmente por mi grupo de oración, para que se recuperaran. En total, recé durante aproximadamente una hora y media.

Por la tarde asistí a la Santa Misa en Rot.

Después, a las 20:00 h, tuvimos reunión de nuestro grupo de oración y les conté lo que había dicho el Salvador. Esa noche se rezó de forma mucho más hermosa y devota de lo habitual.

Después de la reunión del grupo de oración, se lo conté también al párroco Dochart. Sin embargo, él no hizo ningún comentario al respecto.

04/02/92 — Martes

A primera hora de la mañana estuve absorto en la oración durante unas dos horas. Ayer por la noche, en el grupo de oración, comulgué espiritualmente; antes había asistido a la Santa Misa en Rot y comulgué sacramentalmente. Le pregunté al Salvador si ayer por la noche, cuando comulgué espiritualmente, no estaba conmigo.

Salvador: «Estaba contigo».

Yo: «¿Por qué latía así mi corazón? Señor, tú no me hablas». El Salvador:

«Tu Señor habla cuando quiere».

El Salvador guardó silencio.

Lloré y dije: «¿Cómo puede existir la nada sin Dios?».

A pesar de todo, me encuentro en una calma y en una paz. No estoy solo, el Señor está conmigo, pero guarda silencio. Normalmente no puedo imaginarme que Dios duerma.

Entonces sentí una paz especialmente agradable. Me sentí libre de todo y podría quedarme así durante horas, porque creo que estás conmigo, Señor.

El Señor me ha quitado las dudas que tenía. Ya no quedaba nada. Te doy gracias, Señor mío y Dios mío, sentí como si mi alma se hubiera curado de los dolores de ayer, pues sufría por el barro en la iglesia. Me sentí como un niño pequeño que el padre sostiene en sus brazos y que descansa sobre su pecho. El niño es amado por el padre y a él le basta ese amor, y sigue descansando en sus brazos.

¡Qué rápido llega el mal! Un poco más tarde oí una voz:

«¿Estás ahora unida?»

Dije «Sí», pero creo que esa no es la voz de mi Señor, la voz de mi Señor suena diferente. Tampoco oí la voz realmente desde lo más profundo de mi corazón, como de costumbre. Quizás era de nuevo el charlatán, el espíritu impuro, el que estaba actuando, el que solo quiere confundirme.

Así que volví a rezar para ahuyentarlo, de lo contrario no me libraré de él.

Porque solo quiere sumirme en la inquietud, la confusión y la duda; no es más que el espíritu impuro. Por la tarde, en la iglesia de Rot, rezando el rosario y asistiendo a la Santa Misa.

05/02/92 — Miércoles

Me había molestado porque un sacerdote, durante la confesión, me miraba fijamente a los ojos. Era repugnante mirarle a los ojos. Nunca había experimentado algo así con el padre Gebhard Heyder. Le pregunté al Salvador sobre ello.

Salvador: «Era un espíritu impuro que intenta destruir tu fe firme». Yo: «¿Sabe el sacerdote lo que hace con los ojos?»

Salvador: «Sí, lo sabe. Son tentaciones que tu alma percibe y contra las que se defiende». Ya he experimentado esa mirada fija tres veces.

Yo: «¿Por qué lo hace?»

Salvador: «Porque le falta la fe sobrenatural. Muy pocos sacerdotes tienen esa fe sobrenatural». Este sacerdote no se cree lo de la excomunión. Mi marido tampoco. Yo: «¿Qué les digo si no se lo creen?»

Salvador: «Lo mejor es callar».

Yo: «¿Qué consigo con callarme?» Salvador:

«Humildad».

Hablé íntimamente con el Salvador durante un buen rato más. Luego le dije al

Salvador: «Detesto lo mundano».

Salvador: «Anótalo».

Yo: «Qué poco tiempo tenemos para prepararnos para la vida celestial. Qué contento estoy de haber echado la televisión de casa. Señor mío y Dios mío, no puedo agradecerte lo suficiente por ello.»

07/02/92 - Viernes

Ese día estuve en casa. De 7:00 a 8:30 rezai. Le pregunté al Salvador si volvería a sufrir dolores expiatorios».

Salvador: «Volverás a tener sufrimientos expiatorios».

Yo: «Los ofreceré para que el señor párroco rece el rosario con los fieles antes de la Santa Misa, tal y como lo desea el Salvador. Y para que el señor párroco solo distribuya la comunión en la boca, y para que los laicos ya no distribuyan la Sagrada Comunión».

Además, ofrezco estos sufrimientos para que el sacerdote se libere del temor a los hombres, y te pido, querido Salvador, que le concedas la humildad.

Salvador: «Escribe, hija mía. Expía por todos los que me ofenden en tu lugar y que reciben la Sagrada Comunión sin reverencia».

Yo: «Te lo pido, Señor mío y Dios mío, concédeme muchas gracias para que pueda soportar los sufrimientos que me das. Aceptaré estos sufrimientos, también por mi gran amor hacia ti, Señor mío y Dios mío, y por la salvación de las almas que se encuentran en el camino ancho.

Mi Señor y mi Dios, pero hágase tu voluntad. Salvador:

«Haz, hija mía, tal como has escrito».

Yo: «Te doy las gracias de antemano, Señor y Dios mío, por los sufrimientos que me vas a enviar. Estoy dispuesto a sufrir contigo, pues tú sabes mejor que nadie lo que puedo soportar.

Le dije al Salvador que quería seguir permaneciendo en su corazón y le pedí sin cesar durante unos minutos: «Mi Salvador, perdón, gracia y misericordia para mí y para todo el mundo».

Por mí misma no puedo hacer nada, pero contigo todo me es posible. Hasta las 10:40 volví a leer un buen libro.

08/02/92 — Sábado

Asistí a la Santa Misa en Waghäusel. No me gustó nada cómo celebró la misa el padre Werner Egon; ni siquiera rezó las intercesiones.

De las 16:20 a las 17:50 he rezado sin interrupción, de rodillas, cuatro rosarios y otras oraciones, solo por el padre Vogt.

Ofrendé con gusto ese tiempo por él, pues también he recibido la gracia para ello. Basta con que Dios vea cuánto rezo por el padre Vogt. Sé que no lo amaré como amo a Cristo, pero eso es lo que deseo, pues él es el segundo Cristo, y soy consciente de que tiene una gran responsabilidad por las almas que Dios le confía. Por eso digo que nunca se reza lo suficiente por los sacerdotes, pues un sacerdote que vive en la gracia de Dios puede advertir a muchas almas del abismo del infierno y conducir las almas al paraíso.

09/02/92 - Domingo

De 6:30 a 8:00 h: He rezado durante aproximadamente una hora y he estado unida al Salvador durante unos 30 minutos.

Salvador: «En este momento, Satanás gobierna los corazones». Yo: «Pero tú eres el Rey de todos los corazones».

Salvador: «Casi todos me cierran el corazón». Yo:

«¿Lo he escrito bien?». Salvador: «Lo has escrito para mí».

Yo: «Salvador, ¿por qué cierran sus corazones?»

Salvador: «Por orgullo, por falta de amor hacia mí, por odio, y porque no quieren apartarse del camino ancho».

Yo: «Salvador, cuando lloraba hace un rato, al decir “Avertere, avertere”, lo que tú dijiste tú, Don Bosco, y que significa cambiar de vida, las lágrimas brotaban de mis ojos como perlas y a gran velocidad. Fue algo totalmente sobrenatural y me invadió el temor reverencial. Salvador: «Sí, también eran mis lágrimas».

Yo: «Necesito un buen director espiritual. Sí, te tengo a ti, pero también necesito un sacerdote».

Salvador: «Todavía no puedes ir a ver al párroco Vogt. Espera a que llegue el momento adecuado».

Yo: Salvador, ayer recé cuatro rosarios por él (el párroco Vogt), ¿tuvo eso algún efecto?

Salvador: «Sí, ha surtido efecto en él».

Yo: «Salvador, el párroco Vogt cree que hablo de mí misma». Salvador:

«Así pensáis todos, pero sin mí no podéis hacer nada».

Salvador: «Cuánta humildad necesitáis aún para reconocer vuestra culpa. Reza, hija mía, reza mucho».

Asistí a la Misa del Sagrado Corazón en Rot.

Desde las 13:00 recé el rosario por el párroco Vogt. Me sentí feliz al ver que rezaba la devoción al Sagrado Corazón de Jesús de rodillas ante el Santísimo. Recé para que sea un ejemplo para todos los sacerdotes de las localidades vecinas. Deseo sacerdotes en los que solo vea a Jesús, y hay que pedir a Dios que nos envíe sacerdotes así. Porque nuestro Dios tiene gracias en abundancia, si se las pedimos. Creo que el párroco Vogt es un sacerdote querido, si cumple la voluntad de Dios.

Llegarán días en los que él me comprenda mejor que ahora. Nunca dejaré de rezar por él.

14:30 h. Ha llamado un tal señor Pavar desde Suiza. Llama de vez en cuando. Nos fortalecemos en la fe. Lo conocí en Jerusalén. Era el único del grupo de peregrinos que me escuchaba. Los otros croatas y los sacerdotes se reían de mí, se burlaban de mí; me sentía sola, como si todos me hubieran abandonado.

Mientras subíamos corriendo desde Jerusalén hasta Masada, recé varios rosarios por el grupo de peregrinos y por los sacerdotes. A todos les dio dolor de cabeza y yo me sentí tan ligera que habría podido volver a subir la montaña. Gracias a ello, recibí muchas gracias. El señor Pavar, de Suiza, fue el único del grupo que creyó en mi conversión en Medjugorje.

17:00 - 18:00 h. Primero leí un libro de la hermana Faustina. Al cabo de una hora sentí un profundo anhelo de unirme al Salvador. Recé con fervor al Señor. Pero también surgieron tentaciones. Lloré amargamente y pensé que había hecho algo mal. Sin embargo, después sentí paz. Le pedí al Salvador que me dijera algo más sobre la comunión en la boca y le prometí que le creería.

Salvador: «Quiero la comunión en la boca, de rodillas y con reverencia, a través de las manos consagradas del sacerdote».

Entonces pregunté por los monaguillos; pensaba que, por servir en la misa, tenían privilegios ante Dios.

Salvador: «Esto también se aplica a los monaguillos».

Yo: «¿Eso quiere decir que el párroco Vogt no lo está haciendo bien?» El Salvador: «Sí».

Yo: «¿Se lo digo, Salvador?»

Salvador: «Eso es lo que he estado esperando todo este tiempo».

Yo: «Y si se lo digo, ¿escuchará lo que dicen y hacen los demás sacerdotes?» Salvador: «No lo hará como lo hacen los demás sacerdotes, pero los obispos se lo exigen».

Salvador: «El obispo supremo es el Santo Padre, a él debe escuchar».

Yo: «Oh, Salvador, haré todo lo posible para que no seas ofendido ni deshonrado.

Dame la gracia y dime cualquier palabra, yo escucho».

Salvador: «Sigue así, hija mía».

Hacia las 19:00 horas llamó María, de Augsburgo. Le dije que volviera con su y cumplir la voluntad de Dios. En una ocasión se publicó un artículo mío en la revista «Frau im Spiegel». María, de Augsburgo, lo leyó, me escribió y vino a visitarme. Se convirtió en una cristiana ferviente. En aquel entonces, tras la Sagrada Comunión, el Salvador me había dicho que ella debía volver con su marido. Hasta hoy no lo ha hecho.

Hoy, después de la Sagrada Comunión, le pregunté al Salvador si el pacifismo era correcto, pues Fridolin había llamado y me había contado que Josef era pacifista y que él no sabía muy bien si eso era correcto. Salvador: «Hija mía, el pacifismo es correcto; pero todo el mundo tiene derecho a defenderse».

No lo he entendido bien, porque no sé exactamente qué significa «pacifismo».

10/02/92 - Lunes

10:00 en la sala de médicos:

Salvador: «Pregúntame qué puedes soportar». Yo:

«Soy tan incapaz...».

Salvador: «Me tienes a mí, solo tienes que regalarme a los demás. Cada palabra mía es mi vida, y en aquellos a quienes les das la palabra, en ellos vive.

Yo: «Oh, Dios mío, qué importante es entonces hablar de ti. Ahora comprendo mejor cuando rezo el Ángelus: La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros.

Es de nuevo algo incomprendible para un ser humano.

«Ahora entiendo lo que quieres decir cuando me dices que solo pregunte lo que pueda soportar. He hablado con dos pacientes sobre la fe y les he dicho que vayan a confesarse. Le pregunté al Salvador si había hecho bien.

Salvador: «Hiciste bien, sigue así». Salvador:

«Ámame mucho, hija mía».

Yo: «Pero solo puedo amarte con tu amor, ¿cómo debo entender eso?» Salvador:

«Ama a los demás como si me amaras a mí».

Yo: «Entonces tú quieres ser amado en las otras almas. Te pido, Salvador, la gracia de amar a los demás como te amo a ti».

Le dije al Salvador que me dolía que los demás lo rechazaran.

Salvador: «Ese dolor que sientes es mi dolor. Da más amor a los pacientes».

12:45 h en la capilla de la clínica: Durante la unión con el Salvador, le pregunté si los protestantes también deben confesarse.

Salvador: «Sí».

Yo: «Pero ellos no aman al Santo Padre».

Salvador: «Entonces no me aman a mí».

Lo pregunté porque muchos ya me han respondido, cuando les dije que debían ir a confesarse, que eran protestantes y que, por lo tanto, no tenían que ir a confesarse.

Por la tarde, en la Santa Misa en Rot.

20:00 h — Grupo de oración. Había tanta gente que algunos se marcharon. Durante media hora conté lo que el Salvador me dice. No me había preparado. Pero cuando el Espíritu Santo te da las palabras, hay que decirlas. Una mujer del grupo de oración me hizo una pregunta; dijo que el Santo Padre también da la Sagrada Comunión en las manos.

Le respondí: «El Santo Padre se vio obligado a hacerlo porque las personas tienen libre albedrío y los obispos lo han autorizado, y porque los masones también están en el Vaticano».

11/02/02 — Martes

Le pregunté al Salvador si era correcto lo que le había respondido ayer a la mujer, sobre la comunión en la mano y el Santo Padre.

Salvador: «Has respondido correctamente».

12:20 h en la capilla de la iglesia. Salvador:

«Solo tienes que escucharme».

Yo: «Mi marido me dijo que ayer hablé demasiado en el grupo de oración». El Salvador:

«¿Alguien puede callarme cuando hablo?».

A las 10:40 le había preguntado al Salvador si había entendido bien lo del pacifismo.

Salvador: «Escribe, hija mía, el pacifismo es correcto. Todo el mundo tiene derecho a defenderse».

Yo: «¿Puedes decir algo más al respecto?».

Salvador: «Tenéis la Biblia».

Yo: «Salvador, ¿tú también preguntarías si estuvieras en mi

lugar?» Salvador: «Puedes preguntarme, es así, hija mía».

12/02/92 - Miércoles

Asistí a la Santa Misa en la capilla de San Roque. Como siempre, recé el rosario antes de la Santa Misa. También recé por el sacerdote que iba a celebrar la Santa Misa.

Era la segunda vez que veía a este padre. No me había gustado cómo celebró la Santa Misa la primera vez y hoy, en la segunda, ha realizado la transubstanciación muy rápido y, al final de la Santa Misa, se inclinó ante el altar y no ante el sagrario. Le pregunté al Salvador: «¿Qué es lo correcto ahora?»

Salvador: «Hacia el sagrario».

Yo: «¿Debo decírselo, Salvador?»

Salvador: «Si tú quieres».

Primero recé por el padre y luego fui a verle. Cuando llamé a la puerta para preguntarle si podía hablar con él. Durante nuestra conversación, después de que le dijera lo que estaba mal, enseguida empezó a defenderse y dijo que era profesor.

Le dije que entonces lo tenía todo claro.

Primero le dije que había rezado la Consagración muy deprisa, y él me respondió que los demás también lo hacían así. Entonces le contesté que había que obedecer más al Salvador que a los hombres. Le expliqué que quería ayudarlo y que, después de la Santa Misa, le había preguntado al Salvador por qué se inclinaba hacia el altar para despedirse y no hacia el sagrario.

A continuación, el padre criticó un poco el pasado. Estaba bastante inquieto y orgulloso. Le dije que el Salvador era el mismo entonces y ahora.

El padre me prometió celebrar la Santa Misa más despacio. Luego pedí la bendición y me fui. Tampoco esta vez estaba sola. Sé que el Salvador estaba conmigo.

Cuando llegué a casa, enseguida cogí el auricular del teléfono; era Fridolin. Me contó que el joven estudiante Andreas ya no recibía la comunión en la boca porque su subregente le había dicho que quedaría mejor para él si recibía la comunión en la mano.

El **28 de enero de 1992**, el Salvador ya le había dicho algo a Andreas.

Andreas le había mentado a Fridolin. Buscó una excusa y dijo que tenía los labios abiertos y que por eso no podía comunicarse con la boca.

Pero no dijo la verdad, que se lo había dicho el subregente.

Hacia las 13:30 h, en la capilla de la clínica, le pregunté al Salvador por la sala de oración. Salvador: «Ya puedes empezar. Ha llegado el momento».

Yo: «Pero aún no tengo suficiente dinero».

Salvador: «Déjame eso a mí».

13/02/92 — Jueves

Le pregunté al Salvador si nuestra conversación tendría algún efecto en el padre que había celebrado la Sagrada Transubstanciación tan deprisa».

Salvador: «La Palabra vive en él».

Entonces pregunté por Andreas, el compañero de estudios de Fridolin, por qué el Salvador había permitido que Andreas recibiera ahora la comunión en la mano.

Salvador: «Tiene libre albedrío y esa voluntad está enferma».

Yo: «No puedo imaginar que algunos profesores hagan algo así y animen a los estudiantes de teología a comulgar en la mano».

Salvador: «Esos son los escribas y fariseos que me crucificaron. Por Andreas hay que ayunar el miércoles —eso es una traición—».

Yo: «¿Qué hay que hacer cuando la voluntad está enferma?». El Salvador: «Ayunar y rezar el salterio».

14/02/92 — Viernes

10:30 en la sala de médicos: Volví a preguntar si debía seguir escribiendo. Salvador: «Sí, hija mía, escribe tu diario, es importante».

Yo: «¿Me hablaste ayer?» Salvador: «Sí, hija mía.»

Yo: «Señor, ¿cuál es tu voluntad? Hazme saber ahora qué debo hacer, pues tú eres mi guía espiritual, pero, Señor, solo si sigue siendo tu voluntad».

Salvador: «Reza mucho, hija mía. Las oraciones son muy necesarias».

15/02/92 Sábado

El padre Aemilian celebró la misa de la Misa Tradicional de forma maravillosa. Fue una devoción mariana. Volví a ver cómo el padre permanecía de pie en la oscuridad, pero tras la consagración, vi algo luminoso alrededor de su cabeza. Era la primera vez que lo veía, y luego volvió a desaparecer. He rezado mucho por el señor párroco Vogt, un salterio entero.

Hoy he comprendido una cosa: si se quiere un buen sacerdote, hay que pedirselo a Dios. Este sacerdote me cae muy bien, aunque sé que no hace todo lo que el Salvador quiere. Pero tengo la esperanza de que algún día sea un sacerdote ejemplar.

Salí feliz del confesionario, mis oraciones fueron escuchadas.

Te doy gracias, Señor y Dios mío, por esta gracia que has concedido al sacerdote y a mí.

16/02/92 Domingo

Rezo dos horas en casa antes de la Santa Misa. Los domingos quiero prepararme especialmente para la Santa Misa. Antes de empezar a rezar, coloco una cruz y la estatua de la Virgen María sobre la mesa, y agua bendita para las almas de los difuntos. Luego rezo el Confiteor, el exorcismo y muchas otras oraciones, como las letanías y los rosarios. Al final, comulgo espiritualmente. Esa es también la preparación para la comunión sacramental. Así, la Santa Misa es más devota, y uno recibe más iluminación y sabe también lo que está mal, y reconoce mejor a los espíritus impuros, pues estos también están en la iglesia.

Como ayer me había confesado con el P. Vogt, le pregunté al Salvador: «¿Por qué no he hablado de la comunión en la mano?»

Salvador: «Aún no ha llegado el momento».

Yo: «¿Cree ahora el sacerdote que oigo tu voz?» Salvador: «Sí, lo cree, hija mía».

Yo: «¿Sigue teniendo tantas dudas, o ya no tantas?» Salvador: «Sigue rezando por él».

Yo: «Señor, pero ayer escribió en el boletín parroquial que cualquier bautizado puede celebrar la liturgia de la palabra y distribuir después la Sagrada Comunión cuando el párroco está ausente».

Salvador: «Si supiera que soy yo quien está en la Sagrada Hostia, no lo publicaría en el boletín parroquial. En su corazón aún hay muchas cosas que no tiene claras».

Yo: «Pero, Señor, él realiza la transubstanciación, ¡él sabe que tú estás presente en la Sagrada Hostia —la Eucaristía— de verdad, en esencia, de carne y hueso, de cuerpo y alma, de humanidad y divinidad!»

Salvador: «La fe es diferente en cada persona».

Yo: «¿A qué se debe que la fe sea diferente?»

Salvador: «Escribe, hija mía, depende del primer y del segundo mandamiento, del amor deficiente hacia mí y hacia el prójimo».

Yo: «Así pues, la fe depende del amor, y el amor hay que pedirlo y vivirlo. Es una gran gracia de Dios.»

Salvador: «El amor fluye hacia los corazones puros».

Yo: «Señor, ¿cómo debo entender lo de “fluye”?»

Salvador: «El amor es una fuente; acércate a la fuente y refresca tu alma». Yo: «¿Cómo es la fe de los profesores?»

Salvador: «Esa, hija mía, es la fe mundana, que no da frutos». Yo: «Pero, Salvador, ellos forman a los futuros sacerdotes».

Salvador: «Por eso debéis rezar por ellos».

Yo: «Salvador, ¿hay que pedirlo todo?» Salvador:
«Sí, hija mía».

Te doy gracias, Señor y Dios mío, por el amor y la gracia que me has concedido. Me apresuré a llegar antes a la iglesia. La Santa Misa comenzó a las 10:00 h.

Antes de la Santa Misa, recé la letanía al Espíritu Santo por todos los que se encontraban en ese momento en la iglesia. El párroco Vogt celebró muy bien la Santa Misa. El Evangelio trataba sobre el Sermón de la Montaña (Evangelio de Lucas). En la distribución de la Sagrada Comunión, nuestro párroco contó con la ayuda de dos laicos y un estudiante de teología, el señor Artur Wagner.

Antes recibía la Sagrada Comunión de él. Ahora pensé que el Señor me había dicho que la Iglesia está en el fango. ¿Cómo podría entonces recibir la Sagrada Comunión del Sr. Wagner, cuyas manos aún no están consagradas como las de un sacerdote?

Recé al Salvador: «Señor, si es tu voluntad que reciba la Sagrada Comunión de manos del diácono H. Wagner, entonces sí. Pero solo si es tu voluntad».

Si no es así, no dejes que se acerque a mí. Pongo toda mi confianza en tus manos. El señor Wagner repartió la Sagrada Comunión a mi lado. Pero no se acercó a mí y sentí claramente que era la voluntad de Dios que no me diera la Sagrada Comunión. Fui la última en recibir la Sagrada Comunión, de manos del párroco Vogt.

Después de la Sagrada Comunión le dije al Salvador que, si Él lo deseaba, hablaría con el señor Wagner, pero también le dije que el Salvador debía darle la iluminación para que supiera que no debe repartir la Sagrada Comunión.

Le pregunté al Salvador si debía escribirlo. El Salvador dijo: «Escríbelo».

Después recé durante un cuarto de hora más.

Cuando salí de la iglesia, me esperaba fuera un niño, Christian Fellhauer, un querido hijo de Dios. Después de su Primera Comunión, se acercó a mí y me preguntó qué debía hacer para poder recibir también la Sagrada Comunión en la boca.

Le dije que rezara cada día una decena del rosario a la Santísima Virgen por este motivo. El domingo siguiente, una semana después, vino a mí muy feliz y me contó lleno de alegría: «Julijana, he recibido la comunión en la boca».

Desde entonces me saluda a menudo después de la Santa Misa, como hoy. Le di la bendición con agua bendita, que siempre llevo conmigo, y él me preguntó si el agua estaba bien bendecida. Le dije que sí y le conté que esa agua la había bendecido el padre Gebhard Heyder, de Ratisbona.

Señor mío y Dios mío, si hay algo que no está bien, dímelo para que lo tache. Te lo he dado todo y todo es tuyo.

Salvador: «Entonces todo está bien, incluso lo que has escrito».

17/02/92 - Lunes

10:00 h, consulta del médico: Le pregunté al Salvador, en relación con los diáconos, si pueden distribuir la Sagrada Comunión.

Salvador: «Hija mía, un diácono no puede distribuir la Sagrada Comunión, porque le falta la ordenación plena».

Yo: «Pero la Iglesia lo ha permitido».

Salvador: «Eso es una herejía. Un diácono no es un sacerdote. Solo un sacerdote puede distribuir la Sagrada Comunión».

Antes he rezado para que Dios me dijera por qué H. Wagner no debía darme la Sagrada Comunión. Le prometí al Salvador que creería lo que Él quisiera decirme. Que el Salvador me conceda a cambio una fe firme y revista mi humanidad con la divinidad. Aunque para otros no esté claro que los diáconos no pueden hacerlo, lo he escrito tal y como lo dijo el Salvador. Amén.

12:15 h en la capilla del lugar de trabajo: Hoy he rezado más tiempo de lo habitual en la capilla. He llorado por la herejía que es tan fuerte en la Iglesia católica.

También me preocupaba una mujer de nuestro grupo de oración que, en confianza, me contó una vez que le había dicho al párroco —que escuchaba las confesiones en el grupo de oración— que tenía dificultades para rezar el rosario. El párroco le había respondido preguntándole por qué, entonces, rezaba el rosario.

Le pregunté al Salvador qué tipo de espíritu era el que decía algo así.

Salvador: «Era un espíritu impuro».

Después recé: «Salvador, protege a mi grupo de oración de las herejías y no dejes que entre ningún lobo con piel de cordero».

Más tarde, en el trabajo, mi compañera Verónica y yo rezamos el rosario. Solo podemos hacerlo cuando aún no hay pacientes.

Doy gracias a Dios por esta gracia, porque los demás suelen salir a fumar un cigarrillo.

13:50 h: le he hecho una radiografía a un paciente muy obeso. Cuando vio la cruz que llevo colgada de una cadena en el pecho y las diferentes medallas que cuelgan de ella, me preguntó qué era eso tan bonito que tenía.

Se lo dije y se lo mostré: «Es la cruz con las 14 estaciones. Todas ellas debemos recorrerlas. Con 13 no llegamos al cielo, solo con las 14».

(En el reverso de la cruz están representadas las 14 estaciones del Vía Crucis).

El paciente me preguntó con curiosidad si la cruz era de oro.

Le dije: «No me gusta el oro ni la plata. Eso lo tengo allá arriba, en el cielo».

Él respondió: «Cuando estén allá arriba, envíenme algo desde allí».

Le dije: «Si se reconcilia con Dios y se confiesa bien, también podrá disfrutar de ello usted mismo».

Él se rió y luego se marchó.

18/02/92 Martes

10:00 h. Reunión de médicos: Como siempre, recé. Durante la unión espiritual, le pregunté al Salvador por qué había sufrido tormentos hasta las 2:30 h. de la madrugada, después de haber rezado tanto la noche anterior.

Salvador: «Los que te han atormentado esta noche eran demonios de Lucifer. Lo he permitido para que sepas que le estás quitando muchas almas y cómo ahora tiene que volver a luchar».

Yo: «Pero esta noche no he podido rezar».

Salvador: «Intentó atarte, pero no pudo, porque yo estaba contigo. Ya vienen en número incontable. Solo permito lo que puedas soportar».

Yo: «El espíritu impuro quería influirme y no paraba de decirme que era domingo, que no tenía que rezar antes de la Santa Misa, que ya había rezado lo suficiente, que debía dormir y descansar. Casi me quedo dormida».

Mi marido me despertó, aunque normalmente me despierto sola. Cuando mi marido me preguntó si no quería ir a trabajar hoy, le dije: «Hoy es domingo, déjame dormir».

Cuando me dijo: «¿No era ayer lunes?», entonces lo entendí todo.

Ayer, cuando le conté al padre Dachart lo que el Señor me había dicho sobre los diáconos, que no pueden distribuir la Sagrada Comunión, el padre Dochart me dijo que eso solo se aplicaba a mí.

Le pregunté al Salvador si eso era cierto.

Salvador: «Lo que le has dicho al padre Dochart es cierto». Yo: «¿Por qué ha dicho él otra cosa?».

Salvador: «Déjame eso a mí».

Entonces le pregunté al Señor si el profesor de religión, que ahora quiere ser diácono y está estudiando para ello, podrá distribuir la Sagrada Comunión cuando haya terminado.

Salvador: «Solo puede hacerlo el sacerdote, que tiene las manos consagradas».

Tenía dolor de cabeza y le pregunté al Salvador si se trataba de un sufrimiento expiatorio. El Salvador: «Sí, es un sufrimiento expiatorio, hija mía».

De repente me preocupó la idea de morir de repente. El Salvador:
«Entonces vendrás conmigo».

Lo pregunté porque pensaba que mi hermano había muerto de repente por una presión arterial demasiado alta. Por eso, más tarde pedí a las hermanas que me tomaran la presión, pero estaba normal.

Tenía un dolor de cabeza tan fuerte que lo ofrecí por la conversión de los pecadores. Por la tarde vinieron pocos pacientes. Mi compañera Verónica y yo leímos la Biblia. La Biblia del padre Gebhard Heyder es la que más me gusta leer. Después me aprendí de memoria la canción «Oh, Jesús, tú eres toda mi vida». Me gusta mucho esa canción. La mayoría de las oraciones en latín las he aprendido de memoria en el trabajo o al volante del coche. Solo Dios sabe cuántos rosarios he rezado ya en el coche, en el bosque y en la iglesia.

Después del trabajo quería ir a nadar, pero al final preferí ir a la iglesia. Volví a sentir perturbaciones mientras rezaba el rosario. Muchas veces he notado que me atacan especialmente cuando rezo por los sacerdotes, los estudiantes de teología y los profesores que los forman.

Así que recé especialmente por Fridolin, Andreas y el subregente de Landershofen.

El subregente convenció a los estudiantes de Teología para que recibieran la comunión en la mano, como en el caso de Andreas.

También recé por el párroco Vogt y por el párroco Dochart. Ya llevaba varios días incluyendo al párroco Vogt en mis oraciones, para que reconociera mejor el discernimiento de los espíritus y me entendiera mejor.

En la iglesia de Rot, antes de que comenzara el rosario general, sentí los ataques de los espíritus impuros. También me di cuenta inmediatamente de dónde venían.

Diagonalmente frente a mí estaba sentado un hombre, de estatura media, con barba tupida. Entró, se sentó y se tapó la cara con ambas manos, de modo que no podía ver el sagrario. De repente, sacudió la cabeza con tal ímpetu, peor aún que si tuviera escalofríos. Esto ocurría sobre todo cuando el párroco Vogt hablaba especialmente de la gloria de Dios, por ejemplo, durante la lectura o el Evangelio, cuando se anunciaba la Palabra de Dios.

Entonces se echó a reír de una forma muy desagradable. Los monaguillos se rieron y uno de ellos incluso tuvo que salir de la iglesia.

Durante la consagración se enfureció especialmente. El hombre se levantó, se acercó al sacerdote y al altar y, con las manos y los puños en alto, amenazó al párroco y le insultó. Durante la misa ya había rezado por ese hombre. Porque ya conozco los ataques internos de los demonios.

Cuando el desconocido alzó la voz, le dije con tono de orden: «Cállate».

En ese momento se dio la vuelta, pasó a mi lado y me miró con gran ira. Yo solo dije:

«Apártate de mí». Él profirió insultos y salió de la iglesia.

Después de la Primera Comunión, le pregunté al Salvador qué tipo de demonio era ese.

El Salvador: «Era el demonio de Lucifer y había muchos con él».

Le dije al Salvador que había estado conmigo esa noche. Salvador:

«Él puede estar en cualquier parte».

Te doy las gracias, Salvador, por esta tentación en la iglesia, porque muchos no creen que exista el diablo.

En cualquier caso, muchos fieles tenían miedo después de la Santa Misa y les temblaban las piernas.

El párroco Vogt cantó por fin, por una vez, la tercera estrofa de la canción

«María, extiende tu manto».

Ya había vivido varios casos de este tipo, relacionados con el espíritu impuro, en la iglesia.

También en otras iglesias, como en Lourdes, Jerusalén, Medjugorje, Waghäusel, en la clínica, en el lugar de trabajo, en Rot, en el ayuntamiento (había presentes ocho personas de Rot), y en Roma, de camino a visitar a un obispo en el Vaticano, así como en conferencias que ya he impartido, etc.

Para mí, esto también es una gracia de Dios, ya que así los fieles se vuelven más devotos, rezan más y finalmente creen que el diablo y el infierno existen.

Después de la misa, me encontré con varios fieles que también se habían dado cuenta de que se trataba del diablo y que habían rezado por ese hombre. Una mujer no se dio cuenta y dijo que ese hombre estaba enfermo. También contó que las almas pobres acudían a ella. Me pregunté: si ella no tiene el don del discernimiento de espíritus, ¿cómo puede saber si realmente son las almas pobres? Pero no dije nada.

Esa mujer estaba sentada en el mismo banco que el desconocido.

19/02/92 - Miércoles

10:00 h. Consultorio: Le pregunté al Salvador por la tentación que había tenido lugar ayer.

Salvador: «Hija mía, esa tentación fue el comienzo. Vendrán más. Satanás lucha por las almas que ha perdido».

Yo: «¿Debo hacer algo por nuestra Iglesia?» Salvador:

«Reza, reza, reza mucho».

Entonces sentí una calidez y una paz en mi interior, fue una sensación muy hermosa.

Por la noche fui a la capilla de San Roque, primero al rezo del rosario y luego a la Santa Misa.

20/02/92 — Jueves

10.10 Consultorio: Le pregunté al Salvador sobre la conciencia.

Salvador: «Lo incomprensible de la conciencia es que soy yo mismo». Yo: «¿Quién eres tú, este “yo mismo”?»

Salvador: «Escríbelo, hija mía, yo soy tu Señor y Dios». Yo: «¿Por qué no nos enseñan directamente que Dios es la conciencia?» Salvador:

«Eso es lo mundano. Lo incomprensible proviene de mí».

Yo: «¿Por qué algunos sacerdotes no reconocen que la voz interior que oigo es tuya?» Salvador:

«Porque no conocen el discernimiento de los espíritus. Tienen una fe débil, predicán la Biblia, pero no la viven».

Por la noche asistí a la Santa Misa en Rot. Recé el rosario. Al recibir la Sagrada Comunión, la monja pasó junto a mí y ni siquiera intentó dármela, porque sabía que yo no la aceptaría de ella. Entonces volví inmediatamente a mi sitio y comulgué espiritualmente. Recibí tantas gracias, y entonces oí la voz: «¿No quieres ofrecer la Sagrada Comunión por la hermana?».

Inmediatamente respondí: «Sí». Pero añadí: «La ofrezco por la hermana, para que reciba la iluminación, para que sepa que no debe repartir la Sagrada Comunión».

Cuando terminó la Santa Misa, yo seguía sumida en la oración, y la hermana se acercó a mí y me preguntó: «¿No hice bien en lo que hice?»

Ella me preguntó porque pensaba que yo iba a esperar para recibir la Sagrada Comunión del padre Vogt.

Le dije: «No, hermana, eso no está bien. No deben repartir la Sagrada Comunión, porque ya me lo han preguntado una vez y el Salvador dijo: “Dile que tenemos sacerdotes”».

Ella se resistió con uñas y dientes y dijo que ella también estaba ordenada y que los obispos lo habían autorizado.

Le dije que debía escuchar al Obispo Supremo.

Estaba nerviosa y un poco enfadada, y me interrumpió en un momento inoportuno. Me dijo que tenía que cambiar de lado (es decir, ir al lado donde el reverendo párroco repartía la Sagrada Comunión).

Le dije: «Me quedo donde Dios me ponga». Recé por ella.

Después fui con Hedwig y Hilde a la capilla de San Roque. Enseguida comenzó otra misa. Allí pude recibir al Salvador sacramentalmente. Ofrecí la Santa Comunión por las almas pobres.

21/02/92 - Viernes

10:30 h. Consultorio:

Salvador: «Lo que hiciste con la monja estuvo bien, incluso muy bien».

Pregunté si tenía que cambiar de lado en la iglesia, como había dicho la monja. Salvador: «No hace falta que lo hagas, porque tú tienes razón».

Ayer por la noche, cuando llegué a casa, mi marido salió en defensa de la monja.

Estaba muy alterado y me dijo que tenía que cambiar de bando, etc.

Tomé agua bendita y la rocié sobre él y sobre el entorno, porque sentí el espíritu impuro. Se lo conté al Salvador.

Salvador: «Era el demonio de Judas el que estaba con tu marido».

Le dije que le había dicho a mi marido que fuera a confesarse. Pero mi marido había dicho que eso no era pecado.

Salvador: «No reconoció el pecado porque cerró su corazón». Yo: «¿Qué significa eso de que cerró su corazón?».

Salvador: «Entonces no puedo entrar».

Yo: «Eso significa que el otro estaba dentro». Salvador: «Esta vez sí».

Por la tarde recé mucho por la monja y por el señor párroco Vogt.

Mientras rezaba, veía siempre a una persona de forma espiritual delante de mí. Conocía a ese hombre, porque ya se había presentado ante mí en otras ocasiones. Sé que él repartía la Sagrada Comunión y que yo no recibí al Salvador de sus manos. En verano había fallecido repentinamente un ayudante de comunión, en un accidente en la autopista, pero no sabía si se trataba de ese hombre que ahora se presentaba siempre ante mí, de manera tan espiritual. Esa persona era tan insistente que recé por ella un Padrenuestro, un Ave María y un Gloria al Padre. Pero no creía que eso fuera suficiente para ese hombre.

Visité a Marga Fellhauer en Rot y le pregunté si tenía una foto de los cantores del coro de la iglesia, porque sabía que ese hombre, que se había presentado ante mí de manera espiritual, también había cantado en el coro de la iglesia. Me la mostró y lo reconocí. Cuando ese hombre sufrió el accidente mortal en verano, yo estaba de peregrinación en Eslovaquia.

Por la noche recé el rosario en la iglesia por ese hombre, que se llamaba Werner Heinzmann, y ofrecí la Santa Misa por él. Le pedí que rezara también por mí, para que pudiera despertarme por la noche y seguir rezando por su alma. Me arrepentí de haberle dicho que ya me estaba sacando de quicio con su insistencia. Pero entonces aún no sabía que había fallecido.

Por la noche, hacia la 1:30, me desperté y recé el rosario por él y la letanía a la Preciosa Sangre.

Encendí una vela consagrada por él y le di agua bendita.

Luego le pregunté al Salvador qué debía hacer si los laicos volvían para darme la Sagrada Comunión.

Salvador: «Haz lo mismo otra vez».

22/02/92 — Sábado

Asistí a la Santa Misa en Waghäusel. El padre Werner Egon celebró la Santa Misa junto con un sacerdote desconocido. Al recibir la Sagrada Comunión, el padre Werner Egon dudó en darme el Cuerpo de Cristo, ya que yo estaba arrodillada ante él. Tampoco dijo, como es habitual, «Cuerpo de Cristo», sino que guardó silencio. Mi marido se acercó a comulgar justo después de mí y vio cómo el padre negaba con la cabeza.

Qué astuto debe de ser este padre. Gracias a él se ha convertido en costumbre que los fieles de la primera fila puedan recibir la Sagrada Comunión de rodillas. Pero solo los de la primera fila.

Sí. ¿Y los demás? ¿No deben arrodillarse ante nuestro Salvador? Así no se hace. Todos deben arrodillarse ante nuestro Dios. Cuando terminó la misa, una mujer llamada Alice empezó a cantar la canción «Bendícenos, María». Al padre tampoco le gustó eso, porque sacudió la cabeza.

Cuando salió de la iglesia, recé con los fieles la Letanía Lauretana.

Después cantamos el Salve Regina. Ofrecí esas oraciones por los padres. Luego me acerqué al sagrario y me arrodillé en el suelo. Allí recé con mucha devoción por los padres y los fieles que estaban en la iglesia. Cuando salí de la iglesia, un hombre (Walther, de Hockenheim) se me acercó y me dijo: «Lo ha hecho muy bien».

«Por favor, rece por mi mujer. Tiene cáncer».

Le prometí que rezaría por ella. Creo que Dios ha escuchado mi oración, la oración por los fieles que estaban en la iglesia; de lo contrario, ese desconocido no se habría acercado a mí.

16:30 h: Recé el rosario con los fieles de Roter en la iglesia.

Después recé otros tres rosarios y los ofrecí todos por el señor párroco Vogt. Me supuso un sacrificio, porque había estado de rodillas todo el tiempo.

23/02/92 - Domingo

A las 7:30 h comencé a rezar, aproximadamente una hora antes de ir a la iglesia. Me quejé al Salvador por el padre Werner Egon.

Salvador: «No tienes que hacerle caso. Escúchame a mí». Yo:

«¿Quieres decir que debo seguir arrodillada ante el Cuerpo de Cristo?». Salvador: «Sí».

Yo: «¿Puedo marcharme también si él se demora en darme la Sagrada Comunión cuando estoy de rodillas?» Salvador: «Puedes marcharte, yo vendré a ti de todos modos, aunque no me hayas recibido sacramentalmente.»

Yo: «¿Qué pasa, Salvador, cuando me despierto por la noche? ¿Quién me despierta para que esté despierto y rece? ¿Eres tú o son las almas pobres?»

Salvador: «Soy yo. Quiero que crezcas conmigo». Yo: «Sí, pero entonces rezaré por las almas pobres». Salvador: «Eso me alegrará especialmente».

Yo: «Señor, pero me cuesta mucho empezar a rezar».

Salvador: «Debes reconocer que por ti mismo no puedes hacer nada. Para ello necesitas mi gracia, porque al maligno no le gusta que reces».

Yo: «¿Está el Maligno tan cerca de mí?»

Salvador: «Sí. Donde yo estoy, él también está».

Yo: «Querido Salvador, te lo he dado todo, te pertenezco por completo, ¿por qué el espíritu impuro no me deja en paz?»

Salvador: «Entonces tendría mi mente. Pero mi mente no es su mente». Yo: «Pero si es inteligente».

Salvador: «La inteligencia no es la mente».

Yo: «Entonces, ¿no me queda más remedio que permanecer despierta? Sí, ahora me viene a la mente lo que dice la Biblia: Velad, pues, en todo tiempo en oración, para que podáis escapar de todas estas cosas que vendrán y estar a la altura ante el Hijo del Hombre».

Yo: «Querido Salvador, ¿quieres decirme algo? Hoy cumpla 27 años de casada». Salvador: «Sigue así, sigue rezando, hija mía».

Yo: «Sí, mi querido Jesús, rezaré por amor a Ti y a las personas, por la vida eterna de mis semejantes y para salvar mi vida».

Después esperé un rato a ver si el Salvador decía algo más. Entonces oí al Salvador decir: «Vete en paz».

Yo: «Gracias por tu gran amor. Te amo por encima de todo».

Asistí a la Santa Misa en Rot y allí también participé en la devoción y el rosario entre las 13:00 y las 14:00 horas.

24/02/92 Lunes

A las 10:00 h en la sala de médicos: recé y me uní al Salvador.

Yo: «¿Por qué el padre Werner Egon dudó en darme la Sagrada Comunión de rodillas?»

«¿Por qué no ha dicho “Cuerpo de Cristo”, y por qué ha negado con la cabeza?»

Salvador: «Tú me has recibido, hija mía. Tú has creído que estoy en la Sagrada Hostia. Él no».

Yo: «Pero si él no cree, entonces no puede rezar la Consagración».

Salvador: «Sí, tengo poder sobre él».

Por la noche fui primero al rosario y luego a la Santa Misa en Rot. A las 20:00 h hubo reunión del grupo de oración. El párroco Dochart también estaba allí.

No me gustó la conversación con el párroco Dochart. Lioba había contado que el diablo también había estado en Waghäusel y que los padres lo habían echado de la iglesia.

Quizás se trataba del mismo hombre que había estado en la iglesia de Rot hacía unos días. El párroco Dochart no está de acuerdo con que los sacerdotes deban hablar más sobre el diablo para informar y advertir a los fieles.

Dijo: «¿Qué diría la gente?».

Yo: «Se calla demasiado sobre la existencia del diablo».

Dije que los sacerdotes deberían predicar más sobre ello. Cuántas personas se encuentran hoy en día en la red y en las garras de Satanás sin darse cuenta, solo porque siempre se habla de la buena nueva y porque se dice:

Dios es bondad, Dios es misericordia, Dios no castiga.

Todo eso es cierto, pero Dios tiene la eternidad para castigar.

No me gustó que, poco después, el párroco Dochart se levantara y me mirara con los ojos muy fijos, como si le hubiera abofeteado. No era la primera vez que veía esa mirada fija.

25/02/92 — Martes

Ya por la mañana temprano recé el rosario por los sacerdotes.

10:30 h, consulta del médico: Le pregunté al Salvador por el padre Dochart. Cuando le dije que los sacerdotes debían advertir a los fieles cuando el diablo irrumpe en la iglesia y aterroriza a la gente, y que era un error que los sacerdotes guardaran silencio al respecto, vi en él esa mirada fija. Era repulsiva.

Salvador: «Ese era el espíritu impuro, cuando hablas de la verdadera doctrina».

Yo: «¿Puede el espíritu impuro pasar del sacerdote a mí?»

Salvador: «Sí, puede, si defiendes la verdadera doctrina».

En realidad, debía ir a rezar con el párroco Dochart a Bretten. Siempre debía preguntarle al Salvador adónde debía ir.

Le pregunté al Salvador por el jueves, porque no quería confiar solo en mí mismo (los jueves era la noche de oración en Bretten).

Yo: «Salvador, tú sabes lo que quiero preguntarte antes de que te lo pregunte, tú lo sabes». La respuesta llegó de inmediato, sin que yo hubiera terminado de formular la pregunta.

Salvador: «No vayas, hija mía». Yo:

«Gracias, Señor y Dios mío».

Esta noche, cuando volvía a casa después de la Santa Misa, se me acercó una señora Östringer. Su voz temblaba y sonaba asustada.

Me dijo: «No debes hablar delante de la gente. Los demás hacen todo esto en silencio». Le respondí que yo le había preguntado al Salvador cuándo y dónde debía hablar, y que Él me da las palabras que debo decir».

Más tarde, el Salvador dijo al respecto: «Habla, hija mía, no hagas caso de lo que dicen los demás. Escúchame a mí. Si otros te advierten que debes hacer algo en secreto, eso es envidia. Yo te he dado el don de hablar».

Yo: «Señor, ¿estás de acuerdo en que vaya al Zönackel?» Salvador:

«Sí, ve allí».

Yo: «¿Debo escribir algo más? ¿Lo deseas?» Salvador:

«Sigue así, hija mía».

Te doy las gracias, Dios mío.

13:00 h en la capilla de la clínica:

Primero recé. Tenía el corazón apesadumbrado, por lo que no pude evitar llorar. Sí, es doloroso, porque Dios es ofendido a través de los hombres. Los pacientes ofenden a Dios a menudo, algunos sin saberlo. Porque ya no reconocen el pecado. La mayoría dice que no tiene pecados.

Hoy vino a verme una paciente que dijo que bastaba con confesarse una vez al año.

Sin embargo, estaba muy inquieta y se mostraba dogmática, y afirmaba que no tenía ningún pecado.

Me contó que conoce a una mujer que es muy malvada y va a la iglesia todos los días. Dijo que ya le había dicho a esa mujer que se alejara de la iglesia y también de la confesión.

A esta paciente le dije a la cara: «El demonio habla por ti». Ya no pudo mirarme a la cara.

Ay, hay miles de ellos. Es muy difícil ayudar a estos pacientes, porque sus almas suelen estar oxidadas. Incluyo a los pacientes en mis oraciones. Algunos se muestran agradecidos y se marchan felices; otros, incluso con lágrimas en los ojos, se despiden pidiéndome que rece por ellos.

Pero me duele aún más cuando los sacerdotes difunden o predicán herejías. Siento un dolor punzante y ardiente en mi corazón, como si tuviera un defecto cardíaco.

Sí, los sacerdotes son quienes más dolor de corazón me causan. ¿No comprenden que tienen una responsabilidad tan grande para con las almas?

Mientras lloraba ante el Sagrario, le pregunté al Salvador: «¿Qué le pedirías tú ahora en mi lugar?».

Salvador: «Le preguntaría al Salvador: “¿Me quieres?”»

En ese momento pensé: «Dios es amor», y dije: «Pero si yo te amo». Salvador:

«¿Ves? Y yo te amo mucho, mucho, mucho más».

En ese momento sonreí al Salvador y dejé de llorar. Sentí que los sufrimientos habían desaparecido, como si alguien los hubiera borrado.

Gracias, querido Dios, por estas grandes gracias que sanaron mi alma al instante.

¿Podría hacer eso un neurólogo o un psiquiatra?

El mejor médico del alma es nuestro querido Salvador:

¿A cuántos pacientes se les podrían ahorrar las radiografías si se confesaran antes de acudir al médico? Casi ninguno se confiesa. Pero parece que la gente quiere ir primero al purgatorio y luego al paraíso. Muchos de ellos rechazan totalmente a Dios. No muestran arrepentimiento y han elegido por sí mismos a su señor, Satanás, que los atormentará día y noche por toda la eternidad.

Por la tarde asistí a la Santa Misa y al rosario en Rot.

26/02/92 — Miércoles

10:30 h — Consultorio: Al unirme con el Salvador, una profunda calma y una paz se apoderaron de mí, junto con una sensación de calor. Sé que entonces el Salvador está conmigo. Él descansa en mí y yo en él.

Yo: «Querido Salvador, ahora santificas mi alma. Quieres que guarde silencio».

Salvador: «Sí, hija mía».

Yo: «Qué necesario es para un alma pasar unos minutos en silencio con el Salvador. No lo sabía. Ese es el opio del amor. Lo mundano queda muy lejos. ¿Qué se están perdiendo tantas personas? Oh, Señor, ten piedad de ellas. Así, unidos al Salvador, lo tenemos todo. Es tan hermoso. Es como el Reino de Dios. Ahora entiendo mucho mejor cuando rezo «Venga tu reino»

Sí, la comunión espiritual es tan valiosa, uno se siente cada vez más cerca del paraíso. En este momento tengo la sensación de que ya no tengo problemas, ni preocupaciones, ni preguntas. Creo que me lo han quitado todo. Señor mío y Dios mío, te doy gracias por esta gracia.

12:30 h en la capilla de la clínica:

Al principio, el demonio me susurró que no fuera a la capilla, porque aún quería ir al Zönackel. Casi me lo creí. Pero mi compañera me dijo: «¡Debes ir a la capilla!».

Entonces fui inmediatamente.

Recibí de nuevo muchas gracias y recé por todos los que estaban en la clínica universitaria, y le pedí al Salvador que los llamara, tal y como me había llamado a mí, para que vinieran aquí.

Salvador: «No escuchan».

Pensé en la Biblia, donde el Salvador dice: «Mis ovejas escuchan mi voz».

Quería ofrecer esta Santa Comunión espiritual por alguien y le pregunté al Salvador: «¿Por quién debo ofrecerla?».

Salvador: «Ofrécela por aquel que ahora me es tan querido».

Luego recé: Pater noster, Ave María, Gloria Patri y Cor Jesu sacratissimum. A las 15:00 estaba en Bocksberg, en el Zönackel. Me confesé.

Ofrendé la Sagrada Comunión por el párroco Vogt. Que Dios le conceda la iluminación para que reconozca la voluntad de Dios y deje de dar la comunión en la mano.

27/02/92 — Jueves

12:30 h en la capilla del lugar de trabajo: Me arrodillé como siempre ante el sagrario y recé. Tenía el corazón apesadumbrado y volví a llorar porque los pacientes ofenden tanto a Dios. Me di cuenta aún más de lo pequeña que soy ante Dios.

Le dije al Salvador: «No soy digna de escuchar tu voz y cada vez te tengo más respeto. Y, sin embargo, no soy nada».

Entonces oí: «Sigue siendo una niña».

Recé el «Alabanza — Alabado sea Dios» y otras oraciones íntimas. Hoy, jueves, hubo de nuevo grupo de oración en Bretten con el párroco Dochart. Le pregunté de nuevo al Salvador si debía ir allí.

Salvador: «No. No vayas».

Le pregunté si podía decírselo así al señor párroco Dochart, si él me preguntaba al respecto. El

Salvador: «Me alegraría que se lo dijeras».

Más tarde fui a dar un pequeño paseo, junto al lago, detrás de la capilla. Todavía tenía un rato libre y llevaba un trozo de pan para dar de comer a los patos, las gaviotas y al cisne. El cisne se acercó a mí y quería comer del pan. Lancé el pan un poco más lejos, al agua. El cisne era el más listo. Salió del agua, vino directamente hacia mí y quería todo el trozo de pan. Le hablé como si fuera una persona. «¿Qué quieres?».

Estiró su orgulloso cuello, murmuró y se enfadó; uno podría haberle tenido miedo.

Hasta ahora nunca me había sentado junto a un

El cisne se quedó allí. Le dije que volviera al agua. El cisne obedeció y volvió al agua, y yo seguí dando de comer el pan que me quedaba, un trocito a cada uno.

Pensé que incluso los animales obedecen mejor que las personas.

Después del trabajo fui a nadar. Luego fui a rezar el rosario y a la Santa Misa, y la ofrecí de nuevo por el párroco Vogt.

28/02/92 - Viernes

Pude volver a rezar más. A las 10:00 h fui a la sala de médicos. Primero le di agua bendita a la pobre alma, luego me uní al Salvador y recé.

Le dije al Salvador que creería todo lo que me dijera si antes me liberaba de todo miedo y toda duda, para que nadie me confundiera. Le pedí que me quitara mi humanidad y me revistiera de su divinidad. Siempre le he pedido al Salvador que me conceda humildad, para que sea humilde y manso.

Aquí se habla poco de la guerra en Yugoslavia, aunque esta noche han vuelto a bombardear Dubrovnik.

Le pregunté al Salvador si la guerra que se avecina sobre Alemania se había atenuado gracias a las oraciones.

Salvador: «Viene una guerra». Yo:

«¿De Rusia?».

Salvador: «Sí».

Yo: «No lo creen».

Salvador: «Hija mía, no creerán hasta que sea demasiado tarde».

Yo: «¿Se lo digo al grupo de oración?»

Salvador: «Sí, díles que recen más».

Luego pregunté si también podría decirlo cuando el pastor Dochart esté presente con el Salvador y celebremos la adoración.

Salvador: «Por supuesto».

Pensé en cuál sería la reacción si lo dijera. Salvador: «Déjalo en mis manos. Lo importante es que lo hayas dicho». Yo: «¿Debo decirlo en algún otro lugar?»

Salvador: «Ya se lo has dicho a tu sacerdote».

Yo: «¿Hay que prepararse para esta guerra con oraciones o con algo más?» Salvador: «Siempre deben estar preparados».

Después del trabajo fui a dar un paseo por el bosque y recé cuatro rosarios por

El párroco Vogt. Después fui a la iglesia y seguí rezando por él. Le ofrecí la Sagrada Comunión. Solo Dios sabe cuánto rezo por este sacerdote. Solo espero mi recompensa en el cielo. Aunque el párroco Vogt me haya ofendido, le tengo mucho cariño y quiero ver siempre a Jesús en él.

No tengo una tarea fácil, pero el padre Vogt tampoco. Así que para ambos se aplica: Per crucem ad lucem (a través de la cruz hacia la luz)

29/02/92 Sábado

Asistí a la misa matutina en Waghäusel. Durante la consagración oí rugir al espíritu impuro. Ya había oído esa voz en Suiza, con el padre Rudolf. En aquel entonces eran alrededor de la 1:30 de la madrugada, y yo rezaba, porque el diablo me había aterrorizado.

La voz no es como la de un ser humano.

Hoy, aquí en Waghäusel, el padre Aemilian ha celebrado la misa. Antes de la misa, había rezado especialmente por los padres. Ahora también anoto lo que he rezado en las cuentas grandes:

«Padre Eterno, te ofrezco el Cuerpo y la Sangre, el Alma y la Divinidad de tu Hijo, a quien amas por encima de todo, nuestro Señor Jesucristo, en expiación por nuestros pecados y los pecados de los padres y hermanos de Waghäusel».

En las cuentas pequeñas recé: «Por su doloroso sufrimiento, ten piedad de nosotros y de los padres y hermanos de Waghäusel».

Al final recé tres veces: «Dios santo, Dios fuerte, Dios inmortal, ten piedad de nosotros y de los padres y hermanos de Waghäusel».

Luego recé también el Rosario de la Alegría, el exorcismo y otras oraciones. Después de la Santa Misa, Alise me pidió que dirigiera la oración.

Recitamos la letanía a la Virgen María.

Después, me arrodillé en el suelo ante el sagrario y recé por muchas intenciones.

Apenas salí de la iglesia, oí que una mujer se había quejado de que la letanía a la Virgen le resultaba excesiva. Pero sé que esta oración era querida por el cielo, pues al diablo no le gusta la letanía a la Virgen; al contrario, se enfurece con esta oración, ya lo he experimentado.

Porque ya lo he vivido varias veces; esta ira demoníaca fue especialmente grave una vez en Medjugorje, cuando un joven estudiante de Viena, durante la oración de la letanía a la Virgen, gritó en voz alta: «¡Basta, que arde!». Yo seguí rezando de todos modos. En aquel momento pensé que el diablo me iba a destrozar el alma mientras rezaba.

Después de hacer la compra al mediodía y poner en orden el piso, volví a la iglesia de Rot a las 16:15 y me quedé hasta las 18:15. Empecé a rezar y tuve que parar, porque la Luz Eterna volvía a estar apagada. La señora de la casa parroquial me dio cerillas y encendí la luz.

Recé varios rosarios por el padre Vogt. Me costó mucho rezar; me hubiera dado ganas de llorar. Me gustaría tener una conversación de confesión con el párroco Vogt, pero deseo que él también lo quiera y se dirija a mí. Recé para que Dios le conceda la gracia para ello, porque tengo mucho que contarle sobre todo lo que el Salvador me ha dicho hasta ahora. El Salvador también me ha dicho que rece por él.

Cuando llegué a casa, me atormentaba el espíritu impuro, el charlatán. Quería convencerme: «¿Ves? No sirve de nada. No tiene sentido, deja de rezar por él».

Pero no hice caso al espíritu impuro, sino que seguí rezando.

01/03/92 - Domingo

Oré durante aproximadamente una hora y luego estuve unos 30 minutos en comunión con el Salvador. Me di cuenta de que vuelvo a ser una nada y de que debo pedirle al Salvador todo lo que necesito. Lloré amargamente y le pedí al Salvador que me ayudara. Sin Él no soy nada, pero con Él puedo lograr muchas cosas.

Lo que más me preocupa en este momento es la comunión en la mano, porque no se ha abolido, sino que, por el contrario, se sigue practicando, pues sé que el Salvador no quiere que los fieles reciban la Sagrada Comunión en la mano. Recé las invocaciones a la Divina Misericordia, el rosario de la Misericordia, oraciones de Santa Teresa de Lisieux, de San Francisco de Asís, oraciones de urgencia y muchas otras oraciones.

Aún no había comprendido lo que el Salvador me dijo una vez, que retira la gracia a través de la comunión en la mano.

Tuve que preguntarle al Salvador una vez más sobre esto, porque quería entenderlo mejor.

Salvador: «Es una ofensa y una indiferencia hacia mí».

Yo: «¿Les concedes la comunión en la mano?»

Salvador: «No. Se la niego».

Yo: «¿Qué significa eso de “retirar”?»

Salvador: «**Un árbol debe dar fruto; ellos no darán fruto por la comunión en la mano**».

Yo: «¿Qué es lo peor de la comunión en la mano?»

Salvador: «Que todos se encuentren en el fango».

Yo: «Pero, Salvador, ¿no es eso solo culpa de los hombres, pues los sacerdotes también dan la comunión en la boca?»

Salvador: «¿Quién se lo ha enseñado a las

personas?» Yo: «Señor, ¿es obra de Satanás?»

Salvador: «Sí, hija mía, es obra de Satanás, sin lugar a dudas. Él no quiere frutos buenos, solo quiere frutos malos. Todos los frutos malos le pertenecen a él».

Yo: «No lo entiendo, ¿por qué los sacerdotes no creen eso?»

Salvador: «Porque ya no tienen fe».

Yo: «¿Cómo se puede eliminar este fango de la Iglesia?» Salvador:

«Rezando y ayunando».

Yo: «Ayunar es tan difícil».

Salvador: «Tan difícil es también para los ricos entrar en el paraíso». Yo:

«¿Puedes decirme algo más sobre la comunión en la mano?»

Salvador: «Reza sin cesar para que sea abolida». Yo: «Sí,

Señor, lo haré».

Yo: «¿Cuántos enemigos tendré ahora?»

Salvador: «Más de los que puedas imaginar. Yo estoy contigo, no tienes nada que temer».

Yo: «Salvador, ¿lo he entendido bien?»

Salvador: «Sí, hija mía, lo has entendido bien».

En este momento siento calma, paz y claridad en mi interior, sin dudas, sin miedo.

Es una sensación maravillosa. Sí, el Salvador está conmigo. Te doy las gracias, Señor y Dios mío. Le pregunté al Salvador:

«Señor, ayer no me dijiste nada en la iglesia, aunque recé durante dos horas por el párroco Vogt.

¿Acaso mis oraciones no fueron buenas?»

Salvador: «Sufrí contigo, porque el sacerdote no escuchó mi voz». Yo:

«Señor, si ayuno por él, ¿habrá algún cambio?». Salvador: «Sí, hija mía».

Yo: «Mi Señor y mi Dios, mi buen guía espiritual, ayunaré por mi sacerdote, el padre Vogt».

Mi Jesús, te amo por encima de todo. Te doy las gracias por esta

conversación. Fui un poco antes a la Santa Misa y recé por mis enemigos.

Vi al joven estudiante Wagner, que es diácono. Entonces

le pregunté al Salvador:

«Si no es correcto que el Sr. Wagner me dé la Sagrada Comunión, te pido que sea el sacerdote quien me la dé».

Recibí la Sagrada Comunión del sacerdote.

Cuando llegué a casa, metí el asado en el horno, preparé yo misma los spätzle y corté la lechuga.

A las 12:00 rezamos el Ángel del Señor. A las

12:15 comimos.

A las 12:45 h estaba de nuevo en la iglesia. Era el tiempo de adoración, el Santísimo estaba expuesto.

Me quedé en la iglesia hasta las 14:45 h y recé.

A las 15:30 llegó una tal señora Bárbara. Me contó con todo detalle lo que le preocupaba

sobre su hijo. Cuando se marchó, vino Marion hasta las 17:30.

Escribimos las notas del diario.

A las 18:15 recé en la iglesia, ante el Santísimo, dos decenas del rosario por el párroco Vogt, pues la Luz Eterna tampoco estaba encendida.

Por desgracia, él no lo vio. Anímicamente no me encontraba muy bien. Me dolió que el párroco Vogt colocara un foco justo delante de la custodia. Creo que el Dios vivo está presente en la Santísima Hostia.

Normalmente no se coloca un foco a medio metro de distancia de una persona. Es solo que la custodia está muy iluminada y brilla y deslumbra desde lejos. «¿Acaso el Salvador tiene que sufrir también aquí?», me pregunté, y sentí cómo la luz me quemaba los ojos. En algunos momentos no podía mirar.

Al final, no pude salir de la iglesia hasta que vi a la sacristana y le dije que la luz perpetua ya no estaba encendida.

Ella refunfuñó entre dientes y dijo: «Se ha apagado otra vez».

Antes de acostarme, recé el rosario doloroso por las almas pobres. Mi día se ha pasado en un abrir y cerrar de ojos, tan rápido.

Me alegré de no tener televisión y le di gracias a Dios por la fuerza y el amor de este día.

02/03/92 - Lunes

10:00 h. Sala de médicos: rocié la sala con agua bendita y bendije a todos los que se encontraban en la clínica con la cruz de San Benito. Me uní al Salvador y le dije: «Tú sabes lo que quiero preguntarte, lo sabes todo, y yo escribiré y crearé lo que me digas. » Pensé en el candelabro que ardió ayer y que quizá hoy siga ardiendo ante el Santísimo.

Durante los tres días de carnaval, siempre celebramos la adoración ante el Santísimo Sacramento. En medio del silencio, oí:
«Escríbelo, hija mía, no está bien poner la lámpara delante de mí. Que intente mantener la lámpara delante de sí durante tres minutos».

Yo: «Señor, no encuentro paz sabiendo que la lámpara sigue ardiendo tan cerca de ti. Porque yo mismo siento ese sufrimiento.

Salvador: «Si quieres, llámalo».

Yo: «Señor, ¿me lo habré imaginado quizá?» Salvador:
«Estás estrechamente unido a mí».

Yo: «¿Debo leerle al señor pastor Vogt lo que he escrito?» Salvador: «¿Tienes miedo?»

Yo: «En realidad, no».

Salvador: «Entonces hazlo».

Yo: «Sí, Salvador, lo llamaré, porque creo que tú, el vivo
«Dios, con carne y hueso, cuerpo y alma, humanidad y divinidad, estás verdaderamente y sustancialmente presente en la Santísima Hostia».

12:30. Le hice una radiografía a un chico de quince años llamado Markus.

Una enfermera lo acompañó. Me contó que en la sala todos se habían asustado cuando él se sintió mal y sus ojos se quedaron completamente fijos.

Le pregunté cuándo había sido eso y me di cuenta de que fue en el momento en que recé el exorcismo por todos los que estaban en la clínica, incluso varias veces.

Cuando miré a este chico y le pregunté si quería un poco de agua bendita, me respondió de inmediato: «No, eso lo tengo en casa, se lo doy a los animales».

Entonces le hice una cruz en la frente con agua bendita y, al instante, sus ojos volvieron a quedarse fijos.

Delante de la enfermera le pregunté si podía rezar el Ave María. Él dijo «Sí» y empezó a rezar, pero ya en la tercera palabra no pudo seguir pronunciándola, así que continué rezando yo sola.

Le di una hoja de oración de la Preciosa Sangre y le dije que rezaría por él.

12:45 h en la capilla: Recé por Markus y le pregunté al Salvador si el espíritu impuro estaba con él.

Lo sabía, pero quería que el Salvador me lo confirmara. Salvador:

«Sí, lo tiene, y debe permanecer ahí».

Le pedí al Salvador que me volviera a enviar al paciente Markus.

A las 14:10 h llegó efectivamente, esta vez con su madre. El chico estaba en la cama.

Al parecer, no podía levantarse. Cuando me vio, me pidió inmediatamente agua bendita, y se la di. Luego le dijo a su madre que mirara la imagen de la Virgen. Cuando la madre vio la imagen, le dijo: «¿Tienes que volver a verlo todo?».

Estaba llena de orgullo y dijo: «Espero que pronto vuelvas a casa».

Cuando la madre se apartó un poco, le dije a Markus: «Has estado jugando con vasos». Él supo inmediatamente a qué me refería y dijo: «Sí. En Berlín y aquí, eso es algo inofensivo». Lo miré y le pregunté: «¿Cómo dices?».

Y él respondió: «Mi madre también».

Ahora me había quedado claro por qué el demonio tenía que quedarse dentro. Le puse una medalla de la Virgen María en la mano y él la cogió. Habría que rezar el exorcismo por este niño y no debería quedarse en Neurología. Aquí no puedo hacer nada, porque ni su madre ni el médico me creerán. He rezado por él.

Por la tarde, en la iglesia de Rot, recé el rosario por Markus y, a continuación, ofrecí la Santa Misa por él.

A las 20:00 h – Grupo de oración:

Hoy habían venido muchos hombres: el Sr. Deris, el Sr. Artur Wagner, el estudiante de teología Fridolin, el párroco Dochart, etc.

Fue bonito. También rezamos por el enfermo Markus. El P. Dochart y el Sr. Deris estaban un poco inquietos. Recibí mucha gracia.

03/03/92 - Martes

10:00 h, consulta del médico: Le pregunté al Salvador por H. Deris.

Salvador: «Deris no debe ser diácono, no ha sido elegido para ello. Es el orgullo lo que le impulsa a querer ser diácono. El espíritu impuro volvió a estar con el párroco Dochart».

Yo: «¿Qué Confiteor debemos rezar, el antiguo o el nuevo?»

Salvador: «El antiguo, hija mía».

Yo: «Salvador, ayer nos diste mucha gracia, más de lo habitual». Salvador: «Me gustaron las oraciones que rezasteis».

Yo: «¿Qué puedo decirle al grupo de oración? ¿Qué debemos saber y qué es importante para nosotros?»

Salvador: «Rezad con el corazón».

Yo: «¿Cómo, Salvador?»

Salvador: «Dejad que hablen vuestros corazones, no vuestras bocas. Pedid mucho amor». Yo: «¿Entonces debemos invocar más al Espíritu Santo?».

Salvador: «Sí, hija mía. Cuando el Espíritu Santo encienda vuestros corazones con amor, entonces podréis orar con el corazón. Purificad vuestros corazones para que el Espíritu Santo pueda morar también en vosotros».

No guardéis más vuestros pecados, pues forman una gran herida y esta cura más lentamente que una pequeña. Las grandes heridas causan un gran dolor, y entonces ya no se reza con tanto gusto».

«Escribe, hija mía: rezar solo con la boca es así porque no dejamos que el Espíritu Santo actúe en nuestros corazones. Rezad de tal manera que surja el amor en la oración».

Yo: «Señor mío y Dios mío, concédenos la gracia de poder orar con el corazón. Salvador, tú has dicho que mi marido todavía tiene espíritus impuros. Pero ayer comulgó».

Salvador: «Tu marido debe ir a confesarse».

Yo: «Seguro que me dirá que se ha confesado». Salvador:

«Dile, hija mía, que se confiese como es debido».

De 16:00 a 17:00 horas me tocó rezar y adorar ante el Santísimo Sacramento en la iglesia. Mi marido, Fridolin y yo lo hicimos juntos y rezamos. Mi marido estaba un poco inquieto, aunque yo había rezado por él.

El párroco Vogt aún no había retirado el Schenwerfer, aunque ya se lo había dicho.

A las 18:30 h se celebró la Santa Misa y ofrecí la Sagrada Comunión por el P. Vogt.

04/03/92 — Miércoles — Miércoles de Ceniza

Ayuné a base de agua y pan y tuve dolor de cabeza durante las 24 horas. En algunos momentos fue insoportable. Fueron sufrimientos expiatorios y los ofrecí por el párroco Vogt y por la conversión de los pecadores.

Ayuné por el P. Vogt y por Andreas (estudiante de Teología).

Le pregunté al Salvador por qué la monja había seguido repartiendo la Sagrada Comunión ayer por la noche, a pesar de que sabe que no debe hacerlo. Entonces ofrecí la Sagrada Comunión por ella.

Salvador: «A un corazón endurecido no se le pueden dar las gracias. Reza por ella, ayuna por ella».

Por la tarde, en la iglesia. Tres laicos y el padre Vogt ayudaban a imponer la cruz de ceniza. Le pedí al Señor que me impusieran la cruz de ceniza unas manos consagradas. Y el padre Vogt se acercó a mí, aunque normalmente se encontraba al otro lado. Al comulgar, volví a pedirle al Salvador que pudiera recibir la Sagrada Comunión de manos consagradas, y recibí la Sagrada Hostia de manos del padre Vogt.

Ofrendé la Sagrada Comunión por el padre Vogt.

Pregunté, porque vi que los laicos estaban haciendo la cruz de ceniza. Entre los laicos había también un estudiante de teología (acólito).

Salvador: «Escribe, hija mía, que solo las manos consagradas deben repartir las cenizas. Solo los sacerdotes, solo los sacerdotes. Esto también cuenta como el fango en la Iglesia».

05/03/92 — Jueves

Por la mañana temprano recé el Rosario de la Misericordia y la Letanía a la Misericordia de Dios, así como otras oraciones.

10:00 h en la sala de médicos:

Salvador: «Escribe, hija mía: no pude conceder esa gracia, porque fueron los laicos quienes impusieron la cruz de ceniza. Yo concedo la gracia al imponer las cenizas a través de las manos consagradas del sacerdote».

Por la tarde recé durante una hora; no había pacientes y, después, recé el rosario.

Por la noche, en la iglesia de Rot, recé primero el rosario con los fieles y luego asistí a la Santa Misa. Volví a ofrecer la Sagrada Comunión por el párroco Vogt. En la iglesia también estaba un sacerdote de Polonia, el P. Stanislau.

06/03/92 Viernes del Sagrado Corazón

A las 13:00 h fui a la capilla. Sin embargo, estaba cerrada. Eso me dolió, pero fui a buscar la llave. Fui a buscar al portero del edificio de la clínica y él abrió la capilla. Tras la comunión espiritual, le pregunté al Salvador si era correcto lo que hacía el padre Stanislau de Polonia, refiriéndome a que él también distribuye la Sagrada Comunión en las manos.

Al principio me llevaba muy bien con ese sacerdote, pero ahora me resultaba un completo desconocido. Le pregunté al Salvador si él también había repartido la comunión en la mano anteriormente. El Salvador: «No, lo hace por dinero. Con eso me ha traicionado».

Yo: «¿Puedo escribir eso en el diario?»

Salvador: «Sí, escríbelo, con eso ha perdido muchas gracias». Yo:

«¿Quién le ha influido para que dé la comunión en la mano?»

Salvador: «Es obra de Lucifer. Mientras den la comunión en la mano, sirven a Satanás». Yo: «Señor, ¿puedo decírselo al padre Stanislau?»

Salvador: «Hija mía, él no vendrá a ti». Yo: «¿Sabe él que eso no está bien? ¿Lo siente?»

Salvador: «Hija mía, ¿eres consciente de tu pecado cuando lo cometes?» Yo: «Pero Señor, ¿quizás él cree que eso está bien?»

Salvador: «Hija mía, si uno no reconoce el pecado, está en una mala situación». Yo:

«¿Qué significa eso de estar en una mala situación?»

Salvador: «No se está en la gracia de Dios».

Me asusté un poco y se me cortó la respiración, y le pregunté al Salvador si podía repetirlo, quizá no lo había entendido bien.

Salvador: «Escríbelo, hija mía, no se está en la gracia de Dios».

Por la mañana le había pedido al Salvador que me dijera algo sobre las almas en el hospital universitario.

Salvador: «¿Podrás soportar lo que te voy a decir?»

Yo: «Salvador, tú me conoces mejor que yo mismo».

Por la tarde, en la iglesia de Rot, ya no volví a ver al padre Stanislau.

Al final de la Santa Misa, la sacristana me gritó porque le había recordado que la Luz Eterna no estaba encendida. Gritó con ira por toda la iglesia:

«Váyase a casa, esto no es asunto suyo». Recé por esa mujer. Un hombre de Rot, Erich, siguió hablando con ella fuera.

Ofrendé la Sagrada Comunión por Marion. A las 20:00 recé el exorcismo y el rosario del Espíritu Santo, para que ningún laico volviera a distribuir la Sagrada Comunión, ya que los ministros de la comunión tenían una reunión a esa hora.

Erich estaba conmigo y rezaba conmigo. También incluí a mi marido en la oración. Pero él estaba muy nervioso y se enfureció, por lo que Erich se fue a casa. Creo que el exorcismo surtió efecto en mi marido. Aquella noche, a mi marido le molestaba todo. Antes de acostarme, recé otros dos rosarios.

07/03/92 - Sábado de la Expiación del Corazón de María

Por la mañana temprano estuve con la señora Cordula en la iglesia de Waghäusel.

De 16:15 a 18:15 recé por el párroco Vogt. La Luz Eterna no estaba encendida cuando llegué a la iglesia. Recé para que alguien viniera y la encendiera. Entonces le dije al Salvador: «Te ofrezco esto para que se salven 100 000 almas, si a las 17:00 horas no venga nadie a encender la Luz Eterna».

Eran las 17:05 h cuando llegó la sacristana y encendió la Luz Eterna; se apresuró mucho. Estuve de rodillas durante dos horas y recé cuatro rosarios y muchas otras oraciones.

08/03/92 - Domingo

A las 5:45 de la mañana me levanté y recé durante aproximadamente una hora, primero al Espíritu Santo, luego el antiguo Confiteor, el exorcismo, una oración al santo arcángel Miguel y al ángel de la guarda, la consagración a la Virgen María, una oración al Sagrado Corazón de Jesús y el rosario de la Alegría,

luego comulgué espiritualmente.

Volví a llorar con todo el corazón, porque me sobrevenían tantas aflicciones. Las peores son las que caen sobre mi marido. Lo que más me apetecía era dejarlo todo y dejar de rezar tanto.

Le pedí ayuda al Salvador y me quejé ante él. También recé a la Virgen María, diciéndole que todo aquello era demasiado para mí. Le dije: «Me acosan por todas partes y, además, mi sacerdote me ha decepcionado.

De repente, dejé de llorar. Después sentí una profunda paz y una quietud en mi interior. Le pedí al Salvador una señal que el sacerdote y todos los de la iglesia pudieran ver.

Le dije al Salvador que era una pecadora y que no era digna de recibir esa señal, y añadí: «Señor, hágase tu voluntad».

Salvador: «Sí, recibirás una señal que todos verán».

Yo: «Me gustaría saber si el sacerdote también lo verá entonces».

Salvador: «Sí».

Yo: «¿Será esto una buena señal para que la gente se convierta, o nos vas a meter miedo?»

Salvador: «Dios no asusta a nadie».

Yo: «¿Cuándo vendrá esta señal, antes de Pascua o después?»

Salvador: «Antes de Pascua.»

Yo: «¿Cambiará el sacerdote por este signo?» Salvador:

«No, no cambiará por eso.»

Yo: «¿Por qué, Salvador? Ahora estoy completamente desanimado. Pensaba que algún día cambiaría». Salvador: «Eso es lo que pensabas».

Yo: «Pero ¿por qué, Salvador?»

Salvador: «Porque aún hay mucho orgullo».

Yo: «Señor, te lo pido, entonces dame otro sacerdote a quien pueda confiar mi diario.

Salvador: «Déjame eso a mí».

Yo: «Mi Señor y mi Dios, ¿te parece bien cómo me dirijo a ti, por ejemplo, mi Señor, mi Salvador, querido Jesús, mi gran amor, mi Dios santo, fuerte y eterno, Rey de reyes, mi Rey de la paz, Dios todopoderoso y misericordioso, etc.? ¿Te parece bien?» Salvador: «Lo que sale del corazón, eso es lo que dices.»

Le di las gracias por esta conversación y ofrecí la Sagrada Comunión por todas las personas del mundo y por las almas del purgatorio, del mismo modo que cada día ofrezco las oraciones de indulgencia por las almas del purgatorio.

Eran alrededor de las 8:30. Mi marido se levantó y se fue a Waghäusel a confesarse. Mi oración fue escuchada, pues recé el rosario pidiendo a Dios que le concediera la gracia de una buena confesión. De las 9:45 a las 11:10 estuve en la iglesia de Rot. Antes de la Santa Misa recé la letanía de la Divina Misericordia por todos los fieles. Volví a ofrecer la Sagrada Comunión por las almas del purgatorio. Cuando llegué a casa, mi marido estaba transformado. Era como una persona nueva y me acompañó a la devoción. Durante todo el día reinó la paz, se mostró cariñoso y amable. Gracias, Dios, por esta gracia.

Por la noche me desperté a las 2:30 y tuve la gracia de poder rezar.

Recé las siete últimas palabras, acompañadas cada una de un Padrenuestro y un Ave María, «y Gloria al Padre», y después el rosario de la misericordia. Luego rocié con agua bendita a las almas pobres y volví a dormir maravillosamente.

09/03/92 – Lunes

10:00 h. Consultorio:

Le pregunté al Salvador por las personas de la clínica, las que trabajan allí.

El viernes, el Salvador me había preguntado si podría soportar lo que me iba a decir, por lo que ahora le dije que, si quería, al menos me dijera lo más suave.

Salvador: «Todos deben convertirse. Casi todos están en el camino ancho».

Yo: «¿Qué debo hacer por ellos, Salvador?»

Salvador: «Reza por ellos».

Yo: «Pero mis oraciones no pueden salvar a muchos».

Salvador: «Sí, porque conmigo puedes salvar a muchos».

Un médico había venido a visitarnos al departamento de radiología, un invitado de Turquía, un musulmán que quería informarse sobre las radiografías y las imágenes.

Le hablé más de la fe católica que de los rayos X. En particular, le conté lo importante que es el Espíritu Santo.

Le pregunté al Salvador si eso estaba bien, ya que el médico era musulmán. Salvador: «Todos necesitan la misma fe».

Yo: «¿Puedes decirme cómo debo ser?» El

Salvador: «Quédate tal y como eres».

A las 13:00 h en la capilla de la clínica.

Le dije al Salvador que los domingos hay tanta gente en la iglesia y entre semana tan poca. Le pregunté: «¿No podría el sacerdote repartir la Sagrada Comunión él solo? ¿Necesita a los laicos?»

Pensé que los demás deben esperar con paciencia, y si no pueden esperar, entonces deben rezar por las nuevas generaciones de sacerdotes, para que tengamos más sacerdotes.

Salvador: «La mayoría de los que solo comulgan los domingos, comulgan indignamente». Yo: «Hay que decírselo al sacerdote. ¿Es que el sacerdote no lo ve?»

Salvador: «Si no repartiera la comunión en la mano, lo vería». Yo: «¿Puedo escribirlo en el diario?»

Salvador: «Sí, hija mía, anótalo».

Yo: «Muchos dicen que pecan más con la boca que con la mano».

Salvador: «No me lo creo. Pero es la indiferencia lo que les impide distinguir ya entre el Dios Trino en la Sagrada Hostia y el pan normal. Los sacerdotes deben predicarles la diferencia, pero como practican la comunión en la mano, ya no pueden predicar sobre ello.

Yo: «Dicen que con la mano también es irreverente».

Salvador: «Escribe, hija mía, que es indigno recibir la Sagrada Hostia con la mano y, si alguien la recibe indignamente, es también una falta de reverencia».

Yo: «¿Se cometen muchos sacrilegios por la comunión en la mano?»

Salvador: «Más de lo que puedas imaginar».

Por la noche, en la iglesia de Rot, mientras el párroco leía el Evangelio, una mujer atravesó corriendo toda la iglesia hasta detenerse justo delante del reverendo.

Hacía tanto ruido con sus zapatos y con su paso firme que todos los fieles se fijaron en ella. Al parecer, había alguien en la iglesia que le bloqueaba la salida con su coche. Pero su inquietud me pareció extraña.

Hizo un gesto con la mano a la sacristana, que se acercó a ella y luego interrumpió al párroco para contarle todo. Cuando el párroco preguntó de quién era ese coche, nadie respondió.

Después de la Sagrada Comunión, le pregunté al Señor por el padre Johannes, pues Roland me había contado por teléfono que el padre Johannes se había convertido al obispo Platon y que ahora aceptaba sus libros.

Heiland: «Los libros del padre Johannes no son correctos».

Entonces le pregunté por la conferencia que se iba a celebrar el 13 de marzo de 1992 y que trataría sobre

Garabandal. Le dije al Salvador: «Creo en las apariciones de Garabandal, pero me molesta la proyección de la película, el coloquio posterior y toda la publicidad que se le da. ¿No estará ahí el demonio actuando y queriendo destruir el bien?».

Salvador: «Lo has adivinado bien».

Por la noche, a las 20:00 h, grupo de oración. Había mucha gente.

10/03/92 — Martes

Le pregunté al Salvador por la mujer que vino ayer a la iglesia.

Heiland: «Ese era el espíritu impuro. Yo lo permití. Habrá más. Estuve en la iglesia de Rot y ofrecí la Santa Comunión por el señor párroco Vogt.

11/03/92 — Miércoles

10:10 h, consulta del médico:

Volví a preguntarle al Salvador por la señal.

Salvador: «Recibirás una señal en la iglesia». Yo:

«¿Qué será?»

Salvador: «Déjame a mí».

Yo: «¿Puedo distinguir lo que viene de ti y lo que viene de mí?» Salvador: «Sí, puedes».

El Salvador me concedió mucha gracia. Te doy gracias, Señor y Dios mío. Yo: «Dime algo, yo también quiero oír algo de ti».

Salvador: «Te amo, hija mía». Yo: «Qué bien sienta oír eso».

16:30 h: Estuve en el Zönackel, en Boxberg, y asistí a una charla. Como llegué tarde, no pude participar en la Santa Misa.

A las 19:00 h asistí a la Santa Misa en Mingolsheim, en la capilla de San Roque.

Me arrodillé de nuevo sola en el banco de la comunión. Un nuevo sacerdote me dio la Sagrada Comunión al final. Mientras esperaba, recé varios Ave Marías por ese sacerdote.

Ofrendé la Sagrada Comunión por Marion.

A las 20:30 llegó Marion y escribimos las notas del diario.

12/03/92 — Jueves

Ya era el segundo día que trabajaba sola en la clínica. Vinieron muchos pacientes. A pesar de ello, pude rezar mucho.

A las 12:30 en la capilla de la clínica:

Quería saber si había hecho bien ayer al arrodillarme solo en el banco de comunión de la capilla de San Roque. Muchos de los que conocía estaban de pie al recibir la Sagrada Comunión o se arrodillaban directamente en las escaleras delante del padre, a pesar de que el banco de comunión estaba allí.

Quizás cometí un error, pensé. Salvador: «Sigue arrodillándote como hasta ahora».

Yo: «¿Cuál es la razón por la que los demás no se arrodillan en el banco de comunión?» Salvador: «Falsa humildad, temor a los hombres, miedo al sacerdote». Pensé en las personas del grupo de oración y le pregunté al Salvador si debía decírselo. El Salvador: «Sí, pero con amor».

Me parece un poco extraño. Cuando uno quiere hacer algo bueno por el Salvador, se queda solo. Al fin y al cabo, todos tenemos la obligación de rendir honor a Dios.

De camino a casa recé el rosario, como siempre.

A las 16:00 h fui a Mingolsheim a nadar al balneario de agua salada, durante aproximadamente una hora y media.

Por la noche fui a la iglesia de Rot y allí también recé el rosario. Al recibir la comunión, la monja pasó junto a mí.

Me levanté y volví a mi sitio sin haber recibido la comunión sacramental.

Mientras caminaba desde el banco de la comunión hasta mi asiento, pensé que los demonios iban a hacerme pedazos. Pero el Salvador vino a mí en espíritu y recibí muchas gracias, una gracia especial. Ofrecí la comunión por las personas de la clínica en la que trabajo.

Inmediatamente después me dirigí a Mingolsheim, a la capilla de San Roque.

Allí había otra Santa Misa a las 19:30 h y allí también recibí la Sagrada Comunión sacramental, que ofrecí por los sacerdotes y religiosos que aún estaban en el purgatorio, por la monja que repartía la comunión y por todas las demás almas del purgatorio.

13/03/92 - Viernes

Esta mañana recé durante aproximadamente una hora, al menos diez veces el exorcismo por toda la clínica, por mi familia, por el P. Dochart y el P. Vogt.

Tenía mucho que hacer y, sin embargo, tuve tiempo para el Salvador. Faltan dos personas en el departamento de radiología, una está enferma y la otra no llegará hasta mayo. Le pedí al Salvador que me concediera la gracia de trabajar por tres.

Me las dio y, con la fuerza de Dios, pude trabajar bien.

A las 10.10 h fui a la sala de médicos. Allí me comuniqué espiritualmente, hoy ya por segunda vez.

Le pregunté al Salvador qué había sido aquello de ayer, cuando la monja pasó junto a mí con el Salvador y yo me levanté y volví a mi sitio sin haber recibido al Salvador, sentí grandes ataques en mi interior.

Salvador: «Hija mía, eran muchos espíritus impuros».

Yo: «¿Creían que no te harías presente en mí si no te recibía sacramentalmente?». Salvador: «Sí, siempre piensan así».

Yo: «Tuve la sensación de que en ese momento querían destrozarme. ¿Quizás me lo imaginé?»

Salvador: «Hija mía, si hubieran podido, te habrían hecho pedazos».

Yo: «Señor, cuando viniste espiritualmente a mí y me uní a ti, recibí más gracia que si hubiera comulgado sacramentalmente. ¿Cuál es la razón de esto?». Salvador: «Porque deseo ser entregado a los fieles a través de las manos consagradas del sacerdote».

Yo: «¿Cómo debo comportarme ante el sacerdote?»

Salvador: «Siempre debes escuchar al sacerdote, pero si él atenta contra mi honor, entonces no». Quería saber si había hecho bien en huir de la hermana sin recibir la Sagrada Comunión; pensaba que quizá eso no le había gustado al Salvador.

Salvador: «No, hija mía, al contrario, has hecho algo bueno».

Yo: «Pero, Señor y Dios mío, ¿y si el sacerdote dice que no puedo hacerlo?» Salvador:

«Entonces haz lo que él te diga, bajo su responsabilidad».

Yo: «¿Cuándo podré hablar con el señor párroco Vogt? Quiero saberlo de ti. Señor, hágase tu voluntad».

Salvador: «Sí, hija mía, habla con él». Yo:

«¿Cuándo?»

Salvador: «Lo antes posible».

Yo: «¿Ofendo a Dios al marcharme, o lo ofenden aquellos que se quedan y reciben la Sagrada Comunión de manos de un laico?»

Salvador: «Hija mía, escucha bien. Todos los que reciben la comunión en la mano y los laicos que la distribuyen, todos ellos ofenden la gloria de Dios.

Yo: «Querido Salvador, quería preguntarte algo más: ¿debo leerle todo al P. Vogt o solo algunos días?»

Salvador: «Todo, hija mía, todo».

Yo: «Señor, ¿estarás conmigo cuando vaya a verlo?»

Salvador: «Sí, estaré contigo.»

Yo: «Mi Señor y mi Dios, siento tanto amor y calor, tanta gracia en mi corazón ahora. ¿Es esto una confirmación de que debo ir a ver al reverendo Vogt? ¿Te alegra que vaya a verlo?»

Salvador: «Me alegro especialmente por ello».

Yo: «Ya he ayunado tanto, he rezado tanto y he ofrecido la Sagrada Comunión tantas veces por él. ¿Cambiará un poco ahora, cuando hable con él?»

Salvador: «Sí, hija mía, ya está cambiando, pero sabrá lo que quiero de él». Por la tarde estuve en la iglesia de Rot, ofrecí la Sagrada Comunión por las almas de los difuntos.

14/03/92 - Sábado

Asistí a la Santa Misa temprano por la mañana en Waghäusel. El padre Alanus celebró la misa. Después de la misa, recé la Letanía Lauretana en la iglesia. Luego fui con Marion a escribir el diario. A partir de las 16:30 recé por el párroco Vogt. A las 16:45 fui a confesarme con él. Me sentí muy decepcionada e incluso lloré. Luego seguí rezando por el párroco Vogt.

15/03/92 - Domingo

A las 3:45 de la madrugada empecé a rezar por todas las personas. También incluí en mi oración al reverendo Vogt. Le dije al Salvador: «Todas las almas te pertenecen, todas deben ser salvadas». Recé durante aproximadamente una hora y media, y luego me uní a Él. Lloré. Me resultó muy difícil después de la confesión de ayer con el reverendo Vogt.

Entonces volví a tener dudas sobre si el Salvador me hablaba. Porque si hiciera lo que me había dicho el reverendo Vogt, ya no tendría que ir más a la iglesia.

Le pedí una respuesta al Salvador.

Le dije: «Señor y Dios mío, Jesús mío, guía de mi alma, Dios de la Trinidad, ¿eres tú quien me habla?».

Salvador: «Sí, hija mía, soy tu Señor y Dios, tu Jesús, tu guía espiritual».

Yo: «¿Cómo voy a ir a ver al padre Vogt después de la confesión y leerle el diario?»

Salvador: «Espera un poco más».

Entonces volví a preguntar por la señal.

Salvador: «Habrá una señal en la iglesia. Ten confianza en mí». Yo:

«¿Se convertirán las almas gracias a ello?»

Salvador: «Sí».

Yo: «¿Cuándo?»

Salvador: «Será antes de Pascua».

Yo: «Siento un dolor ardiente en el corazón. ¿Qué es eso?» Salvador: «Es mi herida. Sufro en ti».

Yo: «¿Me has hablado a través del sacerdote?»

Salvador: «No, él no me deja entrar en su corazón».

Le pregunté si había actuado correctamente en el confesionario con el reverendo Vogt.

Salvador: «Actuaste correctamente en el confesionario. Hija mía, sigue siendo fiel a mí». Yo:

«Sí, Señor, lo haré, porque te amo».

Hacia las 6:00 volví a la cama y dormí otras dos horas y media. De 10:15 a 11:15 recé por la iglesia de Rot, especialmente por el reverendo Vogt, los monaguillos, los laicos, el coro de la iglesia y todos los que comulgan indignamente en la iglesia. Por la tarde asistí a la devoción.

Por la noche asistí a la Santa Misa en la capilla de San Roque en Mingolsheim. El padre predicó muy bien y pude experimentar una unión muy hermosa con el Salvador.

Ya llevaba tres días con gripe y le di gracias a Dios por poder ir a la iglesia.

16/03/92 — Lunes

Me atormentaba un fuerte resfriado. Casi toda la noche no pude dormir y tuve fuertes dolores de cabeza, de garganta y de pecho.

Apenas podía calmar la tos, lo que también me dolía mucho. Además, me dolía mucho la columna torácica.

Me quedé en casa y conseguí una cita con el médico a las 11:30.

Cuando me levanté esta mañana, recé durante una hora y media. Luego me uní al Salvador.

Salvador: «Escribe, hija mía. Tu vida está en mis manos. Estás completamente en mí y conmigo».

Yo: «Pero aún no entiendo nada de esto. Siento una gran nostalgia por el cielo». Salvador: «Porque me perteneces por completo».

Yo: «Has dicho que tengo una vida corta en la Tierra. ¿Qué significa eso?» Salvador:

«Ya te voy a llevar conmigo. Pero el tiempo me pertenece a mí».

Yo: «¿Ya he cumplido mi misión en la Tierra?» Salvador:

«Oh, hija mía, aún queda mucho por hacer».

Salvador: «No cargues con tus problemas. Ponlos en mis manos. Me perteneces por completo». Yo: «Señor, soy tan débil. Pongo mi debilidad en tus manos».

Yo: «Jesús, es hermoso estar contigo. No quiero separarme de ti».

Salvador: «Nadie puede separarnos ya, hija mía».

Yo: «Deseo que siempre sea así. Te amo, Señor y Dios mío, con todo mi corazón y con todas mis fuerzas. Ya tenemos el Reino de Dios en la tierra.

Creo que, si te tengo a ti, lo tengo todo. La satisfacción plena solo existe contigo, Señor y Dios mío.

Le pregunté por el padre Vogt, porque me sentí muy decepcionado tras la última confesión. El Salvador dijo primero que el padre Vogt era un cobarde. No quería anotarlo. Pero el Salvador lo repitió por segunda vez.

Yo: «Dime otra cosa, en lugar de cobarde».

Salvador: «Tendrá poco tiempo para hacer lo que le he encomendado». Yo: «No entiendo nada de eso».

El Salvador: «Pero él lo entenderá».

Yo: «¿Tendré otra oportunidad de hablar con él?». El Salvador: «Sí, la tendrás».

Yo: «Pero él no creerá lo que le diga, es neutral». Salvador: «No existe la neutralidad. O cree o no cree». Yo: «Señor mío y Dios mío, pongo este problema en tus manos».

Por la noche, en la iglesia de Rot, recé el rosario por el reverendo Vogt y ofrecí la Sagrada Comunión por él.

20:00 h. Grupo de oración:

Fue muy bonito. Rezamos el Vía Crucis y todos comulgamos espiritualmente.

En el grupo de oración dije que, si no hay ningún sacerdote cerca y ocurre algo, debemos comulgar espiritualmente y unirnos espiritualmente con el Salvador, y eso hay que aprenderlo y practicarlo, a ser posible varias veces al día.

Así nos acercamos cada vez más a Jesús, aprendemos a amarlo cada vez más y recibimos mucha fuerza y gracia para la vida espiritual. Todos hemos recibido mucha gracia.

El padre Dochart no estaba presente.

17/03/92 - Martes

Ayer recibí la gracia y esta mañana se me saltaron las lágrimas. Me asaltó la tentación. El espíritu impuro quería convencerme de que esa no era la voz del Salvador y de que no podía ser que el sacerdote fuera un cobarde.

Él dijo: «¿Ves? Ese eres tú mismo». Empecé a llorar y luego recé de inmediato. ¡Qué rápido surge la duda!

Le dije al Salvador: «Señor, no te preguntaré hasta que haya recibido la señal que me prometiste. Una señal que vea el sacerdote, para que las personas se conviertan y mi sacerdote reciba la iluminación. No puedo estar sin un sacerdote. No quiero morir con pecados. Solo un sacerdote consagrado puede perdonar el pecado. Tú le has dado la autoridad. Te amo, mi Señor y Dios, pero necesito tener un sacerdote al que pueda confiar todo lo que tú me digas.

Señor, estoy dispuesta a sufrir también por este sacerdote, al que tú llamas cobarde.

Pero, Señor, hágase tu voluntad.

Después de todo lo que había dicho, se hizo el silencio y reinaba la calma; ya no quería preguntarle nada más al Salvador. Entonces oí una voz.

Jesús dijo al respecto: «Sí, hija mía, así será».

Me sorprendió oír eso. Luego recé durante aproximadamente una hora con más devoción que nunca. Estuve unos 40 minutos fuera haciendo gimnasia, por los discos intervertebrales que me duelen en este momento.

Cuando volví, los bomberos y la policía estaban en casa de nuestro vecino. El garaje y el coche se habían incendiado. Había una botella con un producto explosivo en el garaje; varias casas de los alrededores podrían haber volado por los aires.

Pensé que el Maligno no solo me había atormentado a mí esta mañana, sino que también había causado daño al vecino. Menos mal que había rezado mucho; de lo contrario, quizá habría pasado algo peor.

Por la tarde fui al bosque y recé otros tres rosarios. Me esforcé por rezar aún más por el P. Vogt. En la iglesia volví a rezar el rosario y ofrecí la Sagrada Comunión por el P. Vogt.

Me alegré, porque era el segundo día en que ningún laico repartía la Sagrada Comunión en la iglesia, a pesar de que había una misa de difuntos y había mucha gente en la misa.

Así pues, todo va de maravilla cuando el P. Vogt distribuye la Sagrada Comunión él solo. Solo hay que rezar mucho por él y por los laicos, para que no la distribuyan.

18/03/92 - Miércoles

Por la mañana temprano recé durante aproximadamente una hora y media. Durante la comunión no oí ninguna voz, pero el Salvador estaba conmigo, solo que no me habló.

Sentí paz y tranquilidad, y no me entristeció que no me hubiera hablado, pues conocía el motivo.

Al mediodía recé el rosario y asistí a la Santa Misa en la capilla de San Roque en Mingolsheim. Hoy ayuné por el P. Vogt y ofrecí la Santa Misa por él.

19/03/92 — Jueves

A las 3:30 me levanté y saludé a San José con amor. Recé durante más de una hora antes de volver a dormir. Dos horas después volví a rezar. Recé por el P. Vogt, solo por él el rosario de la Alegría. Luego recé 50 veces, en lugar del rosario, la oración al arcángel Miguel con el añadido

«Santa María, Madre de la Iglesia, ángeles y santos todos, rogad por nosotros», y luego el Padrenuestro en las cuentas grandes, así como el Gloria Patri, el Magnificat, tres veces el Sanctus y la oración «Invocación a la Virgen María contra los ángeles rebeldes». En este «rosario de exorcismo» incluí a todos mis enemigos, al reverendo párroco Vogt, a los padres de Waghäusel y del monasterio de Neuburg, de Espira y Friburgo, y a todos los sacerdotes de los alrededores. También a mi grupo de oración, al reverendo párroco Dochart y a los laicos que repartían la Sagrada Comunión, también estaban incluidos.

Después de eso, comulgué espiritualmente. Cuando me uní al Salvador, oí la voz: «Gracias, hija mía».

Me sorprendió un poco que Dios me diera las gracias, pues solo Él sabe cómo he rezado. Entonces yo también le di las gracias por esta fuerza que me había dado para rezar. «Te doy las gracias, Señor y Dios mío, por la gracia de poder servirte».

Por la noche, en la iglesia, vestido de rojo, se me acercó el laico que repartía la comunión. Me incliné ante el Salvador y regresé a mi sitio sin haber recibido la comunión sacramental. Recibí la Sagrada Comunión espiritualmente y el Salvador vino a mí. Ofrecí la comunión espiritual por el Santísimo José.

20/03/92 - Viernes

Tras la oración, me uní al Salvador. Volví a preguntarle si había hecho bien en no recibir la Sagrada Comunión de manos del laico.

Salvador: «Sí, hija mía, fue correcto. Sigue así, en la medida de lo posible». Le pregunté por el P. Dochart, porque había oído que en otros lugares defendía la comunión en la mano.

Salvador: «Él hace lo que quiere».

Yo: «¿Cómo debo comportarme ante un sacerdote así, si él también habla de la comunión en la mano y la considera correcta?»

El Salvador: «Dile lo que te he dicho, que el camino correcto es la comunión en la boca». Le pregunté al Salvador por el Jueves Santo. El hermano Alois le había dicho a Hedwig que ese día iba a pasar algo.

Salvador: «No tienes por qué creer en algo así».

Yo: «Jesús, ¿tienes algún deseo de decirme algo?»

Salvador: «Sí. Permanece siempre fiel a mí».

Yo: «Mi amadísimo Padre, deseo serte siempre fiel. Por eso te pido la gracia de poder permanecer siempre fiel a ti, incluso cuando la cruz que me das se haga más pesada».

Por la tarde, en la iglesia de Rot, recé el rosario y recibí la Sagrada Comunión en intención de el P. Vogt.

21/03/92 - Sábado

Asistí a la misa matutina en Waghäusel y recé especialmente por el padre Werner Egon. No me gustó que nos pidiera que nos quedáramos sentados durante el Evangelio. Me arrodillé y pensé que ahora me arrodillaba por todos los que estaban sentados. En ese

momento sentí un ataque interior. Desde lo más profundo de mi corazón recé entonces por el padre Werner Egon. Esta vez me dio la Sagrada Comunión sin dudar, mientras yo estaba arrodillada en el suelo. Di gracias a Dios, a la Madre de Dios, a los santos arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael y a todos los estigmatizados, como el padre Pío, pues a todos ellos los había invitado a estar conmigo cuando me arrodillara ante el Salvador.

Por la tarde, de 16:15 a 18:15, recé no solo por el reverendo Vogt, sino también por el barro de la iglesia y para que los ministros de la comunión dejaran de repartir la Sagrada Comunión, para que los fieles dejaran de comulgar indignamente con la mano y para que Dios ya no fuera tan ofendido por la comunión en la mano. Fui a confesarme con el reverendo Vogt. Tenía un pecado y me molestaba. El reverendo Vogt me dio la absolución y no me dirigió ni una sola palabra, como si me hubiera confesado en un país extranjero. Salí del confesionario y seguí rezando, otro rosario. Por la noche leí la Biblia durante una hora más.

22/03/92 - Domingo

A las 7:00 h comencé a rezar. Recé durante una hora y luego me uní al Salvador. Lloré por el señor párroco Vogt y di gracias a Dios por la absolución. Luego le pregunté al Salvador por qué el sacerdote no me había dirigido ni una sola palabra.

Salvador: «Reza por él, hija mía. Ahora él mismo tiene problemas».

Yo: «¿Pensaba que hablarías a través de él?»

Salvador: «Me hubiera gustado hablar a través de él, pero aún no es posible». Yo: «Tengo la sensación de que el sacerdote me ha abandonado».

Salvador: «A mí me pasa lo mismo».

A menudo me he preguntado si realmente soy la elegida o si solo me lo estoy imaginando. Le dije al

Salvador: «Si tú quieres, dímelo».

Salvador: «Piénsalo bien, hija mía».

Entonces pensé primero en las palabras de Jesús: «Yo soy tu guía espiritual, etc.».

Salvador: «Hija mía, anótalo. Eres la elegida y estás predestinada». Yo: «Pero he pecado durante tantos años».

Salvador: «Pero has venido a mí». Yo: «¿He estado tan tiempo extraviada?».

Salvador: «Sí. Como tantos millones de personas ahora». Yo: «¿Se puede llamar a esos millones de personas para que vuelvan?».

Salvador: «Reza por ellos».

Le di las gracias al Salvador y a la Virgen María.

Fui a la iglesia un poco antes de que comenzara la Santa Misa. Allí recé la letanía al Espíritu Santo por todos los que acudirían a la misa. Recé fervientemente para que nadie recibiera la Sagrada Comunión de forma indigna.

Creo que mis oraciones fueron escuchadas, porque fueron a comulgar tan pocas personas como nunca antes. Creo que ya no necesito más señales del Salvador. Hay que rezar para que la gente vaya a confesarse.

Mientras estaba arrodillado en el banco para recibir la Sagrada Comunión, le dije al Señor:

«Señor, hágase tu voluntad, ya sea del sacerdote o del laico de quien vaya a recibir ahora la Sagrada Comunión».

Cuando el laico se acercó a mí y me vio, se dio la vuelta en un santiamén y se alejó de mí, como si se hubiera asustado. Así que vino el P. Vogt y me dio la Sagrada Comunión.

Al mediodía fui al rosario y a la devoción en la iglesia. Por la tarde, Marion estuvo conmigo y escribimos el diario.

23/03/92 - Lunes

A primera hora de la mañana empecé a rezar. Al cabo de una hora y media más o menos, me uní al Salvador y recé con fervor.

Entonces le pregunté al Salvador si esa era una señal para mí, porque tan pocos se habían comulgado el domingo.

Salvador: «Habrà otra señal antes de Pascua, hija mía, créeme, no dudes». Salvador: «Escribe, hija mía, quiero que siempre me seas fiel».

Yo: «Señor, hágase tu voluntad».

Salvador: «Te guiaré por el camino que conduce a mí». Yo:

«Tengo miedo de perderme».

Salvador: «Tómame siempre de mi mano».

Yo: «Señor, si ya he sido elegida, ¿qué debo hacer?». El Salvador:

«Reza para que se elimine la herejía.

Escribe, hija mía, hay que eliminar la comunión en la mano». Yo: «Es una tarea difícil».

Salvador: «Sí, hija mía, eso es lo que debes hacer». Salvador: «Vete en paz».

Yo: «Te doy las gracias, Señor y Dios mío, por esta conversación. Haré todo lo que esté en mi mano».

Mi alma se encontraba en profunda paz y profunda tranquilidad. Creo que debo tomarme todo mucho más en serio que hasta ahora.

Antes de la Santa Misa recé el rosario. Puse todas mis intenciones en esta oración del rosario. Ofrecí la Santa Misa por las almas pobres.

20:00 h. Grupo de oración: Había acudido mucha gente. Rezamos durante unas dos horas, especialmente por los sacerdotes, para que dejen de repartir la comunión en la mano.

24/03/92 - Martes

Primero recé durante una hora y luego comulgué espiritualmente.

Un profesor croata, un sacerdote, dio una conferencia en Speyer el 21/03/92. Ya he escuchado la cinta sobre ello.

Le pregunté al Salvador por el sacerdote, el profesor, de Croacia. Le pregunté si esa era la voz del desierto.

Salvador: «Pero tú no fuiste allí». Yo: «Tampoco me llamaste».

Salvador: «Siempre encontrarás algo que no está bien en un sacerdote. Busca también algo bueno en él».

Yo: «Señor, yo amo a los sacerdotes, ¿por qué ellos no me aman a mí?».

Salvador: «Porque tú reconoces sus malas acciones».

Yo: «Señor, pero no pueden ocultarte sus malas acciones». Salvador: «No, no pueden, pero sí pueden ocultárselas a los hombres». Yo: «Me parece como si ciegos guiaran a ciegos».

Salvador: «Sí, lo has adivinado».

Yo: «Señor, ¿nos encontramos en tal oscuridad?»

Salvador: «Reza para que haya más luz».

Yo: «Señor, tú eres la luz. Por favor, penetra la oscuridad con tu luz eterna».

Salvador: «Casi todos se encuentran en esta oscuridad. Todos quieren tener dos padres. No se deciden por ninguno de los dos».

Salvador: «Escribe, hija mía, todos los hombres deben convertirse».

Yo: «Entonces se puede decir, como tú le dijiste a Don Bosco: “¡Avertere, avertere!”».

Pregunté por la llave de Pedro, si todos los apóstoles tenían la llave de la puerta del cielo.

Salvador: «Mi casa no es una casa terrenal. Aquí solo hay una llave y es Pedro quien la tiene. Todos deben escucharle».

Yo: «Pero tiene tantos enemigos».

Salvador: «Pero eso es una señal de que está guiado por mi Espíritu».

Recuerda, hija mía, quien contradiga la doctrina reconocida de Jesucristo, peca contra el Espíritu Santo. Ese es el peor de los males.

A ellos ya no se les puede ayudar».

Yo: «Señor, ya no puedo seguir escribiendo, me cuesta mucho poner esto por escrito. Te doy gracias por esta gracia que me has concedido».

De 13:00 a 14:00 estuve nadando. Como en todas partes, también en el agua recé oraciones breves. En mis pensamientos le dije al Salvador: «Querido Dios, te amo tanto como hay gotas de agua en la piscina».

Inmediatamente recibí la respuesta del Salvador: «Y yo te amo como todas las gotas de agua de todas las piscinas que existen».

Sonreí al hacerlo.

Por la tarde, en la iglesia de Rot. Ofrendé el rosario y la Sagrada Comunión por mi marido, al que hoy le han operado de la pierna y se encuentra ingresado en el hospital.

25/03/92 — Miércoles

Como he puesto al Salvador en primer lugar en mi vida, primero debo rezar. Recé durante aproximadamente una hora; después pude rezar bien interiormente, con el corazón.

Le dije al Salvador: «Hoy no te pido nada, quizá tengas algo que decirme o quieras pedirme algo».

Habla, Señor y Dios mío, tu sierva escucha. Pero, Señor, hágase tu voluntad.

Salvador: «Escribe, hija mía, el señor párroco Vogt debe escuchar lo que has escrito».

Yo: «¿Cuándo debo ir a verlo?» Salvador:

«Ve a verlo, pregúntale de nuevo». Yo:

«¿Estarás entonces conmigo?»

Salvador: «Sí, hija mía, estaré contigo». Yo:

«¿Hablarás ahora a través de él?»

Salvador: «Déjalo en mis manos».

Yo: «¿Cuándo debo ir a verlo? ¿Antes de Pascua o después de Pascua?» Salvador: «Ve ahora, en estos días».

Yo: «Él no quiere hacer lo que le digo de tu parte».

Salvador: «Me basta con que lo escuche».

Salvador: «Escribe, hija mía. Tenemos muy poco tiempo».

No quería escribir eso, porque el Salvador nos lo había dicho. Pero el Salvador lo repitió dos veces más.

Yo: «¿Debo transmitirle algo más al padre Vogt?» El

Salvador: «Dile que lo quiero mucho».

Yo: «Señor y Dios mío, haré lo que me has dicho. Te doy las gracias por esta conversación».

Durante la unión con el Salvador sentí una paz y una tranquilidad muy profundas. No puedo describir con palabras lo libre que me sentí y cómo percibí el amor del Salvador. También recibí mucha gracia.

«Qué importante es cómo se reza y qué se reza, desde lo más profundo del corazón»,

pensé. Antes no lo sabía. Gracias, Dios, por esta gracia.

A las 15:45 estuve con el reverendo Vogt. Después fui a la iglesia y recé dos rosarios por el reverendo Vogt.

A las 16:30 h: Marga F. me contó qué día era hoy: «La Anunciación del Señor».

A Marga y a mí se nos puso la piel de gallina, porque el Salvador me dijo precisamente hoy que fuera a ver al reverendo Vogt y que el reverendo Vogt debía escuchar lo que había escrito.

Me fui a casa y recé unos 30 minutos más por el reverendo Vogt.

A las 18:00 horas llamé una vez al timbre de la casa parroquial, pero nadie me abrió. Entonces entré en la iglesia y recé con los fieles. Tras el rosario, fui a ver al párroco Vogt.

Ahora sí me recibieron. Le dejé leer al padre Vogt lo que el Salvador me había dicho hoy

25 de marzo de 1992.

El padre Vogt no hizo ningún comentario al respecto. Pedí la bendición, me arrodillé en el suelo y luego me fui.

A las 19:00 h ya estaba en la iglesia de Mingolsheim. Allí asistí a la Santa Misa y ofrecí la Sagrada Comunión a la Virgen María.

Fue muy bonito; se rezó mucho en latín. Me sorprendió mucho y pensé que el obispo Lefebvre tendría que rezar por ese párroco, ya que ese sacerdote había dado una conferencia en contra de Lefebvre. Al final, me acerqué al sacerdote y le di las gracias por esa hermosa misa. Nunca había asistido a una misa tan cercana al latín en nuestra zona.

Gracias a Dios.

26/03/92 — Jueves

Por la noche, de 4:00 a 5:00, recé dos rosarios y muchas otras oraciones por todas las almas.

A las 9:30 volví a empezar a rezar, pero primero lloré. Lloré tan amargamente que tuve que sollozar.

Pensé en el P. Vogt y en que se mostró tan frío conmigo. Ni siquiera me dio la mano, como solía hacer. No puede ocultar lo que hay bajo su máscara. Incluso le dije que no me gusta ir a verlo, porque sé que no le gusta recibirme.

Le dije que lo hacía porque así lo quería el Salvador.

Cuando mi llanto se intensificó, oí al Salvador decir: «¿No vale más ser amado por mí que por todos los hombres?».

En ese momento dejé de llorar de inmediato.

Le dije a Jesús: «Sí, es cierto, porque tu amor es más fuerte que el amor de todos los seres humanos juntos».

Yo: «Señor, me has quitado el llanto. Tu dolor era mucho mayor que el mío». Salvador: «Sí, es cierto, hija mía».

Yo: «Pensé que había hecho algo mal con el sacerdote, porque me fui sintiéndome muy vacío por dentro».

Salvador: «Lo hiciste bien con el sacerdote, lo demás ya vendrá. Déjame a mí. Ten confianza en mí».

Yo: «Y lo que me dijo Marga ayer, que se habían dicho cosas malas sobre mí». Salvador: «No debes hacer caso de lo que digan los hombres».

Yo: «Cuando rezaba esta noche de 4:00 a 5:00, no podía conciliar el sueño. ¿Qué era esa inquietud que me atormentaba?».

Salvador: «Hija mía, le has arrebatado muchas almas al diablo. He permitido esas pequeñas tentaciones para que sepas lo importante que es rezar por la noche». Esa unión con el Salvador fue maravillosa. Sentí en mi interior una paz profunda, una tranquilidad y una calidez. Se podría haber pensado que solo le pertenezco a Jesús, pero no es así.

Jesús ama a todas las almas; de lo contrario, no sería el Dios del amor. Mi alma herida se curó por unos minutos. Eso es sobrenatural. Un médico terrenal no puede hacer eso, sino solo el médico celestial, nuestro Salvador.

Siempre pensaré así, aunque todos me fallen y me abandonen, que el amor del Salvador es más fuerte que el de todos los sacerdotes y personas juntos. Te doy gracias, Señor y Dios mío, por no abandonar a tu sierva.

Le pregunté al Salvador si lo había escrito correctamente.

Salvador: «No lo habrías escrito si no te hubiera sido inspirado».

Yo: «Señor, quítame, por favor, este temperamento impulsivo, para que pueda estar más tranquila y pueda seguir siendo tu sierva».

Salvador: «Eso me gusta ahora de ti, hija mía».

Yo: «Señor, se te puede dar todo, eso es hermoso. Tú puedes moldearme como quieras, porque te pertenezco por completo. Podría seguir hablando contigo durante mucho tiempo, pero ahora debo marcharme».

Salvador: «Ve en paz».

Cuando miré el reloj, ya eran las 10:40. A las 10:30 tenía una cita en la clase de gimnasia. Corrí rápidamente hacia allí. Por el camino recé para que aún me aceptaran.

La gimnasta me dijo que había llegado tarde, pero me dio una nueva cita a las 11:30, que era la única que quedaba libre ese día. Me alegré de que mi oración hubiera sido escuchada. Porque las casualidades no existen. Te doy gracias, mi Salvador, por haber conseguido otra cita, ya que las plazas para esta gimnasia para la columna vertebral se agotan con varias semanas de antelación.

Por la noche fui a la iglesia de Rot a rezar el rosario. La Santa Misa que siguió la ofrecí por las almas de los difuntos.

Hedwig y Hilde estuvieron un rato conmigo. Después vino Marion y escribimos el diario.

27/03/92 - Viernes.

Después de unos segundos de oración, comulgué espiritualmente. A continuación, le pregunté al Salvador, porque aún no tenía claro lo que el Salvador había dicho ayer: «Eso me gusta ahora de ti...» «¿Debería cambiar mi temperamento impulsivo?», pregunté. El

Salvador respondió: «Quédate tal y como eres, hija mía».

Volví a preguntarle por el padre Vogt, porque otra vez no había dicho ni una palabra, ni en el confesionario ni en su casa parroquial.

Salvador: «¿Te resulta difícil ahora?»

Yo: «No».

Salvador: «Todo llega a su debido tiempo».

Yo: «Señor, por favor, dime si se acerca algo a lo que deba prestar atención y con lo que deba tener cuidado».

Salvador: «Sí, te esperan muchas tentaciones. Con oraciones podrás evitarlas». Yo: «¿Y tú permites que eso me suceda?»

Salvador: «Nadie está libre de ello».

Yo: «¿Cuál es el arma más poderosa contra las tentaciones?»

Salvador: «Ya lo sabes, hija mía: el amor».

Yo: «Entonces te pido que nunca me separes de ese amor».

Salvador: «Un ser humano sin amor ya no es un ser humano, sino un esclavo de Satanás. De ellos solo se cosechan frutos infernales. Reza para que sean eliminados».

Gracias, Señor y Dios mío, la lección de hoy me basta. Salvador:

«Vete en paz, hija mía».

Por la tarde, en la peluquería. Oré mucho allí. Pero al final, el diablo me venció. Una peluquera habló mal de un creyente y yo lo confirmé. Inmediatamente me di cuenta de que eso era un pecado, porque no tengo derecho a juzgar. Más tarde intenté defender a esa persona, pero creo que lo que ha pasado, ha pasado.

Por la noche me arrepentí profundamente de ese pecado y recé el rosario. Recibí la Sagrada Comunión, pero no fue como de costumbre.

28/03/92 — Sábado

De 1:45 a 2:50 rezo devotamente por todas las almas.

Entonces oí al Salvador decir: «Te doy las gracias, hija mía», y nada más.

Por la mañana volví a rezar durante aproximadamente una hora y me uní a Él, pero no oí ninguna voz.

15:45 — 17:15 h: Recé dos rosarios, pero estaba distraída. Luego volví a confesarme. Quería liberarme del pecado de la chismorreos.

Durante la confesión, el reverendo Vogt no dijo ni una palabra, salvo la absolución. Le di las gracias al Salvador por haberme liberado del pecado a través del sacerdote. Después recé un rosario por el reverendo Vogt.

A las 19:00 h ya estaba en la iglesia de Bad Schönborn. También aquí recé fervientemente para que los fieles no recibieran la Sagrada Comunión de forma indigna, por costumbre o con gran pecado, pues el Salvador ya ha sido suficientemente ofendido.

Dos laicos y el sacerdote repartían la Sagrada Comunión. Yo estaba sentada en la parte trasera de la iglesia. El laico vino hacia atrás para repartir la comunión y se acercaron más personas a comulgar con él que con el sacerdote, que estaba en la parte delantera de la iglesia. El sacerdote ya había terminado y el laico me bloqueaba el paso. A pesar de ello, pasé a su lado hasta llegar al altar. El sacerdote ya estaba de nuevo arriba, pero yo me arrodillé en la escalera y esperé hasta que el sacerdote vino y me dio la Sagrada Comunión. Sentí que todos me observaban. Para mí era más importante lo que Dios quería de mí y no lo que pensarán las personas. Después de la misa, la iglesia se quedó vacía en un santiamén. Nadie fue capaz de rezar ni un momento más después de la preciosa Sagrada Comunión. Se podría haber pensado que habían recibido pan normal y no al Dios Trino en forma de pan.

29/03/92 — Domingo

Después de haber rezado durante 45 minutos, me uní al Salvador. Volví a preguntar por el sacerdote, porque él todavía no me había dicho nada.

Salvador: «Esto debe seguir así».

Entonces le pregunté si había hecho lo correcto en Bad Schönborn, al acudir al sacerdote en lugar de a un laico, aunque me hubiera costado un gran esfuerzo.

Salvador: «Hija mía, has cumplido mi voluntad».

Yo: «Antes sentía una gran inquietud en mi interior. Mi corazón estaba como desgarrado». Salvador: «Los espíritus impuros luchan para que no hagas algo así».

Yo: «Solo cuando te acercaste a mí sentí una paz profunda y noté que la inquietud y los ataques en mi corazón habían desaparecido de repente, como si una guerra hubiera terminado».

Salvador: «Hija mía, eso es lo que deseo, sigue así».

Yo: «Padre amorosísimo, no me importa que la gente me mire como si estuviera haciendo algo malo, pero la lucha interior es mucho peor. Si no hubieras venido a mí, no habría podido soportarlo. Pero como sé que vienes, no solo en la comunión sacramental, sino también en la comunión espiritual, tengo una gran confianza en ti, y seguiré haciendo lo que tú deseas de mí».

Yo: «¿Quién guía al laico para que vaya atrás a repartir la Sagrada Comunión? ¿Es esa la voluntad del sacerdote?»

Salvador: «Hija mía, esa es obra de Satanás».

Salvador: «Escribe, hija mía: todos los que reciben la Sagrada Comunión de manos de un laico han comulgado indignamente».

Yo: «Señor, he leído en el boletín de nuestra iglesia que la señorita Vennebusch lleva la Sagrada Comunión a los enfermos. ¿Se ajusta eso a la verdadera doctrina de Cristo?» El

Salvador: «Eso es una herejía».

Volví a preguntar si había oído bien. El Salvador: «Eso es herejía».

Salvador: «Escribe, hija mía, que los hombres están tan sumidos en el fango que ya no saben lo que es correcto».

Yo: «Señor y Dios mío, rezaré por este asunto». Recé con fervor durante un rato.

Entonces el Salvador dijo: «Vete en paz».

Asistí a la Santa Misa en Rot. Al recibir la Sagrada Comunión, el laico estaba justo a mi lado. No se atrevió a darme la Sagrada Comunión. Volví a sentir los ataques.

Fue terrible. El sacerdote se acercó y me dio la Sagrada Comunión.

Solo en el momento de la comunión sentí una profunda paz. Ofrecí la Sagrada Comunión por el personal de la clínica de otorrinolaringología.

A las 13:00 h estuve en el rezo del rosario, luego en la adoración en la iglesia. A las 14:30 h visité a mi marido en el hospital.

30/03/92 - Lunes

Estaba sola en el trabajo. Mi compañera seguía enferma. Hasta que llegaron los pacientes, pude rezar mucho.

Entonces llegó el médico adjunto y se ocupó de mí cuando le dije que estaba sola y que faltaban dos miembros del personal.

Me dijo que me enviaría ayuda durante una hora y media. Llegó un civil de la sala de urgencias; pude atender a los pacientes aunque estuviera sola trabajando.

Hacia las 10:30 me dirigí a la sala de médicos. Le pregunté a mi ángel de la guarda si había algún paciente esperándome atrás.

Oí «ve», pero enseguida tuve algunas dudas. Cuando llegué a la sala de rayos X, no había ningún paciente.

Hacia las 13:00 horas estaba en la capilla. Le pregunté al Salvador si se trataba del ángel de la guarda, porque me parecía un poco extraño.

Salvador: «Hija mía, el espíritu impuro se está entrometiendo. Examina bien la voz. Te has precipitado. Hay que reconocer la voz de la mansedumbre».

Yo: «Dime algo para que reconozca lo que viene de ti».

Salvador: «Te amo, hija mía».

Yo: «Te oigo muy mal». Salvador:

«Pero lo has oído».

Yo: «Eso viene de lo más profundo del corazón».

Salvador: «Mantén la calma y la paz cuando hables conmigo». Yo:

«Has dicho que el ángel de la guarda también me habla». Salvador:

«Sí, pero no cuando tú lo deseas».

Por la tarde estuve en la iglesia de Rot. Ofrendé el rosario y la Santa Misa por las almas de los difuntos.

20:00 h. Grupo de oración.

El párroco Dochart también había venido y adoramos al Salvador. La gente también se confesó.

Intenté animar a los fieles contándoles las gracias que había recibido del Salvador. Después de haber rezado durante dos horas, charlamos un rato con el sacerdote, como solíamos hacer.

No me gustó todo lo que dijo el sacerdote. Hoy volví a confesarme con el padre Dochart.

31/03/92 - Martes

11:30 h en la sala de médicos:

Como no me gustó lo que el padre Dochart había dicho ayer por la noche sobre el Papa, hoy le pregunté al Salvador.

Salvador: «El Santo Padre es infalible. Él es la verdadera Iglesia de Cristo, guiada por mi Espíritu. Y todos deben someterse a esta Iglesia».

Le pregunté si era correcto lo que había dicho en el grupo de oración. Salvador: «Yo te inspiré lo que dijiste».

Le pregunté si debía ir a Bretten, pues el Salvador es mi director espiritual. Salvador: «Hija mía, no necesitas ir allí».

01/04/92 — Miércoles - Veneración de la Preciosa Sangre - Rodalben.

Hasta que llegaron los pacientes, recé durante aproximadamente una hora y media. Por la tarde fui a la capilla de San Roque en Mingolsheim.

Allí recé el rosario y asistí a la Santa Misa.

02/04/92 - Jueves

Estuve en la iglesia de Rot para rezar el rosario y asistir a la Santa Misa.

03/04/92 - Viernes del Sagrado Corazón

11:00 h, consulta del médico:

Tras la oración, en la unión con el Salvador:

Salvador: «Ve al sacerdote, dile lo que has escrito. Como sacerdote, tiene el deber de escucharte».

Yo: «Señor, ¿y si me echa?» Salvador:

«Entonces también me lo hará a mí».

Yo: «¿Cuándo debo ir?» Salvador:

«Ve hoy, pregúntale».

Yo: «Sí, Señor y Dios mío, iré y haré lo que tú quieras. Padre mío, que tanto me amas, ¿cuál es la razón principal por la que debo acudir al sacerdote?»

Salvador: «Para que rece mucho con los fieles y para que se alejen de las herejías». Yo: «¿Y eso es lo que debo decirle?»

Salvador: «Eso es lo que debes decirle».

Yo: «¿Y si él me pregunta qué es la herejía?» Salvador:

«Tú lo sabes, hija mía».

Yo: «Lo haré, Señor y Dios mío».

Por la tarde, ofrecí el rezo del rosario y la Sagrada Comunión por al padre Vogt. Tras la unión con el Salvador, le pregunté al Salvador, porque quería estar segura de cuándo debía acudir al padre Vogt.

Salvador: «Ve, hoy mismo».

Empecé a llorar. Me costó mucho esfuerzo ir a ver al reverendo Vogt. Qué humillación. No podía salir de la iglesia de tanto llorar.

Le pedí al Salvador que me diera fuerzas.

Cuando me encontré ante la puerta de la casa parroquial, no pude pulsar el timbre de tanto llorar.

Entonces llegó un monaguillo y llamó al sacerdote.

El sacerdote vino, vio que lloraba y dijo: «Bueno, pase».

Le dije: «Usted, como sacerdote, tiene el deber de escucharme y de escuchar lo que quiere el Salvador».

Él daba vueltas al tema, pero no decía lo que había que decir.

Me dijo que tenía que buscar a otro sacerdote, de otro lugar. Porque si él lo comunicaba, entraría en un círculo vicioso.

Eso me dolió profundamente y le dije:

«El Salvador no entra en un círculo vicioso. No está bien lo que dice, eso no se dice».

Luego le dije además que rezaba por él, por esas bromas tontas del boletín parroquial. Después tuve que añadir que por las tardes, en la iglesia, después de la Sagrada Comunión hay que salir rápidamente porque enseguida apagan las luces.

(Una vez incluso me quedé encerrado en la iglesia).

Entonces me dijo que la señora del sacristán tenía que irse a casa enseguida.

Le dije que también se le podía dar la llave de la iglesia a otra persona. Vi que no tenía sentido y me fui a casa con el corazón encogido.

En casa lloré como nunca antes.

Luego fui a casa de la señora Hamsch, quería escribir en mi diario, pero no pude.

Cuando volví a casa, recé durante una hora aproximadamente.

04/04/93 - Sábado

Estuve en la iglesia de Waghäusel a primera hora de la mañana. Tras la Santa Comunión, recé con fervor en el suelo, ante el sagrario.

Pensé que quizá le había dicho algo incorrecto al P. Vogt. El Salvador: «Le has hablado correctamente».

Yo: «Entonces, ¿debo seguir escribiendo el diario o debo dejarlo?». Salvador: «Sigue escribiendo, hija mía».

Así que luego fui a casa de la familia Hamsch. Allí desayuné y después escribí el diario con Marion. De 16:15 a 18:15 recé de rodillas en la iglesia de Rot por el párroco Vogt, por las intenciones del Salvador y por todas las almas.

05/04/92 - Domingo

Antes de la Santa Misa recé durante aproximadamente una hora y media. Me uní al Salvador y recé con fervor. Me sentí decepcionada por lo que el P. Vogt había dicho el viernes, que si hacía eso entraría en un círculo vicioso. Esas palabras no me dejaban en paz.

En realidad, estas palabras significan que yo me encuentro en un círculo vicioso.

Salvador: «Hija mía, anótalo. Todos se encuentran en el círculo vicioso si no cambian lo que yo les pido».

Yo: «¿Qué les pides?»

Salvador: «Un profundo respeto hacia la Santísima Trinidad. La comunión en la mano debe abolirse lo antes posible. Aparte de las manos consagradas, nadie debe distribuir la Sagrada Comunión. Esto ya lo han confirmado los papas anteriores y debe seguir siendo así hoy en día».

Yo: «El P. Vogt quería que acudiera a otro sacerdote, que no fuera de este lugar, que sería mejor para mí».

Entonces hubo medio minuto de profundo silencio. Salvador: «Hija mía, aún está por venir». Yo: «¿Qué es, qué está por venir?».

Salvador: «El sacerdote adecuado».

Yo: «¿Leerá entonces el nuevo sacerdote mi diario?»

Salvador: «Hará lo que yo le diga».

Yo: «¿Entonces ya puedo rezar por el nuevo sacerdote?»

Salvador: «Sí, hazlo».

Por dentro me dolió, porque ya conocía al reverendo Vogt desde hacía siete años e incluso llevaba ocho rezando por él, ya que aún no había recibido la sotana y yo rezaba por el nuevo sacerdote, porque el antiguo, el reverendo Köstel, ya se había jubilado y, además, estaba enfermo.

Yo: «Te doy gracias, Señor y Dios mío, haré todo lo que me digas». Señor, hágase tu voluntad.

El Salvador se mostró hoy algo más severo. Dijo: «Eso te basta por hoy».

Tomé el crucifijo que estaba sobre la mesa delante de mí, lo apreté contra mi corazón y consolé al Salvador. Luego besé el crucifijo, como siempre. Le pedí perdón al Salvador por aquellos que, por indiferencia, reciben al Salvador con la mano.

Le dije al Salvador: «Graba tu rostro en mi corazón, para que la gente vea lo que me has dado, pues soy tu sierva y lo seguiré siendo mientras tú lo quieras, mi Señor y Dios, mi guía espiritual».

Yo: «Mi querido Jesús, haz conmigo lo que quieras, te pertenezco por completo. En tu amor, Señor y Dios mío, está todo. Sin tu amor no era nada y no soy nada. Y todo lo que tengo es de ti, y lo pongo en tu Corazón herido, fuente de misericordia.

Mi alma se encontraba entonces en una paz y una calidez muy especiales. El amor del Salvador se sentía más fuerte de lo habitual. Y, sin embargo, Él es un Padre más vivo, más temible, más justo y más misericordioso.

10:00 h: Asistí a la Santa Misa en Rot.

A las 18:00 h hubo un servicio de penitencia, y no me sentía bien interiormente. No me extraña que tan pocos vayan a confesarse.

A las 20:00 llegó Marion y escribimos el diario durante aproximadamente una hora y media.

Después recé otro rosario.

Tengo que añadir que esta tarde, sobre las 13:30, sufrí una tentación.

Estaba tumbada en el sofá de la sala de oración. Primero leí un libro de Margarete. Entonces, de repente, me invadió un gran cansancio. Quería levantarme porque quería escribir algo más en el diario. Pero no pude. Era casi como si alguien me hubiera administrado anestesia. Entonces supliqué a Jesús: «Ayúdame, por favor, quiero levantarme, no tengo fuerzas».

Eso duró un rato, luego dije: «Mi carne es débil, pero mi espíritu está dispuesto». De repente oí: «Levántate y ve a escribir».

De repente, ya no sentí cansancio. Me sentí con mucha energía y seguí escribiendo en el diario.

06/04/92 — Lunes

Después de haber rezado, quise volver a comprobar si había oído bien lo del nuevo sacerdote.

Salvador: «Viene un nuevo sacerdote».

Yo: «¿Es esa su voluntad o la tuya?».

Salvador: «Es mi voluntad».

Yo: «No me sentí bien en la devoción penitencial de ayer, faltaba algo». Salvador:

«La devoción penitencial le gustó al diablo, pero a mí no».

Yo: «Entonces muchos recibirán la Sagrada Comunión de forma indigna».

Salvador: «Sí, hija mía, lo has adivinado».

Salvador: «Reza por esta intención».

Escribe, hija mía, la confesión auricular sigue siendo válida. En la penitencia hay aún mucho orgullo y falta el arrepentimiento en los fieles».

Me vinieron algunos pensamientos a la cabeza, como si todo procediera realmente de mí. Salvador: «Hija mía, yo te los he inspirado. Por ti misma no puedes hacer nada».

Salvador: «Vete en paz».

A las 12:00 en la capilla del trabajo: primero le pedí al Salvador que me diera otra oportunidad para volver a hablar con el padre Vogt. Recé un rato y entonces oí:

«Sé humilde».

Luego volvió a haber silencio, hasta que oí:

«El señor párroco volverá a hablar contigo». Le

pregunté si debía dirigirme a él.

Salvador: «Él te hablará».

Entonces le pregunté al Salvador: «¿Qué quieres decir, Salvador, con la palabra “humilde”?». Salvador: «Sé pequeño».

Por la noche recé el rosario en la iglesia por el P. Vogt y, a continuación, asistí a la Santa Misa.

20:00 Grupo de oración:

Oramos durante unas dos horas y media. También en esta ocasión recé por el padre Vogt, porque le tengo cariño y no quiero perderlo, ni quiero que se vaya.

07/04/92 — Martes

Le pregunté al Salvador si el grupo de oración había durado mucho.

Salvador: «No, hija mía, no duró mucho. Tenéis que rezar aún más».

Le pregunté al Salvador si le había gustado lo que había dicho en el grupo de oración.

Salvador: «Todo lo que dices es verdad».

El rosario de la expiación, ese salvavidas para el mundo que habíamos rezado en el grupo de oración, fue muy agotador. Muchos estaban cansados y exhausto.

Salvador: «Es un rosario de expiación».

Yo: «¿Cómo debo comportarme cuando se trata de la verdadera doctrina de Cristo? ¿Debo defenderme?».

Salvador: «Basta con que se lo digas. De lo demás me encargo yo».

13:00 h en la capilla de la clínica:

Tras la oración, me uní al Salvador:

Salvador: «No me decepciones, mantente fiel a mí».

Yo: «Querido Salvador, ¿con qué voy a decepcionarte?»

Salvador: «Con lo que has escrito».

Yo: «Y si el sacerdote me dice que tengo que hacerlo como él quiere...». El

Salvador: «Entonces haz lo que él quiera, bajo su responsabilidad».

Cuando hago radiografías, también envío a muchos pacientes a confesarse. Así ha sido hoy con una joven, una estudiante. Le pregunté si se sentía mareada.

Ella dijo: «Sí».

Le pregunté además si tenía sudores fríos y si se sentía mareada. Volvió a responder que sí.

Yo: «¿Hace mucho que no se confiesa?». Ella: «Sí».

Entonces empezó a llorar. La abracé y miré con serenidad la cruz de Jesús y la imagen de la Virgen María que colgaban en la sala de radiología, y recé en silencio:

«Querido Salvador, querida Virgen María, os entrego esta alma».

Le di a la joven unas hojas con oraciones para que rezara. Se alegró y se marchó feliz. Hay miles de pacientes con estos síntomas y este diagnóstico a los que ya les he hecho radiografías. Y en la radiografía no se ve nada. Eso es una señal de que los dolores no son de origen orgánico. (Las radiografías se conservan como prueba durante diez años, después se destruyen).

Sería mejor que los pacientes se confesaran antes de la cita con el médico; así se podrían ahorrar muchas radiografías, ya que los rayos son perjudiciales.

Los dolores no son orgánicos, es decir, son de origen psíquico, y la bendición del sacramento de la penitencia mejoraría mucho el estado de salud del alma.

Por la tarde, en la iglesia de Rot:

Ofrendé el rosario y la Santa Misa por el reverendo Vogt, tal y como me había propuesto.

Cuando el párroco le entregó a la monaguilla la bandeja con las Santas Hostias, supe que ella vendría hacia mí para darme la Sagrada Hostia.

Y así fue. Pero no recibí la Sagrada Comunión, me incliné ante el Salvador y volví a mi sitio sin haber comulgado sacramentalmente.

El Salvador vino espiritualmente a mí. Pero antes de que llegara, tuve que luchar contra el espíritu impuro. Sin embargo, después recibí grandes gracias, porque no quise recibir la Sagrada Comunión a través de las manos no consagradas de un laico y no quise ofender al Salvador.

08/04/92 - Miércoles

10:00 h en la sala de médicos:

Le pregunté por el hecho de haber rechazado la comunión.

Salvador: «Hija mía, anótalo, lo que hiciste estuvo bien».

Yo dije: «Había tal inquietud por parte del espíritu impuro, porque rechacé la Sagrada Comunión».

Cuando viniste espiritualmente a mí, hubo entonces una paz absoluta. Tú estás oculto a ellos (los espíritus impuros), ¿cómo puede suceder eso?

Pensé que los espíritus impuros ven que el Salvador no viene a mí sacramentalmente, pero no pueden reconocer que tú vienes a mí espiritualmente.

Salvador: «Seguiré ocultándome de ellos, pero donde yo esté, tendrán que apartarse».

Yo: «¿Era la voluntad del reverendo Vogt que yo recibiera la Sagrada Comunión de manos de un laico?»

Salvador: «Sí, era su voluntad».

Yo: «¿Por qué hace algo así, si sabe que yo no recibo la Sagrada Comunión de manos de un laico?»

Salvador: «Porque él no tiene la fe que tú tienes».

Yo: «Pero yo rezo por él. (Señor, dale la fe viva, la fe del grano de mostaza que puede mover montañas)

Salvador: «La fe también hay que aceptarla».

Yo: «¿Debo seguir tratándolos así a algunos de los ayudantes de comunión cuando vengan a mí?» Salvador: «Sí, hazlo».

Yo: «Sí, Señor y Dios mío, lo haré. Por favor, dame la gracia, la fuerza y el amor para ello, pero quítame el miedo y el temor a las personas. Gracias, mi amadísimo Padre.

Estuve en Zönackel, en Boxsberg, cerca de Heidelberg, para la Santa Misa, en la adoración, y también escuché una charla.

Después fui a visitar a un enfermo al hospital de Bruchsal. A las 21:00 escribí en mi diario junto con Marion.

A las 22:00 h llamó H. Ziegler desde Fráncfort y me contó que la colina de las apariciones en Medjugorje había sido bombardeada.

A las 22:45 enviamos un telegrama al canciller federal Helmut Kohl, que dictamos por teléfono:

A la Cancillería
Federal, 5300 Bonn

Estimado señor canciller federal, le rogamos encarecidamente que proteste a nivel internacional contra los ataques militares contra el lugar de peregrinación mariana de Medjugorje en Yugoslavia - Bosnia y Herzegovina

Grupo de oración
Julijana Ebert
6837 St. Leon-Rot - (Telegrama n.º H 261)

09/04/92 — Jueves

10:30 h en la sala de médicos:

Recé y me uní al Salvador.

Salvador: «Sigue con lo que has escrito hasta ahora». Volví a preguntar por la señal.

Salvador: «Vendrá una señal».

Yo: «No he entendido lo de “no me decepciones”». El Salvador: «Que cumplas lo que me has prometido».

Yo: «El padre Maier me dijo en Zönackel, después de que le contara que me iban a excomulgar, que si uno está separado del Papa, entonces también estará separado en el cielo».

Salvador: «Tú estás conmigo, hija mía, y te mantienes a mi lado».

Le pregunté por la guerra en Yugoslavia.

Salvador: «Escribe, hija mía, la guerra continúa. Reza, hija mía».

A las 16:45 estaba en la iglesia de Rot. Durante la adoración ante el Santísimo, dirigí la oración.

Después hubo 15 minutos de silencio. Adoración.

A las 18:00 horas se rezó el rosario.

A las 18:30 horas se celebró la Santa Misa. Después de la Sagrada Comunión, lloré por Medjugorje. Entonces me vinieron a la mente las palabras que el P. Vogt pronunció tras la consagración, algo así como: «protégela de la falsa seguridad». Pensé que quizá yo tenía esa falsa seguridad. Entonces le pregunté al Salvador: «Si tengo una falsa seguridad, dímelo, y dejaré de escribir el diario inmediatamente».

Salvador: «No tienes una falsa seguridad. Te amo, hija mía».

La voz era mucho más clara y nítida de lo habitual. Dejé de llorar de inmediato. Era un sentimiento que solo Dios puede dar. Le dediqué una sonrisa al Salvador y me fui de la iglesia a casa.

10/04/92 — Viernes

9:00 h en la sala de rayos X:

Recé durante aproximadamente una hora y me uní al Salvador.

Salvador: «Hija mía, ve a ver al sacerdote, pregúntale si se lo ha pensado mejor y quiere hablar contigo».

Yo: «Me dijiste que él me hablaría, eso es contradictorio». Salvador: «Debo acortar el tiempo. El gran peligro está ante vosotros».

Yo: «¿Cuándo debo ir a ver al padre Vogt?»

Salvador: «Ve, hija mía, hoy mismo». Unos 30 minutos más tarde:

Yo: «¿Debo llamarlo o ir a verlo?»

Salvador: «Llámalo y, cuando vayas a verlo, yo ya te diré lo que tienes que decirle». 20 minutos más tarde:

Le pregunté qué quería decir el Salvador con «el tiempo». Le dije: «Pero el tiempo es eterno».

Salvador: «Escribe, hija mía. El tiempo solo me pertenece a mí».

Yo: «No lo entiendo. Lo escribiré; si tú lo dices, así es». Le pregunté si debía escribir algo más.

Salvador: «Ve a él, ve (al sacerdote)».

Yo: «Sí mi Señor y Dios, lo haré. Señor, hágase tu voluntad».

12.15 Capilla de la clínica:

Después de la oración:

Volví a preguntar: «¿Hablará el sacerdote conmigo?»

Salvador: «¿Qué deseas, hija mía?»

Yo: «Lo que tú quieras». El

Salvador: «Entonces habla con él».

Hacia las 15:40:

Llamé al señor párroco Vogt y le conté lo que el Salvador había dicho hoy.

Él dijo: «Ya les he dicho que vayan a otro sacerdote. Dejen el libro, si no, nos meteremos en problemas».

El padre Vogt no se mostró amable por teléfono.

Recé: «Señor mío y Dios mío, hay una gran herida en mi interior. Me duele mucho. Lo que más me gustaría es no hacer nada más. Pero por amor a ti, mi Salvador, seguiré adelante con lo que tú quieres de mí».

Cuanto más rezo por el sacerdote, peor reacciona él contra mí.

Hoy no hubo misa en Rot. Fridolin y yo fuimos a Bad Schönborn, después de haber rezado el rosario en la iglesia de Rot.

En Bad Schönborn-Mingolsheim, en la iglesia, un padre de Zaire celebró la Santa Misa.

Predicó muy bien y se notaba que estaba guiado por el Espíritu Santo.

Por desgracia, rara vez se escuchan sermones así. Doy gracias a Dios por este sermón. Ofrecí la Sagrada Comunión por el P. Vogt.

11/04/92 - Sábado

7:15 h: Estuve en la iglesia de Waghäusel para la Santa Misa. Tras recibir la comunión, recé con fervor. Después de la Santa Misa, recé la Letanía Lauretana. A continuación, cantamos el Salve Regina y rezamos la oración «¡Virgen Madre de Dios mía!».

Entonces dije en voz alta ante los fieles: «Recemos otro Padrenuestro por Medjugorje, pues en ese lugar de apariciones, que ya han visitado millones de personas, han caído bombas». Después me acerqué al sagrario, me arrodillé en el suelo y recé.

Le pregunté al Salvador: «¿Debo dejar el libro si causa dificultades?».

Salvador: «Traería una mejora, pero no dificultades».

Le pregunté al Salvador una vez más, porque no lo había entendido del todo. El

Salvador lo repitió y yo lo anoté.

Ya el viernes, en la iglesia de Bad Schönborn, me preocupó mucho que el párroco Vogt hubiera dicho que el libro nos traería dificultades.

Ayer, el Salvador también había dicho: «Traerá una mejora para la Iglesia, hija mía».

Ayer, el Salvador también me dijo, después de que le preguntara si estaba conmigo: «Siempre estoy contigo».

Después de la misa fui a casa de Marion y escribimos en el diario.

De 16:20 a 18:20 recé varios rosarios en la iglesia de Rot, de rodillas, por el P. Vogt, por todas las almas y por las intenciones del Salvador.

En casa, de 20:30 a 21:30, recé varias veces por el P. Vogt el exorcismo, el rosario de las llagas, el rosario del Espíritu Santo y otras oraciones

12/04/92 — Domingo de Ramos

Recé durante aproximadamente media hora y luego comulgué espiritualmente. Salvador: «Viene un sacerdote».

Yo: «Entonces ese no es mi verdadero sacerdote». Salvador: «No».

Yo: «Entonces, ¿por qué me enviaste a él? No lo entiendo». Salvador: «Con cada persona pongo a prueba lo que es capaz de hacer».

Yo: «Pero tú ya sabías de antemano lo que él es capaz de hacer». Salvador: «También te pongo a prueba a ti con eso».

Yo: «Entonces he suspendido esta prueba».

Salvador: «Hija mía, hasta ahora lo has hecho muy bien».

Le pregunté por la señal antes de Pascua: «¿Cambias tu promesa?» Salvador: «No, no cambio mi promesa.»

Luego hubo un breve silencio. Después oí al

Salvador:

«Escribe, hija mía, quiero...», se produjo un breve silencio y pensé: «¿qué vendrá ahora?», «...una respuesta del reverendo Vogt, de él personalmente, sin que consulte a nadie». El Salvador continuó diciendo:

«Si estuviera en apuros, ¿preguntaría primero a los demás o a mí?»

El Salvador continuó diciendo:

«No tienes que esperar una respuesta, es para mí. Puedes escribirle o ir a verlo, como tú quieras».

Yo: «Señor mío y Dios mío, he decidido escribirle». Salvador:

«Hazlo».

Yo: «Señor mío, Hijo del Dios vivo, ¿qué debo escribir al final?» Salvador: «Os amo, hijos míos».

Asistí a la Santa Misa en Rot. Ofrendé la Santa Misa por Marion. Que Dios le conceda la gracia de seguir escribiendo lo que el Señor quiere de mí.

Entre las 13:00 y las 14:00 recé el rosario en la iglesia y me quedé allí para la adoración. Pasadas las 15:00 escribí la carta al P. Vogt.

A las 20:15 de la tarde la eché al buzón de la casa parroquial junto con Marion.

En la carta escribí lo que el Salvador me había dicho la mañana del Domingo de Ramos.

13/04/92 — Lunes

En el trabajo, hacia las 8:00 de la mañana, mi compañera Veronika y yo rezamos el rosario doloroso. A las 10:00 rezo en la sala de médicos.

Recé y me uní al Salvador.

En 1984, unas semanas después de la aparición de la Virgen, tuve una visión de un terremoto durante unos 20 minutos a primera hora de la mañana. Toda la tierra a mi alrededor se sacudió con fuerza.

Todo era verde, como en primavera. En aquel momento le dije a mi marido que mirara, para que viera que no estaba durmiendo. Porque lo veía estando despierta.

Pero mi marido dormía y no había forma de despertarlo.

Esta noche pensé que eso era el terremoto. (De hecho, por la noche hubo un terremoto, como se informó más tarde en la radio).

Salvador: «No, hija mía, aún está por venir».

Probablemente, el fuerte terremoto que vi en esa visión de 1984 aún está por llegar, tal y como dijo el Salvador.

Después pregunté por el padre Vogt.

Salvador: «El padre Vogt no permanecerá mucho tiempo en vuestro lugar». Yo: «¿Entonces vendrá otro sacerdote?»

Salvador: «Así es. El que venga será tu director espiritual». Yo: «¿Me creará entonces lo que tú me dices?»

Salvador: «No desde el principio».

Yo: «No me da igual que el reverendo Vogt se vaya, pero como tú lo dices, así debe ser.

Entonces tendré que empezar de nuevo a rezar por el nuevo sacerdote. No es fácil. Me volverá a costar muchos sacrificios».

Yo: «¿Cuándo se marchará más o menos el padre Vogt? ¿Se puede saber?» El

Salvador: «Puede que sea pronto».

Salvador: «Escribe, hija mía, serás objeto de burlas, negada y escarnecida; acéptalo todo».

Yo: «Señor, pero no entiendo lo que significa "burlarse". Lo buscaré en el diccionario».

Salvador: «Tus enemigos están más dentro de la Iglesia que fuera». Yo: «Pero son creyentes».

Salvador: «Entre los creyentes hay muchos hipócritas».

Yo: «Por favor, dime otra palabra para "hipócrita", no la entiendo muy bien». Salvador: «Falsos creyentes».

Yo: «¿Se puede decir de otra manera?»

Salvador: «Son los creyentes indiferentes los que defienden la comunión en la mano». Yo: «¿Lo he apuntado bien?»

Salvador: «Sí, así es».

Yo: «Salvador, si digo que los que reciben la comunión en la mano son hipócritas, los estoy ofendiendo».

Salvador: «Así me ofenden constantemente a mí».

Cuando ayer por la noche, sobre las 20:15, eché la carta en el buzón de la casa parroquial, sentí varias veces en mi corazón un pinchazo sordo, igual que cuando me siento atacado al recibir la comunión delante del laico.

Salvador: «Allí también hay espíritus impuros. Están como guardias frente a la casa parroquial».

12:25 h en la capilla de la clínica: Holger también estaba allí. Más tarde, Holger vino a la sala de rayos X y hablamos sobre la carta al padre Vogt. Holger me contó cosas interesantes. Tengo que esperar a ver qué pasa.

Por la noche, en Rot, en la iglesia. Ofrendé el rosario y la Santa Misa por las almas que han caído ahora en la guerra.

20:00 h, grupo de oración:

Había muchísima gente. Tengo que construir la sala de oración sin falta. No me gustó cómo el P. Dochart empezó a rezar. Hoy no hizo la señal de la cruz al principio y empezó directamente a recitar un canto, sin decir antes la página. Por eso, algunos no pudieron seguir el texto ni rezar con nosotros. Al final nos sentamos juntos en la cocina y charlamos. Estábamos con el padre Dochart, éramos siete personas. Cuando el padre Dochart dijo que no había que creer en las revelaciones privadas desde el punto de vista de la Iglesia, sentí un gran dolor en mi corazón. Hablé de Fátima y de Lourdes y dije que, sin los lugares de peregrinación, los fieles se volverían tibios. El padre Dochart repitió una vez más que no había que creer en eso. Entonces le dije que por los frutos se conoce el árbol. Le dije que si todos creyeran en las apariciones de Medjugorje, la guerra no habría estallado. La Virgen dijo al comienzo de las apariciones: «Rezad el rosario, así podréis detener la guerra».

14/04/92 - Martes

En casa, entre las 8:30 y las 10:30:

Después de la oración, me uní al Salvador. Me quejé porque el P. Dochart había dicho ayer que no había que creer en las revelaciones privadas.

Salvador: «El sacerdote no tiene razón».

Yo: «¿Por qué sentí ese dolor?»

Salvador: «Porque puedes sentir mis dolores cuando me ofenden». Yo: «¿Fue ese agravio un pecado?»

Salvador: «Escríbelo. Sí, hija mía».

Yo: «Si no tuviera estas revelaciones privadas, ¿vendría entonces el padre Dochart a verme?»

Salvador: «No, hija mía. Él no habría venido».

Yo: «¿Cuál es la razón por la que lleva tantos años viniendo (al grupo de oración)?»

Salvador: «Satanás quiere destruir a través de él lo que te he inspirado para la mejora de la Iglesia».

Yo: «¿Qué debo hacer ahora?»

Salvador: «Tú lo derrotarás conmigo».

Yo: «El padre Buran ha dicho que los demonios no se apoderan de los sacerdotes».

Salvador: «Escribe, hija mía, casi todos escuchan lo que los demonios les dicen».

Pregunté por María Itten, porque el párroco Wagner no había hablado tan bien de ella como me habían contado los fieles del grupo de oración. Volví a preguntar si lo que ella había escrito era cierto.

Salvador: «La carta de María Itten es auténtica y cierta. Satanás es poderoso. Hay que mantenerse firme en lo que yo he dicho. Mi hija tiene el mismo problema que tú». Yo: «¿Qué problema es ese?»

Salvador: «Mantente fiel a mí».

Yo: «Señor, iría a visitarla, a María Itten». Salvador: «Hazlo».

Le pregunté por la carta que le había escrito al reverendo Vogt y si me esperaba algo.

Salvador: «Tendrás algunas molestias». Yo: «¿Cómo debo comportarme?»

Salvador: «No necesitas dar ninguna respuesta, porque ya te he dicho que no tienes que esperar ninguna respuesta. Mantente humilde, hija mía».

Seguí rezando con gran fervor. Sentía en mi interior una paz y un amor tan profundos que podía decir sin cesar: «Te amo, Señor y Dios mío, con todo mi corazón y con todas mis fuerzas».

Yo no era yo, era el Señor en mí.

Entonces oí: «Ve en paz, hija mía».

Yo: «Gracias, Señor y Dios mío, por esta gracia que solo tú puedes dar».

De 13:00 a 15:00 estuve en el bosque y recé tres rosarios.

A las 17:00 horas fui a ver a mi sobrino, Ratko. Me contó que por la noche sintió que lo estrangulaban, que notó una mano y que casi no podía respirar. Cuando dijo «Jesús», la sensación desapareció.

Todavía no se ha bautizado. Reza, pero aún no lo suficiente.

Quiere bautizarse, pero aún no sabe cuándo.

A las 18:00 h en la iglesia de Rot: la luz eterna tampoco estaba encendida, pero esta vez la sacristana entró enseguida, la encendió y no esperó tanto como de costumbre.

A las 20:30 llegó Marion y escribimos el diario.

15/04/92 — Miércoles

Hice una radiografía a una mujer mayor que, al entrar, dudaba incluso de entrar para hacerse la radiografía. Sentí el espíritu impuro, la bendije y le di agua bendita.

Ella no paraba de refunfuñar. Entonces recé el Ave María, y ella empezó a blasfemar y a hablar tan rápido que no se le entendía: «Bebebebebe».

Cuando mi compañera de trabajo vio eso, le dijo a la paciente: «Eso no está bien, eso no se hace».

La paciente le dijo: «Te voy a dar una paliza».

10:30 h en la sala de médicos:

Le pregunté al Salvador por esta paciente.

Salvador: «Hay varios espíritus impuros. Se quedan ahí. Ella lo quiso así». Yo:

«¿Cuál es el espíritu impuro que se burla durante el Ave María?».

Salvador: «Todos se burlan».

Yo: «¿Debo prepararme para la señal cuando llegue?»

Salvador: «No, hija mía, no hace falta que te prepares. Ya vendrá».

Yo: «¿Me dirás también cuándo llegará esa señal, porque no sé qué tipo de señal habrá?»

Salvador: «Sí, lo haré».

Yo: «Salvador, ¿tengo que hacer algo, llevar a cabo alguna acción? Y si tengo que hacer algo, quítame el miedo y la duda y todo lo que pueda impedirme creer lo que me dices y hacer lo que tú quieres, porque te pertenezco por completo».

Salvador: «Escribe, hija mía, tienes que ir a ver al Papa en los próximos días y decirle lo que has escrito».

Yo: «¿No tengo que hablar primero con un sacerdote?»

Salvador: «Puedes hacerlo, pero tienes que ir a verlo.»

Salvador: «Escríbele personalmente para decirle que vas a ir».

Yo: «¿Qué debo hacer si los sacerdotes me prohíben ir a ver al Papa?» Salvador: «Hija mía, haz lo que te digo».

Yo: «Señor y Dios mío, lo haré. Señor, hágase tu voluntad». Salvador: «El Papa estará preparado para tu llegada».

Yo: «Señor, esto me resulta incomprensible, pero si tú lo dices, así es y creo que así será».

Salvador: «Escribe: estarás conmigo». Yo:

«Señor, no tengo más preguntas».

Salvador: «Vete en paz, hija mía».

Yo: «Gracias, mi querido Jesús, mi guía espiritual. Me aferraré a tu mano para no perderme. Señor, protégeme, guíame adonde tú quieras, pues solo soy tu sierva».

Hoy no fui a la Santa Misa. Aquí en Rot no había ninguna, ni tampoco en la capilla de San Roque, pero hablé con el padre Josef, de Zaire.

En casa me esperaba Marion para escribir el diario.

Esta noche recé unos 45 minutos. Eran más de las 3:00 de la madrugada, no podía dormir. Eran las tribulaciones previas a la Pascua.

Al mediodía, en la capilla del lugar de trabajo, tras la oración del Ángel del Señor, le pregunté al Salvador cómo debía comunicarme con el Santo Padre.

«El Salvador me dijo que le enviara al Santo Padre una carta certificada, no un telegrama».

16/04/92 — Jueves

10:10 h en la sala de médicos:

Marion me había pedido que preguntara si lo que habíamos escrito hasta ahora era correcto. Salvador: «Escribe, hija mía, lo que Marion ha escrito hasta ahora estaba bien».

Yo: «Salvador, quizá tengas algo que decirme».

Salvador: «Escribe, hija mía, me gusta tu forma de ser». Yo: «Te he dado mi movimiento».

Salvador: «Me has dado tu movimiento, eso me gusta». Yo:

«¿Qué significa eso de “movimiento”?».

Salvador: «Cumplir siempre mi voluntad».

Yo: «¿Fue también ayer tu voluntad que hablara con el padre José, de Zaire, durante algo más de media hora, y que habláramos sobre la herejía?»

Salvador: «Sí, esa fue mi voluntad, hija mía».

Yo: «Señor, también le dije que tenía que hablar con tantos sacerdotes. Él no dijo nada al respecto».

Salvador: «Pero él entendió por qué».

Yo: «El padre ha dicho que es imposible apartar a todos de la comunión en la mano para que reciban la comunión en la boca. Yo pensaba que con Dios todo es posible y tú, Salvador, ¿qué dices al respecto?»

Salvador: «Tras el Juicio Final, todos recibirán la comunión por vía oral». Yo:

«¿Qué es eso del Juicio Final?».

Salvador: «Es la purificación de las almas».

Yo: «No entiendo mucho de eso».

Salvador: «Por hoy te basta. Vete en paz, hija mía».

Le prometí al Salvador que creería y escribiría todo lo que me dijera.

18:00 h - 19:15 h. Santa Misa y rosario en Rot.

Entre las 3:00 y las 4:00 de la madrugada tuve adoración en la iglesia. Normalmente le tocaba a mi marido llevar a cabo la adoración a esa hora, pero no pudo hacerlo debido a su pierna enferma. Invité a la Virgen María a que rezara conmigo.

Sí, y sentí que no había rezado sola; canté mejor de lo habitual y recé con toda claridad y con el corazón.

Pero no se le puede explicar ni describir a nadie lo que sentí allí; fue como el 18 de mayo de 1984, cuando se me apareció la Virgen y rezó conmigo, una sensación así.

Cuando me fui a casa con Rosswita y su madre, la madre de Rosswita me dijo que había rezado muy bien y que había cantado muy bien. Eso me sorprendió, porque no sé cantar bien.

Había rezado toda la noche, en casa hasta las 3:00 de la madrugada y luego en la iglesia, donde me quedé tres horas, hasta las 6:00 de la mañana aproximadamente.

17/04/92 — Viernes Santo

Había dormido unas tres horas y media, y luego tuve que levantarme. A las 14:30 volví a la iglesia.

Durante la Sagrada Comunión, Anton, un asistente de comunión, estaba de pie en el centro de la iglesia. Pasé junto a él, pero me incliné ante el Salvador. Como teníamos el , deseaba recibir allí también al Salvador, de rodillas, como corresponde. Recé desde lo más profundo de mi corazón para que el P. Vogt me concediera la Sagrada Comunión.

La señora Vennebusch tuvo la oportunidad de acercarse a mí para darme la Sagrada Comunión. También lo intentó. Dio un paso hacia mí, pero inmediatamente después dio un paso atrás, me miró y volvió a dar un paso hacia mí, y luego volvió a retroceder. Nuestro Señor no lo había permitido; estaba muy claro que la señora Vennebusch quería darme la Sagrada Comunión. Pensé que eso ya era una señal, porque muchos habían visto lo que había sucedido.

Entonces recibí la Sagrada Comunión de manos del párroco Vogt.

Mientras estaba profundamente unida al Salvador, sin haberle pedido nada, el Salvador dijo: «Este es el mayor signo que existe».

Entonces miré la cruz que estaba delante del altar, la cual había besado antes en mi interior. En Medjugorje, todos los fieles besan la cruz el Viernes Santo.

Aquí solo el párroco y los monaguillos se inclinan ante Jesús crucificado. Los fieles permanecían en los bancos. Le pregunté a mi marido si tenía un bolígrafo para poder anotar lo que me había dicho el Salvador. No tenía ninguno.

Le pedí al Salvador que lo repitiera.

Salvador: «Ahora puedes escribirlo, pero grábalo para siempre en tu memoria:

«Esta es la señal más grande que existe».

Miré la cruz de Jesús, que estaba colocada frente al altar para la adoración de la cruz.

Entonces oí: «Vete en paz».

Ofrendé la Sagrada Comunión por las almas de los difuntos.

18/04/92 - Sábado Santo

Por la mañana temprano recé durante más de una hora. Me uní al Salvador y recé con fervor; esperé un rato, pero no oí ninguna voz. Se me ocurrió que quizá había hecho algo mal, o que ya no iba a recibir ninguna voz...

Hoy recé especialmente por los hipócritas, por los sacerdotes, por los ministros de la comunión; recé varias veces el exorcismo, especialmente por mis enemigos.

Por la tarde, de 16:30 a 18:45, recé de rodillas en la iglesia por nuestro párroco y por el nuevo que va a venir. Fue agotador rezar, porque el señor Blank estaba ensayando en el órgano. Pensé en cómo se sentiría el Salvador si estuviera ensayando en la iglesia.

Si creyera que el Dios vivo está aquí, no tocaría el órgano tan fuerte en la iglesia.

20:00 Celebración de la Resurrección

No lo tenía muy claro, porque en el Credo rezábamos «que resucitó de entre los muertos al tercer día», y hoy solo era el segundo día. Me faltaba algo, no estaba tan feliz como en Medjugorje. Allí se celebraba la fiesta de la Resurrección a partir de medianoche. Allí mi corazón se regocijaba durante la celebración de la Resurrección. En la iglesia tampoco oí la voz del Salvador.

En realidad, aquí había demasiada ceremonia con los monaguillos. De vez en cuando sentía punzadas en el corazón y no me encontraba bien.

Luego, en casa, lloré; estaba como confundida, como si no hubiera resucitado con el Salvador.

19/04/92 - Domingo de Pascua

Recé de las 6:00 a las 8:10. Señor y Dios mío, no me siento bien tras esta ceremonia de celebración de la Resurrección. En general, me pareció que algo no había ido bien. Ayer recé mucho, más de cuatro horas, y aun así sentía mi corazón herido. ¿Cuál es la razón? ¿Qué es lo que no he entendido?

Señor mío, quítame el miedo, la confusión, las dudas, y concédeme, por favor, la paz que solo tú puedes dar. Ilumíname con la luz del Espíritu Santo.

Señor, habla, tu sierva escucha, pues creeré lo que me inspires para escribir, pero, Señor, hágase tu voluntad. No soy nada y de la nada has hecho una sierva; y puesto que tú, mi Señor y Dios, eres mi guía espiritual, te abro mi corazón.

Moldeame como tú quieras y haz de mí lo que tú quieras.

Tú solo eres mi Señor y Dios, mi Padre amoroso, mi querido Jesús y Salvador.

Primero pregunté si lo había oído el Viernes Santo después de la Sagrada Comunión, si lo había entendido bien cuando miré el crucifijo que yacía en el suelo, ante el altar, para adorarlo. Lo he besado muchas veces en mi interior.

Salvador: «Sí, hija mía, has oído bien. La mayor señal de todos los tiempos es mi crucifixión por vosotros, los pecadores».

Luego pregunté por la celebración de la Resurrección, porque estaba tan entristecida que incluso tuve que llorar.

Salvador: «Hija mía, la Resurrección tiene lugar al tercer día».

Yo: «Eso puede confundir y desorientar, si ya se celebra el segundo día».

Salvador: «Sí, es cierto. Mantente fiel a mí».

Seguí pensando en todas esas ceremonias en la iglesia.

Salvador: «Escribe, hija mía. Satanás quiere ceremonias por todas partes para distraer a las personas de la verdad».

Yo: «He visto que los monaguillos pueden hacer una reverencia profunda, pero no pueden hacerlo al recibir la Sagrada Comunión».

Salvador: «No conocen el respeto y no lo tienen hacia mí».

Yo: «Señor y Dios mío, ¿quieres decirme, tras la Resurrección, qué debo escribir y qué es lo importante ahora?»

Salvador: «Escribe, hija mía, los hombres deben arrepentirse urgentemente».

Yo: «Jesús, Dios vivo, ¿qué significa “urgente”? Me cuesta escribirlo. Señor, tú eres la verdad y, si tú lo dices, debe de ser cierto. ¿Qué significa “urgente”?»

Yo: «Señor, pero solo si crees que puedo soportarlo, dímelo. Señor, hágase tu voluntad».

Salvador: «Os esperan muchas catástrofes. Escribe, hija mía, hay que rezar mucho en los próximos tiempos».

Yo: «Te amo, Señor y Dios mío, rezaré más que hasta ahora». Recé con fervor por las intenciones que el Señor quiere que yo tenga.

Yo: «¿Es correcto lo que he escrito?» Salvador: «Me basta, hija mía».

Salvador: «Vete en paz, mi querida hija». Yo: «Pero nunca antes me habías llamado “querida hija”». Salvador:

«Puedes escribirlo así».

Yo: «Señor, ¿soy yo una hija querida para ti?»

Salvador: «Sí, te quiero».

Yo: «Gracias, Señor y Dios mío. Gracias».

10:00 h. Santa Misa en rojo. No me gustó el sermón. Después de la Sagrada Comunión me sentí feliz y recibí muchas gracias.

12:30 h: Llegó Fridolin, estudiante de Teología.

13:30 h: Fui con Fridolin al rosario y a la oración.

15:00-18:30: Le leí a Fridolin lo que me había dicho el Salvador. Nos hemos fortalecido mutuamente en la fe.

20/04/92 Lunes de Pascua

Hacia las 3:00 de la madrugada, una voz del Espíritu Santo me despertó. Sentía paz y tranquilidad, al contrario que en otras noches en las que me sentía inquieta y eso me despertaba.

Las palabras que oí fueron claras y nítidas, como nunca antes.

Oí: «Reza mucho, hija mía, porque al cabo de un tiempo, la Palabra vencerá». Luego hubo un momento de silencio y después oí:

«La Palabra vive».

Al cabo de media hora más o menos, volvió a ocurrir lo mismo. Era una voz tan agradable que podría haberla escuchado una y otra vez.

No estaba soñando, estaba despierto. Me levanté, me arrodillé ante el crucifijo y dije: «Sí, Señor, rezaré. Por favor, dame la fuerza del Espíritu Santo, para que pueda rezar».

Así que empecé a rezar hacia las 3:30. Recé oraciones por los enemigos, el exorcismo, el rosario de las llagas, el rosario de la misericordia y muchas otras oraciones; luego comulgué espiritualmente y ofrecí la comunión espiritual por todo el mundo.

Hoy comprendo mejor la frase: «Mis ovejas escuchan mi voz». Recé hasta las 4:30 y luego me fui a dormir.

Cuando me levanté, encendí la radio; eran las 8:00 y escuché en las noticias que la ciudad de Mostar había sido bombardeada esa noche.

La ciudad de Mostar se encuentra cerca de Medjugorje y allí vive el obispo Žanić, que niega Medjugorje. Dijo que los niños mentían.

Cuando estuve con él, el Jueves Santo de 1985, y le conté mis experiencias y la aparición de la Virgen, se le llenaron los ojos de lágrimas.

Me dijo: «Usted conoce mi situación».

Le respondí: «Sí», y sabía que tenía miedo de los comunistas, o mejor dicho, miedo de Satanás. El obispo Žanić tenía fe, pero le faltaba el valor para profesarla.

Pero ¿dónde están los demás obispos, tantos de los cuales estuvieron en Medjugorje?

Ya le entregué a Klaus Ziegler el informe sobre la conversación con el obispo Žanić para que lo incluyera en su libro, que publicó bajo el nombre de Peter Zimmermann.

Escribió sobre mí, pero no publicó el informe de la conversación con el obispo, lo cual lamento.

Jesús murió por muchos, pero el obispo Žanić no quiso dar su vida por Jesús. El libre albedrío del hombre lo lleva al paraíso, al purgatorio o al infierno.

Yo digo que, cuando Dios llama a su pueblo a través de María, quiere salvar a todos y no entregarlos al diablo. Lamentablemente, los sacerdotes mundanos ya no escuchan la voz del Señor. Están ciegos y sordos. Hoy en día se enseña en la Iglesia que no hay que creer en las revelaciones privadas.

Quizás crean cuando ya sea demasiado tarde.

Seguí rezando justo después de las noticias. Hacia las 8:45 me concentré y me comuniqué espiritualmente. Le pregunté al Salvador si había sido Él quien me había llamado esta noche para rezar.

Salvador: «Sí, ha tardado mucho».

Yo: «Señor, perdóname por no haberme levantado enseguida a rezar.

Lo lamento mucho. Señor, ni siquiera puedo decirle al sacerdote que se avecinan muchas catástrofes.

¿Qué debo hacer hasta que llegue el nuevo sacerdote?». Salvador: «Reza, hija mía, reza mucho».

Yo: «Qué pena que no crean en las revelaciones privadas». Salvador: «De eso tendrán que responder».

Salvador: «Vete en paz, mi querida hija». Yo: «Gracias, mi querido Salvador».

10:00 h. Santa Misa en Rot.

12:30 h. Después de comer, recé un rato en el balcón. El Salvador repitió una vez más las palabras: «La Palabra vencerá, la Palabra vive».

No tenía papel en el balcón. Cuando lo revisé más tarde, me di cuenta de que eran las mismas palabras que me había dicho esta noche. Al releer lo de esta noche, me di cuenta de que me había pasado lo mismo que a los discípulos de Emaús. Solo más tarde reconocí al Salvador en mi espíritu. (Hoy se leyó el Evangelio de los discípulos de Emaús).

21/04/92 - Martes

A las 10:10 en la sala de médicos:

Tras la oración, en unión con el Salvador, dijo: «Escribe, hija mía, la guerra rusa se acerca».

Yo: «¿Cómo debo entender esto? ¿Solo afecta a Rusia?».

Salvador: «Todos se verán afectados».

Yo: «¿Será similar a lo que ocurrió con los serbios y los croatas?». Salvador: «Esta guerra no se puede comparar con aquella».

Yo: «¿Cómo voy a construir entonces una capilla si se avecina algo así?».

Salvador: «Construye la capilla lo antes posible».

Yo: «No tengo ningún sacerdote al que pueda contarle todo esto sobre ti».

El Salvador: «Hija mía, el sacerdote vendrá pronto».

Yo: «¿Se quedará en mi pueblo?» Salvador:

«Sí, se quedará en tu pueblo.» Yo:

«¿Tendremos dos sacerdotes?»

Salvador: «No, el padre Vogt se irá a otro lugar. Salvador: «Ten paciencia, hija mía, todo llegará a su debido tiempo». Yo: «¿Debo anotar algo más?»

Salvador: «Reza mucho, hija mía. Te quiero, mi querida hija». Yo: «Así no puedo escribirlo».

Salvador: «Escríbelo así».

Yo: «Mi amado Salvador, siento tus palabras en mi corazón como fuego. No es solo lo que se oye, sino que me hace bien cuando dices algo así, y surte efecto de inmediato. Eso me confirma lo que ya me has dicho: "LA PALABRA VIVE", y es cierto.

No puedo agradecerte lo suficiente con mis palabras. Señor mío y Dios mío, te amo por encima de todo».

Salvador: «Ve en paz, mi querida hija». Por la noche, rosario y Santa Misa en rojo.

22/04/92 — Miércoles

Recé como de costumbre, pero no oí ninguna voz, ni siquiera en la capilla, ni tampoco por la noche después de la Santa Comunión. Sin embargo, al unirme al Salvador, sentí su presencia. El Salvador no me había abandonado, descansaba junto a mí.

Por la noche vino Marion y escribimos en el diario.

Hoy, en el trabajo, tuve pacientes a los que me costó convencer de la fe; por ejemplo, le pregunté a un señor si no se había confesado en Pascua. Él dijo que no tenía pecados. Entonces le pregunté cuántas veces no había ido a la iglesia últimamente.

Él: «Sí. Es cierto».

El siguiente paciente se quejaba de que llevaba ya 10 años enfermo. Sentí la presencia del demonio en él y lo rocié con agua bendita. Se apartó, dio un paso atrás y dijo: «Quítese esos productos químicos». Se notaba claramente su aversión al agua bendita.

Últimamente han venido varios gitanos a hacerse radiografías. Todos los que han venido a mi consulta pertenecen a la misma secta. Al escuchar todo lo que contaban, solo puedo decir que han caído en una herejía total.

Todos, unas seis o siete personas, se abalanzaron sobre mí y sus voces se hicieron cada vez más fuertes. Cogí agua bendita y los rocié a todos. Luego los bendije a todos con la cruz de San Benito. De repente, todos se habían ido.

Por la noche, rosario y Santa Misa en rojo.

23/04/92 — Jueves

10:10 h en la consulta del médico:

Después de la oración sentí varias veces fuertes pinchazos en la mano derecha, en el lugar de la mano donde Jesús lleva las llagas. El dolor era intenso, como si alguien me hubiera pinchado, pero no se veía nada.

Por eso le pregunté al Salvador.

Salvador: «Sí, es el espíritu impuro. Si pudieran, ya te habrían crucificado hace tiempo. No les gusta lo que rezas».

Yo: «Los demás también rezan».

Salvador: «Les quitas muchas almas». Yo: «Todo el mundo tiene un ángel de la guarda».

Salvador: «Escribe, hija mía. Tienes más de un ángel de la guarda».

Yo: «Cuando siento los pinchazos en la mano, ¿no están ahí los ángeles de la guarda?».

Salvador: «Sí, pero yo lo permito. ¿Cómo creerías, si no, que los espíritus impuros están a tu alrededor?».

Yo: «Sería terrible si dejara de rezar». El Salvador: «Sigue así, hija mía, como hasta ahora».

Yo: «¿Qué me recomendarías para los próximos días?»

Salvador: «Ayuna».

Yo: «Sí. Señor, lo haré».

Yo: «Señor, ¿eso es solo para mí, o puedo decirlo también en el grupo de oración?» Salvador: «Eso vale para todos.»

Salvador: «Ve en paz, mi querida hija».

Por la tarde recé el rosario en la iglesia de Rot. Como en Rot no había misa, fui a Mingolsheim, a la capilla de San Roque, y asistí allí a la misa.

24/04/92 — Viernes - El Salvador me habla desde hace un año.

10:10 h en la sala de médicos:

Yo oraba.

Salvador: «Escríbelo, hija mía. Este año y los que vendrán me pertenecen a mí». Yo: «Sí, Señor, pues yo no soy nada».

Salvador: «Sí, has dicho bien. Hija mía, me ha gustado tu trabajo hasta ahora». Yo: «Tengo la sensación de que no he progresado».

Salvador: «¿De verdad no has progresado?»

Yo: «Me paso casi toda la hora rezando, así que no me doy cuenta de lo que he hecho. Este año contigo ha pasado más rápido que ningún otro año antes».

«¿Qué va a pasar ahora conmigo? ¿Seguirás siendo mi guía espiritual?» Salvador: «Sí, hija mía, seguiré siendo tu guía espiritual».

Yo: «Estoy triste porque todos los elegidos tienen un sacerdote al que pueden contárselo todo, y yo no tengo a nadie».

Salvador: «Así debe ser, hija mía, pero no por mucho tiempo». Le pregunté al Salvador sobre la guerra que se avecina.

Salvador: «Escribe, hija mía, la guerra que viene de Rusia será una gran guerra. Nadie puede detener esta guerra».

Yo: «Señor, pero tú puedes detenerla».

Salvador: «Hija mía, el pecado es demasiado grave».

Yo: «¿Puedes decirme algo, ya que hoy hace un año que oigo tu voz?» Salvador: «Escribe, hija mía, reza sin cesar».

Yo: «Sí, Señor, lo haré. Lo que pueda, contigo». Salvador: «Te amo mucho, hija mía. Ve en paz». Por la tarde, rosario y Santa Misa en rojo.

25/04/92 — Sábado

Por la mañana asistí a la Santa Misa en Waghäusel. Después de la Sagrada Comunión, me arrodillé ante el Sagrario. Le pregunté al Salvador si debíamos escribirle una carta al Santo Padre, o si aún había tiempo.

Salvador: «Ha llegado el momento adecuado».

Yo: «¿Cómo es eso, Salvador?, porque otros dicen que no me hablas en términos teológicos. Tú hablas como yo hablo, en mi estilo».

Salvador: «Si hablara de forma que gustara a todos los demás, tú no me entenderías».

Después fui a ver a Marion y escribimos una carta al Padre HI.

De 16:30 a 18:30 recé de rodillas en la iglesia de Rot.

26/04/92 - Domingo

A las 6:00 de la mañana me levanté y recé especialmente por aquellos que hoy quieren recibir la Sagrada Comunión de forma indigna y, en particular, por el P. Vogt.

Tras la comunión con el Salvador, pregunté si debíamos cambiar algo en la carta que habíamos escrito al Papa.

Salvador: «Hija mía, la carta está bien. Envíala».

Yo: «Señor y Dios mío, ayer me pesó mucho en el corazón lo que me contó Jyng, la niña que hizo la primera comunión: no pueden inclinarse ante el Salvador ni ante el sagrario cuando cantamos o rezamos ante el altar, porque el párroco Vogt se lo había prohibido. Me lo contó en presencia de su padrastro y de mi marido, cuando le pregunté. Salvador: «Escribe, hija mía, este sacerdote no vive en la gracia de Dios».

Al principio no quise creer lo que me decía el Salvador, pero luego lo repetí por tercera vez.

Yo: «¿Y cómo es la transustanciación en él?»

Salvador: «Él tiene el poder de la transustanciación. No puedo quitárselo».

Yo: «Señor, eso es terrible. Pronto no podré soportarlo más. Señor, nadie me lo va a creer».

Salvador: «Reina una gran ceguera».

Yo: «Señor, tú sabes cómo rezo por el padre Vogt. ¿Qué voy a hacer?» Salvador: «Déjame a mí a este sacerdote».

Oh, qué difícil fue eso para mí. Apenas pude escribirlo, me golpeó como un mazazo. Yo: «Sí, Señor y Dios mío, ahora entiendo por qué debo ir a ver al Santo Padre».

«Señor, ¿están en peligro los sacerdotes?»

Salvador: «Sí, hija mía. Casi todos están en peligro. No cumplen mi voluntad». Yo: «¿No quieren cumplir tu voluntad o no pueden hacerlo?»

Salvador: «Escribe, hija mía, son indiferentes cuando están ante mí. Deben arrepentirse».

Yo: «¿Acaso no tienen fe?»

Salvador: «Rezan poco por esa fe».

Yo: «Pensaba que la fe era un don de Dios». Salvador:

«Sí, pero yo puedo darla a quien quiera». Salvador: «Mi querida hija, vete en paz».

Yo: «Señor y Dios mío, te doy gracias por tus enseñanzas, tu bondad, tu paciencia conmigo y tu mansedumbre. También te amo por los sacerdotes. Ten piedad de ellos. Rezaré por ellos».

En realidad, ya llevo varios años rezando por ellos en mi grupo de oración.

10:00 h. Misa en rojo.

Apenas pude soportarlo y tuve que rociarme con agua bendita. Sentí como si el infierno se hubiera desatado sobre mí. Oré sin cesar por los fieles y por el sacerdote, y ofrecí la Sagrada Comunión por el P. Vogt.

No me gustó la ceremonia. No me pareció bien que el P. Vogt dejara predicar a la Srta.

Vennebusch. El hecho de que el P. Vogt administrara la primera Sagrada Comunión a los niños en Steten y en la mano es algo de lo que realmente tendrá que responder algún día.

Para comer, Jyng, la niña del Domingo Blanco, me invitó a la sede de la cofradía de tiradores.

Poco después de comer, una monja de Karlsruhe me acompañó a casa y rezamos juntas.

Después vino Marion y escribimos en el diario.

Después me visitaron mi hermano Vladimir y mi sobrino Ratko.

También me visitó Hedwig, de Rot. Después, pasé las notas del diario a una copia limpia.

27/04/92 - Lunes

De camino al trabajo, en el coche, me quedé atrapada en un atasco. Así pude rezar más de lo habitual. En el trabajo:

Enseguida encendí una vela por las almas del Purgatorio y les rocié con agua bendita. Hasta que llegaron los pacientes, mi compañera Verónica y yo rezamos juntas el rosario de la Alegría y oraciones al Espíritu Santo. Después hice radiografías a algunos pacientes y luego fui a la clínica dental para que me empastaran un diente. Estuve unas dos horas en el sillón del dentista. El dentista me preguntó si quería una inyección. Le dije que no y ofrecí el dolor por la conversión de los pecadores y la salvación de las almas. Luego, durante toda la revisión, recé sin cesar por el Santo Padre, por los enemigos del Santo Padre, por los obispos y sacerdotes, y después por los médicos, las enfermeras y otras almas. El tratamiento duró unas dos horas. El dentista sudaba mucho. Al final le dije que no se había confesado. Pero él atribuyó el sudor a la lámpara, que era tan cálida y brillante.

Volví a hacer radiografías a algunos pacientes.

12:00 h en la capilla de la clínica:

Primero recé el Salve Regina y luego continué rezando con mucha devoción. Le dije al Salvador que no le preguntaba nada, ya que yo no soy nada, y que si Él quería decirme algo, que lo hiciera. Cuando estaba profundamente unida, comulgué espiritualmente.

El Salvador me dijo: «Escribe, hija mía, tienes que hablar con el párroco Vogt». Yo: «¿Antes de enviar la carta al Papa, o después de haberla enviado?». El Salvador: «Después de haber enviado la carta al Papa».

Yo: «Sí, Señor, ¿qué quieres que le diga?»

Salvador: «Escribe, hija mía: “¿Quiere cambiar de opinión o no?”». Yo: «Oh, Señor mío, ahora no lo entiendo en absoluto».

Yo: «Dios grande, Dios poderoso, Dios inmortal, ¿cómo se lo digo y cuándo?» Salvador: «Ve a verlo hoy mismo.»

Yo: «Señor, pero no sé cuál es su opinión». Salvador: «Él lo sabe».

Yo: «¿Qué consigo si voy a verlo?» Salvador: «Su salvación».

Yo: «Señor y Dios mío, esto es lo más difícil que he tenido que hacer hasta ahora».

Salvador: «Hazlo, hija mía, es importante».

Yo: «Señor, ya no puedo escribir más, me va a dar un infarto si voy a verlo».

Salvador: «¿Tienes miedo?»

Yo: «No tengo miedo, pero después de todo esto, ahora también creo que él no va a cambiar. Pero si le devuelves la gran gracia, entonces todo puede volver a salir bien».

Salvador: «Sí, hija mía, así es». Yo:

«¿Debo escribir algo más?»

Salvador: «Escribe, hija mía, que todavía lo amo mucho». Yo:

«Señor, ¿debo leerle también lo de ayer?». Salvador: «Lo de hoy».

Yo: «Sí, Señor y Dios, lo haré. Señor, hágase tu voluntad».

Entonces le pregunté al Salvador si iría conmigo a ver al sacerdote, o si estaría sola.

Salvador: «Siempre estaré contigo, vayas donde vayas».

Le di las gracias al Salvador y salí de la capilla para ir a mi lugar de trabajo a trabajar. Había estado unos 40 minutos en la capilla. Por lo general, solo me quedo unos 15 minutos en la capilla.

Después del trabajo, envié la carta al Rvdo. P. Vogt por correo certificado en la oficina de correos. Eran aproximadamente las 16:15. De camino a casa recé el rosario por el P. Vogt. Hacia las 16:45 recé un rato en la iglesia y a las 16:50 ya estaba con el P. Vogt. El P. Vogt me escuchó. Fue amable y dijo: «Ya veremos cómo sigue todo».

Le entregué la copia de la carta que había enviado al Santo Padre para que la leyera. Mientras leía la carta, le pregunté en mi interior al Salvador qué debía decir ahora, y oí: «Calla ahora». Fue una conversación breve, más breve que nunca. Pedí la bendición al P. Vogt. Él me bendijo y me fui.

Por la noche no hubo misa en Rot. A

las 20:00 h, grupo de oración:

Adoramos al Salvador. Como siempre, me arrodillé justo delante del Salvador.

Recitamos tres letanías: el Magnificat, la Letanía de la Trinidad, la Letanía del Corazón de María y la Letanía de Todos los Santos. Sentí un gran calor y alegría que provenían del Salvador. Rezamos durante dos horas y media.

Muchos se habían confesado de nuevo; al final, yo también lo hice. Todos se marcharon felices. El Salvador nos concedió muchas gracias.

28/04/92 - Martes

9:45 - 10:45 h en la sala de médicos:

Hoy no había rezado tanto como de costumbre. Me preocupaba el padre Vogt, y me preguntaba cómo seguiría todo.

Salvador: «Escribe, hija mía. El padre ya lo pensará». Yo: «¿Hablaré ahora con otras personas de la autoridad eclesiástica?». Salvador: «Hablarás con varias personas».

Yo: «¿Me llamará el reverendo Vogt en Friburgo?»

Salvador: «Sí, el arzobispo Oskar ya está informado por mí de tu voz». Yo: «Sí, ¿no ha tenido hasta ahora ningún interés en hablar conmigo?».

Salvador: «Ya llegará. Él aún te hablará».

Salvador: «Aunque otros se burlen de ti, te renieguen y te escarnan, debes aceptarlo todo. Conmigo aguantarás hasta el final».

Le pregunté también por la ayudante de comunión,

Franziska. Salvador: «Ella aún hablará contigo».

Yo: «¿Debo contarle algo sobre la distribución de la comunión?»

Salvador: «Dile lo que te he dicho a ti».

Ayer por la noche, después del grupo de oración, tras haber contado algo de las conversaciones con el Salvador, dos mujeres me dijeron que no le preguntarían al Salvador si estaba con ellas cuando tuvieran que ir al sacerdote, porque era evidente que el Salvador estaba con ellas.

Salvador: «Ten cuidado. No respondas a ese tipo de comentarios; yo sé mejor que nadie lo que habrían hecho».

Yo: «Dímelo, Salvador, si tienes algo que decirme».

Salvador: «Escribe, hija mía, ¿puedes imaginar ahora lo que te voy a decir?» Yo: «No, Señor. Estoy ansiosa por saberlo».

Salvador: «Recibirás una carta del Santo Padre. Podrás acudir a él».

Al principio no quería creerlo, luego pensé que había escrito algo mal y le pedí al Salvador que me lo repitiera.

Le dije: «Por favor, repítemelo otra vez, querido Jesús, mi guía espiritual».

Entonces lo oí por segunda vez.

Salvador: «Recibirás una carta y podrás ir a ver al Santo Padre».

Yo: «Señor y Dios mío, cuándo debo ir allí, lo dejo en tus manos, pues tú sabes cómo están las cosas con mi trabajo aquí. Y si tengo que irme ahora, también en avión».

Yo: «Señor y Dios mío, ya me alegro de poder hablar con el Padre Celestial. Dios todopoderoso, tú lo sabes todo, lo ves todo, haces todo como tú quieres y todo es correcto tal y como tú lo haces. Mi gran amor. No hay que separarse de ti.

Creo que ese podría ser el mayor de los males, si alguien pensara que podría arreglárselas y vivir sin ti.

Te doy las gracias de todo corazón por tu amor y tu mansedumbre, mi Señor y mi Dios. » Salvador: «Vete en paz, mi querida hija. »

Mi alma estaba llena de amor y paz, y me sentía muy feliz. Había hablado con el Salvador durante más de 30 minutos.

A las 12:00 h en la capilla de la clínica. Después salí a dar un paseo al aire libre y recogí un pequeño ramo de flores para la Virgen María.

De las 15:00 a las 15:45 escribí en mi diario. Primero lo hojeé y leí lo que el Salvador me había contado en los días anteriores.

Asistí a la Santa Misa en Rot y ofrecí la Santa Comunión por el Santo Padre y por Marion.

Después de la misa vino Marion y escribimos en el diario.

29/04/92 - Miércoles

Esta mañana volví a rezar más.

A las 10:00 h, en la sala de médicos, me uní al Salvador. Salvador: «Escribe,

hija mía, debes ir a ver al señor decano Enz». Yo: «Señor mío y Dios mío, Jesús mío, guía de mi alma. ¿Por qué?». Salvador: «Debes decirle lo más importante que te he inspirado». Yo: «¿Qué es eso, lo más importante?».

Salvador: «Dile lo de la guerra, porque la Iglesia debe mejorar urgentemente». Yo: «¿Y cuál sería esa mejora?»

Salvador: «Escribe, querida hija. La comunión en la mano debe ser abolida urgentemente. Y la Sagrada Comunión solo debe ser impartida a través de las manos consagradas del sacerdote

Yo: «¿Debo decirle que le he escrito una carta al Santo Padre?» Salvador: «Puedes enseñársela».

Le pregunté también cómo quería el Salvador que los fieles recibieran la Sagrada Comunión, de pie o de rodillas.

Salvador: «Hija mía, graba esto en tu memoria para siempre. Yo soy el Señor y Dios; ante mí, todos deben mostrar el más profundo respeto».

Yo: «Señor, pero el mayor honor es inclinarse ante ti, arrodillarse y recibirte con corazón puro».

Salvador: «Sí, hija mía, lo sabes».

Yo: «Señor, ¿debo acudir directamente al señor decano o debo informar al señor párroco Vogt para que él me consiga una cita, ya que es mi párroco local?» Salvador: «Ve a ver al señor párroco Vogt y dile que concierte una cita con el decano Enz».

Yo: «¿Y si el sacerdote H., el párroco Vogt, me dice que lo haga yo mismo?» El Salvador: «Entonces hazlo bajo su responsabilidad».

Yo: «¿Cuándo debo hacerlo?»

Salvador: «Hija mía, hazlo lo antes posible». Yo: «Señor, hoy estás un poco severo».

Salvador: «Hija mía, el cáliz lleva mucho tiempo desbordándose».

Yo: «Querido Salvador, no lo entiendo muy bien. Perdóname, ¿qué significa eso de “el cáliz se desborda”?»

Salvador: «Hija mía, el pecado es tan pesado que ya no puedo soportarlo».

Yo: «Señor y Dios mío, ten piedad de nosotros, sálvanos, pues somos tus hijos. Jesús, Hijo del Dios vivo, ¿debo escribir algo más?»

Salvador: «Mi querida hija, eso basta. Vete en paz».

Yo: «Señor y Dios mío, lo haré. Señor, hágase tu voluntad. Te doy las gracias de todo corazón por tus palabras».

Estuve unida al Salvador durante unos 30 minutos.

A las 12:00 en la capilla: Recé con fervor y luego me uní al Salvador. Yo: «Señor y Dios mío, he escrito unas palabras; ¿qué escribirías tú en mi lugar?»

Salvador: «Recuerda, hija mía, es un mensaje para los sacerdotes».

Le pregunté si debía ir ahora, esta misma semana, a ver al P. Gebhard Heyder.

Salvador: «El próximo fin de semana».

Luego pregunté si debía ir a ver al P. Vogt o si debía llamarlo por teléfono, ya que así podría ir a ver al

decano.

Salvador: «Llámale.» (al P. Vogt) Yo: «¿Lo he escrito bien?»

Salvador: «Escribe, hija mía, lo has escrito bien».

Yo: «Señor, si me preguntan cómo te oigo, no sabría explicarlo bien». Salvador: «Diles que me oyes en lo más profundo de tu corazón y que allí estoy contigo».

Yo: «Pero yo trabajo en la clínica de otorrinolaringología y tengo mucho que ver con el conducto auditivo, y no te oigo a través de mis oídos».

Salvador: «Eso es sobrenatural».

Yo: «Pero dirán que lo sobrenatural también puede venir del diablo». Salvador: «Que recen por el discernimiento de los espíritus. Entonces reconocerán si lo sobrenatural viene del espíritu bueno o del malo».

Hacia las 13:15 llamé por teléfono al reverendo Vogt. Le dije que el Señor me había dicho que acudiera al reverendo decano Enz y que él debía concertar una cita con el reverendo decano. Se quedó sorprendido y me lo volvió a preguntar.

Se lo repetí por segunda vez.

El padre Vogt me dijo que concertara la cita yo mismo. Le di las gracias. El padre Vogt se mostró algo antipático.

14:00 h en la capilla del lugar de trabajo:

Lloré amargamente, luego recé brevemente y me uní al Salvador.

Salvador: «Ve a verlo personalmente (al Sr. Decano Enz) después del trabajo, después del trabajo. No lo llames antes».

Yo: «¿Estará en casa cuando vaya a verlo?» Salvador: «Sí».

Yo: «Ni siquiera sé dónde vive. ¿Y si no quiere escucharme?» Salvador: «Te escuchará».

Yo: «Señor y Dios mío, pongo toda mi confianza en tus manos.

Señor, hágase tu voluntad. Te doy las gracias, haré lo que me has dicho». Estuve en la capilla de la clínica unos 15 minutos.

Recibí la gracia, mi alma se curó de nuevo al instante y me sentí feliz y pude volver a trabajar.

De camino a Wiesloch, para visitar al Sr. decano Enz, recé un rosario y otras oraciones por el Sr. párroco Erz. Poco después de las 17:00 ya estaba en Wiesloch, en la iglesia de San Lorenzo.

Recé un rato allí y le dije al Salvador: «Ahora estoy aquí y ni siquiera sé dónde vive el reverendo decano Enz».

Le pedí al Salvador que me diera fuerza y paz, y que me inspirara todo lo que tuviera que decir cuando llegara al Rvdo. Decano Enz. Y creo que el Salvador estaba conmigo. Salí de la iglesia y le pregunté a una señora mayor dónde vivía el Rvdo. Decano Enz. Ella me lo dijo y, en un santiamén, me encontré frente a la casa parroquial.

Una mujer guapa me abrió la puerta y le dije que tenía que hablar con el decano, porque el Salvador me había enviado hasta allí.

Ella me dijo de inmediato que el señor decano no estaba.

Le pregunté si estaba segura, pues el Salvador me había enviado.

Ella respondió que estaba en la decanatura de la plaza Adenau ocupado con los niños de la comunión.

Le pregunté cuándo volvería. Me dijo que lo intentara de nuevo hacia las 19:00 y le dije que iría a buscarlo.

Primero fui a la casa del decano, en la plaza Adenau. Allí, un hombre me dijo que el señor decano Enz se había marchado hacía rato. Entonces volví a la iglesia y le dije al Salvador: «Querido Salvador, tú me dijiste que, cuando fuera a ver al señor decano, él estaría en casa».

Salvador: «Está en casa».

Yo: «Entonces la señora me ha mentado». Salvador: «Entra en la casa».

Entonces salí de la iglesia y me dirigí a la puerta de la casa parroquial. No quise entrar y comencé a rezar, pues en mi interior también sentía que el

decano Enz estaba en casa. Sostenía el rosario en las manos y recé varias veces el Ave María en latín, la oración al arcángel Miguel y varias veces el Sanctus en latín. Entonces llegó un señor joven y entró. Vio que yo rezaba el rosario. Luego llegó una mujer mayor, la madre de la ama de llaves de la casa parroquial. Después llegó otro operario, al que ya había visto en la casa del decanato y en la iglesia. El cuarto hombre que llegó se plantó justo delante de mí y gritó y vociferó en voz alta: «¿Nadie puede ayudarme?». Su voz sonaba desesperada.

Inmediatamente sentí al diablo dentro de mí y no le respondí. Pero seguí rezando con devoción y en voz baja un Ave María tras otro.

Pero él podía oír mi oración. Se enfureció y llamó varias veces a la puerta, se inquietó y me amenazó con que dejara de rezar.

Se burló del rosario, levantó la mano contra mí y dijo que me pegaría. No me moví de mi sitio y seguí rezando.

Entonces volvió a llamar al timbre y, por el interfono, se oyó la voz de la ama de llaves diciendo que no había nadie allí. El hombre se marchó entonces lleno de ira y rabia. Seguí rezando y, un rato después, invoqué a la Virgen María y a los ángeles y les pedí ayuda. Supliqué: «Virgen María, extiende tu manto sobre esta casa».

De repente, se abrió la puerta y la mujer me dijo que podía pasar, que el señor párroco había llegado mientras tanto. Parecía insegura y noté que no estaba siendo sincera.

Le dije: «Donde yo estoy, el diablo no tarda en aparecer».

Todavía tenía el rosario en la mano cuando me acerqué al decano y le dije que había estado rezando delante de la puerta porque el Salvador me había dicho que el sacerdote estaba en casa y que por eso no había querido llamar al timbre. Él me miró con asombro.

Le conté lo que el Salvador me había dicho, que el señor decano debía saberlo.

Hablamos unos 25 minutos y le leí las tres últimas páginas del diario y también le di a leer la carta que le había enviado al Santo Padre.

Me dijo que hablaría con el señor párroco Vogt.

Le pedí su bendición y me arrodillé ante él. Me dio una bendición muy bonita y me fui.

En el aparcamiento, donde estaba mi coche, me encontré con la ama de llaves de la parroquia y le dije que tenía que ir a confesarse. Ella respondió que se trataba de una mentira piadosa. Le dije además que Dios lo había visto. Entonces se rió y siguió su camino.

A las 18:25 ya estaba en la iglesia de Rot. Ofrecí la Sagrada Comunión por el señor decano Enz y por el señor párroco Vogt.

Después de la Sagrada Comunión, cuando me había unido al Salvador, le pregunté si todo lo del señor decano había estado bien.

Salvador: «Todo eso estaba bien».

Salvador: «Te doy las gracias...». Al cabo de un rato, el Salvador continuó hablando: Salvador: «Te amo, mi querida hija, vete en paz».

Después de la misa, mantuve una conversación con una monja (Steinhauser). La protegí de la herejía y hablé con ella durante unos 20 minutos. En casa me preparé algo de comer y enseguida volví a recibir visita. Volví a hablar de Dios, porque el visitante no sabía si estaba bautizado.

El diablo se había apoderado de mi marido. La ira y el odio se habían manifestado en él, incluso se había torcido la pierna enferma. Después vino Lucía.

Me prometió que rezaría por mí y me dijo que ya estaba deseando que llegara el lunes, para ir al grupo de oración. Le gusta venir aquí a rezar.

A las 22:45 me fui a la cama.

He pasado muchas noches durmiendo tan poco que solo Dios lo sabe. Y, sin embargo, el Salvador me da fuerzas para seguir trabajando.

Creo que este día ha sido una gran lección para mí. Porque el Salvador me confirmó que oigo su voz y, al mismo tiempo, me mostró lo furioso que está Satanás conmigo. Sin el Salvador, seguramente no lo vencería.

Te doy gracias, Señor y Dios mío, por esta gran gracia que me has concedido hoy.

Para mí se aplica lo siguiente: «El que busca, encuentra», y para el señor decano se aplica: «Velad, porque no sabéis a qué hora vendrá».

30/04/92 — Jueves

Esta mañana recé mucho. Luego recé el rosario con mi compañera. A las 10:00 h estaba en la sala de médicos trabajando. Mientras trabajaba, pude rezar bien. Más tarde convertí a mis pacientes que venían a hacerse radiografías, las ovejas descarriadas que creen no tener pecado y no se confiesan.

Un paciente era de Hungría, otro de Italia, un tercero venía de Rumanía y luego vino también un alemán de Mauer. Fue una buena pesca. Así que no recibí el mensaje del Salvador hasta las 12.30 en la capilla de la clínica.

Yo: «Cuando ayer rezaba delante de la puerta del decano y el hombre con el espíritu impuro se me apareció, tú estabas conmigo».

Salvador: «Sí, estaba contigo».

Yo: «Por eso no pudo atacarme».

Yo: «¿Qué espíritu impuro tenía ese hombre? Te lo pregunto porque eres mi guía espiritual, y si necesito saberlo, dímelo, si así lo deseas.

Salvador: «Escribe, hija mía, era Lucifer». Yo: «¿El demonio de Lucifer o el propio Lucifer?»

Salvador: «El mismo Lucifer».

Yo: «¿Estaba solo o había otros con él?» Salvador: «Había multitudes con él».

Yo: «Señor y Dios mío, ¿cuál era su objetivo? ¿Fue porque estaba rezando ante la puerta del decano? Justo en ese momento se presentó, cuando tenía que tratar asuntos importantes con el señor decano. Señor, dímelo, si es importante para los sacerdotes».

(Satanás estaba furioso porque yo hablaba con el señor decano sobre la abolición de la comunión en la mano y la introducción de la comunión en la boca, pues la comunión en la mano es obra de Satanás).

Salvador: «Escribe, hija mía, los sacerdotes deben cumplir mi voluntad». Yo: «Pero, ¿cuál es el objetivo de Lucifer?».

Salvador: «Él los quiere a todos».

Yo: «Señor, ¿lo he escrito bien?» Salvador: «Sí, así es correcto.»

Salvador: «Escribe, hija mía, los sacerdotes están ahora en confusión». Yo: «¿Por qué?»

Salvador: «Porque están sumidos en el fango. Hija mía, mantente fiel a mí y sé firme».

Yo: «Salvador, algo se me avecina. Puedes decírmelo, pues estoy contigo y lo creeré».

Salvador: «Serás tamizada».

Yo: «Querido Dios, ¿qué significa “ser cribada”?»

Salvador: «Muchos te harán preguntas. Escucha bien mi voz». Yo: «Señor y Dios mío, pero eso no es fácil».

Salvador: «Ya te lo he dicho, al final vencerás conmigo». Yo: «Gracias, Señor y Dios mío, sucederá tal y como lo has dicho».

Estaba en la iglesia, vestida de rojo. Ofrecí la Sagrada Comunión por Marion.

Recé especialmente por ella.

El arquitecto Wolfgang vino a ver dónde queremos construir la sala de oración. Roswita también estaba allí.

Por la tarde vinieron Marion, su madre y Erich. Mientras escribía el diario con Marion, mi marido, Irma y Erich rezaban el rosario.

Gracias a Dios por esta gracia.

01/05/92 - Viernes

En casa, alrededor de las 7:00:

Tras 45 minutos de oración, me uní al Salvador.

Yo: «Señor y Dios mío, mi Padre bondadoso y Redentor, ¿qué quieres decirme para que lo escriba? Señor, hágase tu voluntad. Señor, no soy nada. Ni siquiera me atrevo a preguntarte nada hoy. Quizás sea porque, Señor, estoy tan decepcionado con los sacerdotes. Me duele el corazón por ellos. Sí, Señor, lloro por los sacerdotes. Se les quiere sacar del fango y ellos no escuchan».

Salvador: «Escribe, hija mía. En los próximos días debes hablar en mi nombre. Serás invitada a ver al señor arzobispo».

Yo: «¿A quién? ¿Al arzobispo

Saier?» Salvador: «Sí, hija mía.»

Yo: «¿De qué debo hablar con él?» Salvador:

«De lo que te he inspirado».

Yo: «¿Cuándo hablaré con él, antes de ir a ver al Santísimo Padre o después de haber hablado con el Santísimo Padre?»

Salvador: «Antes de que hablaras con el Padre».

Yo: «Mi Dios fuerte, inmortal y santo, ¿debo prepararme para ello?»

Salvador: «Reza y ayuna».

Yo: «Sí, Señor, lo haré. Y tú estarás conmigo». Salvador: «Sí, estaré contigo».

Yo: «¿Tengo que escribir algo más?»

Salvador: «Sí. Escribe, hija mía, algo más. Todo lo que te he inspirado hasta ahora, mantente firme y fiel a ello».

Al cabo de un rato, el Salvador dijo:

«Vete en paz».

Estuve unos 30 minutos en íntima comunión con el Salvador. Después seguí rezando, pero no lo anoté todo. Tengo que ser breve, si no, Marion no da abasto con la transcripción.

Por la tarde fui a la iglesia para el rosario. Fue la ceremonia de inauguración de las devociones marianas de mayo. Sería más bonito si se rezara más.

Marion estuvo aquí por la tarde y escribimos el diario.

Hilde y Hedwig vinieron a visitarme después de la misa y las fortalecí en la fe. Recé por la señorita Wennebusch, para que ya no distribuya la Sagrada Comunión.

El Salvador me dijo: «Hay que rezar por esta intención».

02/05/92 — Sábado

A las 7:15 de la mañana me llevaron a Waghäusel a la Santa Misa, al primer banco frente al sagrario. Los demás fieles que asistían a la Santa Misa estaban sentados en la parte trasera y más pequeña de la iglesia, detrás del altar. Desde allí no se puede ver el sagrario ni a la Virgen de Waghäusel, la Madre de corazón bondadoso.

No puedo describir cómo recibí la gracia en ese lugar, frente al sagrario, de inmediato.

La Santa Misa fue celebrada por tres sacerdotes. Hice la comunión espiritual y sentí que el Salvador había venido a mí.

Después fui a ver a Marion y escribimos en el diario.

A las 12:00 rezamos el «Ángel del Señor». Durante la oración, oí que mi suegra iba a ser trasladada este mismo mes. No lo tenía del todo claro, así que se lo conté a Marion. Cuando llegué a casa, seguí la última parcela del jardín y luego sembré hortalizas.

A las 16:25 h fui a la iglesia de Rot, donde permanecí hasta las 20:00 h aproximadamente.

Primero recé el rosario con unas cuantas mujeres. Después seguí rezando sola hasta las 17:25 h aproximadamente. Entonces me uní al Salvador.

Yo: «Salvador, ¿hice bien esta mañana en Waghäusel al celebrar la Santa Misa ante el Sagrario?»

Salvador: «Sigue así, hija mía».

Yo: «El padre Berthold quería darme la Sagrada Comunión. Pero como estaba arrodillado al otro lado de la iglesia, es decir, no junto a los demás fieles, sino ante el sagrario, me sentía tan profundamente unido espiritualmente al Salvador que sentía que Él estaba conmigo.

Y así no comulgué sacramentalmente, aunque el padre Berthold me hizo una señal de que podía comulgar. Salvador, ¿hice bien?»

Salvador: «Si él quiere darte la Sagrada Comunión, ve hacia él».

Yo: «Pero cuando me uní espiritualmente contigo, tú estabas conmigo». Salvador: «Sí, estaba contigo».

No quise preguntar nada más.

Entonces se hizo el silencio.

Entonces oí: «Escribe, hija mía». Luego volvió a haber silencio.

Pensé: «¿Qué vendrá ahora?».

Entonces oí que añadía: «Este mismo mes me llevaré a tu suegra conmigo. Reza por ella».

Yo: «Sí, Señor, rezaré por ella».

Yo: «Señor mío, no tengo nada más que preguntarte. Eres bondadoso y misericordioso. Te amo por encima de todo».

De nuevo se hizo el silencio.

De repente, se me escapó una gran lágrima del ojo derecho. Pensé en qué significaría eso y qué vendría ahora.

Entonces oí:

«Escribe, hija mía: “En Serbia también habrá una guerra.” Yo:

«Pero eso es triste, Señor.»

Pregunté: «¿Será destruida mi patria?»

En ese momento pensé en las dos grandes ciudades, Belgrado y Pančevo.

El Salvador: «Así será».

Yo: «Señor y Dios mío, ¿qué debo hacer?»

Salvador: «Reza mucho».

Yo: «Señor, ya no sé cómo rezar por todo. Me abruma tanto». Yo: «¿Cuándo será eso, mi Señor y Dios?»

Salvador: «Escribe, hija mía, en los próximos días».

Salvador: «Hija mía, mantente fuerte».

Yo: «Sí, Señor, seré fuerte, porque así lo quieres Tú». Yo:

«Te doy las gracias, mi Señor y Dios».

Después de pasar dos horas y media arrodillada rezando en la iglesia, me quedé a celebrar la Santa Misa. Ofrecí la Santa Comunión por mi suegra.

Cuando llegué a casa, mi marido estaba enfadado porque había estado fuera tanto tiempo. No pude contarle lo que había oído sobre su madre. Guardé silencio, porque él no me cree y casi siempre se enfrenta a mí.

03/05/92 — Domingo

7:30 h en casa:

Empecé a rezar y, después, me uní al Salvador.

Le dije al Salvador: «¿Qué debo hacer? Si cuento en mi tierra lo que va a pasar, me creerán».

Salvador: «Escribe, hija mía, no te creerán».

Salvador: «Las personas que no están reconciliadas con Dios deben arrepentirse urgentemente; solo así podrán salvarse».

Yo: «Señor y Dios mío, si Belgrado y Pančevo son destruidas, ¿se considerará eso como un juicio punitivo?»

Salvador: «Sí, hija mía, así es».

Yo: «Señor, en esta ciudad se ha abortado a la mayoría de los bebés».

Salvador: «Lo has adivinado».

Yo: «Señor, ¿puedo hacer algo por estas personas?».

Salvador: «Aquí solo sirve de ayuda el ayuno y la oración».

Al cabo de un rato, oí al Salvador decir:

«Hija mía, te amo. Mantente fiel a mí. Ve en paz».

Yo: «Padre amoroso, concede tu gracia, misericordia y perdón a todas las personas que aún no se han reconciliado contigo. Señor y Dios mío, sálvalas para que no se pierdan. Te doy las gracias, mi querido Jesús, guía de mi alma, por tus palabras vivas y por las muchas gracias que me has concedido».

A las 10:00 h asistí a la Santa Misa en Rot.

Sufrí durante la Santa Misa. Ni los niños ni el sacerdote mostraron reverencia hacia Dios. Por la tarde fui de peregrinación al Letzenberg.

Volví a casa decepcionada. El canónigo predicó, pero no lo que la gente debería escuchar hoy en día. No hacía más que andarse con rodeos.

Cuando bajaba por el viñedo desde el Letzenberg, desde la capilla de Nuestra Señora de los Dolores, tras la oración, me encontré frente a la casa parroquial, sin haberlo previsto, con el canónigo.

Le dije que la próxima vez predicaría sobre Medjugorje. Me miró con asombro. Le dije que pronto iría a ver al arzobispo Oskar.

Me dio la mano y me fui. Probablemente tenía que decírselo. En casa recé el rosario.

Después vino Marion y escribimos el diario.

Mientras escribíamos, mi marido, Irma y Hedwig Heger rezaban juntos el rosario.

El Maligno me ha atormentado también hoy con fuertes pinchazos en la muñeca derecha. Cada vez que le echo agua bendita y ofrezco el dolor por la salvación de las almas, el dolor desaparece.

04/05/92 - Lunes

Entre las 10:00 y las 11:00 recé con fervor en el sillón del dentista de la clínica.

A las 12:00 h en la capilla de la clínica:

Después de la oración, recé con fervor la oración de Fátima y otras oraciones.

Le pregunté al Salvador, porque ayer había sufrido mucho en la iglesia cuando los niños bailaban alrededor del altar.

Salvador: «Escribe, hija mía, eso no es propio del altar. Es un altar de sacrificio. Con ello, el sacerdote apartará a los niños de la reverencia».

Yo: «Ayer por la tarde tampoco me gustó el sermón en Letzenberg». Salvador: «El sermón no se ajusta a los tiempos actuales».

Yo: «Me basta con lo que he oído». Entonces se hizo un profundo silencio.

Entonces oí al Salvador decir:

«Escribe, hija mía, —silencio— tendrás que irte», —silencio— «no sabes lo que viene ahora, ¿verdad?».

Yo: «Señor y Dios mío,» —silencio— «Dios grande, Dios santo, ¿adónde debo ir? Pero antes de que me lo digas, quítame el miedo y el temor a los hombres, y dame la gracia para que haga y cumpla lo que es tu voluntad».

Salvador: «Debes ir a ver al canciller Kohl. Él debe llamar al pueblo a la oración». Yo: «¿Qué le digo si me pregunta por qué?»

Salvador: «Dile que va a venir la guerra».

Yo: «¿Debo decirle también que Belgrado y Pančevo serán destruidas?» El Salvador: «Sí, escríbelo, tienes que decírselo».

Yo: «Señor, pero eso es algo muy serio». Salvador: «Hazlo, hija mía».

Yo: «Sí, Señor, lo haré. Señor, hágase tu voluntad». Yo: «¿Cuándo debo irme?»

Salvador: «Ve tan pronto como puedas».

Yo: «Señor, cuando vaya a verle, ¿me escuchará?» Salvador: «Sí, te escuchará.»

Yo: «Lo haré, por favor, dame la gracia y todo lo que necesite para hacerlo».

Entonces oí al Salvador decir: «Te amo y te doy las gracias, hija mía. Vete en paz».

Holger rezaba a mi lado en la capilla y me observaba mientras yo tomaba notas.

Le conté lo que el Salvador me había encargado y él me dio una idea de cómo podría llegar hasta el canciller federal.

En Ludwigshafen hay un convento mariano, al que también acuden sus hijos. Inmediatamente pensé también en el padre Stefan, pero ahora está cerca de Colonia; solo sé que Fridolin tiene su número de teléfono.

Después le pregunté al Salvador si ese camino era el correcto. Salvador: «Sí, hija mía, así también se puede».

Yo: «¿Tengo que anotar algo más, o es así como tú lo quieres?» Salvador: «Hija mía, así es».

Mi descanso había terminado. No salí a tomar el aire y seguí trabajando enseguida.

A las 18:15, Fridolin, que estaba en Landershofen, me dio el número de teléfono del padre Stefan en Colonia: 0221—214535 - St. Columba.

Intenté llamarlo tres veces a ese número. Pero nadie contestó el teléfono.

A las 18:40 llegaron a mi casa seis personas de Pirmasens y alrededores. Fuimos juntos a Mingolsheim, a la capilla de San Roque, y allí asistimos a la Santa Misa, ya que en Rot no había. Les dije que todos debíamos ofrecer la Santa Misa por el canciller Kohl y su familia. Fuimos siete personas las que lo hicimos.

En casa, llegué al grupo de oración unos 15 minutos más tarde. Nunca había venido tanta gente a rezar como hoy. También había venido el padre que se encuentra actualmente en la capilla de San Roque, el padre Söllner.

Oramos mucho. Al final, los fieles se marcharon felices. El padre se negó al principio a dar la bendición.

Luego me hizo varias preguntas y, solo después, nos dio a todos una bendición maravillosa.

Un fiel, Toni, que casi siempre acude al grupo de oración, se enfadó y se sintió un poco ofendido porque el padre, cuando le pedimos que nos diera la bendición, al principio se negó a hacerlo.

Dijo que la Virgen ya nos había dado la bendición. Yo dije: «Sí, eso creo y es cierto».

Y, aun así, el padre no quiso bendecirnos, después de que se lo pidiera una vez más.

Entonces Toni dijo: «Entonces tampoco es un sacerdote de verdad».

El padre preguntó quién hablaba desde arriba, si era un santo, porque Toni estaba sentado en la escalera que subía, ya que no había más sitio. Toni respondió: «Sí, San Antonio».

05/05/92 - Martes

10:00 h en la sala de médicos:

Tras la oración, me uní al Salvador. Le pregunté por el padre que había visitado al grupo de oración la noche anterior.

Salvador: «Fue una tentación».

Yo: «¿Qué quieres decir con tentación? Porque tú dices que hay que abolir la comunión en la mano y el padre dice que debe escuchar a los obispos».

Salvador: «Debes mantenerte firme en lo que te he inspirado». Yo:

«Señor, es tan confuso».

Salvador: «Las palabras que te he inspirado son palabras vivas». Yo: «¿Qué significa eso?».

Salvador: «Las palabras permanecen y nadie puede borrarlas».

Yo: «Seguro que los obispos las borrarán».

Salvador: «Pero no los obispos, que viven en la gracia de Dios». Yo:

«¿Hizo bien Toni?»

Salvador: «Yo lo he permitido».

Yo: «¿Cómo debo entender esto, mi director espiritual?»

Salvador: «Un sacerdote debe dar siempre una bendición cuando se le pida».

Le conté que no había podido localizar al padre Stefan por teléfono.

Salvador: «Escribe, hija mía, ve al convento».

Yo: «¿Dónde está eso, en Ludwigshafen o en Oggersheim?»

Salvador: «En Oggersheim».

Salvador: «Allí encontrarás a un padre que te pondrá en contacto con el canciller federal, el señor Kohl, lo antes posible».

Yo: «¿No tengo que pasar por donde están los hijos del canciller?» El Salvador: «Escucha bien al padre».

Yo: «¿Sabrá ese padre que voy a ir?» El Salvador: «Sí, lo sabrá.»

Yo: «¿Cuándo debo ir allí?»

Salvador: «Ve hoy mismo.»

Yo: «¿Debo decirle al padre por qué tengo que ir a ver al canciller Kohl, o debo callarme?»

Salvador: «Dile por qué tienes que hablar con él».

Yo: «Señor y Dios mío. Haré lo que me has dicho. Señor, hágase tu voluntad. Pero te lo ruego, Dios misericordioso, guíame para que no me extravíe. Y concédeme, por favor, la gracia de cumplir tu voluntad».

Entonces añadí: «Lo que vaya a pasar a partir de ahora, lo pongo en manos de Dios.

No me preocupo por eso».

Salvador: «No. Hija mía, no tienes por qué preocuparte por eso».

Le pregunté por mi marido, ya que ayer volví a sentir que el espíritu impuro estaba con él. Le pregunté si me habría equivocado, o si tal vez me lo había imaginado.

Salvador: «Los espíritus impuros están más a tu alrededor de lo que crees».

Yo: «Estoy constantemente expuesta a tentaciones».

Salvador: «Sí, debes estar siempre alerta».

Yo: «Señor, sin ti estoy perdida».

Salvador: «Es cierto. Pero conmigo nunca te perderás».

Yo: «¿Tengo que escribir algo más, después de haber preguntado tanto?»

Salvador: «Te doy las gracias, hija mía, por haberme preguntado. Ve en paz, mi querida hija».

12:15 h en la capilla:

Antes de entrar en la capilla, tuve una duda. Pensé que había escrito mal que el convento estaba en Ludwigshafen. Estaba un poco confundida, porque el Salvador me había dicho que estaba en Oggersheim.

Cuando entré en la capilla, Holger también llegó a rezar, al mismo tiempo.

Le dije que tenía que volver a preguntarle al Salvador lo que no me quedaba claro. Luego le pregunté si sabía exactamente dónde estaba el monasterio.

Él dijo: «En Oggersheim».

Entonces le dije que ya no tenía que preguntarle más al Salvador. Así que esa confusión solo provenía del espíritu impuro, que siempre quiere susurrarme lo contrario de lo que me dice el Salvador.

Recé brevemente y me uní al Salvador.

Le pregunté al Salvador porque a menudo siento un pinchazo en el dorso de la mano derecha, como una puñalada aguda.

Salvador: «Escribe, hija mía, el espíritu impuro intenta, si tú lo permites, grabarte las llagas. Pero esa no es mi voluntad».

Yo: «¿Por qué hace eso?»

Salvador: «Para que cedas más rápido a lo que te impongo». Yo: «Pero es un dolor muy desagradable, ¿qué debo hacer?». Salvador: «Hasta ahora has hecho lo correcto, hija mía. Reza mucho».

Yo: «Señor, si rezo mucho, él me atacará aún más». Salvador: «Pero él se debilitará».

Yo: «Te doy las gracias, Dios mío, ahora tengo que ir a trabajar».

Salvador: «Te amo, hija mía, vete en paz».

16:00 h: Me dirigí a Ludwigshafen, nada más salir del trabajo. Durante el trayecto en coche, ya recé el rosario por el padre con el que me iba a reunir. No conocía el camino en absoluto, pero fui guiada hasta la iglesia de Oggersheim. Dentro de la iglesia solo había un hombre rezando ante el sagrario. Después de rezar un momento, le pregunté al Salvador qué debía hacer ahora.

Salvador: «Ve, yo te lo mostraré».

Salí de la iglesia y, de repente, el hombre que hacía un momento estaba arrodillado ante el sagrario ya estaba detrás de mí. Le pregunté si había un convento allí.

El hombre dijo «aquí» y señaló el edificio que tenía delante. Entonces le pregunté si era un convento de monjas o de monjes. El hombre solo dijo: «De monjes».

Entré en el convento y vi en la antesala una imagen de San Francisco. Allí recé inmediatamente a San Francisco un Padrenuestro, un Ave María y el Gloria Patri, y le pedí que me enviara al padre adecuado.

Vino un padre y me dirigí a él. Fuimos a una sala de reuniones.

Al principio, los dos nos quedamos en silencio y yo me sumergí por un momento en la oración para comprobar si se trataba del padre adecuado. Oí la voz del Salvador: «Habla con él».

Pude hablar con él con total libertad, pues él también era humilde y sentí la paz que irradiaba. Me quedé allí para la Santa Misa. Tras la Sagrada Comunión, oí al Salvador decir: «Hiciste bien, hija mía».

Ofrendé la Sagrada Comunión por ese padre, por el canciller federal, el señor Kohl, y por mi suegra.

De camino a casa, volví a rezar el rosario en el coche por las intenciones del padre.

Además de pedirle ayuda a este padre para que me concertara una cita para hablar con el canciller federal, también hablé de la guerra que viene de Rusia y de la comunión en la mano, que se va a suprimir.

06/05/92 —Miércoles

De 8:30 a 11:30 estuve todo el tiempo en el sillón del dentista en la clínica.

Me empastaron los dientes. En mi interior recé sin cesar y recé con el corazón. No me había puesto ninguna inyección y ofrecí el dolor por muchas intenciones, especialmente por el Dr. Ebert, que había trabajado en esta clínica de otorrinolaringología y que en esos días había fallecido en un accidente de coche.

Los dos dentistas que me trataron también se han ido convirtiendo poco a poco. A uno de ellos ya le había exhortado una vez a que fuera a confesarse.

Después de ir al dentista, volví a mi puesto de trabajo y pasé dos horas haciendo radiografías a los pacientes.

A las 13:30 fui a la capilla: ya no quería hacerle más preguntas al Salvador, pero sentía un profundo anhelo de unirme a Él.

Recé con fervor y oí al Salvador: «Escribe, hija mía». Yo: «Sí, Señor y Dios mío, mi querido Jesús, mi guía espiritual, escribiré. Pero, por favor, dame la gracia y la protección para que haga

lo que tú quieres de mí.

Salvador: «Debes irte» —Silencio— «hija mía» —Silencio—

Yo: «Dios grande, Dios santo, ¿adónde?» (Por dentro estaba muy expectante, preguntándome qué vendría ahora).

Salvador: «Al canciller federal, H. Kohl, lo antes posible».

Yo: «Señor y Dios mío, ya le he dicho al padre Joachim que tengo que hablar con H. Kohl».

Salvador: «Él te llamará».

Yo: «¿Entonces tengo que esperar a que me llame?» Salvador: «Sí, espera.»

Yo: «¿Tengo que decir algo más?»

Salvador: «Lo que te he dicho». Yo: «Que viene la guerra».

Salvador: «Sí, que la guerra viene pronto».

Yo: «Y tú has dicho que él llama al pueblo a la oración». Salvador:

«Sí, debe hacerlo».

Salvador: «Escribe, hija mía, estáis en grave peligro. El peligro viene de Rusia».

Yo: «¿Quiénes son “vosotros”?»

Salvador: «Los pueblos de Europa».

Yo: «Te he oído decir que, a causa de esta guerra, solo Alemania está en peligro».

Salvador: «Todos están en peligro».

Yo: «Oh, Señor mío, no puedo escribir esto, es demasiado complicado para mí. Señor mío y Dios mío, ¿me dará el padre Joachim una cita para que pueda hablar con el canciller federal, H. Kohl?»

Salvador: «Escribe, hija mía, el padre te dará la cita para que puedas ir a ver al canciller federal, H. Kohl».

Yo: «Sí, Señor, lo he entendido. Hágase tu voluntad, Señor».

Yo: «Señor y Dios mío, te amo tanto y estoy dispuesta a hacer todo lo que me digas.

Salvador: «Hija mía, eso te basta por hoy. Vete en paz».

Por la tarde, hacia las 15:00, leí por primera vez el mensaje del 25 de abril de 1992 de Medjugorje, de la Reina de la Paz. Me quedé asombrada. Me impresionó tanto que ahora tengo que escribir la última parte:

«Medjugorje es una señal para todos vosotros y una llamada a que recéis y viváis los días de gracia que Dios os concede. Por eso, queridos hijos, acoged con seriedad esta llamada a la oración».

Por la tarde fui a Mingolsheim, a la capilla de San Roque. Allí me confesé. Ofrecí la Sagrada Comunión por varias intenciones.

07/05/92 - Jueves

No me gustó la Santa Misa del padre en Mingolsheim. Algunas cosas contradicen la verdadera fe.

Por eso le pregunté al Salvador:

Salvador: «Hija mía, anótalo, ten cuidado con esos sacerdotes». Yo: «Querido Padre, ¿qué significa la expresión “esos sacerdotes”». Salvador: «Aquellos que falsean la doctrina del Santo Padre».

Salvador: «Escribe, hija mía, el sacerdote debe ser obediente al Padre Celestial». Yo:

«¿Volveré a hablar con el padre Söllner en la clínica Rochus?» Salvador: «Sí, volverás a hablar con él».

Salvador: «Hija mía, mantente fiel a mí. Sigue lo que te he inspirado».

No puedo escribir todo lo que rezo y pido al Salvador. Pero sé que también rezo mucho para que el Salvador me dé una fe como la que tuvo, por ejemplo: cuando Pedro caminó sobre el agua y el Salvador se le apareció frente a él, de pie sobre el agua.

Le dije al Salvador que no quería hundirme en el agua cuando me asaltaran las dudas. Quiero tener una fe tal que pueda caminar sobre el agua hasta llegar a ti.

Salvador: «Escribe, hija mía, te regalo la fe viva». Yo: «¿Debo escribir eso?»

Salvador: «Sí».

El Salvador continuó diciendo: «Esta fe es mi regalo para ti».

Yo: «Señor mío, pero ese es el regalo más hermoso que podría desear.

No hay palabras suficientes para dar las gracias por ello. Pero, Señor, ¿seguramente me pedirás mucho a cambio de darme algo así?».

Salvador: «Sí, hija mía, aún te lo pediré».

Yo: «Señor y Dios mío, yo también estoy dispuesto a hacer lo que tú me pidas. Señor, hágase tu voluntad».

Le dije al Salvador que ahora tenía que irme a trabajar.

Salvador: «Ven a verme más tarde, pregúntame».

De 12:15 a 13:00 h en la capilla de la clínica:

Recé y luego me uní al Salvador. Yo: «¿Qué es una fe viva?»

Salvador: «Escribe, hija mía. Tú me tienes a mí y yo soy tu fe». Yo: «Pero qué bonito. Te doy las gracias de todo corazón».

Yo: «Mi Rey de reyes, mi Padre amoroso, ¿qué me pides?»

«Sé que no me pides nada imposible y lo escribiré con mucho gusto, si así lo deseas».

Salvador: «Escribe, hija mía. Te pido tu vida». Yo: «Señor mío y Dios mío, Jesús mío, te la entrego».

Yo: «¿Por qué me pides mi vida, si ya te la he dado?» Salvador: «Me la has dado, pero aún no te la he pedido».

Yo: «Mi Señor y Dios, ya no quiero preguntarte nada más; esto es difícil de comprender; dímelo tú si hay algo que deba saber al respecto».

Salvador: «Yo soy tu vida. Escribe, hija mía». Yo: «Señor mío y Dios mío, ¿qué debo escribir?». Salvador: «Yo determino tu vida».

Yo: «Sí, Señor. Que se haga tu voluntad. Yo no soy nada ante ti y solo puedes tenerme a través de la Santísima Virgen María».

Salvador: «Sí, hija mía, eso me agrada». Salvador: «Mi querida hija, vete en paz».

Por la tarde asistí a la Santa Misa en la capilla de San Roque, en Mingolsheim. Ofrecí la Sagrada Comunión por las almas de los difuntos.

08/05/92 - Viernes

10:00 h en la sala de médicos:

Tras la oración, me uní al Salvador y le pregunté:

«Ayer dijiste: “Yo determino tu vida”, ¿puedes decirme algo más al respecto, si quieres?»

Salvador: «Todo lo que haces es obra mía».

A las 13:00 h en la capilla de la clínica:

Salvador: «Escribe, hija mía».

Yo: «Sí, Señor, lo escribiré. Señor, hágase tu voluntad». Salvador: «Debes ir a ver al padre, a Oggersheim».

Yo: «¿Quizás a otro padre?» Salvador: «A Oggersheim, al padre».

Yo: «Primero quería ir a Ratisbona, a ver al padre Gebhard».

Salvador: «Primero ve a ver al padre en Oggersheim».

Yo: «Has dicho que él me llamará». Salvador: «Sí, lo hará».

Yo: «Ahora solo queda la pregunta de cuándo».

El Salvador: «Este fin de semana».

Yo: «Señor y Dios mío, iré. Señor, hágase tu voluntad». Yo: «¿Tengo que anotar algo más?»

Salvador: «Hija mía, pregúntame más tarde».

Cuando miré el reloj que colgaba en el vestíbulo, fuera de la capilla, me di cuenta de que ya había sobrepasado mi pausa para comer media hora. El tiempo pasa muy rápido cuando uno está unido al Salvador.

15:30 h:

Yo: «Señor y Dios mío, ¿me creerán los padres cuando vaya a verlos?». Salvador: «No, hija mía, tienen dudas».

Yo: «¿Por qué debo ir a verlos si tienen dudas? No lo entiendo». Salvador: «Hija mía, ellos no tienen un corazón tan abierto como el tuyo, con el que me escuchan. Hija mía, escucha bien mi voz».

Yo: «Señor y Dios mío, lo que vaya a decir a los padres lo pongo en tus manos».

Salvador: «Sí, hija mía, así es».

Yo: «¿Qué consigo si hablo con los padres?»

Salvador: «Que hables lo antes posible con el canciller federal Helmut Kohl». Yo:

«Querido Salvador, ¿debo escribir algo más, o es suficiente?»

Salvador: «Escribe, hija mía, les dirás a los padres que hablo en serio sobre la guerra.

Hija mía, mantente fiel a mí. Ve en paz».

09/05/92 — Sábado

7:15 h en la Santa Misa en Waghäusel.

Después estuve con Marion hasta las 13:00 h, y escribimos el diario. De

16:15 a 17:30 h recé en la iglesia de Rot.

Por la noche, el diablo se enfureció contra mí, concretamente a través de mi marido. Tuve que rezar mucho de nuevo. Luego volvió la calma.

10 de mayo de 1992 — Domingo

Antes de la Santa Misa, recé.

A las 10:00 h fue la Santa Misa en rojo, a la que asistí.

Hacia las 14:30 h tuve una prueba. Quería rezar unos 30 minutos, pero no pude. Estaba tumbada en el sofá. Entonces supliqué ayuda al Salvador. Entonces oí: «Ve, hija mía, haz lo que te digo. Reza el Rosario Doloroso».

De repente, recibí una fuerza y recé dos rosarios y una letanía. Hacia las 16:50 h me uní al Salvador.

Yo: «Tú has dicho que llamarán». Salvador: «Lo he dicho».

Yo: «¿Quién eres, YO?»

Salvador: «Tu Jesús, hija mía. Satanás tiene poder sobre el convento. Espera a que yo te diga cómo continuar. El padre Joaquín se pondrá en contacto contigo. Sigue rezando por ellos, hija mía».

Por la tarde, devoción mariana.

11/05/92 - Lunes

A mediodía en la capilla, a las 12:00 h:

Quería saber si había oído algo erróneo sobre la guerra en Serbia. Salvador: «Escribe, hija mía, la guerra en Serbia llegará y Belgrado y sus alrededores serán destruidos».

Entonces quise saber si el Maligno se había entrometido, por lo de mi suegra. Quería verificarlo una vez más y por eso le pregunté al Salvador. Salvador: «Hija mía, tu suegra se irá a casa este mes».

Salvador: «El padre Joaquín te llamará, prepárate».

Salvador: «Escribe, hija mía. Debo traer el castigo sobre la tierra». Pregunté: «¿Quién eres tú, "YO"?».

Salvador: «Escribe, hija mía, yo soy el Dios Trino, Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo».

Yo: «Señor y Dios mío, ¿qué consigues con eso?» (Con el castigo)

Salvador: «Las almas que me son fieles».

Yo: «¿Tengo que escribir algo más?»

Salvador: «Hija mía, basta. Vete en paz».

Acudió mucha gente al grupo de oración. El padre Berthold, de Waghäusel, impartió a todos la bendición de la primera misa de forma individual. Nuestra oración, incluida la bendición, duró algo más de tres horas. Gracias a Dios por esta bendición inesperada.

12/05/92 - Martes

Consultorio médico:

Le pregunté al Salvador una vez más sobre el castigo.

Salvador: «El castigo es necesario para que las personas reconozcan a qué padre pertenecen, pues deben decidirse por un padre».

Tenía mucho trabajo y no llegué a la capilla hasta las 15:00.

Le pregunté al Salvador si debía ir a ver al padre Söllner a Mingolsheim, ya que había enfermado de repente.

Salvador: «Ve, hija mía, ve a verlo». Yo: «¿Qué debo decirle?»

Salvador: «Hija mía, escríbelo. Que haga lo mismo que le pido al señor decano Enz. Dile que con ello me daría mucha alegría». Yo: «Sí, Señor y Dios mío, se lo transmitiré».

Salvador: «Te amo, hija mía, ve en paz».

Hoy era el cumpleaños de mi marido.

Asistí a la Santa Misa en Rot, en la iglesia.

A mi hijo le han operado hoy en Stuttgart. Era urgente. Éramos siete personas en total y rezamos por él.

13/05/92 - Miércoles

12:00 h en la capilla:

Salvador: «Escribe, hija mía».

Yo: «Sí, Señor, lo escribiré». Salvador: «Tu hijo estará bien». Al cabo de un rato:

Salvador: «Escribe, hija mía, Eslovaquia está en peligro. El peligro está muy cerca. La guerra de Rusia llegará a Eslovaquia».

Salvador: «Escribe, hija mía». Yo: «Sí,

Señor y Dios mío». Salvador: «Ve».

- Hubo silencio y quietud. Yo:

«¿A quién debo ir?» Salvador:

«Al padre Joaquín.»

Yo: «Él no me ha llamado. ¿Por qué no me ha llamado? Tú lo sabes, mi Señor y Dios, mi querido Jesús y guía espiritual».

Yo: «Pero, si tú eres Dios, dime: "Viva Jesús y María"». El Salvador: «Escribe: "Viva Jesús y María"».

Yo: «¿Por qué no ha llamado el padre Joaquín?»

Salvador: «Porque le falta la fe viva».

Salvador: «Hija mía, pero tú no sabes cómo estarás mañana». Yo: «Bien, ¿cuándo debo ir a ver al padre?».

Salvador: «Ve hoy mismo».

Yo: «¿Estará el padre Joaquín allí cuando llegue?»

Salvador: «Sí, hija mía, estará allí.»

Yo: «Señor y Dios mío, ¿hablará aún conmigo?» Salvador:

«Sí, hablará contigo.»

Yo: «¿Qué le voy a decir?»

Heiland: «Dile que voy en serio con lo de la guerra, y que debe ponerte en contacto urgentemente con el canciller Kohl para que puedas».

Yo: «¿Por qué con urgencia?»

Salvador: «El peso del pecado prevalece». Yo:

«¿Y si dice que no puede hacerlo?»

Salvador: «Entonces, hija mía, habrás cumplido con tu deber».

Yo: «Señor mío y Dios mío, mi guía espiritual, pero tú ya sabes de antemano si lo hará».

Yo: «Y tú has dicho que ya no se puede detener la guerra. Y la guerra se acerca. ¿Por qué tengo que ir hacia ella, entonces?».

Salvador: «Escribe, hija mía. Las almas que me pertenecen deben ser salvadas». Yo: «Querido Salvador, ¿puedes darme una señal que provenga de ti y que demuestre que tú me has enviado?»

Salvador: «Sí, hija mía, te lo daré». Yo: «¿Y qué sería eso?»

Salvador: «Escribe, hija mía, el padre Joaquín te dará algo que te sorprenderá».

Yo: «¿Para bien o para mal?» Salvador: «Para bien.»

Yo: «Señor y Dios mío, iré a ver al padre Joaquín. Señor, hágase tu voluntad».

Estuve con Verena en Oggersheim. Fue como en mi visita al señor decano Enz en Wiesloch. Mientras esperaba frente al convento, se me acercó un hombre poseído por un espíritu impuro. Lo que más le hubiera gustado era destrozarme.

Solo al tercer rosario se abrió la puerta.

Dije que quería hablar con el reverendo padre Joachim. Primero vino otro padre, a quien también le conté lo que el Salvador desea.

Llegó el padre Joachim y hablamos. Al final, el padre Joachim dijo que intentaría, con la ayuda de la policía, que pudiera reunirme con el Sr. Kohl.

Salí del convento a las 18:40.

A las 19:25 ya estaba en Mingolsheim, en la capilla de San Roque. Allí asistí a la Santa Misa, porque en Oggersheim ya no había ninguna.

A las 21:30 de la noche, Erich vino a verme y me contó que el padre Söllner, el misionero que en ese momento estaba enfermo, cuando estaba conmigo en el grupo de oración, había preguntado dos veces dónde se había metido.

En el grupo de oración se quedó dormido durante la oración. Esa noche también rezamos la letanía a la Virgen María.

14/05/92 - Jueves

Pregunté por el hombre que ayer estaba junto al convento. Salvador:

«Sí, hija mía, era un espíritu impuro».

Salvador: «Hija mía, anótalo. Los padres harán lo que le he recomendado al padre Joaquín respecto a ti».

Yo: «¿Hablaré entonces con el canciller federal, el señor Kohl?»

Salvador: «Escribe, hija mía. En los próximos días se producirán algunas catástrofes».

Yo: «Dime algo al respecto».

Salvador: «Reza, hija mía».

Yo: «Rezaré. Gracias, Señor y Dios mío».

Asistí a la Santa Misa en Mingolsheim, en la capilla de San Roque

15/05/22 - Viernes

10:30 h en la sala de médicos:

Salvador: «Escribe, hija mía. La guerra está muy cerca. Ve a ver al sacerdote, al señor párroco Vogt. Ve a verlo otra vez. Ve hoy mismo. Los sacerdotes deben rezar el rosario con los fieles».

Hacia las 11:20 h volví a preguntar.

Salvador: «Escribe, hija mía».

Yo: «Sí, Señor y Dios mío, te escucho».

Salvador: «Ve al sacerdote, al párroco Vogt. Que rece el rosario antes de la Santa Misa».

Yo: «Querido Dios, ya se lo he dicho».

Salvador: «Lo sé, hija mía. Tienes que ir a verlo otra vez». Yo: «¿Y si me pregunta por qué?».

Salvador: «Dile que la guerra está muy cerca». Yo:

«Señor y Dios mío, él no me cree». Salvador: «Y aun así debes ir a verlo».

Yo: «¿Le digo algo más, aparte de lo del rosario?» El Salvador: «Escribe, hija mía, así se ahorrará sufrimiento».

Yo: «Pero eso es duro de decir. ¿No puedo decirle otra cosa? Pero si tú lo quieres, se lo diré».

Salvador: «Quiero que le digas eso». Yo:

«Sí, Señor, ¿y qué sería eso?»

Salvador: «La desobediencia hacia mí es el mayor mal que puede afectar a un sacerdote».

12:30 h en la capilla:

Le dije al Salvador: «Querido Dios, pero eso es aún más duro. Y me cuesta ir a ver al sacerdote, porque sé que no me cree».

Salvador: «Escribe, hija mía, y qué difícil me resulta retener el pecado, porque os amo a todos».

Salvador: «Hazlo, hija mía, vete».

Yo: «Sí, Señor, lo haré, porque es tu voluntad, pero me resulta muy difícil». Salvador: «Te doy las gracias, hija mía, te amo. Ve en paz».

14:30 h: No sabía cómo debía rezar el rosario.

Salvador: «Escribe, hija mía. El sacerdote debe rezar el rosario con los fieles y guiarlos en la oración».

Yo: «¿Vas a venir conmigo?»

Salvador: «Sí, iré contigo».

Me asusté un poco y le pregunté cómo iba a caminar a mi lado. Me asusté porque pensé: «¿Cómo va a caminar a mi lado si no lo veo?».

Salvador: «Iré contigo y estaré contigo». Yo: «No lo entiendo».

Yo: «Señor mío, me resulta incomprensible que deba ir a ver al sacerdote, pues tú has dicho que él no se encuentra en la gracia de Dios».

Salvador: «Hija mía, anótalo. Con cada sacerdote intento su salvación». Yo: «Querido Dios, no te preguntaré nada más. Iré a verlo».

En la iglesia de Rot, tras recibir la Sagrada Comunión:

Salvador: «Ve, hija mía, ve a él».

Hacia las 19:45 estuve con el padre Vogt. Le conté lo que me había dicho el Salvador. El padre Vogt me preguntó si tenía que escribirlo.

Yo: «¿Tiene usted que celebrar la Santa Misa?»

P. Vogt: «Es mi profesión». Yo: «En mi caso, es la voluntad de Dios».

El padre Vogt me preguntó si el Salvador me había dicho que lo escribiera.

Le dije: «Sí, todo está en el diario, pero no quieren que se lo lea». El padre Vogt dijo: «También podría susurrarme algo».

Entonces me preguntó si había estado con el señor decano. Le respondí: «Sí, ha vuelto a mentir».

El señor párroco Vogt se rió.

Luego le conté lo que había pasado cuando estuve con el señor decano Enz. El señor párroco Vogt me escuchó.

Me pareció que había ido a ver al señor párroco Vogt otra vez para nada. Creo que detrás de esa risa se esconde algo serio. Hice lo que pude, todo lo demás lo pongo en manos de Dios.

Cuando salí de la habitación y me quedé en el pasillo de la casa parroquial, vi que la bruja seguía colgando del techo, a modo de decoración.

Recordé que, cuando estuve hace dos años en Kohlgrub para hacer una cura, en la consulta de una doctora también había una bruja colgada. Le expliqué a la doctora que eso no estaba bien y ella retiró la bruja. Incluso me invitó a su casa y le conté mi conversión.

Me pregunté si el señor párroco Vogt también quitaría la bruja si se lo dijera.

16/05/92 — Sábado

De 1:30 a 2:30 de la madrugada estuve rezando.

7:15 h: Misa en la iglesia de Waghäusel.

16:00 h: Visité a mi hijo en Stuttgart.

A las 18:30 h estuve en Rot para la Santa Misa en la iglesia.

Hacia las 18:40 h, me consagré junto con mi familia al Sagrado Corazón de Jesús y a María por las intenciones de la Virgen María.

17/05/92 — Domingo

Recé de las 7:15 a las 8:50 y me uní al Salvador. Salvador: «Escribe, hija mía».

Yo: «Sí, mi Señor y Dios. Dios grande y Dios santo, escribiré. Lloro por los sacerdotes y por tantos muertos y heridos en la guerra».

Nunca había estado tan decepcionada con los sacerdotes como ahora. Salvador: «Escribe, hija mía».

Yo: «Sí, Señor, ¿qué debo escribir?» Al cabo de un rato:

Yo: «Sigo sin saber qué debo escribir». El Salvador: «Te daré una señal».

Yo: «¿Cuándo y dónde?»

Salvador: «En la iglesia».

Yo: «¿He oído bien?» Salvador: «Sí, en la iglesia.»

Yo: «¿Se convertirán los fieles de la iglesia con eso?» Salvador: «Sí, se convertirán.»

Yo: «Pero en la iglesia ya están convertidos».

Salvador: «No, todos deben arrepentirse».

Salvador: «Escribe, hija mía».

Yo: «Sí, amado Jesús».

Salvador: «Los sacerdotes están actualmente cegados por la ceguera. Hija mía, hay que rezar mucho por los sacerdotes».

Yo: «Pero, Señor, tú sabes que ya rezo mucho por ellos».

Salvador: «Hija mía, escríbelo. Es importante. La guerra ya está aquí». Yo:

«Señor, ahora no lo entiendo. ¿Te refieres a la guerra en Bosnia?» Salvador: «La guerra en todos los corazones».

Yo: «Todo esto me resulta incomprensible. ¿No puedes explicármelo con más claridad?» Salvador: «Pide la paz».

Yo: «Por favor, explícamelo de forma más sencilla con lo de la guerra».

Salvador: «Escribe, hija mía. Donde no hay amor, solo queda odio. Hija mía, la guerra comienza primero en el corazón. De lo que está lleno el corazón, de eso habla la boca. Rezad para que vuestros corazones se purifiquen».

Salvador: «Escribe, hija mía, los sacerdotes han caído en el gran martirio». Yo: «¿Lo he escrito bien?»

Salvador: «Sí».

Lo repitió inmediatamente.

Yo: «Señor, no me atrevo a escribir eso». Salvador: «Pero lo has escrito».

Yo: «¿Cuál es la razón principal de su martirio?»

Salvador: «Su desobediencia».

Yo: «Querido Dios, ya no puedo seguir escribiendo, es demasiado duro para mí».

Salvador: «Escribe, hija mía. Los hombres se encuentran en gran peligro. Mi paciencia ha llegado al límite. Ya no puedo seguir contemplando este gran fango».

Yo: «Querido Dios, por favor, sálvanos».

Salvador: «Hija mía, cree, no dudes. Mantente fiel a mí. Vete en paz». Yo: «Señor y Dios mío, te doy las gracias. Me mantendré fiel a ti».

PD: Cuando pasé este día al diario (primero lo apunto todo en un manuscrito), me acosó durante 30 minutos un sueño profundo. Recé mentalmente sin cesar al Salvador, y entonces se me pasó. El Maligno no quiere que escriba esto.

A las 10:00 asistí a la Santa Misa en Rot.

Hacia las 15:00 llegó Marion, y después llegó Adriane. Rezamos el rosario juntas. Más tarde llegaron Fridolin y Claude, de Luxemburgo.

Le conté a Claude mi conversión.

Después fuimos a la devoción mariana en la iglesia. Claude estuvo en el seminario con Fridolin, pero ahora lo ha dejado porque se sintió decepcionado por los sacerdotes.

Después de la misa, volví a contarle mis experiencias. Percibí el espíritu impuro en Claude, pero también noté que mi relato le había dado fuerzas.

Claude me contó que antes rezaba mucho y que los sacerdotes le habían dicho que rezaba demasiado. Entonces dejó de hacerlo, pero desde entonces sentía un vacío y ahora ha abandonado el seminario. Él y Fridolin durmieron en nuestra casa y el lunes por la mañana se marcharon. Claude le preguntó a mi marido si podía volver.

Se marchó feliz y recibió muchas gracias aquí.

18/05/92 - Lunes

Hoy hace ocho años que se me apareció la Virgen en Medjugorje.

8:45 h en el trabajo:

Como no había entendido lo que el Salvador me había dicho sobre los sacerdotes, le volví a preguntar. Le pregunté qué significaba que los sacerdotes se encontraran en el martirio.

Salvador: «No escucháis mi voz, sino la voz del espíritu impuro». Yo: «¿Cuál es el motivo de vuestro martirio?»

Salvador: «¡Tu desobediencia!». Seguí haciendo la radiografía.

Cuando volví a estar sola, intenté unirme al Salvador en la sala de rayos X. Salvador: «Escribe, hija mía, debes irte».

Yo: «¿Adónde, mi Señor y Dios? No sé adónde».

Sentía una calidez y una paz en mi interior. Fue un momento muy hermoso. Uno cree que no está solo. El amor está ahí.

Yo: «Sigo sin saber adónde tengo que ir».

El Salvador dudó antes de decírmelo; yo estaba ansioso por saber adónde.

Yo: «¿Me lo imaginé cuando oí: “Tienes que irte”?». Mi corazón arde de amor y espero con impaciencia. El Maligno también está ahí. Está impaciente y se hace notar.

Y el Salvador guarda silencio.

El Salvador me hace ver cómo el Maligno está al acecho. Media hora más tarde, hacia las 10.15:

Salvador: «Escribe, hija mía, tienes que irte».

— De nuevo, ninguna respuesta —

Por la tarde fui a la iglesia de Rot a la Santa Misa.

19/05/92 — Martes

Hoy hace ocho años que fui bautizada.

Hoy no he oído ninguna voz, ni durante la oración ni en la iglesia.

20/05/92 — Miércoles

Salvador: «Escribe, hija mía».

Yo: «Jesús, amor misericordioso, ¿qué debo escribir? No quiero preguntarte, tú lo sabes todo. Solo si es tu voluntad lo escribiré, porque soy una pecadora, siento que no tengo derecho a preguntarte, pues ante ti no soy más que polvo, nada más».

Yo: «Señor y Dios mío, estoy dispuesta a escribir, porque tú has dicho: “Escribe, hija mía”. Pero a través de María y bajo la protección de Santa María, la Madre de Dios».

Salvador: «Así es, hija mía».

Salvador: «Hija mía, ayer hubo un gran ataque». Yo: «Pero, Señor y Dios mío, eso ya lo sé».

Salvador: «Yo lo he permitido. Satanás quiere destruirlo todo. Incluso a la Patris».

No quería preguntarle al Salvador.

Salvador: «¡Espera un poco más, hija mía!» Yo: «Pero tú lo sabes todo de antemano».

Salvador: «Sí, lo sé todo, pero tú estás en la escuela del amor».

Yo: «Señor, dime qué espíritu impuro estaba con mi marido. Eso era imposible. Porque yo había esparcido sal consagrada del padre Heyder allí donde se encontraba mi marido».

Salvador: «Escribe, hija mía».

Yo: «Sí, mi Señor y Dios, mi Jesús, mi guía espiritual». Salvador: «Era de nuevo Lucifer con su séquito».

Yo: «No he dejado de rezar ni un momento; de tanto rezar, casi no podía respirar». El Salvador: «Hija mía, no te rindas, hay que seguir adelante».

Yo: «Señor, ¿le molesta a Lucifer que tenga que ir a ver al canciller federal?» Salvador: «Hija mía, ¿y todavía preguntas algo así?»

Yo: «Sí, Señor, porque no soy nada. Te lo he dado todo y no tengo nada». Salvador: «Escribe, hija mía, te amo tal y como eres».

Yo: «Ya pensaba que lo estaba haciendo todo mal por culpa del ataque de Lucifer».

Salvador: «Hija mía, mantente fiel a mí. Las tentaciones deben venir sobre ti».

Yo: «Señor y Dios mío, quiero tener un sacerdote. ¿Qué le pasa al padre Vogt, que ahora ha estado de retiro?»

Salvador: «Hija mía, los ejercicios espirituales no son como yo los quiero».

Yo: «Señor y Dios mío, pongo todo en tus manos, protégeme, guíame y no me dejes sola, hija tuya. Pongo toda mi confianza en tus manos y te seré fiel, porque te amo, aunque permitas que me lleguen tales tentaciones».

Salvador: «Hija mía, más adelante te diré cómo seguiré todo, pero ahora no». Yo: «Señor mío, te doy las gracias, te amo y perdóname».

Salvador: «Vete en paz, mi querida hija».

Asistí a la Santa Misa en la capilla de San Roque. No comulgué.

El padre se sentó y dejó que los laicos repartieran la Sagrada Comunión. Así lo había querido él.

21/05/92 — Jueves

9:20 h en la sala de médicos:

Le pregunté al Salvador si seguía en pie lo de llevarse a la suegra este mismo mes. (Eso fue una tentación, volveré sobre ello más adelante).

Salvador: «Sí, hija mía, este mes llevaré a mi suegra a mi lado».

Yo: «El padre de Stift-Neuburg ha dicho que las revelaciones privadas con los apóstoles habrían concluido».

Salvador: «Solo los sacerdotes seculares pueden dar por concluidas las revelaciones privadas». Le pregunté por el padre Söllner, porque él no repartía la comunión, sino que se la dejaba a dos ayudantes de comunión.

Salvador: «El párroco de Mingolsheim no debería haber permitido que los laicos repartieran la Sagrada Comunión».

Yo: «¿Qué iba a hacer? Se encontraba mal».

Salvador: «Esperar. Que se sintiera mal no vino de mí».

Salvador: «Escribe, hija mía, escucha bien. Tendrás una aparición en la iglesia». Le pregunté si había oído bien.

El Salvador lo repitió una vez más.

Yo: «Querido Salvador, ¿te refieres a Rot, a St. Leon-Rot?»

Salvador: «Sí, en Rot, en St. Leon-Rot».

Yo: «Te lo ruego, dime cuándo; ¿se puede saber?» El

Salvador: «Pronto».

Yo: «¿Cómo sabré si es la Virgen o el diablo?» Salvador: «La reconocerás».

Yo: «¿La verán también los demás en la iglesia?»

Salvador: «Sí.»

Yo: «¿Todos?»

Salvador: «Pocos».

Yo: «Gracias, Señor y Dios mío, que se haga tu voluntad».

Después hice las radiografías a los pacientes. Cuando terminé, me uní al Salvador. Otros salen a fumar en ese momento y yo busco la cercanía de Dios.

Cuando estaba en comunión, oí al Salvador decir:

«Escribe, hija mía, esta aparición». Pregunté inmediatamente: «¿Qué aparición?».

Salvador: «La aparición de vuestra Madre celestial será una señal de que Ella siempre está ahí y está con vosotros».

Yo: «Dios misericordioso, no puedo agradecerte lo suficiente por esto. Ya me alegro, pero eso significa que ahora tengo que rezar y ayunar aún más. Señor y Dios mío, ¿hay algo más que deba saber sobre la aparición mariana en la Iglesia Roja?».

Salvador: «Sí, hija mía, hay algo más que debes saber». Yo: «¿Y qué sería eso?»

Salvador: «Permaneced siempre fieles a Ella» (a la Madre de Dios).

Yo: «Sí, Salvador, tú sabes que la amamos. Te prometo que seré fiel a la Madre celestial».

Yo: «Pero tú has dicho "la aparición de la Madre celestial". Te lo vuelvo a preguntar, porque el diablo no puede pronunciar el nombre de María. ¿Me lo otra vez?»

Salvador: «Escribe, hija mía, tendrás la aparición de la Madre celestial María».

Yo: «Perdóname, mi Señor y Dios, he escudriñado la voz con atención».

Salvador: «Así es, hija mía».

Salvador: «Vete en paz, mi querida hija».

Por la tarde asistí a la Santa Misa en la capilla de San Roque en Mingolsheim.

22/05/92 - Viernes

En la capilla de la clínica, entre las 12:10 y las 13:00 horas.

Yo: «Ayer, en la capilla de San Roque, durante la Sagrada Comunión, el padre Söllner dudó y me hizo esperar hasta el final; yo estaba arrodillado en el banco de la comunión. También le costó darme la Sagrada Comunión. Fue como si alguien le hubiera tirado de las manos».

Salvador: «Escribe, hija mía, eso era el espíritu impuro en el padre. El espíritu impuro no quiere que recibas la Sagrada Comunión de rodillas y con la boca».

Yo: «Tú has dicho que él hablará conmigo».

Salvador: «Ya te habría hablado si Satanás no tuviera poder sobre él». Yo: «¿No puedo ayudarlo?»

Salvador: «Déjalo en mis manos, hija mía».

Salvador: «La guerra continúa».

Yo: «¿Qué guerra?»

Salvador: «La guerra en Yugoslavia. También habrá guerra en Macedonia y Serbia». Yo: «Pensaba que esto ya se acabaría».

Salvador: «Las guerras siguen extendiéndose».

Yo: «¿Quería saber si tengo que anotar algo más?» Salvador:

«Hija mía, quiero que lo anotes». Yo: «Sí, Señor y Dios mío, Jesús mío, ¿y qué sería?»

Salvador: «Debes comunicar al sacerdote el anuncio de la aparición de la Virgen de ayer».

Yo: «¿Cuándo?»

Salvador: «En los próximos días».

Yo: «Querido Dios, él no me creerá». Salvador:

«Hazlo, hija mía».

Yo: «¿Puedo contárselo solo al sacerdote, o también a otras personas que conozco?» (Me refería a la aparición).

Salvador: «Díselo, hija mía, díselo a ellos».

Entonces pregunté por el padre de Oggersheim, por qué no me había llamado. Salvador: «Si no hubiera cerrado su corazón ante mí, habría llamado». Salvador: «Hija mía, los sacerdotes están muy confundidos».

Yo: «Señor y Dios mío, se lo diré al sacerdote. Señor, hágase tu voluntad». Yo: «¿A quién debo contárselo primero?» (Me refería a la aparición).

Salvador: «Hija mía, puedes contárselo primero al sacerdote o a la gente, como tú quieras. Así será. Ve en paz, hija mía, te amo».

Yo: «Te doy las gracias, mi querido Dios, mi querido Jesús».

Asistí al rosario y a la Santa Misa en rojo en la iglesia.

23/05/92 - Sábado

7:15 h — Santa Misa en Waghäusel.

Después de recibir la Sagrada Comunión, me quedé ante el sagrario y recé.

Primero la letanía a la Virgen María en latín, luego el rosario y oraciones íntimas. Cuando me uní brevemente al Salvador, oí:

«Hija mía, escribe»,

Yo: «Sí, Señor y Dios mío, pero antes quítame las dudas y todo lo que me impide hacer lo que me dices».

Salvador: «Se está produciendo la aparición de la Virgen María».

Inmediatamente pregunté: «¿Cuándo, Señor y Dios mío, guía de mi alma, mi querido Jesús? ¿Te refieres a la Iglesia Roja?».

Salvador: «Sí, hija mía».

Yo: «No sé cuándo, Señor y Dios mío». Salvador:

«En estos días».

Yo: «Salvador, por favor, dímelo otra vez, no has dicho “María”». Salvador: «Escribe, hija mía, la aparición de la Virgen María, la Madre celestial, tendrá lugar en la Iglesia Roja en estos días».

Yo: «Pondré toda mi confianza en tus manos. Señor, hágase tu voluntad». Salvador: «Ve en paz».

Entonces oí aún: «Te amo mucho, hija mía».

Yo: «Sí, Señor, haré lo que me has dicho. Te doy las gracias, Señor y Dios mío».

Inmediatamente después llegaron las tentaciones. Fui al Globus a hacer la compra. Normalmente siempre rezo en el coche, pero esta vez no lo había hecho. Y enseguida choqué con el coche contra un carrito de la compra.

Cuando llegué a casa, quise encender una vela para mayor gloria de Dios y de la Virgen María. Al encenderla, una gran llama salió de la vela y me alcanzó la cabeza, y mi cabello se quemó. El Maligno quiere impedir la aparición de la Virgen María.

Por la tarde fui a la iglesia; recé allí de 16:30 a 18:15.

Mientras tanto, me confesé y le pregunté al sacerdote si podía imaginarse que la Virgen se apareciera en In Rot, en esa iglesia. El sacerdote respondió que no, y yo le dije: «Yo tampoco».

Le dije que no era digno de ver a la Virgen y que tampoco en Medjugorje habría deseado verla.

Dios nos ha puesto a prueba a los dos.

El sacerdote me dijo que no creía que el Salvador me hubiera dicho que rezara el rosario antes de la Santa Misa.

Llegué a casa y lloré. Apenas dormí en toda la noche. Mi marido no paraba de despertarme. Estaba atormentado por el espíritu impuro, era insoportable.

24/05/92 - Domingo

Antes de la Santa Misa en casa.

Recé antes de unirme al Salvador.

Salvador: «Escribe, hija mía, la aparición de la Virgen María tendrá lugar en la iglesia de Rot, en St. Leon-Rot».

Yo: «¿En Rot o en St. Leon? Tenemos dos iglesias».

Salvador: «En Rot, donde siempre vas».

Salvador: «Reconocerás esta aparición. No tienes nada que temer. Después de esta aparición, muchas cosas cambiarán».

Yo: «Señor y Dios mío, has dicho que sucederá en estos días». Salvador: «Yo determino el tiempo».

Yo: «El padre Vogt no cree que deba rezar el rosario antes de la Santa Misa. Opina que también se puede rezar en otro momento».

Salvador: «Hija mía, anótalo: el sacerdote, el padre Vogt, es un sacerdote desobediente. Debe volver atrás y reconocer la doctrina del Santísimo Padre».

Yo: «El padre Vogt dice que lo que yo le digo de tu parte es mi voluntad». El Salvador: «Escribe, hija mía, tu voluntad es mi voluntad».

Yo: «Entonces el párroco Vogt ha confirmado que lo que dijo el padre en Stift-Neuburg, que las revelaciones privadas concluyeron con los apóstoles, es cierto».

Salvador: «Eso contradice la doctrina del Santísimo Padre».

Yo: «¿Cuándo aparecerá la Virgen María, antes o después de la Sagrada Comunión?»

El Salvador: «La Virgen María aparecerá después de la Sagrada Comunión».

Yo: «¿Antes de la bendición o después de la bendición? Entonces ya no habrá nadie dentro». Salvador: «Todavía habrá gente dentro».

Yo: «¿Hay algo más que deba saber?»

Salvador: «Permanece fiel a mí, hija mía.»

Yo: «Mi Señor y Dios, mi querido Jesús, te seré fiel.

Salvador: «Reza mucho, hija mía. Vete en paz, hija mía, mi querida hija». Yo: «Gracias, Señor y Dios mío».

Asistí a la Santa Misa vestida de rojo. Por la tarde hubo devoción mariana. Antes recé el rosario con los fieles.

25/05/92 - Lunes

Hoy tenía el día libre.

De las 7:00 a las 9:30 rezo y me uno al Salvador. Salvador: «Escribe, hija mía, anótalo».

Yo: «Mi querido Jesús, lo escribiré, porque no es mi voluntad, sino la tuya. Porque he reconocido que soy una nada y esta nada solo puede actuar si tú lo quieres. Salvador: «Escribe, hija mía. La aparición de la Virgen tendrá lugar en Rot, en la iglesia, esta noche».

Yo quise saber: «Señor, ¿quién eres tú, el que me habla, antes de que lo escriba? Tengo que verificarlo».

Salvador: «Yo soy tu Señor y Dios, tu Jesús, tu Salvador, tu guía espiritual». Yo: «Sí, Señor mío, si tú lo dices, así se hará».

Yo: «Por favor, repíteme lo que me has dicho antes».

Salvador: «Hija mía, la aparición de la Virgen tendrá lugar esta noche en la iglesia de Rot».

Yo: «¿Qué día es hoy?»

Salvador: «Hoy es 25 de mayo, el día que me agrada».

Yo: «Pero otros la han visto con una corona y estrellas en la cabeza». Lo pregunté porque yo solo veía a la Virgen con el halo sagrado. Salvador: «La verás tal y como es mi voluntad».

Yo: «Pero no soy digno de ver a la Virgen María». El

Salvador: «Hasta ahora, nadie ha sido digno de verla».

Yo: «¿Debo escribir lo que Ella dice, o voy a guardar en mi corazón lo que dice?»

Salvador: «Vas a guardar en tu corazón lo que Ella dice».

Después de eso, brotaron de mis ojos lágrimas que no eran mías.

Pregunté: «¿Estás llorando, mi Jesús?»

Salvador: «Sí, hija mía, en este momento solo soy el Jesús que sufre. Las atrocidades son desmesuradas. Escribe, hija mía, hay que rezar más que nunca

hasta ahora. Hija mía, mantente fiel y firme a mí. Debo acortar el tiempo». Yo:

«¿Qué significa eso?».

Salvador: «Todo lo que estaba en mi plan, debo adelantarlo».

Yo: «Jesús, tú eres el Salvador. Tú eres el Vencedor. Tienes todas las almas en tu

mano». Salvador: «Escribe, hija mía, anótalo. Estos son solo unos pocos».

Yo: «Pero los sacerdotes predicán que eres misericordioso, como si todos fueran a ir al cielo».

Salvador: «Los sacerdotes no predicán según mi voluntad. Hija mía, eso es todo por hoy. Te amo mucho, vete en paz».

Yo: «Te doy las gracias, Señor y Dios mío, que se haga tu voluntad».

Sentí paz y tranquilidad durante la unión.

No quería decirle nada a nadie sobre lo de esta noche, y sentí que tampoco era la voluntad de Dios. Me atormentaban las dudas.

Antes de la Santa Misa recé el rosario y rocié con agua bendita el lugar donde me arrodillé. Le pedí al Salvador que se quedara conmigo cuando apareciera la Virgen. Hoy no ofrecí la Sagrada Comuni3n por los demás, sino por mí, para que me diera fuerzas, por si fuera el diablo, para ser más fuerte y que el diablo no pudiera hacerme nada, y al final recé también por el párroco Vogt y por el Santísimo Padre, cada vez un Padrenuestro, un Ave María y el Gloria Patri, la oración al arcángel Miguel, y luego le regalé a la Virgen María tres Ave Marías más. Después recé el Cor Jesu Sacratissimum. A mi lado estaba sentada Roswitha y le dije que se quedara hasta el final. No dije nada más, porque estábamos en medio de la Santa Misa. Ella se quedó, pero no sabía por qué.

La Virgen no se apareció.

Así que salí de la iglesia. No estaba triste, sin duda fue una tentación. Por la noche, a las 20:00 h, en el grupo de oración:

Adoramos al Salvador.

El padre Dochart estaba confesando. Fui a verle y le conté lo de la tentación. Lloré ante él y quería dejarlo todo, no porque no se me permitiera ver a la Virgen, sino porque el diablo se había entrometido y yo no me había dado cuenta.

Porque me bastaba con haber visto a la Virgen una vez, el 18 de mayo de 1984. Estaba enfadada porque el diablo me había tentado de esa manera.

Ahora lo tengo más claro. El padre Dochart fue muy amable. Me tranquilizó y me dijo que también Santa Teresa de Ávila había tenido esas tentaciones. Me dio fuerzas y volví a estar alegre y volví a ir a rezar al grupo de oración.

26 de mayo de 1992 - Martes

Por la mañana recé durante una hora. No me uní al Salvador.

Hacia las 16:30 me llamó el padre Joachim desde Oggersheim. Habló conmigo por teléfono unos 25 minutos. Me dijo que escribiera al canciller Kohl para pedirle una entrevista, igual que hice con el Santo Padre.

Yo: «Haré lo que me diga el Salvador».

18:30 h: Rosario y Santa Misa en rojo.

Una vez más, la monja repartió la Sagrada Comuni3n. No recibí la Sagrada Comuni3n de ella, volví a mi sitio y comulgué espiritualmente.

27/05/92 - Miércoles

Recé unas dos horas y me uní al Salvador. Salvador: «Escribe, hija mía».

Yo: «Sí, mi Señor y Dios, mi Jesús, Hijo de María».

Salvador: «Dejé que el espíritu impuro te hablara para que supieras lo peligroso que es no prestar atención a la voz. La aparición de la Virgen aún está por llegar.

Yo: «¿Cuándo?»

Salvador: «Eso lo decido yo».

Salvador: «Hija mía, escribe esto: el espíritu impuro puede imitarlo todo». Yo: «Has dicho que recibiré una carta del Santísimo Padre y que mi suegra fallecerá este mes».

Salvador: «Todo está por venir».

Yo: «Y que el padre Joachim me consiga una cita con el canciller Kohl».

Salvador: «Espera aún con respecto a la cita, ya se resolverá. No necesitas que te den la cita. Hay otro camino».

Yo: «Señor, estoy decepcionada con los padres de Oggersheim. Ninguno de los sacerdotes quiere hacer nada. ¿Es que todos tienen miedo?»

Salvador: «Hija mía, ven y no ven, y oyen y no oyen». Yo: «Señor, estos tres días, sábado, domingo y lunes, me han conmocionado; me ha parecido como si Satanás me hubiera mentido todo. Me ha parecido como si el espíritu impuro del corazón me hubiera hablado a mí, y no tú».

Salvador: «Debes pasar por estas tentaciones. El camino hacia mí es espinoso, se diferencia del camino cómodo que casi todos recorren».

Yo: «Y ayer por la noche la monja volvió a repartir la Sagrada Comunión. Yo no la recibí de ella».

Salvador: «Hiciste lo correcto».

Yo: «Y sigue haciéndolo, aunque sabe que no debe repartir la comunión. El Salvador: «Siempre escucha al espíritu impuro».

Yo: «Pero después de la Santa Misa la vi en el coche. Me saludó con la mano como si fuera la persona más feliz del mundo».

Salvador: «El espíritu impuro también puede darle una alegría aparente, para que ella crea que está haciendo lo correcto. Esa alegría aparente no da frutos».

Yo: «Señor, no te preguntaré nada más; si tú quieres, dímelo». Salvador: «Hija mía, confía en mí».

Yo: «Ahora me siento tan mal e incapaz. Lo único que quiero es esconderme y rezar en silencio; ya ni siquiera quiero seguir con el grupo de oración.

Salvador: «Hija mía, rendirse es fácil, pero practicar la perseverancia es más difícil. Reza para que tengas perseverancia en todo. El agricultor espera hasta que la cosecha esté lista».

Salvador: «Hija mía, reza mucho. No te dejes influir por los demás. Vete en paz. Te amo».

Recé con más fervor.

Te doy gracias, Señor y Dios mío, por esta enseñanza que tanto necesitaba. No tengo dudas, pero me lo tomo más en serio.

Asistí a la Santa Misa en la capilla de San Roque. Antes había rezado durante 45 minutos, pero no había oído ninguna voz.

28/05/92 — Jueves - Ascensión del Señor

Misa y procesión en Rot.

Por la noche — Devocional mariano. Antes había rezado el rosario.

29/05/92 — Viernes

Estaba en casa; todavía estoy de vacaciones hasta el miércoles 10 de junio de 1992.

Por la mañana temprano, primero recé durante una hora y luego comulgué espiritualmente. Salvador: «Escribe, hija mía, el mundo se hunde. Se está perdiendo».

Yo: «No puedo escribir eso, dímelo tú, alabado sea Jesucristo y María». Oí esto: «Alabado sea Jesucristo y María».

Yo: «Pero tú eres el Dios poderoso e inmortal, no puedes permitir que el mundo se pierda».

Salvador: «El fango es demasiado grande».

Yo: «Querido Dios, si un sacerdote oye de mí que el mundo se va a perder, me declararán loca».

Salvador: «Escribe, hija mía, el mundo no quiere arrepentirse. Son fieles al padre de la mentira. Todos los que me pertenecen ya han sido declarados locos».

Yo: «Y los demás, los que pertenecen al padre de la mentira, ¿no están locos?»

Salvador: «Solo hasta que el camino ancho llegue a su fin».

Pregunté por la aparición de la Virgen María, porque el Maligno se había entrometido el 25 de mayo de 1992.

Salvador: «Tendrás la aparición de la Virgen, pero no preguntes cuándo».

Yo: «¿Y qué le digo al P. Vogt? (Pensaba en la aparición de la Virgen). Salvador: «Reza muy poco con los fieles».

Yo: «Señor, ¿es posible que el espíritu impuro esté ahora a mi lado, pues siento que está ahí?»

Salvador: «Sí, Él está siempre a tu lado. Reza sin cesar. No temas, yo estoy contigo».

Yo: «Señor y Dios mío, lo que está pasando en el mundo es terrible, como en Sodoma y Gomorra».

Salvador: «No se puede comparar. Sodoma y Gomorra fueron una advertencia para el mundo. Pero el mundo no quiso escucharla».

Yo: «¿Debo anotar algo más?» Salvador:

«Reza por la salvación de las almas».

Yo: «Te doy las gracias, Señor y Dios mío, por favor, dame la fuerza y el amor para orar, la perseverancia, la fe y la gracia para que nunca tenga miedo del espíritu impuro y para que siempre te sea fiel. Señor, hágase tu voluntad».

Al mediodía fui a dar un paseo por el bosque durante unas dos horas y media. Sentí un gran impulso para rezar y recé el salterio en el bosque.

Por la noche asistí al rosario y a la Santa Misa en Rot, en la iglesia.

30/05/92 - Sábado

Recé unas 1 hora y media a primera hora de la mañana.

No fui a Waghäusel. Apenas había dormido en toda la noche. Estuve con Marion y escribimos el diario.

De 16:20 a 20:00 recé en la iglesia de Rot.

Recé el Salterio, el Vía Crucis y las siete últimas palabras de Jesús en la cruz; después me quedé en la Santa Misa y participé en ella.

31/05/92 — Domingo

Recé antes de la Santa Misa. Asistí a la Santa Misa vestida de rojo.

Durante una conversación íntima, le pregunté al Salvador si había sido Él quien me había dicho que vendría a buscar a mi suegra aún este mes.

Salvador: «No, no fui yo. Escribe, hija mía, lo que te he inspirado; reconocerás lo que es mío. Vigila, reza, el maligno acecha. Me perteneces por completo, te amo; escribe, hija mía, eres mi hija».

Le pregunté si podía decirme «Alabado sea Jesucristo y María». Lo oí tres veces.

Luego oí: «Vete en paz, hija mía». Eso fue sobre las 8:30 de la mañana.

A las 19:00 h fue la devoción, antes se rezó el rosario. La devoción fue muy solemne, porque hoy era el último día en que se celebraba la devoción de mayo. Había acudido mucha gente. Hacia las 21:00 h recé otro rosario.

01/06/92 Lunes

Seguía de vacaciones y estaba en casa; tampoco me fui de viaje, para ahorrar en la sala de oración.

Por la noche, entre las 3:00 y las 4:00, recé el rosario y la letanía al Sagrado Corazón de Jesús.

También recé entre las 9:00 y las 10:00.

Al mediodía fui a dar un paseo por el bosque y recé dos rosarios. Por la tarde asistí al rezo del rosario y a la Santa Misa en la iglesia de Rot de la iglesia. A las 20:00 h hubo reunión del grupo de oración.

Hoy hablé un poco sobre la devoción y sobre cómo recibir correctamente la Sagrada Comunión. Hoy pensé en lo bueno que es que el Salvador permita las tentaciones, porque mi suegra ya habría muerto tras las tentaciones.

Entonces habría ganado el diablo. Mi suegra es una buena mujer, pero es testaruda. En lugar de los domingos, siempre va los sábados por la noche a la Santa Misa.

En la fiesta del Corpus Christi tampoco quiso participar en la procesión. Prefiere la comunión en la mano y así la recibe. Ya sea que reciba la Sagrada Comunión de un laico o de un sacerdote, no nota ninguna diferencia. Es seguidora de Hitler.

Aún hoy sigue entusiasmada con él. No quiere participar en mi grupo de oración. Y cuando vuelve a casa desde la iglesia, no quiere caminar conmigo.

Mi suegra prefiere dejarse influir por lo que otros dicen de mí, en lugar de venir a hablar conmigo para formarse su propia opinión sobre mi conversión y mis creencias. Sin embargo, la quiero de todos modos, porque es mi suegra. Estoy agradecida de que esté con nosotros, ya que, por ejemplo, nos quita de encima la tarea de planchar.

Los domingos, cuando toda la familia se reúne, mi suegra también come con nosotros en la mesa, como siempre ha hecho.

El diablo lo habría destruido todo si mi suegra hubiera fallecido realmente en mayo. Entonces quizá habría creído que la comunión en la mano también era correcta.

Pero es Dios quien determina la hora en que alguien muere.

Aun así, sigo siendo fiel al Salvador, porque esta tentación no fue la primera y no será la última.

02/06/92 — Martes

Asistí a la misa matutina en Mingolsheim, en la iglesia de San , a las 6:30.

Después de la Santa Misa hablé con el padre Söllner, un misionero de Steyl que estuvo en África y ahora vive en St. Augustin, cerca de Bonn. En esta conversación no estaba solo, el Salvador estaba conmigo. El padre se alegró cuando le conté lo que el Salvador me había dicho.

03/06/92 - Miércoles

De 8:00 a 9:45 rezo y me uno al Salvador. Lloro mucho porque me asaltan las tentaciones.

Dije que tenía que examinar la voz y le pedí al Salvador que me saludara así: «Alabado sea Jesucristo y María».

Salvador: «Alabado sea Jesucristo y María». Salvador:

«Escribe, hija mía».

Yo: «Sí, Padre celestial, Dios de la Trinidad, escribo porque así lo quieres». Salvador: «La Santísima Virgen María aparecerá en vuestra iglesia».

Yo: «¿Quién es la Santísima Virgen María?»

Salvador: «Es mi esposa, mi hija, mi madre y vuestra madre». Salvador: «Hija mía, no dudes».

Yo: «Querido Dios, dime algo sobre esta aparición, porque no me atrevo a preguntar, pues soy indigna. Soy una pecadora, Señor».

Salvador: «¿Crees ahora que soy yo?» Yo:

«Lo creo, pero no es fácil. ¿Quién eres?»

Salvador: «Soy tu Jesús».

Yo: «¿Por qué no se ha cumplido lo del obispo, el Papa y el canciller Kohl?».

El Salvador: «Ya llegará».

Quería saber algo más sobre la aparición de María y le recordé al Salvador que aún no me había dicho nada.

Salvador: «Ella aparecerá. Aún no ha llegado el momento».

Yo: «Dijiste que darías una señal en la Iglesia».

Salvador: «Esa señal vendrá antes de la aparición de la Virgen María. Esa señal es también para los sacerdotes, anótalo, hija mía. Recibirás una carta de las autoridades eclesiológicas. Presta atención y mantente fiel a mí y al Santísimo Padre. No escuches ni sigas lo que contradiga la doctrina del Santísimo Padre».

Salvador: «Hija mía, haz muchos sacrificios».

Yo: «Querido Dios, lo intentaré, pero no te puedo prometer nada».

Yo: «Querido Salvador, ayer, cuando hablé con el padre Söllner, esa no era yo».

Salvador: «Yo hablé por ti».

Yo: «Lo sentí claramente y eso me fortaleció, y el padre estaba muy diferente, como si le hubiera pasado algo. ¿Qué fue eso?»

Salvador: «¿Ves, hija mía? Mi obra transforma a las personas. Y solo puedo obrar a través de vosotros».

Recé un rato más con fervor pidiendo misericordia.

Entonces oí: «Vete en paz, mi querida hija». A continuación, recé una oración de agradecimiento.

Mientras rezaba varias oraciones al Espíritu Santo, sentí un calor muy especial y mucho amor en mi corazón. Sentí calma y paz, y no tuve ninguna duda.

Por la noche asistí a la Santa Misa en la capilla de San Roque.

04/06/92 — Jueves

Por la noche recé de 4:00 a 5:00, y luego de nuevo de 8:10 a 10:00. Tras una hora de oración, me uní al Salvador.

Salvador: «Escribe, hija mía».

Yo: «Sí, querido Jesús, Palabra viva».

Salvador: «Todavía hablarás con el sacerdote, el P. Trunk».

Salvador: «No me gusta que le haya dado la Sagrada Comunión en la mano al hermano». Yo: «Sí, Señor, lo he visto. El hermano se había comido la Sagrada Comunión antes de que el sacerdote dijera: "Señor, no soy digno..."».

Yo: «Señor, perdóname, porque en ese momento no pude evitar reírme por dentro, aunque sin duda es algo triste. Me pareció tan codicioso el modo en que el hermano tomó la Sagrada Comunión».

Salvador: «Con eso me habéis ofendido los dos».

Yo: «Pero, Señor, si el sacerdote no le hubiera dado la Sagrada Comunión al hermano en la mano, no te habríamos ofendido».

Salvador: «Es cierto. Reza por esta intención, para que el sacerdote no entregue la Sagrada Comunión a manos no consagradas».

Yo: «Querido Dios, voy a confesarme porque te he ofendido». Salvador: «Escribe, hija mía».

Yo: «Sí, Padre celestial, lo escribiré, porque tú me has dado todo. Tú eres todo en mí. Tú también usas mis manos para escribir».

Salvador: «Eso me gusta, hija mía».

Yo: «¿Qué debo escribir, querido Dios? Te pido gracia y misericordia para que escriba solo lo correcto. Por favor, dame una fe firme».

Salvador: «Escribe, hija mía, estás invitada». Yo: «¿A quién?».

No oí nada y volví a preguntar. Yo: «Señor y Dios mío, ¿a quién?». Salvador: «A una comisión».

Yo: «¿Me lo he imaginado?»

Salvador: «Te han invitado a formar parte de una comisión». Yo: «¿Cuándo, dónde y por qué?».

Salvador: «Ya llegará, ten paciencia».

Yo: «¿Estarás conmigo en la comisión?» Salvador: «Sí, estaré contigo.»

Yo: «Señor, entonces no tengo que preocuparme por lo que vendrá después. Lo pongo todo en tus manos».

Salvador: «Así será».

Salvador: «Hija mía, te amo. Ve en paz».

Aún no había terminado del todo la oración, cuando ya me esperaban fuera dos mujeres. Una era la cuñada de Roswitha y la otra era la hermana del padre Ferdinand Thome, que vive en la Selva Negra. Eran las 10:00 y hablé con usted durante unos 45 minutos sobre mi conversión.

10:50: Sentí que tenía que unirme una vez más con el Salvador.

Esa necesidad era algo extraña. Pero también hay que aprender de las tentaciones cuando se presentan.

Creo que la visión de 1984 fue más sencilla, debido al discernimiento de los espíritus. A la Virgen se la ve, pero en cuanto a la voz, solo se oye y se necesita más tiempo para examinarla.

Para que mantenga la perseverancia en examinar la voz, el Salvador me hace sentir el amor y también la gracia, y permite las tentaciones para ver si se distingue el silencio.

Bueno, como esta mañana me interrumpieron las mujeres, volví a unirme al Salvador a las 10:50.

Salvador: «Hija mía, anótalo. Tendrás la aparición de la Virgen María dentro de unas cuatro semanas».

Yo: «Querido Dios, querido Jesús, Padre celestial, por favor, repítelo otra vez». El Salvador lo repitió inmediatamente.

Yo: «¿Dónde?»

Salvador: «En la iglesia de Rot».

Yo: «¿Hay algo más que deba saber?»

Salvador: «Sí, hija mía, no tienes nada que temer, yo estoy contigo. Hija mía, no me decepciones».

Yo: «Querido Dios, quiero estar siempre unida a ti; así no te decepcionaré». Salvador: «Reza mucho, hija mía, y ayuna».

Yo: «Querido Dios, me esforzaré».

Pensé en Claude de Luxemburgo, pero no quise preguntar, entonces oí:

«Puedes escribir por Claude. Ahora no puede ser sacerdote. Debéis seguir rezando por él». Yo:

«Gracias, Señor y Dios mío, gracias, querido Jesús, gracias, querido Espíritu Santo. ¿He cumplido tu voluntad al unirme de nuevo contigo?»

Salvador: «Sí, has cumplido mi voluntad. Ve en paz, mi querida hija». Por la tarde estuve en el rosario y en la Santa Misa en rojo en la iglesia.

05/06/92 - Viernes - Viernes del Sagrado Corazón

Todavía estaba de vacaciones y recé en casa de las 9:00 a las 11:00 la letanía del Sagrado Corazón, la letanía de la Virgen María, oraciones al Espíritu Santo, etc.

Salvador: «Escribe, hija mía, este signo en la iglesia te sucederá a ti». Yo: «Señor, te lo he dado todo. Pero si tú lo dices, así será. ¿Cómo sabré que viene de ti?»

Salvador: «Estaré contigo. Deja que este signo que viene actúe en ti». Yo: «¿Cómo sabré que estás conmigo?»

Salvador: «No te faltará mi gracia. Mantente fuerte y valiente, y no te dejes influir por los demás».

Yo: «Pero, Señor, tú sabes que soy muy débil». El

Salvador: «Conmigo eres fuerte».

Yo: «¿Cuándo llegará eso?»

Salvador: «El tiempo me pertenece».

Yo: «Querido Salvador, te amo mucho, no permitas que me separe nunca de ti».

Es indescriptiblemente hermoso estar unida al Salvador. No se puede agradecer con palabras. Hay que alabar y glorificar al Señor constantemente, día y noche.

Salvador: «Escribe, hija mía, los hombres se encuentran en el camino equivocado. No quieren volver atrás. Son pocos los que han reconocido que Yo sigo aquí. Hija mía, permanece fiel a mí, Yo soy tu camino. En este camino no puedes perderte. Hija mía, te doy la gracia de serme fiel».

Yo: «Sí, Señor y Dios mío, acepto la gracia de serme fiel, porque solo Tú me bastas y Tú lo puedes todo. En la tierra he comprendido que Tú eres la bienaventuranza y ahora espero esa bienaventuranza por toda la eternidad».

Salvador: «Hija mía, me has alegrado con lo que has escrito». Yo: «Sí, querido Dios, eso lo dijo mi corazón y no mi boca».

Salvador: «Hija mía, eres aún un capullo de una flor perfumada que aún tiene que florecer».

Después oí al Salvador: «Vete en paz, hija mía». Para el rosario y la

Santa Misa estuve vestida de rojo en la iglesia.

06/06/92 - Sábado

Fui a la misa de las 7:00 h en la capilla de San Roco, en Mingolsheim.

Después de la misa, hablé con un padre alemán que trabaja como misionero en Brasil.

Me contó que había estado prisionero en China. Hablé con él unos 20 minutos sobre la comunión en la boca. Caminaba con dos muletas. Al final, me dio su bendición.

16:30 - 18:15: Recé en la iglesia de Rot. Hoy también me confesé con el párroco Vogt.

07/06/92 - Lunes de Pentecostés

Recé de 7:45 a 9:05.

Yo: «Señor y Dios mío, si así lo deseas, háblame. Tu sierva te escucha». Salvador: «Sí, hija mía, te hablo. Eres impaciente».

Yo: «¿Debo escribirlo?»

Salvador: «Sí, escríbelo. Ten confianza en mí».

Nadie podía saber, excepto Dios, lo que yo quería saber en mi alma. Pero recibí respuesta.

Salvador: «La aparición de la Santísima Virgen será en breve». Yo: «Pero dijiste que sería en cuatro semanas».

Salvador: «Hija mía, tú sabes que ella aparecerá».

Yo: «¿Por qué haces que la Virgen se aparezca en la Iglesia Roja?»

Salvador: «Para que se rece mucho en vuestra iglesia».

Yo: «Pero en nuestra iglesia se reza más que en otras iglesias de los alrededores». Salvador: «Quiero que de esta iglesia salgan muchos valientes confesores».

Salvador: «Escribe, hija mía, la señal que te doy es mi señal. Hija mía, esta señal será anterior a la aparición de la Santísima Virgen María».

Yo: «¿Cómo debo comportarme ante este signo? ¿Debo guardar silencio? ¿Es solo para mí, o también para los demás?»

Salvador: «No te faltará la gracia. Será como a mí me plazca». Yo: «Querido Dios, que se haga entonces tu voluntad».

Salvador: «El Espíritu Santo te iluminará. No tienes por qué preocuparte de antemano. Reza a mi Madre. Ella te ama. Ella te protege y te guía.

Eres su querido hijo».

Yo: «Señor, no puedo escribir eso».

Salvador: «Escríbelo. Tu madre nunca te ha dejado sola. No la decepciones. Hija mía, mantente fiel a nosotros».

Yo: «Te seré fiel a ti y a la Virgen María, porque os quiero mucho». Salvador: «Hija mía, ahora te bendigo».

Me arrodillé en el suelo.

Oí: «Que la bendición del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo descienda sobre ti». Me santigué y dije con reverencia: «Alabado sea Jesucristo y María».

Esa fue la primera vez que el Salvador me bendijo.

Después, el Salvador dijo: «Vete en paz, hija mía». Asistí a la Santa Misa en rojo.

08/06/92 - Lunes de Pentecostés

Recé por la noche, de las 2:20 a las 3:20, por la paz y por las almas pobres. De las 8:10 a las 9:10 seguí rezando.

Yo: «Señor y Dios mío, mi amadísimo Padre, te doy gracias por reprenderme y permitir las tentaciones. Por eso no te amo menos, sino más. Ahora no tengo dudas ni miedo. Sé que siempre estás conmigo y que lo que permites tiene que ser así, porque es tu voluntad».

Perdóname por haberte ofendido y por haber sido impaciente. Te prometo que mejoraré. He comprendido que todo tiene su momento, y que tú eres quien lo determina, y así es como debe ser.

Me uno a la querida Virgen María y a ti, querido Jesús, y doy gracias al Padre todopoderoso y misericordioso porque, después de Adán y Eva, ahora tenemos también una Madre celestial y al Salvador Jesucristo.

Oré con más fervor y le dije al Salvador: «No necesito preguntarte nada, tú lo sabes todo». (Mis pensamientos estaban en la señal)

Salvador: «Sí, lo sé todo. Esta señal que recibes es mía, para todos. Debes aceptar la señal».

Yo: «Sí, Señor mío, lo entiendo mejor, lo aceptaré cuando llegue».

Salvador: «El mundo corre un gran peligro. Todos mis hijos están en peligro. Estad preparados en todo momento para la hora que se avecina».

Yo: «¿Qué hora?»

Salvador: «El Juicio. Cada uno es responsable de sí mismo».

Yo: «Querido Dios, ¿debo tener ya tanto miedo al juicio?» Salvador: «¡Amor! Ya desde ahora. El amor es la medida con la que todos seréis juzgados. Pedid amor constantemente. Yo soy el amor, hijo mío. Y cada uno puede tomar tanto como quiera».

Yo: «¿Y si los demás no vienen a beber de ese amor?» Salvador: «Ya han elegido a su padre».

Yo: «Querido Dios, voy a sacar más provecho de este amor que hasta ahora. Y te pido ahora mismo que me des mucho amor, para que yo también pueda dárselo a los demás».

Salvador: «Hija mía, ten confianza. Te amo. Ve en paz».

Por la noche, vestida de rojo en la Santa Misa. A las 20:00 h hubo reunión del grupo de oración.

09/06/92 - Martes

Hoy ha sido el último día de vacaciones.

Por la noche, de 4:00 a 5:30, recé por la paz, por los sacerdotes y por el Vaticano.

Salvador: «Ayer hablaste bien en el grupo de oración. No tienes por qué tener miedo, sigue hablando así. Yo estoy contigo. Me han gustado vuestras oraciones (del lunes de Pentecostés)». Yo: «Roswitha tuvo pesadillas la noche anterior. No pudo dormir». (Le había dado las copias del diario para que las guardara).

Salvador: «Los espíritus impuros no quieren que ella se entere de lo que has escrito. No tiene por qué tener miedo. Ella está bajo mi protección».

Yo: «Mi marido me ha dicho que ayer hablé demasiado tiempo». Salvador: «Ya lo ha dicho antes. No le hagas caso. El enemigo también está en tu casa».

Yo: «Mi Jesús, ahora me siento tan bien por dentro. Hay tanta calma y paz en mí».

Salvador: «Ahora somos uno».

Yo: «Oh, mi amor, te doy las gracias. ¿Quieres decirme algo más ahora?» Salvador: «Hija mía, descansa. Vete en paz, mi querida hija». Yo: «Te doy las gracias, mi Dios grande y misericordioso. Voy a seguir durmiendo».

A las 10:40 volví a rezar. Era el último día de mis diez días de vacaciones. Había rezado mucho, pero no lo suficiente para el Salvador.

Salvador: «Mi querida hija». Yo:

«¿Debo escribir?».

Salvador: «Escríbelo. Presta atención a cada palabra que pronuncies.

El espíritu impuro te imitará. Él quiere destruir todo lo que has hecho hasta ahora. Intentará destruir lo que has escrito».

Yo: «Querido Dios, ¿tú permites eso?»

Salvador: «Te daré protección. Hija mía, has reconocido y siempre reconocerás al espíritu impuro. No te faltará la gracia. Mi querida hija, vete en paz».

Yo: «Querido Dios, te doy las gracias de todo corazón por estas muchas gracias».

Por la noche fui a la iglesia de In Rot a rezar el rosario y a asistir a la Santa Misa. Ofrecí la Sagrada Comunión por el padre Gebhard Heyder.

10/06/92 — Miércoles

10:00 h en la sala de médicos:

Salvador: «La humanidad corre un gran peligro». Yo: «Pero yo no puedo hacer nada».

Salvador: «Sí, puedes hacer algo. Ve a ver al sacerdote, díselo. Se acerca la guerra». Yo: «Querido Dios, ya se lo he dicho».

Salvador: «Debe rezar más con los fieles». Salvador: «Escribe, hija mía, tenéis poco tiempo». Yo: «¿A qué sacerdote debo acudir?».

Salvador: «Al señor párroco Vogt».

Yo: «Pero tú has dicho que es desobediente».

Salvador: «Que lo piense bien. Hija mía, ve a verlo». Yo: «¿Esta guerra afecta a Alemania?».

Salvador: «A todos».

Yo: «¿Puedo decirle algo para que sepa que viene de ti?» Salvador: «Díselo; mis ovejas escuchan mi voz».

Yo: «Querido Dios, se lo diré. Señor, hágase tu voluntad. Mi querido Jesús, mi Señor y Dios, te doy las gracias».

Salvador: «Mi querida hija, te amo. Ve en paz».

A las 12:00 recé el Ángel del Señor en la capilla de mi lugar de trabajo. Holger me trajo libros para leer.

16:00 h: Iba de camino a casa y recé el rosario doloroso por el párroco Vogt.

Hacia las 17:50 h estuve en la iglesia de Rot y recé un rato.

De las 18:00 a las 18:30 estuve con el señor párroco Vogt. Le leí fragmentos de mi diario: del 24/05/92, del 29/05/92, del 03/06/92, del 05/06/92, del 07/06/92, del 08/06/92 y de hoy, 10 de junio de 1992. Él se rió mientras lo escuchaba.

Al final dijo que había que rezar más.

Le pedí su bendición y luego me fui. Al despedirme, le dije que ya estaba harto de todo aquello.

A lo que el señor párroco Vogt respondió: «Dígaselo al Salvador». Yo

le contesté: «Él ya lo ha oído».

Lo dije porque él no cree lo que el Salvador me dice.

A las 19:00 h fui a rezar el rosario a la capilla de San Roque y asistí allí a la Santa Misa. A

continuación, mantuve una conversación con el párroco Trunk.

Le pregunté al Salvador si debía hablar ahora con el padre Trunk. El

Salvador me dijo que sí.

Yo: «¿Hablará conmigo?» Salvador: «Sí,

hablará contigo».

Nuestra conversación duró unos 30 minutos. Le conté al P. Trunk lo que me había dicho el Salvador.

11/06/92 — Jueves

11:30 h en la sala de médicos:

Le dije al Salvador que el padre Vogt había dicho ayer que todo eso eran mensajes amenazantes.

Salvador: «Déjalo en mis manos, todo llegará a su debido tiempo». Entonces le pregunté por el señor párroco Trunk.

Salvador: «Hiciste bien en ir a verlo».

Yo: «Pero él ha dicho que el reverendo obispo Oskar Saier le dijo que debía dar la comunión en la mano».

Salvador: «No lo hace por voluntad propia».

Yo: «Querido Dios, tú has dicho que no hay que escuchar ni seguir a quien falsifica la doctrina del Santísimo Padre».

Salvador: «Así es».

Yo: «¿Cómo es eso? ¿El sacerdote tiene que hacer caso al obispo si este le dice que debe dar la comunión en la mano?»

Salvador: «No».

Yo: «Por favor, dime algo más que no».

Salvador: «Este sacerdote es desobediente ante mis ojos».

Yo: «Él ha dicho que el Papa también da la comunión en la mano».

Salvador: «El Santo Padre está obligado. No todos los obispos escuchan al Santo Padre».

Yo: «Él ha dicho que quiere ir a la Obra de los Ángeles, pero que el obispo no le da permiso para ello. ¿Puedes decirme algo al respecto, o no es asunto mío?»

Salvador: «Sí, sí que te incumbe. El sacerdote H., el párroco Trunk, debe ir a la Obra de los Ángeles. Debes decirle que tenga más confianza en mí».

Yo: «Él ha dicho que debe obedecer al obispo». El Salvador:

«Pero a mí me desobedece».

Yo: «Querido Dios, ¿es su voluntad o la tuya que vaya a la Obra de los Ángeles?» Salvador: «Hija mía, esa es mi voluntad, desde hace ya mucho tiempo».

Yo: «¿Debe decirle al obispo lo que he escrito?»

Salvador: «No lo hará, porque el obispo no cree en las revelaciones privadas».

Yo: «No lo entiendo, ¿cómo es eso? Si el Santo Padre se ve obligado a dar la comunión en la mano, entonces el sacerdote también puede decir que se ve obligado».

Salvador: «Hija mía, el Santo Padre me obedece. Es guiado por mi Espíritu». Yo: «Querido Dios, no volveré a preguntarte nada más».

Salvador: «Hija mía, me complace que hayas preguntado así. Vete en paz, mi querida hija».

Entre las 12:05 y las 13:00 h en la capilla:

Salvador: «Hija mía, tenlo en cuenta: yo soy el amor, la humildad, la mansedumbre, la paz, la tranquilidad, la paciencia, la alegría, la verdad, la luz, el camino; yo soy tu vida.

Todo lo que contradiga esto es espíritu impuro. Recuerda: tras mi conversación, mantén la paz y el amor. El espíritu impuro no deja buenos frutos».

Yo: «Querido Dios, el espíritu impuro ha vuelto».

Salvador: «Hija mía, yo también estoy aquí».

Salvador: «Escribe, hija mía, y guarda en secreto lo que escribas hoy».

Yo: «Y Marion, ella debe escribirlo y Roswitha debe guardarlo, ¿es así?» Salvador: «Pero nadie más».

Yo: «Pero necesito un sacerdote».

Salvador: «Te daré un sacerdote. Espera un poco más».

Yo: «¿Cómo voy a saber que has sido tú quien me ha hablado? Por favor, dime algo más al respecto».

Salvador: «Escribe, hija mía, lo que te he dicho llenará tu corazón».

Yo: «¿Con qué?»

Salvador: «Con amor».

Yo: «Que así sea, pues. Que mi corazón esté lleno de amor, no solo ahora, sino siempre».

Rosario y Misa en rojo.

12/06/92 — Viernes

10:00 h en la sala de médicos:

Salvador: «Escribe, hija mía».

Yo: «Sí, mi Señor y Dios, mi Padre celestial, Jesús, Dios misericordioso, ¿qué debo escribir?»

Esperé la voz, pero no llegó nada. Me dije a mí misma: por mí misma no puedo decirme nada.

Yo: «Querido Dios, no permitas que el maligno se entrometa».

Salvador: «¿Ves? Solo puede hacerlo si yo lo permito».

Yo: «Siento un gran calor dentro de mí, calma y paz. Mi corazón arde de amor. Es una sensación maravillosa que no se puede describir con palabras».

Salvador: «Hija mía, serás puesta a prueba muchas veces».

Yo: «Pero sin ti no puedo superar las pruebas».

Salvador: «Sí, por eso me necesitas. La prueba viene de las autoridades».

Yo: «Pero se me dan tan mal los exámenes. (Pensaba en los exámenes del colegio) Salvador: «Estaré contigo».

Le pregunté por mi suegra, porque no había fallecido en el mes de mayo. El Salvador: «Yo lo permití. El espíritu impuro ha confirmado así que le parece bien la comunión en la mano y también que los laicos distribuyan la Sagrada Comunión. Si hubiera fallecido, creerías que la comunión en la mano es correcta».

Yo: «Pero eso es difícil de reconocer cuando el espíritu impuro se entromete».

Salvador: «Presta atención a cada palabra. Yo soy la mansedumbre».

Yo: «¿Y qué hay de Belgrado? ¿También se ha entrometido allí?» Salvador:

«No, eso aún está por venir.»

Yo: «Hasta ahora me he dado cuenta de que el espíritu impuro se ha entrometido dos veces: con la muerte de mi suegra y el 25 de marzo de 1992, con el anuncio de una aparición de la Virgen y con el anuncio de que sería en cuatro semanas».

Salvador: «Son solo los momentos en los que se ha entrometido. Hay que vivir esa experiencia».

Yo: «¿Qué es una prueba?»

Salvador: «Defiende mi enseñanza, mantente fiel a mí, no te preocupes por el futuro.

Yo hablaré por ti».

Yo: «Gracias, Señor y Dios mío, ahora lo entiendo mejor».

Yo: «Esta mañana casi choco con el coche contra un tranvía. Por poco no tengo un accidente. Mientras conducía, recé la letanía a la Virgen María. Justo cuando rezaba Virgo Prudentissima - ora pro nobis, me quedé cegado y no vi el tranvía. Mi pie ya estaba sobre el freno antes de que percibiera el tranvía con la vista. Creo que fue el ángel de la guarda».

Salvador: «Reza sin cesar. El espíritu impuro quiere destruirte, pero no puede, yo estoy contigo».

Salvador: «Escribe, hija mía, en Eslovaquia habrá guerra». Yo: «¿Y qué hay de Montenegro?»

Salvador: «Montenegro pronto será destruido».

Yo: «Querido Dios, prefiero no saber nada más. Es terrible. Perdóname, Señor y Dios mío, rezaré más. Por favor, concédeme la gracia de poder rezar mucho.

Asistí a la misa y recé el rosario en la iglesia de Rot.

13/06/92 — Sábado

Fui a la misa matutina en Mingolshelm, en la capilla de San Roque (7:00 h).

Después recé dos rosarios por mi familia, que aún no ha sido bautizada. A las 14:00 h me invitó mi hermano, que también vive en Rot.

Era la fiesta de cumpleaños de mi hermano Paul.

Mi hermano menor, Vladimir, también estaba allí, así como mi hermana Sonja y muchos otros: sobrinos y sobrinas, etc.

Ninguno de ellos se burló, todos fueron muy amables conmigo.

De 16:30 a 18:30 fui a la iglesia y recé. Con el Salvador se está mejor que en la barbacoa.

Me confesé con el P. Vogt. Durante la confesión, también le dije lo que no hace bien en la iglesia, por ejemplo, que durante el Credo no se vuelve hacia el sagrario, sino que mira a la congregación, pues debería ser un ejemplo en la fe en la Santísima Trinidad en el sagrario.

14/06/92 — Domingo

Recé de 7:10 a 8:25 en casa. En la reunión:

Salvador: «Hija mía, has hablado muy bien en el confesionario. Yo he intercedido por ti. El sacerdote se equivoca en casi todo lo que ha dicho».

Yo: «Querido Dios, perdónale. No me extraña que las iglesias estén vacías». Yo: «Querido Salvador, ¿qué debo saber?»

Salvador: «Escribe, hija mía, la guerra sigue extendiéndose. La guerra en Bosnia empeorará. Reza por la paz».

Yo: «Querido Dios, se me ha olvidado preguntarte algo que es muy importante para mí».

Yo: «¿Estás presente en las pequeñas partículas de la Sagrada Hostia?» Salvador: «**Sí, también estoy presente en las pequeñas partículas.**»

Salvador: «Escribe, hija mía, cuando la guerra termine allí, comenzará en otro lugar. Hija mía, la gente está descontenta, y eso no viene de mí».

Al cabo de un rato oí:

«Hija mía, te amo».

Le pregunté si debía escribirlo. Salvador:

«Sí, escríbelo».

Yo: «Siento una paz profunda y una calidez. Señor y Dios mío, te doy gracias por esta gracia que acabas de concederme.»

Siento no poder describirlo mejor. Siento que soy incapaz de escribir algo así. Tampoco soy poeta».

Salvador: «Hija mía, mantente fiel a mí, vete en paz».

10:00 h - Santa Misa en rojo.

13:00 h: Rosario y devocional.

Por la tarde vino Marion y escribimos el diario. Después recé el rosario.

15/06/92 — Lunes

En la consulta del médico:

Recé con fervor y me quejé. Salvador: «Te amo, hija mía». Yo: «Lo he oído bien».

Salvador: «Hasta ahora lo has hecho bien. No te preocupes por lo que está por venir».

Yo: «Señor, me duele que sigan dando la comunión en la mano».

Salvador: «Escribe, hija mía, que la comunión en la mano es un sacrilegio. Hija mía, todo va a cambiar en los próximos tiempos. Tu tarea consiste en hacer saber a los sacerdotes que solo deben dar a los fieles la comunión en la boca».

Yo: «Pero todos dicen que hay que obedecer a los obispos».

Salvador: «Diles que Yo no lo permito».

Yo: «Entonces dirán que no tienen por qué creer en las revelaciones privadas».

Salvador: «Los sacerdotes que no creen en las revelaciones privadas reconocidas no viven en la gracia de Dios».

Yo: «Señor, ¿lo he escrito bien?»

Salvador: «Hija mía, así me gusta. Vete en paz».

18:30 h. Rosario y Santa Misa en Rot.

20:00 h. Grupo de oración: asistieron el párroco Dochart y el padre Berthold, de Waghäusel. Acudió muchísima gente. No quedaba ni un solo sitio libre.

16/06/92 - Martes

10:00 h en la consulta del médico:

Salvador: «Escribe, hija mía, Satanás se está haciendo más fuerte. Debéis rezar aún más. La guerra empeorará».

Yo: «¿Qué quieres decir, querido Dios, con que empeorará?» Salvador: «La guerra está en todos los corazones.»

Yo: «¿Queda aún tanto odio?»

Salvador: «Casi solo odio».

Yo: «¿Tengo que escribir algo más?»

Salvador: «Debes anotarlo. Se aprobará la capilla. Llegará un donativo».

Yo: «Querido Salvador, te doy las gracias. Es una gran alegría para mí. Porque tú has visto que ya no tenemos sitio y que tanta gente viene a rezar».

Salvador: «Hija mía, te amo, vete en paz».

Durante la unión sentí mucho calor y una profunda paz.

Yo: «Querido Salvador, tú conoces mi corazón y mi amor por ti. No necesito decírtelo. Te seré fiel».

A las 18:30 asistí al rosario y a la Santa Misa en Rot.

Ofrendé la Sagrada Comunión por mis padres y hermanos fallecidos.

Después de la Sagrada Comunión, le pregunté al Salvador si había hecho lo correcto, o si esta mañana había entendido bien lo que había pasado en la capilla.

Salvador: «Puedes creerlo, es cierto».

17/06/92 — Miércoles

10:00 h en la sala de médicos:

Dudé en escribir, pensé que quizá el Salvador no quisiera que escribiera. Entonces oí:

Salvador: «Hija mía, quiero que escribas».

Yo: «Señor y Dios mío, me entrego por completo a tu voluntad».

Salvador: «El mundo corre un gran peligro. Los falsos profetas están por todas partes». Yo: «Querido Dios, explícamelo con más claridad en cuanto a los profetas».

Salvador: «Son parásitos para la humanidad». Yo:

«¿Y cuál es el remedio?».

Salvador: «Permanecer fieles a la verdadera doctrina de Cristo».

Yo: «¿Cómo puedo reconocer que es un falso profeta?»

Salvador: «No están guiados por mi Espíritu».

Yo: «¿Cómo puedo darme cuenta de que está guiado por un espíritu

impuro?» Salvador: «El falso profeta tiene muchos seguidores,

simpatizantes.» Yo: «¿Y los otros, los que están guiados por tu

Espíritu?» Salvador: «Son muy pocos.» (Los seguidores)

Yo: «Querido Dios, pero eso no me basta. ¿Qué más debo saber sobre los falsos profetas?»

Salvador: «Hija mía, a ellos les falta amor. Un falso profeta nunca habla de la verdadera doctrina de Cristo. No les creas. Tú vencerás conmigo».

Yo: «Señor, solo contigo puedo distinguir una cosa de otra». Salvador: «Hija mía, solo conmigo».

Yo: «¿Hablaré con un profeta así en un futuro próximo?»

Salvador: «Sí, con varios. Hija mía, ten paciencia. Mantente fiel a mí. Ve en paz». Entonces oí aún: «Ámame».

Asistí a la Santa Misa en la capilla de San Roque en Mingolsheim.

18/06/92 — Corpus Christi — Jueves

Recé de 7:45 a 8:45 y me uní al Salvador.

Salvador: «Escribe, hija mía, la gente se está precipitando al abismo en estos momentos». Yo: «¿Qué es eso, el abismo? No lo sé con exactitud».

Salvador: «Al infierno, hija mía. Todos han ejercido su libre albedrío para ello».

Yo: «Los demás me dirán que eres bondadoso y misericordioso, querido Dios, y que eso no puede ser».

Salvador: «Las almas ya no viven. Han elegido a su padre». Yo: «Querido Dios, ¿cómo llamas a ese padre?».

Salvador: «El príncipe del mundo».

Yo: «¿Por qué lo llamas príncipe?»

Salvador: «Por su orgullo se reconoce a sus hijos».

Yo: «Querido Dios, hoy es festivo, la fiesta del Corpus Christi. Esta mañana ha habido procesión. ¿Puedes decirme algo al respecto?»

Salvador: «En esta festividad se me venera muy poco. Hija mía, los corazones de las personas se han endurecido. La purificación de las almas debe llegar pronto. El castigo es necesario; de lo contrario, aún más almas irán al infierno».

Yo: «¿Tengo que escribir algo más?» Salvador:

«Hija mía, te pido que...»

Yo: «Pero, querido Dios, dímelo primero. Alabado sea Jesucristo y María, y Viva Jesús y María».

Al oír eso, pregunté: «¿Qué me pides?» Salvador: «La entrega total a mí».

Yo: «Mi Dios Trino, mi Rey de reyes, mi Salvador. Me entrego por completo a ti. Querido Dios, no puedo escribirlo así en alemán, pero tú sabes lo que quiero decir».

Yo: «Señor y Dios mío, me tienes por completo. Redentor mío, te amo por encima de todo. Haz conmigo lo que quieras. Haz que siempre sea consciente de que te pertenezco.

Querido Dios, ¿por qué quieres volver a tenerlo todo? Ya te lo he dado todo».

Salvador: «Tú lo sabes, hija mía. Te espera otra misión. Pero aún no, hija mía. Mantente fiel y firme».

Eran las 8:45. Me había olvidado. Mi marido me llamó y me dijo que ya era demasiado tarde para ir a la iglesia. La misa empezaba hoy a las 9:00. Me levanté y me preparé tan rápido que llegué a la iglesia tres minutos antes de las 9:00. En la iglesia recé con todo mi corazón para que los fieles no recibieran la Sagrada Comunión de forma indigna. Al final, fueron pocos los que comulgaron. En la iglesia también había un poseído. Antes de la consagración, abandonó la iglesia. Ofrecí la Sagrada Comunión por mi hijo.

En la procesión había mucha gente.

A las 13:00 h fui a la iglesia a rezar el rosario y después me quedé para el rezo.

19/06/92 — Viernes

Sin voz. Asistí a la Santa Misa y al rosario en Rot, en la iglesia.

20/06/92 — Sábado

Recé en casa de 7:00 a 8:45, unos 45 minutos.

Durante la unión le dije al Salvador: «Si tú lo quieres, Señor y Dios mío, entonces escribiré».

Salvador: «Sí, quiero, hija mía, escribe».

Me decepcionó lo que se retransmitió por televisión sobre la Jornada Católica. Lo había visto en casa de mi suegra. Las mujeres quieren que se suprima el celibato y, lo que es peor, quieren celebrar la Santa Misa.

Salvador: «Se dicen católicos, pero no lo son. Son pocos los que se parecen a mi corazón. No es mi voluntad que una mujer celebre la Santa Misa.

Escribe, hija mía, es obra de Lucifer». Yo: «¿Y el celibato?»

Salvador: «Un sacerdote debe ser sacerdote según mi ejemplo y ser fiel a la tradición. Ser católico significa también ser fiel al Santo Padre».

Yo: «¿Por qué el P. Vogt no se vuelve hacia el Sagrario o hacia el Salvador durante el Credo, cuando está expuesta la Santísima Hostia? ¿Por qué se queda de cara al pueblo?»

Salvador: «Porque aún hay mucho orgullo».

Yo: «Señor, siempre hablas de los peligros que acechan a las personas. Pero no tengo ningún sacerdote a quien contárselo».

Salvador: «Hija mía, vendrá un sacerdote. Ya no tardará mucho».

Salvador: «Escribe, hija mía: te amo y me decepcionas porque no crees lo que te digo».

Yo: «Porque el espíritu impuro se ha entrometido».

Salvador: «Eso también tiene que ser».

Yo: «Querido Dios, quiero creerlo, pero el padre Dochart, el padre Vogt y mi marido me confunden».

Salvador: «Lo sé. Tienes que demostrarles que soy yo». Yo: «¿Y cómo?»

Salvador: «Me tienes a mí».

Yo: «Sí, Señor y Dios mío. Lo haré. Hágase tu voluntad, Señor». Salvador: «Mi querida hija, vete en paz».

Hacia las 9:00 de la mañana llegué a casa de Marion, en Wiesental. Había jóvenes con ella. Les hablé de mis experiencias y de mi conversión. Mientras contaba, sentí fuertes ataques del espíritu impuro. El espíritu impuro era bastante fuerte, bloqueó mi relato varias veces.

A un chico que estaba sentado a mi lado le dije: «No te has confesado». Lo rocié con agua bendita. Por la tarde, ese chico se confesó en Karlsruhe, en la Jornada de los Católicos, donde yo también estuve hoy. Se había confesado por última vez hacía cinco años y, cuando lo volví a ver por la tarde, parecía haber vuelto a la vida y se le veía tan feliz.

En esta Jornada Católica tuve la oportunidad de mantener muchas conversaciones interesantes. Tuve que defender en numerosas ocasiones al Papa y la comunión en la boca. Después hablé ante tres cámaras de televisión.

También me dirigí al obispo Wolfgang Kirchgässner, el obispo auxiliar de Friburgo. Le pregunté qué opinaba de los frutos de Medjugorje y por qué aún no había estado allí. Él respondió: «Sí, Dios está en todas partes».

Le dije: «Sí, aquí también».

No le hacía mucha gracia hablar conmigo. Aun así, le pedí su bendición. Marion estaba allí conmigo.

Tras la agotadora Jornada Católica, al final también tuve que confesarme. Conocí a un sacerdote humilde, el padre Engelbert Recktenwald. Espero volver a encontrarme con él algún día, es un buen confesor.

Cuando hablé ante las cámaras de televisión, Beate Hambsch estuvo presente en tres ocasiones. Creo que Beate despertó de verdad en esta Jornada Católica de Karlsruhe para trabajar por el Salvador. Experimentó que, cuando se trabaja por la salvación de las almas, se reciben muchas gracias del Salvador. Marion también se esforzó mucho. Habló mucho de la fe católica, pues a este evento habían acudido muchos hijos perdidos. Gracias a Dios por esta gracia, que nos permitió transmitir la Palabra de Dios.

21/06/92 — Domingo

Recé de las 7:45 a las 9:00 y lloré por la Jornada Católica.

Estaba decepcionada y me preguntaba si había estado bien lo que había dicho ayer durante todo el día a la gente y luego ante tres cámaras.

Salvador: «Escribe, hija mía, lo que hiciste ayer estuvo bien. Yo hablé a través de ti».

Yo: «¿Y Marion y Beate?»

Salvador: «Ellas son mis instrumentos, hija mía, sigue siendo fiel a mí».

Yo: «Señor y Dios mío, tienes razón. Es fácil rendirse cuando se ha visto todo lo que ha pasado en la Jornada Católica. Se podría decir que los católicos ya no son católicos».

Salvador: «Escribe, hija mía, hay que pedir el amor. Hija mía, siempre estaré contigo».

Yo: «Pero siento que el espíritu impuro también está aquí ahora. Se hace notar y siento un cosquilleo en la mano».

Salvador: «También está enfadado porque no puede encontrarme».

Salvador: «Conmigo siempre lo vencerás. Donde yo estoy, él también está».

Yo: «Pero en mi corazón hay calma, silencio y paz; lo siento como algo indescriptiblemente hermoso».

El Salvador: «Ahí no puede entrar el espíritu impuro, porque tú me has elegido».

Yo: «Dime, ¿quién eres?»

Salvador: «Hija mía, soy tu Señor y Dios, el guía de tu alma». Yo: «Querido Dios, perdóname por volver a preguntar».

Salvador: «Hija mía, te amo, vete en paz».

13:00 h — Rosario en la iglesia de Rot.

22/06/92 — Lunes

En la consulta del médico:

En ese momento amaba tanto al Salvador que las lágrimas brotaban de mis ojos. Recé con fervor. Cuando me uní al Salvador, sentí un amor inmenso.

Salvador: «Hija mía, escribe. Todo lo que escribas se publicará en un libro.»

Antes de imprimirse, será revisado por un sacerdote».

Yo: «¿Es eso lo que quieres, Señor, o tal vez debería permanecer en silencio, en la intimidad?»

Salvador: «Quiero que el libro llegue a la gente.»

Yo: «Hay que quitar algunas cosas, hay demasiado». Salvador: «De eso se encarga el sacerdote».

Yo: «Querido Dios, no tengo sacerdote. Salvador:

«Yo te daré un sacerdote.

Yo: «Mi Señor y Dios, cuando se publique el libro, me expulsarán de la Iglesia».

Salvador: «Hija mía, has escrito la verdad. Estoy contigo». Salvador: «Escribe, hija mía, el libro debe imprimirse pronto.»

Yo: «Querido Dios, por favor, danos la gracia para que podamos escribir más rápido».

Salvador: «Sí, puedes hacerlo».

Yo: «Señor, que se haga tu voluntad con el libro».

Yo: «¿Tengo que leerle el 11/06/92 al reverendo Trunk?» Salvador:

«Sí, hazlo».

Yo: «¿Tengo que escribir algo más?»

Salvador: «Te doy las gracias, hija mía, por seguir mi voluntad». Yo: «Lo hago porque te amo, querido Dios, por encima de todo».

Salvador: «Vete en paz, mi querida hija».

18:30 h. Rosario y Santa

Misa en Rot

20:00 h Grupo de oración

23/06/92 — Martes

10:00 h en la sala de médicos:

Esta mañana recé durante aproximadamente una hora.

Mientras estaba en comunión con el Salvador, los médicos me interrumpieron varias veces. Salvador: «Escribe, hija mía».

Yo: «Sí, mi querido Jesús, ¿qué quieres que escriba?»

Salvador: «Hija mía, habrá una nueva guerra en Europa. La guerra de Rusia seguirá extendiéndose».

Hacia las 10:55 h, le hice una radiografía a un niño de 12 años. Tenía una hemorragia nasal y la nariz rota. Le dije que también había que rezar al levantarse por la mañana. Me respondió que no le habían enseñado eso y que procedía de la antigua RDA. Le di unas hojas con oraciones y se alegró. Luego le conté unas palabras sobre mi bautismo de adulto.

Al cabo de un rato (después de la radiografía), volví a dirigirme a Jesús. Fue como una guía, debía reunirme de nuevo con el Salvador. Salvador: «Escribe, hija mía, es importante».

Yo: «Señor y Dios mío, ¿y qué sería eso?»

También pregunté si sería capaz de soportar lo que tuviera que escribir. Salvador: «Llámalos a todos a la oración».

Yo: «¿He oído bien?»

Salvador: «Hija mía, has oído bien». Salvador: «Llama a todos a la oración».

Yo: «¿Cómo voy a hacerlo? Los sacerdotes no me escuchan. No puedo acudir al señor Kohl. Muchos de los que abordo critican al Papa. Muchos han abandonado la Iglesia o critican la fe. La situación con la gente es muy grave en este momento».

Yo: «Querido Dios, por favor, dame un consejo. ¿Cómo puedo llamar a la gente a la oración?».

Salvador: «Sí, hija mía, ve tú misma a ver al canciller Kohl».

Yo: «¿Cuándo quieres que vaya a verle?» Salvador: «Lo antes posible».

Yo: «Señor y Dios mío, lo haré. Señor, hágase tu voluntad. Te lo pido, guíame, dirígeme y quédate conmigo».

Salvador: «Hija mía, así será».

Yo: «Querido Dios, te amo por encima de todo, te doy las gracias». Salvador: «Querida hija, hazlo pronto».

Yo: «Sí, Señor, iré a ver al canciller federal».

Salvador: «Esta guerra traerá más muertos y más daños».

Yo: «A mi alrededor siento que los buitres (demonios) han vuelto, aunque he esparcido sal consagrada».

Salvador: «Hija mía, para ellos es un tormento, pero por lo que escribes, se ven obligados a estar contigo. El Supremo los obliga».

Yo: «Entonces, ese es Lucifer».

Salvador: «Sí, hija mía, lo has adivinado».

Yo: «Querido Salvador, después del grupo de oración no podía conciliar el sueño. Era la 1:00 de la madrugada. Sentía una inquietud, era desagradable, como si tuviera gusanos por todas partes bajo la piel, que se arrastraban y se movían. Inmediatamente pensé en demonios y me levanté de la cama. Me rocié a mí misma y a la cama con agua bendita y recé el exorcismo breve, y todo desapareció. Eché tanta agua bendita que la cama en la que me dormí estaba mojada».

Salvador: «Sí, eran muchos; si los hubieras visto, habrías muerto». Yo: «Dios mío, ¿alguien me creerá esto?»

Salvador: «No creerán hasta que sea demasiado tarde».

Yo: «Creo que no lo olvidaré tan pronto. Me da asco, ¿cómo debe de ser entonces en el infierno? Querido Dios, por favor, salva a las personas».

Salvador: «Hija mía, vete en paz». Rosario y Santa Misa en rojo.

24/06/92 - Miércoles

10:00 h en la sala de médicos:

Recé con fervor y luego dije: «Señor, si quieres que lo escriba, que se haga tu voluntad, Señor».

Salvador: «Sí, hija mía, escríbelo».

Yo: «Es tan hermoso sentir el calor, el amor del Salvador y la paz profunda. Uno podría pasar horas así».

Salvador: «Quiero acortar el tiempo a mi gente».

Yo: «Querido Dios, dime otra palabra, no lo tengo claro». Salvador: «Los hombres deben morir antes» (de lo previsto en el plan de Dios).

Me volvieron a interrumpir. Veronika me llamó; tenía visita. Era un joven que había trabajado conmigo hace diez años como objetor de conciencia y que ahora estaba a punto de terminar la carrera de Medicina. Por aquel entonces quería ser pastor protestante, no porque creyera, sino porque pensaba que allí se ganaba mucho dinero. Se lo recordé y luego le hablé de mi fe actual. Andreas tenía ahora 30 años. Volvió a decir que, cuando terminara sus estudios, se iría a Suiza, porque allí se gana más, allí pagan más dinero.

12:00 h en la capilla. Siempre estoy en la capilla. Ya no lo menciono en el diario para que no sea demasiado.

19:30 h en la capilla de San Roque — Misa de la Hora Santa.

25/06/92 — Jueves

Sin voz — Estuve en la iglesia de Rot para el rosario y la misa de la Santísima Trinidad.

26/06/92 — Fiesta del Sagrado Corazón

Asociación de Oración:

Salvador: «Los hombres deben arrepentirse, porque les espera un gran peligro. Os queda muy poco tiempo».

Yo: «Querido Dios, no me atrevo a preguntarte. Ayúdame, por favor. Tú lo sabes todo. ¿Qué quieres de mí?»

Salvador: «Que me seas fiel. Ve en paz, hija mía». Rosario y Misa en rojo.

27/06/92 - Sábado

A las 7:15 h estuve en la iglesia de Waghäusel para la Santa Misa. Después escribí con Marion el diario y una carta al canciller federal, H. Kohl.

Entre las 16:30 y las 18:15 estuve en la iglesia de Rot, donde recé y me confesé. Por la noche vinieron de Lantershofen dos estudiantes de Teología, Matthias y Fridolin. Les leí fragmentos del diario hasta bien entrada la noche.

28/06/92 - Domingo

En casa recé durante aproximadamente una hora. Fridolin cantaba en el cuarto de baño. Mi marido también me molestaba. Me resultaba difícil unirme al Salvador.

Fridolin, Matthias y yo fuimos a la iglesia de Waghäusel. Después de la Sagrada Comunión, el Salvador me confirmó el mensaje. Lloré. Había roto el papel en el que había escrito por la mañana, no quería creerlo. Y ahora el Salvador lo repetía. Tuve que llorar mucho y, sin embargo, fuimos a ver al padre Aemilian.

Hablé con el padre Aemilian unos 20 minutos.

Fridolin y Matthias habían estado escuchando. Sentí que no estaba sola. El Salvador estaba conmigo. Le dije que la comunión oral era el camino correcto. El padre Aemilian opinó que el Salvador salía de las pequeñas partes de la hostia. Tras la conversación, le pedí su bendición. Solo nos quedaba una hora y cuarto para la comida. Fridolin rezó y Matías me ayudó a cocinar.

Después, a las 13:30, fuimos a la iglesia para el rezo.

Cuando volvimos a casa, rezamos en latín el rosario doloroso por la paz.

29/06/92 - Lunes

10:00 h, consulta del médico:

Ayer me sentí insatisfecha tras la conversación con el padre Aemilian. Por eso le pregunté al Salvador si estaba en las pequeñas partículas de la hostia.

Salvador: «Escribe, hija mía, también en las pequeñas partículas me encuentro. Escucha bien, hija mía, el padre falsea la doctrina del Santísimo Padre. Reza por él».

El Salvador continuó diciendo: «Escribe, hija mía, la guerra se está extendiendo muy rápidamente. Todos lucharán».

Yo: «¿Quiénes son todos?»

Salvador: «Todos aquellos que tienen odio en el corazón». Yo: «¿Y los que tienen amor?»

El Salvador: «Ellos no necesitan luchar».

Yo: «Pero los que tienen odio son mayoría, son más que los que tienen amor». Salvador: «Yo estoy con los pocos, ellos vencerán».

Yo: «Me parece como David y Goliat». Salvador: «Así es, hija mía».

Salvador: «Tú eres una de los pocos que tienen amor».

Yo: «¿Deben entonces tener miedo los demás?»

Salvador: «Si me aman, no tendrán miedo». Yo no pregunté nada, solo pensé si él también era mi esposo. Salvador: «Sí, yo soy tu esposo».

Yo: «Pero aún no lo entiendo del todo». Salvador: «Hija mía, tú eres mi novia».

Yo: «Querido Señor Jesucristo, por favor, explícamelo con más claridad, ¿qué es una novia?» Salvador: «La novia es aquella que ya me lo ha dado todo».

Yo: «Querido Dios, pero creo que soy una pecadora y no puedo comprender que sea tu novia».

Salvador: «Hasta ahora nadie lo ha comprendido».

Salvador: «Mi querida hija, mantente fiel a mí. No te dejes influir por los demás. Vete en paz».

Yo: «Querido Dios, te amo y te doy las gracias, y no tengo otro deseo que ser te fiel».

Hl. Misa y rosario en rojo.

Un padre de la India había venido como sustituto, el párroco Vogt estaba de cura.

20:00 h. Grupo de oración: el párroco Dochart escuchó confesiones.

30/06/92 — Martes

10:00 h en la sala de médicos:

Recé con fervor y encomendé al Salvador a muchas personas; al final, también a todas las almas.

Salvador: «Hija mía, me gusta lo que has dicho. Escribe, hija mía, estás cansada, descansa».

Yo: «Pero mañana quiero ir a Rodalben, cerca de Pirmasens. Allí hay una gran señal para el mundo».

Salvador: «Sí, ve allí, hija mía, este signo es mi signo». Yo: «Este signo debe ser venerado en la iglesia, sin duda.

¿Por qué no lo hacen?»

Salvador: «Porque los sacerdotes no viven en la gracia de Dios».

Yo: «Pero ya han pasado 40 años. Algo tiene que pasar». Salvador: «Algo sucederá. Pero aún no».

Salvador: «Escríbelo. Te amo, hija mía». Al cabo de un rato:

Salvador: «La señal vendrá.» (La señal que el Salvador ya me había prometido.)

Yo: «¿Tengo que prepararme para ello?»

Salvador: «Permanece siempre en mí».

Yo: «Sí, Señor, mi único deseo es estar siempre contigo, pues no hay nada más hermoso.

Salvador: «Esta señal tendrá lugar en la Iglesia». Salvador:

«¿Quieres que esta señal se cumpla en ti?».

Yo: «Sí, Señor y Dios mío, mi Esposo, pero también que no me separe de ti, y que te alabe y glorifique con los santos por toda la eternidad. Porque no hay nada más hermoso que estar en tu amor».

Salvador: «Así será, hija mía».

Salvador: «Te encomiendo la misión de ayudarme a salvar a las otras almas». Yo:

«¿Quiénes son las otras?».

Salvador: «Las almas que dudan».

Yo: «Ay, Señor mío, son muchos. Pero lo haré tal y como tú quieres, porque te amo por encima de todo».

Salvador: «Mi novia, vete en paz».

Yo: «Querido Dios, ¿he oído bien? Por favor, repítemelo». Salvador: «Sí, hija mía, tú eres mi novia».

Yo: «Señor y Dios mío, mi Esposo, te doy gracias por todo». Rosario y Santa Misa en rojo.

01/07/92 - Miércoles

10:00 h en la consulta del médico:

Tras unos 10 minutos de oración ferviente, hubo unos 15 minutos de silencio; luego oí al Salvador: «Hija mía, la gran guerra ya está comenzando. Todos los hombres de la tierra son responsables. Deseo que se rece mucho. Haced penitencia y ayunad. Te amo, hija mía, vete en paz».

Yo: «Te doy gracias, Señor y Dios mío, gracias, mi querido Señor Jesús. Ten piedad de todos los hombres. Sávanos, Señor, no permitas que nos perdamos, somos tus hijos».

Por la tarde, dirigí la oración en la casa de la familia Wafzig. Había varios fieles presentes, ambas habitaciones estaban llenas. Después fuimos a la Santa Misa.

El padre Weber celebró la Santa Misa. Creo que fue la última que celebré con él. El padre Weber se jubilará pronto.

Después fuimos a casa de Brigitte y Franz. Fridolin también estaba allí, junto con tres estudiantes: Josef, Markus y Matthias.

Había mucha más gente en casa de Brigitte y Franz y hablé de mis vivencias, experiencias y de mi fe.

2 de julio de 1992 - Jueves

10:00 h. Despacho-consultorio:

Salvador: «Escribe, hija mía».

Yo: «Sí, Señor, ¿qué quieres que escriba?» Salvador: «Dame tu futuro».

Yo: «Señor y Dios mío, mi Jesús, te lo entrego, porque he puesto mi vida y mi futuro en tus manos y te pertenecen».

Salvador: «Hija mía, me gusta cómo lo has dicho».

Yo: «Sí, Señor mío, Jesús, porque sé que eres tan bueno y que en ti solo hay bondad».

No puedo imaginar nada más que estar siempre contigo. Yo soy la vid de la viña.

Salvador: «Escribe, hija mía, yo determino el futuro». Yo: «¿Cómo voy a saberlo si tú lo determinas?». Salvador: «Solo debes hacer lo que te pido». Yo: «¿Cómo voy a saber que viene de ti?».

Salvador: «Yo te lo haré saber».

Yo: «Querido Dios, ¿tengo que hacer algo ya?»

Salvador: «Sí, hija mía.»

Yo: «¿Qué, Señor y Dios mío, mi Esposo?» Salvador: «Creer firmemente en lo que te digo».

Yo: «Señor mío, mi querido y misericordioso Dios, creeré firmemente, pues ya me has dado la fe viva».

Salvador: «Escribe, hija mía, el futuro será como yo quiera». Yo: «¿Te refieres a mi futuro?»

Salvador: «Sí, tu futuro, me pertenece».

Yo: «Que sea como Tú quieras, mi Señor y Dios. Te amo mucho, mi Señor y Dios». Salvador: «Hija mía, me agrada lo que has dicho».

Salvador: «Escribe, hija mía, te amo, mi novia, vete en paz». Yo: «Mi Señor y Dios, te doy las gracias».

Recordé que el Salvador me había dicho que quería llevarme.

Salvador: «Quiero llevarte adonde yo quiera. Estarás en dos lugares a la vez».

Yo: «Pero, Señor, solo soy uno».

Salvador: «Puedo multiplicarte».

Yo: «Querido Dios, no lo entiendo, pero creo que puedes hacerlo». Yo: «Señor, ¿para qué me necesitas en dos lugares?»

Salvador: «Para convencer a los incrédulos. Mi querida hija, me alegro de que me lo hayas preguntado. Hija mía, mantente fiel a mí».

Yo: «Sí, Señor y Dios mío, te seré fiel. Te doy las gracias, Padre amoroso».

02/07/92 - Jueves

Rosario y Misa de la HI en Rot.

03/07/92 — Viernes

10:00 h en la sala de médicos:

Rezaba con fervor, solo quería escribir si era la voluntad de Dios.

Salvador: «Escribe, hija mía».

Yo: «Sí, Señor, escribiré porque Tú lo quieres». Salvador: «Mi querida hija, quiero cambiar el tiempo». Yo: «¿Cómo se puede cambiar el tiempo?».

Salvador: «Lo acortaré».

Yo: «Querido Dios, soy tan tonta, no lo entiendo, dímelo de forma más sencilla».

Salvador: «La plaga se cierne sobre vosotros».

Yo: «Señor y Dios mío, otra vez un mensaje amenazador». El

Salvador: «Los hombres no quieren arrepentirse».

Yo: «Querido Dios, ¿se puede saber a qué te refieres con “plaga”?»

Salvador: «Escribe, hija mía, se avecina una catástrofe de sequía».

Yo: «Querido Salvador, vuelvo a sentir ahora el espíritu impuro. Me tira de la mano derecha. ¿Es uno, o me lo he imaginado?»

Salvador: «Sí, son varios».

Yo: «Ya he rezado tanto esta mañana». Salvador:

«Sigue rezando».

Yo: «Querido Dios, te doy gracias por no tener miedo».

Salvador: «Conmigo no tienes por qué tener miedo».

Yo: «¿Cómo puedo saber si siempre estás conmigo?»

Salvador: «Siempre estoy contigo».

Yo: «En realidad, siento como si nunca estuviera sola. ¿Debo escribir algo más?»

Salvador: «Escríbelo. Eres mi querida hija».

Yo: «Te amo, Señor y Dios mío, por encima de todo, y deseo no dejar nunca de amarte».

Salvador: «Vete en paz, hija mía».

Entre las 16:00 y las 17:00 regué el jardín. Después de las 10 jarras de agua, me sentí mal, con náuseas y mareos, y me dio un fuerte dolor en el corazón.

Apenas podía respirar. Me fui lentamente a la cama. Bebí inmediatamente agua bendita consagrada por el padre Gebhard Heyder y me roció la boca con Nitrolingual-Spray 04.

Mi hijo quería llamar al médico. Entonces empecé a sentir dolor en la parte superior del abdomen.

Los dolores en el corazón duraron unos 15 minutos. Le dije al Salvador que no debía morir, porque aún tenía que terminar de escribir el diario. Volví a beber del agua bendita. Me sentí mejor. Luego fui a la iglesia. Después de la Sagrada Comunión me sentí aún mejor. Mi Salvador es el mejor médico.

Después vinieron Fridolin, de Lantershofen, y Erich, de Rot. Leímos el libro de Barbara Weigand. Un libro que todo el mundo debería leer.

04/07/92 - Sábado

Después de una hora de oración, le pregunté al Salvador durante la comunión si quería que escribiera hoy.

Salvador: «Sí, hija mía, quiero que escribas».

Yo: «Me molestan mi marido y mi suegra. Lamentablemente, no puedo escribir».

Cuando uno está unido al Salvador, nada le gusta más al diablo que molestar para que no se escriba nada.

Mi suegra está enferma estos días. Ni siquiera ha ido a la iglesia estos días y apenas puede caminar. Pero ahora, mientras escribo este mensaje en casa, está aspirando la escalera con la pesada aspiradora, como si fuera la persona más sana del mundo.

Pongo a Dios en primer lugar. Si uno reza primero, después puede hacer muchas cosas mejor con amor, ya sea limpiar o trabajar, y se hace mucho más y mejor.

Apenas me había reunido, mi marido me interrumpió.

Nadie tiene en cuenta que el Salvador me está hablando. En el trabajo es casi mejor que en casa. El perro del vecino ladra ahora, los coches en la calle pasan a toda velocidad.

«Querido Salvador, intento hablar contigo».

Unos 15 minutos más tarde: mi marido se fue y me quedé sola. Dejé el auricular a un lado para que no sonara.

Me invadió una tentación. Lloré un rato.

Me preguntaba si realmente era el Salvador quien me hablaba. Me resultaba muy difícil. Le dije al Salvador que prefería morir en ese mismo instante si era el diablo quien me hablaba y no el Salvador. Porque yo lo había entregado todo al Salvador y no al diablo.

Entonces oí:

«Escribe, hija mía, el camino hacia mí es empinado y estrecho. Son muy pocos los que lo recorren. Sí, hija mía, tú también estás en este camino. Cuanto más empinado es, más tentaciones se te presentan».

Yo: «Querido Salvador, me cuesta mucho escribir esto, porque no tengo ningún sacerdote que pueda escuchar lo que me dices. Soy tan inexperta y me siento tan tonta al escribir, y soy una gran pecadora. No soy digna de escuchar tu voz. Pero hay una cosa que no puede engañarme, y es mi amor por ti. Salvador, ya no puedo seguir escribiendo, ahora».

Salvador: «Vete en paz, hija mía».

Yo: «Querido Dios, por favor, perdóname. También te doy las gracias por estas tentaciones, que me resultan tan difíciles. Al fin y al cabo, soy una persona débil, un grano de polvo».

16:30 - 19:45 h: Durante este tiempo estuve en la iglesia de Rot. Lo ofrecí todo, incluso la Sagrada Comunión, a la Virgen María. Luego me confesé con el padre Paul Adambukulam, el sustituto del reverendo Vogt.

05/07/92 — Domingo

7.30 - 9.15 h: Recé en casa antes de la Santa Misa y me uní a ella.

Salvador: «Escríbelo, hija mía; te daré tiempo para la tarea que debes realizar». Yo: «Señor, ¿qué tarea debo realizar? ¿Tiene que ver con la Iglesia?».

Salvador: «Sí, esta tarea es para la Iglesia».

Yo: «¿Puedo comparar esta tarea con el Evangelio?» Salvador: «Sí, puedes.»

Yo: «No quiero adivinarlo, por favor, dígamelo.»

Salvador: «Escribe, hija mía.»

Esperé un rato y dije: «No lo sé, Señor, no lo tengo claro y tampoco puedo imaginarme qué tipo de tarea será.»

Salvador: «Ya llegará. Tienes que cumplir la tarea que te encomiendo». Yo:

«Pero no puedo hacer nada si no sé qué es.»

Salvador: «Entrega la carta al Santísimo Padre al padre que está aquí en representación, y él deberá entregársela personalmente al Santísimo Padre.»

Yo: «¿Has querido tú que este padre viniera a nuestra iglesia?»

Salvador: «Sí, era mi voluntad.»

Yo: «¿Quiere él hacerlo también?»

Salvador: «Sí, lo hará.»

Yo: «Me alegro de tener una copia de la carta al Santísimo Padre. Sí, Señor, lo haré. Hágase tu voluntad.»

Salvador: «Mi querida hija, te amo, vete en paz.»

Recé otra oración de agradecimiento.

A las 13:30 h hubo rosario, no devocional. Pero Hedwig H. rezó después del rosario la letanía de la Preciosa Sangre.

Delante de la iglesia había dos personas sin hogar que buscaban mantas para dormir. Los invité a mi casa. Hedwig también vino conmigo.

Les di de comer a los dos y luego recé el rosario con Hedwig H. Uno de los dos personas sin hogar se quedó dormido inmediatamente y el otro rezó con nosotros. Les regalamos dos mantas y se marcharon.

18:30 h: Asistí al rosario y a la Santa Misa en la capilla de San Roque, en Mingolsheim. Hedwig también vino conmigo.

06/07/92 - Lunes

10:00 h. Consultorio:

Gracias a Dios que no había tantos pacientes. En verano hay menos que en otras épocas del año. Así se puede rezar más, porque no me gustan las conversaciones inútiles. La vida eterna no empieza solo después de la muerte, sino ahora, aquí en la tierra.

Por eso son tan importantes el primer y el segundo mandamiento. Donde no hay honor a Dios, tampoco hay amor.

Tras la oración, me uní al Salvador.

Salvador: «Ha llegado el momento en que todos seréis puestos a prueba. Ten cuidado, Satanás es fuerte. Muchos no superan esta prueba. Les falta el amor. Orad sin cesar. El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil. El Espíritu de Dios descansa en vosotros. Debéis rendirle gloria». Salvador: «Hija mía, no dudes, vete en paz.»

Yo: «Ahora siento mucho calor y amor dentro de mí, pero lamento llamar a esa voz simplemente "voz", porque es una conversación interior.

Se habla de una voz cuando se oye en voz alta o cuando se habla. Yo la oigo desde una profundidad que es tan incomprensible. Por eso te pido, Señor y Dios mío, que me perdones.

No dudo de tu amor ni de tu presencia, sino que me sorprende que los demás no oigan algo así. Al principio pensaba que todos lo oían, igual que yo. Pero luego, cuando uno se da cuenta de que no es así, seguramente se necesita un tiempo para comprender que eso es una gran gracia tuya y no mía. Te doy gracias, Señor mío, mi querido Jesús, por esta gran gracia.

Rosario y Santa Misa.

20:00 h. Grupo de oración: rezamos durante dos horas.

07/07/92 - Martes

10:00 h. Consultorio:

Recé y me uní a Él.

Salvador: «Escribe, hija mía, necesito...»

Yo: «Señor, ¿quién eres tú, que dices: “Escribe, hija mía”?» Salvador:

«Puedes escribir Jesús».

Salvador: «Necesito confesores fuertes en los próximos tiempos. Tú aún no eres tan fuerte, hija mía».

Yo: «Querido Dios, querido Jesús, ¿qué debo hacer para ser fuerte?» Salvador:

«Confía plenamente en mí».

Yo: «Mi Señor y Dios, por favor, concédeme esta gracia para que tenga plena confianza en ti».

Salvador: «Hija mía, te la concedo».

Yo: «Señor y Dios mío, tú eres mi Padre amoroso. Ya me has dado la fe viva, luego la fidelidad hacia ti y ahora la confianza en ti.

¿Son esas virtudes?»

Salvador: «Sí, esas son las virtudes que ahora posees».

Yo: «La señora Becker me dio una nota en la que ponía que un joven, R. Denninger, padece una enfermedad, la enfermedad de Crohn».

Salvador: «Este señor debe llevar esta cruz con amor». Yo:

«¿He escrito bien “cruz”?»

Salvador: «Sí, esta cruz que yo le he dado». Después:

Salvador: «Hija mía, me alegra que el libro de Barbara Weigand te guste y te ayude».

Yo: «Sí, mi querido Jesús, es uno de los mejores libros. Todos deberían leerlo».

Le pregunté al Salvador por mis vacaciones, ya que le había entregado todo al Salvador. Yo:

«¿Qué harías tú en mi lugar?»

Salvador: «Quédate en casa, hija mía».

Yo: «Sí, mi Señor y Dios, lo haré. Gracias por el buen consejo». Yo: «¿Tengo que escribir algo más?».

Salvador: «Te amo, hija mía, vete en paz».

18:30 h. Rosario y Santa Misa en Rot.

08/07/92 - Miércoles

10:00 h en la sala de médicos:

Verónica y yo rezamos juntas el Rosario Doloroso, después la Letanía de la Preciosa Sangre y otras oraciones.

Yo: «Querido Dios, es hermoso entregarte todo; uno queda libre de problemas, enfados, dudas y miedos. Como tú dices, así será. Que todo suceda como tú quieras». Salvador: «Se avecina una gran catástrofe en los próximos tiempos».

Yo: «¿Dónde?»

Salvador: «Todos son mis hijos, hay que rezar».

Salvador: «Una de las centrales nucleares acabará con la vida de mucha gente. Escribe, hija mía, todo por culpa del dinero. Alemania participará en esta guerra contra Serbia». Yo:

«¿Entonces habrá guerra en Serbia después de todo?».

Salvador: «Sí, pronto».

Yo: «Querido Salvador, tu espíritu está unido al mío, por eso me hablas». Salvador: «Sí, así es».

Salvador: «Ten cuidado, las tentaciones son más fuertes. Hija mía, aférrate firmemente a mi mano».

Yo: «Mi querido y misericordioso Dios, eso haré. Que mi ángel de la guarda me lo recuerde y me proteja, y ruego a la Santísima Virgen María que extienda su manto protector sobre todos sus hijos y sobre mí».

Salvador: «Hija mía, vete en paz».

A las 15:45 me llamó el padre Joachim desde Oggersheim. Hablé con él unos 10 minutos. Quería saber si había hablado con el canciller federal H. Kohl. Le dije que había visto al canciller federal con su esposa, cuando estaban viendo un espectáculo de ballet en Múnich. (Los vi a los dos en la televisión, en las noticias, que había visto en casa de mi suegra).

Quizás eso sea más importante que leer la carta y cumplir la voluntad de Dios. Durante las vacaciones, los miércoles también había misa en la iglesia de San Roque, así que no tuve que ir a la capilla de San Roque.

18:30 h. Rosario y misa de la Santísima Trinidad en Rot.

09/07/92 - Jueves

Esta mañana recé durante más de una hora. En la unión:

Salvador: «Escribe, hija mía, estás invitada a ver al Papa».

Yo: «¿Antes de las vacaciones de Verónica, o después? ¿Y me concederá el Santo Padre una audiencia?»

Salvador: «Sí, hablarás con él».

Yo: «Señor, creo en lo que has dicho. Ahora creo que así sucederá».

Salvador: «Hija mía, no necesitas saber lo que te espera en un futuro próximo. Tu futuro me pertenece».

Yo: «Sí, Señor mío, que así sea».

Yo: «Eso significa que no tengo que preocuparme por lo que vaya a pasar. Tú me liberas de esa preocupación».

Salvador: «Lo has escrito bien, me gusta. Así será». Salvador: «Hija mía, te amo, vete en paz».

18:30 h. Rosario y Santa Misa en Rot.

Poco después de la Santa Comunión, recé para que el padre Adambukulam se dirigiera a mí, para poder decirle lo que el Salvador quiere.

Al salir de la iglesia, el padre me preguntó si iría mañana a Heidelberg. Pude decirle que tenía un mensaje del Salvador para él.

Me dijo que si mañana a las 6:45 no estaba delante de la iglesia, no iría a Heidelberg. Se despidió de mí amablemente.

Anton, un ayudante de comunión, vio que yo hablaba con él.

10/07/92 - Viernes

10:00 h en la sala de médicos:

Le conté al Salvador que esta mañana, hacia las 6:50, estaba en la iglesia de Rot y que el padre Paul no estaba allí.

Mi marido y yo rezamos juntos durante el trayecto a Heidelberg. En la clínica, recé con Verónica.

El Salvador quería que escribiera esto.

Salvador: «La gente debe ponerse a cubierto del avión». Yo: «¿Eso se aplica a la República Federal de Alemania?».

Salvador: «Sí, hija mía».

Yo: «¿Está la República Federal amenazada por aviones?» El Salvador: «Sí, pronto. Los aviones vienen del este.»

Yo: «Señor, pero es muy duro lo que tengo que escribir». Salvador: «Hija mía, que todos recen».

Salvador: «Hija mía, la gente se encuentra en grave peligro. Llama a todos a la oración. Tengo que acortar el tiempo de nuevo. A todos les queda muy poco tiempo».

Yo: «¿Tengo que escribir algo más, querido Dios?»

Salvador: «Sí, todo lo que escribas debe imprimirse pronto».

Yo: «Querido Dios, te pido la gracia de que Marion y yo escribamos más rápido, pues tenemos tantas dificultades al escribir que no avanzamos tan rápido». Salvador: «Hija mía, debéis esforzaros».

Yo: «Sí, Señor y Dios mío, me esforzaré por escribir». Salvador: «Hija mía, te amo, vete en paz».

Durante la unión sentí calor y mucho amor, y recibí tanta gracia, especialmente tranquilidad y paz. Sí, sentí que el Salvador estaba presente en mí.

Hablaba como un Salvador que quiere salvar a todos sus hijos.

15:00 h: Abrí un paquete de la editorial Miriam. En una circular leí que

Había fallecido el Sr. Josef Künzli. Llevaba mucho tiempo rezando por él, pues se suponía que iba a imprimir el libro y ahora había fallecido.

Empecé a llorar, encendí una vela por él, rocié agua bendita en su memoria y comencé inmediatamente a rezar por él.

18:30 h: Rosario y Santa Misa en Rot.

Después de la Santa Misa, le entregué la carta para el Santo Padre, el P. Paul Adambukulam, y le dije que se la entregara personalmente al Santo Padre. Luego lo invité para el lunes

A las 19:45 le propuse leerle en mi diario lo que el Salvador había dicho sobre él. También le invité al grupo de oración de las 20:00 para que viera qué y cómo rezamos. Me dijo que vendría a mi casa.

Después vino Marion y escribimos en el diario.

11/07/92 - Sábado

Llegué a la iglesia de Waghäusel a las 8:15 h en lugar de a las 7:15 h y ni siquiera me había dado cuenta. Irma se dirigió a mí y me preguntó si sabía qué hora era.

Cuando dije «las 7:15», se rió y me aclaró que ya eran las 8:15. Nunca me había pasado algo así.

Después fui a ver a Marion y escribimos en el diario.

Por la tarde fui a la iglesia entre las 16:30 y las 19:45. Recé por muchas intenciones.

12/07/92 - Domingo

7:50 - 9:00 h: Después de la oración, me uní.

Salvador: «El mundo corre un gran peligro. A Europa le queda poco tiempo para enmendarse. Casi todos los hombres se perderán. No están preparados para la vida eterna.

Los hombres han entregado su voluntad a Satanás».

Yo: «Pero hay tantos que van a la iglesia». Salvador:

«De ellos, muchos se apartarán».

Yo: «¿Es eso el “cribado”?»

Salvador: «Sí, Satanás ya está cribando».

Salvador: «Escribe, hija mía, el mundo nunca ha estado tan sumido en el pecado como ahora.

La guerra se extenderá tan rápido como todas las guerras hasta ahora. Hija mía, reza, reza mucho. A través de la oración podéis reparar mucho».

Yo: «¿Debo escribir algo más?»

Salvador: «Necesito muchos grupos de oración».

Yo: «Tenemos muchos grupos de oración en nuestro entorno».

Salvador: «No son suficientes para salvar al gran número de personas».

Salvador: «Hija mía, cada día se pierden tantas almas. El grupo de oración que diriges da muchos frutos, pero aún deben madurar».

Yo: «¿Qué deben hacer para madurar?» El Salvador:

«Deben amar».

Yo: «No me atrevo a preguntar, todo esto suena a mensaje amenazador».

Salvador: «Casi todo el Apocalipsis es un mensaje amenazador. Hijos míos, no puedo consolarlos. Debéis rezar y ayunar mucho. Los que me aman serán salvados. Y los que no me aman ya han elegido a su padre, el príncipe de este mundo». Yo: «Querido Jesús, tú eres el vencedor y salvador del mundo, tú puedes salvarlos a todos. » Salvador: «Hija mía, el libre albedrío de los hombres los lleva al abismo. Hija mía, te amo y sigo amando a todos los hombres. Vete en paz.»

Yo: «Querido Dios, perdónanos a todos. Yo te amo también por aquellos que no te aman. Ten piedad de nosotros y, por favor, sálvanos para que no perezcamos. Te doy las gracias por estas dolorosas palabras, que son un mensaje de advertencia para el mundo».

10:00 h: Asistí a la Misa de la HI en Rot.

13:30 h. Rezo del rosario sin homilía en la iglesia de Rot. El padre Paul no pronunciará la homilía.

13/07/92 - Lunes

10:00 h. Consultorio:

Recé con fervor y luego me uní al Salvador.

Salvador: «Hija mía, escucha bien. Un sacerdote se llevará todos los folletos impresos, los revisará y los mandará imprimir. El sacerdote decidirá qué editorial los imprimirá. No debe ser eso tu preocupación».

Entonces dijo el Salvador:

«Guarda tu diario en silencio, porque Satanás es poderoso. Quiere destruir todo lo que Yo he escrito. Solo cuando el libro esté terminado podrá leerse».

Yo: «¿Tengo que escribir algo más?»

Salvador: «Sí, debes escribirlo. Mi espíritu está unido al tuyo; así me oirás con mayor claridad».

Salvador: «Escribe, hija mía, la guerra se recrudecerá en los próximos días». Yo: «¿A cuál te refieres, a la de Bosnia o a la de Rusia?»

Salvador: «En ambos lados, puedes escribirlo, hija mía. Reza por los moribundos». Yo: «¿Hay algo más que deba saber?»

Salvador: «Sí, hija mía, no vayas sola, sin mí».

Yo: «Querido Dios, deseo estar siempre contigo y a tu lado». Salvador: «Así me gusta, hija mía, ve en paz».

Yo: «Señor y Dios mío, te amo y te doy las gracias».

14/07/92 — Martes

10:00 h en la sala de médicos:

Durante la unión:

Salvador: «Escribe, hija mía». Yo: «¿Otra vez por la guerra?» Salvador: «Sí, reza por Serbia».

Yo: «Pensaba que H. Panić lo estaba haciendo todo bien». Salvador: «Es una trampa de Satanás».

Yo: «¿Entonces no es él el hombre adecuado para Serbia?» Salvador: «No, es un lobo con piel de cordero».

Yo: «¿Se puede evitar esta guerra si dices que rece por Serbia?» Salvador: «Se podrían salvar muchas almas. En la guerra de Serbia se perderán más almas que en Bosnia y Croacia juntas».

Al cabo de un rato oí:

«Escribe, hija mía: la Virgen María se aparecerá pronto». Yo: «¿Dónde?»

Salvador: «En la Iglesia Roja. Reza y ayuna. La señal llegará pronto, en los próximos días».

Yo: «¿Por qué dices “en los próximos días”?»

Salvador: «Porque yo determino el tiempo. En esta iglesia hay que rezar». Salvador: «Hija mía, escucha bien. No me decepciones».

Yo: « No, mi Señor y Dios, no te decepcionaré. Por favor, concédeme la gracia de ser valiente».

Salvador: «Mi querida hija, vete en paz».

18:30 h. Rosario y Santa Misa en Rot.

Hacia las 21:00 h me visitó el padre Paul Adambukulam. Me prometió volver el lunes al grupo de oración.

15/07/92 — Miércoles

10:00 h en la sala de médicos:

Recé y me uní al Salvador.

Salvador: «Los hombres se encuentran en la trampa de Satanás». Yo:

«Querido Dios, cuando dices “los hombres”, pienso en todos». Salvador:

«Solo son unos pocos los que no se encuentran ahí».

Yo: «Eso suena como en la visión de Don Bosco».

Salvador: «Hija mía, no te equivocas. Todos deben convertirse. Para muchos ya es demasiado tarde».

Yo: «¿Debo anotar algo más?» Salvador: «Sí, anótalo, es incluso muy importante». Yo: «Sí, Señor y Dios mío, ¿y qué sería?»

Salvador: «Este año estallará la guerra en Serbia. Escribe, hija mía, que el gran fango en la Iglesia es en parte culpable. Los obispos deben volver a la verdadera doctrina de la Iglesia».

Yo: «¿Qué es lo peor que hay ahora en la Iglesia? ¿Por qué hay tanta suciedad en la Iglesia?»

El Salvador: «La profanación de mi Cuerpo. Es urgente abolir la comunión en la mano».

Yo: «Me siento tan impotente».

Salvador: «Es cierto. Pero conmigo no estás indefensa».

Yo: «¿Qué debo hacer?»

Salvador: «Habla de ello una y otra vez. Tan pronto como se introdujo, así debe ser abolida. Escribe, hija mía, que si no lo hacen, les sobrevendrá un castigo. La desobediencia hacia mí es el mayor mal que puede afectar a todos los hombres».

Salvador: «Sigue hablando de ello. Estaré contigo cuando lo hagas. Hija mía, mantente fiel a mí. Te amo, vete en paz».

16/07/92 — Jueves

10:00 h en la sala de médicos:

Tras la oración, me uní al Salvador. Salvador: «Escribe, hija mía».

Yo: «Sí, Señor mío. Te doy gracias por hablarme y te amo por encima de todo, pues no se trata de curiosidad por lo que me vas a decir, sino de la salvación de las almas y de cumplir tu voluntad, porque tú dices que soy tu sierva. Al unir mi espíritu con tu Espíritu Santo, no tengo que temer que otro se entrometa. Solo si tú lo permites, eso es posible».

Salvador: «Escribe, hija mía, todos deben apartarse del camino ancho, pues no les queda mucho tiempo. Como debo acortar el tiempo, la conversión debe producirse rápidamente. Hay tantos muertos y ningún sacerdote puede enterrarlos, reza por ellos».

Yo: «¿Es suficiente lo que he escrito o debo anotar algo más?» Salvador: «Debes construir la capilla lo antes posible».

Yo: «Querido Dios, concede al arquitecto Wolfgang la gracia de que acelere el proyecto; además, todavía no tengo suficiente dinero».

Salvador: «Todo estará listo en el momento oportuno».

Yo: «Querido Dios, por favor, envíame también obreros que me ayuden a construir la capilla».

Salvador: «Hija mía, tenemos poco tiempo».

Yo: «¿Por qué dices “tenemos”?»

Salvador: «Yo estoy con vosotros».

Yo: «Señor, hágase tu voluntad. Me esforzaré por cumplir tu voluntad. Te pido la gracia para ello».

18:30 h. Rosario y Santa Misa en Rot.

17/07/92 - Viernes

10:00 h en la sala de médicos:

Rezaba y me unía al Salvador.

Salvador: «Hija mía, necesito muchas oraciones. La guerra ha comenzado». Yo:

«Tú dijiste que la guerra comenzó el 1 de julio de 1992».

Salvador: «La guerra rusa».

Yo: «Dios mío, ¿por qué llamas a esta guerra la guerra rusa?»

Salvador: «Porque están del lado de los serbios. Esta guerra no se podrá detener». Yo: «¿Debo anotar algo más?»

Salvador: «Sí. Habrá muchos muertos en los próximos

tiempos». Salvador: «Hija mía, necesito orantes fuertes».

Yo: «Salvador, ¿a quiénes llamas orantes fuertes?»

Salvador: «Aquellos que rezan con el corazón. Escribe, hija mía, pronto tendrás una aparición de la Virgen María».

Yo: «Pero eso ya me lo has dicho». Salvador: «Se acerca».

Yo: «¿Qué significa “se acerca”?»

Salvador: «Ámala».

Yo: «¿No la amo lo suficiente?»

Salvador: «Hablas poco con ella».

Yo: «Querido Jesús, te prometo que en el futuro hablaré más con Nuestra Señora y la amaré más».

Salvador: «Hija mía, me gusta lo que has escrito. Hija mía, te amo, vete en paz».

Por la tarde vi que había recibido correo de la Cancillería Federal (Ref.: 012—K—0007772/92/0(001). — Véase copia, página - 155 -

A las 18:30 recé el rosario por este motivo en la iglesia y me quedé también a la Santa Misa.

Después de la Sagrada Comunión, le pregunté al Salvador qué debía hacer. Eran aproximadamente las 19:40 h.

Salvador: «¿Crees que hablarás con él?» Yo: «Sí, lo creo».

Salvador: «Reza por él, recibirás otra carta del canciller federal». Yo: «Sí, señor, rezaré por él y por este asunto».

18/07/92 — Sábado

A las 7:15 h estaba en la iglesia de Waghäusel, después fui a casa de Marion, como casi todos los sábados después de la misa de la Hora Santa, porque entonces escribimos el diario. Hoy le regalé a Monika Hamsch el libro de Barbara Weigand y le dije que, cuando lo hubiera leído, me entendería mejor.

De 16:30 a 18:30 en la iglesia de Rot: recé y luego fui a confesarme con el padre Paul Adambukulam. Apenas llegué a casa, me atacaron de nuevo. Esta vez, el demonio se cebó con Hedwig H. y mi marido. Hedwig quiere a toda costa que lleve un pañuelo en la cabeza en la iglesia, porque una persona dotada de un don lo dijo en alguna parte.

Le dije: «Creo que sí, que debemos llevar pañuelo, pero no hay que burlarse de quien no lo lleva». Creo que para el Salvador es más importante hoy tener un corazón puro que mil mujeres que lleven velo, pero tengan un corazón impuro. Si el Salvador quiere que lleve velo en la iglesia con este calor sofocante, estoy dispuesta a llevarlo mañana mismo».

Entonces cogí el rosario y recé. A continuación, se hizo la paz. Es curioso, estas tentaciones llegan inmediatamente después de la confesión.

19/07/92 — Domingo

Recé por la noche de 4:20 a 5:20 y por la mañana de 8:00 a 9:15.

Como anoche, esta noche y esta mañana me ha atormentado el espíritu impuro, tras la oración, durante la unión, le pregunté al Salvador:

Yo: «¿Quieres que escriba o prefieres que no escriba?» Salvador: «Sí, quiero que sigas escribiendo».

Yo: «Creo que me estás hablando y me he dado cuenta de que el espíritu impuro no quiere que escriba».

Salvador: «Escribe, hija mía, los hombres se encuentran en la cuerda floja y están tambaleándose».

Yo: «Querido Dios, dime otra palabra, esto me resulta muy confuso».

Salvador: «Los hombres ya no son capaces de creer».

Yo: «¿Por qué son tan incapaces de creer?» Salvador: «Porque no aman a quien los ha redimido». No sabía qué decir.

Salvador: «Pregúntame, hija mía».

Yo: «Me resulta difícil porque todavía no tengo ningún sacerdote que revise lo que escribo».

Salvador: «Ya vendrá un sacerdote. Él lo leerá y lo mandará a imprimir lo antes posible».

Después:

Salvador: «La guerra se recrudecerá en los próximos tiempos». Yo: «¿No habían hecho los políticos la paz?».

Salvador: «Escribe, hija mía, que no han hecho la paz conmigo. Yo soy el Rey de esta paz. Nadie más que yo puede dar la paz. La paz mundana es solo una paz aparente. Esta no durará mucho. Lo he predicho en mi plan».

Yo: «¿Qué es eso, tu plan?»

Salvador: «He predicho que llegará el tiempo del Anticristo. Y ese tiempo ya está aquí». Yo: «Señor mío y Dios, pero eso es muy grave».

Salvador: «Los fuertes serán puestos a prueba».

Yo: «Por favor, Salvador, ayúdanos, porque somos tan débiles».

Salvador: «Hay que erradicar el orgullo del hombre. Los hombres deben volver a amar para que reconozcan a su Salvador. Hija mía, ámame, vete en paz».

A las 10:00 h fui a la iglesia de Rot a la Santa Misa, y a las 13:30 h al rosario. Hoy no hubo devoción.

20/07/92 - Lunes

10:00 h. En la consulta del médico:

Como cada mañana, también hoy recé y después me uní a Él. Salvador:

«Escribe, hija mía, es importante».

A partir de ese momento, el Dr. Arndt me interrumpió cuatro veces. El médico estaba bastante inquieto. Entraba y salía apresuradamente una y otra vez. Eso ocurre muy a menudo cuando el Salvador me habla. Los médicos no se quedan mucho tiempo en la habitación. Normalmente, en esta habitación escriben los informes de los pacientes o hacen llamadas de trabajo y privadas, y no pocas. Cuando mantienen conversaciones inútiles, rezo por ellos, porque en mi trabajo puedo rezar y trabajar en esta habitación. Aquí suelo estar media hora. El resto del tiempo estoy en la sala de rayos X, una sala sin luz natural, donde hago las radiografías a los pacientes.

Cuando la habitación quedó vacía, le pregunté al Salvador qué era lo importante que quería decirme.

Salvador: «Hija mía, no dudes».

Yo: «Señor, no dudaré. Crearé firmemente en lo que me digas y lo escribiré».

Salvador: «Se avecina un gran terremoto. Todos lo notarán. Será muy fuerte».

Yo: «¿Eso forma parte del castigo?»

Salvador: «Sí, por la desobediencia de los hombres. Desobediencia hacia mí». Yo:

«¿Qué puedo hacer?».

Salvador: «Puedes hacer algo. Reza».

Yo: «Tengo la sensación de que nadie me escucha».

Salvador: «Así es, hija mía».

El Salvador me dijo algo que no quería escribir. Salvador: «Mantente fiel a mí, vete en paz».

Entonces decidí, después de todo, escribir lo que el Salvador me dijo: «Los sacerdotes y los políticos trabajan juntos».

Como al final lo había escrito, oí:

«Gracias, hija mía».

18:30 h. Rosario y Santa Misa en Rot.

20:00 h. Grupo de oración: el padre Paul Adambukulam rezó con nosotros y después escuchó confesiones. Fridolin también estaba allí, y muchos otros que llevaban mucho tiempo sin venir.

21/07/92 — Martes

10:00 h en la sala de médicos:

Recé con fervor y me uní al Salvador.

Salvador: «Yo también te amo. Me perteneces por completo. Yo soy tu vida. Como me lo has dado todo, yo cuido de ti».

Salvador: «Hija mía, hay muchos problemas que deben resolverse». Yo: «¿Y cuáles son?»

Salvador: «Una de ellas es: los sacerdotes deben pertenecerme. Deben aborrecer lo mundano. Deben ser fieles al Santo Padre y a la Tradición. Apartarse del camino del Santo Padre significa apartarse de mí. Los sacerdotes deben volver a la verdadera doctrina de la Iglesia; de lo contrario, el sacerdote no es el segundo Jesús».

Salvador: «Escribe, hija mía, todos los que se burlan de ti, se burlan de mí. A ellos debes encomendármelos».

Yo: «Sí, mi Señor y Dios, lo haré».

Salvador: «Escribe, hija mía. La acción de mi signo en ti se acerca. Permanece fiel a mí y mantente firme».

Yo: «Querido Dios, tengo que preguntarte una vez más: como le he contado algo del diario a Holger y a Fridolin, ¿he hecho bien?»

Salvador: «Sigue haciéndolo, hija mía».

Salvador: «Hija mía, me gusta que me preguntes».

Yo: «¿Por qué siempre me dices que debo serte fiel? ¿Acaso no te soy fiel?» Salvador:

«Sí, pero no sabes lo que te deparará el mañana».

Yo: «Señor, ¿qué quieres decir con eso?»

Salvador: «Porque tienes libre albedrío y eso no te lo puedo quitar». Yo: «Pero siempre uno mi voluntad a la tuya».

Salvador: «Y, sin embargo, al día siguiente puedes decidir otra cosa».

Yo: «Querido Dios, entonces prefiero morir ahora antes que cambiar de opinión. Oh, querido Dios, sé que lo sabes todo de antemano. No permitas jamás que me separe de ti. Soy tu hijo y quiero serlo siempre».

Salvador: «Lo que has escrito era importante para mí. Te quiero, hija mía. Vete en paz».

18:30 h. Rosario y Santa Misa en rojo.

22/07/92 — Miércoles

8:15 h en la sala de médicos:

Salvador: «Hija mía, quiero que escribas».

Yo: «Mi querido Jesús, me resulta tan difícil, nadie se toma en serio lo que escribo».

Salvador: «Llegará el momento en que se tomen más en serio lo que escribes». Salvador: «Escribe, hija mía, los buques de guerra en el Adriático están listos para comenzar la guerra con Montenegro».

Yo: «Monte Negro y Serbia están en paz en este momento». El

Salvador: «Pero no hay paz en sus corazones».

Yo: «¿Hay algo más que deba saber?»

Salvador: «Sí, el nuevo sacerdote vestido de rojo vendrá pronto». Yo: «¿Es esa la voluntad de Friburgo o la tuya?»

Salvador: «Es mi voluntad. El nuevo sacerdote rezará el Santo Rosario antes de la Santa Misa. Las personas vestidas de rojo se darán cuenta de que se encuentran en grave pecado. Quiero salvarlos a todos».

Quería saber si debía ir a ver al padre Gebhard Heyder. Salvador: «Ve a verlo, ve. Habla con él».

Salvador: «Hija mía, te amo, reza mucho. Ve en paz».

Por la tarde fui a hacer la compra al Globus. Cuando terminé y me encontré delante de mi coche, vi que debajo del papel higiénico del carrito aún quedaban un champú y un peine, y que ninguno de los dos se había cobrado en caja. Volví inmediatamente y los pagué. La cajera me dijo que eso ya no solía ocurrir hoy en día. Sabía que eso era una tentación para mí. Antes seguramente no habría hecho algo así, pero ahora, después del bautismo, quiero ser un buen cristiano, porque mi conciencia así lo exige.

Si me hubieran cobrado 5 marcos de más, también habría vuelto y lo habría reclamado. Por eso digo que, si es a mi favor, también vuelvo, porque Dios lo ve todo y el diablo cae en la trampa que me ha tendido.

18:30 h. Misa y rosario en Rot.

23/07/92 — Jueves

De las 9:30 a las 10:30 estuve en la sala de médicos. El Salvador: «¿Me oyes, hija mía?»

Yo: «Sí, te oigo, Señor».

Salvador: «Escribe, hija mía, el mundo se encuentra en gran peligro. Satanás está mostrando su máximo poder. El mundo está cegado por él. Esta vez se lleva un gran botín. Casi todos le obedecen».

Yo: «¿Hay algo que deba saber o hacer?»

Salvador: «Sí, haz algo por mí. Escríbelo, por favor, hija mía. Todo lo que escribas, debes mandarlo imprimir».

Yo: «Tú has dicho que eso lo hará un sacerdote».

Salvador: «Sí, también vendrá un sacerdote. Él lo hará».

Yo: «Señor, me da miedo que elimine lo relativo a la supresión de la comunión en la mano, y también lo de que los laicos no puedan distribuir la Sagrada Comunión. Me da miedo que no permita que se publique».

Salvador: «Hija mía, no lo hará». (No eliminará nada).

Yo: «Entonces este sacerdote tendrá una fe viva y estará en la gracia de Dios». Salvador: «Sí, hija mía».

Yo: «Te doy las gracias de antemano, Señor y Dios mío, por este sacerdote. Rezaré mucho y ayunaré por él».

Salvador: «Hija mía, hazlo».

Yo: «Señor, quiero preguntarte si debo ir a ese lugar donde viven José y Gisela para dar una conferencia allí. ¿Es esa también tu voluntad?»

Salvador: «Hija mía, me alegraré mucho si vas allí y das la conferencia». Yo: «Señor, ¿estarás conmigo?»

Salvador: «Sí, siempre estoy contigo».

Yo: «Querido Dios, te doy las gracias de todo corazón».

Salvador: «Escribe, hija mía, ¿qué crees que vendrá ahora?» Yo: «Estoy muy intrigada».

Esperé con asombro a ver qué diría ahora el Salvador.

Salvador: «La señal vendrá».

Yo: «Señor y Dios mío, ahora no te pregunto cuándo. Pero, Señor, hágase tu voluntad. Porque no quiero separarme nunca de ti. Te amo tanto que te pongo a ti, el Dios vivo, amoroso y trino, en el primer lugar de mi vida».

Después me interrumpió el Dr. Arndt. Estaba reservando por teléfono su viaje privado de vacaciones en avión. Mientras él hablaba por teléfono, yo oré por él y pegué los números en las bolsas de las radiografías. Así se interrumpió mi conversación con el Salvador.

12:00 h en la capilla de la clínica.

Tras la oración, me reuní con el Salvador:

Yo: «Esta mañana me dijiste algo sobre la señal. ¿Hay algo más que deba saber al respecto?»

Salvador: «Sí, hija mía, te va a suceder a ti».

Yo: «Señor, eso no me preocupa. Te pertenezco por completo». Salvador:

«Hija mía, así me gusta».

Salvador: «Hija mía, mantente fiel a mí, vete en paz».

Yo: «Sí, mi Señor y Dios, te amo, te seré fiel. Te doy las gracias por haberme hablado de nuevo».

En la sala de rayos X: Una joven se había caído y se había golpeado la cara. Tuve que hacerle una radiografía. Le dije que había que rezar por las mañanas.

Ella: «Rezo por la mañana y por la

noche». Yo: «Pero tiene que ir a

confesarse». Ella: «Pero soy

protestante».

La miré y ella estaba llorando. Le di una hoja de oración y se marchó contenta.

El siguiente paciente era un joven. Alguien le había destrozado toda la cara en una despedida de soltero. Le conté cómo actúa el espíritu impuro a través de las personas. Le dije además que debía perdonar a esa persona, rezar por ella y dar gracias a Dios por esta tentación.

Le di unas hojas con oraciones y lo envié a confesarse. Se alegró y volvió con el médico para que le hiciera más pruebas.

18:30 h. Rosario y Santa Misa en Rot.

24/07/92 - Viernes

9:00 h en la sala de médicos:

Salvador: «Escribe, hija mía, necesito muchos defensores que protejan mi fe».

Yo: «Pero, querido Dios, los hombres tienen miedo de los hombres y, además, tienen miedo».

Salvador: «¿Ves, hija mía?, con miedo a los hombres nadie viene a mí. Reza, hija mía, para que te liberes del miedo a los hombres. El espíritu impuro causa el miedo a los hombres. No se puede servir a dos señores. Hija mía, escribe.

Hasta ahora lo has escrito todo correctamente». Yo: «Pero tengo tantos errores».

Salvador: «No importa cuántos errores tengas, sino lo que yo te digo».

Yo: «Eres mi director espiritual, ¿puedo leerle mi diario al padre Gebhard en Ratisbona?»

Salvador: «Puedes hacerlo».

Yo: «¿Debo hacer algo más?»

Salvador: «Sí, puedes hacer algo». Yo:

«¿Qué?»

Al principio no oí nada.

Al cabo de un rato:

Salvador: «¿Ves? No puedes hablar de ti mismo».

Yo: «Sí, ya me he dado cuenta de eso varias veces. Pero los demás no se dan cuenta. Creen que hablo conmigo mismo».

Salvador: «Hay que escuchar más a Dios que a los demás».

Le pregunté al Salvador si Beate podía revisar el diario, por los errores. El Salvador: «Puedes hacerlo. Hija mía, te amo, vete en paz».

18:30 h. Rosario y Santa Misa en Rot.

25/07/92 — Sábado

Fui a la misa matutina en Waghäusel. Cuando Beate entró en el confesionario, recé por ella y por el padre Werner Egon, ya que estuvo allí alrededor de una hora. Por la noche queríamos irnos a Ratisbona, pero la autocaravana no funcionaba. Así que decidimos irnos al día siguiente en coche.

26/07/92 — Domingo

Hacia las 9:45, mi marido y yo estábamos en Ratisbona, en el convento de los Carmelitas, en la iglesia. Después pasé el tiempo de 10:45 a 15:45 con el padre Gebhard Heyder. Un maestro maravilloso. Revisó algunos días del diario.

Él examinó lo que el Salvador me inspira y comentó que concuerda con la Biblia. El padre Gebhard conoce bien la Biblia, ya que es también especialista en estudios bíblicos y él mismo ha traducido y comentado la Biblia.

Le leí mucho del diario y, en algunos días, me dijo inmediatamente qué pasaje bíblico correspondía a ello;

por ejemplo, el diario del 3 de julio de 1992 concuerda con el Evangelio según San Juan, capítulo 14, versículo 23.

Cuando le dije al padre Gebhard que la gente me iba a tomar por loco, él me citó de nuevo una frase del Evangelio...

Y así continuó durante varias horas con él.

Doy gracias a Dios por haber tenido el honor de hablar con este sacerdote.

Al final, me bendijo el agua, las velas, la sal y las imágenes.

Después me confesé con él.

Me impresionó especialmente que el padre Gebhard ya supiera lo que el Salvador me había dicho de antemano sobre el mundo y lo que le va a suceder.

De modo que estos mensajes fueron una confirmación para él y, al mismo tiempo, también para mí. El padre Gebhard es muy preciso en sus palabras y muy correcto.

Cuando volvíamos a casa desde Ratisbona, mi marido volvió a ser atacado por el espíritu impuro. Así que tuve que conducir unos 200 km sola y él durmió a mi lado en el coche.

Durante ese tiempo recé rosarios y otras oraciones, sin parar. Mi marido también se había confesado en Ratisbona y, aun así, seguía atormentado. Ahora ya no me sorprende el motivo. Lo ofrezco todo al Salvador.

Cuando llegamos a casa, quería escribir y unirme al Salvador.

Pero, por desgracia, fue imposible. Habían venido unas mujeres que mantenían conversaciones inútiles. Así que me molestaron. Sentí cómo el espíritu impuro actuaba sobre esas mujeres. No fue difícil reconocer al espíritu impuro.

Me fui a dormir hacia la medianoche sin haber escuchado palabras del Salvador.

27/07/92 - Lunes

10:30 h en la sala de médicos:

Tras la oración, me uní al Salvador.

Salvador: «Escribe, hija mía, la guerra se recrudecerá en los próximos tiempos. Rezad mucho. Habrá una guerra en Irak. Esta guerra se extenderá ampliamente. Hija mía, te amo, vete en paz».

18:30 h. Rosario y Santa Misa en rojo.

20:00 h. Grupo de oración. El párroco Dochart escuchó confesiones.

28/07/92 — Martes

10:00 h en casa:

Recé y me uní al Salvador. Salvador: «Escribe, hija mía.

Yo: «Sí, Señor y Dios mío».

Salvador: «Tampoco puedes saber qué debes escribir ahora». Luego no oí nada durante un buen rato.

Yo: «Sí, Señor, no sé qué escribir. Creo en lo que dices, ya no dudo».

Salvador: «¿Tienes miedo?»

Yo: «No tengo miedo. Pero si me entra miedo después de hablar contigo, no habrá sido por ti, porque tú no infundes miedo a las personas».

Salvador: «Sí, hija mía, escribe esto: Las personas...»

En ese momento me resistí a seguir escribiendo lo que oía. No quería seguir escribiendo porque pensaba en lo que vendría después.

Salvador: «Escribe palabra por palabra». Yo: «Sí, lo haré, Señor».

Salvador: «Los seres humanos se ven amenazados por muchas catástrofes. Una de ellas está muy cerca». En mi interior, me pregunté dónde.

Salvador: «¿Preguntas dónde? Mis hijos están por todas partes. Hay que rezar por todos». Yo: «Señor, rezaré por todos».

Pensé entonces en Wolfram y recé por sus intenciones.

Salvador: «Todo irá bien».

Yo: «¿Puedes decirme algo al respecto?»

Salvador: «Lo que él hace es mi voluntad».

Salvador: «Puedes anotar algo más. Pero lo que debes anotar no es bueno». Yo: «Pero Señor, todo lo que viene de ti es bueno».

Salvador: «Es cierto, hija mía». Yo:

«¿Entonces lo tacho?». Salvador: «No».

Yo: «¿Me pides algo?» Salvador:

«Sí.»

Yo: «¿Puedo saber qué es, por favor?» El Salvador: «Tu salud».

Yo: «¿Cómo? No lo entiendo, por favor, repítemelo, quizá me lo haya imaginado».

Salvador: «Hija mía, quiero tu salud».

Yo: «Señor y Dios mío, no lo comprendo, pero te entrego mi salud. Porque tu amor es más fuerte que mi salud. Por favor, no permitas que me separe jamás de ti».

Salvador: «Hija mía, me gusta lo que has escrito. Te amo, hija mía, vete en paz».

Yo: «Te doy las gracias, mi querido Jesús, mi guía espiritual, por haberme hablado y por amarme a mí, que soy un pecador».

18:30 h. Rosario y Santa Misa en Rot.

Después de la Sagrada Comunión le pregunté al Salvador: «Querido Salvador, ¿me has pedido esta mañana que te diera la salud? ¿Lo he entendido bien? Por favor, perdóname por volver a preguntarlo».

Salvador: «Sí, hija mía, te he pedido la salud y tú me la has dado».

».

Yo: «Te doy las gracias, Señor y Dios mío».

29/07/92 - Miércoles

10:05 - 11:45 h en casa:

Recé con fervor y me uní a Él.

Salvador: «Escribe, hija mía, tú no comprendes lo que significa que yo quiera tu salud. Yo dispongo de tu salud como yo quiera».

Yo: «Sí, Señor, puedes hacer lo que quieras».

Las lágrimas brotaban de mis ojos de una manera totalmente sobrenatural, sin que yo hiciera nada por ello. Pregunté: «¿Estás llorando, Señor?»

Salvador: «Sí, hija mía, mis lágrimas son sufrimiento. Las que brotan de tus ojos son mis lágrimas».

Yo: «Siento como si fuera uno contigo. Es decir, no estoy sola. También siento una paz muy especial en mi interior. Es tan bonito, me siento tan libre por dentro, como si todos los problemas y preocupaciones hubieran desaparecido. No tengo miedo, ni dudas, ni ninguna carga en mi interior».

Yo: «Quería preguntarte sobre la salud que te he dado. Quiero saber si lo he entendido bien. No sé si lo que pienso es correcto».

Salvador: «Di lo que piensas».

Yo: «Me refiero a que, si me das una enfermedad, un sufrimiento, no me dices cuándo, sino que me lo das cuando tú quieres».

Salvador: «Hija mía, escribe esto: son sufrimientos expiatorios».

Yo: «¿Qué consigo con estos sufrimientos expiatorios?»

Salvador: «Primero sufrirás conmigo. Me ayudarás a llevar la cruz. Así se salvarán muchas almas».

Yo: «Oh, Señor mío, ¿puedo llevar esta cruz, pues tú lo sabes de antemano? Me preocupa de antemano no apartarme de ti, pues soy una persona tan débil».

Salvador: «Sin mí, sin duda te alejarías, pero conmigo no». Yo: «¿Qué debo hacer para estar siempre contigo?».

Salvador: «Serme fiel».

Yo: «Señor, ahora te soy fiel, pero no sé cómo será mañana». Salvador: «No pienses en el mañana, regálame este mañana».

Yo: «Sí, Señor mío, lo haré».

Salvador: «Recibirás mi señal. Mis llagas». Yo: «¿Dónde, en casa?».

Salvador: «En la iglesia».

Yo: «¿En qué partes del cuerpo?»

Salvador: «En las cinco. En el corazón, en las manos y en los pies».

Salvador: «Sí, hija mía, en las visibles, las que no supuran». Yo: «Eso significa que volverás a ser crucificado, en mí».

Salvador: «Sí, hija mía, lo has adivinado».

Yo: «Querido Dios, ¿tendré que trabajar en la clínica con las llagas?» Salvador: «El futuro me pertenece, hija mía.»

Yo: «Sí, Señor, ya te he entregado mi futuro. Querido Dios, pero las llagas son el mayor dolor».

Salvador: «Sí, hija mía, así es. Pero con estos dolores se pueden salvar muchas almas».

Yo: «Señor, hágase tu voluntad, te pertenezco por completo». Salvador: «Hija mía, la cruz conmigo es dulce».

Yo: «¿Qué significa dulce?»

Salvador: «La llevarás conmigo hasta el final».

Yo: «Señor, ¿son estas llagas como las de San Francisco y las del Padre Pío?» Salvador:

«Sí, son las mismas que las de San Francisco y las del beato Padre Pío». Yo: «Pero entonces el Padre Pío también debe de ser santo».

Salvador: «Sí. Pronto lo será».

Yo: «¿Y si muero con las llagas?» Salvador: «Hija mía, yo soy inmortal».

Yo: «Señor y Dios mío, te amo más allá de todo límite».

Salvador: «El amor no tiene límites ni medida».

Yo: «Me alegra oír eso. Te doy las gracias, llevo tanto tiempo hablando contigo. Con ti no se puede llegar al final».

Salvador: «Yo soy el principio y el fin».

Yo: «Mi Señor y Dios, mi querido Jesús, mi Esposo, mi guía espiritual, estoy dispuesta a llevar la cruz contigo. Pero ¿por qué almas?»

Salvador: «Por los pecadores que viven en la oscuridad y pueden ir al infierno en cualquier momento». Yo: «¿Pueden los sacerdotes también ir al infierno?»

Salvador: «Sí, ellos también pueden».

Salvador: «Hija mía, sufrirás por todas las almas». Yo: «Pero son muchas».

Salvador: «Hija mía, las amo a todas».

Yo: «Eso es hermoso, y así debemos amar también todos los seres humanos».

Salvador: «Conmigo podéis hacerlo. Sin mí no podéis amar. Hija mía, te amo y te doy las gracias. Ve en paz».

Por la tarde fui a la capilla de San Roque a la Santa Misa, que ofició un sacerdote de Zaire. Leía la Santa Misa un poco rápido. Al repartir la Sagrada Comunión no me había visto, porque yo estaba arrodillada en el banco de la comunión.

Una hermana tuvo que hacerle una señal para indicarle que yo quería recibir al Salvador.

Estaba a un metro más o menos de mí y, sin embargo, no me veía.

La capilla de San Roque es una capilla situada en un edificio de una clínica de curas.

Aproximadamente cada cuatro semanas cambian allí los sacerdotes. Por lo general, los sacerdotes están allí de cura y, durante ese tiempo, realizan labores de pastoral. A menudo los sacerdotes pertenecen a los Misioneros de Steyl y, por eso, también acuden muchos sacerdotes de muchos países.

30/07/92 — Jueves

9:00 - 10:45 h en casa:

Primero recé, luego me uní a Él. Y entonces lloré mucho, porque me había entrado miedo de no poder aguantar si recibía las Cinco Llagas. Tenía miedo de no aguantar hasta el final y de apartarme quizá del Salvador.

Entonces le pedí al Salvador que me concediera la gracia para ello, y entonces estaría dispuesta a sufrir por la salvación de los pecadores.

Amo tanto al Salvador que no puedo imaginarme perderlo. Eso sería lo peor que me podría pasar.

Me gustaría que cada uno reflexionara sobre su cercanía y su amor hacia Dios y hacia el prójimo. Ya puedo decir que Dios es realmente amor y que, sin ese amor, ya no puedo vivir.

Estoy dispuesta a llevar con Él las cinco llagas abiertas, para no perder el amor y seguir unida al Salvador, a fin de salvar a los pecadores. Por mí misma no puedo hacer nada.

En este momento ya no tengo miedo y tampoco lloro. Me lo han quitado.

Salvador: «Escribe, hija mía, te amo mucho. Las heridas que llevarás son mis heridas».

Salvador: «Esto significa que estarás conmigo y yo no te abandonaré. Seremos uno». Yo: «Señor y Dios mío, no puedo comprenderlo, pero lo creo».

Salvador: «Escribe, hija mía».

Yo: «Sí, mi querido y misericordioso Dios».

Salvador: «Los sufrimientos expiatorios que recibirás llegarán muy pronto». Yo: «¿Debo hacer algo o prepararme?».

Salvador: «Tal y como eres ahora, me basta. Mantente fiel a lo que has dicho».

Yo: «Sí, Señor y Dios mío, te lo prometo; por favor, concédeme tu gracia para que pueda cumplirlo y no contradecirme».

Salvador: «Tendrás la gracia necesaria. Hija mía, mantente fiel a mí, sigue amándome. Vete en paz».

Desde hace varias semanas me duelen el hombro izquierdo y la parte superior del brazo. Es una inflamación ósea. Ofrecí los dolores por la salvación de las almas.

18:30 h. Rosario y Santa Misa en rojo.

El P. Vogt ha vuelto de la cura.

Después de la Sagrada Comunión, le dije al Salvador: «Tú sabes lo que quiero decirte. No dudo y lo creo, pero quiero estar segura».

El Salvador sabía lo que quería preguntarle y me dijo:

Salvador: «Recibirás las cinco llagas. No tardará mucho. Créelo. No te has equivocado».

Yo: «Te doy las gracias, Señor y Dios mío, por habérmelo confirmado después de la Sagrada Comunión». Durante todo el día sentí tanta alegría y amor. Es algo indescriptible.

31/07/92 — Viernes

9:00-11:00 h en casa:

Recé y me uní al Salvador.

Yo: «Mi amor infinito, mi querido Jesús, si así lo deseas, estoy dispuesta a escribir».

Salvador: «Sí, hija mía, escribe; necesito muchas almas que me sean fieles, que apacigüen mi ira».

Yo: «¿Eres Dios, incluso de ira?»

Salvador: «Hija mía, los hombres son desobedientes». Yo: «Los sacerdotes no hablan de la ira de Dios».

Salvador: «Los sacerdotes que están en mi gracia ya predicán lo que Yo les inspiré. Hija mía, pero son muy pocos. Reza para que haya más sacerdotes buenos. Los sacerdotes ya no predicán hoy en día. Han cerrado su corazón ante mí».

Yo: «¿Debo contar que recibiré de ti las cinco llagas?» Salvador: «Hija mía, guárdalo aún en silencio.»

Yo: «¿Por qué todavía no puedo decirlo? ¿Puedo saberlo?»

Salvador: «Las cinco heridas que recibirás son mis heridas, y ninguno de ellos puede comprenderlo todavía».

Yo: «¿Lo han comprendido los demás que han llevado tus heridas, como por ejemplo, en el caso de San Francisco y otros?».

Salvador: «Sí, la Iglesia sí, pero ellos (los sacerdotes) se burlan constantemente de ello». Yo: «¿Puedes decirme otra palabra para “burlarse”?».

Salvador: «Se han vuelto indiferentes ante la transustanciación».

Yo: «Querido Dios, tampoco consigo comprender lo de las llagas sagradas».

Salvador: «Entonces no eres tú mismo, sino que yo estoy en ti».

Yo: «Sí, Señor y Dios mío, ahora lo entiendo mejor. Al fin y al cabo, soy un grano de polvo comparado contigo».

Salvador: «Escribe, hija mía, el mundo está en crisis. Ya no puede salir de ella».

Yo: «¿A qué te refieres con crisis, querido Dios?»

Salvador: «La crisis es el alejamiento total de su Dios». Yo:

«¿Es esa la razón principal de esta ira?»

Salvador: «Sí, hija mía, lo has adivinado».

Yo: «Pero, Dios mío, aún hay tantos que te siguen». Salvador: «Hija mía, están en la red de Satanás».

Yo: «Querido Dios, ¿por quiénes voy a sufrir entonces con ti en expiación?» Salvador: «Por aquellos que están en la red de Satanás».

Yo: «Querido Dios, para eso hay que ser un gran luchador».

Salvador: «Hija mía, conmigo ya eres grande. Yo he dado a los hombres el libre albedrío y los hombres pertenecerán a aquello que hayan elegido y a donde quieran pertenecer».

Le pregunté si lo había escrito bien. Salvador: «Me basta».

Salvador: «Hija mía, te amo, mantente fiel a mí. Ve en paz».

Cuando terminé de escribir, cerré la gran puerta corredera metálica que da al balcón. Y, de repente, se me quedó el dedo atrapado entre la puerta. Sentí un dolor intenso y me sangró. En el médico me pusieron una vacuna contra el tétanos. Ofrecí el dolor para mayor gloria de Dios. 18:30 h. Rosario y Santa Misa en rojo.

01/08/92 - Sábado

A las 7:15 h estaba en la iglesia de Waghäusel. De 13:20 a 14:10 h en casa:

Salvador: «Hija mía, estoy contigo. Te amo». Yo: «¿Lo apunto?»

Salvador: «Puedes escribirlo».

Yo: «Te doy las gracias por tu amor, que ya llevo varias horas sintiendo con tanta intensidad».

Pensaba que era solo mi voluntad la que me impulsaba a unirme con tanto anhelo al Salvador, hasta el punto de que apenas podía esperar.

Salvador: «Hija mía, era mi voluntad unirme a ti».

Yo: «Querido Dios, ¿se avecina algo para mí porque quisiste unirme a mí?» Salvador: «Sí, se avecina algo para ti».

Yo: «¿Puedo saberlo, mi Señor y Dios? Te pido la gracia de poder soportar todo lo que se me avecine. Mi Señor y Dios, lo acepto, aunque no sepa lo que se me avecina. Señor, que se haga tu voluntad y no la mía».

Salvador: «Hija mía, tú has sido elegida, ¿tienes dudas, hija mía?» Yo: «No, Señor».

Después no pasó nada durante un buen rato y yo pensaba en lo que me esperaba. El

Salvador: «No puedes decir que eso viene de ti».

Yo: «No. No sé lo que vendrá. ¿Tengo que llorar por lo que me espera?». Salvador: «Puedes alegrarte».

Yo: «¿Qué será eso por lo que me alegraré? No se me ocurre nada por lo que deba alegrarme ahora».

Salvador: «Siempre estarás unida a la Santísima Virgen María». Yo: «¿Acaso no estaba unida a ella?»

Salvador: «También puedes hablar con ella».

Yo: «Ya he hablado con ella». Salvador: «Ella también hablará contigo».

Yo: «¿Eso significa que la oiré, igual que a ti?»

Salvador: «Sí, hija mía, la oirás igual que a mí». Yo: «¿Cómo se puede distinguir cuando ella habla?»

Salvador: «Ella se te presentará, reconocerás su voz». Yo: «Sí, Señor, ya estoy deseándolo. ¿Cuándo será eso?» Salvador: «Tan pronto como llegue la señal».

Yo: «Pero dijiste que aparecería en la iglesia de St. Leon-Rot». Salvador: «Sí, así será».

Yo: «¿Una vez?»

Salvador: «Varias veces».

Salvador: «Guarda todo en silencio».

Yo: «Señor, por favor, concédeme la gracia de poder guardar todo esto en silencio. Tú dices que de lo que está lleno el corazón, de eso habla la boca. Por favor, concédeme la gracia de que mi lengua guarde silencio al respecto».

Salvador: «Sí, hija mía, la recibirás».

Salvador: «Hija mía, tu Santísima Madre María y yo te amamos. Ve en paz».

Yo: «Señor y Dios mío, te doy gracias por tanta gracia. Doy gracias a la querida Madre de Dios por querer hablar también conmigo, que soy pecadora. Oh, Madre de la Misericordia, refugio de los pecadores, guíame y protégeme.

15:30 - 18:15 h: Recé en la iglesia de Rot y me confesé con el P. Vogt.

02/08/92 — Domingo

8:00 - 9:20 h:

Salvador: «Escribe, hija mía, tú me amas con mi amor. Este amor es un regalo mío por tu “sí” hacia mí. Y este amor es el mayor regalo que te he dado». Yo: «Siento que debo estar siempre unida a ti. Me atraes constantemente hacia ti. Espero con tanta nostalgia unirme a ti».

Salvador: «Porque me perteneces por completo».

Salvador: «Escribe, hija mía, quiero de ti tu autoconciencia». Yo: «Por favor, dime otra palabra para eso».

Salvador: «Tú no puedes hacer nada por ti misma, yo actúo por ti».

Yo: «Querido Dios, ¿cómo va a funcionar o suceder esto? No lo comprendo. Señor mío, ayúdame a entenderlo mejor».

Salvador: «Todo lo que tú haces, lo hago yo».

Yo: «Entonces no soy yo quien lo hace, sino tú». Yo:

«¿Cómo voy a saber que eres tú quien lo hace?».

Salvador: «Di, antes de hacer nada: “Hazlo tú, Señor, como tú quieras.” Yo:

«Entonces soy tu instrumento, del que te sirves.»

Salvador: «Sí, hija mía, así es».

Yo: «Mi Señor y Dios, lo haré como Tú quieras. Por favor, dame la gracia para que pueda hacerlo, porque seguro que no es fácil».

Pensé entonces en la humildad.

Salvador: «Dilo, hija mía, es cierto, para eso necesitas humildad».

Yo: «Señor, te pido cada día humildad, **que es la virtud más difícil**».

Salvador: «Solo la alcanzarás si estás conmigo. Y cuando reconozcas que tú no eres nada y que todo soy yo en ti, y cuando reconozcas que por ti misma no puedes hacer nada, entonces habrás alcanzado la humildad que tanto me agrada».

Quería darme prisa para llegar a tiempo a la iglesia a la Santa Misa. Salvador: «Sí, hija mía, también te necesito allí. Te amo, hija mía, ve en paz».

10:00 h. Santa Misa en Rot.

13:30 h. Rosario. A continuación, recé ante las Santas Llagas. A las

19:00 h. recé el rosario doloroso en casa.

03/08/92 - Lunes

De 8:00 a 10:00 h en la sala de médicos:

Después de haber rezado fervientemente al Salvador.

Salvador: «Hija mía, te he oído perfectamente. Lo que te va a suceder es asunto mío, al igual que lo que está por venir. Tu tarea, hija mía, es servirme tal y como yo quiero».

Yo: «Señor, pero por favor, hazme ver lo que quieres. Dime qué quieres que haga». Salvador:

«Debes confiar plenamente en mí».

Yo: «Sí, Señor, eso haré».

Yo: «Querido Dios, ya que me he unido a tu Espíritu Santo, por favor, no permitas que mi espíritu se entrometa al escribir, eso me haría sentir insegura».

Salvador: «Escribe, hija mía, he trazado un plan para ti, y ese plan debe cumplirse».

Yo: «Querido Dios, me da miedo que no se cumpla». Salvador: «Se

cumplirá si siempre estás conmigo».

Yo: «Querido Dios, quiero estar siempre contigo. Por favor, no permitas que me separe nunca de ti. Querido Dios, ahora me da respeto preguntarte algo más. Dime tú si debo escribir algo más. Haz conmigo lo que quieras. Te pertenezco por completo».

Salvador: «Hija mía, escribe. No te preocupes por eso, tengo a alguien que llevará a cabo esta obra».

Yo: «Señor, no entiendo por qué se llama obra».

Salvador: «Hija mía, esta obra es mía y tiene que ver con la salvación de las almas. Es una obra para salvar almas. Tenemos muy poco tiempo, hija mía».

Yo: «Señor mío, si me dices algo así, es que me pides algo». Salvador: «Sí, hija mía, los sufrimientos expiatorios».

Yo: «Señor y Dios mío, Dios trinitario, Jesús misericordioso, estoy dispuesta a sufrir contigo por la salvación de las almas, por amor a ti y a los hombres. Querido Dios, no he cambiado de opinión, pues tu opinión es ahora la mía. Porque lo que tú piensas es lo correcto y no lo que yo pienso».

Salvador: «Me gusta, hija mía, lo que has escrito». Yo: «Ya no tengo ningún deseo».

Salvador: «¿De verdad no tienes ningún deseo?»

Yo: «No me atrevo a pedir nada, pues soy tan indigna». Salvador: «Pide lo que quieras, hija mía, yo lo haré».

Yo: «Sí, Señor y Dios mío, entonces deseo poder llevar la cruz que me das con amor y fidelidad contigo hasta el final, y que la iglesia de St. Leon-Rot sea una iglesia ejemplar a la vista del Santo Padre, de modo que otras iglesias tomen ejemplo de ella.

Deseo que la Sagrada Comunión se distribuya de rodillas, con excepción de aquellos que no puedan arrodillarse, y que se distribuya en la boca con patena.

Deseo que nos concedas sacerdotes que estén disponibles todos los días para la Santa Confesión y la conversación confesional, y que la Sagrada Comunión se distribuya con reverencia únicamente a través de las manos consagradas del sacerdote.

Que se vuelva a venerar más en la iglesia a la Virgen María, a San José y a los santos ángeles y santos.

Deseo que el sacerdote rece el rosario con los fieles antes de la Santa Misa y que, durante la Santa Misa, el sacerdote se dirija hacia el sagrario junto con los monaguillos, salvo durante la homilía.

- Que en la capilla que se construirá en casa se rece siempre por la salvación de las almas. Especialmente deben venerarse tus Santas Llagas.

- Que en esta capilla las personas sean sanadas en cuerpo y alma por la intercesión de la Virgen María y de San José.

- Que nadie que rece en esta capilla se pierda.

- Que mi familia, la actual y las tres generaciones anteriores, sean salvadas.

- Pido una protección especial para esta capilla y que, tras mi muerte, se siga rezando en ella.

- Que en esta capilla, oh Dios, se te rinda más honor, alabanza y agradecimiento que en ninguna otra capilla hasta ahora

Señor mío, son muchas las cosas que he enumerado. Pero, Señor, te digo que, si tú lo quieres, así sea, no porque yo sea algo, sino porque tú lo eres todo en mí».

Salvador: «Hija mía, así será». Yo: «Señor mío, ¿he oído bien?»

Salvador: «Hija mía, escríbelo, sucederá tal y como lo has escrito». Yo: «Te doy las gracias, Señor y Dios mío, GRACIAS».

En este momento truena y llueve con mucha fuerza fuera, es como una tormenta. Mi alma se encuentra en calma, paz y gran amor hacia el buen Dios y hacia la Santísima Virgen María.

En Rot no hubo misa de la Santísima Virgen, fui a la capilla de San Roque a las 19:30 h.

20:15 h. Grupo de oración. El grupo de oración existe desde hace cinco años.

04/08/92 - Martes

En casa entre las 10:55 y las 11:55. Primero recé, luego me uní a Él.

Salvador: «Hay muchas cosas que no me gustan».

Yo: «Señor y Dios mío, ¿qué es lo que no te gusta?».

Salvador: «Que Matías haya ayunado con Andrés (André de Bélgica)». Yo: «Pero antes los apóstoles también lo hacían».

Salvador: «Hija mía, no es mi voluntad». Yo: «¿Hay algo más que deba saber sobre Matías?». Salvador: «Reza por él».

Yo: «¿Y qué hay de Beate?»

Salvador: «No debe seguir leyendo tu diario». Yo: «Pero tú dijiste que podía corregirlo». Salvador: «Pero no cambiarlo».

Yo: «¿Qué pasa con Fridolin? ¿Puede contarle al párroco Stefan sobre las llagas que voy a recibir?»

Salvador: «Que lo guarde en silencio».

Yo: «¿Quieres que vaya a un retiro espiritual próximamente?»

Salvador: «Todavía no.»

Salvador: «Soy tu guía espiritual, me perteneces por completo». Le pregunté al Salvador por esa mujer del grifo.

Salvador: «Dile a Fridolin que tenga cuidado con esa mujer. Reza por Fridolin».

Yo: «Sí, Señor y Dios mío, rezaré por todas estas intenciones. Y rezaré más por Fridolin».

Salvador: «Me alegra que Fridolin tenga el deseo de venir los lunes al grupo de oración». Yo: «Entonces me da miedo que Marion no siga escribiendo el diario».

Salvador: «Ella seguirá escribiendo».

Yo: «¿Qué harías tú en mi lugar, por la madre de Matías?» Salvador: «Hija mía, déjame a mí».

Yo: «¿Quieres que anote algo más?» Salvador: «Sí, quiero que anotes algo más.» Yo: «Sí, Señor y Dios mío.»

Pensé en el alcalde.

Salvador: «Habla con él, yo te inspiraré lo que le dirás».

Yo: «Querido Dios, tengo otra pregunta: ¿debo ir a Schio en agosto?» Salvador: «No debes ir allí. Quédate a mi lado y sé obediente».

Salvador: «Hija mía, lo que viene ahora debes escribirlo. Las llagas que recibirás, sucederán aún este año».

Yo: «¿A qué año te refieres?»

Salvador: «1992».

Yo: «Sí, Señor, mi bondadoso Jesús, que se haga como tú has dicho». Salvador: «Hija mía, no me decepciones».

Yo: «Señor, concédeme la gracia de no decepcionarte jamás».

Salvador: «Escúchame solo a mí, no te dejes influir por otros. Esta señal que recibes de mí será testimonio para todos los ciegos, para que vuelvan a ver, y para los sordos, para que vuelvan a oír. Escribe, hija mía, esta señal, mis llagas en ti, causará gran revuelo en el mundo».

Yo: «Señor, no lo entiendo del todo, ¿podrías decirme algo más, por favor?».

Salvador: «Será como levadura. A través de tu libro se extenderá rápidamente. No podrán hacer nada contra las llagas que recibirás, porque serán más. Hija mía, te amo. Vete en paz».

Por la tarde estuve en la iglesia de Malsch. Primero fui a Mingolsheim, pero allí no había misa. Así que me dirigí a Malsch para no perderme la Santa Misa.

05/08/92 - Miércoles

En casa entre las 10:45 y las 12:45.

Recé y luego me uní al Salvador. Sentí un gran arrepentimiento por todos mis pecados y lloré. Me sentí como un pecador y Dios me había elegido para ser su instrumento. ¡Oh, cómo me siento tan indigno ante Dios! Cuánta humildad se necesita para reconocer los pecados. Voy a confesarme casi todas las semanas, me arrepiento cada día del y, sin embargo, siempre caigo en el pecado. Para algunos, los pecados de los que me arrepiento no son pecados, pero para mí el más pequeño es el más grande. Seguramente muy pocos lo entenderán, ni siquiera el padre Vogt.

Salvador: «Escribe, hija mía, ¿creerás lo que te digo?»

Yo: «Querido Salvador, ya me has dado la fe, así que puedo creer». Salvador: «Pero aún dudas».

Yo: «¿Puedes quitarme también la duda, por favor?»

Salvador: «Pero siempre vuelven a aparecer».

Yo: «Te pido que me la quites de nuevo».

Salvador: «Hija mía, la duda no viene de mí. Hay que rezar una y otra vez: “Líbranos de la duda”».

Yo: «Sí, Señor, líbrame, por favor, de la duda, para que mi fe sea inquebrantable». Salvador: «Escribe, hija mía, practica la paciencia».

Yo: «La paciencia es una gran virtud, pensaba que eso se lo recibía de ti». Salvador: «Lo recibirás, pero aún no».

Yo: «Sí, Señor, practicaré la paciencia. Por favor, perdóname mi impaciencia. Por favor, purifica mi alma para que sea completamente pura y pueda llegar a ser santa, para que siempre te alabe y te glorifique con todos los santos en el cielo».

Yo: «Señor, ¿era eso lo que querías decirme, si lo creeré?» Salvador: «Viene algo muy diferente. Escríbelo, palabra por palabra».

Salvador: «Quiero de ti todo tu ser».

Yo: «Señor y Dios mío, mi bondadoso Jesús, te lo entrego, todo mi ser». Yo:

«¿Puedes decirme algo al respecto?»

Salvador: «Hija mía, los sufrimientos expiatorios que recibes son mis sufrimientos».

Yo: «Pero eso ya me lo has dicho».

Salvador: «Entonces estarás en mí».

Yo: «¿Y qué pasa entonces con mi cuerpo?»

Salvador: «Tu cuerpo es el signo visible para los hombres». Yo:

«Soy tan tonta que no puedo entenderlo».

Salvador: «Si pudieras comprenderlo, entonces no vendría de mí. Incluso para los teólogos es difícil, porque no pueden comprenderlo».

Yo: «Señor, si soy una señal para la gente, ¿qué lograrán las personas a través de mí?»

Salvador: «La luz que saldrá de las tinieblas». Yo: «¿Significa eso que los ciegos volverán a ver?»

Salvador: «Sí, hija mía. Tus llagas abiertas brillarán para todos. Incluso el ciego volverá a ver. Por estas llagas que recibirás, serás muy burlada y escarnecida. Acéptalo todo, con ello se salvarán muchas almas de la condenación».

Yo: «Señor, ¿lo he escrito bien? ¿Debo tachar lo que no está bien?»

Salvador: «No, yo lo he escrito, no tú. Tus manos son mi herramienta. Hija mía, te quiero mucho, mantente fiel a mí. Ve en paz».

Rosario y Santa Misa en rojo.

06/08/92 — Jueves

Recé el rosario durante una hora antes de unirme al Salvador. Le entregué todo a Jesús.

Salvador: «Sí, hija mía, así estaba bien».

Salvador: «Escribe, hija mía, los hombres deben convertirse urgentemente. Les queda poco tiempo. Satanás es fuerte. Debe ser sometido con oraciones. Los hombres rezan muy poco al momento. Dile al alcalde que intente...

«Que se ponga en contacto con el canciller Kohl. No debe dudar en hacerlo». Yo: «¿Le enseñó la carta del canciller Kohl?»

Salvador: «Sí, puedes hacerlo. Si quiere, que le escriba al canciller federal para decirle que tienes que hablar con él. Dile que el alcalde también tiene la responsabilidad de que la gente viva en paz».

Yo: «¿Puedo leérselo?»

Salvador: «Sí, puedes hacerlo, pero nada más».

Yo: «No te pregunto qué debo escribir, dímelo tú, por favor. Quizás sea suficiente».

Salvador: «No basta, hija mía, escríbelo. El mundo nunca ha estado tan convulso como ahora. Todos se enfrentan a un gran peligro. Casi podría escupirlos a todos, pero aún los amo. Todos son mis hijos. ¡Pero solo un pequeño número se salvará!»

Salvador: «Escribe, hija mía, quiero que sigas escribiendo. Hija mía, cumple mi deseo».

Yo: «¿Cuál? Te lo he dado todo, yo no puedo hacer nada». Salvador: «Sí, conmigo puedes hacerlo todo».

Yo: «Señor, ¿cuál es tu deseo? Y si estoy contigo, cumpliré cualquier deseo que tengas».

Salvador: «Escribe, hija mía, mi deseo es llevarte conmigo».

Yo: «¿Cómo voy a entender eso? Pero si ese es tu deseo, entonces te lo cumpliré, y podrás llevarme donde quieras».

Salvador: «Escribe, hija mía, puedes estar aquí y, al mismo tiempo, donde Yo quiera».

Yo: «Señor mío, haré lo que tú quieras, porque sé que todo lo que haces es bueno, y por eso te amo por encima de todo, y te doy las gracias por todo».

Entonces mi marido me interrumpió. No reaccioné, porque el Salvador era ahora más importante para mí.

Salvador: «Hija mía, tu corazón será traspasado».

Yo: «Señor y Dios mío, que sea como Tú quieras».

Salvador: «Tu corazón será entonces mi corazón. La sangre que brotará de tu corazón es mi sangre. Esa sangre se derramará por la salvación de las almas. Cada gota de sangre es preciosa».

Yo: «Oh, Señor mío, no puedo entenderlo así. Explícamelo de forma más sencilla».

Salvador: «Mi sangre es vuestra salvación».

Yo: «Oh, Señor, ¡qué terrible debe de ser recibirte en la Sagrada Hostia con la mano, cuando las partículas sagradas caen al suelo. Oh, qué ciegos deben de estar los sacerdotes. Señor, por favor, perdónalos, no saben lo que hacen cuando entregan la Sagrada Hostia en la mano».

Salvador: «Sí, hija mía, así es».

Yo: «Señor mío, me resulta muy difícil escribir. Habría que llorar lágrimas de sangre por estas blasfemias, esta falta de reverencia y esta indiferencia hacia ti, el Dios Trino. Deja que brille tu Santa Luz, para que salgan de las tinieblas y sean salvados por tu preciosa sangre».

Salvador: «Hija mía, así sucederá. Mi querida hija, me ha alegrado que hayas seguido escribiendo. Ámame, vete en paz».

Hacia las 16:15 h estuve con el alcalde, el Sr. Martin. Hablé con él sobre el canciller federal, el Sr. Kohl. Me dijo que intentaría ponerme en contacto con el canciller federal Kohl. Al final le dije que no debía faltar a misa.

18:30 h. Rosario y Santa Misa en Rot.

07/08/92 - Viernes - Viernes del Sagrado Corazón

10:00 - 11:30 h en casa:

Recé con fervor y le dije al Salvador: «Haré todo lo que tú quieras, pero hay una cosa que me da miedo: que, al sufrir, me separe de ti»,

Salvador: «Cuando sufras, estaré contigo. Sufriré contigo».

Tras un rato de silencio.

Lloré.

Salvador: «Escribe, hija mía, **el Verbo se ha hecho carne**, tu corazón será mío. Las palabras que salgan de tu corazón serán mis palabras».

Yo: «¿Hablará el Espíritu Santo a través de mí?»

Salvador: «Sí, hija mía, el Espíritu Santo hablará a través de ti». Yo:

«Querido Salvador, ¿se darán cuenta los demás?»

Salvador: «No todos. Solo aquellos que se encuentran en la gracia de Dios». Yo: «¿Y qué hay de los demás, que no lo reconocen?»

Salvador: «Se burlarán de ti, se reirán de ti y dirán que estás loca». Yo: «¿Y qué hago entonces?»

Salvador: «No serás tú quien haga algo, sino yo quien lo haga. Hija mía, entonces serás mi instrumento».

Yo: «¿Me daré cuenta de que eres tú?» Salvador:

«Sí, ya te has dado cuenta muchas veces».

Yo: «Señor y Dios mío, ¿me espera algo más? ¿Cómo será cuando estés conmigo? ¿Podré comer entonces? Me refiero a cuando reciba tus llagas. Pero te lo digo de antemano, Señor: que sea como tú quieras».

Salvador: «Hija mía, el futuro me pertenece».

Yo: «Sí, Señor, lo he vuelto a olvidar. Perdóname, por favor». Yo:

«¿Debo anotar algo más?»

Salvador: «Sí, hija mía, necesito algo más de ti». Yo: «Querido Dios, lo tendrás».

Salvador: «Escríbelo, necesito tu entrega total a mí».

Yo: «Señor mío, ya te lo he dado todo. Te lo vuelvo a dar todo. Haz conmigo lo que quieras. Te pertenezco por completo».

Salvador: «Hija mía, te amo, permanece fiel a mí, haré lo que quiera. Ve en paz, hija mía».

18:30 Rosario y Santa Misa en Rot.

08/08/92 - Sábado

11:00 - 12:45: Tras la oración, me uní al Salvador.

Le pregunté al Salvador si debía decirle al P. Vogt que recibiría las cinco llagas y que mi corazón sería traspasado.

Salvador: «Sí, díselo a tu sacerdote, al P. Vogt, que recibirás de mí las cinco llagas y que tu corazón será traspasado».

Yo: «Pero, Señor, seguro que él tampoco lo creerá. ¿Qué debo hacer entonces?»

Salvador: «Hija mía, lo creerá cuando ya sea demasiado tarde».

Yo: «Querido Dios, entonces no tiene sentido decírselo». Salvador:

«Sí, tiene sentido, hija mía».

Yo: «¿Qué sentido tiene eso?»

El Salvador: «Ya no podrá decir que no sabía nada».

Seguí hablando un rato más con el Salvador, pero no anoté nada. Salvador:

«Ahora escribe, hija mía. Escucha bien».

Yo: «Sí, Salvador, escucho con atención. Sé que mi mente no lo comprenderá, pero mi corazón lo reconocerá y lo sentirá, porque mi corazón sabe lo que tú quieres de mí, pero los hombres no lo saben. Por eso siempre te escucharé primero a ti, porque tu amor aún no me ha engañado.»

Salvador: «Guarda bien todo lo que escribas». Yo: «Pero eso ya me lo has dicho una vez».

Salvador: «A Satanás nada le gusta más que destruir lo que escribes a través de personas de bien». Yo: «Querido Jesús, lo guardaré mejor».

Después de un rato de calma y silencio, pregunté si bastaba con lo que había escrito. Salvador: «No, hija mía, todo lo que has escrito es importante también para tiempos venideros». Salvador: «Mi obra se completará. Los grandes aún se sorprenderán».

Yo: «¿Quiénes son los grandes?»

Salvador: «Los obispos. En esta obra reconocerán los frutos. Yo soy la vid de esta obra. Derramaré mi sangre por todos; es decir, el mayor de los pecadores puede arrepentirse si así lo desea. He venido al mundo por los pecadores. Amo a cada pecador tanto como a los justos. Hija mía, la obra, la salvación de las almas, la llevarás a cabo conmigo. Lo que he comenzado, lo llevaré a término. Salvo a mis hijos, a aquellos que aún pueden ser salvados. Tu camino, hija mía, es mi camino».

Yo: «Entonces no me perderé en este camino».

Salvador: «No te perderás en este camino. Estás conmigo. Mi querida hija, gracias por haber venido a mí. Ve en paz».

16:30 h. En Rot, en la iglesia: recé el rosario. Como hoy no había confesiones en Rot, fui a confesarme a la capilla de San Roque hacia las 17:45 h.

A las 19:00 h asistí a la Santa Misa en la iglesia de Mingolsheim.

09/08/92 — Domingo

8:15 - 9:45 h: Tras la oración, me uní al Salvador.

Cuando me uno al Salvador, siempre hago la comunión espiritual y rezo con fervor. Salvador: «Escribe, hija mía».

Yo: «Sí, Señor, lo escribiré».

Salvador: «Te amo, hija mía. Debo poner a prueba a mis hijos hasta el final, pues la tarea que les encomiendo debe cumplirse. En cuanto a todo lo que has escrito, ya me he encargado de que todo se cumpla».

Me pregunté si el Salvador lo había hecho de antemano.

Salvador: «Sí, de antemano. Por eso no te preocupes por cuándo sucederá algo. Tu tarea es amarme a mí y a las personas, y cumplir mi voluntad. El amor que aún recibirás de mí es como una joya preciosa que brilla por todos lados. Y allí donde brille, fluirá el amor».

Yo: «Señor, ¿recibiré aún más amor?»

Salvador: «Sí, si sufres conmigo, recibirás y darás más amor. Podrás dar mucho amor. Hija mía, escribe también esto: las llagas que recibirás perdurarán durante mucho tiempo, para que se salven muchas almas. Ayer, el sacerdote (en la capilla de San Roque) te dijo que las llagas son un don de gracia. Puedes escribir que es un don de gracia excepcionalmente grande. Yo lo concedo a quien quiero. Anota que podrás trabajar con las llagas y que tendrás que llevarlas durante mucho tiempo. Todo el tiempo que yo quiera». Yo: «Sí, mi Señor y Dios, mi Padre amoroso. Ya te doy las gracias por este don de gracia excepcionalmente grande que voy a recibir. Estoy dispuesta y deseo poder llevar y soportar las llagas contigo tanto tiempo como Tú quieras».

Salvador: «Hija mía, te preocupas por las llagas. Pon esa preocupación en mis manos. Que sean mis preocupaciones y ya no las tuyas».

Yo: «Oh, Señor mío, ahora tengo tanta sed de tu amor. Por favor, dame mucho amor».

Salvador: «Te daré mucho amor, pero ahora todavía no. ¿Podrías soportarlo ahora?» Yo: «¿Ya no tengo que escribir nada más?»

Salvador: «Sí, tienes que escribir algo más». Yo: «Sí, Señor, ¿qué es?».

Salvador: «El dolor que sientes en tu corazón es mi dolor».

Yo: «Pensaba que quizá fuera por el calor. Es un dolor ardiente». Salvador: «Lo permito un poco para que sientas mi amor».

Yo: «¿Son tus sufrimientos amor?»

Salvador: «Sí, el verdadero amor hacia vosotros, hijos míos».

Yo: «Señor, te doy las gracias por todos los sufrimientos que me das; deseo amarte siempre. Haz que, incluso en los sufrimientos más duros, nunca me separe de ti, por favor».

Salvador: «Hija mía, me gusta lo que has escrito. Te doy las gracias. Es mi deseo estar contigo y a tu lado. Mi querida hija, vete en paz».

13:30 h. Rosario en rojo en la iglesia. Hoy no hubo devocional, me quedé en la iglesia para el bautismo de un niño.

19:00 h. Asistí a la Santa Misa en la capilla de San Roque.

10/08/92 - Lunes

Después de la oración:

No quería preguntarle nada al Salvador, porque no soy digna.

Yo: «Querido Salvador, ¿quieres que escriba algo?» Salvador: «Sí, quiero que escribas, hija mía». Después hubo un silencio.

Salvador: «Hija mía, escribe, palabra por palabra».

Yo: «Sí, Señor».

Salvador: «Ofréceme todo lo que sufres por los pecadores empedernidos. Yo te he quitado el miedo».

Yo: «Te doy gracias, Señor y Dios mío».

Yo: «Querido Dios, lo sentí cuando lloraba hace un rato y tenía miedo de no poder soportar las llagas. Y entonces, de repente, el llanto desapareció y ya no tenía miedo». Salvador: «Hija mía, escribe esto: la guerra en Bosnia-Herzegovina se intensificará aún más. Los países vecinos están en peligro».

Yo: «Señor mío, quería preguntarte algo: si debo escribir al canciller federal Kohl por fax, si eso es lo que tú quieres».

Salvador: «Sí, hazlo». Yo:

«¿Estarás conmigo?»

Salvador: «Hija mía, quiero total discreción, no se lo digas a nadie». Yo: «¿Y al señor párroco Dochart?»

Salvador: «A él sí, pero a nadie más. Cuando tengas las llagas, todos las verán. Hija mía, sigue amándome como hasta ahora. Es mi voluntad y tu voluntad que estemos siempre unidos. Nadie puede quitarte esa voluntad, pues tú me la has dado a mí».

Yo: «Oh, Señor y Dios mío, me hace bien lo que me acabas de decir. Te doy las gracias, mi gran amor. Mi querido Jesús, ¿tengo que prepararme aún para el sufrimiento expiatorio?»

Salvador: «Hija mía, mantente despierta y nunca me cierres tu corazón».

Yo: «Señor, no entiendo muy bien cuando dices “no me cierres tu corazón”; por favor, dime qué quieres decir con eso, por favor, dime otra palabra».

Salvador: «Quiero entrar en tu corazón cuando yo quiera, y no cuando tú quieras».

Yo: «Pero, Señor, tú puedes hacerlo en cualquier momento, y yo deseo que siempre te quedes conmigo y que nunca me abandones».

Salvador: «Siempre permaneceré contigo, créelo». Yo:

«Pero algunos han dicho que se sienten abandonados». Salvador: «Dios nunca abandona a sus hijos».

Salvador: «Hija mía, escribe algo más».

Yo: «Pero Señor, quiero que me lo digas cuando haya cerrado mi corazón». Salvador: «Lo haces a menudo».

Yo: «Pero yo no lo sé. ¿Cómo voy a saber que estás a las puertas de mi corazón?»

Salvador: «Prefíreme a mí antes que a lo mundano».

Yo: «Pero aún no sé cuándo estás a la puerta». Salvador: «Deja que tu corazón esté donde está tu tesoro».

Yo: «Tampoco lo entiendo del todo».

Salvador: «Hija mía, ámame tal y como eres».

Yo: «Señor, perdóname, querías decirme algo más».

Salvador: «Cumple mi deseo».

Yo: «Sí, oh Señor y Dios mío, te pido la gracia de cumplir lo que deseas de mí, sin saber de antemano lo que me espera. Haz que tu deseo se cumpla con tu ayuda».

Salvador: «Deseo que lleves las llagas que recibas de mí sin guantes».

Yo: «Querido Dios, mi Jesús, mi guía espiritual, ¿cómo dices? Quizás no lo he entendido bien o se ha entrometido mi mente. Por favor, dímelo otra vez».

El Salvador lo repitió una vez más: no debo llevar guantes. Yo: «¿Y si los médicos dicen que debo llevarlos?»

Salvador: «Entonces di lo que yo te he dicho».

Yo: «¿Y si los demás dicen que quiero alardear?» Salvador:

«No hagas caso de lo que digan los demás».

Pensé en el sida o en alguna infección. El

Sanador: «Estas heridas no supuran».

Yo: «¿Debo llevarlas completamente al descubierto, totalmente al descubierto?»

Salvador: «Sí, hija mía».

Yo: «Sí, Señor y Dios mío, lo haré tal y como tú quieres».

Yo: «Mi Señor y Dios, ¿me desmayaré cuando reciba las llagas?» Salvador: «Las recibirás estando consciente».

Yo: «Sí, mi Señor y Dios, lo he entendido».

Yo: «¿Las recibiré todas a la vez, o primero en las manos?» Salvador: «Déjalo en mis manos.»

Yo: «Sí, Señor, que sea como Tú quieras». El Salvador: «Hija mía, te amo, vete en paz».

Esas hora y media con el Salvador me parecieron cinco minutos.

Rosario y Santa Misa en rojo en la iglesia.

20:00 h - Grupo de oración

11/08/92 - Martes

De 9:00 a 10:00 recé con Fridolin.

De 11:00 a 13:00 recé sola y me uní a Él. Salvador: «Querida mía, escríbelo».

Pensé: «Hoy no dice "mi hija"». Salvador:

«Amada mía, así es como debes escribir». Yo:

«Gracias, Señor y Dios mío».

Salvador: «Todo lo que escribas se imprimirá lo antes posible, tal y como yo quiero. Déjase al sacerdote que te voy a enviar. Él lo hará tal y como yo quiero. Escribe, hija mía, no te fijes en tus errores. Estos hacen que se pase por alto lo más importante».

Yo: «Señor, ¿por qué te apresuras con este escrito y por qué debe convertirse en un libro?»

Salvador: «Tengo que acortar el tiempo de nuevo. La gente no quiere volver a su Padre, que los ama».

Yo: «¿Ayudará el libro a las personas a volver?»

Salvador: «Ellos lo sabrán. Lo demás aún está por venir. Ten la certeza de que este libro ayudará a muchos».

Yo: «Señor, no quiero pronunciarme al respecto. Que sea como tú quieras». Después:

Pensé en Fridolin.

Salvador: «Me gustó que rezaran juntos. Yo estoy siempre con ustedes». Pensé que en Fridolin también había un poco de curiosidad.

Salvador: «Hija mía, él será sacerdote. Sigue rezando con él». Yo:

«Gracias, Señor, lo seguiré haciendo».

Después me vino a la mente el párroco Dochart y me pregunté si eso era lo correcto según la voluntad del Salvador.

Salvador: «Me ha alegrado que se lo hayas contado».

Entonces pensé en Fridolin, porque le había contado que me aparecerían las llagas. Me preocupaba si había hecho bien en contárselo.

Salvador: «A él puedes decírselo, eso ya lo sabes, hija mía».

Yo: «Sí, Señor, ya me lo habías dicho una vez, pero no estaba segura». Le pregunté al Salvador:

«¿Por qué quieres que, cuando reciba las llagas, no lleve guantes?» Salvador: «Necesito confesores generosos y, para ello, la luz debe brillar sobre los que están en la oscuridad».

Eran las 12:00 y interrumpí la conversación para rezar el Ángel del Señor. Tras la oración, le dije al Salvador:

«Te alegras cuando rezo a la Madre de Dios». Salvador:

«Yo también estoy ahí».

Yo: «Sí, Señor, es cierto. Señor, es un sentimiento tan hermoso en mi corazón, me siento tan libre y no puedo describirlo con palabras».

Salvador: «Hija mía, me lo has dado todo, incluso el día de hoy y el de mañana, que está por venir. Así debe ser».

Yo: «Sí, Señor, hazlo como tú quieras».

Salvador: «Hija mía, sigue escribiendo. Te concedo más tiempo para reflexionar sobre lo que te he pedido. Este tiempo es limitado».

Yo: «Señor y Dios mío, ya te digo "Sí". Soy tu sarmiento. Solo puedo dar fruto si permanezco en la vid. Haz conmigo lo que quieras, para que pueda dar buen fruto. Y eso, Señor, solo lo puedo hacer contigo».

Salvador: «Hija mía, entonces serás podada para que puedas dar buenos frutos». Yo: «¿Qué debo hacer?»

Salvador: «Despojaos de la vanidad. Vístete con más modestia. Regalaos las ropas a los pobres. Os bastará con poco. Regalaos los zapatos a los pobres».

Pensé entonces en cuántos debía quedarme, quizá dos pares.

(No quería escribir lo de los zapatos. Al final lo escribí porque sentí que tenía que hacerlo.)

Yo: «Quiero preguntarte algo que nunca te he preguntado. ¿Quieres que lleve un pañuelo o un pañuelo en la cabeza? ¿Importa eso, ya que soy tu novia?»

Salvador: «Sí, para mí es muy importante». Salvador:

«Póntelo, hija mía, el tocado». Yo: «¿En la clínica o en la iglesia?»

Salvador: «En todas partes».

Yo: «Pero me va a costar mucho llevar un velo. Yo: «¿Por qué?»

Salvador: «Para que no te vuelvas vanidoso, y además, mis elegidos siempre han llevado algo en la cabeza».

Yo: «¿Es por tradición o porque tú así lo quieres?» Salvador:

«Porque yo así lo quiero».

Yo: «Pero el señor pastor Vogt no lo entenderá».

Salvador: «¿Eres mi novia?».

Yo: «¿Y qué pasa con los demás? ¿También deben llevar un velo?» Salvador: «Sí, pero no se lo exijo a todos».

Yo: «Si lo hago, los demás dirán que estoy loca». Salvador: «Hazlo, hija mía».

Yo: «Sí, Señor, llevaré un velo porque tú así lo quieres y por amor a ti».

Salvador: «Hija mía, haz lo que yo quiero que hagas».

Yo: «Querido Dios, te pido la gracia de que siempre reconozca lo que quieres de mí».

Salvador: «Hija mía, eres mi perla, de la que debo cuidar. Permanece fiel a mí. Ve en paz».

A las 18:30 h estaba con Fridolin en la iglesia de Rot, para el rosario y la Santa Misa. Antes y después de la Sagrada Comunión le dije al Salvador que había reflexionado bien sobre lo que Él me pedía y le di mi «Sí». Y luego le pedí al Salvador que la Madre de Dios me ayudara a llevar la cruz y que fuera mi consoladora en el sufrimiento.

Le dije que nunca quería separarme de Él.

Repetí que, por amor a Jesús y a los hombres, por la salvación de las almas y la conversión de los pecadores, estoy dispuesta a soportar con Él estos sufrimientos expiatorios. Tras la Sagrada Comunión, el Salvador me dijo durante la unión:

Salvador: «Gracias, hija mía, te amo, permanece fiel a mí. Lo acepto».

12/08/92 - Miércoles

Recé por la noche de 2:30 a 3:30 y por la mañana de 9:30 a 11:30. Por la mañana recé y me uní a Él:

Salvador: «Hija mía, escríbelo».

Yo: «Sí, querido Padre misericordioso, querido Jesús, querido Espíritu Santo».

Salvador: «Las llagas que recibirás de mí quedarán grabadas en tus manos, tus pies y en tu corazón. Correrá mucha sangre por las almas de buena voluntad. Será mi sangre, hija mía, para la salvación de las almas. Mi sangre debe ser venerada profundamente. Tu tarea es cumplir mi voluntad cuando derrame esta sangre. Será un gran dolor. Se te permitirá tanto como puedas soportar. Yo conozco la medida que puedes soportar. Ten confianza en mí. Yo soy tu Esposo. También es mi voluntad estar siempre unido a ti. No te faltará nada conmigo».

Yo: «Señor, ¿qué quieres decir con que no me faltará nada?»

Salvador: «Yo poseo todo lo que necesitas.»

Yo: «Sí, Señor mío, lo creo. Querido Dios, quiero decirte que ahora te amo tanto que quiero hacer todo lo que tú quieras».

Salvador: «Hija mía, las llagas sangrarán, primero el viernes. Ese día no tendrás que trabajar. Te darán el día libre».

Yo: «¿Podré entonces rezar?»

Salvador: «Los demás tendrán que rezar mucho. Hija mía, ten por seguro que lo harán».

Salvador: «Amo a todas las personas». Pensé en la corona de espinas.

Salvador: «Eso aún está por venir. La corona de espinas forma parte de ello. Primero recibirás la flagelación, después la coronación de espinas. Ocurrirá tal y como yo sufrí en el Calvario. Es mi crucifixión en ti. Tu dolor será mío. Estos sufrimientos expiatorios son mis sufrimientos expiatorios. Yo estoy en ti y tú estás en mí. Entonces seremos uno».

Yo: «Por favor, Señor y Dios mío, quítame solo el miedo, para que no le tema al diablo y para que él no pueda hacerme nada. Si me hace algo, que se salven de la condenación innumerables almas».

Salvador: «Hija mía, yo me encargaré de ello».

Salvador: «Tú serás tentada más que las demás almas. Por eso se rezará mucho por ti. Es mi voluntad que se rece mucho».

Salvador: «Tu tarea sigue siendo serme siempre fiel».

Yo: «Para que te sea fiel, ya me has concedido la gracia». Salvador: «Sí, ya lo he hecho».

Yo: «Pero necesito un sacerdote».

Salvador: «Vendrá uno. No te faltará un sacerdote». Salvador: «Querida hija, por hoy ya es suficiente. Vete en paz».

19:00 h. Rosario y Santa Misa en Mingolsheim, en la capilla de San Roque.

13/08/92 — Jueves

9:50 - 11:00 h en casa:

Oré con fervor y me uní a Él.

Salvador: «Oh, hija mía, escríbelo. Todo lo que escribes es mi voluntad. Sin mí no eres nada y no puedes hacer nada. Para ello me necesitas en todo. Yo soy el Señor y Dios para todos.

Todo debe ordenarse según mí. Vosotros, hombres pecadores, debéis despertar. Ha llegado el momento en que seréis juzgados por lo que me habéis traído.

Todos debéis rendir cuentas ante mí. No podéis ocultarme nada. Os he dado ojos para ver y oídos para oír. ¿Qué hacéis, que ni veis ni oís? Todo es pura locura. Mi ira caerá sobre todos. ¡Hijos desobedientes míos, despertad! Soy un Dios de la luz y no de las tinieblas. Permaneced en mi luz. Pedid la luz que os ilumina. Porque, cuando llegue la oscuridad, ya no podréis pedir. Y entonces perteneceréis al Dios de las tinieblas. Entonces

su tormento será eterno. Hija mía, llámalos a todos a la oración. Mi Madre y vuestra Madre os ama a todos y os quiere; volved todos a ella. Os espera con los brazos abiertos. Amadla. Ella me presentará vuestras oraciones (intercesión).

No rechazaré ninguna intercesión que ella me pida. Hija mía, deposita todo lo que te vaya a suceder en el corazón inmaculado de María, pues su corazón es también mi corazón. Allí es donde el enemigo debe retirarse. Querida hija, sigue escribiendo. »

Yo: «Sí, mi Señor y Dios, mi Padre amoroso».

Salvador: «No te preocupes tanto por tus sufrimientos expiatorios. Ese es mi problema, no el tuyo. Te doy las gracias por tu “sí” y lo he aceptado. No te faltará nada. Ten confianza. Yo soy tu vida, hija mía. Conozco tu debilidad.

Te daré todo lo que necesites en el momento oportuno. No te preocupes por adelantado. Los sufrimientos expiatorios que te esperan están a las puertas. Llamaré a la puerta cuando haya llegado la hora. Conmigo, todo sucede en el momento oportuno.

Hija mía, te amo mucho y ahora te bendigo». Me arrodillé en el suelo para recibir la bendición.

Salvador: «Te bendigo, hija mía, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Ve en paz».

Yo dije: «Amén».

Después: «Gracias a Dios, el Señor».

No sabía si lo había dicho bien. Salvador: «Hija mía, me gusta».

Poco antes de la comida le dije a mi hijo que se tomara todo más en serio con Dios. También le dije que fuera a confesarse.

Él dijo: «De todos modos, no puedo creerte».

Entonces le dije que creería como Tomás, solo cuando viera las llagas. Hacía tiempo que me había dado cuenta de que rehuía el grupo de oración, aunque a veces podría estar presente.

En estos momentos, toda mi familia hace caso a lo que el espíritu impuro les susurra. Yo sigo siendo fiel a nuestro Señor y Dios, aunque esté sola.

18:30 h. Rosario y Santa Misa en Rot.

No tenía ni idea de que hoy se hablara en el Evangelio de Tomás, que no creía que Jesús hubiera resucitado cuando se lo contaron los otros discípulos.

Después de la Sagrada Comunión, le pregunté al Salvador si debía ir a ver al P. Vogt y decirle que recibo las llagas del Salvador.

Salvador: «Ve a verlo, habla con él».

Así que, al salir de la iglesia, fui a ver al reverendo Vogt y se lo conté. Él sonrió un poco y dijo: «Usted lo cree».

Yo: «Sí, lo creo».

Entonces le dije que el Salvador había dicho que él no creería en ello hasta que fuera demasiado tarde. Le pedí su bendición y me fui a casa contento.

14/08/92 - Viernes

10:00 - 11:45 h en casa:

Oración - Unión

Salvador: «Escribe, hija mía, quiero que escribas». Yo: «Sí, querido Jesús, mi guía espiritual».

Salvador: «Hija mía, la guerra se recrudece. Hay caos en el mundo. El enemigo ya se ha llevado un gran botín. La gente espera demasiado para reconciliarse con su Dios. La guerra ya ha causado suficiente daño, pero causará aún más. Exhorta a los políticos a que se arrepientan. Están cegados por el velo de Satanás. Tendrán que rendir cuentas ante mí. Ningún político quedará exento. Tendré que escupir a muchos».

Salvador: «Hija mía, me complace que lo anotes todo. Recompensaré especialmente esta labor».

Yo: «Señor, quiero preguntarte algo más sobre las llagas. Has dicho que estás a la puerta y que el padre Vogt no se ha expresado bien. ¿Hay algo más que deba saber o reconocer antes de que llames a la puerta de mi corazón?, pues hay que tener cuidado de que el espíritu impuro no se entrometa».

Salvador: «Escribe, hija mía, las llagas que recibes son más y fáciles de reconocer».

Yo: «¿Cómo es eso, querido Dios Trino?»

Salvador: «La sangre que brotará de las heridas es mi sangre. El ser humano no tiene tanta sangre como la que brotará de ellas».

Yo: «Pero eso no es suficiente para los científicos».

Salvador: «Estas heridas no se curan ni supuran. Estas heridas irradiarán la luz que devuelve la vista a los ciegos. Esta sangre que derramaré a través de ti será su salvación. Hija mía, si alguien aún no cree en ese momento, tampoco podrá creer más adelante.

Escribe, hija mía, para algunos fui crucificado en vano y para otros lo seré. Estas almas ya han elegido a su Padre».

Hablé un rato más con el Salvador. Entonces:

Salvador: «Escribelo, hija mía. Gritarás con fuerza cuando te marquen las llagas en la iglesia. El grito de dolor es necesario».

Yo: «Señor, ¿duele tanto?»

Salvador: «Sí, hija mía, es un dolor insostenible». Yo: «¿Se asustarán entonces muchos?»

Salvador: «Hija mía, el miedo no es nada comparado con el dolor que vas a sentir. Ese dolor infernal no es más que una gota de agua frente al infierno».

Yo: «Sí, Señor, lo he entendido. Que se haga como tú quieras». Pensé si vendría algo más ahora y si el Salvador me diría algo más.

Salvador: «Sí, aún hay algo más. Te imprimiré las llagas lo antes posible».

Yo: «Señor y Dios mío, me entrego a tu voluntad. Déjame solo amarte y estar contigo, ahora y por toda la eternidad».

Salvador: «Hija mía, te he elegido. Eres mi amada, ahora y por toda la eternidad».

Yo: «Querido Dios, ¿debo tachar lo que más quiero?»

Salvador: «¿Acaso no puedo decirlo a quien quiera?»

Yo: «Gracias, Señor y Dios mío».

Yo: «Me siento tan indigna de la palabra "Amada"».

Salvador: «Mi querida hija, ahora te bendigo».

- Me arrodillé -

Salvador: «Te bendigo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Ve en paz, hija mía».

Yo: «Gracias a Dios, el Señor. Alabado sea Jesucristo, ahora y por los siglos de los siglos. Amén».

Como casi siempre, recé una oración de acción de gracias y ofrecí la comunión espiritual por todas las personas y todas las almas del purgatorio.

18:30. Rosario y Santa Misa en Rot.

Después de la Sagrada Comunión, le pregunté al Salvador si debía enviar entonces un fax al canciller federal H. Kohl.

Salvador: «Hazlo, hija mía, yo lo quiero».

A última hora de la tarde fui a ver a Roswitha. Su hijo me ayudó a enviar por fax una carta al canciller federal.

Hacia las 23:30 recé otro rosario.

15/08/92 — Sábado - Asunción de María A

las 4:15 de la madrugada empecé a rezar. Me uní al Salvador.

Salvador: «La carta era correcta. No te preocupes por la carta». Las lágrimas brotaban de mis ojos, con total libertad, sin que yo hiciera nada.

Salvador: «Escríbelo, hija mía, la guerra se recrudece. Los alemanes no deben entrometerse en esta guerra».

Yo: «¿Tengo que decir eso?»

Salvador: «Cuando te lo pregunten. Hay que llamar al pueblo a la oración. A través de la oración puedo cambiar muchas cosas. Hija mía, reza mucho. Satanás es fuerte. Muchos buenos cristianos caerán en sus garras.

Guarda bien todo lo que ahora anotes. Te daré una protección especial. Hija mía, te amo, vete en paz».

De 10:30 a 12:30 estuve en casa de Marion y estuvimos escribiendo.

De 16:30 a 19:45 estuve en la iglesia de Rot. Allí me confesé y me quedé también para la Santa Misa de las 19:00.

16/08/92 - Domingo

De 8:30 a 10:00 rezo.

Encomendé al Salvador muchas almas por medio del Inmaculado Corazón de María, así como también a las almas pobres.

Lloré desde lo más profundo de mi corazón y le dije al Salvador:

«Querido Jesús, estoy dispuesta a sufrir expiación por todas las almas».

De repente, grandes y pesadas lágrimas brotaron de mis ojos. Sí, no eran mis lágrimas. Eran las lágrimas del Salvador las que derramaba.

Salvador: «Escribe, hija mía, sufrirás por todas las almas. Las amo a todas. Todas son mis hijas. No todas quieren cumplir mi voluntad. Tus sufrimientos expiatorios están muy cerca».

Salvador: «Hija mía, te amo mucho. Escríbelo. El amor que te doy y que te daré es mi amor y mi regalo para ti».

Yo: «Señor, pero esa es la mayor virtud».

Salvador: «Sí, escríbelo. Pocos reciben esta virtud. Puedo dársela a quien yo quiera. Con este amor lo vencerás todo».

Yo: «Señor y Dios mío, ¿cómo puedo darte las gracias por este gran regalo?»

Salvador: «Hija mía, ya me has dado las gracias al entregarme todo. Puedes transmitir este amor mío si así lo deseas. No te faltará amor. Muchas almas podrán beber de ti. Hija mía, tú eres mi sagrario».

Yo: «Oh, Señor mío, no puedo comprender todo esto».

Salvador: «Si lo comprendieras, no sería de mí.

Escribe, hija mía, yo soy también amor incomprensible. Le has dicho a tu sacerdote que tu corazón puede comprenderlo. La razón no puede comprender lo que el corazón comprende. Yo estoy en tu corazón, hija mía. Sin mí no podéis hacer nada.

Solo el amor lo puede todo. Sin él no podéis vivir. Solo yo puedo amar. Hija mía, el sacerdote que esperas aún vendrá. No te preocupes por eso. No te preocupes por adelantado.

Yo: «Mi Salvador, por favor, no permitas que me separe de ti en medio de este gran dolor».

Salvador: «Nadie puede separarte de mí, porque me perteneces por completo».

Pensé en si podría separarme por mí misma. Salvador: «Por ti misma no puedes hacer nada».

Yo: «Oh, Señor mío, ahora me siento tranquila y aliviada».

Salvador: «Así es, hija mía».

Yo: «Déjame entonces sufrir contigo la expiación durante el tiempo que tú quieras, por la salvación de las almas». Salvador: «Hija mía, me gusta especialmente lo que has escrito».

Es mi voluntad que lo hagas. No te faltará nada conmigo. Todo lo que dices, soy yo. Sí, hija mía, soy tu Señor y tu Dios. Tu cuerpo es mi cuerpo. Tu voluntad es mi voluntad. Tu bendición es mi bendición».

Yo: «Señor, ¿puedo bendecir?»

Salvador: «Hija mía, debes bendecir mucho». Yo dije que la bendición era algo muy grande.

Salvador: «Yo también soy grande».

Yo: «¿Cómo debo bendecir?»

Salvador: «Yo guiaré tu mano».

Yo: «Oh, Señor, ya he terminado. ¿Tengo que escribir algo más? ¿Lo deseas? Salvador: «Mi querida hija, ámame más en tu prójimo.

Yo: «Sí, Señor, lo haré».

Salvador: «Hija mía, ahora te bendigo. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

Yo: «Amén. Gracias a Dios, el Señor. Alabado sea Jesucristo y María ahora y por los siglos de los siglos. Amén».

Yo: «Querido Dios, ¿he hecho bien en mencionarla también a María?» Salvador: «Me alegra oír eso.»

13:00 h. Rosario y devoción en Rot.

19:00 h. Misa en la capilla de San Roque, en Mingolsheim.

17/08/92 - Lunes

10:00 h en la sala de médicos:

Salvador: «Hija mía, te amo por encima de todo». Yo: «Señor, eso no puedo escribirlo».

Salvador: «Escríbelo. Hija mía, me gusta cómo actúas. Sigue así. No temas que te falte amor. Yo soy el Dios del amor. Comparte una y otra vez el amor que recibes de mí. No te faltará amor. Sé humilde y manso. Yo estoy contigo».

Yo: «Señor, ¿pensaba que solo estaría contigo cuando recibiera las llagas?»

Salvador: «Hija mía, ya estás conmigo. Yo soy todo en ti».

Yo: «Señor, siento un fuego en mi corazón».

Salvador: «Yo soy el fuego del amor. Nadie puede apagar este fuego. Arde donde yo quiero».

Yo: «Señor mío, ahora podría llorar. Solo tú sabes cuánto te amo. Querido Salvador, ¿hay algo más que deba saber?».

Salvador: «Déjate llevar. No te preocupes por lo que vendrá».

Yo: «Señor mío, creo que no hay nada más hermoso que estar contigo en el amor».

Oh, mi querido Jesús, y tú vienes a la clínica universitaria, a esta sala de médicos, y te dignas a una pobre asistente de rayos X como yo.

Nunca antes habría podido imaginar que existiera algo así. Señor mío, no puedo darte las gracias con palabras. Te doy las gracias con mi amor hacia ti y hacia el prójimo».

Yo: «Oh, Señor mío, tú eres la fuente del amor. Ahora lo siento con tanta fuerza». Salvador: «Hija mía, prepárate para lo que te pido».

Yo: «Mi Señor y Dios, estoy preparada, si así te basta». Salvador: «Hija mía, me basta tal y como eres».

Yo: «Mi querido Jesús, entonces no lo demores más. Yo también tengo sed». El Salvador: «Me ha alegrado oír eso de ti».

Salvador: «Mi querida hija, vete en paz». Yo: «Gracias a Dios, el Señor».

Rosario y Santa Misa en rojo.

20:00 h. Grupo de oración.

18/08/92 — Martes

10:00 h en la consulta del médico:

Tras una oración profunda y ferviente, vuelvo a derramar lágrimas.

Salvador: «Hija mía, te amo, escríbelo. Ha llegado el momento en que cumpliré mi obra. Tú me perteneces por completo».

De mis ojos brotaron lágrimas que no eran mías. Pregunté: «¿Son esas tus lágrimas?»

Salvador: «Sí, son mis lágrimas. Son los sufrimientos por ti. Hija mía, deja que mi obra actúe en ti».

Yo: «Señor, ¿cómo llamas a tu obra?»

Salvador: «Hija mía, es mi crucifixión en ti». Yo: «¿Cuántas horas durará?»

Salvador: «Igual que en el Calvario».

Yo: «¿Estará presente la Virgen María?»

Salvador: «Tu Madre celestial está presente en cada crucifixión. Ella te dará consuelo. Ámala como a mí».

Yo: «¿Derramaré mucha sangre durante la crucifixión?»

Salvador: «Casi toda».

Yo: «¿Podré seguir viviendo entonces?»

Salvador: «Hija mía, eso es lo que os resulta incomprendible».

Salvador: «Puedo reemplazar todo lo que falta. No te faltará nada. Yo soy tu vida».

Yo: «Entonces, gracias a esta sangre derramada, se salvarán las almas».

Salvador: «Sí, hija mía, muchísimas personas se convertirán gracias a ello. Habrá curaciones».

Yo: «¿Quién puede ser sanado?»

Salvador: «Cualquiera».

Yo: «Señor, pero no todos están enfermos».

Salvador: «Sí. La mayor enfermedad es que casi todos ya no me aman». Yo:

«Querido Dios, yo sí te amo».

Salvador: «Lo sé, hija mía».

Salvador: «Escribe, hija mía, las llagas que recibirás; sucederá en los próximos días. Prepárate, hija mía».

Yo: «Querido Jesús, te pido la gracia de que pueda soportarlo todo y permanecer firme y fiel, y de que, después de que esto haya sucedido, te ame aún más».

Salvador: «Hija mía, ten la certeza de que me amarás más después de esto».

Yo: «¿Ocurrirá esto en la Iglesia?»

Salvador: «Sí, sucederá en la iglesia».

Salvador: «Hija mía, déjame todo a mí, tú eres mi instrumento».

Yo: «Señor y Dios mío, Padre amoroso, que se haga tu voluntad». Salvador: «Hija mía, te colmaré de gracia. Mi querida hija, vete en paz».

Yo: «Gracias a Dios, el Señor».

18:30 Rosario y Santa Misa en Rot.

19/08/92 — Miércoles

10:00 h - Consultorio:

Salvador: «Escribe, hija mía, palabra por palabra. Las llagas que recibirás de mí sangrarán todos los viernes, excepto en las grandes fiestas. La sangre que fluirá es sangre santa».

Yo: «Señor, pero yo no soy santa».

Salvador: «Entonces no eres tú. Soy yo. Las llagas que recibirás serán profundas».

Yo: «Señor y Dios mío, no entiendo la palabra “profundamente”, ¿qué quieres decir con eso?»

Salvador: «No son llagas superficiales. Escribe, hija mía, por eso correrá mucha sangre. No debes asustarte ante tanta sangre que se derramará».

Salvador: «Hija mía, he fijado para ti el día en que recibirás las llagas. Es el día que agrada a mí y a mi Madre, que es también vuestra Madre».

Yo: «Señor, no quiero saber cuándo. ¿O debo saberlo? Te lo dejo a ti. Te pido que me concedas mucha gracia cuando llegue ese día, para que sea valiente, no tenga miedo ni dude, y para que el espíritu impuro no esté cerca de mí».

Salvador: «Hija mía, así será».

Yo: «Mi amado Jesús, no sé si debo seguir escribiendo algo más». Salvador: «Escribe, hija mía, quiero que guardes todo esto en silencio».

Yo: «¿Puedo saber por qué?».

Salvador: «Por falta de espacio y porque los curiosos llegan primero».

Yo: «Sí, Señor, haré tu voluntad».

Yo: «Señor, ¿ya no tengo que saber nada más?»

Salvador: «Sí, hija mía, debes soportarlo todo con paciencia y amor».

Yo: «Querido Dios, de eso no me faltará, pues tú me has dado la virtud de la paciencia, y el amor aún me lo darás. Creo y deseo que así lo haré».

Salvador: «Hija mía, estoy contigo y siempre lo estaré».

Yo: «Señor, cuando eso llegue (las llagas), ¿notaré algo antes?»

Salvador: «Sentirás mi amor. Yo soy el amor, hija mía».

Yo: «Sí, Señor mío, lo he entendido. Te doy las gracias, Señor y Dios mío». Salvador: «Mi querida hija, te llevo conmigo».

Yo: «Sí, Señor, puedes llevarme donde quieras».

Yo: «Oh, Señor mío, mi querido Jesús, te amo tanto. Siempre soy tan feliz contigo».

Salvador: «Mi querida hija, vete en paz». Yo:

«Gracias a Dios, el Señor».

Rosario y misa en Mingolsheim, en la capilla de San Roque.

20/08/92 - Jueves

10:00 h en la sala de médicos:

Salvador: «Escribe, hija mía, quiero tu movimiento».

Yo: «Querido Dios, ya me lo preguntaste al principio, pero aún no lo entiendo del todo, y sin embargo te entrego mi voluntad».

Salvador: «Yo decido adónde debes ir».

Yo: «Señor, iré adonde Tú quieras. Haz que me dé cuenta de que lo estoy haciendo».

Salvador: «Hija mía, escribe esto. Yo soy el Señor y Dios de todo lo que se mueve. Quien me pertenece debe someterse a mí».

Escribe, hija mía, quiero que te sometás estrictamente a mí».

Yo: «Querido Dios, lo haré, ayúdame, por favor. Soy tan débil; por favor, haz que mi lengua calle cuando deba callar».

Salvador: «Hija mía, tú hablas cuando yo lo quiero. No te preocupes por eso». Yo: «Pero Señor, no entiendo lo de “estricto”. Dime algo al respecto».

Salvador: «Lo que he comenzado, lo llevaré a cabo».

Yo: «Ahora tengo miedo de cometer algún error». El Salvador: «Hija mía, conmigo eso no te pasará».

Yo: «¿Puedes decirme algo más sobre lo de “ordenar con severidad”?». Salvador: «Tu “sí” significa “sí”, y tu “no” significa “no”».

Yo: «Querido Dios, hoy tengo más la sensación de que eres un padre más severo de lo habitual. ¿Me lo he imaginado?»

Salvador: «Hija mía, las atrocidades son grandes en el mundo. He acertado el tiempo. El enemigo está por todas partes. La gente no sabe lo que hace. Permitiré muchas cosas que el enemigo desea. La gente debe arrepentirse».

Yo: «Querido Dios, te pido misericordia y clemencia para todos. Estoy dispuesta a salvar las almas contigo. Me perteneces por completo. Haz conmigo lo que quieras y cuando quieras. Te amo mucho, mi buen y misericordioso Dios Trino».

Salvador: «Hija mía, ten un poco más de paciencia hasta que llegue el momento adecuado. Estoy contigo, no te preocupes por eso. Aférrate firmemente a mi mano».

Yo: «Jesús, Rey de reyes, lo haré». Salvador: «Hija mía, te amo. Ve en paz». Yo: «Gracias a Dios, el Señor».

12:00 h en la capilla de la clínica.

Salvador: «Quiero que escribas algo. Quiero que cumplas mi voluntad». Yo: «Señor y Dios mío, ¿cuál es tu voluntad?».

Salvador: «Que lleves hasta el final las llagas que recibas».

Yo: «Señor mío, lo haré contigo, porque te amo, porque es tu voluntad y porque quiero que las almas se salven de la condenación».

Salvador: «Escribe, hija mía, las llagas te traerán muchos problemas, muchas molestias. Dame todos los problemas, todas las molestias, yo lo resolveré todo. No hagas nada por tu cuenta. Debes serme obediente. Hija mía, primero debes escucharme.

Hija mía, quiero que seas obediente a mí».

Yo: «Señor y Dios mío, te pido la gracia de ser obediente. Es una gran virtud que tanto necesito».

Salvador: «Hija mía, escribe esto; hoy mismo recibirás el don. Es mi deseo dártelo».

Yo: «Te doy las gracias, Señor y Dios mío, te doy las gracias». Salvador: «Mi querida hija, vete en paz».

18:30 h. Rosario y Santa Misa en Rot.

21/08/92 - Viernes.

10:00 h en la consulta del médico:

Ayer estuve a punto de dejar de escribir por completo. Estaba enfadada porque escribo y entiendo muy mal. Por amor a Jesús sigo escribiendo.

Salvador: «Es mi voluntad que escribas. Hija mía, no tardarás mucho en dejar de escribir. Alguien más escribirá por ti. Hasta entonces, aún debes tener paciencia».

«Escribe, hija mía, que voy a hacer que tu marido sufra por la cruz». Yo: «¿Debo escribirlo?»

Salvador: «Sí, escríbelo. Él debe aceptarlos y no tiene otra opción».

Yo: «Señor, no quiero saber qué sufrimientos le vas a dar. Solo sé que, si se los das, será bueno para él. Por favor, no permitas que se pierda. Sé que es imprudente».

Salvador: «Hija mía, le daré un tiempo para que se arrepienta».

Yo: «Te doy las gracias, mi Señor y Dios».

Salvador: «Tu marido hará lo que yo quiero. El castigo es necesario». Yo:

«Salvador, ayer no me entendieron».

Salvador: «Hija mía, tú me perteneces. Pocos te comprenderán, porque no eres tú, sino yo, y ellos no quieren comprenderme. No todo el mundo soporta la verdad. Escribe, hija mía: Yo soy la verdad. No te sorprendas si la gente te trata así.

Así me trataron ya en aquel entonces. Sigue siendo humilde y manso». Yo: «Señor, te pido humildad y mansedumbre. No me basta. Por favor, concédeme mucho amor para que pueda transmitirlo. Solo con tu amor lo consigo todo».

Salvador: «Mi querida hija, me agrada cómo actúas. No te culpes por pensar que eso no está bien. Yo hago contigo lo que quiero. A los demás no les gustará. Todos deben ordenarse según mí. Esa es también mi voluntad».

Yo: «Señor y Dios mío, haz lo que quieras». Al cabo de un rato:

Salvador: «Sí, hija mía, escríbelo. He decidido llevar a cabo mi plan. Te concederé las cinco llagas. Mi “SÍ” es un “SÍ”. No te faltará ni el dolor ni la gracia. Vigila y mantente preparada».

Yo: «Querido Dios, ahora te amo tanto. Me arrojo ahora en tus brazos y quiero permanecer siempre en tu corazón».

Salvador: «Hija mía, me perteneces para siempre. Ya nadie podrá separarnos. Ahora somos inseparables. Derramo ahora mi amor sobre ti para que superes todo lo que se te presente. Con este amor vencerás a todos.

Yo: «Señor, siento en mi corazón que está ardiendo y cada vez arde más». Yo:

«¿Cómo lo consigues?»

Salvador: «Yo soy el Dios del amor».

Yo: «Es tan hermoso. Ya no se piensa en el enfado. Creo que el amor ha borrado el enfado».

Salvador: «Así es, hija mía».

Yo: «Te doy las gracias, Señor y Dios mío, por esta gran gracia».

Salvador: «Vete en paz, mi querida hija».

Recé, como siempre, una oración de agradecimiento.

18:30 h. Rosario y Santa Misa en Rot.

22/08/92 — Sábado

7:30 h - 9:00 h Oración - Unión.

Salvador: «Escribe, hija mía, palabra por palabra».

Yo: «Sí, mi noble amor».

Salvador: «Hija mía, quiero toda tu entrega».

Yo: «Señor, ya te lo he dado todo. ¿Hay algo que aún no te haya dado?»

Salvador: «Regálame tus sentidos».

Yo: «Mi Señor y Dios, te los entrego. Que todo te pertenezca». Salvador:

«Yo veré y oiré por ti».

Salvador: «Escribe, hija mía, recibirás de mí otros sentidos. Verás y oirás lo que otros no ven ni oyen».

Yo: «Señor, ¿esto forma parte de la mística?» Salvador: «Sí, forma parte de la mística.»

Salvador: «Escribe, hija mía, aún te pido tu consentimiento para las llagas».

Yo: «Señor y Dios mío, mi querido y misericordioso Jesús, mi amor incomprensible e infinito, te doy mi consentimiento para que grabes las llagas en mi cuerpo; mi cuerpo es ahora tu cuerpo. Y esto es para la salvación de todas las almas y la conversión de los pecadores que tienen buena voluntad».

Salvador: «Hija mía, me basta». Salvador: «Tenía que comprobarlo una vez más».

Salvador: «Eres mi hija más querida». Yo:

«Señor, ¿debo escribir esto?». Salvador: «Sí, escríbelo».

Yo: «Señor, no puedo comprender que yo sea la más querida para ti».

Salvador: «Lo eres, hija mía».

Yo: «Señor, tengo miedo de ser la mayor pecadora». Salvador:

«Eso lo piensas porque eres tan pequeña».

Yo: «Oh, Señor mío, vuelvo a tener sed de tu amor, soy tan insaciable. Por favor, sumérgeme en tu fuente de amor, para que nunca vuelva a tener sed».

Salvador: «Que seas perfecta y nunca tengas sed, eso solo lo serás en el Paraíso». Yo:

«Señor, pensaba que en la tierra ya es el Paraíso cuando te lo damos todo». Salvador: «Hija mía, aún tienes tu vestido».

Yo: «¿A qué te refieres con “vestido”?».

Salvador: «Tu cuerpo. Te encuentras en una etapa previa al paraíso, al igual que hay una etapa previa al infierno».

Yo: «¿Eso significa que aún puedo ir al purgatorio?»

Salvador: «Hija mía, déjame eso a mí. Alégrate de estar conmigo».

Salvador: «Hasta ahora has cumplido mi voluntad. Permanece en mí y conmigo, sigue haciéndolo, y así cumplirás también lo demás que te espera».

Yo: «Señor mío, mi Padre amoroso, te amo tanto que no tengo otro deseo que cumplir tu voluntad y estar siempre en ti y contigo». Salvador: «Te bendigo, hija mía, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Ve en paz, mi querida hija».

Yo: «Gracias a Dios, el Señor. Alabado sea Jesús y María, ahora y por los siglos de los siglos. Amén».

Entre las 16:30 y las 17:15 recé en la iglesia de Rot y me confesé con el P.

Vogt.

A las 18:15 asistí a la Santa Misa en la iglesia de Mingolsheim. Adriana estaba allí. Vivió un momento muy bonito cuando me arrodillé en el suelo y el párroco Kesenheimer me administró la Sagrada Comunión.

Hacia las 21:00 recé el rosario doloroso.

23/08/92 - Domingo

8:20 h: Como siempre, recé antes de unirme.

Salvador: «Mi querida hija, escribe esto. Tu tarea es llevar muchas almas hacia mí. Ámalas a todas. Cada alma me es querida, una como la otra. No juzgues a nadie».

Pregunté por lo de ayer, cuando estaba arrodillada ante el párroco de Mingolsheim y sufrí ataques. Antes de la Sagrada Comunión tenía paz y solo después de recibirla y tras la unión volví a tener paz.

Salvador: «Los espíritus impuros siempre están a tu alrededor y siempre te atacarán. No te librarás de ello. No tienes por qué tener miedo, yo estoy contigo».

Yo: «Señor, si estás conmigo, ¿por qué permitiste que los espíritus impuros me atacaran cuando me arrodillé?»

Salvador: «Para que veas cómo luchan los espíritus impuros cuando alguien se arrodilla ante mí».

Yo: «Gracias, Señor, espero que los demás acepten esta enseñanza y se sacrifiquen, arrodillándose ante ti al recibir la Sagrada Comunión».

Salvador: «Hija mía, quiero algo de ti».

Yo: «Sí, Señor, te lo entrego sin saber lo que quieres». Salvador:

«Quiero que digas que sí a todo».

Yo: «Señor, ¿he oído bien?» Salvador: «Sí, escríbelo.»

Yo: «Mi Señor y Dios, mi amoroso Dios trinitario, te doy mi “sí” a todo». Yo: «Querido Dios, pero por favor, hazme reconocer también que eres tú cuando digo ese “sí”. Para ello, también necesito el don del discernimiento de los espíritus».

Salvador: «Escribe, hija mía, recibirás la gracia del discernimiento de los espíritus, ya no falta mucho».

Salvador: «Hija mía, realmente me lo has dado todo». No quería escribir eso.

Salvador: «Escríbelo. Mi obra puede comenzar».

Yo: «Señor mío, ¿puedes seguir regalándome amor? Mi alma anhela más amor. Necesito mucho amor, no me basta. Me siento como un mendigo que pide pan. Tú eres el hogar ardiente del amor. Me sumerjo en este amor»

Salvador: «Aún no puedes soportarlo. Cuando recibas los sufrimientos expiatorios, lo haré.

Hija mía, no te falta amor, yo estoy contigo».

Yo: «Sí, Señor. Hay que estar contento con lo que se tiene». Yo: «¿Qué debo hacer con la carta del canciller federal Kohl?»

Salvador: «Hija mía, espera un poco más. Todavía te inspiraré lo que debes hacer. Sigue rezando por los políticos».

Salvador: «Hija mía, te amo. Vete en paz». Yo: «Gracias, Señor y Dios mío, por todo».

10:00 h. Santa Misa en Rot.

13:00 h. Rosario y devoción.

Por la tarde tuve un fuerte dolor de cabeza, pero sentí mucho amor por el Salvador».

24/08/92 - Lunes

9:45 h:

Yo: Querido Dios, ayer y esta mañana, entre las 3:00 y las 6:00, tuve un dolor de cabeza punzante y muy fuerte.

Salvador: «Hija mía, eran sufrimientos expiatorios por mi parte».

Yo: «Querido Salvador, esta noche he dormido dos horas y media, ahora tengo que trabajar y esta tarde tengo el grupo de oración. En este momento me siento tan en forma como si hubiera dormido toda la noche. ¿Es esto una gracia tuya?»

Salvador: «Sí, hija mía, de lo contrario no podrías aguantar».

Yo: «Quiero preguntarte si debo ir a ver al padre Gebhard Heyder este fin de semana, ¿es esa tu voluntad?»

Salvador: «Hija mía, ve a ver al padre Gebhard, ve a verlo».

Yo: «¿Puedo contarle sobre las llagas que recibiré de ti?» Salvador: «Debes contárselo o leerle lo que has escrito.»

Yo: «Señor, ¿cuándo debo tomarme las vacaciones?» El

Salvador: «Debes solicitarlas en septiembre».

Yo: «Ayer me preocupaba si había hecho bien en contarle a Claudius, de Luxemburgo, lo que le conté (sobre las llagas)».

Salvador: «No fuiste tú, sino yo quien dijo eso. No te preocupes más por eso. Tú solo eres mi instrumento».

Yo: «Querido Salvador, ¿fue ayer el comienzo de los sufrimientos expiatorios?» Salvador: «Sí, ese fue el comienzo.»

Yo: «Querido Salvador, ¿hay algo más que deba saber?»

Salvador: «Escribe, hija mía, las llagas que recibirás de mí; sucederá muy pronto».

Yo: «Señor, eso ya me lo has dicho».

Salvador: «Quiero que estés preparado».

Yo: «¿A qué te refieres con "preparado"?»

Salvador: «Que yo pueda actuar en el momento que me convenga». Yo: «Querido Dios, ¿qué entiendes por "el momento más pronto"?».

Salvador: «Eso puede suceder en cualquier momento, a cualquier hora o cualquier día». Yo: «Me dijiste "estar preparado", ¿qué más entiendes por estar preparado?»

Salvador: «Debes ser generoso».

Yo: «Señor y Dios mío, te pido la gracia de ser generosa y de estar preparada tal y como Tú quieres».

Salvador: «Hija mía, ya te concedo esa gracia. Pero son pocos los que tienen generosidad».

Yo: «Señor y Dios mío, te doy gracias por esta gran gracia».

Yo: «Mi querido Jesús, mi corazón arde como el fuego. Oh, mi amor ardiente, te amo por encima de todo. Creo que el amor vence todos los sufrimientos».

Salvador: «Sí, hija mía, así será».

Salvador: «Mi querida hija, espero de ti paciencia y amor hacia todo. No te faltarán, solo tienes que seguir regalándolos».

Yo: «Sí, Señor, lo haré».

Salvador: «Escribe, hija mía, ayer tuve la alegría de sufrir contigo». Yo: «Y yo, Señor, te amé tanto durante los sufrimientos, que para mí es incomprensible».

Salvador: «Sí, hija mía, así es. Mi querida hija, te doy las gracias. Vete en paz».

Yo: «Gracias a Dios, el Señor».

Hice una radiografía a un paciente de Croacia. Ambos recibimos la gracia cuando le hablé de Dios. El paciente lloró y se marchó feliz.

Otro paciente vino de Hamburgo, nacido en 1909.

Me dijo que Dios no existía y se puso a maldecir el pasado. Le rocié con agua bendita y le bendije sin que él se diera cuenta. Entonces siguió maldiciendo, sobre todo al Santo Padre.

Le dije que, si ahora se presentara ante el juicio de Dios, iría al infierno. Entonces le dije que rezara.

A lo que él respondió que prefería morderse la nariz antes que rezar.

Le dije que se mordiera la nariz y luego se marchara.

Poco antes ya había rezado por él; después pensé en la Biblia: «No echéis vuestras perlas delante de los cerdos».

Otro paciente más procedía de Rusia, de la región del Volga. Había trabajado durante años en Siberia. Era una persona humilde y se alegró mucho por las tarjetas de oración que le entregué.

18:30 h - Rosario y Santa Misa.

20:00 h: Grupo de oración.

25/08/92 - Martes

26/08/92 - Miércoles

10:00 h. Consultorio:

Yo: «Te lo pido, Señor y Dios mío, ¿puedes decirme otra palabra para “tiempo más rápido”? En alemán eso no existe».

Salvador: «Hija mía, pero tú lo has entendido». Yo: «Sí, pero los demás no lo entienden».

Salvador: «Hija mía, si te lo expresara de tal manera que los demás lo entendieran, tú no lo entenderías. Yo te hablo a ti y no a los demás».

Yo: «Sí, Señor mío, lo aceptaré tal y como lo has dicho».

Salvador: «Mi querida hija, no te queda mucho tiempo hasta que recibas las llagas. Hija mía, escúchame bien. Yo soy tu Señor y tu Dios. Los demás intentarán disuadirte de todo. No les hagas caso. Conmigo los reconocerás a todos. El verdadero amor está en mí. Mi querida hija, escríbelo, tendrás tantos envidiosos como nadie hasta ahora.»

Yo: «Señor, ¿y tengo que soportar todo eso?»

Salvador: «Tú no puedes hacerlo, hija mía; yo lo soportaré contigo». Yo: «Señor mío, quítame ese "yo"».

Salvador: «Hija mía, tu yo soy Yo».

Yo: «Esa sigue siendo una costumbre mía de la que tengo que deshacerme».

Yo: «Señor mío, he esperado un rato, no ha pasado nada, no has dicho nada, ¿tengo que volver ahora a mi trabajo?»

Salvador: «Hija mía, he fortalecido tu alma para que tengas valor para todo». Yo: «Eso significa que ahora tengo valor».

Salvador: «Sí, hija mía. Hija mía, amo especialmente a los valientes. Te amo, vete en paz».

Yo: «Gracias, Señor y Dios mío».

19:00 h — Misa en la capilla de San Roque.

27/08/92 — Jueves

10:00 h. Consultorio médico de la Asociación:

Salvador: «Hija mía, ¿me oyes?» Yo: «Sí, Señor, te oigo.»

Luego no oí nada durante un rato, porque entró la Dra. Hermann. Más tarde:

Yo: «Querido Salvador, ¿se acerca algo?»

Salvador: «Sí, la flagelación, acéptalo todo». Yo: «Sí, Señor, lo haré».

Yo: «¿Cómo sabré que viene de ti?»

Salvador: «No te faltará amor. Ofrécelo por los pecadores empedernidos». Yo: «Sí, Señor, lo ofreceré por los pecadores empedernidos».

Salvador: «Prepárate, hija mía». Yo:

«¿Ocurrirá de día o de noche?»

Salvador: «De noche, hija mía».

Yo: «¿Será una flagelación sin sangre o una flagelación sangrienta?»

Salvador: «Será una flagelación sangrienta.»

Salvador: «Soporta el dolor».

Yo: «Sí, lo haré, querido Dios, porque te amo tanto. Señor y Dios mío, el día después de la flagelación lo pongo en tus manos. No me preocupa lo que vendrá y sucederá».

Salvador: «Hija mía, yo me he hecho cargo de tus preocupaciones».

Yo: «Sí, Señor mío, que se haga tu voluntad. Te amo, Señor mío y Dios mío, más de lo que jamás pensé que podría amarte».

Salvador: «Hija mía, seré azotado en ti. Sentiremos juntos el dolor. Permitiré tanto como puedas soportar. Hija mía, mi yugo es dulce».

Yo: «¿Debo escribir algo más?»

Salvador: «Es suficiente. Mi querida hija, vete en paz». Yo: «Gracias, Señor y Dios mío».

18:30 h. Rosario y Santa Misa en rojo.

28/08/92 - Viernes

10:00 h:

Salvador: «Mi querida hija, escríbelo».

Yo: «Señor y Dios mío, te lo digo ya, pues no sé qué quieres de mí ni si debo hacer algo, pero te digo "Sí". Señor, que se haga tu voluntad. Todo para tu mayor gloria y para la salvación de las almas».

Salvador: «Hija mía, conozco tus intenciones. Me agradan mucho. Mi voluntad es llevarte en mí. Hasta ahora has superado las pruebas. Las demás aún están por venir».

Yo: «Señor, ¿debo temer no superarlas?»

Yo: «Oh, Señor y Dios mío, ahora tengo un único deseo, y es no separarme nunca de ti, ni siquiera en los grandes sufrimientos».

Salvador: «Mi querida hija, escríbelo. Los grandes sufrimientos son mis sufrimientos. Recibirás los sufrimientos expiatorios, las cinco llagas de una sola vez. Deja que surtan efecto».

Yo: «Sí, Señor y Dios mío, dejaré que surtan efecto».

Salvador: «Estaré en ti, contigo y contigo. El espíritu impuro no estará cerca de ti».

Yo: «¿Está este acontecimiento muy cerca?»

Salvador: «Tan cerca que puede suceder en cualquier momento».

Yo: «Señor, has dicho que sucederá en la iglesia de Rot».

Salvador: «Al acortar el tiempo, puedo decidir lo que yo quiera».

Yo: «Sí, Señor, lo entiendo. Señor, tú siempre tienes razón».

Salvador: «Escribe, hija mía, en mí no hay nada injusto».

Salvador: «Escribe, hija mía, todo lo que tengas que soportar conmigo será tu gran recompensa en el cielo».

Yo: «Querido Dios, quisiera preguntarte una vez más si debo llevar las llagas a la vista y si lo entendí bien la última vez. (Me refería a sin guantes ni cubierta.)»

Salvador: «Sí, hija mía, cuando las recibas, llévalas a la vista. Es mi voluntad que las lleves así.»

Yo: «Sí, Señor, lo he entendido, lo haré».

Yo: «¿Y si sangran los viernes?»

Salvador: «Entonces harás lo que yo te inspire. No te preocupes por lo que digan los demás, haz siempre lo que yo te diga».

Yo: «Querido Dios, ¿tengo que anotar algo más, o puedo ir atrás a hacerme la radiografía?»

Salvador: «Ve, cumple con tu deber, mi querida hija, yo estoy contigo. Yo soy tu paz».

Yo: «Mi querido Jesús, entonces vamos a trabajar».

Yo: «Te doy las gracias de todo corazón por todo».

18:30 h. Rosario y Santa Misa en rojo.

Después de la Primera Comuni3n, le pregunté al Salvador, refiriéndome al padre Gebhard Heyder, si debía ir a verlo.

Salvador: «Ve a verlo, hija mía, ve».

Yo: «¿Me recibirá?»

Salvador: «Te recibirá».

29/08/92 — Sábado

7:15 h en Rot, en casa:

En realidad quería ir a ver al padre Gebhard a Ratisbona, pero sentí que primero tenía que escribir. Afuera había una tormenta. Tronaba y había una fuerte tormenta, y eso a primera hora de la mañana.

Salvador: «Sí, hija mía, escríbelo. Hay muchas dificultades que se te avecinan. Una de esas dificultades es que aún no tienes un sacerdote que te apoye. El padre Gebhard es el único. Me alegra que vayas a verlo. Escúchalo bien. Yo te hablaré a través de él. El padre Gebhard es el sacerdote adecuado para ti».

Yo: «Querido Dios, ¿puedo leer en voz alta lo que has dicho?»

Salvador: «Sí, puedes.»

Yo: «¿Qué otras dificultades hay?»

Salvador: «Los hombres son incrédulos. Tienen una fe aparente. Tienes muchos enemigos a tu alrededor».

Salvador: «No te abandonaré. Conmigo los vencerás a todos. Hija mía, escribe palabra por palabra».

Yo: «Sí, Señor, lo haré».

Voz: «Las llagas que recibirás pueden aparecer en cualquier momento, pero yo determino la hora».

Yo: «¿Quién eres tú ahora, “yo”?»

Voz: «Escribe, hija mía, ahora te habla Dios Padre».

Yo: «Señor mío y Dios mío, no puedo comprenderlo, pero creo en lo que dices». Dios Padre: «Tú has sido elegida por mí, por mi Hijo y por el Espíritu Santo. Y tú perteneces al Dios Trino. Tu Madre Celestial estará a tu lado y permanecerá contigo mientras sufras expiación con mi Hijo.

Yo, mi Hijo y el Espíritu Santo estamos contigo. Hija mía, todas las dificultades que se te avecinen, las superarás, una tras otra,

con nosotros. Tu Vía Crucis es también mi Vía Crucis. Tendrás que recorrerla hasta el final».

Yo: «Gracias, Señor y Dios mío, recorreré el Vía Crucis contigo hasta el final». Yo: «Te pido paciencia, perseverancia y resistencia, y mucho amor».

Dios Padre: «Hija mía, de eso no te faltará».

Yo: «Querido Dios, pensaba que Jesús había elegido la hora de las llagas». Dios Padre: «Lo que yo soy, eso es también Jesús y el Espíritu Santo. Somos uno. Somos inseparables».

Yo: Pensaba para mí misma que recibiría poco amor durante los sufrimientos.

Dios Padre: «Yo soy amor, el sufrimiento es la expiación. Sufrirás por los pecadores, hija mía».

Yo: «Lo he entendido, mi Señor y Dios. Oh, mi gran amor, no permitas que me separe nunca de ti».

Dios Padre: «Hija mía, no te faltará nada con el Dios Trino. Ahora te bendigo, hija mía:

Que te bendigan Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Ve en paz, mi hija elegida».

Yo: «Gracias a Dios, el Señor. Alabado y glorificado sea el Dios Trino, todopoderoso y misericordioso».

-Regensburg-

Después de escribir esto, nos dirigimos a Ratisbona. De camino allí, mi marido fue atormentado por el espíritu impuro. Tuve que rezar mucho. Afuera rugía una tormenta. Cuando llegamos a Ratisbona, mi marido ya se encontraba bien y la tormenta había amainado.

Me reuní con el padre Gebhard y estuvimos hablando durante media hora.

Después fui a la iglesia, que forma parte del convento. Se expuso el Santísimo Sacramento y se le rindió culto. El sacerdote rezó el rosario. Después hubo silencio.

A las 17:15 de la tarde, en el convento de las Carmelitas, escuché al Salvador y luego tomé nota ante el Santísimo.

Salvador: «Hablaré con tu marido a través del padre Gebhard para que recibas mis estigmas. Ten por seguro que todo irá bien, no tienes por qué tener miedo».

Yo: «Señor, ¿qué pasa con mi hijo?»

Salvador: «Tu marido se lo dirá a tu hijo cuando aparezcan las llagas». Salvador: «Te doy las gracias por haber venido aquí».

Yo: «¿Querías que viniera aquí?» Salvador: «Sí, quería que vinieras aquí.» Yo: «Entonces he cumplido tu voluntad.»

Salvador: «Así es, hija mía. Eres una joya». No quería escribir eso.

Salvador: «Escríbelo».

Yo: «Señor, ¿por qué me llamas joya?»

Salvador: «Una joya es preciosa, hay que cuidarla».

Yo: «Señor, estoy bajo tu protección y la de la Virgen María». Salvador: «Escribe eso. Sí, eso es lo que eres, hija mía. Vete en paz».

Yo: «Gracias, Señor y Dios mío».

Como me quedé olvidada en la iglesia del monasterio, mi marido tuvo que esperarme más de una hora. Me di prisa en ir a buscarlo.

Habíamos aparcado la autocaravana en el aparcamiento del Danubio. Tenía una cita con el padre Gebhard sobre las 18:30.

El padre Gebhard llegó y le contamos todo. Luego, el padre Gebhard se retiró a su habitación en el monasterio durante unas dos horas.

Cuando regresó, el padre Gebhard nos trajo una gran estatua de la Virgen María destinada a nuestra capilla. El padre Gebhard le había contado a mi marido lo que debía saber sobre mí y sobre lo que me esperaba. Mi marido también se confesó con el padre Gebhard.

Cuando mi marido se marchó, el padre Gebhard y yo hablamos sobre religión y seguí leyéndole fragmentos del diario. Hacia las 21:00, mi marido y yo acompañamos al padre Gebhard de vuelta al monasterio.

En el padre Gebhard encontré a Jesús, y para mí es una gracia haber podido volver a estar con él. Es un sacerdote humilde, lleno de amor y paz. Dice la verdad con claridad y precisión en todo, es un buen estudioso de la Biblia que sabe explicarla bien. Ahora que tanto necesito a un buen sacerdote, él está ahí para ayudarme.

Lamentablemente, los sacerdotes modernos no pueden ayudar, por lo que tengo que acudir a El padre Gebhard Maria Heyder. Gracias a Dios por haberme dado a este sacerdote.

30/08/92 - Domingo

En la autocaravana «Salve Regina» en Ratisbona, en el aparcamiento del Danubio:

7:45 de la mañana, reunión de oración:

Salvador: «Escribe, hija mía, escribe». De repente sentí calor y amor.

Salvador: «Yo soy el amor. Hija mía, no te he abandonado, estoy contigo». Yo: «¿Seguirás conmigo?»

Salvador: «Tú me perteneces».

Yo: «Oh, Señor mío, es tan hermoso estar contigo».

Salvador: «Mi querida hija, escribe esto. Lo que ayer le dijiste al padre Gebhard era cierto. Las llagas que recibirás de mí aparecerán en muy poco tiempo. Está tan cerca como si ya hubiera sucedido. Estoy contigo, no te preocupes por nada». Yo: «Querido Dios, ¿puede suceder que reciba la flagelación más tarde?». Salvador: «Puedo hacerlo como yo quiera».

Salvador: «Escribe, hija mía, quiero que lleves las llagas en las manos al descubierto y no vendadas. Te lo pido».

Yo: «Pero, ¿por qué es tan importante?»

Salvador: «Haceré que de las llagas irradie la luz». Yo: «Señor, ¿es luz visible?»

Salvador: «Los que están en la oscuridad la verán. Oh, hija mía, hay tantos en la oscuridad. Necesitan esta luz para volver a ver».

Yo: «¿Y qué hay del frío?»

Salvador: «Yo soy el fuego ardiente del amor. Conmigo no pasarás frío».

Salvador: «Hija mía, quiero que anotes algo más. No dejes que ningún reportero te fotografíe al principio. Así evitarás mucha curiosidad. La curiosidad proviene del espíritu impuro. Yo llevaré a la gente hasta ti, sin reporteros. No te dejes influir por los curiosos. No olvides que yo soy el Señor a quien pertenecen las llagas. Tú eres mi instrumento. Hija mía, conmigo no tienes nada que temer. Te amo y te advertiré de los peligros. Escucha bien mi voz. Mis ovejas conocen mi voz».

Yo: «Mi querido Jesús, lo he entendido. Te doy gracias por todas las conversiones y las muchas gracias que ya me has concedido hasta ahora».

Salvador: «Hija mía, ten cuidado, vete en paz». Yo: «Gracias a Dios, el Señor».

A las 9:30 recé ante la exposición del Santísimo Sacramento del Altar.

A las 9:45 hubo misa en el convento de las Carmelitas, en la que participamos. Después de comer, el padre Gebhard volvió a visitarnos en la autocaravana.

Nos regaló un crucifijo. Se me llenaron los ojos de lágrimas. En casa teníamos colgado un crucifijo más o menos del mismo tamaño y tuve que devolverlo, porque no era nuestro. Me había encariñado con esa cruz y la entregué con gran pesar.

Y ahora, en menos de 24 horas, recibimos otra cruz en la que están marcadas en rojo las cinco llagas sagradas.

Antes de partir hacia Ratisbona, le pedí al Salvador que, si así lo quería, me diera una pequeña señal de que iba por el buen camino. Ahora lo sé: me han regalado un crucifijo.

Tuve la oportunidad de confesarme de nuevo con el padre Gebhard. Él escuchó lo que le leí de mi diario y me dio enseñanzas, fuerza y valor, y me consoló por los sufrimientos que me esperaban. Su consuelo fue para mí un estímulo.

El padre Gebhard es un gran conocedor de la mística y le estoy agradecida por haberme instruido. Era como si el Salvador hablara a través de él y las palabras se grabaran profundamente en mi corazón.

El padre Gebhard nos bendijo muchas velas y agua bendita.

En el viaje de vuelta a casa, mi marido condujo solo, sin problemas. Estaba feliz y contento.

31/08/92 - Lunes

10:00 h - Consultorio:

Salvador: «Mi querida hija, escribe».

Yo: «Sí, mi Dios Trino, mi querido Jesús».

Salvador: «Las llagas que recibirás son de esperar en estos días. Hija mía, estate preparada. Ocurrirá en la iglesia. Es mi voluntad. No te preocupes por lo que vendrá después.

Yo he tomado sobre mí todas las preocupaciones. Tú eres mi instrumento. Guarda bien todo lo que has escrito».

Yo: «Querido Dios, ¿qué es lo más importante que debo saber sobre las llagas?» Salvador: «Que me ames. A través del amor lo soportarás todo. No te faltará amor. Estoy contigo, contigo y en ti. Estás completamente en mí.»

Salvador: «En estos días sentirás un gran fuego en tu corazón. Es el fuego de mi amor. Muchos de mis elegidos no han podido soportar este fuego». Yo: «Querido Dios, ¿pero podré soportar este fuego?»

Salvador: «Hija mía, toma nota. Después de la primera vez, tendrás que quedarte en cama (sufrimiento —quizás las llagas, pensé yo—) durante un tiempo determinado».

Yo: «¿Y el grupo de oración?»

Salvador: «Se rezará».

Yo: «¿Estarás conmigo aunque me quede en la cama?»

Salvador: «Siempre estoy contigo».

Yo: «Señor mío, que sea como Tú quieras. Te amo tanto».

Salvador: «Mi querida hija, yo también te amo mucho, vete en paz». Yo: «¿Está bien tal y como lo he escrito?»

Salvador: «Sí, te doy las gracias».

18:30 h. Rosario y Santa Misa.

20:00 h. Grupo de oración

1 de septiembre de 1992 — Martes

En la sala de médicos:

Salvador: «Hija mía, ayer lo hiciste todo bien, no te dejes influir por los demás».

Yo: «Te doy las gracias, Señor y Dios mío».

Salvador: «Tendrás estas tentaciones, como ayer, con frecuencia. Mantente fuerte. Entrégame siempre a esas personas».

Yo: «Sí, Señor, lo haré».

Yo: «Señor, quiero escribir lo que tú quieres y no lo que yo quiero».

Salvador: «Hija mía, me gusta lo que has dicho».

Salvador: «Hija mía, quiero que en el futuro me consultes todo. Háblalo primero conmigo.

Desahógate conmigo. Lo que no te guste, cuéntamelo primero a mí. Si necesitas algo, pregúntame primero a mí. Puedo darte y reponerte todo. No te faltará nada. Con estos sufrimientos expiatorios se salvarán muchas almas.

Sé siempre alegre, hija mía».

Yo: «Señor mío, concédeme, por favor, la gracia de estar siempre alegre».

Salvador: «Hija mía, tendrás esa gracia. Hija mía, estoy contigo. Ve en paz».

Yo: «Te doy las gracias, mi gran amor».

18:30 h. Rosario y Santa Misa en rojo.

Hacia las 20:30, el padre Gebhard Heyder me llamó por teléfono y le conté el secreto que el Salvador me había revelado esa misma mañana y que estaba destinado solo a mí. (El Salvador me había confirmado ese secreto a las 12:15 y, de nuevo, tras la Santa Comunión en la iglesia).

El padre Gebhard me consoló cuando le confié el secreto.

02/09/92 — Miércoles

10:00 h en la sala de médicos:

¡Unión en la oración!

Salvador: «Quiero que lo anotes». Yo: «Sí, Señor, ¿qué?».

Salvador: «He querido que el padre Gebhard te llamara para demostrarte que oye mi voz. Volverá a llamarte. Escúchale bien.

Hija mía, escribe: los sufrimientos expiatorios comenzarán ya hoy. Los reconocerás, pues Yo estoy contigo».

Yo: «¿Cómo serán los sufrimientos? ¿Sangrientos o de otro tipo?» Salvador: «Déjalos que vengan a ti».

Yo: «¿Puedo ir a trabajar mañana y pasado mañana?» Salvador: «Sí, puedes.»

Yo: «Sí, Señor y Dios mío, lo he entendido». Yo:

«¿Puedo ir a nadar hoy?». Salvador: «Ve a nadar».

Salvador: «Hija mía, tengo que decirte algo más». Yo: «Sí, Señor y Dios mío».

Salvador: «Deja que surta efecto lo que te regalo». Yo:

«Señor, ¿qué me regalas, por favor?»

Salvador: «Mis cinco llagas sagradas».

Yo: «Señor, dejaré que surtan efecto en mí. Por favor, dame fuerza y valor, amor y todo lo que necesito para que puedas actuar en mí, pues soy débil y por mí misma no puedo hacer nada».

Salvador: «Hija mía, lo recibirás todo».

Yo: «Señor, no tengo miedo, no tengo dudas y creo. Tengo una gran confianza en ti. Te seré fiel, porque sé que estás conmigo, a mi lado y dentro de mí. Te doy las gracias con todo mi amor por ti».

Salvador: «Hija mía, quédate así. Cumples mi voluntad».

Salvador: «Te bendigo, hija mía. Ahora puedes quedarte sentada».

(Quizás pude quedarme sentada porque justo en ese momento entró un médico que seguramente se habría preguntado qué hacía yo en el suelo.)

Salvador: «Que te bendiga Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Vete en paz, mi querida hija».

Yo: «Gracias a Dios, el Señor; alabado sea el Dios Trino». HI. Misa en la capilla de San Roque en Mingolsheim.

03/09/92 - Jueves

Servicio de radiología —Archivo entre las 10:30 y las 11:05:

Salvador: «Escribe, hija mía,

Yo: «Sí, mi Señor y Dios, mi guía espiritual.

Salvador: «Tienes que hacer algo por mí, hija mía. Soporta con paciencia todo lo que recibas de mí. El comienzo es muy duro. Ninguno de mis elegidos lo ha tenido fácil. Todos han recorrido el mismo camino que tú ahora. Recibirás mis cinco llagas, ya sabes cuándo.

Yo: «El día sí, pero no la hora. Por la mañana o por la tarde».

Salvador: «Después de la Sagrada Comunión. Recibirás las cinco llagas de una sola vez. Yo: «Entonces moriré de dolor».

Salvador: «No morirás. Yo estoy contigo. Permitiré tanto dolor como puedas soportar».

Yo: «¿Tengo que ir al médico?»

Salvador: «No, después puedes irte a la cama». Yo:

«¿Puedo seguir caminando?»

Salvador: «Sí, todavía puedes correr».

Yo: «¿He hecho algo mal hasta ahora?» El Salvador:

«No, sigue como hasta ahora».

Yo: «¿Puedo decírselo a algunos para que vengan a la iglesia?»

Salvador: «Sí, pero no digas lo que va a pasar. Díselo solo a algunos. Hoy volverás a sufrir el tormento expiatorio. Hoy estarán ensangrentados».

Yo: «¿Te refieres a la flagelación?»

Salvador: «Sí, hija mía.»

Yo: «Por favor, dame la gracia para que pueda soportarlo todo».

Salvador: «Hija mía, no te faltará. Estoy contigo, hija mía. Te quiero mucho, quédate cerca de mí».

Yo: «Sí, mi querido Jesús, yo también te quiero mucho. Te seré fiel».

Salvador: «Hija mía, sigue escribiendo. Te he preparado una hermosa morada en el cielo».

Yo: «¿Y eso es lo que debo escribir?»

Salvador: «Sí, escribe eso.»

Salvador: «Por eso te pido que recorras este Vía Crucis hasta el final. Conmigo lo lograrás».

Yo: «Querido Jesús, haré todo lo que tú quieras, pero solo si siempre estoy contigo».

Le pregunté al Salvador si lo había entendido bien, lo de grabar las llagas y tener que quedarme en la cama.

Salvador: «Tienes que quedarte en cama durante un tiempo. Hay que rezar mucho».

Salvador: «Recibirás la Sagrada Comunión en casa. Yo me encargaré de ello». Yo: «Por favor, concédeme mucho amor antes de que se me marquen los estigmas».

Salvador: «Así lo haré».

Salvador: «Te bendigo, hija mía, ahora». Me arrodillé en el suelo.

Salvador: «Que te bendiga Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Ve en paz». Yo: «Gracias a Dios, el Señor».

Yo: «Alabado sea Jesucristo y María. Gracias por todo, mi Señor y Dios, mi querido Jesús».

04/09/92 — Viernes

Yo: «Señor y Dios mío, mi amado Jesús, guía de mi alma. Quiero escribir ahora lo que me oprime el corazón. Ayer me pediste un sacrificio: que por la noche me flagelaran hasta hacerme sangrar.

Estaba dispuesta a flagelarme, pero no lo permitiste, y hoy se me van a imprimir las llagas sagradas.

¿Cómo debo entender esto? Te lo ruego, ayúdame. Por eso no te amo menos y quiero seguir siendo fiel a ti».

Pensé en Abraham y en Job, y me quedó claro algo.

Yo: «No me has ahorrado los dolores expiatorios. No conozco dolores de cabeza tan fuertes que duren tanto tiempo. Los he ofrecido en sacrificio y no me he negado a volver a sufrirlos. Un sacerdote moderno quizá habría dicho que esta tentación era del diablo, pero yo no lo creo, porque tu amor y tu paz no han faltado. No tenía miedo de lo que vendría. ¿Qué me dirás tú, mi Señor y Dios, al respecto?»

Salvador: «Hija mía, escribe. ¿Me oyes?» Yo: «Sí, Señor y Dios mío».

Salvador: «Todo lo que has escrito es cierto. Todo lo que esperabas aún está por llegar. Yo determino el momento. Hija mía, escribe esto. Todos los que estén esta noche en la iglesia se sorprenderán por lo que sucederá. Casi todos están ciegos. Una luz brillará para ellos. Sigue cumpliendo con tu deber, como hasta ahora.

Cosecharán frutos de mi obra. Yo soy el árbol vivo, tú eres mi fruto. Hija mía, te amo, vete en paz».

18:30 Rosario y Santa Misa en Rot.

05/09/92 - Sábado

8:00 h — Asociación de Oración

Salvador: «Hija mía, te amo. He cambiado mi plan. Todo seguirá como yo quiero.

Yo: «Pensé que había hecho algo mal, porque estaba dispuesta a que sucediera todo lo que tú habías dicho».

Salvador: «Hija mía, lo has hecho todo bien. Yo determino el momento». Yo: «Dijiste que sucedería después de la Sagrada Comunión».

Salvador: «Puedo cambiarlo».

Yo: «Querido Dios, ya no puedo preguntarte nada más. Di lo que quieras. No lo entiendo todo, por eso te lo dejo todo a ti».

Salvador: «Hija mía, llegará el momento en que no tendréis otra salida y tendréis que hacer lo que yo quiera».

Yo: «Querido Jesús, ¿puedes explicármelo con más claridad? No lo entiendo». El

Salvador: «Se avecinan tiempos peores».

Yo: «Dime, por favor, querido Dios, ¿qué es lo peor que va a pasar?»

Salvador: «La gran guerra en Europa».

Yo: «Entonces, ¿no necesito construir una capilla?»

Salvador: «Sí, constrúyela. Se salvará. La guerra se acerca y se extiende con fuerza».

Pensé en si aún recibiría las llagas. Salvador: «Tú preguntas. Sí. Las recibirás. Yo determinaré el día». Yo: «Señor y Dios mío, que se haga también tu voluntad».

Salvador: «Orad mucho, hijos míos, orad. El poder de Satanás es incalculable. Yo lo he permitido así. Que él se lleve todo lo que se ha apartado de mí. Los hombres lo quieren así. Han elegido su camino ancho. Permanece fiel a mí, hija mía, como hasta ahora. He dado a mis hijos fieles la protección de vuestra Madre celestial María. Están bajo su manto protector, allí el enemigo no tiene cabida. Rezad a vuestra Madre, mucho. No rechazaré su intercesión. Ella no abandona a sus hijos».

Yo: «Pero esta guerra se puede detener». El

Salvador: «Solo con el ayuno y la oración».

Yo: «¿Tengo que hacer algo?»

Salvador: «No te preocupes por adelantado. Todo llegará a su debido tiempo».

Yo: «Te doy las gracias, Señor, por tu amor, por tu consejo y por el mensaje de lo que nos espera».

Salvador: «Te bendigo, hija mía». Me arrodillé.

Salvador: «Que te bendiga, hija mía, Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Ve en paz».

Yo: «Te doy las gracias, Señor y Dios mío. Alabado sea Jesucristo ahora y por los siglos de los siglos. Amén».

De 16:30 a 19:45 estuve rezando en la iglesia y me confesé. Después me quedé a la Santa Misa.

06/09/92 - Domingo

7:30 - 9:20 h:

Recé y volví a tener algunas dudas; en mi mente tenía muchas preguntas. Después recé con fervor.

Salvador: «Escribe, hija mía, las llagas que vas a recibir se producirán en los próximos días. Yo determinaré la hora».

Yo: «Señor, ¿quién eres ahora?»

«¡Yo!», hija mía, ahora te hablan Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. No dudes, hija mía, me ofendes. Me perteneces por completo. No tienes nada que temer. Permanece fiel y firme a mí.

Yo: «Oh, Señor y Dios mío, perdóname, por favor, nunca podré comprenderte, pero me arrojo a tus brazos y te abrazo como una niña pequeña. Mi Padre amoroso, que siga sucediendo todo tal y como tú quieres».

Salvador: «Hija mía, de mí recibirás las cinco llagas».

Yo: «Pensaba en un ángel, como en el caso de Santa Teresa de Ávila. Quizá porque me lo contó un sacerdote».

Salvador: «Puedo hacerlo como yo quiera».

Yo: «Señor y Dios mío, ahora lo tengo mucho más claro. No hay que fiarse de lo que dicen algunos libros. Tú lo haces como tú quieres». Salvador: «Sí, así es, hija mía».

Yo: «¿Tengo que escribir algo más?»

Salvador: «Sí, hija mía. Tu corazón será traspasado por una luz que vendrá de mí. Esa luz penetrará en tu corazón. Se encenderá un fuego en tu corazón. Ese fuego es mi amor.

Entonces ya no podrás hacer lo que quieras. Yo lo soy todo en ti. Harás todo lo que yo quiera».

Yo: «Eso suena como lo de San Pablo».

Salvador: «Hija mía, repito lo que ya ha sucedido. Soy el mismo Dios que entonces. Hija mía, tú eres y serás solo mi instrumento, del que me serviré».

Yo: «Señor, ¿debo ir ahora a la iglesia?»

Salvador: «Sí, hazlo, hija mía».

Yo: «Ya son las 9:15».

Salvador: «Te bendigo, mi querida hija». Me arrodillé.

Salvador: «Que te bendiga Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Ve en paz, mi querida hija».

Yo: «Alabado sea Jesucristo. Gracias a Dios, el Señor. Amén».

10:30 h. Misa en rojo.

13:00 h. Rosario y devoción.

07/09/92 - Lunes

Tengo tres semanas de vacaciones.

8:30 h:

Salvador: «Escribe, hija mía».

Yo: «Sí, mi Padre amoroso, mi Esposo». Salvador:

«Tu sufrimiento expiatorio llegará pronto». Yo:

«¿Qué significa eso, PRONTO, Señor?».

Salvador: «Yo decidiré cuándo será ese «PRONTO», cuando llegue el momento adecuado. Hija mía, será como yo quiera».

Yo: «Señor, ¿se puede saber qué será tal y como tú quieres?».

Salvador: «Tu futuro».

Yo: «Mi Señor y Dios, que sea como tú quieras y como te plazca».

Yo: «Querido Jesús, ahora mismo me resulta difícil, porque es incomprensible y me siento como la más tonta del mundo. Siento que no encajo en este mundo. Me parece que todos son más listos que yo, como si estuviera en primer curso. Es para llorar. Me siento abandonado por todos. Incluso por ti me siento abandonado. Los médicos dirían ahora: «Esta tiene que ir al psiquiatra», pero estoy sobrio y espero a ver qué quieres de mí.

Salvador: «Escribe, hija mía, tu misión es seguirme y hacer lo que yo quiero, aunque todo parezca lo contrario. Hija mía, me agrada todo lo que haces. Pon en mis manos las preocupaciones que tienes ahora».

Yo: «Todo esto es difícil de comprender. Pongo en tus manos todo lo incomprensible». Salvador: «Mi querida hija, escríbelo. También esta prueba por la que estás pasando ahora tiene que ser. Todo es mi voluntad. Las cinco llagas que recibirás te darán luz a ti y a los demás, para que me comprendas mejor. Sin mi luz, aún estáis en la oscuridad. Cuando la luz penetre en la oscuridad, veréis. Yo soy la luz y la verdad.

Mi querida hija, te doy las gracias por haber escrito hoy. Te bendigo, hija mía.

Me arrodillé...

18:30 h. Rosario y Santa Misa en rojo.

20:00 h. Grupo de oración.

08/09/92 - Martes

Por la mañana: Después de la oración - Unión

Salvador: «Las cinco llagas sagradas se grabarán en muy poco tiempo, por lo que todos deben estar preparados en todo momento. Hija mía, he cambiado el tiempo; tenía que ser así.

Todo sucede como yo quiero. No te faltará el amor».

Yo: «Querido Salvador, cuando la gente me pregunte si oigo tu voz, ¿puedo decírselo?»

Salvador: «Puedes decirlo, no tienes por qué negarlo. Hija mía, no te hablo solo por ti, sino también por los demás».

Yo: «Señor, cuando tenga las llagas y no tenga un sacerdote, ¿vendrás a mí también espiritualmente?»

Salvador: «Siempre estoy contigo, hija mía. Entonces yo lo seré todo en ti, y tú ya no serás nada».

Yo: «Querido Dios, pero yo sigo viva».

Salvador: «Tu vida es mi vida».

Yo: «Señor mío, lo aceptaré, pero no puedo comprenderlo. Señor, hágase tu voluntad. Al fin y al cabo, solo soy tu instrumento».

Después, el Señor me bendijo.

9:00 h: Estuve en Waghäusel con Fridolin para la Santa Misa.

18:30 h: Rosario y Santa Misa en Rot; no comulgué en Rot, ya que esta mañana ya había recibido al Salvador en Waghäusel.

20:30 h: El padre Gebhard ha llamado, tal y como había dicho el Salvador.

Hablamos por teléfono unos 25 minutos. Doy gracias a Dios por esta llamada.

09/09/92 - Miércoles

En casa — Oración — Unión

Salvador: «Escribe, hija mía». Yo:

«Sí, mi amoroso Jesús».

Salvador: «Todo lo que has escrito es mérito mío. Hablas tal y como yo quiero. Tu tarea es seguir escribiendo; aunque cometes tantos errores, a mí me gusta.

Tus errores son inofensivos en comparación con los de los teólogos, pues los errores de los teólogos llevan a las personas al abismo. Hija mía, sigue escribiendo.

«Conozco tus dificultades. Conozco el amor que me tienes. Ambas cosas me agradan en ti. Los sufrimientos expiatorios que recibes son mi amor por ti. Por cada sufrimiento que recibes de mí, recibes también tanto amor. En el sufrimiento está la salvación de las almas. Tendré que sufrir mucho en ti, porque quiero salvar a muchas almas».

Yo: «Mi Señor y Dios, lo entiendo mejor. Señor, haz lo que quieras».

Salvador: «Escribe un poco más. Las cinco llagas que recibirás de mí, sucederán en breve. Deja que surtan efecto cuando lleguen los sufrimientos».

Yo: «¿Sabré de antemano cuándo llegarán los sufrimientos?»

Salvador: «Ya te estoy preparando para que lo sepas. Mi querida hija, me gustas tal y como eres. Mantente humilde para que pueda colmarte de muchas gracias. Sigue amándome como hasta ahora. Tu amor es mi amor. Me gusta que quieras amarme cada vez más. Yo estoy siempre dispuesto a darte más amor».

Yo: «¿Qué debo hacer ahora?»

Salvador: «Cumple con tu deber, haz lo que tienes que hacer ahora. Te bendigo, mi querida hija».

Me arrodillé y le pedí al Salvador que bendijera también a las dos mujeres que iban a llegar en ese momento, Marianne y la señora Müller.

Salvador: «Sí, también las bendigo».

El Salvador impartió la bendición.

Misa en la capilla de San Roque en Mingolsheim.

10 de septiembre de 1992 - Jueves

10:30 h en casa:

Oración de unión.

Salvador: «Escribe, hija mía. Quiero que escribas. Habrá mucha ira hasta que todo esto suceda».

Yo: «¿Qué va a suceder, Señor y Dios mío?»

Salvador: «Lo que quiero realizar contigo».

Yo: «Señor, ¿qué quieres? ¿Qué debo realizar contigo?»

Salvador: «Todo el Vía Crucis hasta el final».

Yo: «¿Tengo que aceptar este sufrimiento?»

Salvador: «Esta aflicción no es para ti, sino para mí, pero mi ira recaerá sobre ellos. La sangre que derramarás es para los que tienen buena voluntad, pero no para los blasfemos». Yo: «Pero Señor, tú derramaste tu sangre por todos».

Salvador: «En aquel entonces, hija mía, pero hoy ya no; ellos ya han elegido a su padre. No tienes que hablar con los blasfemos».

Yo: «¿Cómo voy a reconocer que son blasfemos?»

Salvador: «Yo los reconoceré, no tú. Hija mía, escribe algo más. Las llagas que recibirás se producirán en estos días».

Yo: «Señor, que se haga como y cuando Tú quieras; no tengo miedo ni dudas, te pertenezco por completo».

Salvador: «Escribe, hija mía. No debes hacer caso cuando otros te reprenden. Tú no ves sus debilidades. Escúchame bien: yo soy tu guía espiritual; aunque hagas algo mal y los demás se den cuenta, para mí sigue siendo correcto. Así es como yo lo quiero. La mayoría pasa por alto sus propios errores. Si te dejas instruir por cualquiera, te alejarás de mí. Satanás es astuto, ten cuidado: si haces algo malo y a los demás no les gusta, eso viene de mí. No necesitas tener a los curiosos a tu alrededor. Envía primero a todos los curiosos a rezar para que se arrepientan de sus pecados; así te ahorrarás muchos problemas».

Yo: «Querido Dios, para eso necesito humildad. Por favor, concédeme la gracia de ser humilde».

Salvador: «Hija mía, serás humilde y manso, tal como yo lo soy. Porque entonces estarás completamente en mí».

Yo: «Pero entonces es grave que los sacerdotes aún no crean».

Salvador: «Cada sacerdote es un segundo Cristo, hay que rezar por cada sacerdote. Yo los amo a todos, hija mía».

Yo: «Pero Señor, yo también los amo a todos, pero no todos me aman a mí». Salvador: «Así es, hija mía, tampoco todos me aman a mí».

Yo: El Salvador me bendijo...

El rosario y la misa en rojo

11 de septiembre de 1992 - Viernes

De las 7:40 a las 8:30

Mi marido me lo había puesto difícil.

Han llegado muchas Biblias del padre Gebhard Heyder.

Salvador: «Quiero que escribas. Te amo mucho. En los próximos tiempos sufrirás ataques de Satanás con mayor frecuencia. En lo que respecta a tu familia, te doy la razón. Él busca el camino más cercano, así como vosotros buscáis el camino más cercano hacia mí a través de María, así el espíritu impuro busca el camino más cercano hacia vosotros. Hija mía, ayer hiciste lo correcto. Hija mía, los espíritus impuros están especialmente enfadados contigo, pero conmigo los vencerás a todos. Hija mía, reza por tu marido, él necesita tu ayuda».

El Salvador me dijo: «Sigue escribiendo, hija mía. Un fuego ardiente vendrá sobre ti».

Yo: «Eso no lo voy a escribir. Seguro que eso no viene de Ti, querido Dios».

El Salvador: «¡Sí! Un fuego ardiente de amor».

Yo: «Señor, ahora tengo miedo de quemarme». Salvador: «Arderás en mi amor. Con ese fuego quedarás completamente puro».

Yo: «Sí, Señor y Dios mío, por favor, purifícame para que esté siempre contigo y nunca me separe de ti».

Salvador: «Mi querida hija, te bendigo». Yo: «El Salvador me bendijo...».

Rosario y Santa Misa en rojo

12/09/1992, sábado

De las 7:30 a las 9:00

Salvador: «Hija mía, escribe. Quiero que hagas lo que yo quiero. Adonde yo te lleve, allí debes ir».

Yo: «Señor, ¿cómo puedo saber que tú me guías?»

Salvador: «¡Puedes preguntarme! El camino hacia mí se vuelve más empinado». Yo: «Señor, ¿qué significa eso de más empinado?»

Salvador: «Se vuelve más agotador y requiere mucha fuerza. Esa fuerza solo la puedes obtener de mí. Pide por ti y por tus semejantes, para que recorran el camino contigo. De lo contrario, podrías perderlos en el camino empinado».

Yo: «Sí, Señor, en el futuro pediré más fuerza para mí y para mis semejantes». Salvador: «Tu corazón ya es mi corazón. Debo enderezarlo como me plazca. De este corazón brotará mucha gracia y este corazón herido se convertirá en fuente de amor».

Yo: «Mi Señor y Dios, mi querido Jesús, ¿cómo puedo saber que ya es tu corazón?»

Salvador: «Este ardor que sientes en tu corazón es el fuego de mi amor; se intensifica cuando yo lo deseo».

Yo: «Señor y Dios mío, siento este fuego, pero no sabía lo que significaba para mí. Me di cuenta de que con este fuego puedo amarte más. Mi alma anhela profundamente estar contigo. He sentido que mi corazón es ahora como un horno ardiente y que este fuego nunca se apaga. Ahora comprendo mejor, cuando leo en la «Letanía del Sagrado Corazón de Jesús»:

Tú, hoguera ardiente del amor.

Hasta ahora esto no me estaba claro, pero ahora lo comprendo. Te doy gracias, Señor y Dios mío, por esta gran gracia e iluminación.

Añadiré aún, Señor y Dios mío, que tu corazón es un hogar ardiente y vivo de amor. Oh, que este fuego nunca se apague, pues así sabré que siempre estás conmigo. Jesús, te amo con todo mi corazón y con todas mis fuerzas, te amo por encima de todo.

Salvador: «Mi querida hija, me alegra que hayas comprendido esto; sigue siendo como eres, aférrate firmemente a mi mano». Yo: El Salvador me bendijo...

De 16:30 a 19:45 h: Oración y Santa Misa en la iglesia de Rot.

13 de septiembre de 1992 - Domingo

De 9:30 a 11:15 h, en casa

Esta noche, de las 2:30 a las 3:30, hubo alboroto frente a mi casa. Unos borrachos aparcaron frente a mi casa. Tuvo que venir la policía.

¡Unión de Oración!

Salvador: «Escribe, hija mía, estoy contigo, en ti y contigo, me perteneces por completo. No te dejes influir por los demás. Lo has visto, ayer y esta noche. Satanás intenta por todos los medios alejarte de mí. Él es fuerte, hija mía, pero tú, conmigo, eres aún más fuerte. Hija mía, mantente fiel a tu grupo de oración, como hasta ahora. A Satanás nada le gusta más que separar a tu grupo de oración».

Salvador: «Escribe, hija mía: los dolores ardientes que sentiste ayer eran mis dolores».

Yo: «Los sentí tan ardientes y punzantes durante todo el día, y ahora ya no los tengo». Salvador: «Te estoy preparando para lo que sucederá en estos días. Ahora sientes un ardor en tu corazón».

Yo: «Pero no es fuerte».

Salvador: «Pero será muy fuerte». Yo:

«¿Podré soportarlo?»

Salvador: «Lo soportarás».

Yo: «¿Tendré que llamar a un médico?»

Salvador: «No lo necesitas, tú sabes lo que hay que hacer». Yo: «Sí, Señor, haré lo que tú quieras».

Salvador: «Escribe, hija mía, las llagas te las darás en la iglesia». Yo: «¿En rojo?»

Salvador: «Sí, en rojo».

Yo: «¿Entonces te veré?»

Salvador: «Me verás. Con la luz que emana de mí, recibirás las llagas y esa luz permanecerá contigo mientras yo lo desee. Yo soy la luz y disipo las tinieblas. Hija mía, las llagas que recibirás son mis llagas».

Yo: «Pero eso ya me lo has dicho una vez».

Salvador: «Esto el mundo no te lo puede quitar. Ni siquiera los obispos pueden explicárselo ya, pues carecen de la luz. Por eso, sé humilde, pues ellos deben ser iluminados por esta luz. Hija mía, yo los amo a todos».

Yo: «Señor, ¿y si blasfeman contra ti?»

Salvador: «Ahora también los blasfemos pueden salvarse».

Yo: «¿Cómo, Señor y Dios mío?»

Salvador: «Dándoles el amor que les falta». Yo: «¿Cómo puedo darles amor?»

Salvador: «Yo soy el amor». Yo:

«Eso haré».

Salvador: «Tú eres mi instrumento, del que yo me sirvo».

Yo: «Oh, Señor y Dios mío, eso es muy difícil de comprender».

Salvador: «Iluminaré a aquellos que tengan buena voluntad. Reconocerán en su corazón, tal y como tú lo has reconocido, que yo soy el amor».

Yo: «Sí, Señor, ahora lo entiendo. La ciencia no puede comprenderlo con su razón. El amor de nuestro corazón trasciende a la ciencia. Querido Salvador, ¡cuán insignificante debe de ser la ciencia mundana comparada con lo celestial que nos espera!».

Salvador: «Hija mía, me gusta lo que has escrito. Ahora te bendigo». Yo: «Dije: Por favor, al mundo entero».

Salvador: «Que te bendiga Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Ve en paz, mi querida hija».

Yo: «Gracias a Dios, el Señor. Alabado sea Jesucristo y María ahora y por los siglos de los siglos. Amén».

A las 12:45 recé el rosario y la devoción en rojo.

A las 14:30 recé con Hetwig el rosario doloroso y asistí a la misa en la capilla de San Roque de Mingolsheim. Tras la misa, hablé durante unos 30 minutos con el padre Steiler, un misionero.

14 de septiembre de 1992 - Lunes

En casa:

De las 2:10 a las 3:05 de la madrugada, oré

De 9:30 a 11:15, reunión de oración

¡Lloré! Un padre de la capilla de San Roque me dejó confundida ayer por la noche. Defendía la comunión en la mano. Le pregunté al Salvador que, si así lo quería, me diera una respuesta.

Porque estoy segura de que el camino correcto es la comunión en la boca.

No podía creer a ese sacerdote. «Querido

Salvador, ¿me he equivocado?»

Salvador: «Hija mía, no te has equivocado, es una gran blasfemia que los sacerdotes sigan dando la comunión en la mano. Como aún la defienden, deben...»

a la responsabilidad. Todos los que siguen dando la comunión en la mano me dan igual. Hija mía, lo que has hecho hasta ahora está bien. Escribe, hija mía: las llagas que recibirás te dolerán mucho».

Yo: «Ya me da miedo solo de oírlo...». Salvador: «Hija mía, ¿tienes miedo ahora?».

Yo: «No».

Salvador: «Conmigo no tendrás miedo. Los dolores que sufrirás serán más fuertes si se reza poco».

Yo: «Oh, Señor mío, ¿quién me escuchará entonces y rezará?»

Salvador: «Hija mía, aquellos que quieran salvarse rezarán. Yo seré crucificado en ti por la salvación de las almas. Hija mía, a cada uno le queda poco tiempo. Rezarán. Escribe, hija mía, solo unos pocos se salvarán».

Yo: «Sufriré por todas las almas».

Salvador: «Hija mía, casi todos no quieren arrepentirse». Yo:

«Entonces, ¿no tengo que hacerlo por todos?»

Salvador: «Sí, para que no puedan decir que no he sufrido por ellos». Yo: «Querido Jesús, me resulta muy difícil escribir, es doloroso».

Salvador: «Mi querida hija, te bendigo. Incluyo en la todo el mundo, especialmente a todos los enfermos y moribundos, en mi bendición».

18:30 h. Rosario y Santa Misa roja

20:00 h. Grupo de oración «Rot».

Durante los tres primeros años se rezaba aproximadamente una hora. Desde hace dos años rezamos entre dos y dos horas y media.

El Salvador me había pedido que se rezara mucho.

15 de septiembre de 1992 - Martes

De 10:30 a 13:00

Antes recé junto con Fridolin. Después, sola, y me uní al Salvador.

Salvador: «Escribe, hija mía, los dolores que vas a sufrir, únelos a los dolores de María. Los dolores de María son también mis dolores. Ofrece todo al Padre celestial. A través de vuestros sacrificios se curarán muchas almas».

Yo: «Mi querido Jesús, te amo tanto, haré lo que tú quieras. Solo tienes que decírmelo para que lo sepa. Ahora siento una paz profunda que no se puede describir. En esta paz hay tanto amor y tengo el deseo de no tener que separarme de ella. No me siento en mi cuerpo. Me siento incomprensiblemente ligera y libre, sin preocupaciones ni dolores. Lo mundano está como alejado de mí. No soy n a d a.

Todo en mí es Dios. Gracias, Señor y Dios mío, por esta convicción y esta gracia. Ahora tengo un deseo, y te lo escribo porque para mí es tan hermoso:

Jesús, déjame recostarme sobre tu pecho, como Juan. Y ahora quiero abrazarte, porque mi corazón te ama tanto. No puedo explicárselo a nadie, porque el amor simplemente está ahí. Se me llenan los ojos de lágrimas porque te amo».

Salvador: «Escribe, hija mía, tal y como eres ahora, así es como quiero tenerte siempre. ¿Ves? No te falta amor. Lo recibes mucho más en el sufrimiento. Las cinco llagas están muy cerca.

Yo: «Querido Dios, ya me lo has dicho antes».

Salvador: «Pero aún hay muchas cosas que no sabías. Prepárate para cada hora que está por venir. Serás puesta a prueba muchas veces, hija mía».

Yo: «Oh, Salvador, ya he sido puesta a prueba tantas veces».

Salvador: «No lo suficiente».

Yo: «¿Y si los teólogos no creen?»

Salvador: «No te sacrificas por los teólogos, sino por todas las almas. Ya habrá teólogos que estén en la luz y crean. Mi querida hija, te amo mucho. Escríbelo, los sufrimientos expiatorios ya comenzarán».

Yo: «¿Qué se considera sufrimiento expiatorio?»

Salvador: «Los dolores de cabeza y de corazón son los sufrimientos preparatorios. Aquí ningún medicamento te ayudará. Estos sufrimientos provienen de mí. Sufres por la salvación de las almas, por eso ningún medicamento te ayudará. Debes soportarlo todo con amor y paciencia. Te daré tanto amor que podrás soportarlo. Yo estaré en todo lo que hay en ti. Tu alma está unida a mí, y solo tendrás una parte de mi sufrimiento. Así, hija mía, ya no serás tú. Seré yo. Salvador: «Te bendigo a ti y a todos los que te rodean».

El Salvador nos bendijo.

A las 18:30 h estuve con un padre de Perú en Mingolsheim. Le regalé una Biblia del padre Gebhard Heyder. Me confesé con él. Hedwig estaba conmigo ante este padre y me hizo quedar mal. Tuve que humillarme. La he perdonado.

18:30 h. Rosario y Santa Misa en Rot

16/09/1992 - Miércoles

De las 9:30 a las 10:20

Salvador: «Escribe, hija mía». Yo:

«Sí, mi querido Jesús».

Salvador: «El Vía Crucis que conduce a mí está en la luz. Todos mis hijos lo reconocen. Esa luz que te ilumina soy yo. Hija mía, nadie puede apartarte de este camino. Cuando alguien reconoce el camino iluminado, ya no quiere

por el camino oscuro. La carta anónima que has recibido es una trampa de Satanás. Él quiere apartarte del camino iluminado, pero no puede, pues yo estoy contigo. Ámalos a todos, como hasta ahora. Mi querida hija, prepárate para aceptar todo lo que te sobrevenga.

Lo que te resulte demasiado, dámelo a mí. De mí recibirás las cinco llagas sagradas, tenlo por seguro y confía en ello».

Salvador: «No cambio mi palabra. Debes superar las pruebas que tienes por delante. Yo soy tu guía espiritual y las superarás. Hija mía, me agrada lo que haces y cómo tratas a las personas.

Los demás, que quieren darte lecciones, lo hacen por envidia. Mantente alerta. Hija mía, tienes muchos enemigos a tu alrededor. No les digas nada. De una sola palabra sacan diez para burlarse de ti. Hija mía, confíame siempre todas tus preocupaciones.

Yo: «¿Tengo que escribir algo más ahora?»

Salvador: «No, hija mía, ve adonde tengas que ir. Te bendigo, mi querida hija».

Yo: «Le dije al Salvador que incluía en la bendición a los enfermos, a los moribundos, a las almas pobres del purgatorio y a mis enemigos».

Yo: El Salvador me bendijo...

A las 12:00 h, en la catedral de Espira, recé el Ángel del Señor y otras oraciones.

A las 19:30 h, Santa Misa en la capilla de San Roque.

A las 20:30 escribí el diario con Marion.

17/09/1992 - Jueves

En casa, de 10:30 a 11:30. De momento sigo de vacaciones.

Esta noche he rezado de 20:30 a 03:30.

Asociación de Oración:

Salvador: «Escribe, hija mía, las cinco llagas sagradas se te grabarán. Habrá una señal en el cielo frente a la iglesia, debes mirarla. Esa será mi confirmación de lo que va a suceder».

Yo: «Y si no lo veo, ¿se habrá cambiado entonces tu plan?»

Salvador: «Lo verás, hija mía».

Yo: «Señor y Dios mío, creo que sucederá. Tengo una fe inquebrantable, por eso creo».

Salvador: «Hija mía, deja que actúe en ti. Te amo tanto, hija mía. Te he elegido. ¡Quiero salvar muchas almas contigo! Hacerlo es mi deseo desde hace mucho tiempo. ¡Ha llegado el momento y nadie puede cambiarlo!

Yo soy la eternidad. Mi querida hija, todo llega en el momento adecuado.

Te doy las gracias, hija mía, por tu «sí». Tu «sí» es firme como una roca en el mar.

Tu «sí» es mi «sí» y nadie te lo puede quitar.

P. Heyder: Al respecto, el padre Gebhard Heyder, en Ratisbona, tras revisar el diario, dice que debo seguir escribiendo, pues este es un regalo de gracia del Salvador.

Yo: «Ahora pensaba: Jesús, te amo tanto».

Salvador: «Tu amor es mi amor. Puedes transmitir ese amor a quienes anhelan el amor».

Yo: «Señor, todo lo que ahora te he dicho de corazón, que suceda tal y como tú quieras y tal y como te plazca. Lo tengo claro y ahora he comprendido que debo entender esto, y que tú me enseñarás lo demás. Confío en ti y te seré fiel. Con las virtudes que me das y con las que ya me has dado».

Salvador: «Mi querida hija, te doy las gracias, me alegra mucho lo que has escrito. Te bendigo y derramo sobre ti tanta gracia como necesites. Te concedo tanto amor que puedas soportar lo que te voy a dar».

Yo: El Salvador me bendijo...

Yo: «Te doy las gracias, Señor y Dios mío. Gracias, mi gran amor. Alabado sea Jesucristo y María ahora y por los siglos de los siglos. Amén.

18:30 h. Rosario y Santa Misa en Rot.

18 de septiembre de 1992 - Viernes

en casa,

de las 4:00 a las 5:30.

¡Oración en honor a la Virgen María!

Veneración de las Santas Llagas, oraciones por los enemigos, después unión con el Salvador.

Salvador: «Hija mía, tengo planes para ti. Hago lo que quiero. Ten paciencia. Todo sucederá tal y como te prometí. Yo determino el momento. Todo debe suceder tal y como yo quiero».

Yo: «Señor, pensaba que había hecho algo mal».

Salvador: «Mi querida hija, eres una rosa noble, al enemigo no le gusta tu aroma. Mantente dispuesta para mí en todo momento. Debes ser puesta a prueba, hija mía. Hija mía, te amo, sigue durmiendo».

De 11:45 a 12:45 h: ¡Unión en la oración!

Recé con fervor y dudé en escribir esto. Pero el Salvador quiere que lo escriba. El Salvador: «Escribe, hija mía, tu amor por mí es verdadero. Conozco a mis hijos que me aman. Pero son muy pocos.

Anhelas junto a mí por las almas, porque las amas como yo las amo. Tú me amas, pero aún no me has visto de cerca. Sin embargo, esto tiene más valor, que no me veas y, aun así, me ames. Ese es el amor verdadero y noble, que no puede engañar. Te doy las gracias por haberme puesto en tu primer lugar. A esta alma la recompensaré de manera muy especial en el cielo».

Salvador: «Mi querida hija, las cosas no pintan bien en el mundo. Todo pende de un hilo y este puede romperse en cualquier momento. Yo sigo sujetando este hilo para que no se rompa. La guerra se intensifica aún más. Rezad por la paz en todas las iglesias y hogares, para que la paz reine en todos los corazones. El tiempo para la salvación de las almas es breve y nadie puede prolongarlo excepto yo. Rezad para que se salven aún muchas almas. Yo soy vuestro salvador y vuestro remedio.

Solo con mi remedio podéis ser salvados». Yo: «¿Cuál es tu remedio, Señor y Dios mío?».

Salvador: «El amor. Es todo, hija mía».

Yo: «He vuelto a escribir tanto. ¿De verdad tengo que escribir tanto?» Salvador: «Escríbelo todos los días.»

Yo: «Sí, Señor, te doy las gracias».

De las 13:45 a las 15:45 he rezado el salterio en el bosque.

A las 18:30 h, misa y rosario en Rot

9 de septiembre de 1992 - Sábado

De las 8:00 a las 10:00, reunión de oración.

Salvador: «Escribe, hija mía, yo que !

Tú eres mi amada hija. Tu dolor es mi dolor. Yo salvaré las almas contigo. Las lágrimas que has derramado, ofrécemelas».

Yo: «Sí, Señor, te ofrezco que las almas no caigan en la condenación. Me resulta tan difícil saber que tantas almas se pierden y que las personas son tibias y están cegadas. Ven y, sin embargo, no ven nada. ¡Cuán grande debe de ser el pecado!». Salvador: «Mi querida hija, todo cambiará».

Yo: «¿Cómo, Señor? ¿Cómo va a cambiar todo?»

Salvador: «Los últimos serán los primeros. Serán mi pueblo. Yo soy el Padre de los pobres. Hija mía, quiero de ti lo que posees».

Yo: «No tengo nada y no soy nada, todo te pertenece». Yo:

El Salvador me bendijo...

A las 14:30 me visitó el padre Buran y le hablé de las llagas que voy a recibir. No estaba de acuerdo con sus enseñanzas. Él contradijo lo que el Salvador me había dicho.

De las 16:15 a las 19:45 estuve en la iglesia de Rot rezando. La primera hora fue muy agotadora, ya que en ese momento un coro estaba ensayando en la iglesia. Me dolió que el coro tuviera que ensayar precisamente ahora, cuando se celebraban la confesión y el rosario. Recé por estas intenciones, por los sacerdotes y por la paz en todo el mundo.

No salí de la iglesia por culpa del coro. Me quedé en la iglesia y seguí rezando.

20 de septiembre de 1992, domingo

En casa, de 7:45 a 8:50 h,

¡Unión de Oración!

Salvador: «Mi querida hija, las llagas que recibirás te dolerán. Este dolor está unido a mi amor. Recibirás la gracia de ser humilde. Lo que te dijo el sacerdote de Mannheim, el padre Buran, lo has sentido tú misma: eso no es verdad. La sangre que brotará de ti es mi sangre. Debes rezar mucho por ese sacerdote. Cree en lo que te inspiraré para que escribas. Yo soy tu guía espiritual».

Yo: «Después de la conversación con el sacerdote, tuve dolor en el corazón durante varias horas.

¿Qué significa esto?»

Salvador: «Esos dolores son mis dolores. Cuando un sacerdote dice mentiras, sentirás más dolor».

Yo: «Quizás, entonces, sea mejor callarse ante ellos. Así no te ofenderán tanto».

Salvador: «Hablarás cuando yo lo quiera».

Yo: «Señor y Dios mío, líbrame de los sacerdotes que no creen que tú estás presente en las sagradas hostias de manera verdadera, sustancial y real, en carne y hueso, en cuerpo y alma, en tu divinidad y humanidad».

Salvador: «Tú serás la luz. Escribe algo más, hija mía; recibirás las llagas tan pronto como llegue el momento adecuado para ti. Ten por seguro que las recibirás. Ámame, hija mía. Me agrada cómo me amas. Mi querida hija, ten un poco más de paciencia, no te faltará amor. Yo te regalo amor cuando quiero, me corresponde a mí elegir el momento adecuado».

Yo: «Mi querido Jesús, te doy las gracias de todo corazón».

Salvador: «Ten cuidado con los que te envidian. Tienes que llevarte especialmente bien con esas personas».

Yo: «¿Cómo, Salvador?»

Salvador: «Deja que hablen y tú guarda silencio. Entonces se darán cuenta de que están equivocados».

Yo: «Sí, querido Jesús, lo he entendido». El

Salvador me bendijo.

13:30 h. Rosario y devociones.

15:30 h. En casa, recé el rosario y otras oraciones por la beatificación del Padre Pío.

18:30 h. Rosario y Santa Misa en la capilla de San Roque. Al final de la misa, el misionero no habló bien. Me sentí decepcionada y me fui a casa con gran dolor.

21/09/1992 - Lunes

De las 8:15 a las 9:45 h:

¡Reunión de oración!

Yo: «El misionero leyó ayer por la noche, al final de la misa, una carta que, según se dice, fue confirmada por un obispo y por el párroco Kessenheimer. La carta afirmaba que los fieles que solo quieren recibir la sagrada comunión de manos de sacerdotes y rechazan a los laicos están equivocados.

Fue una gran bofetada que me dolió y me inquietó.

Yo: «Querido Salvador, tú me dijiste después de la misa, cuando te pregunté si el sacerdote había dicho la verdad, que eso era una tontería.

Me gustaría preguntarte una vez más si es correcto que los laicos distribuyan la Sagrada Comunión».

Salvador: «Hija mía, escribe esto. Yo quiero y exijo que la Sagrada Comunión sea recibida de manos del sacerdote consagrado. Este es el camino correcto para la entrega de la Sagrada Comunión a los fieles. Quien no lo respete, tendrá que responder ante mí. Hija mía, sigue como hasta ahora, aunque estés sola. Yo estoy contigo, hija mía».

El Salvador me bendijo.

Rosario y Santa Misa en Rot hacia las 18:30 h.

20:00 h. Grupo de oración.

Martes, 22 de septiembre de 1992

De las 8:30 a las 9:45,

¡reunión de oración!

Salvador: «¡Escribe, hija mía! Las llagas que recibirás están al caer, he vuelto a acortar el tiempo. Prepárate, hija mía».

Yo: «Dios mío, ¿qué significa eso de que ya casi están aquí?» El Salvador: «No tardarán mucho».

Yo: «¿Tengo que escribir algo más?»

Salvador: «Escribe algo muy diferente. Quiero que aceptes todo tal y como yo quiero». Yo: «Señor y Dios mío, ¿qué es lo que tú quieres?»

Salvador: «Todo lo que te espera».

Yo: «¿Cómo voy a saber que viene de ti?»

Salvador: «Lo reconocerás por mi amor, hija mía; debes aceptarlo, te guste o no».

Yo: «Mi querido Jesús, mi Esposo, si tú lo dices, ¡lo haré! Incluso aquello que no me guste, pero debo estar segura de que viene de ti».

Yo: «Señor, ¿cuánto tiempo más tengo que escribir?»

Salvador: «Un poco más, hija mía. ¡Escribe un poco más!». Yo: «Sí, Señor».

Salvador: «Aún serás puesta a prueba».

Yo: «Mi Señor y Dios, mi querido Jesús, ¿por qué lloras? Las lágrimas brotaron tan rápido de mi ojo derecho, es sobrenatural. ¿Qué significa esto?»

Salvador: «Hay un peligro ante vosotros. La guerra en Europa se extiende. Se perderán muchas almas. Para ellas, mi crucifixión fue en vano. Tú también sufrirás en vano por muchos. Para mí es un gran dolor perder el alma por su desobediencia.

Reza, hija mía, para que, cuando se presenten ante mi tribunal, sientan un profundo arrepentimiento, pues se les concede una vez más la oportunidad de ser salvados. Les concedo aún mucho tiempo para que puedan decidir. El infierno es cruel, hija mía, y, sin embargo, tantos van a él.

Yo: «Querido Dios, ya no puedo seguir escribiendo, ten piedad de mí». Salvador:

«Tú sientes el dolor conmigo. Te bendigo, mi querida hija».

El Salvador me bendijo.

Rosario y misa hacia las 18:30 h en Rot.

23/09/1992 - Miércoles

De las 8:00 a las 12:30 en casa

Yo: «Recé con más fervor que de costumbre».

Salvador: «Hija mía, quiero que escribas. Hoy no debes ir al Cenáculo. Yo soy tu Cenáculo».

Yo: «¿Lo escribo?» Salvador: «Sí, escríbelo».

Yo: «Estaba pensando en la excursión de la empresa».

Salvador: «Debes ir allí. Pero, por favor, sé manso y humilde, alégrate con ellos». Yo: «Querido Dios, si me dirijo a ti de formas tan diferentes, ¿es esto correcto?»

Salvador: «Me gusta cómo me llamas. Hija mía, escribe esto: los dolores que sufras, debes soportarlos con amor».

Salvador: «Ya me lo has dicho una vez».

Yo: «No te los pueden quitar. Ni siquiera el agua bendita puede ayudarte. No te esfuerces por buscar un remedio».

Yo: «¿Y si intervienen los médicos?»

Salvador: «Necesitan tu consentimiento». Yo:

«¿Y si lo tienen?»

Salvador: «Aun así, no podrán ayudarte. Al contrario, porque entonces el dolor será mayor. Sufirás por los pecadores. Debes hacer lo que te pido».

Yo: «Querido Dios, tengo miedo de que me confunda y de no tener suficiente confianza y perseverancia. ¿Tendré miedo de las personas?»

Salvador: «Todo eso me lo regalas una y otra vez».

Yo: «Querido Dios, ya me arde de nuevo el corazón».

Salvador: «Es el fuego ardiente de mi amor. Nadie puede apagarlo excepto yo».

Yo: «He estado tan feliz toda la mañana, y he podido rezar en mi interior como nunca antes. Me han venido las palabras adecuadas, como a un sacerdote».

Salvador: «Hija mía, ese era yo. Tu Jesús. No eres tú, sino yo».

Yo: «Es una sensación tan hermosa poder orar tan profundamente en mi interior, especialmente al Padre celestial, algo que la gente olvida tan a menudo. También me ha sorprendido que de lo más profundo de mi corazón brotara una oración tan valiosa. Creo que el Padre celestial ha escuchado esta oración».

Salvador: «Hija mía, me lo has dado todo con amor».

Yo: «Señor, no puedo contarle a nadie que ya llevo cuatro horas en contacto contigo, y no me parece que sea demasiado. Es una pena que mis vacaciones no duren más. Te doy las gracias por haberme dicho que no me fuera de vacaciones».

Salvador: «Mi querida hija, escríbelo. Cumple un deseo mío».

Yo: «¡Oh, Señor mío, tienes un deseo! Te cumpliré ese deseo, porque estás conmigo y porque te amo».

Salvador: «Sí, estaré contigo».

Yo: «Querido Dios Trino, tienes mi palabra, aunque aún no sé qué deseo debo cumplirte. Mi corazón no tiembla, sino que se alegra por lo que vas a decirme ahora. Señor y Dios mío, confío en ti para que tu deseo se cumpla».

Son las 12:00 del mediodía; recé con devoción el Salve Regina y el Padrenuestro con los brazos extendidos; suelo hacerlo a menudo cuando rezo a solas.

Tras la oración, me uní de nuevo al Salvador. Yo: «Señor, ¿qué deseo debo concederte?».

Me quedé en silencio y no oí nada.

Yo: «¿Qué puede ser?». Me uní de nuevo y recé al Espíritu Santo. «Por favor, no permitas que se entrometa otro espíritu, pues confío en ti. Dime qué debo escribir».

Salvador: «¡Escribe, hija mía! Puedo obrar en ti todo lo que quiera».

Yo: «Señor y Dios mío, puedes obrar en mí todo lo que desees, y que se cumpla tu voluntad. Oh, mi querido Padre, ¿se puede rechazar el amor?»

¿Te negaste a sacrificar a tu único Hijo por nosotros, los pecadores? ¿Te negaste a dejarte crucificar para nuestra salvación? ¿Te negaste a descender sobre los apóstoles con lenguas de fuego? Tú eres el Amor y yo me rindo a ti, porque tú eres mi vida eterna y mi felicidad».

Salvador: «Me has dado una alegría, para que yo pueda obrar todo en ti». El Salvador me bendijo.

He perdido la noción del tiempo; con el Salvador, las cuatro horas y media que pasé con él se me han hecho

breves como un relámpago y eso es incomprendible.

Ahora entiendo por qué hay quien se queja de que una hora en la iglesia le resulta demasiado, y eso es solo porque le falta amor.

19:00 h. Rosario y Santa Misa en la capilla de San Roque

24/09/92 - Jueves

8:30 - 9:45 h. Unión

Salvador: «Escribe, hija mía, quiero que.....»

Pensaba que estaba confundida.

Salvador: «Hija mía, no estás confundida. Quiero que hagas algo por mí. Entrégame todas tus dificultades».

Lloré con dolor y le entregué mis dificultades al Salvador. Me desahugué de mis problemas y se los entregué al Salvador. Es incomprensible, pero sentí un gran alivio. Salvador: «¿Ves, hija mía?

Siempre debes entregarme tus dificultades. Yo te las resolveré todas».

Pedí una señal en la iglesia por una razón concreta. Salvador: «Te la daré, hija mía, una señal de que que recibirás las llagas».

Yo: «Señor, ¿lo verán también los demás, o solo yo?»

Salvador: «Los demás también lo verán. Ocurrirá en la iglesia». Yo: «¿Cuándo?»

Salvador: «Estate preparada, hija mía».

Yo: «Señor y Dios mío, ¿cómo sabré que se trata de un presagio de las llagas?»

Salvador: «Te sucederá a ti».

Yo: «¿Sentiré dolor, miedo o alegría?»

Salvador: «Hija mía, me amarás más. Quédate tranquila, hija mía. Te bendigo». El Salvador me bendijo

18:30 Rosario y Santa Misa en Rot.

25/09/92 Viernes

El último día de mis vacaciones. Asociación de Oración

Salvador: «Escribe, hija mía, quiero.....»

Interrumpí inmediatamente y pregunté:

«Pero, por favor, hazme saber que eres tú».

Salvador: «Hija mía, soy yo, tu Jesús». Yo: «Sí, Señor mío, ¿qué quieres?»

Salvador: «Quiero empezar con tu sufrimiento expiatorio. Prepárate. Ya ha llegado el momento». Yo: «¿Ahora tengo que ir a la excursión de la empresa?»

Salvador: «Debes ir a la excursión de la empresa».

Yo: «Pero tengo que trabajar la semana que viene y mi compañera está enferma ahora». Salvador: «No te preocupes por el día de mañana».

Yo: «Señor, ¿te refieres con “sufrimiento expiatorio” a los dolores de cabeza?»

Salvador: «Me refiero a las llagas que te serán impresas. Tienes muy poco tiempo».

El Salvador continuó diciendo:

«Escribe, hija mía, aún recibirás las otras virtudes». Yo: «Querido

Salvador, ¿cuáles?».

Salvador: «Perseverancia en el sufrimiento, para soportar el dolor. Te concedo mi luz, para que también los ciegos vean. Recibirás el poder sanador».

Al principio no quería escribirlo, pero luego oí:

Salvador: «Hija mía, escríbelo. Recibirás el poder sanador. A través de la preciosa sangre se salvan las almas. Ofrécela siempre al Padre Celestial. Ese será el mayor medio de salvación para las almas. Mi preciosa sangre fluirá de tus heridas.

Hija mía, no me decepciones. Yo soy tu Señor y Dios. Te daré mucha alegría y amor por tus sufrimientos. No te dejes influir por los demás. Estás completamente unida a mí a través de la preciosa sangre. Nadie puede separarnos».

Yo: «Mi Salvador, ¿debo escribir algo más?»

Salvador: «Hija mía, la revolución llegará. En Europa, los políticos serán derrocados. La hambruna será la mayor de las graves catástrofes que se avecinan». Salvador: «El castigo ya está aquí. Los hombres lo han querido».

Yo: «Señor y Dios mío, ¿quién desea el castigo?» Salvador: «Las personas que han querido al padre de la mentira».

Yo: «Señor y Dios mío, estoy preparada, que comiencen los sufrimientos expiatorios. Pero, Señor, que no se haga mi voluntad, sino la tuya. Hazlo, Señor, como tú quieras».

Salvador: «Hija mía, te amo tanto, permanece fiel a mí».

Yo: «Mi amoroso Padre, te amo más que nunca. Me aferro con fuerza a tu mano». Salvador: «Te bendigo, mi querida hija».

El Salvador me bendijo.

18:30 h. Rosario y Santa Misa en Rot.

26/09/92 — Sábado

En casa — Oración — Unión —

Salvador: «Las lágrimas que derramas son mis lágrimas. Me amas con mi amor. Rezas por el amor y lo recibes. Hija mía, escríbelo. Todo lo que has escrito es un documento para los incrédulos.

Guárdalo bien hasta que el sacerdote adecuado lo publique. No te preocupes por eso.

Hija mía, tienes que escribir algo más». Yo: «Sí, Señor y Dios mío».

Salvador: «Mi querida hija, sé siempre alegre».

Yo: «Cuando uno sufre, ¿se puede ser feliz?» Salvador: «El amor que recibes, debes transmitirlo».

Yo: «Sí, Señor y Dios mío, lo haré». Yo: «Querido Dios, por favor, concédeme la mansedumbre».

Salvador: «Te la concedo ahora, escríbelo». Yo: «Señor y Dios mío, te doy las gracias».

Salvador: «Te amo, hija mía, y te bendigo. Incluyo a todas las almas en la bendición».

16:33 - 19:45 h - Oración - Confesión - Santa Misa en rojo en la iglesia.

27/09/92 - Domingo

6.30 - 8.15 h según el nuevo horario.

(Esta noche se han atrasado los relojes una hora).

Salvador: «Escribe, hija mía».

Yo: «Sí, mi querido director espiritual, mi querido Jesús».

Salvador: «Lo que le pasó ayer a tu marido fueron varios espíritus impuros».

Yo: «Señor, se podría haber pensado que era un infarto. Pero pude distinguirlo cuando le di agua bendita, le bendije y recé por él. Tenía el rostro empapado de sudor.

Luego se sintió mejor. Justo después se echó a reír de una forma tan desagradable como a veces en los sueños, tal y como ya lo había oído antes. También había pasado varias veces durante el trayecto, pero yo recé con firmeza y de todo corazón. Ahora seguía sentado al volante del coche, acababa de entrar en el patio y ya no podía salir. Le recordé a mi marido que debía ir a confesarse, pero no quiso».

Salvador: «Yo he permitido esos ataques. Tu marido no quiere arrepentirse». Yo: «¿Quién me creará si él va a la iglesia los domingos?».

Salvador: «Hay muchos que van a la iglesia los domingos. Hija mía, déjame todo a mí».

Yo: «Querido Salvador, el padre Vogt no puede ayudarme. Después de la confesión de ayer, me ha resultado muy difícil. El padre Vogt cree que leo libros. Le dije que en cada libro se dice algo diferente y que durante la unión nunca tengo ningún libro a mano, ni en casa ni en el trabajo. Además, me guardaría mucho de hacerlo».

También le dije al párroco Vogt que la sangre que brotará de las llagas será la sangre del Salvador. Él no lo cree, al igual que el padre Buron de Mannheim».

Yo: «Por favor, dime algo al respecto, quizá haya escrito algo incorrecto». Salvador: «Hija mía, la sangre que brotará de las cinco llagas en ti será mi sangre. Ese es el secreto que no revelo a todo el mundo».

Esta es mi sangre, que derramaré por vosotros. Hija mía, lo incomprendible que hay aquí proviene de mí. Así es. Así seguirá siendo. Así será.

Si el párroco Vogt pudiera explicártelo todo, entonces yo no necesitaría ser tu guía espiritual. Mi querida hija, créelo. Mi voluntad es que prestes atención a todo lo que te espera». Yo: «Oh, Señor y Dios mío, soy una persona débil. Soy tan inexperta.

Satanás me persigue como un perro rabioso. Te doy gracias, mi Señor y Dios, porque él no puede hacer lo que quiere, sino lo que Tú permites; de lo contrario, se habría apoderado totalmente del mundo, pero el mundo te pertenece».

Salvador: «Hija mía, lo has escrito bien. Tu alma está preparada para mi obra. Solo tienes que esperar un poco más. Confía en mí. Estás bajo mi protección». Yo: «¿Y la Virgen María?»

Salvador: «Donde yo estoy, ella también está». Yo: «Mi querido Dios, te doy las gracias».

Salvador: «Oh, mi querida hija, qué mal están las cosas en este momento. En ningún siglo ha habido tantos ciegos como ahora. La herejía ha cegado las almas. La herejía es el veneno de la serpiente. El antídoto contra este veneno soy solo yo, hija mía. Mi querida hija, tienes que escribir algo más.

Necesito que me des...»

Yo: «Querido Dios, ¿qué es?»

Yo: «Señor y Dios mío, mi querido Jesús, te entrego mi libertad. Pero no permitas que me separe jamás de ti. Querido Dios, te he entregado mi libertad, pero no lo entiendo del todo. ¿Puedes decirme algo al respecto?»

Salvador: «¡Solo eres libre en mí!»

Yo: «Sí, Señor mío, ahora lo entiendo».

Salvador: «Mi querida hija, ahora te bendigo».

Me arrodillé en el suelo y el Salvador me bendijo.

10:00 h. Misa en rojo.

13:00 h. Rosario y devocional. A

partir de las 16:00 h. Lectura de la

Biblia.

Hacia las 17:00 h, Hedwig vino a verme. Me contó «su secreto», que me impactó mucho. Me contó que el párroco Vogt había fotografiado a los monaguillos, todos chicos, desnudos por detrás. Al parecer, esas fotos están colgadas en la sacristía y en el álbum privado de uno de los chicos. A la madre del chico no le parece bien y está horrorizada, pero guarda silencio.

Luego contó también que se había visto al padre Vogt en el lago Baggersee chupándole el pecho a un monaguillo y besándole las orejas.

A continuación, la madre se quejó de que el reverendo Vogt no mandaba a los niños a casa a la hora adecuada. Se quedan demasiado tiempo con él. Por lo que sé, tiene a la mayoría de los monaguillos

de toda la zona.

Como sé que el señor párroco Vogt es muy tímido y muy inseguro, recé por él y rezo todos los días para que sea un buen sacerdote.

Hedwig me contó que ella también lo había oído de Zita.

Cuando Hedwig se marchó, recé 50 veces el Sanctus con las cuentas pequeñas, y con las grandes, la oración al arcángel Miguel, el Magnificat, el Gloria in excelsis Deo, el Pater noster, el Ave María y el Gloria Patri; después, la oración por los enemigos y el exorcismo.

Me entristeció esa noticia y luego lloré.

Lo que más me apetecía era dejar de ir a la iglesia inmediatamente.

Pongo todo en manos de Dios. Es posible que sea obra de Satanás.

A las 21:00 h fui a Wiesental y escribí en el diario con Marion. En confianza, le conté a Marion lo del padre Vogt. Ella me dijo que no se lo contara a nadie.

28/09/92 - Lunes

10:00 h. Sala de médicos. ¡Reunión de oración!

Salvador: «Hija mía, escribe: el señor párroco Vogt se marchará». Yo: «¿De St. Leon-Rot?»

Salvador: «¡Hija mía, algo se te acerca!» Yo: «Señor, ¿cómo debo entender esto?»

Salvador: «Mi obra en ti».

Yo: «Señor y Dios mío, estoy dispuesta para tu obra y digo sí a ella;

Te amo tanto, por favor, concédeme la gracia de que nunca te diga que no, aunque algo no me guste. Por favor, hazme reconocer que todo esto viene de ti. Quiero hacer todo lo posible por la salvación de las almas».

Salvador: «Mi querida hija, siempre reconocerás mi amor». Yo: «Señor y Dios mío, ¿cómo?»

Salvador: «Te llevaré adonde yo quiera. Hija mía, escribe». Yo: «Sí, Señor y Dios mío».

Salvador: «Los sufrimientos que recibes de mí deben tomarse muy en serio. Tienes que vivir con este sufrimiento. No te lo quitaré aunque me lo pidas».

Yo: «Sí, Señor mío, lo he entendido, pero ¿el amor permanecerá en mí?» Salvador: «Mi querida hija, permanecerá eternamente contigo.»

Yo: «Te doy las gracias, Señor y Dios mío. Haz conmigo lo que quieras, te pertenezco. Señor, hágase tu voluntad».

Salvador: «Te bendigo, mi querida hija». El

Salvador me bendijo.

A partir de hoy, el rosario es ya a las 18:00 h, la Santa Misa a las 18:30 h, y asistí a ambas vestida de rojo.

A las 20:00 h, grupo de oración.

Cada vez vienen más personas a rezar. Ya casi no hay sitio. Al final me confesé con el padre Dochat sobre el padre Vogt. En mi confesión le pregunté qué debía hacer, que quería ayudarlo, ya que se había hablado de él.

El padre Dochat me dijo que hablara con el padre Vogt sobre la situación.

Antes de hablar con el señor pastor Vogt, quiero hablar primero con el Señor, porque necesito estar segura de que lo que me dijo el señor pastor Dochat es cierto.

Si el Salvador está de acuerdo conmigo, haré lo que el pastor Dochat me ha recomendado. Después del grupo de oración, el señor Schmidt Roland se quedó con nosotros para hablar con mi marido.

Sentí que mi marido estaba siendo atacado por un espíritu impuro. Mi marido me confesó que había leído mi diario a escondidas. Me horrorizó oírlo. Le dije inmediatamente que eso era un pecado y que no se debe hacer algo así. No es solo curiosidad, sino también desobediencia hacia Dios. Pongo estos problemas en manos de Dios.

A partir de hoy tendré más cuidado con mi diario. No quiero ocultar lo que me dice el Salvador, pero primero debe ser revisado por un sacerdote antes de que se imprima. Roland ya ha llevado los libros del padre Johannes de Rotenberg a Ucrania. Son los libros de los que el Salvador dijo que no son correctos. Ya se lo conté al padre Johannes, pero no me creyó. Roland hace lo que le dice el padre Johannes.

29/09/1992 - Martes

¡A las 10:00 h en la sala de médicos, reunión de oración!

Salvador: «Mi querida hija, escribe: No debes ir a ver al párroco Vogt, pues yo soy quien decide cuándo se hace cada cosa. Conozco los corazones de todos. Reza mucho por los sacerdotes.

Satanás es ahora especialmente poderoso y muchos sacerdotes caen en su tentación. Deja en mis manos todo lo que se dice sobre el párroco Vogt».

Yo: «¡Pensaba en Rodalben!

El 1 de octubre se erigirá el signo celestial. Allí se venerará la Preciosa Sangre.

Salvador: «Estás sobrecargada».

Yo: «Entonces esta vez no iré a Rodalben, tengo mucho que escribir». Salvador: «Sí, escribe, hija mía».

Yo: «Ayer no hablé en el grupo de oración. Algunos han preguntado por qué no he hablado hoy».

Salvador: «Cuando debas hablar, yo te inspiraré las palabras. La gente debe rezar mucho ahora. Aprovechad este tiempo para rezar. La oración es más necesaria que nunca. Hija mía, ayer rezasteis bien. El cielo se alegró con vosotros. Habrá muchos más que se unirán a la oración. Hija mía, me gusta cómo rezas con los fieles. Te doy las gracias por tu esfuerzo».

Yo: «Padre amoroso, ahora siento un fuego en mi corazón. Es una sensación muy hermosa».

Salvador: «Hija mía, es mi amor».

Yo: «Te doy las gracias, Señor y Dios mío, por tu amor».

Salvador: «Tú aguantas mucho, hija mía».

Yo: «¿Qué significa eso de que puedo soportar mucho?»

Salvador: «Significa que también puedes soportar mucho sufrimiento».

Yo: «Oh, ojalá se salven muchas almas».

Salvador: «Oh, hija mía, los sufrimientos expiatorios ya han comenzado».

Yo: «Pero no lo entiendo».

Salvador: «Ya lo soportas todo con mi amor. Prepárate para las cinco santas llagas que recibirás».

Yo: «Señor y Dios mío, estoy preparada para que me imprimas las llagas cuando tú quieras. No me dejes sedienta por mucho tiempo. Tengo mucha sed. Por favor, sacia mi sed».

Salvador: «Mi querida hija, yo saciaré tu sed, ha llegado el momento. ¡Hija mía, yo tengo sed contigo!»

El Salvador me bendijo.

18:00 h. Rosario y Santa Misa en Rot.

30 de septiembre de 1992 - Miércoles

10:00 h, en la sala de médicos, reunión de oración.

Doy gracias al Salvador por haber recibido ayer tanto amor durante todo el día. Sigo sintiendo ese amor hasta ahora. Es tan hermoso estar sin preocupaciones ni problemas. Quiero ser verdaderamente libre con Dios.

Gran Dios, te alabo y te glorifico, y te doy gracias por tu reino que ha llegado a mí.

En una situación así, se ama todo. Incluso ese tiempo nublado de fuera me parecía hermoso. El amor no conoce el odio; en él no hay nada feo. Oh, Jesús mío, qué hermoso es amarte. Señor y Dios mío, ¿qué señal es esta de que reciba tanto amor de ti? Salvador: «Este amor que recibes es un presagio de los sufrimientos que recibirás. Primero debes conocer al Dios amoroso, luego conocerás también al Dios que sufre; ambas cosas son buenas».

Yo: «Dudaba en escribir».

Salvador: «Escríbelo. El pecado es grande y grave, ha sobrepasado los límites de la tierra. Muchas almas expiarán los pecados del mundo. Así pues, hija mía, no estás sola. Cada alma tiene un Vía Crucis que cumplir. Solo unas pocas tienen un Vía Crucis como el tuyo.

Hija mía, has recibido la gracia especial para este Vía Crucis. No es mérito tuyo, es mi voluntad. Y lo que yo quiero, lo llevaré a cabo en aquel en quien yo quiera. Todo lo que has hecho por mí hasta ahora lo valoro mucho y te lo recompensaré al final del Vía Crucis. Tu recompensa será grande si perseveras hasta el final».

Yo: «¿Y si no persevero hasta el final?»

Salvador: «Perseverarás hasta el final. Ya nadie podrá separarnos».

Yo: «Oh, mi amor, te quiero tanto. ¿Hay algo más hermoso que estar contigo? Salvador: «Así deben hablar todos. Tú eres mi alma expiatoria, a la que he elegido».

El Salvador me bendijo.

A las 12:00 h recé con fervor en la capilla y lloré porque tantas almas se pierden. Salvador: «Dame todo tu corazón».

Yo: «Te entrego todo mi corazón, Señor y Dios mío».

Salvador: «Me agradas».

Yo: «Querido Dios, tú me ves, pero yo no te veo, y sin embargo me agradas, porque te amo».

Salvador: «Hija mía, el camino que recorres conmigo será un sacrificio para los incrédulos, pues ellos no conocen el amor».

Yo: «Señor, por favor, concede a los incrédulos la gracia de que te amen».

Salvador: «Si quieren recibirla. No me entregan su corazón como tú». Yo: «Pedí la gracia para Verónica, que trabaja conmigo».

Salvador: «Dile que también me entregue su corazón».

Yo: «Sí, Señor, se lo diré. Gracias, Señor mío y Padre amoroso».

18:00 h: Rosario y Santa Misa en Rot. El padre Ferdinand ofició la Santa Misa.

1 de octubre de 1992 - Jueves

10:45 h, en la sala de

médicos: ¡Unión de Oración!

Salvador: «Escribe, hija mía, deseo que guardes un estricto silencio sobre las cinco llagas».

Yo: «Querido Dios, pero ya lo saben tantos».

Salvador: «Pero ellos no saben cuándo las recibirás». Yo: «Querido Dios, yo tampoco lo sé».

Salvador: «Pero lo sabrás».

Yo: «Guardaré silencio al respecto. Por favor, dame la gracia de callar. Quiero hacer todo tal y como Tú quieres».

Salvador: «Esta noche recibirás las marcas de las llagas». Yo: «¿Entonces mañana tendré que ir a trabajar?»

Salvador: «No».

Yo: «¿Cómo sabré que son tuyas?» Salvador: «Las reconocerás cuando estén ahí».

Yo: «¿Recibiré una señal tuya si ocurre esta noche? En realidad, ya me has dado una señal: el amor ardiente que siento ahora y la agradable calma y paz que tengo. Estoy de acuerdo, si tú lo quieres, en que esta noche se graben las llagas. Por favor, no me dejes con sed. Tengo la sensación de que ardo por dentro. He reconocido que es tu amor. Quieres que te ame tanto como yo te amo a ti. Señor mío, que se haga como tú quieras».

Salvador: «Mi querida hija, me agrada lo que has escrito. Yo también puedo cambiarlo cuando y como quiera. Hija mía, déjalo todo en mis manos».

15:00 h

Salvador: «Hija mía, escribe: lo que tengas que soportar conmigo esta noche, ofrécelo al Padre celestial por la salvación de las almas. Escribe, hija mía, palabra por palabra.

«Los dolores que vas a sentir esta noche serán muy fuertes. Tendrás que soportarlos».

Yo: «Señor, ¿sigues conmigo?»

Salvador: «Sí, sigo contigo, te amo».

Yo: «Jesús, Hijo vivo de Dios, ¿hay algo más que deba saber?»

Salvador: «Sufrir significa "a m a r"».

Yo: «Señor mío, ¿seré capaz de hacerlo?»

Salvador: «Conmigo, sí.»

Yo: «Por favor, concédeme mucha gracia para que pueda amar».

Salvador: «Si estás conmigo, no te faltará amor. Hija mía, te daré tanto amor para que puedas sufrir». El Salvador me bendijo y me dijo: «Vete en paz, mi querida hija».

18:00 h. Rosario y Santa Misa en Rot.

02/10/1992 Viernes - «Corazón de Jesús»

10:00 h. Consultorio médico,
Asociación de Oración I

Yo: «Señor y Dios mío, cuando me desperté esta mañana, pensé inmediatamente que no me había pasado nada. Por un lado me alegré, pero por otro pensé: ¿no era acaso el espíritu impuro el que me había susurrado esto ayer por la noche? Luego volví a pensar que donde hay amor no puede haber ningún espíritu impuro. O Dios está conmigo o el espíritu impuro, pues Dios no comparte su corazón con otros. Dios quiere tener el corazón solo para sí. Así que llegué a la conclusión de que esa era la voluntad de Dios y así sucedió».

Ahora me uní al Salvador. Sentí una calidez, una paz, y sentí que el Salvador estaba conmigo.

Salvador: «Mi querida hija, escribe esto: he pospuesto las llagas para otro momento. Así lo he querido. No te preocupes porque haya sucedido así. Puedo hacer lo que quiera. Tú estabas preparada, pero aún no había llegado el momento. Ha sido, una vez más, una prueba. No te rindas, todo llegará en el momento adecuado».

Yo: «Señor mío, también podría haber creído que se trataba del espíritu impuro, pues al fin y al cabo no ha pasado nada».

Salvador: «Todos vosotros os precipitáis demasiado con estas cosas. Solo creéis lo que veis y no os preocupáis por lo demás».

Yo: «Pero, ¿qué es lo demás?»

Salvador: «No podéis discernir lo que el diablo tiene planeado. Hija mía, yo lo veo todo. Conozco cada corazón y sé hasta qué punto está preparado para que yo pueda hacer algo con él».

Yo: «Mi querido Jesús, ¿eso significa que no era buena o que no estaba preparada para estos sufrimientos?»

Salvador: «No depende de ti, hija mía. Todo está en mi voluntad. No te preocupes, ya recibirás las llagas».

Yo: «He rezado para que me dejes permanecer en tu corazón, pues hoy es Viernes del Sagrado Corazón. Quiero permanecer en la fuente del amor, en el ardiente hogar del amor».

Salvador: «Hija mía, tu corazón es ahora mi corazón. Estás en mí. Ámame, hija mía». Yo: «Pero si te amo, Señor. También siento el fuego del amor en mí. Te doy las gracias por esta gracia».

Salvador: «Vete en paz, hija mía». En mi interior pensé: «Hoy no habrá bendición». Salvador: «Sí, te bendigo, hija mía». Y el Salvador me bendijo.

18:00 h. Rosario y Santa Misa en Rot.

El párroco Vogt y el párroco Ferdinand celebraron juntos la misa.

3 de octubre de 1992 - Sábado

De 8:00 a 10:00 h, en casa,
¡reunión de oración!

Salvador: «Escribe, hija mía, todo lo que escribas se imprimirá. Todo lo que escribas es obra mía. Por ti misma no puedes hacer nada. No dudes, hija mía. Con eso me ofendes».

Yo: «Señor y Dios mío, te pido perdón; sé clemente y misericordioso conmigo, pobre pecador. Me siento abandonado por todos, como si fuera un mentiroso».

Y entonces me vinieron pensamientos como si me hubiera descarriado y me hubiera convertido en una mala persona. Aunque cada día estoy unido a ti y cada semana voy a confesarme.

Sentí que todos son mejores que yo. Entonces volví a ti, porque tu amor es más fuerte y sin él no puedo estar, y anhelo cada vez más amarlo. Tengo un gran deseo de este amor. Y te pido una y otra vez por este amor.

Este amor es como una adicción o como el opio.

Ni la medicina ni las riquezas mundanas pueden sustituirlo.

A menudo siento un fuego en mi corazón. Siento que te amo tanto y que todo lo mundano se ha alejado de mí.

Entonces me pregunto: ¿por qué no estoy ya en el cielo?

Como he comprendido que tú eres el amor, deseo con todo mi corazón que los demás también lo comprendan. También estoy dispuesto a sufrir por ellos, para que no se pierdan.

Señor y Dios mío, que se haga tu voluntad, no la mía. Haz conmigo lo que quieras.

No me separes de tu amor.

Salvador: «Mi querida hija. Tu amor por mí es grande. Lo valoro mucho en ti. Tu amor por mí es firme.

No te preocupes por lo que digan los demás. De todo lo que digan tendrán que responder ante mi juicio. Cada palabra que sale del corazón son palabras que ellos mismos han sembrado. Y lo que hayan sembrado, eso cosecharán.

Por eso, hija mía, procura que puedas cosechar bien. Al final se reconocerá lo que es mío y lo que es del espíritu impuro.

Mi querida hija, te amo tal y como eres. Me ha alegrado que hayas rezado primero a mi madre y a la tuya. He recibido todo lo que le has dicho. Ella te ama mucho. No te dejará sola. Confía más en ella».

Yo: «Gracias, Jesús mío, en el futuro rezaré más a ella y tendré más confianza en ella. Yo también quiero amarla como a ti. Por favor, concédeme la gracia de poder amarla tanto como a ti. Porque ella es mi madre y mi reina».

Salvador: «Hija mía, eres sincera. Me gusta mucho cómo eres. Te concederé la gracia para que la ames como a mí. Mi querida hija, ahora te bendigo».

El Salvador me ha bendecido ahora.

10:15 h: Me ha llamado un joven de Plankstadt. Estuvo el lunes en mi grupo de oración. Me cuenta que por la noche tuvo tentaciones del diablo. ¡Me expresó su deseo! Quiere hacerse católico. Por el momento, todavía es protestante. Le di un buen consejo. Que por favor vaya al padre Switbert en Stiftneuburg para confesarse.

De las 16:30 a las 19:50 he rezado en la iglesia de Rot.

Me confesé con el párroco Vogt. Me dijo que lo estaba haciendo bien, pero que no podía ayudarme. Le agradecí la absolución y comprendo que no pueda ayudarme.

Después recé por él todo el rosario.

A las 21:15 me llamó el padre Gebhard Heyder, de Ratisbona. Hablé con él durante más de 30 minutos. Me alegré mucho. Doy gracias a Dios por haberme llamado. Quedamos en verno dentro de ocho días, hoy, sobre las 18:30 en Ratisbona. Al final, nos bendijo a mí y a mi familia. Recé inmediatamente por él, ya que mi corazón se llenó de alegría.

4 de octubre de 1992 - Domingo

7:30 h - 9:00 h

¡Unión en la oración!

Primero, oración ante la estatua de la Virgen María. Luego, reunión de nuevo en la cocina, donde recibí el mensaje del Salvador:

Salvador: «Hija mía, deseo que escribas. He aceptado tu amor por mí. No es un amor adulator».

Yo: «¿Eso es lo que debo escribir?»

Salvador: «Sí, escribe. Me ha gustado cómo has rezado hoy. Sigue así. Me alegra que vayas a ver al padre Gebhard. Es también mi deseo. Volveré a hablarte a través de él. Confía en él. Hija mía, me alegra especialmente que hayas aceptado estos sufrimientos. La prueba está llegando a su fin».

Yo: «Querido Dios, explícame eso con más detalle».

Salvador: «Estás siendo puesta a prueba, hija mía, por los sufrimientos que vas a recibir. Hija mía, sigue amándome como hasta ahora. Yo te daré aún más de mi amor. Tú pides cada vez más y yo te daré cada vez más».

Yo: «Querido Dios, quiero preguntarte algo más: llevo varios meses con dolores en el hombro y en el brazo izquierdo. Ni los ungüentos ni los baños de sal me ayudan. ¿Son estos sufrimientos tuyos, o puedo hacer que me los traten los médicos en un hospital?»

Salvador: «Ni siquiera en el hospital podrá ayudarte nadie. Estos sufrimientos provienen de mí. Son el prelude de los sufrimientos que aún te esperan».

Salvador: «Me has entregado tu salud, hija mía».

Yo: «Que sea como tú quieras. Te ofrezco estos sufrimientos por la conversión de los pecadores y por la salvación de las almas».

Salvador: «Hija mía, las tormentas que aún están por venir causarán un gran daño. Rezad por estas intenciones. Habrá muchas guerras nuevas. Los hombres se han vuelto tibios. No han reconocido a su Padre. Han preferido lo mundano, pero lo mundano no puede salvarlos. La naturaleza se rebela contra sus pecadores. Hija mía, la gran enfermedad que va a estallar está en sus inicios. Esta enfermedad arrasará los países. No hay medicina para esta enfermedad. Se lleva consigo a ricos y pobres, a malos y a buenos.

Se abalanza sobre las personas de repente. Nadie puede esconderse de ella.

o la evito. Llegará adonde yo quiera. Se llevará consigo a muchas naciones de la Tierra. Yo:

«¿Tiene esta enfermedad un nombre?»

Salvador: «Es una enfermedad nueva. Aún no tiene nombre, pero lo tendrá. Hija mía, debes rezar mucho».

Yo: «¿Puedo leerle esto a mi grupo de oración?»

Salvador: «El libro debe escribirse lo antes posible, entonces todos podrán leerlo. Si les dices algo ahora, no lo creerán. Solo escuchan lo que dice la mayoría de la gente; solo lo creerán cuando lo vean. La fe es superficial y no tiene raíces».

Yo: «Querido Dios, ya no puedo seguir escribiendo. Por favor, perdóname». El

Salvador me bendijo.

A las 10:00 h, misa en Rot; había poca gente en la iglesia

13:00 h: Rosario y devocional.

5 de octubre de 1992 - Lunes

9:00 h, en la sala de médicos, unión de oración!

Desde esta mañana tengo un fuerte dolor de cabeza. Le dije al Salvador que lo ofrezco por la conversión de los pecadores y la salvación de las almas. Le dije además que no necesita quitarme el dolor.

Después me uní al Salvador. Ahora sentía un calor en mi corazón. Es una sensación agradable. Se nota que el Señor está conmigo.

Salvador: «Sí, hija mía, estoy contigo. Hay mucho por expiar por las almas. Hija mía, necesito que me des...»

Yo: «Señor y Dios mío, mi querido Jesús. Te doy lo que necesitas, aunque no sé qué es lo que necesitas de mí».

Salvador: «Hija mía, necesito tu vista». Yo: «¿Qué significa eso?»

Salvador: «No podrás ver durante un tiempo». Yo:

«Querido Dios, ¿entonces me quedaré ciega?»

Salvador: «No ciega espiritualmente».

Yo: «Oh, Señor mío, pero eso debe de ser terrible».

Salvador: «Estaré contigo».

Yo: «Sí, Señor, puedes quedarte con mi vista. ¿Cuándo sucederá eso? ¿Será antes o después de que se me impriman los estigmas? ¿Puedo saberlo?»

Salvador: «Hija mía, sucederá cuando yo lo quiera».

Yo: «Sí, Señor y Dios mío, que suceda cuando tú quieras». Pensaba que no tenía a nadie que me cuidara.

Salvador: «Tendrás a alguien».

Yo: «¿Durará mucho esta ceguera?» Salvador: «Un tiempo».

Yo: «Pero me pides mucho». Salvador: «Es por tu progreso».

Yo: «Querido Dios, si estás conmigo, no tengo por qué preocuparme. Tú cuidarás de mí».

Salvador: «Así es».

Yo: «Sí, Señor, estoy de acuerdo». Salvador: «Te bendigo, hija mía».

El Salvador me bendijo.

11:45 h. — Querido Dios, por favor, quita de mí la preocupación de quedarme ciega. No quiero pensar en cómo será.

Salvador: «Mi querida hija, yo te quitaré esa preocupación». Yo: «Señor y Dios mío, te doy las gracias».

18:00 h. Rosario y Santa Misa en Rot.

20:00 h. Grupo de oración.

10 de octubre de 1992 - Martes

9:00 h, en la sala de médicos, ¡reunión de oración!

Salvador: «Escribe, mi querida hija, quiero que escribas. Me alegra que me hayas hablado. Tu corazón está ahora lleno de amor. Hija mía, nadie puede quitarte ese amor, a menos que tú lo permitas. Ten cuidado».

Yo: «Mi querido Padre, mi querido Espíritu Santo, mi querido Jesús. Te pido misericordia. Conserva en mí el amor que me has dado. No permitas que mantenga conversaciones inútiles. Déjame hablar y callar cuando Tú quieras. Déjame amar allí donde mi espíritu se resiste.

Déjame amar a todos con tu corazón, que es un fuego ardiente de amor. Déjame buscar primero los errores en mí misma antes de juzgar a los demás».

Salvador: «Hija mía, hablas con el corazón sincero que me pertenece. Mi querida hija, algo se avecina para ti».

Yo: «Señor y Dios mío, ¿me entristece esto? Pero no sé qué es. Por favor, dímelo. » Entonces recé: «Ven, Espíritu Santo, ven a través del Inmaculado Corazón de María, tu amada Esposa, y dime qué debo escribir. Estoy dispuesta a escribir lo que tú me inspires. Tanto si me entristece como si no, haré lo que tú quieras».

Seguía sin oír nada.

Yo: «Habla, Señor y Dios mío, tu sierva escucha».

Salvador: «Te espera mucho dolor».

Yo: «Mi querido Dios, ¿qué significa “mucho”?»

Salvador: «Hija mía, debes soportarlo todo. Reza por tu familia».

Yo: «Mi Señor y Dios, sálvalos a todos, los amo. Por favor, no dejes que se pierda ninguno». Salvador: «Hija mía, ellos no quieren arrepentirse».

Yo: «Señor mío, estoy dispuesta a sufrir por ellos, pero solo si tú lo quieres. Porque tú conoces sus corazones, pero yo no».

Salvador: «Mi querida hija, me agrada lo que has dicho. Sucederá tal como yo lo quiero. Mi querida hija, escribe algo más. La guerra en Serbia será pronto. Reza para que el enemigo se debilite».

Yo: «Rezará por estas intenciones».

Yo: «Señor y Dios mío, cuando ayer me arrodillé ante ti en el grupo de oración y te recé, sentí un fuego constante en mi corazón. Era bastante fuerte. Pensé que me estaba quemando por dentro».

Salvador: «Hija mía, era yo».

Yo: «Querido Dios, ¿tiene esto algún significado para mí?»

Salvador: «Para que puedas soportar el dolor que te sobrevendrá. Yo recompenso a mis hijos con una buena recompensa por sus buenas obras».

El Salvador me bendijo.

18:00 h. Rosario y Santa Misa en Rot.

10 de octubre de 1992 - Miércoles

8:15 h, en la sala de médicos, unión de oración!

Salvador: «Eres mi joya, hija mía».

Yo: «Señor, eso ya lo he escrito antes».

Salvador: «Escríbelo, tus preocupaciones son mis preocupaciones, hija

mía». Yo: «¿Es mi alma tan pura que puedas llamarla joya?» Salvador:

«Sí, hija mía».

Yo: «Es una sensación tan hermosa dentro de mí. Creo que la pureza del alma es el reino de Dios».

Salvador: «Con un alma pura puedo hacer lo que quiera».

Salvador: «Hija mía, escribe esto: así es la ceguera. Verás con tu corazón. Verás más que las demás personas con los ojos.

La vista es mundana, la luz del corazón es celestial. Solo yo puedo dar esta luz. Por eso ningún médico te creerá. Todo lo que veas, debes contarlo.

Un sacerdote lo anotará. No serás tú quien hable, sino que yo hablaré por ti. Hija mía, ten la certeza de que la luz del corazón vale más que la vista».

Yo: «Señor, ahora lo entiendo mejor. Te doy las gracias por habérmelo dicho». Salvador: «Hija mía, necesito algo más de ti».

Yo: «Sí, Señor, si puedo dártelo, lo tendrás».

Salvador: «Necesito tus manos. Con tus manos sanaré las almas». Yo: «Oh, Señor mío, ¿qué es lo que estás haciendo conmigo? No puedo imaginarme algo así».

Pero si estás en mí, entonces creo que algo así puede suceder. Señor, que no se haga mi voluntad, sino la tuya. Cuando se trata de la salvación de las almas, ya tienes mis manos en tus manos».

Salvador: «Hija mía, eso era lo que aún necesitaba de ti. Las curaciones se producirán cuando yo lo quiera. No cuando lo quieran los hombres».

El Señor me bendijo y dijo:

«Ve en paz, hija mía, y confía en mí».

19:00 h. Rosario y Santa Misa en la capilla de San Roque.

10 de octubre de 1992 - Jueves

Archivo 10:15 h.

¡Unión de Oración!

Salvador: «Escribe, hija mía, hay silencio».

Yo: «Jesús, Hijo del Dios vivo, mi Esposo, ¿qué debo escribir?» Salvador: «Escribe, hija mía, palabra por palabra».

Yo: «Sí, Señor».

Salvador: «Las llagas que recibirás llegarán de forma inesperada». Yo: «¿Entonces no sabré el día ni la hora en que llegarán?» Salvador: «Hija mía, eso lo decido yo».

Yo: «¿Puedo entonces ir todavía a Ratisbona?»

Salvador: «Sí, aún puedes ir. Hija mía, Satanás es ahora muy fuerte. No podrá hacerte nada si te mantienes firme. Hará todo lo posible para que no escribas. Hija mía, esfuérate y sigue escribiendo. Pronto será derrotado. No todos mis hijos le hacen caso.

Este pequeño número de mis hijos lo derrotará». Yo:

«¿Tengo que escribir algo más?»

Salvador: «Sí, escribe algo más. Las autoridades están dispuestas a hablar contigo. Escucha bien mi voz. Hija mía, mantente fiel a lo que has escrito. Yo estoy contigo. Voy a avergonzar a los poderosos. Los poderosos serán tamizados».

Yo: «¿Quiénes son los grandes?»

Salvador: «Los políticos y los obispos, ellos son los responsables del caos en este mundo. Escribe, hija mía, te pido que vayas a ver al sacerdote, el párroco Vogt. Dile que rece el rosario con los fieles antes de la Santa Misa. Dile que yo lo he pedido».

Yo: «¿Y si dice que no puede?» Salvador:

«Déjame eso a mí.»

Yo: «Querido Dios, ¿cuándo quieres que vaya a verlo?»

Salvador: «Ve a verlo hoy mismo».

Yo: «¿Debo decirle algo más, aparte de que rece el rosario?» No obtuve respuesta.

Yo: «Sí, Señor y Dios mío, hoy mismo iré a verle y le diré lo que me has dicho».

De camino a Rot, recé el rosario por el sacerdote.

A las 16:10 h recé brevemente en la iglesia de Rot.

A las 16:15 h estaba con el párroco Vogt.

Le dije lo que el Salvador le pedía.

Él volvió a decir lo mismo: «¿Cómo voy a arreglármelas con los monaguillos?».

Le dije: «Para Dios todo es posible».

Le dije: «Si estuviera en su lugar, haría lo que el Salvador les pide». Él estaba inquieto; no le parecía bien. Eso se le notaba en la cara. Le pedí que me diera la bendición y luego me fui.

18:00 h. Rosario y Santa Misa en Rot.

El párroco Vogt rezó al final de la misa una serie del rosario ante el Santísimo.

9 de octubre de 1992 -

Viernes en la sala de

médicos: ¡Unión de

oración!

Salvador: «Hija mía, ten cuidado, no des a leer a ningún obispo todo lo que has escrito. Puedes contárselo, pero debes conservar los escritos. Cuando el libro esté impreso, entonces podrán leerlo. Escribe, hija mía, el padre Gebhard Heyder te dirá lo que yo le inspire. Haz lo que él te diga. Es mi voluntad.

Yo: «Sí, Señor y Dios mío, lo haré. Querido Dios, me gustaría preguntarte si lo que le dije al pastor Vogt estuvo bien».

Salvador: «Hija mía, el comienzo es bueno».

Yo: «Le pregunté al Salvador si tenía algo que decirme sobre lo que debía decirle al pastor Gebard Heyder».

Salvador: «¡Sí! Puedes decirle que todo lo que ha hecho hasta ahora ha sido mi voluntad. Dile también algo más: su trabajo me agrada. El trabajo que ha realizado hasta ahora es bueno».

Yo: «Te doy las gracias, Señor y Dios mío, se lo transmitiré todo».

Yo: «Querido Dios, siento algo muy cálido en mi corazón. ¿Me lo habré imaginado?»

Salvador: «No, hija mía, es mi gracia. Es mi regalo para ti».

Yo: «Querido Dios, si me das un regalo así, seguro que algo me espera. Señor, quiero tener aún más de este amor para los sacerdotes».

Salvador: «Hija mía, me gusta lo que has dicho.

Pide mucho amor para los sacerdotes. Hija mía, te amo, anótalo».

Querido Jesús mío, ahora te amo tanto. Este amor está más presente en mí que nunca. Gracias, Señor y Dios mío, por tanta gracia que me has concedido. El Salvador me bendijo y me dijo: «Ve en paz, mi querida hija».

18:00 h. Rosario y Santa Misa en Rot.

10 de octubre de 1992 Sábado

07:00 h. Santa Misa en la capilla de San Roque

De 11:30 a 12:00 h, reunión de oración en casa.

Salvador: «Escucha bien, hija mía, te concedo por un tiempo mi gracia para sanar». Yo: «No, Señor, ¿he oído mal? Por favor, dígamelo otra vez».

El Salvador repitió lo mismo por segunda vez. No lo entiendo. No me parece bien, porque no soy nada».

Salvador: «Yo te sanaré».

Yo: «Señor y Dios mío, ¿qué tipo de sanación será esa?»

Salvador: «Déjame a mí estas curaciones. Tú eres mi instrumento, hija mía. Escribe, hija mía, me gusta mucho la forma en que tratas a las personas».

Yo: «Querido Dios, algunas personas me dicen que soy severa».

Salvador: «Hija mía, no hagas caso a los demás, quiero que sigas siendo tal y como eres». Yo: El Salvador me bendijo.

Domingo, 11 de octubre de 1992

8:00 h. Aparcamiento del Danubio — Ratisbona, en la autocaravana.

«Salve Regina. ¡Unión de oración!».

Salvador: «Escribe, hija mía. Quiero que escribas».

Yo: «No sé qué es lo que el Salvador quiere decirme ahora. Espero la palabra. La palabra no llega de inmediato. He pasado un rato en silencio».

Salvador: «El padre Gebhard Heyder sigue hoy contigo. Después vendrá a mí». Yo: «¿Es esta la última vez que estoy con él?».

Salvador: «Sí».

Yo: «Pero eso me afecta mucho. Lloré. Señor y Dios mío, entonces ya no tendré más sacerdote».

Salvador: «Hija mía, vendrá uno a Rot».

04/10/1992 - Domingo

7:30 - 9:00

¡Reunión de oración!

Primero, oración ante la estatua de la Virgen María.

Luego, reunión de nuevo en la cocina, donde recibí el mensaje del Salvador: Salvador: «Hija mía, deseo que escribas. He aceptado tu amor por mí. No es un amor adulator».

Yo: «¿Debo escribir eso?»

Salvador: «Sí, escribe. Me ha gustado cómo has rezado hoy. Sigue así. Me alegra que vayas a ver al padre Gebhard. También es mi deseo. Volveré a hablarte a través de él. Confía en él. Hija mía, me alegra especialmente que hayas aceptado estos sufrimientos. La prueba está llegando a su fin».

Yo: «Querido Dios, explícame eso con más detalle».

Salvador: «Estás siendo puesta a prueba, hija mía, por los sufrimientos que vas a recibir. Hija mía, sigue amándome como hasta ahora. Yo te daré aún más de mi amor. Tú pides cada vez más y yo te daré cada vez más».

Yo: «Querido Dios, quiero preguntarte algo más: llevo varios meses con dolor en el hombro y en el brazo izquierdo. Ni los ungüentos ni los baños de sal me alivian. ¿Estos dolores provienen de ti, o puedo acudir a un hospital para que me los traten los médicos?»

Salvador: «Tampoco en el hospital podrá ayudarte nadie. Estos dolores son míos. Son el prelude de los dolores que aún te esperan».

Salvador: «Me has entregado tu salud, hija mía».

Yo: «Que sea como tú quieras. Te ofrezco estos dolores por la conversión de los pecadores y por la salvación de las almas».

Salvador: «Hija mía, las tormentas que aún están por venir causarán un gran daño. Rezad por estas intenciones. Habrá muchas guerras nuevas. Los hombres se han vuelto tibios. No han reconocido a su Padre. Han dado preferencia a lo mundano, pero lo mundano no puede salvarlos. La naturaleza se rebela contra sus pecadores. Hija mía, la gran enfermedad que va a estallar está en sus inicios. Esta enfermedad arrasará los países. No hay medicina para esta enfermedad. Se lleva consigo a ricos y pobres, a malos y a buenos.

Se abalanza sobre las personas de repente. Nadie puede esconderse de ella ni salvarse de ella. Llega adonde yo quiero. Se llevará a muchas naciones de la tierra. Yo:

«¿Tiene esta enfermedad un nombre?»

Salvador: «Es una enfermedad nueva. Aún no tiene nombre, pero lo tendrá. Hija mía, debes rezar mucho».

Yo: «¿Puedo leerle esto a mi grupo de oración?»

Salvador: «Hay que escribir el libro lo antes posible, así podrán leerlo todos. Si les dices algo ahora, no te creerán. Solo escuchan lo que dice la mayoría de la gente; solo lo creerán cuando lo vean. La fe es superficial y no tiene raíces».

Yo: «Querido Dios, ya no puedo seguir escribiendo. Por favor, perdóname».

Yo: El Salvador me bendijo...

10:00 h. Santa Misa en Rot, había poca gente en la iglesia

13:00 h: Rosario y devocional.

5 de octubre de 1992 - Lunes

9:00 h, en la sala de médicos, ¡reunión de oración!

Desde esta mañana tengo un fuerte dolor de cabeza. Le dije al Salvador que lo ofrecía por la conversión de los pecadores y la salvación de las almas. Le dije además que no necesitaba quitarme el dolor.

Después me uní al Salvador. Ahora sentía un calor en mi corazón. Es una sensación agradable. Se nota que el Señor está conmigo.

Salvador: «Sí, hija mía, estoy contigo. Hay mucho que expiar por las almas. Hija mía, necesito de ti...»

Yo: «Mi Señor y Dios, mi querido Jesús. Te doy lo que necesitas, aunque no sé qué es lo que necesitas de mí».

Salvador: «Hija mía, necesito tu vista». Yo: «¿Qué significa eso?»

Salvador: «No podrás ver durante un tiempo». Yo:

«Dios mío, ¿entonces me quedaré ciego?». Salvador:

«No ciego espiritualmente».

Yo: «Oh, Señor mío, eso debe de ser terrible». Salvador:

«Estaré contigo».

Yo: «Sí, Señor, puedes quedarte con mi vista. ¿Cuándo sucederá eso? ¿Será antes o después de que se me impriman los estigmas? ¿Puedo saberlo?»

Salvador: «Hija mía, sucederá cuando yo lo quiera». Yo: «Sí, Señor y Dios mío, que suceda cuando tú quieras».

Pensaba que no tenía a nadie que me cuidara.

Salvador: «Tendrás a alguien».

Yo: «¿Durará mucho esta ceguera?» Salvador:

«Un tiempo».

Yo: «Pero me estás pidiendo mucho».

Salvador: «Es por tu propio bien».

Yo: «Querido Dios, si tú estás conmigo, no tengo por qué preocuparme. Tú cuidarás de mí».

Salvador: «Así es».

Yo: «Sí, Señor, estoy de acuerdo». Salvador: «Te bendigo, hija mía».

Yo: El Salvador me bendijo...

11:45 h – Querido Dios, por favor, quita de mí la preocupación de quedarme ciega. No quiero pensar en cómo será.

Salvador: «Mi querida hija, yo te quitaré esa preocupación». Yo: «Señor y Dios mío, te doy las gracias».

18:00 h. Rosario y Santa Misa en Rot.

20:00 h. Grupo de oración.

10 de octubre de 1992 - Martes

¡A las 9:00 h en la sala de

médicos, reunión de

oración!

Salvador: «Escribe, mi querida hija, quiero que escribas. Me alegra que me hayas hablado. Tu corazón está ahora lleno de amor. Hija mía, nadie puede quitarte este amor, a menos que tú des tu consentimiento. Ten cuidado».

Yo: «Mi querido Padre, mi querido Espíritu Santo, mi querido Jesús. Te pido misericordia. Conserva en mí el amor que me has dado. No permitas que mantenga conversaciones inútiles. Déjame hablar y callar cuando Tú quieras. Déjame amar allí donde mi espíritu se resiste.

Déjame amar a todos con tu corazón, que es un fuego ardiente de amor. Déjame buscar primero los errores en mí misma antes de juzgar a los demás».

Salvador: «Hija mía, hablas con el corazón sincero que me pertenece. Mi querida hija, algo se avecina para ti».

Yo: «Señor y Dios mío, ¿me entristece esto? Pero no sé qué es. Por favor, dímelo. » Entonces recé: «Ven, Espíritu Santo, ven a través del Inmaculado Corazón de María, tu amada Esposa, y dime qué debo escribir. Estoy dispuesta a escribir lo que tú me inspires. Tanto si me entristece como si no, haré lo que tú quieras».

Seguía sin oír nada.

Yo: «Habla, Señor y Dios mío, tu sierva escucha».

Salvador: «Te espera mucho dolor».

Yo: «Mi querido Dios, ¿qué significa “mucho”?»

Salvador: «Hija mía, debes soportarlo todo. Reza por tu familia».

Yo: «Mi Señor y Dios, sálvalos a todos, los amo. Por favor, no dejes que se pierda ninguno». Salvador: «Hija mía, ellos no quieren arrepentirse».

Yo: «Señor mío, estoy dispuesta a sufrir por ellos, pero solo si tú lo quieres. Porque tú conoces sus corazones, pero yo no».

Salvador: «Mi querida hija, me agrada lo que has dicho. Sucederá tal como yo lo quiero. Mi querida hija, escribe algo más. La guerra en Serbia será pronto. Reza para que el enemigo se debilite».

Yo: «Rezará por estas intenciones».

Yo: «Señor y Dios mío, cuando ayer me arrodillé ante ti en el grupo de oración y te recé, sentí un fuego constante en mi corazón. Era bastante fuerte. Pensé que me estaba quemando por dentro».

Salvador: «Hija mía, era yo».

Yo: «Querido Dios, ¿tiene esto algún significado para mí?»

Salvador: «Para que puedas soportar el dolor que te sobrevendrá. Yo recompenso a mis hijos con una buena recompensa por sus buenas obras».

Yo: El Salvador me bendijo...

18:00 h. Rosario y Santa Misa en Rot.

10 de octubre de 1992 - Miércoles

8:15 h, en la sala de médicos, ¡unión de oración!

Salvador: «Eres mi joya, hija mía».

Yo: «Señor, eso ya lo he escrito antes».

Salvador: «Escribelo, tus preocupaciones son mis preocupaciones, hija mía». Yo: «¿Es mi alma tan pura que puedas llamarla joya?» Salvador:

«Sí, hija mía».

Yo: «Es una sensación tan hermosa dentro de mí. Creo que la pureza del alma es el reino de Dios».

Salvador: «Con un alma pura puedo hacer lo que quiera».

Salvador: «Hija mía, escribe esto: así es la ceguera. Verás con tu corazón. Verás más que las demás personas con los ojos.

La vista es mundana, la luz del corazón es celestial. Solo yo puedo dar esta luz. Por eso ningún médico te creará. Todo lo que veas, debes contarlo.

Un sacerdote lo anotará. No serás tú quien hable, sino que yo hablaré por ti. Hija mía, ten la certeza de que la luz del corazón vale más que la vista».

Yo: «Señor, ahora lo entiendo mejor. Te doy las gracias por habérmelo dicho». Salvador: «Hija mía, necesito algo más de ti».

Yo: «Sí, Señor, si puedo dártelo, lo tendrás».

Salvador: «Necesito tus manos. Con tus manos sanaré las almas». Yo: «Oh, Señor mío, ¿qué es lo que estás haciendo conmigo? No puedo imaginarme algo así».

Pero si estás en mí, entonces creo que algo así puede suceder. Señor, que no se haga mi voluntad, sino la tuya. Cuando se trata de la salvación de las almas, ya tienes mis manos en tus manos».

Salvador: «Hija mía, eso era lo que aún necesitaba de ti. Las curaciones se producirán cuando yo lo quiera. No cuando lo quieran los hombres».

El Señor me bendijo y dijo:

«Ve en paz, hija mía, y confía en mí».

19:00 h. Rosario y Santa Misa en la capilla de San Roque.

10 de octubre de 1992 - Jueves

Archivo 10:15 h

¡Unión de Oración!

Salvador: «Escribe, hija mía, hay silencio».

Yo: «Jesús, Hijo del Dios vivo, mi Esposo, ¿qué debo escribir?» Salvador: «Escribe, hija mía, palabra por palabra».

Yo: «Sí, Señor».

Salvador: «Las llagas que recibirás llegarán por sorpresa». Yo: «¿Entonces no sabré el día ni la hora en que vendrán?» Salvador: «Hija mía, eso lo decido yo».

Yo: «¿Puedo entonces ir todavía a Ratisbona?»

Salvador: «Sí, aún puedes ir. Hija mía, Satanás es ahora muy fuerte. No podrá hacerte nada si te mantienes firme. Hará todo lo posible para que no escribas. Hija mía, esfuérzate y sigue escribiendo. Pronto será derrotado. No todos mis hijos le hacen caso. Este pequeño número de mis hijos lo derrotará».

Yo: «¿Tengo que escribir algo más?»

Salvador: «Sí, escribe algo más. Las autoridades están dispuestas a hablar contigo. Escucha bien mi voz. Hija mía, mantente fiel a lo que has escrito. Yo estoy contigo. Voy a avergonzar a los poderosos. Los poderosos serán tamizados».

Yo: «¿Quiénes son los grandes?»

Salvador: «Los políticos y los obispos, ellos son los responsables del caos en este mundo. Escribe, hija mía, te pido que vayas a ver al sacerdote, el párroco Vogt. Dile que rece el rosario con los fieles antes de la Santa Misa. Dile que yo se lo he pedido».

Yo: «¿Y si dice que no puede?» Salvador:

«Déjame eso a mí.»

Yo: «Querido Dios, ¿cuándo quieres que vaya a verlo?»

Salvador: «Ve a verlo hoy mismo».

Yo: «¿Debo decirle algo más, aparte de que rece el rosario?» No obtuve respuesta.

Yo: «Sí, Señor y Dios mío, hoy mismo iré a verlo y le diré lo que me has dicho».

De camino a Rot, recé el rosario por el sacerdote.

A las 16:10 h recé brevemente en la iglesia de Rot.

A las 16:15 h estaba con el párroco Vogt.

Le dije lo que el Salvador le pedía.

Él volvió a decir lo mismo: «¿Cómo voy a arreglármelas con los monaguillos?».

Le dije: «Para Dios todo es posible».

Le dije: «Si estuviera en su lugar, haría lo que el Salvador les pide». Él estaba inquieto; no le parecía bien. Eso se le notaba en la cara. Le pedí que me diera la bendición y luego me fui.

18:00 h. Rosario y Santa Misa en Rot.

El párroco Vogt rezó al final de la misa una serie del rosario ante el Santísimo.

09/10/1992 - Viernes.

¡Reunión de oración
en la sala de
médicos!

Salvador: «Hija mía, ten cuidado, no des a leer a ningún obispo todo lo que has escrito. Puedes contárselo, pero debes guardar los escritos. Cuando el libro esté impreso, entonces podrán leerlo. «Escribe, hija mía: el padre Gebhard Heyder te dirá lo que yo le inspire. Haz lo que él te diga. Esa es mi voluntad».

Yo: «Sí, Señor y Dios mío, lo haré. Querido Dios, quisiera preguntarte si fue correcto lo que le dije al párroco Vogt».

Salvador: «Hija mía, el comienzo es bueno».

Yo: «Le pregunté al Salvador si tenía algo que decirme sobre lo que debía decirle al párroco Gebhard Heyder».

Salvador: «¡Sí! Puedes decirle que todo lo que ha hecho hasta ahora ha sido por mi voluntad. Dile también algo más: su trabajo me gusta. El trabajo que ha realizado hasta ahora es bueno».

Yo: «Te doy las gracias, Señor y Dios mío, se lo transmitiré todo».

Yo: «Querido Dios, siento algo muy cálido en mi corazón. ¿Me lo habré imaginado?»

Salvador: «No, hija mía, es mi gracia. Es mi regalo para ti».

Yo: «Querido Dios, si me das un regalo así, seguro que algo me espera. Señor, quiero tener aún más de este amor para los sacerdotes».

Salvador: «Hija mía, me gusta lo que has dicho. Pide mucho amor para los sacerdotes. Hija mía, te amo, anótalo».

Yo: «Mi querido Jesús, ahora te amo tanto. Hay más amor en mí que de costumbre. Gracias, Señor y Dios mío, por tanta gracia que me has concedido».

Yo: El Salvador me bendijo y continuó diciendo: «Ve en paz, mi querida hija».

18:00 h. Rosario y Santa Misa en Rot.

10 de octubre de 1992 - Sábado

07:00 h. Santa Misa en la capilla de San Roque

De las 11:30 a las 12:00 h, reunión de oración en casa.

Salvador: «Escucha bien, hija mía, te concedo por un tiempo mi gracia para sanar». Yo: «No, Señor, ¿he oído mal? Por favor, repítemelo».

El Salvador repitió lo mismo por segunda vez.

Yo: «No lo entiendo. No me parece bien, porque no soy nada». Salvador: «Yo sanaré en ti».

Yo: «Mi Señor y Dios, ¿qué tipo de curación será esa?»

Salvador: «Deja esas curaciones en mis manos. Tú eres mi instrumento, hija mía. Escribe, hija mía, me gusta mucho la forma en que tratas a las personas».

Yo: «Querido Dios, algunas personas me dicen que soy severa».

Salvador: «Hija mía, no hagas caso a los demás, quiero que sigas siendo tal y como eres». Yo:

El Salvador me bendijo...

11 de octubre de 1992 - Domingo

8:00 h. Aparcamiento del Danubio - Ratisbona, en la autocaravana «Salve Regina». ¡Unión de oración!

Salvador: «Escribe, hija mía. Quiero que escribas».

Yo: No sé qué quiere decirme ahora el Salvador. Espero la palabra. La palabra no llega de inmediato. He pasado un rato en silencio.

Salvador: «El padre Gebhard Heyder sigue hoy contigo. Después vendrá a mí». Yo: «¿Es esta la última vez que estoy con él?»

Salvador: «Sí».

Yo: «Pero eso me afecta mucho. Lloré. Señor y Dios mío, entonces ya no tendré sacerdote».

Salvador: «Hija mía, vendrá uno a Rot».

Yo: «No hace falta que le diga al padre Gebhard Heyder que tú lo vas a llevar».

Salvador: «No, él lo sabe».

Yo: «Querido Salvador, anoche sentí que algo así le iba a pasar. Querido Dios, ¿quieres que anote algo más?»

Salvador: «Sí, escribe algo más: todo lo que el padre Gebhard te diga hoy, debes guardarlo bien. No dudes, hija mía. Muéstrale al padre Gebhard un rostro amable».

Yo: «¿Cómo voy a hacerlo si tengo que llorar?»

Salvador: «Te daré la gracia necesaria para ello».

Yo: «He quedado con él aquí, en la autocaravana Salve Regina, a las 13:30. Me ha prometido que vendrá».

Salvador: «Así lo he querido. Hija mía, me alegra que quieras tanto al padre Gebard. Dile que lo amo».

Yo: «Sí, Señor y Dios mío, se lo diré». El Salvador me bendijo después.

El padre Gebhard vino tal y como habíamos quedado. Pasé más de cuatro horas con él en la autocaravana. Al final, me confesé con él. Le leí el diario que el Salvador me había inspirado. Me confirmó que eso provenía del Salvador y que debía seguir escribiendo sin falta lo que el Salvador me inspirara. Me resulta muy difícil despedirme de él. Le dije que ya no volvería a verlo y que por eso ya había llorado esta mañana en la iglesia. Le he dado fuerzas, igual que él a mí. Nos hemos despedido con gran dolor.

Sentí como si alguien me hubiera arrancado un pedazo del corazón. Durante todo el camino de vuelta a casa recé por él.

Asistí a la Santa Misa en la iglesia de los Carmelitas; la homilía fue buena.

12/10/1992 - Lunes

8:30 h en la sala de médicos: ¡Unión de Oración!

Salvador: «Hija mía, escribe esto: te amo. Ayer nada salió mal, todo salió bien. No te preocupes, porque yo estaba con vosotros. El padre Gebhard vendrá a verme en los próximos días. Esa es mi voluntad. Me ha alegrado lo que le dijiste. Hoy lo meditará y lo comprenderá. Te quiere mucho. Ayer le diste mucha alegría».

Salvador: «Hija mía, sigue escribiendo. La próxima gran catástrofe está a las puertas. Afectará a mucha gente. Nadie puede detener esta catástrofe. Dejará a su paso devastación. Rezad mucho por los moribundos. Hija mía, se te avecina algo».

Yo: «Mi querido Jesús, te escucho».

Salvador: «Las llagas se te grabarán. Prepárate, están muy cerca. Me gusta tu valor. Es mi gracia, hija mía».

Yo: «Señor y Dios mío, te doy gracias por esta gracia. ¿Puedes decirme algo, por favor? ¿Qué quieres decir cuando me dices: “¡Prepárate!”?»

Salvador: «Debes expiar mucho para que se salven muchas almas».

Yo: «Sí, Señor, lo he entendido. Con tu gracia, lo haré».

Salvador: «Los sufrimientos expiatorios serán insoportables al principio. Así debe ser. Nadie puede jactarse de las llagas y a nadie le han gustado. Solo mi amor puede soportarlas.

No tienes que hacer caso a los demás cuando muchos te digan que te jactas de las llagas, ya que no llevarás guantes. El espíritu impuro es quien inspira esas palabras».

Salvador: «El padre Gebhard ha reconocido que recibirás las llagas, pues le he dado mi luz. Sin mi luz, nadie puede reconocer nada».

Yo: «Señor y Dios mío, todo lo que me vaya a suceder, lo pongo en tus manos por medio del Inmaculado Corazón de María. Haz lo que quieras, soy tu sierva; hágase en mí según tu palabra».

Salvador: «Te bendigo, hija mía».

El Salvador me bendijo.

18:00 h. Santa Misa y Rosario en Rot

20:00 h: Grupo de oración

13/10/1992 - Martes

8:30 h. Sala de médicos. ¡Asociación de Oración!

Salvador: «Mi querida hija, escribe esto: al principio debes guardar en silencio las llagas que recibas. Yo guiaré a la gente hacia ti. No todos los que acudan a ti son orantes.

Muchos de ellos se apartarán. Mis ovejas escuchan mi voz; no te preocupes si durante algún tiempo hay menos gente en tus grupos de oración».

Yo: «Sí, Señor, haré lo que dijiste al principio. Guardaré en silencio las llagas al principio».

Salvador: «Al principio necesitas mucha tranquilidad. La inquietud de las personas puede hacerte daño. Hija mía, prepárate para lo que te espera. Me agrada tu amor por mí.

Escribe algo más, hija mía. Las llagas son mis signos y solo yo puedo imprimirlos. Nadie puede imitarlos. Pueden desaparecer cuando yo quiera, y también pueden permanecer todo el tiempo que yo quiera. Las llagas que recibas permanecerán todo el tiempo que yo quiera. Las llagas tienen un tamaño y una profundidad determinados.

«Coinciden con las más en el Gólgota. Sentirás un gran dolor cuando se graben. Reza para que puedas soportar ese dolor. Ten paciencia con todo lo que te espera. La paciencia es una gran virtud».

Yo: «Señor, concédeme, por favor, la gran gracia de tener paciencia y perseverancia para soportar esto contigo y con otras personas.

El Salvador me bendijo.

18:00 h: Santa Misa y rosario en Rot.

14/10/1992 - Miércoles

8:30 h, en la sala de médicos, ¡unión de oración!

Salvador: «Hija mía, anhelas mucho amor y yo te lo daré. Mucho amor significa mucho sufrimiento. ¿Lo quieres, hija mía?»

Yo: «Mi gran amor, contigo sí, porque te amo por encima de todo y porque tú lo eres todo para mí. Tengo una gran sed de salvar las almas. El camino hacia ti pasa por la cruz hacia la luz. En la cruz hay salvación, esperanza y vida. En la cruz está la salvación del mundo.

Señor, te pertenezco por completo, haz conmigo lo que quieras». Salvador: «Mi querida hija, sufrirás mucho».

Yo: «Mi Señor y Dios, mi querido Esposo, también te amaré mucho. ¡Porque el sufrimiento contigo se transformará en amor, y el amor es más fuerte que todos los sufrimientos del mundo!»

Salvador: «Hija mía, llegará el momento en que las personas sufrirán sin quererlo. Quien se resista a aceptar mi cruz no puede ser mi discípulo. Solo a través de mi cruz tendréis la vida eterna. Amad cada cruz que recibáis. Tendréis que recibir muchas cruces».

Yo: «Ahora pensaba en mis dolores en el brazo izquierdo y en mis hombros».

Salvador: «Esos son sufrimientos expiatorios por mi parte. Puedes ofrecerme cualquier sufrimiento tantas veces como quieras. Esto da sus frutos. Debéis ofrecerme mucho para que tengáis muchos frutos».

Yo: «¿Tengo que anotar algo más, Dios mío?» Salvador: «Sí, los dolores que recibirás son incurables.» Yo: «¿Qué quieres decir con eso, Señor?»

Salvador: «Los médicos no pueden curarte. Sin sufrimiento, estarás en el otro mundo». Yo: «Eso significa que sufres conmigo y en mí. Así no estaré separada de ti. ¡Entonces tú eres el Jesús que sufre en mí!».

Salvador: «Mi querida hija, así es. El Salvador me bendijo».

19:00 h. Rosario y Santa Misa en la capilla de San Roque

15/10/1992 - Jueves

¡Unión de oración en la sala de médicos!

Recé con fervor y le dije al Salvador:

Yo: «Señor, quiero amarlos a todos con tu amor».

Salvador: «El amor está ahí, debéis hacerlo. Podrís sacar mucho amor. La fuente aún no se ha agotado, cada uno puede sacar todo el que quiera. El amor no tiene medida».

Yo: «Oh, Señor, dame mucho amor para que pueda compartirlo. Ahora siento un fuego en mi corazón».

Salvador: «Es mi amor».

Yo: «Este fuego ardiente lo he sentido a menudo últimamente. El Salvador viene a mí cuando quiere. Este fuego de amor también lo siento cuando no estoy unida al Salvador. Entonces siento que el Salvador está ahí. Lo importante es que el alma esté siempre pura».

Salvador: «Mi novia, te amo. Nada puede separarnos ya. Tú estás en mí, hija mía. Puedo hacer contigo lo que quiera».

Yo: «Sí, mi Señor y Dios, puedes hacer lo que quieras conmigo, para ello tienes mi consentimiento».

Salvador: «Mi querida hija, escribe: los sufrimientos sangrientos están a punto de comenzar. Debo empezar ahora, pues tengo sed. Tú eres el instrumento del que me sirvo. Quédate fiel, por favor».

Yo: «Oh, Señor mío, concédeme, por favor, la gracia de poder permanecer fiel. Porque por mí misma no puedo hacer nada. Sin tu gracia, soy incapaz de ser fiel. Señor mío, hasta ahora te he sido fiel. Porque tú me has dado la virtud de la fidelidad.

Salvador: «Sí, hija mía, quería saber si ya lo habías olvidado».

Yo: «Pero Señor, tu palabra vive en mí. Tu palabra viva no puede borrarse si uno está siempre contigo».

Salvador: «Mi querida hija, así es. Ámame más, hija mía».

Yo: «Lo haré, mi querido Esposo. Mi deseo es amarte mucho. El Salvador me bendijo.
19:00 h. Rosario y Santa Misa en la capilla de San Roque.

16/10/1992 - Viernes

8:30 h, en la sala de médicos, unión de oración!

Salvador: «Hija mía, escríbelo, es importante». Yo: «Sí, mi querido y misericordioso Dios».

Salvador: «Hija mía, quiero que me ofrezcas todos los sufrimientos que vas a recibir por mis hijos descarriados, para que encuentren el camino de vuelta a la casa del Padre».

Yo: «Sí, Señor y Dios mío, lo haré».

Salvador: «Los sufrimientos están tan cerca que es como si ya hubieran ocurrido. Hija mía, prepárate, porque pueden llegar en cualquier momento».

Yo: «Pero Señor, ahora estoy en mi lugar de trabajo. Ya no entiendo nada. ¿Cómo voy a entenderlo?».

Salvador: «Hija mía, no necesitas entender nada. Me basta con que me ames. Tu mente es mi mente».

Yo: «Sí, Señor, una cosa sé: que te amo mucho».

Salvador: «Escríbelo, te regalo mucho amor. Este amor te dará fuerzas y no tendrás miedo. Hija mía, lo que he comenzado, también lo terminaré. Es mi voluntad estar en ti y permaneceré en ti, por lo que no estarás sola. No te abandonaré. Permaneceré en ti y sufriré contigo. Ten mucha confianza en mí».

Yo: «Querido Dios, no sé qué decir».

Salvador: «No digas nada, sé lo que piensas».

Yo: «Será muy difícil para mí, porque ahora no tengo sacerdote y ya no volveré a ver al padre Gebhard. Y ya no tengo a nadie como el padre Gebhard. Pero te tengo a ti. Tú solo bastas. Tú eres el más grande de todos los sacerdotes.

Con eso me consolaré».

Salvador: «Ya tengo un sacerdote para ti. Vendrá cuando yo lo quiera y cuando llegue el momento».

Salvador: «Mi voluntad es que tengas un director espiritual que te guíe».

Yo: «Señor y Dios mío, te doy gracias por que, después de todo, vaya a tener un director espiritual». Salvador: «Mi querida hija, ¿me oyes?»

Yo: «Sí».

Salvador: «Sigue escribiendo. El fuego de mi amor te purificará. Deja que este fuego arda. Este es el fuego de mi amor».

El Salvador me bendijo.

Durante todo el día sentí una gran alegría. Mi corazón ardía de amor. El Salvador me concedió tanta gracia. Pero el espíritu impuro intentó tentarme varias veces a caer en la tentación.

18:00 h: Rosario y misa en Rot.,

17 de octubre de 1992 - Sábado

A las 7:00 h asistí a la Santa Misa en la capilla de San Roque. Después de la Santa Misa, recé durante aproximadamente media hora más.

De 16:30 a 17:45 recé en la iglesia de Rot. Hoy no he escrito ningún mensaje.

10 de octubre de 1992 - Domingo

De las 6:30 a las 9:00 h, reunión de oración.

Salvador: «Te doy las gracias, hija mía, por haber hablado tanto tiempo conmigo. He aceptado todo lo que le has encomendado a tu Madre celestial».

A través de ella es el camino más rápido hacia mí. Ella fue quien más rápido os entregó a mí. Ámala mucho, porque sus hijos la aman poco».

Salvador: «Mi querida hija, escribe».

Yo: «Jesús, Hijo del Dios vivo, ¿qué debo escribir? Ahora lo creo todo porque sé que estoy en ti. Es una calma infinita, paz, sí, el calor irradia en mi corazón. Realmente no sé qué voy a escribir ahora. Espero la voz que recibo en mi corazón, porque esto no tiene nada que ver con mi mente. Porque me concentro plenamente en lo que recibo en mi corazón. Espero hasta que vuelva a oír algo».

Salvador: «Sí, hija mía, así es, lo que has escrito. Por ti misma no puedes hacer nada. Hija mía, escribe: Hija mía, se avecinan tiempos difíciles para vosotros.

El enemigo quiere llevarse muchas más almas que hasta ahora. Se avecinan grandes catástrofes. Alemania está amenazada por una gran catástrofe. Esta vez se perderán muchas almas. Casi todas se perderán. Porque ya no rezan. Las almas están frías. Incluso los obispos se perderán.

Yo: «Querido Dios, seguro que lo he escrito mal».

El Salvador repitió y volvió a decir lo mismo. Me advirtió una vez más que lo anotara.

Salvador: «Han sumido a mi Iglesia en la confusión. Y han dispersado a mis ovejas. Ya no son capaces de reunirlos. Los hijos descarriados van por el camino ancho, avanzan rápidamente. Satanás los ha capturado a todos. El camino ancho es el camino de la perdición. Hija mía, ten paciencia con el sufrimiento. La hora correcta aún no ha llegado, pero está a las puertas. Prepárate para mi obra. Debe suceder así, para mi Padre, tal como mi Padre, Yo y el Espíritu Santo queremos. Nada sucede sin nuestra voluntad. Me alegra, hija mía, que anheles sufrir conmigo. Eso es lo que hace el amor que has recibido de mí. Y con ese amor me amas».

Salvador: «Hija mía, escribe algo más. Ya no trabajarás mucho tiempo más en la clínica psiquiátrica. Es mi voluntad. En casa tendrás que ocuparte de los peregrinos. Muchos te pedirán consejo. Sé amable y cariñosa con todos. La mayoría de ellos están desamparados. Muchos han perdido la confianza en los sacerdotes. Deben volver a la Iglesia. A la Iglesia de Pedro. Pide por ellos mucho amor. Solo el amor puede salvarlos».

Yo: «Mi Señor y Dios, lo he entendido. Te doy las gracias. Haré todo con tu gracia y la fuerza que me das».

Salvador: «Mi querida hija, te amo. Tienes una gran protección sobre ti. Confía en esa protección.

Yo: El Salvador me bendijo.

10:00 h. Santa Misa

13:00 h. Rosario y devoción.

19/10/1992 - Lunes

¡Reunión de oración
en la sala de
médicos!

Salvador: «Mi querida hija, escribe esto: los sufrimientos que recibes solo tienen un gran valor si estás unida a mí».

Yo: «Señor, pero entonces siempre estaré unida a ti».

Salvador: «Pero puedes apartarte de mí. Hija mía, tienes libre albedrío».

Yo: «Pero, Señor, si te entrego mi voluntad, no puedo apartarme de ti». Salvador: «Si me entregas tu voluntad, entonces no».

Yo: «Mi Señor y Dios, mi Dios Trino, mi querido Jesús. Te entrego mi voluntad para que nunca me aleje de ti, para estar unida a tu amor y cumplir siempre tu voluntad. Así lo deseo y así creo que uniré mi sufrimiento contigo».

Salvador: «Mi querida hija, me alegra lo que has escrito. Escríbelo: el Dios Trino te ama».

Salvador: «Escribe, hija mía, todo lo que suceda, primero debes contármelo a mí». Yo: «Sí, Señor, lo haré».

Salvador: «Escríbelo, hija mía, es importante. Mi querida hija, debes soportar los sufrimientos como yo quiero».

Yo: «Señor mío, no lo entiendo en absoluto».

Salvador: «Habrá días en los que tendrás más o menos dolor. El dolor es guiado por mí, por eso no necesitas esperar ningún alivio».

Yo: «Querido Dios, ahora la cosa se está poniendo seria. Por favor, concédeme la gracia, cuando llegue el momento, de poder soportar bien el sufrimiento y de recibir la fortaleza necesaria para ello. Oh, Señor y Dios mío, haz lo que tú quieras. Te amo tanto. Ya no puedo expresarlo con palabras, pero tú mismo lo sabes. Estoy dispuesta a sufrir contigo. Tengo una gran esperanza. En el cielo no hay sufrimiento. Me llena de alegría poder sufrir contigo aquí en la tierra».

Salvador: «Mi querida hija, me ha alegrado oír eso de ti». Yo: El Salvador me bendijo.

18:00 h. Rosario y Santa Misa en Rot

10 de octubre de 1992

- Martes En la sala de médicos, ¡Unión de Oración!

Salvador: «Hija mía, me gusta todo lo que has escrito hasta ahora.

Hija mía, no escribes lo que tú quieres, sino lo que yo quiero. La voz que oyes es mi voz.

Hija mía, no vas a

Podrán convencerse, porque ellos mismos no oyen nada, pero por las palabras que tú pronuncies reconocerán que soy yo. Eso no podrán negarlo. Hija mía, prepárate, pues ya no falta mucho para que comience el sufrimiento continuo que padecerás en la tierra. Yo soy el Señor y Dios. Yo llevaré a cabo mi obra. Tú eres mi instrumento, del que me sirvo. Hija mía, recibirás mi amor en abundancia, pues yo soy el amor. Tu sufrimiento será mi amor».

Yo: «El Salvador me bendijo».

18:00 h. Rosario y Santa Misa en Rot

10 de octubre de 1992

- Miércoles En la sala de médicos, reunión de oración.

Salvador: «Quiero que lo anotes, porque lo necesitarás más adelante». Yo: «Mi querido Jesús, ¿qué debo anotar?».

Salvador: «Hija mía, aún hay mucho que escribir».

Yo: «Señor, voy a escribir, pero concédeme, por favor, la gracia de poder escribir más, y también para Marion, porque lo que escribimos es muy poco».

Salvador: «Hija mía, debéis esforzaros por escribir, pues es mi voluntad que se escriba rápidamente. Ya habéis recibido la gracia para escribir. Hija mía, necesito algo de ti».

Yo: «¿Otra vez? Pensaba que ya te lo había dado todo. ¿Puedo saber qué es?»

Salvador: «Debes encomendarme todas las almas. Todas deben ser salvadas. Sufrirás por todas las almas».

Yo: «Señor y Dios mío, has dicho que muchas almas ya no viven».

Salvador: «Hija mía, entrégame también a esas almas. Hija mía, yo puedo resucitarlas de entre los muertos».

Yo: «Pero si ellos han elegido al padre de la mentira».

Salvador: «En la cruz está la salvación, en la cruz está la vida».

Yo: «¡Gracias a tu crucifixión en mí, también los grandes pecadores pueden ser salvados!»

Salvador: «Sí, hija mía, así es».

Yo: «Mi Señor y Dios, entonces me da miedo el sufrimiento».

Salvador: «Conmigo no tendrás miedo».

Yo: «Sí, mi Señor y Dios, lo haré como tú quieras. Señor, hágase tu voluntad». Salvador: «Haz todo como yo quiero».

Yo: «Sí, lo haré con tu gracia».

Pensé en aquel domingo en que el Salvador me dijo que casi todas las almas se perderían a causa de una catástrofe.

Salvador: «No te preocupes por si ocurre algo. Eso es asunto mío. Tu tarea es escribir todo esto. Yo puedo cambiarlo como quiera. Tengo poder sobre todo. Nada podéis hacer sin mí. Hija mía, mantente fiel a mí. Ya tengo preparado mi plan para ti.

Debe cumplirse».

Yo: El Señor me ha bendecido.

12:00 h. Capilla

Salvador: «Mi amor es eterno. Los sufrimientos en la tierra son breves. Hija mía, escribe: sufrir conmigo es una gran gracia. Por eso, ofrécete a sufrir conmigo. Estos sufrimientos se unirán a mi amor».

A las 16:30 h estuve en la clínica de otorrinolaringología; me invitó el doctor Meier.

Hubo varias conferencias. La conferencia del doctor Meier terminó hacia las 19:10. Salí del aula y me dirigí a toda prisa a la capilla de San Roque, en Mingolsheim.

Llegué a la capilla a las 19:35. La calle estaba mojada y recé durante todo el camino hasta allí.

Anhelaba tanto recibir al Salvador. Después de la Santa Misa, conversé con el nuevo sacerdote durante unos 30 minutos. Este padre, procedente de Filipinas, estaba allí hoy por primera vez. Creo que fue voluntad del Salvador que hablara con él. El aula de la clínica de otorrinolaringología está a unos 30 km de la capilla de San Roque en Mingolsheim/Bad Schönborn.

22/10/1992 - Jueves

8:30 h en la sala de médicos: ¡Unión de Oración!

Salvador: «Es mi voluntad que se imprima lo que escribes. Quiero que mantengas la distancia con todos aquellos con quienes entres en conversación. Todos intentarán influir en ti para que creas que esa voz que oyes no es mía. Habla con ellos lo que sea necesario. Ámalos a todos. Hija mía, llegará un tiempo en el que todos te abandonarán. Entonces también me abandonarán a mí. Pero tú estás conmigo. Ten siempre confianza en mí.

«Mi madre y yo no te abandonaremos. Sigue fiel a lo que has escrito». Yo: «Señor y Dios mío, pero este abandono es tan duro».

Salvador: «Hija mía, con esto se salvarán muchas almas. Cada sacrificio da sus frutos».

Yo: «Señor mío, ahora siento un ardor en mi corazón. ¿Significa esto algo que deba saber?».

Salvador: «Sí, hija mía. Es mi amor por ti. Con este fuego te fortaleceré siempre. Hija mía, nunca estás sola. Me perteneces por completo».

Yo: Me preguntaba si las llagas aparecerán aún este año. Salvador:

«Escribe: sucederá aún este año».

Yo: «¿Qué pasa? ¡Se me ocurren dos cosas!»

Salvador: «¡Las llagas! De ellas no te liberarás. Es un don de gracia para ti. Con ellas estás en mí. Mi sí sigue siendo un sí».

Yo: «Mi querido Jesús. Ahora te amo tanto. Quiero amarte siempre así. Aparte de tu amor, no necesito nada más».

Salvador: «Quien está conmigo, no necesita nada más que a mí. Yo lo sustituyo todo».

Yo: «Querido Dios, no permitas que estas catástrofes caigan sobre Alemania. Tú puedes evitarlas».

Salvador: «Hija mía, vendrán. Porque los hombres no quieren arrepentirse. Hija mía, ahora te bendigo».

Yo: El Salvador me bendijo.

18:00 h. Rosario y Santa Misa en Rot

23/10/1992 - Viernes

8:30 y 9:30 en la sala de médicos

En la segunda unión, el Salvador me dijo:

Salvador: «Mi querida hija, me alegra que vuelvas a hablar conmigo. Era mi voluntad». Yo: «Sí, Señor, algo me guió, algo que me atrajo hacia ti».

Salvador: «Tu vida me pertenece por completo».

Yo: «Sí, Señor, lo tengo claro, porque te lo he dado todo».

Salvador: «Escribe, hija mía, quiero que me ofrezcas todo lo que has dicho durante el día».

Yo: «En realidad, hablo de ti todo el día. Lo haré, mi Señor y Dios». Salvador: «Sigue escribiendo, hija mía. Lo que el sacerdote Abbe Wodke dijo en una cinta sobre Monsieur Matjo de Canadá sucederá este mismo año. La catástrofe que se avecina sobre Alemania sucederá este mismo año. Las llagas que recibirás también ocurrirán este año. Rezad mucho, hijos míos. Tenéis muy poco tiempo». Yo: «¿Llegará primero la catástrofe o mi sufrimiento?».

Salvador: «¿Quieres saberlo, hija mía?»

Yo: «Sí, Señor, si tú crees que es lo correcto».

Salvador: «Primero sufrirás antes de que llegue la catástrofe».

Yo: «Sí, Señor, lo he entendido. Te doy las gracias. Pero, Señor, ¿no puedo advertir a nadie de esto?».

Salvador: «Hija mía, ¿acaso alguno de ellos te creerá?»

Yo: «Tengo la sensación de que todos me escuchan, pero nadie me creerá». Salvador:

«Hija mía, todos son de poca fe».

Yo: «Querido Dios, algunos se enfadan cuando se dice que se avecina una catástrofe». Salvador: «Sí, para no tener que rezar. Lo creerán cuando sea demasiado tarde. Hija mía, en los de poca fe también hay orgullo. Deben arrepentirse. Los humildes aceptan la fe, los orgullosos no pueden comprenderla. La fe es mi regalo para vosotros».

Yo: El Salvador me bendijo de nuevo.

18:00 h. Rosario y Santa Misa en Rot.

24/10/1992 - Sábado

11:00 h en casa

7:15 h en la iglesia de Waghäusel.

Al comienzo de la misa salimos de la iglesia. Fridolin y yo nos sentamos frente al sagrario y rezamos.

Cuando el padre Werner Egon nos vio, nos dijo: «¿Quieren participar en la Santa Misa?». Entonces le dije «sí». Él dijo entonces: «Por favor, pasen al otro lado».

Este es el lado desde donde no se ve el sagrario. Porque por las mañanas la misa siempre se celebra en este lado. Me preguntó por segunda vez: «¿Quiere participar en la misa?». Le respondí: «Sí, pero aquí, delante del sagrario».

Me repitió lo mismo por tercera vez. Entonces nos inclinamos ante el sagrario y, a continuación, salimos de la iglesia. Fuimos a dar un paseo junto a un lago y, mientras tanto, rezamos el rosario y otras oraciones por el padre Werner Egon y por los fieles que se habían quedado en la iglesia.

Porque el Salvador me dijo que me quedara junto al sagrario. Todos los padres estaban de acuerdo hasta ahora, solo el padre Egon Werner no.

¡11:00 h. Reunión de oración!

Salvador: «Escribe, hija mía, lo que habéis hecho hoy los dos ha estado muy bien. Hija mía, yo soy el Señor y Dios, tengo poder sobre todo».

Yo Yo: «Querido Dios, ahora seguro que dirán cosas malas de nosotros».

Salvador: «Hija mía, todos los que hablen mal de vosotros tendrán que responder ante mí. Porque vosotros teníais razón».

Yo: «He preguntado por Claude, de Luxemburgo».

Salvador: «Hija mía, Satanás sigue siendo poderoso, reza por Claude».

Yo: «Le pregunté al Salvador algo sobre el marido de Hedwig, porque ella llora tan a menudo y se queja de él».

Salvador: «Hija mía, Satanás se ha apoderado de él. Hay que rezarle un exorcismo».

Yo: «¿Tengo que decírselo a Hedwig?»

Salvador: «Sí, siempre debes decir la verdad. Hija mía, anótalo. Reza mucho en los próximos días. Se acerca la gran catástrofe».

Yo: «¿Entonces mis sufrimientos también están cerca?»

Salvador: «Hija mía, tus sufrimientos están a las puertas».

Yo: «Le pregunté al Salvador si era cierto que mi hijo se había enterado por Fridolin de que yo iba a sufrir esos padecimientos».

Salvador: «Hija mía, era mi voluntad que él lo supiera. Mi querida hija, no te dejes influir por los hombres. Haz todo lo que te digo. Yo soy tu guía espiritual. Me perteneces por completo. Siempre estoy contigo, hija mía. Sigue como hasta ahora. Te amo y siempre te colmaré de mi gracia. Te bendigo».

Yo: Me arrodillé en el suelo. El Salvador me bendijo.

16:30 h

Friedolin y yo seguimos rezando en la iglesia de Rot. Me confesé con el párroco Vogt.

19:00

Friedolin y yo asistimos a la misa en Mingolsheim. Al recibir la Sagrada Comunión, los dos nos arrodillamos en el suelo. Después de la misa, una señora se nos acercó y nos dijo que le había alegrado ver a alguien recibir la Sagrada Comunión de rodillas. Nos comentó que a ella también le hubiera gustado hacerlo, pero que no se atrevía. Le dije que rezara para que Dios la liberara del miedo a los hombres.

21:00 h

El padre Gebhard Heyder, de Ratisbona, me llamó por teléfono y me consoló y animó

25/10/1992 - Domingo

7:30 - 10:30 en casa - ¡Unión de oración!

Salvador: «Hija mía, escribe: tú no puedes hacer nada por ti misma. Sé consciente de ello».

Yo: «Sí, Señor, lo he comprendido. Pero las tentaciones siempre están ahí».

Salvador: «Mientras estés conmigo, serás tentada. Todos los que me pertenecen serán tentados. Lo importante es que resistas la tentación.

Me complace que vayas a confesarte una y otra vez. Así el enemigo se debilita cada vez más y tú reconoces su astucia. Hija mía, el enemigo es especialmente fuerte en estos tiempos.

No puedo librarte de las tentaciones que él te presenta. Todos mis elegidos han luchado contra él. Conmigo siempre podrás vencerlo.

«Hija mía, sigue escribiendo. Quiero que los días y las noches me pertenezcan». Yo: «Señor y Dios mío, mi querido Jesús, mi guía espiritual, que cada día y cada noche te pertenezcan.

Porque ¿de qué me servirían todos esos días y noches si no te tuviera a ti? Mi amoroso Padre, déjame estar solo en tu amor».

Salvador: «Eres mi querida hija y te encuentras en mi amor». Yo: «¿Debo decirle algo de esto a Fridolin?»

Salvador: «Hija mía, le has dicho lo que yo quería decirle». Yo: «Gracias, Señor y Dios mío».

Salvador: «Mi querida hija, escribe; te voy a dar algo».

Yo: «No siento curiosidad por saber qué me vas a dar, pero lo aceptaré de ti. Pero, por favor, dime que debo anotar lo que me das».

Salvador: «Te regalo mi perseverancia en el sufrimiento».

Yo: «Me alegro mucho por ello y te doy las gracias, mi Dios misericordioso. Oh, Señor mío, con esto se salvarán muchas almas. La perseverancia en el sufrimiento tiene un gran significado para mí, pues es una gran gracia tuya».

Salvador: «Escribe lo que tanto me gusta de ti».

Yo: «¿Qué es eso, Señor?»

Salvador: «Tú dices a la gente lo que yo pongo en tu corazón».

Yo: «¿Qué es lo que pones en mi corazón?»

Salvador: «Las palabras de vida. Me complace que regales estas palabras a la gente». Yo: «Pero, Señor, hablo muy mal alemán; en realidad, no domino ningún idioma». Salvador: «Pero estas palabras brotan del corazón y no del mundo».

Yo: «Señor mío, hablaré con tu gracia y el Espíritu Santo me dará las palabras adecuadas».

Salvador: «Es mi voluntad que hables. Mis sacerdotes también deben escucharlo. Ellos también recibirán la gracia al escuchar. Puedo otorgar la gracia cuando yo quiera. Mis palabras son vida, amor y luz».

Yo: «Querido Dios, ya no puedo seguir escribiendo».

Salvador: «Mi querida hija, me ha alegrado mucho que me hayas escrito. Te bendigo a ti y a todos aquellos a quienes me has encomendado hoy».

Yo: El Salvador me bendijo.

Hacia las 16:00 h me invitaron a tomar un café. Volví a hablar de Dios en dos idiomas.

A las 18:30 h, rosario y Santa Misa en Mingolsheim. Estuve con mi marido. ¡La homilía fue buena!

26/10/1992 - Lunes

De 8:30 a 9:30,
reunión de oración en
casa.

Salvador: «Mi querida hija, he escuchado todo lo que has dicho.

«Los sufrimientos expiatorios que ahora padeces provienen de mí. Este don de gracia puedo concedérselo a quien yo quiera».

Yo: «Pero son fuertes dolores de cabeza y en los hombros, en el brazo izquierdo». Salvador: «Mi querida hija, escribe».

Hubo un largo silencio.

Entonces dijo el Salvador: «Ahora debes escribir».

Salvador: «Quiero tu “sí”, para que pueda imprimir en ti las cinco llagas». Yo: «Pero Señor, ya te lo he dado. Ya lo has dicho una vez». Salvador: «Lo compruebo de nuevo, hija mía».

Yo: «Mi Señor y Dios, te doy mi “sí” ahora mismo y puedes imprimir las llagas en mí para la salvación de las almas».

Yo: «Mi Padre amoroso, mi “sí” es ahora tu “sí” y lo repito una vez más: no permitas que me separe jamás de ti, pues te amo por encima de todo y quiero pertenecerte, pues tú eres mi Dios Trino, mi Padre amoroso, mi Jesús, Espíritu Santo de Dios y eterno fuego de amor».

Salvador: «Mi querida hija, derramaré mi amor en ti en gran medida, para que puedas soportar las llagas. No rechaces este amor. Debes soportarlo para que puedas sufrir bien. Mi querida hija, prepárate para las cinco llagas sagradas».

Yo: «¿Debo escribir esto?» Salvador:
«Debes escribirlo.»

Yo: «Mi querido Jesús, todavía no tengo un sacerdote».

Salvador: «Hija mía, yo soy tu guía espiritual, confía más en mí. Conmigo no te faltará nada. Hija mía, tus sufrimientos serán también mis sufrimientos».

Yo: «Pregunto: ¿Tengo que anotar algo más?» El
Salvador: «No».

Yo: El Salvador me bendijo.

18:00 h. Rosario y Santa Misa en Rot.

20:00 h. Grupo de oración:

Había muchos fieles. El padre Berthold, de Waghäusel, también estaba allí.

Es un buen padre. Ya lo han trasladado de Waghäusel a Darmstadt. Es una pena, porque es un sacerdote mariano. El párroco Dochat también estaba allí. Confesó.
Después del grupo de oración, conversé con el párroco Dochat en presencia de Josef y Giesela, de Neu-Ulm, y de mi marido.
No me gustó lo que el párroco Dochat dijo sobre el obispo Lefebvre. El juicio sobre el obispo Lefebvre me dolió mucho.

27 de octubre de 1992 - Martes

11:55 - 13:15

¡Unión de Oración!

Salvador: «Mi querida hija, escribe. La comunión en la mano provoca que caigan pequeñas partículas al suelo y que la gente las pise; esas partículas soy YO.

Yo: «Querido Salvador, ayer le hice una pregunta al párroco Dochat: ¿Qué es peor, la consagración de obispos por parte del arzobispo Lefebvre o las partículas que caen al suelo y que se producen con la comunión en la mano?»

El sacerdote, el párroco Dochat, dijo:

«La consagración de obispos por el arzobispo Lefebvre es peor».

Señor, eso fue un gran dolor para mí y no puedo superarlo». Salvador: «Mi querida hija, escribe esto. Este sacerdote debe arrepentirse».

Yo: «Pero él celebra la Santa Misa».

Salvador: «Si este sacerdote no se arrepiente, tendrá que rendir cuentas ante mí».

Yo: «Oh, Señor mío, esto es un shock para mí».

Yo: «Querido Jesús, ¿le dirías tú, en mi lugar, que debe arrepentirse?»

Salvador: «Hija mía, déjame eso a mí. Le daré un tiempo más para que reflexione. Hija mía, debes hablar una y otra vez de la comunión en la boca, para que los ciegos vuelvan a ver y los sordos vuelvan a oír».

Yo: «Le pregunté al Salvador si debía ir a la conferencia de Deris. Allí también estará el párroco Dochat».

Salvador: «Reza por estas intenciones».

Yo: «Querido Salvador, quiero preguntarte por el padre Vogt, ya que el sábado fue especialmente amable conmigo en el confesionario, muy diferente a como suele ser. Después me sentí muy feliz».

Salvador: «El padre Vogt hará lo que yo le diga».

Yo: «Señor y Dios mío, toda la mañana hasta las 12:00 he tenido dolor de cabeza y ahora que hablo contigo, ya no me duele».

Salvador: «Escribe, hija mía, yo puedo quitarte el dolor cuando quiera». Yo:

«¿Tengo que escribir algo más? Porque ya no puedo escribir». Salvador: «Estás cansada y eso basta».

Yo: El Salvador me bendijo.

18:00 h. Rosario y Santa Misa en Rot

Fui a comulgar, pero como era una hermana quien repartía la comunión, me incliné sin recibirla y volví a mi sitio. Sentí que el Salvador había venido a mí espiritualmente e incluso recibí más gracia que en la comunión sacramental. ¡Porque el Salvador no quiere que reciba la comunión de manos no consagradas!

28/10/1992 - Miércoles

11:00 - 12:30 h

¡Unión de Oración!

Yo: «Le pregunté entonces al Salvador si lo que hice ayer en la iglesia estuvo bien, o si debería haber hecho otra cosa».

Salvador: «Lo que hiciste fue mi voluntad. Estuvo bien».

Yo: «Hoy, entre las 8:30 y las 9:00, se me apareció el diablo delante de una imagen de Jesús.

La imagen está consagrada y es de Margaret, de Bélgica. Me gusta mucho esta imagen y la beso a menudo. Solo vi la cabeza del diablo delante de la imagen. Me sonreía con malicia.

Pero tenía dientes postizos, se podría pensar que se los había sacado de una clínica dental.

Bastante peludo en la cara. La mejilla izquierda tenía grandes arañazos que estaban ensangrentados. El pelo estaba rizado. Solo se le vio un momento, después desapareció.

Quería imitar a Jesús, pero no lo consiguió.

Le pregunté al Salvador si me lo había imaginado. El

Salvador: «Solo quería molestarte».

Yo: «Antes de que se me apareciera el diablo, estaba leyendo un libro sobre santos. Ya me molestaba mientras leía ese libro».

Salvador: «Hija mía, quiero que escribas. Quiero que me des tu consentimiento, el momento adecuado, para que pueda imprimir en ti las llagas».

Yo: «Señor, tú puedes elegir el momento, cuando tú quieras». El

Salvador me bendijo.

18:00 h. Rosario y Santa Misa en Rot.

29/10/1992 - Jueves

De 8:00 a 10:00 h, en casa, ¡unión de oración!

Me sentí muy decepcionada con el padre de Filipinas (misionero de Steiler), que defendía la comunión en la mano. Recé por él, pues es huésped en el balneario Rochus de Mingolsheim.

Salvador: «Hija mía, escribe: debes repetir una y otra vez que la comunión en la mano es un sacrilegio. Todos los que defienden la comunión en la mano hacen lo que Satanás quiere».

«Este sacerdote se encuentra en la oscuridad. El sacerdote de Filipinas es mi problema, déjame a mí.

Mantente firme en lo que has escrito».

Salvador: «Hija mía, se avecinan tiempos difíciles».

Yo: «Querido Dios, querido Jesús, ¿a qué te refieres con tiempos difíciles?»

Salvador: «Se avecina una gran hambruna. Escribe, hija mía, mi ira sobre la tierra no se apaciguará.

Los hombres deben arrepentirse. Nunca antes habían ido tantos al infierno como en la actualidad.

Han creído en el diablo y lo han elegido. Hija mía, solo unos pocos me pertenecen. Mi ira caerá sobre todos. Entonces sabrán a quién pertenecen. Hija mía, mantente alejada de las conversaciones inútiles, pues perjudican tu progreso. El tiempo es escaso. Debéis dar prioridad a la oración.

Yo: «¿Qué más debo escribir?»

Salvador: «Permanece fiel a mí».

Yo: El Salvador me bendijo.

A las 19:00 h, rosario en la capilla de San Roque.

30 de octubre de 1992 - Viernes

De las 8:30 a las 11:20

h: ¡Reunión de oración!

Salvador: «Mi querida hija, te he escuchado, tú eres mi sierva. Que hables con los sacerdotes es mi voluntad. No te escuchan, pero reflexionan. Cuanto más hundido está un sacerdote en el fango, menos escucha. Mi querida hija, no te entristezcas por los sacerdotes, pues en este momento están confundidos. Lo malo es que no se dan cuenta de que están confundidos. Por eso te pido que hables con ellos».

Yo: «Oh, Señor mío, pero eso es un golpe para mí, pues siento en ellos tanto orgullo». Salvador:

«Reza para que sean humildes. Hay que rezar mucho por los sacerdotes. Deben traer de vuelta a los hijos descarriados».

Yo: «Pero, Señor, si los sacerdotes descarriados guían a los hijos descarriados, ambos caerán en el abismo».

Salvador: «Así es».

Salvador: «Hija mía, escribe esto. Tu amor por mí es verdadero. Me amas con mi amor. Anhelas sufrir conmigo y yo espero con ansia esa hora, porque te amo más de lo que tú me amas. Solo quien me ama de verdad comprende lo que es sufrir conmigo. Hija mía, te doy las gracias por querer sufrir conmigo. Los sufrimientos voluntarios son una gran recompensa para quienes sufren conmigo. Hija mía, aún debo purificarte».

Yo: «Señor y Dios mío, ¿cómo?» Salvador:

«Con el fuego de mi amor.» Yo: «Oh, Señor, por favor, purifícame aún más.»

Salvador: «Volverás a sentir dolor en tu corazón». Yo: «Oh, Señor mío, ahora no lo entiendo».

Salvador: «Será un fuego ardiente. Y con este fuego serás purificada. Ya lo sabes, hija mía».

Yo: «Te doy las gracias».

Salvador: «Hija mía, quiero que ofrezcas tus dolores por la salvación de las almas. Cada dolor que se une así a mí da fruto».

Yo: «Mi amoroso Padre, no tengo deseos. Pídeme lo que quieras». Salvador: «Sí, hija mía, tengo un deseo para ti. Y es que recorras conmigo hasta el final el Vía Crucis».

Yo: «Señor, que se cumpla tu deseo. Mi querido Jesús, ahora no quiero dejar de escribir. Quiero permanecer en ti. Es tan hermoso. Te amo, mi Señor y Dios. No puedo describirlo. No puedo comprender cómo la gente puede rechazarte».

Salvador: «Todos los que me han rechazado han elegido al padre de la mentira. No se puede servir a dos señores. Hija mía, sigue amándome como hasta ahora».

Yo: «Recé con fervor y ofrecí al Padre celestial, por medio del Inmaculado Corazón de María, todos los sufrimientos de Jesucristo, el Vía Crucis, todas las gotas de sangre que derramó desde su crucifixión, sus cinco llagas sagradas, sus méritos y su muerte. Luego ofrecí los siete dolores de nuestra querida Madre de Dios, sus lágrimas de sangre que ha derramado hasta ahora por nosotros, todas las oraciones que ella ha unido a mis oraciones, todo por la salvación de las almas, para que el fango sea sacado de la Iglesia y para que la verdadera Iglesia de Pedro renazca. Señor, hágase tu voluntad».

Salvador: «Hija mía, me ha alegrado mucho lo que has escrito.

Que te bendiga el Dios Padre todopoderoso y misericordioso, el Dios Hijo y el Dios Espíritu Santo. Ve en paz, mi querida hija».

Yo: «Gracias a Dios, el Señor. Alabado, amado, adorado y glorificado sea el Dios Trino ahora y por los siglos de los siglos. **Amén.**

18:00 h. Rosario y Santa Misa en Rot.

31/10/1992 - Sábado

7:00 h. Santa Misa en la capilla de San Roque.

Después de la Santa Misa, he rezado durante media hora. Estoy sentada en la capilla justo delante del sagrario y me alegra mucho rezar aquí. Casi todos se han arrodillado esta mañana antes de la Sagrada Comunión, excepto las religiosas y algunos enfermos. Me ha alegrado mucho ver eso. A menudo me arrodillaba sola, ya que los demás no se atrevían. Algún día todas las rodillas se doblarán ante nuestro Señor Dios.

A las 11:20, tras la oración, me uní a Él. El

Salvador: «Mi querida hija, escribe».

Yo: «Jesús, Dios mío, ¿qué debo escribir?»

Salvador: «Las llagas que recibirás de mí están muy cerca. Ha llegado el momento. Ten confianza en mí. Las pruebas para las llagas están llegando a su fin».

Yo: «¿Hay algo más que deba saber sobre las llagas, si sabes algo que yo aún no sepa?»

Salvador: «Sí, aún debes saber algo. Debes dar charlas sobre las llagas.

Yo: «¿Dónde, Señor y Dios mío?»

Salvador: «En todos los lugares donde te necesiten».

Yo: «¿Y si los obispos me lo prohíben?»

Salvador: «Yo hablaré por ti dondequiera que vayas. Si te rechazan a ti, también me habrán rechazado a mí. Irás adonde yo te lleve».

Yo: «Mi Señor y Dios, por amor a ti y por la salvación de las almas haré todo lo que tú quieras. Señor, hágase tu voluntad. Mi Señor y mi Rey, mi amoroso y misericordioso Padre, lo haré todo porque te amo tanto a ti, el Dios Trino.

Salvador: «Mi querida hija, escribe. Las cinco llagas sagradas que recibirás de mí son una señal para todo el mundo, ya que sufrirás por las almas de todo el mundo. Entrégame todas las almas que te rechacen. Cada alma deberá comparecer ante mí y asumir su responsabilidad ante mí. Por eso, ámalas a todas, incluso a aquellas que no te amarán».

«Porque por esas almas también derramarás mi sangre. Mi querida hija, nos espera una gran tarea».

Yo: «Oh, Señor mío, pensaba que mi trabajo ya había terminado».

Salvador: «Esto es solo el comienzo, hija mía. Cuando seamos exaltados, atraeremos a todos los que tengan buena voluntad. Mi sangre es vuestra salvación y vuestro remedio. Os libera de la muerte eterna. Solo mi sangre puede purificar vuestros pecados, si mi sangre sagrada es muy venerada. Tú serás la fuente de la sangre sagrada, de la que brotará sangre cada viernes. Mi querida hija, te doy las gracias por tu paciencia».

Yo: «¿Debo escribir esto?»

Salvador: «Sí, ¿eso es lo que debes escribir?»

Yo: «Señor mío, lo he entendido todo y lo acepto todo, para cumplir contigo tu voluntad. Que se haga como tú has dicho, pues te he entregado mi voluntad».

El Salvador me bendijo.

12:45 h – Roswitha me ha llamado; si quiero, su hijo Wolfram escribirá mi diario conmigo. Me alegré mucho por ello, ya que el Salvador ya me había advertido que debía escribir más rápido. Le dije que primero se lo preguntaría al Salvador.

12:55 h. – Le pregunté al Salvador si era correcto que Wolfram escribiera. Salvador:

«Sí, hija mía, que escriba».

De las 13:30 a las 18:00 escribí el diario con Wolfram. Se esforzó mucho y escribió 8 páginas DIN A4. Gracias a Dios por esta gracia.

De las 18:15 a las 21:30 hice las tareas del hogar.

A las 22:30 pasé mi diario de las hojas sueltas al cuaderno, para que mañana por la mañana, después de la misa, Wolfram pueda volver a escribir.

A las 23:30 recé el rosario doloroso. Después me di dos sesiones de sauna.

A la 01:15 recé con fervor. Hasta las 02:30 leí un libro. Dormí unas tres horas y luego me levanté hacia las 05:50. Primero recé y luego recibí el mensaje del Salvador.

1 de noviembre de 1992 - Domingo

en casa

¡Unión de Oración!

Salvador: «Mi querida hija, escríbelo. El gran peligro está a las puertas. La guerra se extiende con mayor fuerza».

Yo: «Señor, ¿también está amenazada la República

Federal?» Salvador: «Hija mía, toda Europa está amenazada».

Yo: «Señor y Dios mío, sálvanos, pues aún puedes detenerlo todo. Por favor, no dejes que tu ira caiga sobre nosotros. Señor, por favor, perdónanos».

Salvador: «Hija mía, se avecinan días difíciles para vosotros». Yo: «Oh,

Salvador, ¿debo entonces construir la capilla?»

Salvador: «Constrúyela lo antes posible. Hija mía, escribe: la revolución se acerca. Traerá consigo el caos. Los cristianos se mezclarán con los masones.

Habrá una gran apostasía de los cristianos. Reza mucho, hija mía. Hija mía, estuvo bien lo que hicisteis ayer».

Yo: « Te refieres a lo de escribir con Wolfram?»

Salvador: «S . Habéis cumplido mi voluntad. Seguid escribiendo, pues recompensar  generosamente este trabajo. Hija mía, te colmar  de mi gracia».

Yo: « Tengo que escribir algo más?»

Salvador: «Escribe, hija mía. Primero te traspasarán el corazón».

Yo: «Querido Dios, has dicho que recibir  las cinco llagas al mismo tiempo».

Salvador: «Puedo decidir otra cosa más adelante». Yo: «Señor, hágase tu voluntad».

Salvador: «Hija mía, así debe ser. Prepárate, hija mía. Os amo, hijos míos». Yo: «Ahora estoy sola».

Salvador: «Escribe así. Hija mía, te bendigo a ti y a todos los que te rodean». Yo: El

Salvador me bendijo.

A las 8:00 asistí a la Santa Misa.

De las 9:30 a las 12:30 escribí el diario con Wolfram.

A las 13:30 h, devocional.

De las 19:00 a las 20:00:  Uni n de oración!

Salvador: «Hija mía, me alegro de hablar contigo. Hija mía, te voy a dar algo».

Yo: « Ahora o cuando reciba los sufrimientos?»

Salvador: «Ahora».

Yo: « Puedo alegrarme por ello?»

Salvador: «Puedes alegrarte, porque te regalo mi amor».

Yo: «Es un regalo maravilloso. Te doy las gracias por ello, Señor y Dios mío».

Salvador: «Mi querida hija, esc belo. Este amor que recibes de mí será el fuego en tu corazón».

Yo: «Por favor, deja que arda este fuego».

Salvador: «Lo dejar  arder. Hija mía, también debes soportar mi amor». Yo: «Lo har , Señor y Dios mío.  Es esto un presagio de que mi corazón ser  traspasado?».

Salvador: «S , hija mía, lo has comprendido. Solo con mi amor podrás soportar el dolor».

Yo: «El Salvador me bendijo.

02/11/1992 - Lunes

10:45 h en la sala de médicos.  Uni n en la oración!

Salvador: «Mi querida hija, debes escribir». Yo: «Mi querido Jesús,  qu  debo escribir?».

Salvador: «Todo lo que escribas, debes guardarlo bien. Satanás est  furioso por lo que te inspirar .

Llegará el momento en que todo esto se cumplir . Hoy me ha gustado tu trabajo. Yo: «Señor,  te refieres a que hoy les he hablado de ti a casi todos los pacientes, les he repartido oraciones, les he regalado la Medalla Milagrosa o a que los he enviado a todos a confesarse?» Salvador: « S ! Hija mía, has sido una buena trabajadora en mi viña. Mi querida hija, deseo algo de ti.»

Yo: «Querido Dios, estoy dispuesta a darte todo,  aunque aún no sepa qué!».

Salvador: «El tiempo».

Yo: «Querido Dios, el tiempo siempre te ha pertenecido».

Salvador: «Hija mía, has dicho bien. Hija mía, deseo de ti tu lengua».

Yo: «Te regalo mi lengua. Pero, ¿cómo debo entender esto? ¿Cómo debo hablar entonces? En realidad, ya te lo he dado todo. Tú te sirves de mi lengua. Si no me hubieras dado estas palabras, no habría podido decir nada a los pacientes. Mi lengua es tu lengua».

Salvador: «Hija mía, eso también es cierto. ¿Ves, hija mía? Yo actúo en ti». Yo: «Gracias, Jesús mío, porque ahora comprendo la acción en mí, lo que tú quieres decir».

Salvador: «Así seguiré actuando en ti, hija mía. Solo que esta acción será más dolorosa».

Yo: «¿Te refieres a mi corazón, querido Dios?»

Salvador: «Sí, a eso me refiero».

Yo: «Mi corazón te pertenece por completo. Entonces ambos sentiremos dolor».

Salvador: «Sí, hija mía, así es».

Yo: «Querido Salvador, obra en mi corazón para que las almas se salven. Querido Dios, tengo un gran deseo».

Salvador: «¿Y cuál es?»

Yo: «Que esté siempre contigo, porque tú eres el amor».

Salvador: «Mi querida hija, tú estás en mí y conmigo. Ya no puedes estar sin mí, porque de lo contrario te morirías de sed. Me agradan tus intercesiones. Ruega siempre sin cesar. Hija mía, te enviaré un donante para la capilla».

Yo: «¿Debo escribirlo?» Salvador:

«Sí, escríbelo.»

Yo: «Señor y Dios mío, esto es una gran alegría para mí, pues deseo que se rece todos los días en esta capilla. Señor y Dios mío, te doy las gracias de antemano».

Salvador: «Marion debe escribirlo. Ambos deben escribirlo».

Yo: «Te doy las gracias, Señor y Dios mío, se lo diré a ella y a él. ¿Y si ella ya no quiere seguir escribiendo?»

Salvador: «Ella quiere seguir escribiendo».

Yo: «Me alegro, querido Jesús, porque no quiero perderla. Así que, querido Salvador, necesitas tres personas para que sigan escribiendo».

Salvador: «Hay que escribir rápido».

Yo: «Sí, querido Dios, escribiremos con tu gracia. Por favor, concédenos mucha gracia para escribir».

Salvador: «Os bendigo, Marion y Wolfram».

Yo: «Gracias a Dios, el Señor. Alabado sea Jesucristo y María».

P.D.: El Salvador dijo: «Que Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo te bendigan». En mi interior me pregunté por qué no dijo «a vosotros» al bendecir.

Salvador: «Te he bendecido, hija mía».

12:30 h – Recé con fervor en la capilla de la clínica:

Salvador: «Te amo, hija mía, más de lo que tú me amas a mí».

Yo: «Se me saltaron las lágrimas porque tenía sed de amor. Cuanto más se bebe de esta fuente, mayor es la sed».

Salvador: «Te voy a dar algo, hija mía. La gracia de sanar». Yo: «¿Cómo?».

Salvador: «Puedes sanar, tanto el alma como el cuerpo». Yo:

«¡Pero si yo no sé hacer nada!»

Salvador: «Yo sanaré en ti». Yo:

«¿Cuándo, querido Dios?»

Salvador: «Puedes empezar».

Yo: «Querido Dios, mi guía espiritual, lo haré con tu gracia. Señor, hágase tu voluntad».

Salvador: «Escribe lo que te he dicho sobre la curación».

13:45 h. Veronika y yo tomamos café y comimos un trozo del pastel de Roswitha.

Vino un asistente médico y nos trajo a un paciente para hacerle una radiografía. Le di al médico un trozo de tarta. Me preguntó si la había hecho yo.

Le dije: «Es la providencia de Dios. Solo hay que confiar en Dios». Él respondió: «En eso tiene razón».

Le dije: «Rezo por ustedes para que todos vayan al cielo». Él dijo: «El cielo ya está lleno».

Le dije: «No el cielo, sino el infierno». Se echó a reír.

Le mostré las oraciones que estaban pegadas en el armario. Y cuando esté de guardia, que se tome un tiempo y dedique unos minutos a las oraciones. Se marchó contento.

03/11/1992 - Martes en

la sala de médicos

¡Unión en la oración!

Salvador: «Mi querida hija, escríbelo, porque me gustó cómo actuaste ayer». Yo: «No fui yo, tú actuaste en mí».

Salvador: «Has reconocido mi voluntad. Hija mía, debes ofrecerme siempre tus sufrimientos».

Yo: «Pensaba en el Padre celestial».

Salvador: «Yo soy el Dios Trino. Rezas a Dios en tres personas. Ofreceme todo». Yo: «Ya te lo he dado todo. ¿Qué es lo que aún no te he dado?».

Salvador: «Tu amor».

Yo: «Señor, te ofrezco mi amor por la salvación de las almas».

Pensaba que todo eso era incomprensible para mí.

Salvador: «Hija mía, me complace que no lo entiendas todo. Un niño pequeño lo acepta todo, no porque lo entienda todo».

Salvador: «Escribe, hija mía, los sufrimientos que recibes confundirán a mucha gente, porque carecen de mi luz, pero prefieren permanecer en la oscuridad para que no se descubran sus malas acciones. A un cerdo le gusta revolcarse en su propio estiércol».

Yo: «Oh, Señor, no puedo escribir eso».

Salvador: «Sí, escríbelo. Tranquilízate, hija mía, algunos animales son mejores que algunas personas sin mí».

Yo: «Ay, ya no puedo seguir escribiendo, Salvador».

Salvador: «Hija mía, te quito el cansancio». Yo: «Te doy las gracias, Señor y Dios mío».

Salvador: «Puedo reemplazar todo lo que te falta. Hija mía, habrá una guerra civil en Serbia. Habrá mucha devastación. Habrá un terremoto en los Balcanes. Habrá muchos muertos. Hija mía, nadie escapará de mi ira. Todos tienen una responsabilidad por lo que ocurre en el mundo.

Permanece fiel a mí, hija mía. Me agrada tu amor por mí. Sigue amándome, hija mía». Yo: El

Salvador me bendijo.

18:00 h. Rosario y Santa Misa en rojo.

A las 22:30 h vi las noticias en la habitación de mi suegra, y después una película. Hacía mucho tiempo que no veía una película. Pero después de la película tuve una tentación. Lloré con todo mi corazón. Pensé que Dios me había abandonado. Le reproché a Dios tantas cosas, que solo le oigo, pero no le veo. Pensé que quizá también me estaba hablando el diablo. Me sentía tan sola y abandonada por todos. Lloré y quise dejarlo todo, pero luego me arrodillé ante la gran cruz de mi dormitorio.

Abracé la cruz y lloré. Derramé lágrimas como hacía mucho tiempo que no lo hacía. Al cabo de un rato, ya no podía llorar más. El Salvador me quitó las lágrimas. Me fui a dormir tranquila.

4 de noviembre de 1992 - Miércoles

8:30 h

¡Unión en la oración!

Ayer, a última hora de la noche, tuve tentaciones. Hoy recé muchas oraciones de sacrificio. Luego me uní al Salvador:

Salvador: «Tu amor por mí es bueno».

Yo: «¿Cómo de bueno?»

Salvador: «Es cierto. Te daré más amor. Escribe esto, hija mía: tu corazón es mi corazón».

Yo: «Pero eso ya me lo has dicho». Salvador:

«Sientes en él mi dolor».

Yo: «Siento como si me estuviera enfermando el corazón».

Salvador: «Yo soy tu médico. Puedo curarte sin medicinas. Con mi fuego de amor apago todos los dolores. Hija mía, yo permití las tentaciones de ayer. No debes ver ninguna película en la televisión. Tú me perteneces por completo».

Yo: «Señor y Dios mío, por favor, perdóname. No volveré a ver ninguna más».

Salvador: «Escribe, hija mía. Necesito algo de ti».

Yo: «Sí, mi Señor y Dios. Te lo daré, aunque ya no pueda darte nada, porque todo te pertenece ya».

Salvador: «Hija mía, escribe palabra por palabra. Necesito que me des tu “sí” para imprimir las llagas».

Yo: «Señor y Dios mío, te doy mi “sí” para que puedas imprimir las cinco santas llagas. Te amo, Señor y Dios mío. No puedo responder de otra manera».

Salvador: «Hija mía, eres mi hija amada. Este mismo año te grabaré las llagas».

Yo: «Eso significa aún en el año 1992».

Salvador: «¡Sí! Así es. Me verás cuando te imprima las llagas». Yo: «¿Cómo sabré que eres tú?»

Salvador: «Yo soy el amor. Yo soy la luz que disipa las tinieblas. Haz todo lo que te diga. Mi querida hija, confía más en mí. Mantente alejada de las chácharas mundanas. Solo pueden hacerte daño. Estás bajo mi protección y la de mi Madre celestial.

Tus ángeles de la guarda te protegen constantemente. No seas incrédula. Ten fe». Yo: «Querido Dios, ya no puedo seguir escribiendo».

Salvador: «Lo sé, hija mía».

Yo: El Salvador me bendijo. En esa bendición incluí a todas las almas del mundo.

19:00 h. Rosario y Santa Misa en la capilla de San Roque.

05/11/1992 - Jueves

En la sala de médicos

A las 7:55 h, llevé con Verena la ropa y los zapatos recogidos a mi coche para dárselos a las personas sin hogar.

8:30 h. — Tras una oración ferviente y unas intercesiones, también por el hospital universitario (personal y pacientes), le pregunté al Salvador: «¿Quieres que escriba?».

Salvador: «¡Sí! Por favor, hija mía».

Yo: «Dios misericordioso, ¿qué debo escribir?».

Salvador: «No tienes que tener miedo de lo que escribas. Lo que escribas es mi voluntad. Sigue escribiendo, hija mía, tu tarea es hacer todo lo que yo te inspire».

Yo: «¿Incluso si los sacerdotes se oponen a mí?»

Salvador: «Hija mía, yo soy la Verdad. Mi obra en ti está cerca. Pero antes habrá algunas dificultades».

Yo: «Dime algo al respecto».

Salvador: «Habrá problemas por parte de la Iglesia». Yo: «Querido Dios, eso es muy malo para mí. ¿Qué debo hacer?».

Salvador: «Solo di lo que yo te he inspirado. Lo demás déjame a mí».

Yo: «¿Me van a interrogar, Salvador?»

Salvador: «Hija mía, ya le has quitado muchas almas al diablo. Está furioso contigo. Se rodea de gente para ponértelo difícil. ¡Ten cuidado! ¡No tengas tanta prisa! Él no soporta tu paciencia. Lo vencerás, hija mía. Sé valiente y fuerte».

Hija mía, escribe un poco más. El sacerdote que esperas llegará pronto. Ten por seguro que vendrá. No te quedarás sin sacerdote. Necesitas un sacerdote humilde. Él reconoce mi voluntad. Hija mía, sigue escribiendo. Estás cansada y necesitas descansar. Pronto terminarás de escribir. Precio tu diligencia. También la de aquellos que te ayudan. Os recompensaré a todos generosamente por ello. Este trabajo será recompensado cien veces más. Tenlo por seguro. Salvador: «Hija mía, debes purificarte aún más. Yo te purificaré aún más con mi fuego de amor. Este fuego que sentirás es mi obra en ti».

Yo: «Oh, Señor, entonces estoy tranquila. Pensaba que a veces me ardía el corazón».

Salvador: «Con este fuego de amor salvo muchas almas. Muchos ya no soportan este fuego».

Yo: «Oh, Señor mío, dejo que este fuego de amor actúe en mí. Por favor, purifícame, para que no haya mancha alguna en mí».

Salvador: «Así será. Serás tan pura como yo lo deseo».

Yo: «Señor y Dios mío, te doy las gracias de todo corazón por adelantado por esta pureza».

Salvador me bendijo como siempre y dijo: «Vete en paz, mi querida hija».

18:00 h. Rosario y Santa Misa en Rot.

De las 20:30 a las 23:15 escribí el diario con Wolfram. Gracias, Dios, por tanta gracia, que nos ha permitido escribir tanto.

06/11/1992 - Viernes - Sagrado Corazón

8:45 h. Consultorio

Esta mañana ya he rezado durante más de una hora y media.

Salvador: «Mi querida hija, escribe. Necesito...». Yo:

«¿Qué necesitas?».

Salvador: «Todo lo que has escrito debe ponerse en orden. Lo que has escrito aún debe imprimirse».

Yo: «Señor, danos la gracia de escribir rápido, porque tenemos muchas interferencias del maligno».

Salvador: «Hija mía, os he concedido la gracia».

Yo: «Le pregunté al Salvador si era cierto lo que había escrito Wolfram».

Salvador: «Hija mía, él escribe tal y como yo quiero. Hija mía, prepárate, las llagas están a punto de aparecer».

Yo: «Querido Dios, no lo entiendo. Dime qué quieres decir».

Salvador: «Hija mía, tienes poco tiempo. Casi todos mis hijos no quieren arrepentirse. Debo castigarlos. Mi ira recae sobre ellos. Todos los hijos me pertenecen».

Yo: «Hoy no estás como de costumbre. Me pareces un Dios castigador». Salvador: «No se presenta nada bueno ante mi tribunal».

«Son como madera seca, que solo puede ser quemada. Reza, hija mía, para que mi ira se apacigüe».

Yo: «Querido Padre celestial, por favor, no dejes que tu ira caiga sobre la tierra. Padre, ellos no saben lo que hacen. Por favor, perdónanos. Derrama tu gracia sobre nosotros, para que todos los hijos de Eva se conviertan en hijos de María, pues ella es nuestra Madre y Reina de todos los hijos de la tierra.

Santa Madre, sé tú el refugio de los pecadores y nuestra intercesora ante Dios. Nosotros, tus hijos, te amamos.

Cúbrenos a todos bajo tu manto protector.

Salvador: «Mi querida hija, reza sin cesar, el pecado es demasiado grande. Hija mía, haz todo tal y como te he dicho hasta ahora. Defiende mi verdad. Yo estoy contigo».

Yo: El Salvador me bendijo.

A las 18:00 h: Rosario y Santa Misa. No se celebró la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús ni se expuso el Santísimo Sacramento, ya que se celebraba una misa por difuntos.

7 de noviembre de 1992 - Sábado

De las 12:10 a las 13:10

h: ¡Reunión de oración!

Salvador: «Hija mía, escribe».

Yo: «¿Qué quieres que escriba?»

Salvador: «Escribe, es importante. Hija mía, tu tarea es permanecer fiel a mí, aunque los dolores no disminuyan».

Yo: «Querido Dios, ya me has concedido la gracia de tener perseverancia en el sufrimiento».

Salvador: «Hija mía, si aún lo recuerdas, mucho mejor». Yo: «Señor y

Dios mío, ¿qué es lo que consideras importante?»

Salvador: «Entonces estarás completamente en mí».

Yo: «Oh, mi amor, entonces estaré en tu riqueza. No puedo desear nada más y eso es lo importante para mí, que esté siempre contigo».

Salvador: «Hija mía, es importante que yo sea tu Señor y Dios y que tu sí siga siendo un sí».

Yo: «Mi Señor y Dios, por favor, concédeme la gracia de que mi sí, que te he dado, permanezca firme tal y como tú lo desees».

Salvador: «Quiero algo de ti, hija mía».

Yo: «¿Otra vez? Por favor, perdóname. Sí, mi querido Jesús».

Salvador: «Quiero tu corazón, tus manos y tus pies, para poder empezar».

Yo: «Ya te los he dado. No voy a cambiar de opinión. Puedes empezar cuando quieras».

Salvador: «Me has dado una gran alegría». Yo: El

Salvador me bendijo.

De las 13:35 a las 17:05 escribí el diario con Wolfram.

A las 17:20 llegué a la iglesia para confesarme. Estaba a oscuras y no había nadie dentro. Entré en el confesionario, ya que pensé que no había nadie allí.

Entonces se presentó el señor párroco Vogt.

Primero confesé mis pecados y luego le conté lo que tanto me había molestado de la iglesia. Le pedí al señor párroco que dejara las luces encendidas cinco minutos más después de la misa. Él me dijo que la sacristana tenía que irse a casa. Le dije que le quitara la llave para poder cerrar él mismo.

Luego le dije que no practicara con los monaguillos con las campanas inmediatamente después de la misa, porque todavía había varias personas en la iglesia que querían rezar.

Le dije que no habíamos recibido los panecillos, sino a la Santísima Trinidad.

Me quejé ante él de que no se hubiera celebrado el Viernes del Sagrado Corazón y de que no hubiera expuesto el Santísimo. Me dijo que no era posible debido a la misa de difuntos.

Entonces le dije que, del mismo modo que cambia el sábado al domingo, también puede cambiar el Viernes del Sagrado Corazón.

Luego le dije que no estaba bien que el coro ensayara en la iglesia el sábado durante el rosario.

Lo mismo ocurrió durante la confesión. Después de confesarme, recé por él el rosario doloroso .

De 19:00 a 20:00 escribí en mi diario.

A las 20:45 llegó Fridolin.

Hablé con él sobre religión. También me habló de los problemas de la comunión en la mano en Speyer.

De 11:00 a 11:45 volví a escribir en mi diario.

8 de noviembre de 1992 - Domingo

De 6:30 a 7:45 h, en casa,
¡reunión de oración!

Salvador: «Hija mía, has rezado bien. Tu amor por mí es verdadero. Pide el amor verdadero para tus semejantes. Mi querida hija, escribe esto: el padre Vogt es mi sacerdote. Todavía necesita tiempo para comprender lo que tú ya comprendes.

Sigue rezando por él. Se reza muy poco por los sacerdotes. Un sacerdote tiene una gran responsabilidad ante mí. Reza por ellos.

Hija mía, el párroco Vogt ha aceptado lo que le dijiste ayer en el confesionario. Lo demás déjame a mí.

Yo: «Le pregunté por un obispo de Espira que obligó a un joven candidato al sacerdocio a tomar él mismo la Sagrada Hostia».

Salvador: «El obispo no hace mi voluntad. Hace la voluntad del padre de la mentira». Yo: «¿Qué debe hacer el estudiante cuando un obispo hace algo así?»

Salvador: «Hija mía, deben rezar por estas intenciones». Yo:

«Querido Dios, ¿quieres que escriba algo más?»

Salvador: «Mi querida hija, escribe: tu amor por mí tiene perseverancia. Esta perseverancia en el amor hacia mí es una gracia mía. Conserva esta perseverancia en mi amor. Esa es una gran virtud, hija mía».

Yo: «Padre Celestial, te doy las gracias de todo corazón y lo guardaré como una perla».

Salvador: «Hija mía, escribe algo más. La gran guerra está a las puertas. Vendrá del este, hija mía. Los hombres se precipitan hacia el abismo a gran velocidad. Satanás los tiene atrapados en su red. Están ciegos, no se dan cuenta. No quieren arrepentirse, porque este camino les resulta demasiado cómodo.

Aceptad todos los sufrimientos que os sobrevendrán. Es mi voluntad. Así podréis salvar lo que aún se puede salvar».

Yo: «Oh, Señor mío, esto es muy difícil de escribir».

Salvador: «Mucho más difícil es para mí ver cómo mis hijos corren hacia el abismo, del que nunca habrá vuelta atrás. Sí, hija mía, eso es todo por hoy».

Yo: El Salvador me bendijo.

A las 8:00 h, Santa Misa en Rot.

De las 9:30 a las 11:30 escribí el diario con Wolfram.

A las 13:00 h, rosario y oración. Me sorprendió que el párroco Vogt celebrara la fiesta del Sagrado Corazón y expusiera el Santísimo Sacramento.

En el boletín de la iglesia figuraba una oración con bendición.

A las 14:15 vino Erich a verme.

Mi marido me contó que, en una hora, una mujer había llamado hasta cuatro veces para decirme que el párroco Dochat tiene una novia y que su coche está ahora mismo aparcado delante de su casa.

Pensé que Satanás también quería quitarme al sacerdote del grupo de oración. No le creí a esa mujer, ya que podría estar poseída por el demonio.

09/11/1992 - Lunes

De las 5:15 a las 6:15, reunión
de oración en casa.

Salvador: «Mi querida hija, anótalo. Las llagas que te serán impresas te serán infligidas en la iglesia. Primero te traspasarán el corazón».

Yo: «Pero tú dijiste que recibiría todas las llagas de una vez».

Salvador: «Puedo hacerlo como yo quiera. Puedo cambiar mi plan. Perderás mucha sangre por la llaga del corazón. Ofrece esa sangre por todas las almas del mundo».

Yo: «¿Y las almas pobres?»

Salvador: «También por las pobres almas del purgatorio».

Yo: «Le pregunté al Salvador si era correcto que hubiera escrito “purgatorio”».

Salvador: «Es un lugar de purificación.

«Sentirás un gran dolor cuando te marquen las llagas. Ese dolor no se puede comparar con los dolores que has sentido hasta ahora. Será mi dolor el que sentirás en ti».

Yo: «Después de confesarme con el padre Vogt, sentí un gran dolor en el corazón. Me dolió que el padre Vogt no celebrara la fiesta del Sagrado Corazón. ¿Era ese dolor también era tuyo?»

Salvador: «Hija mía, siempre sentirás dolor cuando los sacerdotes me ofendan».

Yo: «Querido Dios, últimamente siempre tengo náuseas después de comer. Incluso me sentí mal en la iglesia».

Salvador: «Si estás en mi poder, no necesitas comer nada». Yo: «Señor, todavía no entiendo mucho de esto».

Salvador: «Yo soy tu vida. Puedo sustituirlo todo». Yo:

«Pero el diablo también puede causar el mal».

Salvador: «Pero no puede quitarte lo que posees, ya que yo estoy contigo. Tu maldad es lo mundano que hay en ti».

Yo: «¿Qué es eso?»

Salvador: «Llevas contigo los pecados del mundo. El pecado es una gran carga y es el mal». Yo:

«Pero en la iglesia me he sentido mal muchas veces».

Salvador: «El mal en la iglesia es peor que fuera. Reza para que el mal sea eliminado de la iglesia».

Yo: «¿Te refieres al Cuerpo de Cristo cuando, durante la comunión, los trocitos caen al suelo y son pisoteados?»

Salvador: «Eso también, hija mía».

Yo: «¿O que algunos te reciban con el corazón impuro?» Salvador:

«Sí, con eso se ganan el castigo.»

Yo: «¿O porque te reparten manos no consagradas? ¿Es también un mal esta indiferencia?» Salvador:

«Sí, hija mía, así es.»

Yo: «Entonces, este mal debe ser eliminado rápidamente de la Iglesia».

Salvador: «Hija mía, exijo a todos los sacerdotes que lo hagan; de lo contrario, mi ira caerá sobre ellos».

Yo: «Sí, Señor y Dios mío, lo he entendido».

Salvador: «Me ha alegrado que te hayas levantado tan temprano para escribir. Nadie te ha molestado».

Yo: El Salvador me bendijo.

12:15 h en la capilla de la clínica de otorrinolaringología

Después de la oración del Ángel del Señor, recé al Salvador. Quería saber si debía decirle al párroco Dochat que una mujer había llamado de forma anónima y había hablado mal de él.

Salvador: «Díselo, que rece por esa mujer».

También esta mañana he sufrido varios ataques del maligno. Gracias a Dios por la gracia de poder reconocer al maligno cuando se cuela. Esta vez, el maligno actuó a través de la suegra.

A las 18:00 h, rosario y misa en Rot.

La hermana fue desobediente y me ofreció de nuevo la comunión en la mano.

Me incliné ante el Salvador y, sin tomarla, regresé a mi sitio. El Salvador vino espiritualmente a mí.

Recibí mucha gracia.

20:00 h. Grupo de oración

Había dos o tres personas que se quejaron ante el Santísimo porque hoy hemos rezado mucho en latín.

10/11/1992 - Martes

8:00 h

¡Unión de oración!

Por primera vez rezamos mucho en latín en el grupo de oración. Pasadas las 23:00 h me confesé con el párroco Dochat. Vi en sus ojos una cruel rigidez.

Salvador: «Yo lo permití, fue Satanás. Mis sacerdotes están amenazados, como bien sabes». Yo: «Señor y Dios mío, solo lo vi con mis propios ojos. Todavía me siento mal cuando pienso en lo de ayer. Ojalá nunca hubiera vuelto a la iglesia. Pero como te amo y te soy fiel, estoy dispuesta a luchar contigo contra el diablo».

Salvador: «Me alegra que te hayas dado cuenta de eso. Hija mía, hay que seguir adelante, pues has recibido la gracia para superarlo. Conmigo lo vencerás».

Yo: «Pregunté si ayer fue correcto que rezáramos el rosario en latín». Salvador: «Escribe, hija mía. Hay que rezar mucho en latín. He elegido el latín para mi pueblo. La Iglesia debe seguir rezando en latín. Recompensaré especialmente a mis hijos que recen en latín. Hija mía, sigue como ayer».

Yo: «Pero, Señor, se han quejado porque no entienden nada».

Salvador: «Hija mía, yo lo exijo».

Yo: «Querido Dios, los obispos han abolido el uso del latín». Salvador: «Se volverá a rezar en latín en la Iglesia». Yo: «Sí, Señor, lo haré como tú dices».

Salvador: «Te enviaré a los fieles, rezarán en latín. Incluso las pocas personas que se quejan deben adaptarse a ti y no tú a ellas. El camino estrecho que conduce a mí exige una oración común para todos los hijos. No es necesario rezar todas las oraciones en latín, me basta con lo que siempre se ha rezado».

Salvador: «Hija mía, necesito algo de ti».

Yo: «Señor, te lo daré y diré que sí, aunque no sepa qué será». Salvador: «Necesito tu permiso para que las pobres almas puedan aparecer ante ti».

Yo: «No es que no me importe. Pero si, con tu ayuda, puedo socorrerlas y así liberarlas antes del lugar de purificación, te daré mi consentimiento de inmediato. Señor y Dios mío, que se haga tu voluntad, no la mía. Pero debes hacer que las reconozca, pues de lo contrario el diablo también podría presentarse como una pobre alma».

Salvador: «Hija mía, reconocerás a cada alma pobre que venga de mí. A cambio, te daré mi gracia. Ya has ayudado mucho a las almas pobres».

Yo: «Señor, he ofrecido muchas misas santas por ellas, enciendo constantemente la vela bien bendecida por ellas, a menudo durante el día les doy a las almas pobres el agua bendita y les ofrezco muchas oraciones de indulgencia. ¿Te refieres a eso?»

Salvador: «Con eso les has ayudado mucho».

Yo: «Querido Dios, por favor, quítame el miedo cuando se me aparezcan las pobres almas».

Salvador: «No tendrás miedo, porque las pobres almas rezan mucho por tu intención».

Yo: «Oh, Señor y Dios mío, bendícelas a todas; en el futuro rezaré más por ellas. Las amo a todas, pues todas estarán algún día en el cielo y te alabarán, te glorificarán y te rendirán honor».

Salvador: Hija mía, me ha alegrado especialmente lo que has escrito. Yo, el Salvador, te bendigo.

18:00 h. Rosario y Santa Misa en Rot.

Hoy, sobre las 21:30, quería irme a la cama. Pero justo cuando iba a meterme en la cama, el diablo tiró al suelo con toda su fuerza la gran cruz de dos metros y la mesa. Sobre la mesa estaba el signo celestial de la Preciosa Sangre de Rodalben.

También había una imagen de la Perpetua Ayuda de la Virgen María y una imagen del Jesús Misericordioso de la hermana Faustina. Lo tiró todo al suelo.

La imagen de la Preciosa Sangre no se rompió. Volvió a hacerse notar, demostrando que estaba de nuevo a mi alrededor.

Después esparcí sal bendita por toda la habitación. Dormí toda la noche.

Jesús está conmigo, no puede hacerme nada.

11 de noviembre de 1992 - Miércoles

De 8:30 a 9:20 h:

¡Reunión de oración!

Salvador: «Mi querida hija, escribe. Quiero que escribas». Yo: «Jesús, Hijo del Dios vivo, ¿qué debo escribir?». Salvador: «Hija mía, ¡quiero algo de ti!».

Yo: «¿Qué quieres de mí? ¿Hay algo que aún no te haya dado? Señor, no te negaré nada, porque te amo mucho: y si mi amor no es verdadero hacia ti, entonces, por favor, dame la gracia de que nunca te diga que no. Porque haré todo lo que quieras de mí. Que se haga tu voluntad en lo que quieras de mí. Y ahora puedo saberlo, ya que te he dado mi «sí».

Salvador: «Hija mía, quiero tu consentimiento. Quiero renovarte por completo». Yo: «Señor, por favor, renuévame. Por favor, explícamelo, porque no lo entiendo». Salvador: «Lo viejo morirá en ti. Ya no tienes los pecados antiguos».

Yo: «Señor, ¿me liberas de todos los pecados que he cometido?» Salvador: «Hija mía, quedarás libre de todos los pecados».

Yo: «Oh, Señor mío, ¿qué significa eso?»

Salvador: «Puedo hacerlo, hija mía. Nadie puede reprocharte tus pecados. Te he renovado».

Yo: «Señor, pero antes del bautismo pecé mucho».

Salvador: «Hija mía, te he renovado». Yo: «Querido Dios, ¿hay alguna otra palabra para “nuevo”?».

Salvador: «Hija mía, te has despojado del viejo hombre. En ti está el nuevo hombre, con el que puedo hacer lo que quiera».

Yo: «Señor, haz con el nuevo ser que hay en mí lo que quieras, pues yo, como nuevo ser, estoy completamente en ti y contigo».

Salvador: «Hija mía, escríbelo. Así me parece bien. Haré con el nuevo ser humano lo que yo quiera. Hija mía, aún no lo comprendes. Pero llegará el momento en que lo comprenderás todo. Lo incomprensible es que solo se comprenda en el cielo.

Me basta con tu amor hacia mí. Hija mía, lo que has escrito ya era importante».

Yo: «Mi Señor y Dios, mi guía espiritual. Te doy las gracias por haber hecho de mí un ser humano nuevo. Me entrego a ti como un ser humano nuevo».

Salvador: «Mi querida hija, eso es todo». Yo:

El Salvador me bendijo.

De las 17:55 a las 19:05 escribí el diario con Wolfram.

A las 19:30 h, misa en la clínica Rochus con Roswitha.

De 20:30 a 22:00 he vuelto a escribir el diario con Wolfram.

12 de noviembre de 1992 - Jueves

8:00 h

¡Unión de Oración!

Salvador: «Mi querida hija, escribe». Yo: «Sí, mi Señor y Dios».

Salvador: «Las llagas que recibirás convencerán a mucha gente de que soy yo. Muchos sacerdotes se convertirán.

Habrà una nueva generación de muchos sacerdotes que me pertenecerán.

He dado a mis apóstoles el poder de convertirse en sacerdotes, pero no a las mujeres. La mujer no ha sido elegida para el ministerio sacerdotal. Hija mía, es voluntad de Satanás que la mujer asuma la función sacerdotal. Estas mujeres tendrán que rendir cuentas ante mí. No cumplen mi voluntad, sino la de Satanás.

Tened cuidado con estas mujeres.

Hija mía, muchos de los sacerdotes descarriados volverán a encontrar el camino de regreso a la casa del Padre. ¡Alégrate con ellos!

Salvador: «El castigo será aún mayor, para que mis hijos reconozcan que yo sigo existiendo. Todos los que me son infieles son mis traidores.

Hija mía, la infidelidad hacia su Dios, que puede salvarlos, es un gran mal. Es urgente eliminar ese mal».

Yo: «Querido Dios, ya no puedo seguir escribiendo. Me cuesta mucho escribir, porque hay tanta infidelidad hacia ti en este mundo».

El Dios misericordioso me bendijo.

Me resultaba imposible seguir escribiendo. El Salvador me dijo muchas cosas más, pero yo ya no podía escribir nada porque los pecados del mundo me oprimían tanto. Me siento tan mal que podría vomitar en cualquier momento.

A las 10:30 salí del trabajo. Fui al médico con los dolores.

El Dr. Stauffer opinó que esos dolores procedían de la columna vertebral. También tenía un fuerte pinchazo en el costado derecho, cerca de los riñones. Esos dolores se extendían por toda la espalda. Las náuseas seguían dentro de mí. Por la tarde, los dolores eran tan fuertes que ya no podía caminar.

Hacia la noche, los dolores mejoraron.

A las 18:00 h fui a la iglesia con mis dolores, porque mi verdadero médico es el Salvador. Hoy me ha alegrado que la luz permaneciera encendida más tiempo después de la misa. El párroco Vogt ha aceptado lo que le he dicho en el confesionario.

Gracias a Dios por esta gracia.

De las 19:45 a las 22:45 seguí escribiendo el diario con Wolfram. De las 23:00 a las 23:45 escribí mis notas en el diario.

13/11/1992 - Viernes

De 10:30 a 13:00, en casa,
¡reunión de oración!

Primero recé ante la estatua de la Virgen María. Le hablé a la Virgen María y lloré. A través de María me encomiendo al Salvador. Me uní al corazón de María y al del Salvador. Luego recé con fervor al Salvador.

Salvador: «Hija mía, escribe esto. Quiero que hoy mismo me entregues todo lo que posees».

Yo: «Señor y Dios mío, no tengo nada. Todo te pertenece. Tú lo eres todo en mí. No he traído nada a esta tierra. Y no podré llevarme nada. ¿Ha sido bueno o malo lo que he hecho hasta ahora? Espero mi recompensa en el cielo. Tengo una gran confianza en esa recompensa. Ya me alegro por ella. Me alegro cada día, pues cada día estoy un poco más cerca del cielo. Para poder seguir amándote, alabándote y glorificándote allí junto a la Virgen María, San José, todos los ángeles, los ángeles de la guarda y los santos.

Es hermoso saber para qué se vive en esta tierra».

Salvador: «Mi querida hija, yo soy tu posesión. Tú lo eres todo en mí. Yo soy tu futuro, yo soy tu eternidad. Hija mía, me gusta lo que has escrito hoy. Mi querida hija, la carta también llega a su fin. Se podría escribir mucho más, pero me basta con lo que has escrito. Me ha alegrado. Has sido diligente. Has hecho muchos sacrificios.

«Hija mía, descansa un poco».

Yo: «¿Cómo está la cosa ahora? Señor y Dios mío, mi querido guía espiritual, ¿ya no tendré que escribir mañana?»

Salvador: «Puedes hablar conmigo, pero ya no necesitas escribirlo. Mi querida hija, mantente fiel a mí».

Yo: «Querido Dios, ahora tengo punzadas en el corazón, dolor en el corazón».

Salvador: «Es mi obra en ti. He comenzado mi obra en ti. Mi querida hija, estoy en ti y siempre estaré en ti».

«Recuerda bien esto. Nunca estarás sola, aunque te sientas abandonada».

Yo: «Señor y Dios mío, creo en lo que me has dicho. Que suceda tal y como lo has dicho. Soy tu hija, tu novia, tu hermana, tu sierva y tu instrumento del que te sirves. Señor y Dios mío, todo esto es por amor a ti, para tu gran gloria y para la salvación de las almas».

Salvador: «Mi querida hija, te doy las gracias. Permanecerás bajo mi protección. Te bendigo, hija mía».

Yo: «Señor, incluyo a todas las almas, también a las del purgatorio, para que nadie pueda decir que no ha recibido esta bendición».

Salvador: «Que Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo te bendiga. Vete en paz, mi querida hija».

Yo: «Gracias a Dios, el Señor. Alabado, amado, adorado y bendito sea el Dios Trino. Alabado sea Jesucristo y María ahora y por los siglos de los siglos. **Amén.**

De las 13:30 a las 16:00 escribí en el diario a partir de mis notas.

De 17:00 a 18:15 escribí el diario con Wolfram.

A las 18:30 h, Santa Misa en Rot.

De 19:30 a 21:00 seguí escribiendo mi diario con Wolfram.

A las 21:30 me llamó el padre Gebhard Heyder, de Ratisbona.

Me contó que hoy había terminado su gran obra. Y que yo también debía dejar de escribir, porque ya era suficiente. Le dije que el Salvador ya me lo había dicho esta misma mañana. El padre Gebhard Heyder se alegró de ello, ya que yo ya lo sabía por el Salvador. Porque esto era una confirmación de que el Salvador había obrado a través de él.

Le dije que hoy también sería mi último día escribiendo. El padre Gebhard nos bendijo a mi marido y a mí por teléfono. Me alegró que me diera la bendición en latín. Me despedí de él. Doy gracias a Dios también por esta gracia, por que el padre Gebhard Heyder me haya llamado y haya hablado conmigo una vez más.

Al escribir el diario nunca utilicé una Biblia ni ningún otro libro religioso. Tengo un vocabulario alemán muy reducido. Tampoco utilicé apenas palabras extranjeras, ya que quería escribir de forma muy sencilla para que fuera comprensible para todos.

Este diario se terminó de escribir hoy, 14 de noviembre de 1992.

Firmado: Julijana Ebert

Marion Hambsch y Wolfram Bellemann escribieron este diario a máquina.

Dos apéndices al diario:

5 de noviembre de 1993 - Viernes del Sagrado Corazón

La noche anterior (4 de noviembre), Julijana recibió una llamada de un hombre que le había dicho a un padre de Waghäusel (santuario) que la Virgen María quería la comunión en la boca.

El padre le había respondido: «¡Es el diablo quien habla por usted!».

Al final, el padre le dijo al hombre, que era de Bruchsal, que podía comulgar tranquilamente de rodillas. Entonces a Julijana se le ocurrieron las palabras adecuadas: «Si el diablo ha hablado a través de ese hombre, ¿cómo puede el sacerdote permitirle lo que ha dicho?».

Julijana le pidió a la Virgen María el 5 de noviembre, alrededor de las 10 de la mañana.

Al hacerlo, le rogó a la Madre de Dios que, si era la voluntad de Dios y la suya propia, le dijera qué quería respecto a la comunión en la boca.

Madre de Dios: «¡Te lo digo, hija mía! Exijo la comunión en la boca en todas las iglesias, igual que el Padre».

Julijana: «Querida Madre de Dios, ¡te doy las gracias por habérmelo dicho!»

Luego pregunta, en relación con Marpingen, si Thomas debe escribir; se lo pregunta al Salvador.

Salvador: «¡Está bien que escribas! Todo lo que viene de Dios debe difundirse para que se cumpla el plan de Dios».

Julijana preguntó entonces al Salvador: «¿Cuál es la razón por la que los sacerdotes que estuvieron en Medjugorje son en parte culpables? (de la guerra, véase el 4 de noviembre).

Salvador: «Al principio había humildad en Medjugorje, después ya no. Han entregado mi Cuerpo a las manos de los hombres.

Hija mía, escribe: Exijo a los sacerdotes que prediquen sobre el gran respeto hacia mi cuerpo. Donde hay respeto, hay amor.

Donde falta el amor, solo cosechan odio.

Escribe, hija mía: Yo concedo a los sacerdotes la conversión. Deben administrar la comunión en la boca a los fieles. Hija mía, Yo me entrego a las almas».

Julijana pregunta al Salvador si deben o tienen que dar la comunión en la boca. Salvador:

«Tienen que hacerlo, porque Yo soy el que soy. Por eso solo se lo he concedido a Mis sacerdotes (tocar Su Santísimo Cuerpo con las manos).

Recompensaré a todo sacerdote que empiece ya a no dar la comunión en la mano. Mi amor y mi gracia descenderán abundantemente sobre ellos. Deben entregarme todo su orgullo. Mi querida hija, ¡te doy las gracias por haberlo escrito!

5 de noviembre de 1994 - Lunes

21:45 h

La Virgen María: «Hijos míos, os amo. Todos habéis recibido la gracia del Señor.

Aunque os resulte difícil rezar este rosario dedicado a las Llagas del Señor, rezadlo todos los días.

No todos pueden rezar este rosario. A través de él se salvan muchas almas.

Os doy las gracias, hijos míos, por vuestra ferviente oración.

www.gnadenvolle-gebete.de

11/03/2026

Copiado del diario original - Bernhard

**La mejor oración llena de gracia —el
Padrenuestro— para todos los
hombres,**

para que cada corazón se alegre y muchas almas se salven

(alemán)

† (Oramos en nombre de todos y por todas las personas)

19/06/2025

† En el nombre del Todopoderoso Dios Santísima Trinidad,

del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, les pedimos y les invitamos a que recen con nosotros y nos protejan: Santa Virgen María, nuestra Madre y Reina, San José, todos los santos, los santos ángeles del Paraíso —el cielo— y los santos ángeles de la guarda, que siempre están con nosotros. A las almas del Purgatorio les pedimos que sean nuestras intercesoras y recen por nosotros.

Santo Dios Trino, † Padre, Hijo y Espíritu Santo, tú eres un Dios único, indivisible, bueno, todopoderoso y omnipresente.

Tu reino está entre nosotros. Tú reinas en el cielo —el Paraíso— y en la tierra. Hágase tu voluntad, así en el cielo —el Paraíso— como también en la tierra. **Dios misericordioso y vivo,** por favor, perdona nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a quienes nos ofenden. Te lo pedimos con humildad; vive y permanece en nuestros corazones con tu luz, tu fuerza y tu amor.

Danos a nosotros y a todos los hombres la gracia de que tu paz viva en nuestros corazones y en los de los hombres, para que te pertenezcamos, te sirvamos, te seamos fieles y permanezcamos contigo para siempre.

Padre nuestro, te lo pedimos humildemente;

Purifícanos y líbranos de todos nuestros pecados.

Danos, por favor, tu pan de cada día, que sea transformado por los sacerdotes católicos romanos en la Sagrada Hostia viva. Tras la transubstanciación, la Hostia es nuestro Dios Santo, vivo y presente, Rey y Redentor de todos los hombres. A quien recibimos en la iglesia con humildad y corazón puro, y esperamos la vida eterna.

Poderoso Dios santo, te suplicamos,

que arrojes a los demonios al infierno para siempre, para que los hombres y nosotros no les escuchemos, ni les sirvamos, ni pequemos, para que no nos ataquen, no nos hagan la guerra, no nos azoten, no nos maten, no nos lleven a la tentación, no nos perturben, no nos influyan y **no** nos arrojen **a nosotros ni a los hombres** al infierno.

Santo Dios, por favor, no permitas que nosotros y los hombres nos alejemos de Ti y permanezcamos en pecado mortal, sino que queremos estar contigo, según Tu voluntad, ahora y por siempre.

Santo Dios Trino, con tu gracia y tu voluntad seremos felices en el paraíso.

Dios Santo, eterno y fiel, te honramos, alabamos, amamos y adoramos; confiamos en ti y te damos gracias por todo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos.

Amén.

Santa del día: Santa Juliana de Falconieri
D-Forbach, Erbersbronn
Julijana Ebert, Bernhard Koppenhagen

Posdata (PS) – importante para leer y hacer la voluntad de Dios: (alemán) El término

«sacerdote católico romano» no se refiere a los romanos, sino al primer papa, San Pedro, en Roma.

Solo podemos escribir lo que podemos soportar. Por eso, el Salvador nos da palabras más fuertes, cuando la guerra se extienda y mueran muchas personas.

Significado – Transformāta – Transformación. Consecrata – «Consagración» o «Santificación». Recompensar – praemium dare

En el latín clásico no existe la letra J. El nombre Julijana se escribe con «I», la «I» significa J, ¡por eso es Julijana!

Giuliana – Julijana en italiano se pronuncia como **Juliana** en inglés (Dsch)

Santa Juliana de Lieja – Bélgica. La profetisa de la fiesta del Corpus Christi, sentía un gran amor por el Santísimo Sacramento. El papa Urbano IV instituyó en el año 1264 la fiesta del Santísimo Corpus Christi para toda la Iglesia. Juliana de Lieja es venerada junto con la italiana Juliana Falconieri el 19 de junio,

y puede interceder por nosotros. Juliana de Nicomedia es venerada en la Iglesia católica el 16 de febrero.

Oración del «Padre Nuestro» modificada en la fiesta del Corpus Christi – (19 de junio de 2025):

Plagas - Tribulaciones

No nos dejes caer en la tentación – ne inducas in tentationem

y no nos dejes caer en el infierno - et ne nos in infernum praecipites

Rey y Salvador de todos los hombres - Rex et Salvator pro omnibus hominibus en

el paraíso – cielo

Santos ángeles de la guarda, que siempre están con nosotros
caelum et Sancti Angeli custodes, qui semper apud nos sunt.

(19/06/2025) **Colonia – durante la Santa Misa:**

los paraguas amarillos y los paraguas rojos durante la distribución de la comunión, eso es una doctrina errónea —herejía—: el Salvador no enferma a las personas, sino que también las sana.

¡Todos los que reciben o han recibido la comunión en la mano deben ir a confesarse!

Porque la comunión en la mano es una abominación a los ojos de Dios; además, no se trata de pan común: tras la transustanciación en la hostia, Dios, el Santo Jesucristo, es inseparable de Dios Padre y de Dios Espíritu Santo, con carne y sangre, cuerpo y alma, divinidad y humanidad, de manera real, verdadera, esencial, vivamente presente y todopoderosa.

(Jn 14, 8-11: Felipe dijo a Jesús: «Muéstranos al Padre y nos basta».

Jesucristo respondió: «Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre», y: «...más bien el Padre, que permanece en mí...»).

El camino correcto es la comunión oral, administrada únicamente por el sacerdote.

(19/06/2025 – 14:10 h) Se ha completado la oración del Padrenuestro

La oración del Padrenuestro se ha completado hoy y todo el paraíso —el cielo— se alegra de rezar con nosotros. Durante más de 30 años en la escuela del Salvador hemos aprendido cómo

Para poder rezar mejor el «Padre Nuestro». ¡Debemos rezar antes y después de la misa, y si rezamos varias veces al día, se salvarán más almas! El Salvador dijo: «¡Es mi voluntad que se rece esta oración!». Os pedimos que nos incluyáis también a Julijana y a Bernhard en vuestras oraciones; os damos las gracias: el Santo Dios os recompensará.

Que el Santísimo Dios Trino os bendiga a vosotros y a todas las personas,

† Padre, Hijo y Espíritu Santo!

Sancta Diei – Santa Juliana Falconieri

19/06/2025

www.gnadenvolle-gebete.de

www.gnadenvolle-gebete-und-erlebte-wunder.de

www.vater-unser.net

Festivitate Corporis Christi

D-Forbach, Erbersbronn

Julijana Ebert, Bernhard Koppenhagen

**Optimum precatum plenum gratiae – Pater Noster – pro omnibus hominibus –
ut omne cor laetetur et multae animae salventur.**

19 de junio de

2025 (latín)

(Oremos en nombre de todos y por todos los hombres)

† En el nombre de Dios Santo y Trino, Padre, Hijo y Espíritu Santo, invitamos a que oren con nosotros y nos protejan: a la Santísima Virgen María, nuestra Madre y Reina, a San José, a todos los santos, a los santos ángeles del Paraíso —el cielo y los santos ángeles custodios—, que también están siempre con nosotros. Y a las almas pobres del Purgatorio, les rogamos que sean nuestros intercesores y oren por nosotros.

Santísima Trinidad, Dios, † Padre, Hijo y Espíritu Santo, Tú eres un Dios único, inseparable, omnipotente y omnipresente.

Tu reino está entre nosotros. Reinas en los cielos —el Paraíso— y en la tierra. Hágase tu voluntad, así como en el cielo —el Paraíso—, así también en la tierra.

Dios misericordioso y vivo, te suplicamos: perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores; te rogamos humildemente: vive y permanece en nuestros corazones con tu luz, tu virtud y tu caridad.

Danos a nosotros y a todos los hombres la gracia de que tu paz viva en los corazones de los hombres que te pertenecen, te sirven, son fieles y permanecen contigo para siempre.

Padre nuestro, te suplicamos:

purifícanos y sálvanos de todos nuestros pecados.

Te ruego, danos tu pan de cada día, que por medio del sacerdote católico romano se transforma en la sagrada hostia viva.

Tras la transformación, la hostia es nuestro Dios Santo

vivo y presente, Rey y Salvador de todos los hombres.

Lo recibimos en la Iglesia con humildad y corazón puro, y esperamos la vida eterna.

Santo Dios poderoso; te suplicamos: arroja a los demonios al infierno para siempre, para que ni los hombres ni nosotros los oigamos, les sirvamos, ni pequemos; para que no nos ataquen, no provoquen guerras, ni tribulaciones, ni nos maten; para que no nos lleves a la tentación, no nos perturben, ni nos muevan, y para que no nos arrojes **a nosotros ni a los hombres** al infierno.

Santo Dios, te ruego, no permitas que nos apartemos de Ti ni que permanezcamos en pecado mortal, sino que, según Tu voluntad, ahora y por los siglos, vivamos contigo.

Santo Dios Trino, por tu gracia y tu voluntad seremos felices en el paraíso.

Eternamente, Santo Dios fiel, te honramos, te alabamos, te amamos y te adoramos; confiamos en ti y te damos gracias por todo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. **Amén.**

Sancta Diei – Sancta Iuliana Falconieri 19/06/2025

Postscriptum (PS) – grave ad legendum et ad faciendum
quod voluntas Dei est:

(latín)

El sacerdote católico romano no se somete a los romanos, sino al primer papa, San Pedro, en Roma. Solo podemos escribir lo que podemos soportar.
Por eso el Salvador nos da palabras más fuertes, si se desata la guerra y mueren muchos hombres.

Oración del Padrenuestro modificada en la Festividad del Cuerpo de Cristo

(19/06/2025)

Plagas - Tribulaciones

No nos dejes caer en la tentación – ne inducas in tentationem

y no nos dejes caer en el infierno - et ne nos in infernum praecipites

Rey y Salvador de todos los hombres - Rex et Salvator pro omnibus hominibus

Paraíso, cielo y junto a nosotros - Paradiso - caelum et apud nos

(19/06/2025) Colonia – en la Santa Misa:

Las umbelas amarillas y rojas son herejías.

El obispo dijo en la Misa del día del Corpus Christi: ¡Jesucristo es el cuerpo y la sangre! Él es Dios y hombre, verdaderamente, realmente, vivo, presente y omnipotente, Dios Uno y Trino: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Comunión en la mano – ¡os lo ruego, confesad!

(19 de junio de 2025 – hora 14:10) La oración del Padrenuestro

ha concluido. La oración del Padrenuestro ha concluido hoy y

todo el paraíso – el cielo se regocija al orar con nosotros.

Durante más de treinta (30) años, en la escuela del Salvador hemos aprendido a orar mejor. Debemos orar antes y después de la misa, y si oramos más veces al día, ¡más almas se salvarán!

El Salvador dijo: ¡Mi voluntad es que se rece esta oración!

Os rogamos que nos incluyáis a mí, a Julijana y a Bernhard en vuestras oraciones; os damos las gracias; que el Santo Dios os recompense.

Que la Santísima Trinidad, un solo Dios,
† Padre, Hijo y Espíritu Santo.

www.gnadenvolle-gebete.de

www.gnadenvolle-gebete-und-erlebte-wunder.de

www.vater-unser.net

D-Forbach, Erbersbronn
Julijana Ebert, Bernhard
Kopenhagen

Honramos a la Santísima Virgen María
y recordamos su cumpleaños

09/09/2025

En el nombre de la Santísima Trinidad, del † Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Santa Virgen María, Reina de la Paz, te amamos y te alabamos,

Tú eres nuestra Inmaculada Concepción, Madre de Dios concebida sin pecado original,

que nos amas y actúas en nosotros con el amor de Dios desde el Paraíso.

Por favor, Santa Madre de la Iglesia, extiende tus brazos y envuélvenos con tus santos ángeles.

Guíanos y reconcilíanos con tu Hijo, nuestro Rey y Salvador, para que vivamos en la luz del Espíritu Santo de Dios.

Santa Madre, intercede por nosotros para que tengamos humildad, mansedumbre, fidelidad y perseverancia en la oración,

para que la paz y el amor reinen en todos los corazones de los hombres.

Te damos gracias, poderosa Virgen Santa, tú eres el refugio de los pecadores,

Ayuda de los cristianos, gran mediadora de todas las gracias.

Con tu nacimiento comienza para nosotros una vida mejor, con tu luz, tu protección y la seguridad que nos das.

Que tu Hijo, nuestro Dios Santo, esté siempre con nosotros a tu lado, nos bendiga, nos redima y nos proteja de los pecados.

Dios eterno, todopoderoso y Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, te alabamos, te damos gracias y te glorificamos, ahora y por los siglos de los siglos.

Amén.

Maspalomas - Gran Canaria - 09/09/2025
Julijana, Samuel, Bernhard